Volker Ullrich

OCHO DÍAS DE MAYO

De la muerte de Hitler al final del Tercer Reich

taurus

Volker Ullrich

OCHO DÍAS DE MAYO

De la muerte de Hitler al final del Tercer Reich

taurus

Volker Ullrich

Ocho días de mayo

De la muerte de Hitler al final del Tercer Reich

Traducción de Teófilo de Lozoya y Juan Rabasseda Gascón

taurus

El Reich alemán en mayo de 1945

INTRODUCCIÓN

El 7 de mayo de 1945 el escritor Erich Kästner anotó en su diario: «Las personas caminan abochornadas por la calle. La breve pausa introducida en la clase de historia las pone nerviosas. El hueco abierto entre el "Se acabó" y el "Todavía no" las irrita».[1] El presente libro trata de esa fase comprendida entre el «Se acabó» y el «Todavía no». El viejo orden, el dominio del nacionalsocialismo, se había derrumbado; todavía no se había establecido un orden nuevo, esto es, el mando de las potencias ocupantes. Muchos individuos de la época vivieron los días comprendidos entre la muerte de Hitler el 30 de abril y la capitulación incondicional de Alemania el 7/8 de mayo de 1945 como una profunda cesura biográfica, como la «Hora cero» de la que tanto se ha hablado.[2] Parecía que los relojes se habían parado literalmente. «Resulta tan raro vivir sin periódico, sin calendario, sin horario y como si fuera fin de mes», comentaba una berlinesa en su diario el día 7 de mayo. «Ese tiempo sin tiempo, que se escapa como si fuera agua, las manecillas de cuyo reloj son para nosotros únicamente los hombres vestidos con uniformes extranjeros».[3] Esa sensación de vivir en una especie de «tiempo de nadie» confirió un carácter peculiar a los primeros días de mayo de 1945.[4]

Justo aquellos días estuvieron, por lo demás, llenos de un dramatismo enorme. «¡Sobresalto tras sobresalto! ¡Los acontecimientos se precipitan!», consignaba el 5 de mayo en su diario un inspector judicial de la pequeña ciudad de Laubach, en Hesse. «¡Berlín conquistada por los rusos! ¡Hamburgo en manos de los ingleses! [...] Las tropas alemanas se han rendido en Italia y el oeste de Austria. Por si fuera poco, esta mañana ha entrado en vigor también la capitulación del ejército alemán en Holanda, Dinamarca y en Alemania del noroeste. Desintegración en todos los frentes».[5]

Ese proceso de desintegración se produjo de forma tan repentina y a una velocidad tan acelerada que a los observadores de la época les costó trabajo orientarse y seguir el ritmo de los acontecimientos. Aquel cambio tan drástico dejó en muchos una sensación de desconcierto, de vivir algo irreal, de fantasía. «Una y otra vez uno tiene que llevarse las manos a la cabeza, para cerciorarse de que nada de esto es un sueño», comentaba el 6 de mayo Reinhold Maier, liberal de Wurtemberg.[6]

El hecho de que el final de la guerra se produjera de manera distinta en las diversas partes del Tercer Reich, en pleno proceso de desmoronamiento, contribuyó a la confusión, a lo que añadieron las diferentes percepciones sobre aquel.[7] Si bien en los territorios conquistados del oeste los Aliados fueron recibidos en muchos sitios como libertadores, en las provincias orientales la sensación predominante fue de miedo a los rusos. Tuvieron mucho que ver en ello la imagen hostil de estos y los sentimientos antibolcheviques atizados durante años, pero también el conocimiento, ya muy extendido, de los crímenes cometidos por los alemanes durante la guerra de exterminio contra la Unión Soviética. Mientras que por el oeste muchos soldados alemanes se entregaban más o menos de buena gana a los británicos y a los estadounidenses, en el Frente Oriental la Wehrmacht ofreció hasta el último momento una enconada resistencia al Ejército Rojo. De ese modo, el 3 de mayo Hamburgo se entregó sin luchar, pero, en la Fortaleza Breslavia, en cambio, continuaron los combates hasta el 6 de mayo. En las ciudades y regiones liberadas se tomaban las primeras medidas para hacer frente a la reorganización de la vida política, pero la ocupación alemana de los Países Bajos, Dinamarca y Noruega continuó durante los primeros días de mayo. Y en el Protectorado de Bohemia y Moravia no llegó a su fin hasta que el 5 de mayo estalló la sublevación de Praga.

Aunque en la percepción subjetiva de muchos alemanes el tiempo parecía haber quedado, en cierto modo, detenido, el ajetreo era enorme por las calles y las carreteras. Grandes multitudes se hallaban de camino. Las marchas de la muerte de los internos de los campos de concentración se cruzaban con unidades de la Wehrmacht que regresaban en masa y con caravanas de refugiados, y las columnas de prisioneros de guerra pasaban al lado de las de los trabajadores forzosos liberados y caminaban junto a las víctimas de los bombardeos que habían sido repatriadas. Los observadores

aliados hablaban de una migración en toda regla. «Era como si alguien hubiera hurgado con un palo en un hormiguero enorme», recordaba el diplomático británico Ivone Kirkpatrick.[8] Ilustrar plásticamente la caótica y contradictoria sucesión de los acontecimientos constituye uno de los propósitos más importantes de este libro.

Inseparablemente unido al interludio de esos ocho días está el Gobierno de Flensburgo, presidido por el gran almirante Karl Dönitz, al que el propio Hitler había nombrado su sucesor. Suya es la principal responsabilidad de que la guerra se prolongara una semana más, incluso tras el suicidio del dictador. Su plan —llevar a cabo capitulaciones parciales en el oeste y continuar la guerra contra la Unión Soviética— no solo pretendía facilitar la huida de muchos civiles y militares al otro lado de las líneas británicas y estadounidenses, sino asimismo sembrar la discordia en el bando de la coalición antihitleriana. Otro de los hilos conductores de nuestro relato es mostrar cómo se intentó hacer realidad ese plan, qué pasos se dieron y qué ilusiones estaban en juego en él.

El *intermezzo* que constituyó el Gobierno Dönitz resulta a su vez muy revelador porque ponía de manifiesto una continuidad realmente espectral con el régimen nacionalsocialista, tanto en las personas que lo componían como en sus declaraciones programáticas, y porque no mostraba la menor disposición a asumir la responsabilidad de los crímenes perpetrados. En eso no solo coincidía con la actitud de toda la élite del poder nacionalsocialista, sino también de una gran parte de la población alemana.

Sin embargo, ese último residuo de la idea de Estado alemán que fue el Gobierno Dönitz caracterizó solo una pequeña parte de esos ocho días. Por eso este libro dirige su atención, más allá del enclave de Flensburgo, hacia muchos otros escenarios, con el fin de iluminar un panorama de acontecimientos y desarrollos políticos, militares y sociales con la mayor cantidad de matices posible. Además, no quiere pasar por alto ninguno de los temas relevantes: los últimos combates, las marchas de la muerte, la epidemia de suicidios al final de la guerra, el continuo horror de la ocupación alemana, los primeros encuentros con los soldados extranjeros, las violaciones masivas en Berlín, la suerte de los prisioneros de guerra, los internos de los campos de concentración y los «desplazados», las primeras expulsiones «incontroladas» de los alemanes, la vida cotidiana entre las

ruinas y el nuevo comienzo a tientas, que para algunos marcó el punto de partida de una ardua carrera de posguerra.

Los sucesos de los que hablaremos aquí tienen unas causas que se remontan al pasado, y unas consecuencias que remiten al futuro. Debido a ello, el relato se salta una y otra vez los límites cronológicos de los ocho días, unas veces hacia delante y otras hacia atrás. Y, del mismo modo, los personajes que aparecen deben ser retratados tanto en la trayectoria que siguieron como en su desarrollo. Se alternan las breves biografías y los primeros planos con profundidad histórica, y todo este conjunto ha de completarse hasta conseguir dar una imagen global que, al menos eso espero, transmita una impresión plástica de la drástica fase de cambio que va desde el ocaso apocalíptico del Tercer Reich hasta los inicios de la ocupación.

Este libro deja que las personas de la época tomen la palabra por medio de sus diarios, de sus cartas y de sus recuerdos. Los diarios en particular constituyen una fuente imprescindible, porque son los que de forma más inmediata expresan la experiencia liminar que supuso el fin de la guerra.[9] En ellos se refleja la coexistencia de sensaciones y sentimientos contradictorios, que caracterizó también los primeros días de mayo de 1945: ambiente propio de fin de los tiempos, por un lado, y aires de renovación, por otro.

PRÓLOGO
30 DE ABRIL DE 1945

Durante las primeras horas del 30 de abril de 1945 llegó al búnker subterráneo situado debajo de la antigua Cancillería del Reich una noticia muy deprimente. Wilhelm Keitel, jefe del Alto Mando de las Fuerzas Armadas (Oberkommando der Wehrmacht; en adelante OKW), comunicaba que el avance hacia Berlín del XII Ejército, a las órdenes del general Walter Wenck, había quedado bloqueado junto al lago de Schwielow, al sudoeste de Potsdam. Con ello se desvanecía la última esperanza de poder socorrer a la capital del Reich, rodeada desde el 25 de abril por las tropas soviéticas. Solo en ese momento Adolf Hitler se decidió a hacer realidad la posibilidad con la que había amenazado una y otra vez a lo largo de su aciaga carrera: poner fin a su vida.[10]

Esa misma noche empezó a despedirse de algunos de sus colaboradores, entre otros del personal médico del hospital provisional instalado debajo de la nueva Cancillería del Reich. El doctor Ernst Günther Schenck, que pudo por primera vez observar de cerca a Hitler, señala que tuvo «una sensación de desengaño casi insoportable». Pues, según dice, el hombre que tenía ante sí no se parecía ni de lejos al Führer lleno de energía de otros tiempos: «Llevaba una guerrera marrón con el emblema nacional bordado en oro y la Cruz de Hierro en la parte izquierda de la pechera, y pantalones largos de color negro, pero el hombre que vestía aquella ropa se hallaba increíblemente abatido y hundido en sí mismo. Bajé la mirada y vi una espalda encorvada en la que sobresalían los omóplatos y sobre la que a duras penas logaba levantarse la cabeza».[11] Hitler dio la mano a todos y les agradeció los servicios prestados. Pretendía quitarse la vida, les explicó, y los eximió de su juramento. Les instó a que intentaran pasarse a la zona

del oeste, donde estaban las unidades británicas y estadounidenses, para evitar caer prisioneros de los rusos.

A las 05.00 la Cancillería del Reich estaba ya siendo bombardeada sin descanso por la artillería soviética. Una hora más tarde Hitler llamó a Wilhelm Mohnke, el comandante en jefe de la Ciudadela, el último anillo defensivo que rodeaba el Barrio Gubernamental, para que viniera a verlo al búnker subterráneo y le informara de cuánto tiempo podría resistir todavía la Cancillería del Reich. A lo sumo uno o dos días, respondió el SS-Brigadeführer Mohnke.(1) Mientras tanto, los rusos habían conquistado la mayor parte del Tiergarten y combatían ya en Postdamer Platz, a solo cuatrocientos metros de distancia de la Cancillería del Reich. Había que apresurarse.

Hacia las 12.00 se presentó el general Helmuth Weidling, al que Hitler había nombrado unos días antes comandante en jefe de la defensa, proveniente del puesto de mando situado en la Bendlerstrasse, para participar en un último análisis de la situación en el búnker del Führer. Weidling planteó una perspectiva todavía más sombría de la presentada antes por Mohnke: con toda probabilidad la batalla de Berlín habría acabado ya a última hora de la tarde del 30 de abril, pues las municiones estaban agotándose y no cabía contar con la llegada de nuevos suministros por vía aérea. Hitler recibió el comunicado en silencio. Aunque seguía rechazando de manera rotunda una capitulación, tras una consulta con el general Hans Krebs, jefe del Estado Mayor General, permitió que, en caso de que se agotaran todas las reservas, los defensores de Berlín intentaran evadirse en pequeños grupos y contactar con las tropas que seguían luchando en el oeste. Cuando regresó a la Bendlerstrasse, Weidling recibió por escrito una última «orden del Führer» en ese sentido.[12]

Al término del análisis de situación, Martin Bormann, el poderoso presidente de la Cancillería del partido y «secretario del Führer», hizo venir a su despacho al ayudante de campo personal de Hitler, el SS-Sturmbannführer(2) Otto Günsche, y le comunicó que el dictador tenía la intención de quitarse la vida esa misma tarde junto con Eva Braun, con la que acababa de contraer matrimonio. Según dijo, Hitler le había ordenado que los cadáveres fueran incinerados. Con ese fin, Günsche debía procurarse la cantidad necesaria de gasolina. Poco después, el propio Führer

hizo prometer a su ayudante de campo que se encargaría de la estricta ejecución de su orden. No quería que se llevaran su cadáver a Moscú y que lo exhibieran allí. Evidentemente pensaba en la suerte que Benito Mussolini había corrido. El 27 de abril el Duce había sido capturado en el lago de Como junto con su amante, Claretta Petacci, por unos partisanos italianos, y un día después había sido fusilado. Los cuerpos de ambos habían sido trasladados a Milán el 29 de abril por la mañana y, a continuación, habían sido colgados boca abajo en una gasolinera del Piazzale Loreto. La noticia del fin del Duce había llegado al búnker a última hora de la tarde del 29 de abril, y debió de afianzar la decisión de Hitler de que no quedase el menor rastro de su cadáver ni del de su esposa.

Günsche llevó a cabo los preparativos para la incineración de inmediato. Llamó por teléfono al chófer de Hitler y jefe de su parque móvil, Erich Kempka, y le encargó que trajera diez bidones de gasolina y que los tuviera preparados junto a la salida de emergencia del búnker que daba al jardín de la Cancillería del Reich.[13]

Entre las 13.00 y las 14.00 Hitler tomó su última comida en compañía de sus secretarias, Traudl Junge y Gerda Christian, y de su cocinera y dietista, Constanze Manziarly. Como ocurriera durante las semanas anteriores, la conversación giró sobre trivialidades; no se habló en ningún momento acerca del final que los aguardaba de manera inminente: un «convite fúnebre oculto tras una máscara de animada serenidad y aplomo»; así es como Traudl Junge evocaría la escena en sus memorias, escritas en 1947 (aunque no serían publicadas hasta 2002).[14] Eva Braun, compañera durante muchos años de Hitler, no asistió a la comida. A comienzos de marzo de 1945 había regresado de Múnich para instalarse definitivamente en Berlín y enseguida había decidido compartir la suerte de Hitler y morir con él. En agradecimiento a su lealtad incondicional, el Führer se había casado con ella en la noche del 28 al 29 de abril. Según hizo saber a la posteridad en su «testamento privado», dictado previamente, había «decidido tomar por esposa a aquella muchacha que, tras largos años de fiel amistad, había venido por propia voluntad a la ciudad ya casi sitiada, para compartir su destino con el mío».[15]

Para Hitler había llegado el momento de despedirse de su entorno. A su piloto en jefe, Hans Baur, le dejó como regalo el retrato de Federico el Grande, pintado por Anton Graff, que colgaba sobre su escritorio en el

pequeño despacho que tenía en el búnker. «¡Mis generales me han traicionado y me han vendido, mis soldados ya no quieren seguir adelante, y yo ya no puedo más!». Era consciente, añadía, de que «mañana mismo […] millones de personas me maldecirán», pero el destino había querido que así fuera.[16] A Heinz Linge, su ayuda de cámara, que había estado a su alrededor desde hacía diez años, el dictador le recomendó que se uniera a uno de los grupos que debían trasladarse a la zona occidental. Ante la pregunta de Linge, que, sorprendido, quiso saber al servicio de quién había, pues, que ponerse ahora, Hitler respondió: «¡Del próximo que venga!».[17]

Hacia las 15.15 se reunieron en el pasillo del búnker los colaboradores más estrechos del dictador: Martin Bormann, Joseph Goebbels (ministro de Propaganda e Información), Walther Hewel (enlace al servicio del Ministerio de Asuntos Exteriores), el general Hans Krebs (jefe del Estado Mayor del Ejército), Wilhelm Burgdorf (ayudante en jefe del OKW), así como las secretarias Junge y Christian y la nutricionista y cocinera Manziarly. Hitler se presentó en compañía de su esposa. «Sale muy despacio de su habitación, más encorvado que nunca, entra por la puerta abierta y tiende la mano a todos», recordaría en sus memorias Traudl Junge. «Siento su diestra cálida en la mía; él me mira, pero no me ve. Parece estar muy lejos. Me dice algo, pero no lo oigo [...]. Solo cuando se me acerca Eva Braun, se rompe un poco el hechizo. La señora sonríe y me abraza. "Por favor, intente usted salir de aquí. Quizá pueda usted pasar. Y dé muchos recuerdos de mi parte a Baviera"».[18]

Inmediatamente después apareció Magda Goebbels y pidió a Günsche permiso para hablar una vez más con Hitler. Según dijo, su marido y ella habían tomado la decisión de suicidarse y de matar también a sus seis hijos. Llevaban ya seis días en el búnker, con el fin de «poner término de la única manera honorable posible a [su] vida nacionalsocialista», había escrito el 28 de abril en la carta de despedida enviada a su hijo, Harald Quandt, fruto de su primer matrimonio. «No merece la pena vivir el mundo que venga después de Hitler y del nacionalsocialismo y por eso me he traído también aquí a los niños. Son demasiado buenos para la vida que vendrá después de nosotros, y un Dios misericordioso comprenderá que yo misma les dé una solución». Había jurado «lealtad hasta la muerte» al Führer, seguía diciendo, y el hecho de que su esposo y ella pudieran terminar su vida con

él constituía, en su opinión, «un favor del destino, con el que no nos habíamos atrevido a contar nunca».[19] En aquellos momentos, sin embargo, parece que Magda Goebbels se mostró vacilante en su resolución, pues intentó convencer a Hitler de llevar a cabo un nuevo intento de salir de Berlín. Visiblemente disgustado por ser molestado en el último minuto, Hitler la rechazó.[20]

Al cabo de unos diez minutos —poco después de las 15.30—, Linge, el ayuda de cámara, abrió la puerta del despacho de Hitler, echó un vistazo a su interior y comunicó a Bormann: «¡Señor gobernador del Reich, ya ha pasado todo!». Los dos entraron en la habitación. A su vista se ofreció la siguiente imagen: sentado en el sofá, a la izquierda —desde la perspectiva del espectador—, estaba Hitler, con la cabeza ligeramente inclinada hacia delante. En la sien derecha mostraba una herida de bala del tamaño de una moneda de diez céntimos, de la que caía un poco de sangre hasta la mejilla. En la pared y sobre el sofá había salpicaduras de sangre. En el suelo se había formado un charco de sangre del tamaño de un plato. El brazo derecho colgaba inerte y, debajo de él, yacía la pistola, junto al pie derecho de Hitler. Sentada también en el sofá, a la derecha, se hallaba Eva Braun, con las piernas levantadas. El olor a almendras amargas que emanaba del cadáver indicaba que se había envenenado con una pastilla de cianuro.[21]

El ayudante de campo Günsche entró en la sala de crisis y dijo en voz alta a los que estaban allí esperando: «¡El Führer ha fallecido!». Goebbels, Krebs, Burgdorf, Artur Axmann (jefe de las Juventudes Hitlerianas) y Johann Rattenhuber (el jefe del Servicio de Seguridad del Reich,(3) el SS-Gruppenführer)(4) se reunieron en la antecámara del despacho de Hitler. En ese momento llegó Linge, seguido de dos hombres de la SS, que sacaron el cadáver del dictador. El cuerpo iba envuelto en una manta, por fuera de la cual solo se veían las piernas, en concreto las perneras del pantalón negro, los calcetines, igualmente negros, y los botines. El grupo subió las escaleras, los cadáveres de Hitler y de su esposa fueron conducidos al jardín de la Cancillería del Reich y depositados en el suelo a unos tres o cuatro metros de distancia de la salida del búnker. Bormann se adelantó de nuevo, retiró la manta que cubría el rostro de Hitler y se quedó mirándolo en silencio durante un momento.

Mientras tanto seguía cayendo una verdadera granizada de bombas sobre la Cancillería del Reich. Cuando se produjo una pausa en el ataque de la artillería Günsche, Kempka y Linge salieron de forma precipitada del refugio y vertieron sobre los cadáveres el contenido de los bidones de gasolina que tenían preparados. Al principio no lograron que la gasolina ardiera, pues las cerillas se apagaban una y otra vez debido al fuerte viento desatado por los incendios. Finalmente, Linge hizo una especie de antorcha retorciendo un trozo de papel y lo arrojó sobre los cadáveres. Al momento se levantó una luminosa llamarada. Los individuos reunidos junto a la salida del búnker levantaron una vez más el brazo haciendo el saludo hitleriano y volvieron a meterse deprisa en el refugio. Los restos mortales de Adolf y Eva Hitler fueron enterrados al anochecer del 30 de abril en una fosa excavada en el jardín de la Cancillería del Reich por dos hombres de la SS pertenecientes a la guardia de corps de Hitler siguiendo órdenes de Günsche.[22]

Al mismo tiempo que Hitler tomaba las últimas disposiciones para su suicidio, las tropas soviéticas iniciaban el asalto del Reichstag. El imponente edificio neobarroco de la Königsplatz, que el arquitecto Paul Wallot, natural de Frankfurt, había construido entre 1884 y 1894, representaba el verdadero símbolo de la odiada dictadura de Hitler para los mandos militares rusos. Para ellos, eran los nacionalsocialistas los que el 27 de febrero de 1933 habían provocado el incendio del Reichstag, suceso que no solo había servido de pretexto para la brutal persecución de los comunistas en toda Alemania, sino que también había servido de apoyo para el establecimiento del régimen de terror nacionalsocialista mediante el decreto de incendio del Reichstag. Se explica así que fuera el Reichstag la construcción escogida como objetivo más importante en la lucha final por la conquista de Berlín, y no la Cancillería del Reich, situada a pocos cientos de metros de distancia, donde se encontraba el búnker del Führer, la última guarida de Hitler. Hasta el 1 de mayo, día internacional de la lucha de la clase obrera, el gran edificio construido por Wallot no sería conquistado.

Ya el 29 de abril las tropas de asalto rusas habían logrado liberar el Moltkebrücke y cruzar el Spree y habían ocupado el Ministerio del Interior

del Reich, situado en las inmediaciones. A primera hora de la mañana del 30 de abril dio comienzo el asalto al Reichstag.[23] Sin embargo, su conquista se reveló mucho más difícil de lo que se había pensado, pues el edificio había sido convertido en una verdadera fortaleza por sus defensores, una fuerza reunida de forma heterogénea a base de unidades de la Wehrmacht y de la SS, a las que se añadieron varios cientos de soldados de infantería de marina llegados en avión. Los alemanes habían tapiado todas las puertas y ventanas reduciéndolas a simples aspilleras y habían minado todo el recinto. Los nidos de ametralladoras y los fosos llenos de agua constituían un obstáculo difícil de superar. El primer asalto quedó empantanado debido a la fuerte respuesta de la artillería alemana. Los rusos trajeron en apoyo de sus soldados de a pie más cañones de asalto y tanques que llegaron a la Königsplatz cruzando el Moltkebrücke. No obstante, los dos nuevos ataques emprendidos por la mañana y a primera hora de la tarde fracasaron en medio de un elevado número de bajas. Por eso los mandos soviéticos decidieron aguardar a que empezara a oscurecer para lanzar el último asalto, que dio comienzo a las 18.00. Y, en efecto, esta vez la suerte sonrió a los soldados soviéticos, que lograron avanzar hasta las escaleras del Reichstag y abrirse paso hasta la puerta de entrada. En el propio interior del edificio dio comienzo una sangrienta lucha cuerpo a cuerpo. Mientras que los soldados del Ejército Rojo intentaban subir por la escalinata valiéndose de metralletas y de granadas de mano, los defensores se retiraron a los pisos inferiores y a los refugios.

Hacia las 22.40 un grupo de soldados soviéticos, capitaneados por Mijaíl Petróvich Minin, logró subir al tejado del edificio. Llevaban consigo un trapo rojo, pero no un asta de la que colgar su estandarte. Por lo que agarraron una tubería que encontraron por allí, ataron a ella el trapo y clavaron aquella bandera improvisada en una escultura de mujer medio destruida.[24] Eso, sin embargo, no significaba que la lucha por la conquista del Reichstag hubiera terminado. Los alemanes siguieron oponiendo una feroz resistencia. Las últimas unidades no se rindieron hasta el 2 de mayo por la tarde.

Así pues, los combates seguían cuando el fotógrafo soviético Yevgeni Jaldéi entró en el edificio el 2 de mayo por la mañana y arregló con su cámara una escena que, en realidad, había tenido lugar treinta horas antes:

dos soldados del Ejército Rojo eran supuestamente los primeros en izar la bandera roja con la hoz y el martillo en el tejado del Reichstag. La famosa fotografía se convirtió en un icono que simbolizaba como ningún otro la victoria del ejército soviético sobre la Alemania de Hitler. Otro detalle relacionado con la historia de esta fotografía es el hecho de que unos meses más tarde Jaldéi tuviera que retocarla y eliminar un segundo reloj de pulsera en la muñeca derecha del soldado que sujetaba el asta de la bandera. Con ello se pretendía que ni siquiera pudiera suscitarse la sospecha de que se trataba de un objeto robado, pues los relojes eran un botín muy codiciado por los conquistadores soviéticos.[25]

Durante los días siguientes el Reichstag se convirtió en «meta de una verdadera peregrinación».[26] La marea de visitantes no cesaba. Muchos soldados del Ejército Rojo escribían letreros en las paredes o grababan mensajes en los muros en ruinas del edificio, con los que pretendían expresar su sensación de triunfo.[27] Los grafitis en alfabeto cirílico pueden verse aún hoy *in situ*.

Los soldados del Ejército Rojo izan la bandera soviética en el Reichstag de Berlín. La escena fue repetida el 2 de mayo de 1945 por el fotógrafo soviético Yevgeni Jaldéi retocando algunos elementos. © Khaldei/Voller Ernst/akg-images, Berlín

«Por la noche vemos algunos coches estadounidenses. Establecen puestos de guardia en las calles. Todo ha transcurrido de forma sorprendentemente pacífica». Estas son las palabras anotadas en su agenda de bolsillo el 30 de abril de 1945 por Marianne Feuersenger, secretaria del departamento de Historia de la Guerra del Alto Mando de la Wehrmacht.[28] El hecho de que la ocupación de Múnich por los estadounidenses tuviera lugar al mismo tiempo que Adolf Hitler y su esposa se quitaban la vida en Berlín tuvo una gran fuerza simbólica, pues aquel anónimo cabo de la Primera Guerra Mundial había iniciado en 1919 su carrera política en la capital de Baviera. Allí, en el caldeado ambiente de la contrarrevolución tras el episodio de la República Soviética de Baviera, el incipiente demagogo había encontrado una caja de resonancia ideal para sus actividades de desenfrenada agitación. Y allí había florecido deprisa a comienzos de los años veinte el movimiento

nacionalsocialista, tolerado benévolamente por la policía y la justicia bávaras. El que luego se convertiría en Führer y canciller del Reich había demostrado a la ciudad su continuo agradecimiento cuando, en agosto de 1935, había concedido a Múnich el título honorífico de «capital del Movimiento». Cuando hicieron su entrada en la ciudad, los soldados estadounidenses presentaron como si fuera una especie de trofeo por su victoria una señal indicadora de población que anunciaba «Múnich. Capital del Movimiento» y que antes habían utilizado como diana. La imagen no tardaría en adquirir el mismo valor iconográfico que la foto de Yevgeni Jaldéi con los soldados del Ejército Rojo izando la bandera soviética en el tejado del Reichstag de Berlín.[29]

Soldados estadounidenses entran en Múnich el 30 de abril de 1945 portando a modo de trofeo la señal indicadora de población con el nombre de la ciudad. Scherl/Süddeutsche Zeitung Photo, Múnich

Durante los últimos días del mes de abril de 1945, cuando los estadounidenses ya habían conquistado Núremberg, la ciudad de los congresos del partido, y se encontraban ya avanzando rápidamente hacia la capital bávara, los bombarderos estadounidenses habían lanzado gran número de octavillas en las que se invitaba a los «hombres y mujeres de Múnich» a no ofrecer resistencia de ningún tipo a las tropas que se encontraban ya muy cerca: «En vuestro interés, en interés de toda la población, debéis ayudar a la razón a alcanzar la victoria. Por ello, ¡arrebatad el control de las manos a los fanáticos! ¡Armaos de valor y disponeos a actuar!».[30]

Sin embargo, el Gauleiter(5) Paul Giesler, nacionalsocialista fanático, y sus secuaces no pensaban ni por asomo en entregar Múnich sin luchar. Siguiendo las instrucciones de Hitler tenían la intención de defender el mayor tiempo posible la ciudad, que en aquellos momentos no era ya más que un montón de escombros. Giesler ordenó volar los puentes más importantes que cruzaban el Isar, en una de las órdenes de destrucción más absurdas dictadas en el último momento, que por fortuna fue saboteada con éxito por un oficial del batallón de zapadores encargado de llevar a cabo dicha misión.

En cualquier caso, en Múnich y en sus alrededores había varios grupos de opositores a Hitler, que, en el curso del mes de abril de 1945, se habían unido en la Operación Libertad de Baviera (Freiheitsaktion Bayern, FAB por sus siglas en alemán) y que estaban ya decididos a actuar. Estaban formados en su mayoría por hombres de mentalidad conservadora y tendencia nacionalista bávara. Su objetivo fundamental era detener a los altos funcionarios nazis y entregar Múnich sin luchar a los estadounidenses. La noche del 27 al 28 de abril transmitieron la señal de rebelarse a unos oficiales al mando del capitán Rupprecht Gerngross, jefe de la compañía de intérpretes del Wehrkreis VII.(6) La operación llevaba el nombre en clave de «Caza del Faisán», en referencia a los «faisanes dorados», como eran llamados los odiados jerarcas nazis, con sus uniformes de galones dorados. Los insurrectos lograron al primer intento asaltar el ayuntamiento de Múnich y ocupar dos emisoras de radio, la emisora de la Wehrmacht, en Freimann, y la gran estación de radiodifusión de Ismaning.

Los radioyentes del área metropolitana de Múnich no podían dar crédito a sus oídos, cuando a primera hora de la mañana del 28 de abril escucharon la noticia de que una tal Operación Libertad de Baviera había «logrado derrocar la violencia gubernamental». Los insurrectos publicaron un programa de diez puntos en el que prometían la «erradicación del régimen sanguinario del nacionalsocialismo», que había «conculcado las leyes de la moral y de la ética de tal modo […] que todo alemán decente debe apartarse de él con asco». Además, exigían la supresión del militarismo, la reinstauración del Estado de derecho y de la dignidad del ser humano, así como la creación de un «Estado social moderno», en el que «cada uno ocupe el lugar […] que le corresponda en función de sus capacidades».[31]

Sin embargo, Gerngross y sus compañeros de lucha habían valorado erróneamente la situación. Los muniqueses no se adhirieron al llamamiento a la sublevación, sino que prefirieron mantenerse a la espera. El gobernador (Reichsstatthalter) de Baviera, Franz von Epp, que ostentaba el título de caballero, se opuso a los deseos de los insurrectos, que pretendían que, junto con ellos, emprendiera unas negociaciones de capitulación y constituyera un Gobierno de transición. Pero sobre todo fracasó el intento de detener el Gauleiter Giesler. Tras una breve fase de confusión, las autoridades empezaron a tomar medidas en contra. El 28 de abril por la mañana, en una octavilla dirigida «A la población del Gau Múnich-Alta Baviera», Giesler hizo saber: «Todos los cargos de Múnich están firmemente en nuestras manos. Apoyamos a nuestro Führer Adolf Hitler. […] Gerngross no se librará del castigo que se merece. La pesadilla no tardará en desaparecer».[32] De hecho, la insurrección fue sofocada al cabo de pocas horas. Gerngross logró escapar, pero varios compañeros suyos fueron fusilados en el patio del Ministerio Central, entre los que destacó Günther Caracciola-Dellbrück, oficial de enlace de la Wehrmacht y hombre de confianza del caballero Von Epp.

También en numerosas comunidades del sur de Baviera, donde había tenido bastante eco el llamamiento de la FAB en pro de una insurrección contra los funcionarios nazis locales, se desató una sangrienta campaña de represalias promovida por fanáticos fieles a Hitler y por miembros de la SS, de la cual fueron víctimas unas cincuenta personas. Uno de los crímenes más repugnantes tuvo lugar en la pequeña ciudad minera de Penzberg. En

esta localidad, durante la noche del 28 al 29 de abril, los asesinos fusilaron y ahorcaron a dieciséis hombres y mujeres, entre los que se encontraba el anterior alcalde socialdemócrata del pueblo.[33]

Antes de que los soldados estadounidenses entraran en la capital bávara la mañana del 30 de abril, el Gauleiter Giesler se había escapado a Berchtesgaden, donde unos días más tarde se pegaría un tiro. La entrada de los estadounidenses se produjo casi sin luchar. Solo opusieron resistencia de manera aislada algunas unidades de la SS y del Volkssturm.(7) Poco después de las 16.00 el sustituto del alcalde de Múnich, Karl Fiedler, que mientras tanto había tomado las de Villadiego, entregó el ayuntamiento a un comandante del VII Ejército estadounidense. «Las fuerzas expedicionarias aliadas en su totalidad felicitan al VII Ejército por la toma de Múnich, cuna de la bestia nazi», escribió el general Dwight D. Eisenhower en su orden del día. [34]

Muchos muniqueses se situaron en las aceras y dispensaron a los soldados estadounidenses una amistosa acogida. «Este desfile de entrada en la ciudad es la cosa más extraña que he vivido hasta ahora [...]», escribía indignada en su diario una joven nacionalsocialista de Múnich, Wolfhilde von König, de diecinueve años. «Apenas hicieron su aparición en nuestra calle los primeros estadounidenses, cuando en algunas casas empezaron a izarse banderas blancas. Mucha gente saludaba agitando el pañuelo. Yo me habría esperado de los muniqueses un poco más de dignidad».[35] Ernst Langendorf, periodista alemán emigrado, que prestaba servicio como sargento en una compañía de propaganda del ejército estadounidense, recordaba que, tras la llegada de los soldados al centro de la ciudad, cientos de personas llenaron deprisa Marienplatz: «Observaban con interés nuestros vehículos, otros tocaban la tela de nuestros uniformes y elogiaban su calidad, las chicas se echaban a nuestros brazos y la prohibición de confraternizar fue pasada totalmente por alto. Reinaba un ambiente muy alegre. Por doquier oía decir: “Ya se ha acabado”, “Ahora ya podemos otra vez dormir tranquilos”, “Ya no vendrán más aviones”».[36]

El 30 de abril de 1945, un día después de su liberación por los soldados estadounidenses, el interno Edgar Kupfer-Koberwitz observó desde su cama

de la enfermería del campo de concentración de Dachau: «Por doquier ondean ahora en el campo las banderas con los colores de todos los países que están representados aquí. ¿De dónde habrán salido? [...] En Dachau, como siempre, hay muchos internos andando por la calle principal del campo, pero ahora caminan, no arrastran los pies, caminan libremente, despreocupados. [...] Todos están muy tranquilos, porque los estadounidenses se encargan ahora de nuestra protección. Creo que para todos nosotros la palabra "estadounidense" tendrá toda el sonido del oro». [37]

El campo de concentración de Dachau fue creado en marzo de 1933 y muy pronto se convirtió en sinónimo de terrorismo de Estado sin límites. Sirvió como una especie de laboratorio para toda clase de violencias, que fueron puestas en práctica bajo la supervisión de la SS y que durante los siguientes años serían trasplantadas a otros campos de concentración. Enseguida empezaron a correr los rumores acerca de lo que sucedía en el campo, algo que el régimen acogió de muy buen grado debido a sus efectos intimidatorios. «¡Dios mío, enmudéceme, no sea que termine en Dachau!» se convirtió en un dicho frecuentísimo susurrado por mucha gente durante el Tercer Reich.[38] La liberación de Dachau se convirtió, por tanto —más que la de Buchenwald el 11 de abril y la de Bergen-Belsen tres días después —, en el símbolo del fin del sistema de terror nacionalsocialista, del mismo modo que el despliegue de la bandera roja en el tejado del Reichstag pasó a ser toda una metáfora de la definitiva derrota de la Alemania de Hitler.

Durante los últimos meses de la guerra, las condiciones del campo de prisioneros de Dachau empeoraron de forma espectacular. Continuamente llegaban transportes procedentes de los campos de concentración evacuados de Europa del Este, de modo que el hacinamiento se volvió exasperante. Las raciones de comida, ya de por sí insuficientes, fueron recortadas todavía más, y las condiciones higiénicas pasaron a ser totalmente inenarrables. Muchos internos cayeron víctimas de una epidemia de tifus exantemático. Solo entre diciembre de 1944 y el día de la liberación del campo murieron más de catorce mil personas. «Los internos, agotados, desnutridos y comidos por los piojos, caían como moscas [...]», declaró un antiguo secretario del campo durante el proceso sobre Dachau iniciado ya a finales de 1945. «Los cadáveres yacían entre los barracones en medio de los

prisioneros todavía vivos, y permanecían en la calle [...], a menudo hasta que empezaban a descomponerse».[39]

Durante la segunda mitad de abril, cuando ya podían oírse a lo lejos los cañonazos y los aviones estadounidenses aparecían por la zona en vuelo rasante, la tensión empezó a hacerse insoportable. Se multiplicaban los indicios de que la SS estaba a punto de retirarse del campo. Para eliminar las huellas de sus atrocidades, una enorme cantidad de documentos fue quemada. El ánimo de los prisioneros oscilaba entre la esperanza de la liberación y el temor a caer víctimas de una matanza final.

El 26 de abril las columnas de trabajadores ya no salieron. Los prisioneros tuvieron que presentarse en el patio de armas. Al llegar la noche, 6.887 internos fueron obligados a ponerse en marcha divididos en tres grupos. Iban seguidos por soldados de la SS fuertemente armados y acompañados de perros. Se sumaron a la comitiva otros grupos procedentes de diversos campos externos, de modo que al final sumarían alrededor de diez mil individuos los que se dirigieran arrastrándose hacia el sur en dirección a Bad Tölz. La reacción de los habitantes de las localidades por las que pasaba aquella procesión de desventurados fue de indiferencia, pero en parte también de sobresalto y de terror. Por primera vez se veían obligados a enfrentarse directamente a los crímenes del régimen. Si alguien mostraba compasión y quería ofrecer a aquellos desgraciados, totalmente extenuados, un trozo de pan o un vaso de agua, a menudo los vigilantes de la SS se lo impedían. El 2 de mayo por la mañana, después de acampar por la noche en un bosque cerca de Waakirchen, los prisioneros pudieron finalmente dar un suspiro de alivio: sus guardianes habían desaparecido. No existe ninguna seguridad sobre cuántos integrantes de aquella marcha de la muerte murieron en la cuneta o fueron fusilados. Se calcula que serían entre mil y mil quinientos.[40]

Para los cerca de treinta y dos mil internos que se quedaron en el campo, más de cuatro mil de ellos en la enfermería, la hora de la liberación sonó un poco antes. El 29 de abril, hacia el mediodía, llegaron al gigantesco recinto del penal los integrantes del 157.º Regimiento de la 45.ª División de Infantería Thunderbird, al mando del teniente coronel Felix Sparks. Edgar Kupfer-Koberwitz dejó constancia de aquel momento en su diario: «De repente, en el exterior, gritos, correteos, carreras: “¡Los estadounidenses ya

están aquí! ¡Los estadounidenses están ya en el campo! ¡Sí, sí, están en el patio de armas!". Todo el mundo se pone en movimiento. Los enfermos abandonan sus camas, los que ya casi están sanos y todo el personal sanitario salen corriendo por el callejón, saltan por las ventanas, trepan por las vallas. Todo el mundo se dirige corriendo al patio de armas. Hasta aquí se oyen a lo lejos las exclamaciones y los gritos de hurra. Son gritos de alegría. Todo el mundo acude deprisa y corriendo. Los enfermos tienen caras animadas, radiantes: "¡Ya están aquí! ¡Estamos libres, libres!"».[41]

Antes de que los soldados estadounidenses pudieran avanzar hasta los terrenos del campo propiamente dicho, se encontraron con un tren de mercancías estacionado en una vía secundaria, en el que se hallaban los cadáveres de dos mil prisioneros que habían muerto de hambre y de sed en el traslado que los llevaba desde Buchenwald hasta Dachau. La conmoción por aquel lúgubre descubrimiento fue mayor todavía cuando en el propio campo se encontraron cientos de cadáveres dispersos por todo el recinto. «El *Infierno* de Dante parecía palidecer frente al infierno real de Dachau […]», diría el teniente coronel Sparks al describir el panorama. «Muchos hombres de la 1.ª Compañía, todos ellos veteranos curtidos en la guerra, se sintieron sumamente conmovidos. Algunos se echaron a llorar, mientras que otros estaban ciegos de ira».[42] En medio de aquel ambiente de furia e indignación, los estadounidenses fusilaron a una parte de los soldados de la SS a los que pudieron echar el guante. Solo la decidida intervención de Sparks logró impedir que los fusilamientos continuaran.[43] Al anochecer, la situación se había calmado. Los estadounidenses pudieron empezar por fin a atender a los enfermos junto con el Comité Internacional de Prisioneros de Campos de Concentración. Sin embargo, incluso después de la liberación, siguieron muriendo a diario muchos exprisioneros. Edgar Kupfer-Koberwitz, el cronista de Dachau, logró sobrevivir. En la última anotación de su diario, fechada el 2 de mayo de 1945, escribió: «Ahora tengo que salir obligatoriamente de la enfermería y ver cómo está el campo. […] Pero sobre todo conviene sacar de su escondite los manuscritos, el diario, el libro sobre Dachau y los demás escritos, en presencia de los estadounidenses, para que luego nadie pueda decir que aquí no se escribió nada».[44]

El 30 de abril, a las 18.35, llegó en punto a Plön, donde se había instalado el cuartel general del comandante en jefe de la Marina de Guerra, el gran almirante Karl Dönitz, un telegrama de Martin Bormann: «El Führer lo ha designado a usted como su sucesor, señor gran almirante, en sustitución de Göring, el hasta ahora mariscal del Reich. La concesión por escrito de plenos poderes va de camino. A partir de este momento tomará usted todas las medidas que correspondan dada la actual situación».[45] Bormann no decía que Hitler ya estaba muerto desde hacía tres horas, y, en efecto, había formulado de forma deliberada el telegrama de tal modo que Dönitz siguiera creyendo que el dictador todavía estaba vivo.

En su «testamento político», dictado en la noche entre el 28 y el 29 de abril, Hitler había designado en efecto a Dönitz como su sucesor en calidad de jefe del Estado, no ya de «Führer y canciller del Reich», sino con el título de «presidente del Reich», cargo que él mismo había abolido tras la muerte de Hindenburg en agosto de 1934. Al lado de Dönitz había puesto como canciller del Reich a Joseph Goebbels (ministro de Propaganda e Información) y para Bormann, su secretario, había creado el nuevo cargo de «ministro del Partido». Esa misma noche Hitler había ordenado enviar fuera de Berlín tres ejemplares del testamento. Una copia debía ser llevada a Dönitz, otra al nuevo comandante en jefe del ejército, el mariscal Ferdinand Schörner, y una tercera a la central del partido en Múnich. Sin embargo, ninguno de los mensajeros enviados llegó a su destino.[46]

En sus memorias, publicadas en 1963, Dönitz manifestó que el nombramiento como sucesor de Hitler lo pilló desprevenido: «Nunca me había hecho la menor alusión sobre el hecho de que me tuviera en cuenta como su sucesor. [...] Y a mí mismo nunca se me había ocurrido pensar que pudiera encomendárseme semejante tarea».[47] Sin embargo, la resolución de Hitler no resulta tan sorprendente. Y es que Hermann Göring, el comandante en jefe de la Luftwaffe, al que el dictador había nombrado su sucesor en el discurso pronunciado ante el Reichstag al comienzo de la guerra, el 1 de septiembre de 1939, en caso de que se produjera su muerte, había perdido mucha consideración y aprecio desde que los aviones de combate y las escuadrillas de bombarderos de los Aliados habían conseguido la supremacía aérea en el continente. El hecho de que el mariscal del Reich fuera el primero de los paladines en marcharse al sur del

país al término de la última recepción celebrada con motivo del cumpleaños de Hitler, el 20 de abril de 1945, se tomó muy mal. Göring perdió por completo el crédito que pudiera tener tres días después, cuando en un telegrama enviado desde Obersalzberg preguntó si iba a entrar en vigor la regulación en lo tocante a la sucesión, pues era evidente que a Hitler le habían quitado su «libertad de acción». El dictador interpretó semejante planteamiento como un acto de deslealtad, ordenó poner a Göring bajo arresto domiciliario y lo destituyó de todos sus cargos.[48]

También Heinrich Himmler, el segundo hombre más poderoso del régimen, había perdido el favor de Hitler. El 28 de abril por la noche se había sabido en el búnker del Führer que el máximo dirigente (Reichsführer) de la SS había intentado entablar negociaciones con Eisenhower a través del diplomático sueco y vicepresidente de la Cruz Roja de su país, el conde Folke Bernadotte, con el fin de poner en marcha una capitulación de las fuerzas armadas alemanas en el oeste. Hitler no cabía en sí de cólera cuando se enteró de la noticia. Himmler, cuyos hombres de la SS se habían conjurado con el lema «Nuestro honor es la lealtad», lo había engañado ahora y se comportaba como si fuera su sucesor. En su testamento, el dictador expulsaba a Himmler y a Göring del partido y los destituía de todos sus cargos oficiales, pues con sus negociaciones secretas con el enemigo y su intento de usurpar el poder habían «causado un daño incalculable» al país. En sustitución de Himmler fueron nombrados Paul Giesler, Gauleiter de Múnich, como ministro del Interior, y Karl Hanke, Gauleiter de Breslavia, como Reichsführer de la SS y jefe superior de la policía.[49]

El 30 de abril por la mañana, Bormann comunicó al gran almirante Dönitz que, «según la radio enemiga», Himmler había hecho a las potencias occidentales un ofrecimiento de capitulación a través de Suecia y que el Führer «esperaba» que se actuara contra todos los traidores «con la velocidad del rayo y la dureza del acero». A continuación, alrededor de las 15.00, el almirante se dirigió al cuartel de la Policía de Lübeck, donde Himmler se había instalado mientras tanto, para pedir explicaciones al Reichsführer de la SS. Este, sin embargo, calificó el comunicado de Reuter sobre sus negociaciones con Bernadotte de mero invento, y Dönitz pareció estar satisfecho de momento con esta explicación.[50]

Así pues, Göring y Himmler dejaron de ser considerados sucesores de Hitler y, entre los militares de alta graduación, Dönitz era el único en el que el dictador tenía plena confianza. En enero de 1943 lo había nombrado comandante en jefe de la Marina de Guerra en lugar de Erich Raeder, y el gran almirante le agradeció aquella muestra de favor con una lealtad incondicional. Ni siquiera cuando se presentó ante el tribunal militar de Núremberg disimuló su veneración sin límites hacia el Führer: en él había visto una «poderosa personalidad, un hombre dotado de una inteligencia y una energía extraordinarias, de una cultura verdaderamente universal y un carácter que irradiaba fuerza, y que poseía una capacidad de atracción enorme».[51] A diferencia de lo que hacía con otros altos mandos de las fuerzas armadas, Hitler trataba a Dönitz con respeto, se dirigía a él llamándolo siempre «señor gran almirante» y se inmiscuía poco en los asuntos de la Marina de Guerra.

Hasta la primavera de 1945 Dönitz siguió pensando que podría darse un giro a la dirección de la guerra por mar gracias al desarrollo y al empleo de nuevos tipos de submarinos indetectables por los radares del enemigo. El 7 de abril dirigió a los oficiales de la armada un fanático llamamiento a seguir resistiendo: «Nuestro deber como militares, con el que cumplimos con absoluto tesón, pase lo que pase a derecha y a izquierda y a nuestro alrededor, hace que permanezcamos inmóviles como una roca y que sigamos resistiendo con audacia, firmeza y fidelidad. El que no actúe así es un canalla. Hay que ahorcarlo con un cartel que diga: "¡El que está aquí colgado es un traidor!"». Tres días después pedía en una orden a los altos mandos de la armada que combatieran, siguiendo las directrices del Führer, «hasta el final». «Eso quiere decir, pues, vencer o morir».[52] Todavía durante los últimos días de la guerra Dönitz siguió enviando soldados de infantería de marina a combatir en la lucha sin visos de victoria que se libraba en Berlín.

El 15 de abril Hitler dictó una instrucción fundamental para el caso de que las tropas de los Aliados occidentales y el Ejército Rojo se unieran en el centro de Alemania y de que el Reich se dividiera en dos partes: en el «territorio del Norte» debía asumir el mando supremo el gran almirante Dönitz, y en el «territorio del Sur» debía hacerlo el mariscal Albert Kesselring. En cuanto a él, Hitler hacía tiempo que había decidido aguantar en Berlín y no trasladarse al Obersalzberg, como le aconsejaba su entorno.

Escenificar la lucha final como un «naufragio heroico», esto es, quedarse en aquel desierto de ruinas, resultaba, según él, mucho más eficaz que permanecer en el idílico aislamiento de su residencia de los Alpes.

El 21 de abril por la tarde, cuando Berlín se encontraba ya bajo el fuego de la artillería rusa, tuvo lugar una última conversación entre Hitler y Dönitz. A primera hora del 22 de abril, el gran almirante, acompañado de su Estado Mayor, abandonó la capital del Reich con dirección al noroeste. El convoy se vio obligado a avanzar muy despacio, pues las carreteras se hallaban atascadas por las unidades de la Wehrmacht en retirada y las caravanas de refugiados. Hasta el mediodía no llegaron a su destino, Plön, en Holstein, donde se habían liberado un par de barracones para instalar el nuevo cuartel general.[53] Gracias a destacamentos móviles de radiotelegrafistas de la armada no solo fue posible mantener en funcionamiento las comunicaciones con todos los puestos de mando del «territorio del Norte», sino también con Berlín. Siegfried Unseld, el futuro director de la editorial Suhrkamp, formó parte de uno de esos destacamentos. En 1995, cincuenta años después del término de la guerra, recordaba: «Por nuestra emisora se transmitieron los comunicados más trascendentales de los últimos días de la contienda. A mis veinte años, tenía el grado de cabo primero, había prestado servicio durante tres años como radiotelegrafista de la armada en el frente y ahora se me había encomendado la tarea de utilizar nuevos códigos, nunca empleados hasta entonces, para las labores de radiotelegrafía, con el fin de descifrar o de codificar los mensajes por radio dirigidos a Dönitz o enviados por él». De modo que su emisora de radio fue también la primera que a última hora de la tarde el 30 de abril recibió el telegrama de Bormann que confirmaba a Dönitz como sucesor de Hitler.[54]

Esa misma noche, cuando se recuperó de la sorpresa, el gran almirante mandó llamar a Heinrich Himmler, al que ya había ido a ver por la tarde en Lübeck. La entrevista tuvo lugar alrededor de la medianoche. El Reichsführer de la SS apareció en compañía de seis oficiales armados de la SS, como si quisiera demostrar que había que contar con él como factor determinante del poder. Dönitz, por su parte, si hemos de creer lo que dice en sus memorias, había dejado, como medida de protección, «una pistola con el seguro quitado al alcance de la mano, escondida debajo de unos

papeles». Dio a leer a Himmler el radiograma enviado por Bormann y observó cómo la cara le cambiaba: «Expresaba [...] un gran estupor, consternación incluso. Dio la impresión de que una esperanza se desmoronaba dentro de él. Se puso muy pálido. Se levantó, hizo una inclinación de cabeza y dijo: "Deje que sea yo el segundo en su Gobierno"».[55] Evidentemente Dönitz reaccionó con evasivas ante aquel ofrecimiento. Himmler seguía teniendo a su disposición fuerzas considerables de la SS y de la policía, y no había que descartar la posibilidad de que se negara a reconocer el telegrama de Bormann y de que se proclamara sucesor de Hitler por su cuenta. Por eso era también importante para Dönitz asegurarse el apoyo de la Wehrmacht. A última hora de la tarde del 30 de abril había dado instrucciones a su ayudante de campo, Walter Lüdde-Neurath, para que ordenara a los jefes del OKW y del Estado Mayor de la Wehrmacht, el mariscal Wilhelm Keitel y el coronel general Alfred Jodl, que se presentaran al día siguiente en Plön.[56] Al término de aquella jornada todavía era completamente incierto cómo iba a acabar todo.

1 DE MAYO DE 1945

En Berlín, los combates continuaron con la misma violencia tras la muerte de Hitler. «Iba cayendo la tarde el 1 de mayo [...]», recordaba el coronel Hans Refior, que se había atrincherado con su Estado Mayor en el Bendlerblock.(8) «Durante todo el día, desde primera hora de la mañana hasta bien entrada la noche, podía oírse por toda la ciudad el estruendo de los cañones, retumbaban las explosiones de las granadas, y, desde las ruinas y los restos de las casas, martilleaban las ametralladoras, que, junto con el aumento y la disminución alternativa de la fusilería, constituían el horripilante acompañamiento musical de lo que la jornada significaba».[57]

A las 03.50, todavía noche cerrada, el general Hans Krebs, acompañado del coronel Theodor von Dufving y un intérprete, apareció en el edificio de Schulenburgring 2, en Tempelhof, donde había establecido su cuartel general el comandante en jefe del VIII Ejército de la Guardia soviético, el coronel general Vasili Chuikov. Con rostro apesadumbrado manifestó: «Es usted el primer extranjero al que comunico que el 30 de abril Hitler nos abandonó de forma voluntaria suicidándose». Chuikov, al parecer, tomó nota de la sensacional noticia sin inmutarse: «Ya lo sabemos», mintió. A continuación, Krebs dio lectura a un escrito de Goebbels dirigido al comandante supremo de las fuerzas armadas soviéticas. En él se confirmaba que Hitler había puesto fin a su vida el 30 de abril a las 15.30 y que en su testamento había transmitido el poder gubernamental al gran almirante Dönitz, a Goebbels y a Bormann. Como nuevo canciller del Reich, él, Goebbels, tenía plenos poderes para ponerse en contacto con las máximas autoridades soviéticas con el fin de entablar negociaciones entre las dos potencias que habían sufrido las mayores pérdidas durante la guerra.[58]

Goebbels, con la misión encomendada a Krebs, volvía a una idea que ya venía repitiendo desde el otoño de 1943, pero que había presentado

inútilmente a Hitler, a saber: intentar lograr un acuerdo por separado con Stalin con el fin de salir de la guerra, aunque fuera con un ojo morado.[59] Calculaba que de ese modo los intereses contrapuestos de los Aliados occidentales y de sus compañeros de armas antinaturales, los soviéticos, se agudizarían cada vez más, y que los propios dirigentes soviéticos se inclinarían por salirse del frente anti-Hitler. Si es que existía aún una salida de último minuto después de la muerte del Führer, pensaba Goebbels, esta pasaba por lograr un arreglo con la Unión Soviética. El 30 de abril por la noche, una vez quemados los cadáveres de Hitler y de su esposa y debidamente enterrados sus restos mortales, tuvo lugar en el despacho de Hitler en el búnker una larga reunión en la que participaron, junto con Goebbels y Bormann, los militares Krebs, Burgdorf y Weidling, el vicealmirante Hans-Erich Voss, el embajador Hewel y el jefe de las Juventudes Hitlerianas Axmann. Se decidió confiar a Krebs, jefe del Estado Mayor General, la dirección de las negociaciones, pues, como antiguo miembro de la comisión militar destinada a Moscú, contaba con ciertos conocimientos de ruso.

Se tardó bastante en establecer contacto telefónico con el puesto de mando de Chuikov y en concertar un lugar y una hora para que los emisarios encargados de parlamentar pudieran pasar al lado soviético.[60] Goebbels estuvo dando paseos arriba y abajo por la sala de crisis. «Mientras que aquí antes no se podía fumar, él se encendía ahora un cigarrillo tras otro», observaría Arthur Axmann. «De vez en cuando silbaba una de sus canciones preferidas de la época de la lucha».[61] El resto de los presentes pasó el tiempo que hubo que esperar tomando café y aguardiente y discutiendo largo y tendido sobre si había que suicidarse o, por el contrario, atreverse a emprender la fuga del búnker. Una vez muerto Hitler, daba la impresión de que el hechizo se había desvanecido. De repente, era como si sus sátrapas, que habrían estado dispuestos a seguir las últimas órdenes del Führer sin rechistar, se hubieran convertido «de nuevo en individuos capaces de actuar y de pensar por su cuenta», manifestaría más tarde echando la vista atrás Traudl Junge.[62]

Hasta poco después de la medianoche Krebs, Dufving y el intérprete no pudieron emprender su muy difícil marcha a través de las ruinas de Berlín. Cuando llegaron al lugar acordado para cruzar las líneas, los tres se vieron rodeados por los soldados del Ejército Rojo, que los condujeron, pasando

por varios puntos intermedios, hasta el cuartel general de Chuikov.[63] El general soviético describiría en sus memorias el ánimo con el que recibió a los delegados alemanes: «¿Se creían acaso los dirigentes del Tercer Reich que teníamos una memoria tan corta y que ya nos habíamos olvidado de todos esos millones de muertos y de todos esos millones y millones de viudas y huérfanos? ¿Y de las horcas y de los crematorios? ¿Y de Majdanek y de los otros campos de la muerte?».[64]

Una vez leído el escrito de Goebbels, Krebs presentó su credencial de negociador con plenos poderes, así como una copia del testamento de Hitler con la lista de nombres del nuevo Gobierno del Reich. Durante las negociaciones que se iniciaron a continuación pudo comprobarse que las posturas estaban totalmente enfrentadas: por encargo de Goebbels, el jefe del Estado Mayor General alemán ofrecía un alto el fuego inmediato, para que los miembros del gabinete nombrado por Hitler, con Dönitz al frente, pudieran reunirse en Berlín y deliberar de manera conjunta acerca de la situación. Solo como segundo paso se iniciarían las negociaciones con la Unión Soviética en torno a una capitulación de las fuerzas armadas alemanas.

El general Chuikov se dio cuenta enseguida de que para los alemanes todo dependía de ganar tiempo con la intención de meter una cuña que permitiera separar la Unión Soviética de sus aliados. El militar ruso afirmó sin rodeos que no se podían plantear ni un alto el fuego ni unas negociaciones por separado, sino que solo cabía hablar de una rendición incondicional, y, además, con efecto inmediato, también ante Estados Unidos y ante Reino Unido.[65]

Durante una pausa durante las negociaciones, Chuikov llamó por teléfono al mariscal Georgi Zhúkov, el comandante en jefe del Primer Frente Bielorruso, para ponerlo al corriente de la situación. Zhúkov envió al puesto de mando de Chuikov en el Schulenburgring a su lugarteniente, el general Vasili Sokolovski, y, a continuación, en un telegrama, que llegó a Moscú a las 05.05, informó a Stalin de que, según lo comunicado por el general Krebs, Hitler se había suicidado.[66] Poco después también se puso en comunicación telefónica con Stalin, que se encontraba en su casa de campo a las afueras de Moscú. El dictador soviético estaba durmiendo todavía y se mostró a todas luces contrariado por el hecho de que lo hubieran molestado. «¡Qué mala pasada nos ha jugado el muy canalla!

¡Lástima no haber podido atraparlo vivo!», parece que comentó al oír la noticia. Recordó con insistencia una vez más a Zhúkov que no se podían mantener negociaciones sobre nada que no fuera una rendición incondicional, ni con Krebs ni con ningún otro delegado alemán.[67]

Sin embargo, ninguno de los dos negociadores alemanes estaba autorizado para tratar de eso. Como las posturas eran inamovibles y las conversaciones no llegaban a buen puerto, a primera hora de la mañana del 1 de mayo se acordó que el coronel Von Dufving y el intérprete volvieran a la Cancillería del Reich y presentaran a Goebbels un informe parcial. Fue con ellos un comandante soviético. Por el camino, el grupo fue objeto de los disparos de algunos miembros de la SS, y, a consecuencia del tiroteo, el comandante resultó gravemente herido. Pasaron otra vez varias horas antes de que Von Dufving pudiera llegar al búnker de la Cancillería del Reich y comunicar la noticia de que la parte soviética estaba empeñada en conseguir una capitulación sin condiciones. Goebbels exclamó que no lo consentiría «nunca, nunca».[68]

Entre las 13.00 y las 14.00 Krebs también regresó, agotado de aquellas doce horas de maratón de negociaciones, y ratificó que su misión había sido un absoluto fracaso. Goebbels se mostró de nuevo indignado: «No emplearé las pocas horas que me quedan de vida como canciller del Reich en estampar mi firma en un acta de capitulación».[69] Para todos aquellos que no estaban dispuestos a seguir el ejemplo de la familia Goebbels y suicidarse había llegado el momento de prepararse para emprender la fuga del búnker.

El 1 de mayo por la noche, a la 01.22, cuando el general Krebs estaba ya de camino al puesto de mando de Chuikov, el gran almirante Dönitz envió un mensaje por radiotelégrafo a la Cancillería del Reich. Dando por supuesto que Hitler seguía vivo, hizo una vez más una ardiente declaración de lealtad inquebrantable: «¡Mi Führer! Sepa que mi fidelidad a su persona será incondicional. A partir de este momento haré todo lo posible para sacarlo de Berlín. No obstante, si el destino me obliga a dirigir el Reich alemán como su sucesor, designado por usted, llevaré esta guerra hasta el final, como exige la heroica lucha del pueblo alemán».[70] El texto del telegrama había

sido redactado por Albert Speer.[71] Después de volar al Berlín sitiado el 23 de abril para efectuar una última visita a Hitler, también el ministro de Armamento se había trasladado al «territorio del Norte». De modo que él se hallaba presente asimismo cuando el 30 de abril por la noche llegó a Plön el comunicado de Bormann en el que se decía que el gran almirante había sido designado como sucesor de Hitler. En ese momento Speer desconocía aún que Hitler, en su testamento, lo había destituido como ministro de Armamento y que, en su lugar, había nombrado a un antiguo rival suyo: Karl-Otto Saur. Ese había sido el precio que había tenido que pagar el otrora favorito del Führer por haberse negado durante los últimos meses de la guerra a cumplir sin rechistar las órdenes de destrucción del dictador.[72]

Por la mañana, a las 10.53, cuando el general Krebs estaba todavía negociando con Chuikov, llegó a Plön un segundo radiograma de Bormann: «Testamento en vigor. Vendré al verlo en cuanto pueda. Considero que su publicación debe retenerse hasta entonces».[73] De nuevo no se hablaba expresamente en ningún momento de que Hitler ya estaba muerto. De la expresión «testamento en vigor» podía deducirse, no obstante, que ya no estaba entre los vivos. Sin embargo, Bormann seguía sin aclarar a Dönitz cuándo y cómo se había producido la muerte del Führer. Evidentemente en ese momento ya estaba convencido de que las negociaciones con los soviéticos no iban a dar ningún fruto. De modo que estaba preparándose para desplazarse del modo que fuera a Plön, con el fin de tomar posesión de su nuevo cargo como «ministro del Partido» en el Gobierno Dönitz. Mientras que Goebbels no había ocultado a nadie que pensaba quedarse en Berlín y poner fin allí a su vida, Bormann estaba decidido a salvar el pellejo y a seguir desempeñando un importante papel político.[74]

Cuando el general Krebs regresó y quedó claro el fracaso definitivo de su intento de alcanzar un pacto por separado con los soviéticos, Goebbels comprendió que ya no tenía razones para seguir jugando al escondite con Bormann. En un tercer radiograma, enviado desde la Cancillería del Reich a las 14.46 y recibido en Plön a las 15.18, aclaraba por fin la situación a Dönitz: «Führer ayer a las 15.30 fallecido. Testamento del 29/4 traspasa a usted cargo de presidente del Reich, al ministro del Reich Dr. Goebbels el cargo de canciller del Reich, al Reichsleiter(9) Bormann el cargo de ministro del Partido y al ministro del Reich Seyss-Inquart el cargo de ministro de Asuntos Exteriores del Reich. Siguiendo órdenes del Führer, el

testamento ha sido remitido a usted y al mariscal Schörner, y enviado, además, fuera de Berlín a un lugar seguro para su publicación. El Reichsleiter Bormann intenta llegar hoy mismo donde está usted para explicarle la situación. Quedan a su criterio forma y momento de publicación y de notificación a las tropas».[75]

Pues bien, cuando tuvo certeza de la muerte de Hitler, Dönitz dejó de sentirse ligado a su declaración de fidelidad y, por tanto, se negó a dejarse comprometer a la hora de escoger a sus colaboradores más estrechos. De modo que dio a Lüdde-Neurath, su ayudante de campo, la orden de poner a buen recaudo el radiograma de Goebbels. Al mismo tiempo ordenó detener a Bormann y a Goebbels en caso de que aparecieran por Plön. En eso, al menos, desde luego, coinciden las versiones que Dönitz y Speer ofrecieron en sus memorias.[76]

El gran almirante ya había estado pensando el 30 de abril a quién podía nombrar ministro de Asuntos Exteriores de su Gobierno. Su elección recayó en un primer momento en Konstantin von Neurath, que ya había ocupado el puesto en los dos últimos gobiernos presidencialistas de la República de Weimar y luego en el Gobierno de Hitler hasta 1938. Sin embargo, la noticia no llegó a Neurath, que durante las últimas semanas de la guerra se había retirado junto con su esposa y su yerno, Hans-Georg von Mackensen, antiguo secretario de Estado del Ministerio de Asuntos Exteriores, al apartado pabellón de caza que tenía en Voralberg, donde fueron detenidos el 6 de mayo por una unidad francesa. «Una banda de pequeños soldados africanos medio enanos» rodeó la casa y los dos señores tuvieron solo un cuarto de hora para cambiarse de ropa y preparar su mochila, diría en tono de queja la mujer de Von Neurath. «La despedida fue muy difícil, pero nos comportamos en todo momento con valentía. ¡Aquella chusma no iba a vernos flaquear!».[77]

Como las pesquisas para dar con el antiguo ministro de Asuntos Exteriores no tuvieron éxito, Dönitz hizo que preguntaran a su sucesor en el cargo, Joachim von Ribbentrop, que se encontraba cerca de Plön, si sabía algo del paradero de Neurath. Ribbentrop, que no sabía que Hitler no había contado ya con él en su testamento y que, en su lugar, había nombrado nuevo ministro de Asuntos Exteriores al Reichskommissar(10) para los Países Bajos Arthur Seyss-Inquart, insistió en mantener una entrevista personal con el gran almirante. La reunión tuvo lugar el 1 de mayo a última

hora de la tarde. Como hiciera anteriormente Himmler, también Ribbentrop le ofreció sus servicios, pero Dönitz se lo quitó de encima. «Lo encuentro demasiado tonto», parece que comentó.[78] En su lugar, decidió confiar el cargo de ministro de Asuntos Exteriores al conde Lutz Schwerin von Krosigk, que también se había escabullido al «territorio del Norte». Krosigk, durante muchos años ministro de Finanzas del Reich, que había sobrevivido a todos los cambios de Gobierno desde los tiempos del «gabinete de los barones» de 1932, presidido por Von Papen, y que había sido confirmado en su puesto por Hitler en su testamento, era, a juicio de Dönitz, un experto sin demasiada carga política, por medio del cual habría resultado más fácil entablar contactos con las potencias enemigas. El gran almirante sabía que en el puesto de ministro de Asuntos Exteriores no iban a «ganarse muchos laureles […], pero necesitaba un hombre que le aconsejara políticamente a la hora de tomar las futuras decisiones». Schwerin von Krosigk pidió un tiempo para pensárselo y el 2 de mayo declaró que estaba dispuesto a asumir el cargo que se le había ofrecido.[79]

En un principio Dönitz había deseado efectuar asimismo un cambio en la Jefatura del Alto Mando de las Fuerzas Armadas. Wilhelm Keitel, hasta ese momento jefe del OKW, que por su actitud servil ante Hitler llevaba el mote de «Lakaitel»,(11) debía ser sustituido por el mariscal Erich von Manstein, al que el dictador había largado con viento fresco a finales de marzo de 1944. Sin embargo, cuando Alfred Jodl declaró que él tampoco estaba ya a su disposición como jefe del Estado Mayor de la Wehrmacht, el gran almirante decidió dejar el mando de las fuerzas armadas tal como estaba.[80]

En cualquier caso, Dönitz tampoco se planteaba aceptar una capitulación incondicional inmediata en todos los frentes. Más bien creía que su principal tarea consistía en continuar la guerra un poco más en el Frente Oriental, para intentar que cayera en manos del Ejército Rojo el menor número posible de soldados y de refugiados. Con el fin de alcanzar ese objetivo, quería poner fin cuanto antes a las operaciones militares en el oeste. Al mismo tiempo, tampoco pensaba llevar a cabo aquí en un principio una rendición incondicional de todas las fuerzas combatientes, sino que tenía el propósito de efectuar una serie de capitulaciones parciales de determinados grupos de ejército aislados.[81] Esa fue también la

intención que manifestó el gran almirante en su alocución radiofónica a la población alemana el 1 de mayo por la noche, en la que dio a conocer la muerte de Hitler.

Entre las 21.00 y las 22.25 la Radio Nacional de Hamburgo, en conexión con sus emisoras de Flensburgo y Bremen, anunció tres veces que iba a retransmitir una noticia importante y, entre medias, fue poniendo fragmentos de óperas de Wagner (*Tannhäuser*, *El oro del Rin* y *El crepúsculo de los dioses*), así como de la *Séptima sinfonía* de Anton Bruckner. Luego la música se interrumpió. De repente se oyó un redoble de tambores y se escuchó al fin la voz emocionada de un locutor: «El cuartel general del Führer comunica que nuestro caudillo Adolf Hitler ha caído esta tarde luchando hasta el último suspiro por Alemania contra el bolchevismo en su puesto de mando de la Cancillería del Reich. El 30 de abril el Führer nombró su sucesor al gran almirante Dönitz».[82] La opinión pública alemana no solo fue informada falsamente a sabiendas en lo concerniente al momento en el que había tenido lugar el fallecimiento de Hitler, sino también en lo que respecta a las circunstancias de su muerte. En ese sentido era preciso ocultar que el dictador había eludido su responsabilidad suicidándose.

Dönitz ratificó la falsa noticia cuando, al término del comunicado oficial, tomó la palabra. Su discurso seguía coincidiendo por completo, en cuanto al tono y a la dicción, con las fanáticas declaraciones de fidelidad con las que, durante las últimas semanas de la guerra, el almirante hitleriano había azuzado a los soldados de la armada a mantener su disposición a seguir resistiendo. «¡Hombres y mujeres de Alemania, soldados de las fuerzas armadas alemanas! Nuestro Führer, Adolf Hitler, ha caído. Con profundísima tristeza y reverencia, el pueblo alemán se inclina. Él supo reconocer muy pronto el terrible peligro del bolchevismo y a esa lucha consagró su existencia. El final de su lucha y de su trayectoria vital recta e inquebrantable lo marca ahora su muerte heroica en la capital del Reich alemán. Su vida consistió únicamente en prestar servicio a Alemania. Su actuación en la lucha contra la marea bolchevique no solo pretendía servir a Europa, sino a toda la cultura mundial».[83]

Dönitz no solo volvió a la versión oficial de la «muerte heroica» de Hitler; utilizó también sin el menor recato un elemento clave de la propaganda de Goebbels, que había convertido falazmente la guerra de

exterminio de Alemania contra la Unión Soviética en una cruzada al servicio de Europa y de toda la civilización. Además, con el fantasma del «bolchevismo», el gran almirante justificaba por qué no tenía intención de poner fin de inmediato a la guerra: «Mi primera tarea es salvar a los alemanes de la aniquilación a manos del enemigo bolchevique en constante avance. Solo con ese fin continúan las operaciones militares. Mientras los británicos y los estadounidenses nos impidan la consecución de ese objetivo, nos veremos obligados a seguir defendiéndonos y a continuar combatiendo también contra ellos. Los angloestadounidenses ya no continúan la lucha en aras de sus pueblos, sino solo en beneficio de la propagación del bolchevismo por Europa». De ese modo, la responsabilidad de la continuación de la lucha en el oeste se atribuía a los estadounidenses y a los ingleses. De la misma manera que Goebbels había intentado ya meter cizaña en la coalición contra Hitler alcanzando un pacto por separado con los dirigentes soviéticos, también ahora la estrategia de Dönitz tenía a todas luces como meta sacar provecho de las contradicciones existentes entre los Aliados, con el fin de evitar una rendición incondicional.

Dönitz no renunciaba tampoco a convertir *a posteriori* el sacrificio absurdo de soldados y civiles en aquella guerra instigada con fines criminales en un acto heroico: «Lo que el pueblo alemán ha realizado combatiendo en esta contienda y lo que ha sufrido en su propia tierra es algo único desde el punto de vista histórico». Prometía a los «valientes hombres, mujeres y niños» que, mientras estuviera en su mano, «crearía unas condiciones de vida soportables», y al final apelaba a la ayuda del Todopoderoso: «Si hacemos todo lo que esté en nuestro poder, el Señor no nos abandonará después de tanto sufrimiento y de tanto sacrificio».

Al término del discurso de Dönitz sonó el himno alemán y el segundo himno del nacionalsocialismo, el *Horst Wessel-Lied*. A continuación, se produjeron tres minutos de silencio, tras los cuales volvió a sonar música solemne, entre otras la sinfonía *Heroica* de Beethoven. El programa concluyó ya bien entrada la noche del 2 de mayo con las siguientes palabras: «Nos despedimos de nuestros radioyentes de Alemania y del extranjero, de nuestros soldados por tierra, mar y aire con el saludo alemán: "Heil Hitler!"».[84]

En la orden del día para el 1 de mayo dirigida a la Wehrmacht, Dönitz repetía en esencia lo que había dicho en su alocución radiofónica. Iba a

«continuar la lucha contra los bolcheviques hasta que las fuerzas combatientes y los cientos de miles de familias del territorio alemán del este estén a salvo de la esclavitud y del exterminio». Solo permitiría que continuaran también los combates contra los ingleses y los estadounidenses en la medida en que constituyeran un estorbo en esa lucha. Como nuevo jefe del Estado y comandante supremo de la Wehrmacht, el gran almirante exigía a las tropas que continuaran con su «entrega incondicional». El juramento de fidelidad prestado al Führer seguía teniendo validez y se aplicaba «sin más» a su persona en cuanto sucesor designado de Hitler.[85]

El escritor Erich Kästner, que, junto con sus colegas de la Ufa, había logrado escabullirse de Berlín y se había ido a Mayrhofen, en el Zillertal, en el Tirol, anotó en su diario el efecto que tuvieron en él y en su entorno la alocución de Dönitz y su orden del día: el nuevo jefe del Estado no era más que una «solución de emergencia». «Pretende rechazar la marea soviética que se le viene encima, mientras que con el resto de los Aliados solo tiene intención de entablar combate si eso es lo que ellos quieren. Ahora el hombre del organillo ha cambiado. Sigue tocando la misma canción. Cuando se encuentran por la calle, las personas dicen en broma: "Heil Dönitz!". El nuevo jefe del Estado espera de las tropas que continúen fieles al juramento de fidelidad prestado al Führer y que sigan manteniéndolo también para el sucesor designado. Sin embargo, debido a la falta de efectivos, resultará difícil que así sea. Solo desde la invasión ([de Normandía,] en junio de 1944, aclaración del autor) han sido hechos prisioneros en el oeste tres millones de hombres y ciento cincuenta generales. Al resto, esto es, a los que se han dado a la fuga o andan vagando de un lado a otro, lo único que les espera es que los detengan. El juramento se queda solo».[86]

Parecida fue la reacción de los generales alemanes que estaban internados en la mansión señorial de Trent Park, en Cockfosters, a las afueras de Londres. Según ellos, Dönitz era un «cabestro», un «charlatán», y su gabinete un «Gobierno de un día». Su discurso había sonado «como si hablara el pequeño Hitler». ¿Cómo podía «un hombre sensato, con los cinco sentidos» soltar semejante disparate y presentar a Hitler como «el ángel más puro», cuando sabía muy bien cómo el dictador había tratado a los comandantes de sus tropas? Aunque Dönitz ya no tenía en sus manos ningún medio de presión, seguía dándoselas de ser «Wilhelm el Fuerte»:

«¿Vamos a tener que decir ahora "Heil Dönitz!"?». Aquel hombre no estaba legitimado ni para mandar ni para hablar.[87]

Las palabras de Dönitz habían sido «bastante débiles», reseñó en su diario la periodista berlinesa y opositora de Hitler Ursula von Kardorff, que en febrero de 1945 había buscado refugio en una aldea de Suabia, Jettingen, cerca de Augsburgo, donde había seguido la transmisión radiofónica. «O sea, ha llegado el momento que llevo anhelando vivamente desde hace años, y por el que he rezado con fervor. ¿Y bien? Ahora, cuando sonó el himno nacional, volvió a emocionarme por primera vez desde hace años. ¿Se trata de sentimentalismo?».[88]

Si hemos de fiarnos de sus memorias, el sentimentalismo se apoderó también del ministro de Armamento: Albert Speer. A última hora de la tarde, cuando fue a la pequeña habitación que le habían asignado en el cuartel general de Dönitz en Plön y puso en la mesilla de noche el retrato de Hitler con una dedicatoria personal que el dictador le había regalado apenas seis semanas antes con motivo de su cuadragésimo cumpleaños, fue incapaz de reprimir un ataque de llanto convulsivo. «Hasta ese momento no terminó mi relación con Hitler; solo entonces se rompió el hechizo, se esfumó su magia. [...] Caí en un profundo sueño».[89] Pero la relación de Speer con el Führer que antaño tanto había admirado no había concluido en absoluto. En aquellos momentos Speer tendría más bien que perseverar con decisión en sus esfuerzos, iniciados ya en la primavera de 1945, por disimular su papel como uno de los favoritos más poderosos de Hitler y su participación en los crímenes masivos perpetrados por el nacionalsocialismo.[90]

William L. Shirer, el corresponsal estadounidense en Berlín, que había abandonado Alemania en diciembre de 1940, recibió la noticia de la muerte de Hitler en San Francisco, donde se encontraba desde el 24 de abril para asistir a la conferencia de creación de las Naciones Unidas. La declaración de Dönitz, según el comentario que hizo, era solo consecuente: «Todo el régimen hitleriano, toda la leyenda de Hitler, todo se basaba en mentiras. Ahora es también mentira todo lo que lo rodea en la muerte. Su sucesor se revuelca también en aquellas, lo mismo que él hizo».[91]

Las mismas dudas que abrigaba Shirer, las tenía a su vez Thomas Mann en su exilio californiano. El novelista se preguntaba si era veraz la versión de la muerte de Hitler que Dönitz había puesto en circulación. «Como héroe en la lucha contra el bolchevismo. [...] Todo ello es sospechoso e inseguro»,

comentó el 1 de mayo. Lo «más probable» era que Hitler se hubiera suicidado.[92] El escritor había expresado su conformidad con un libro de Sebastian Haffner que había leído en 1940 y que había sido publicado en la primavera de ese mismo año, *Alemania: Jekyll y Hyde*, en el que Hitler era presentado como el «suicida potencial por excelencia».[93]

Tras poner en conocimiento de Dönitz la muerte de Hitler, en cierto modo como última diligencia oficial en calidad de canciller del Reich, Goebbels se dispuso a interpretar el último acto. Durante los ya lejanos meses de la guerra, el ministro de Propaganda e Información y el dictador habían realizado grandes esfuerzos por mantener en el recuerdo para la posteridad el final apocalíptico del Tercer Reich como un espectáculo heroico. Para ello no dudaron en remitirse al modelo de Federico el Grande. Al igual que el rey de Prusia había aguantado firme en la guerra de los Siete Años contra una coalición poderosísima, no se capitularía nunca; y, al final, quizá se consiguiera dar un vuelco a la situación. «El Führer está completamente de acuerdo conmigo, cuando le digo que nuestra ambición debe consistir en hacer que, cuando dentro de ciento cincuenta años se presente en Alemania una crisis igual de grande, nuestros nietos puedan remitirse a nosotros como ejemplo de firmeza heroica».[94]

En el último número de *Der Panzerbär*, «el periódico de combate para los defensores del Gran Berlín», correspondiente al 29 de abril de 1945, se hablaba de una «lucha extraordinariamente grandiosa, como no ha habido otra en la historia».[95] Goebbels había declarado más de una vez que se quedaría en Berlín con Hitler y que lo seguiría hasta la muerte, junto con su familia, si no había otra salida. En una «adenda al testamento político del Führer», que dictó a la secretaria Traudl Junge en la noche del 28 al 29 de abril, explicaba por qué, por primera vez en su vida, no podía cumplir una orden de Hitler; a saber: «En el caso de un hundimiento de la defensa de la capital del Reich, [se vería obligado a] abandonar Berlín y participar en un Gobierno nombrado por él como uno de los miembros más destacados». Durante todo el resto de su vida se «sentiría un renegado indigno y un malvado canalla», si dejaba «solo al Führer en su hora más difícil»: «En el delirio de traición que rodea al Führer en estos días críticos de la guerra,

debe haber al menos algunos que lo apoyen de forma incondicional y hasta la muerte».[96]

Quedaban ya pocas horas de aquella tarde del 1 de mayo. Parece claro que Goebbels las aprovechó para acabar su diario, que había interrumpido de forma abrupta el 10 de abril, como una especie de legado para la posteridad. Probablemente entregara sus anotaciones a su secretario de Estado, Werner Naumann, al que Hitler, en su testamento, había nombrado su sucesor como ministro de Propaganda e Información, con el ruego de que las sacara de Berlín. Pero en la confusión de la huida del búnker debieron de desaparecer.[97]

Mientras Joseph Goebbels tomaba sus últimas disposiciones, su esposa, Magda, preparaba el final de sus seis hijos —cinco niñas de cuatro a doce años y un niño de nueve—, que se habían trasladado con ella al búnker el 22 de abril. La señora Goebbels había rechazado todos los intentos llevados a cabo por los que se habían quedado con ella en los sótanos de la Cancillería del Reich para convencerla de que salvara a los niños, y su marido la había respaldado en su propósito. «Mi esposa y yo estamos unidos en la idea de que nuestros hijos nos acompañen en la muerte. No queremos que vean cómo su padre es vilipendiado en la prensa internacional», comentó a Arthur Axmann.[98]

A última hora de la tarde el telefonista Rochus Misch observó cómo Magda Goebbels preparaba a sus hijos para la muerte. Les puso a todos los mismos camisones blancos, que les llegaban hasta los pies, y habló tranquilamente con ellos. Solo la hija mayor, Helga, de doce años, parece que sospechó lo que les esperaba, pues empezó a llorar.[99] A continuación, Magda Goebbels mandó venir al búnker a Helmut Kunz, asistente del director médico de la administración sanitaria de la SS de la Cancillería del Reich, que unos días antes había prometido prestarle ayuda a la hora de matar a sus hijos, y le comunicó que la decisión ya estaba tomada. Parece que también el médico se había ofrecido a alojar a los niños en la enfermería situada debajo de la nueva Cancillería del Reich y ponerlos bajo la protección de la Cruz Roja, pero el canciller por un día, que se presentó después, respondió de forma abrupta: «No puede ser. ¡Son los hijos de Goebbels!».[100]

En la antesala de su vivienda del búnker, Magda Goebbels entregó a Kunz una jeringa llena de morfina. «Luego entramos en la habitación de los niños», declaró el médico el 7 de mayo al ser interrogado por primera vez por el servicio soviético de inteligencia militar SMERSH. «Los niños estaban ya acostados, pero no dormían. La señora Goebbels les dijo: "Niños, no tengáis miedo. El doctor va a poneros una inyección que ponen ahora a todos los niños y a todos los soldados". Y con estas palabras salió de la habitación». Kunz inyectó la morfina a los niños, uno tras otro. Todo el proceso duró entre ocho y diez minutos. Según creía recordar, eran las 20.40. Luego se fue de la habitación y aguardó en compañía de Magda Goebbels a que los niños se durmieran.

Según el acta de la primera declaración prestada durante su interrogatorio el 7 de mayo, Kunz hizo constar que, al cabo de unos diez minutos en su compañía, Magda Goebbels volvió a entrar en la habitación de los niños y les introdujo una ampolla de cianuro potásico en la boca a cada uno. En su segundo interrogatorio, el 19 de mayo, corrigió su declaración: dijo que Magda Goebbels le pidió que administrara el veneno a los niños, pero que él se había negado porque no había podido reunir la «presencia de ánimo» necesaria para ello. Por esa razón la señora Goebbels había mandado llamar al médico de cabecera de Hitler, Ludwig Stumpfegger. Al parecer fue él quien asumió la penosa tarea de administrar el veneno a los niños.[101]

Una vez consumado el hecho, Magda Goebbels y Kunz se trasladaron al piso inferior del búnker, donde Goebbels los aguardaba impaciente. Ya no tenían mucho tiempo que perder, pues los primeros soldados del Ejército Rojo podían aparecer en la Cancillería del Reich en cuestión de horas. Goebbels hizo prometer a su oficial adjunto, Günther Schwägermann, que quemaría su cadáver y el de su esposa: el máximo propagandista de Hitler, que como ningún otro había contribuido a la creación y a la popularización del mito del Führer, quiso, incluso a la hora de la muerte, emular a su admirado ídolo. A continuación, Goebbels se despidió de los ocupantes del búnker, que llevaban prisa por abandonar el escenario de tanto horror. «Quizá consiga usted pasar», deseó a Traudl Junge con una sonrisa forzada. Y al capitán de aviación Baur le comentó que, si lograba llegar hasta donde estaba Dönitz, le comunicara «que no solo hemos aprendido a vivir y a luchar, sino también a morir».[102]

«Les jeux sont faits». Tales fueron las últimas palabras que Goebbels dirigió al telefonista Rochus Misch, antes de relevarlo del servicio. Se sintió «liberado», recordaría luego Misch, e inmediatamente desenchufó todas las clavijas de la centralita: «Realmente las arranqué, rompí los cables de un tirón, agarrando al mismo tiempo cada uno con una mano. Derecha, izquierda, derecha, izquierda. No podía ir más deprisa. No se me olvidó ni un enchufe. [...] Sobre el panel de control se amontonaba aquella ensalada de cables. Fin. Se acabó».[103]

Existen diferentes versiones sobre cómo Joseph y Magda Goebbels se quitaron la vida. Según el relato de Hugh Trevor-Roper en *Los últimos días de Hitler*, de 1947, que se basó ante todo en las declaraciones de Schwägermann, el oficial adjunto de Goebbels, la pareja subió las escaleras hacia la salida del búnker y, una vez en el jardín de la Cancillería del Reich, un soldado de la SS se encargó de pegarles un tiro.[104] Por el contrario, el ayuda de cámara de Hitler, Heinz Linge, y el ayudante de campo del Führer, Otto Günsche, declararon, cuando fueron hechos prisioneros de guerra por los rusos, que Goebbels y su mujer se pegaron un tiro dentro del búnker.[105] Ninguna de estas versiones es cierta, pues, cuando examinaron sus cadáveres, el 7 y el 9 de mayo de 1945, los forenses soviéticos afirmaron que tanto en la boca de Joseph Goebbels como en la de su esposa, al igual que en las de sus hijos, se encontraron restos de cápsulas de cianuro potásico.[106] Por tanto, se envenenaron. Es posible que, para asegurarse bien, Goebbels encargara a los soldados de la SS que, una vez que su mujer y él se hubieran tomado las cápsulas de veneno, les dieran un tiro de gracia. Pues, en efecto, junto a las cabezas de los cadáveres, los agentes de la seguridad encontraron dos pistolas Walther ennegrecidas por el fuego.[107]

En el campo británico de prisioneros instalado en el puerto libio de Bengasi, Harald Quandt, hijo del primer matrimonio de Magda Goebbels con el industrial Herbert Quandt, se enteró por la BBC de la muerte de su madre, de su padrastro y de sus medio hermanos. No ha trascendido cuál fue su reacción, pero sí se sabe que, ya durante su internamiento como prisionero de guerra, logró liberarse de la dependencia psicológica de su padrastro. Sin embargo, ello no le impidió dar cabida después en la empresa de su familia a antiguos nacionalsocialistas acusados de graves delitos, entre ellos a Werner Naumann, estrecho colaborador del ministro de

Propaganda e Información, que, junto con algunos individuos de su misma ideología, intentaría infiltrarse a comienzos de la década de 1950 en la FDP de Norte del Rin-Westfalia.[108]

«Intento de evasión». Así dice la última anotación que Martin Bormann hizo en su agenda el 1 de mayo a última hora de la tarde.[109] Mientras Joseph y Magda Goebbels tomaban las disposiciones finales para llevar a cabo su suicidio, el resto del grupo hacía los preparativos para su huida. Una sola idea se había apoderado de casi a todos: cómo salir sanos y salvos en el último momento del búnker y cómo se las apañarían para atravesar las líneas rusas. Los secuaces más íntimos de Hitler destruyeron su documentación, para, en caso de ser detenidos, ocultar su identidad. Muchos incluso arrancaron los galones de su rango de sus uniformes. Provistos de pistolas y de cascos de acero, como si fueran a marchar al frente, todos aguardaban la llegada de la oscuridad.[110]

El jefe de destacamento, Wilhelm Mohnke, trazó el plan de huida: a distancia de pocos minutos cada uno, varios grupos debían salir del sótano de la nueva Cancillería del Reich, cruzar sigilosamente Wilhelmplatz hasta la estación de metro de Kaiserhof (en la actualidad Mohrenstrasse) y, desde allí, siguiendo las vías subterráneas, atravesar las líneas rusas y caminar hasta conseguir llegar a la estación de Friedrichsstrasse. Allí debían reunirse con el resto del destacamento de Mohnke e intentar colarse cruzando el Spree hasta la estación de Stettin,(12) y, desde allí, abandonar Berlín en dirección al noroeste, con el fin de entrar en contacto con las unidades alemanas que aún seguían combatiendo.[111]

Poco después de las 22.00 el primer grupo al mando de Mohnke se puso en marcha. Formaban parte de él Günsche (el ayudante de campo de Hitler), el embajador Hewel, el vicealmirante Voss, las secretarias de Hitler (Christian y Junge), la secretaria de Bormann (Else Krüger) y la nutricionista y cocinera Manziarly. Al tercer grupo, al mando de Werner Naumann, que tenía experiencia en el frente, se unieron Bormann, el médico de cabecera de Hitler (Stumpfegger) y Baur, capitán de aviación. Entre los integrantes de esos grupos, que fueron saliendo sucesivamente del búnker, se encontraban, entre otros, el ayuda de cámara de Hitler (Linge),

su chófer (Kempka), el oficial adjunto de Goebbels (Schwägermann), el director del Servicio de Seguridad del Reich (Rattenhuber) y el jefe de las Juventudes Hitlerianas (Axmann).[112] No formaban parte de la caravana los generales Krebs y Burgdorf, ni tampoco el capitán del SS-Begleitkommando (Franz Schädle). Todos ellos prefirieron quitarse la vida, porque, al parecer, vieron desde el primer momento que el intento de evasión no tenía la menor posibilidad de éxito.

En efecto, el plan de fuga se reveló como inviable. En la oscuridad de los accesos a la estación del metro, en los que innumerables heridos, militares y civiles habían encontrado refugio, la cohesión de los grupos se deshizo con rapidez. Solo cuando los primeros llegaron a la estación de Friedrichsstrasse y pudieron salir a la superficie, se percataron de que continuar avanzando resultaba peligrosísimo. Pues, desde luego, no dejaban de librarse durísimos combates. Por todas partes había edificios ardiendo y los francotiradores rusos disparaban contra todo lo que se movía. En medio de aquel infierno, los grupos de fugitivos se deshicieron en cuadrillas de pocas personas, y, al final, cada uno intentó salvarse por su cuenta como pudiera. «Durante horas nos arrastramos por refugios, edificios en llamas y calles desconocidas en tinieblas», escribiría Traudl Junge dos años después, cuando todavía tenía frescos los recuerdos. «No sé dónde nos detenemos a descansar en un sótano abandonado y dormimos un par de horas. Luego seguimos adelante, hasta que los tanques rusos nos cortan el paso. [...] Así pasa la noche y por la mañana todo está en silencio. El tiroteo ha cesado. [...] Finalmente vamos a parar al sótano de una fábrica de cervezas. [...] Aquella es la última parada».[113]

Solo unos pocos —como, por ejemplo, Kempka, Naumann, Schwägermann, Axmann, Traudl Junge o Gerda Christian— lograron huir. De Constanze Manziarly se perdió el rastro por completo. La mayoría de los fugitivos fueron hechos prisioneros por los rusos, entre ellos Baur, Linge, Günsche, Voss, Rattenhuber y Misch. Otros, por su parte, se libraron de la captura quitándose la vida, como, por ejemplo, Hewel, Bormann y Stumpfegger. Los esqueletos del secretario de Hitler y de su médico de cabecera no fueron encontrados hasta diciembre de 1972 durante las obras realizadas en los terrenos de la estación de Lehrte.(13) Los dos habían ingerido cápsulas de cianuro. Los huesos de Bormann fueron incinerados en

Baviera en abril de 1999 y sus cenizas fueron esparcidas en el mar Báltico. [114]

Soldados soviéticos en la Galería de Mármol de la nueva Cancillería del Reich, en la Vossstrasse, a comienzos de mayo de 1945. Sammlung Berliner Verlag/Archiv/akg-images, Berlín

El 1 de mayo de 1945 una maestra de Demmin escribió lo siguiente en su diario: «Suicidas, perdido el sentido de la vida».[115] Detrás de este breve comentario se ocultaba un drama que en tiempos de la República Democrática Alemana (RDA) fue mantenido en silencio y que solo desde hace unos pocos años ha vuelto a formar parte de la memoria histórica de Alemania. En ningún otro sitio se quitaron la vida a comienzos de mayo de 1945 tantas personas como en Demmin. Esta ciudad hanseática de Pomerania Anterior, a orillas del Peene, se había librado de los ataques aéreos hasta poco antes de que la guerra acabara. Aunque las alarmas antiaéreas obligaban a sus cerca de quince mil habitantes a refugiarse en los

refugios, las escuadrillas de bombarderos pasaban siempre de largo y lanzaban su mortífero cargamento sobre Stettin, Anklam o Berlín. Aun así, desde enero de 1945 había una verdadera marea de caravanas de gente procedente de Pomerania Ulterior y de Prusia oriental y occidental que cruzaban la ciudad. Muchas casas particulares y edificios públicos estaban atestados de refugiados, que hacían allí escala en su agitado camino hacia el oeste.

A finales de abril de 1945, cuando el Ejército Rojo fue acercándose, los distintos cargos del partido y del Estado, que todavía seguían predicando que había que resistir hasta la «victoria final», fueron los primeros en poner pies en polvorosa. Tampoco las unidades de la Wehrmacht apostadas en Demmin y sus alrededores pensaban que el eslogan que hablaba de «hundimiento heroico» tuviera nada que ver con ellas. Abandonaron precipitadamente la localidad, tras volar los puentes sobre el Peene y sus afluentes: el Trebel y el Tollense. Aquella medida tendría consecuencias nefastas para los que se habían quedado en la ciudad: la vía de escape hacia el oeste quedó cortada; los habitantes de Demmin y cientos de refugiados que no habían podido marcharse a tiempo quedaron literalmente atrapados. Aguardaron el avance de las tropas soviéticas en medio de una tensión angustiosa.

El miedo estaba más que justificado. Pues, por los relatos de los soldados, muchos conocían los crímenes que la SS y la Wehrmacht habían cometido en los territorios conquistados de la Unión Soviética. La Operación Barbarroja, que había dado comienzo el 22 de junio de 1941 con el ataque sorpresa de los alemanes, había sido planteada desde el primer momento como una guerra de exterminio, que por expreso deseo de Hitler y sus obedientes generales perseguía el asesinato y la esclavización de gran parte de la población civil. Ya durante los primeros meses de la campaña se dejó morir de hambre a cientos de miles de prisioneros de guerra soviéticos. Casi un millón de habitantes de Leningrado perdieron la vida durante el bloqueo al que la ciudad fue sometida de 1941 a 1944. Millones de jóvenes rusos de ambos sexos fueron deportados al Tercer Reich en calidad de lo que se denominaba «trabajadores del Este» [*Ostarbeiter*] y fueron obligados a realizar trabajos forzosos. Durante su retirada del Frente Oriental, a partir de 1943, los alemanes utilizaron el método de la «tierra quemada», esto es,

destruyeron todo lo que pudiera resultar útil de cualquier manera al enemigo. Regiones enteras fueron convertidas en «zonas muertas».[116]

En octubre de 1944 el Ejército Rojo traspasó por primera vez en Prusia oriental la frontera del Reich. Durante su avance fue chocando por todas partes con las huellas de la furia destructiva de los alemanes. Casi todos los soldados del Ejército Rojo tenían que lamentar, además, la pérdida de algún miembro de su familia. El odio hacia los invasores fascistas y la necesidad de venganza, azuzada ulteriormente por la propaganda soviética, se tradujeron en una primera oleada de violencia. El nombre de Nemmersdorf se convirtió en una especie de augurio funesto. Cuando reconquistaron esta pequeña localidad, los soldados de la Wehrmacht se encontraron las huellas de una matanza de la que numerosos civiles habían sido víctimas, en su mayoría ancianos y mujeres.[117]

Goebbels aprovechó aquel descubrimiento para llevar a cabo una campaña propagandística a gran escala. Siguiendo sus órdenes, se permitió la divulgación de las imágenes tanto en los noticiarios cinematográficos como en los periódicos. Como señalaba en su diario el 26 de octubre, con ello se pretendía poner ante los ojos de la población lo que podía esperar «si el bolchevismo se adueña del Reich».[118] A finales de octubre de 1944 la Wehrmacht logró hacer retroceder de nuevo al Ejército Rojo más allá de las fronteras del Reich, pero ya no tuvo casi fuerzas que oponer a la gran ofensiva soviética iniciada el 12 de enero de 1945. En solo tres semanas las tropas soviéticas avanzaron quinientos kilómetros hacia el oeste, liberaron los territorios polacos ocupados y anexionados y conquistaron la mayor parte del este de Alemania. Continuó entonces con más fuerza lo que ya había comenzado durante la primera invasión de Prusia oriental. La despiadada guerra de exterminio que la Wehrmacht y la SS habían llevado a cabo contra la Unión Soviética repercutiría sobre la población civil alemana. «¡Que la madre alemana maldiga el día en que parió a su hijo! ¡Que las mujeres alemanas sientan ahora el espanto de la guerra! ¡Que experimenten ellas lo que habían pensado hacerles a los demás pueblos!», escribía el 30 de enero en una carta a su familia un soldado de la ciudad de Tiraspol, en Ucrania occidental.[119] La furia de la revancha alcanzó sobre todo a aquellos que no se habían dirigido hacia el oeste a tiempo. El pillaje y las violaciones estuvieron a la orden del día. Las noticias de las

atrocidades se propagaban a la velocidad del viento, y las personas que se habían quedado en Demmin pudieron verlas con sus propios ojos mientras, llenas de terror, aguardaban la aparición de los primeros soldados del Ejército Rojo.

El 30 de abril amaneció un día radiante de primavera. Por la mañana se oyeron los cañonazos a lo lejos, pero cada vez se hizo más perceptible el ruido metálico de los tanques acercándose. Los habitantes de Demmin y los refugiados buscaron protección en los refugios. Las mujeres se tiznaron la cara con hollín y se pusieron a la cabeza pañuelos raídos para tener un aspecto lo menos atractivo posible. Algunos ciudadanos tuvieron el valor de colgar sábanas y pañuelos blancos de sus ventanas, como muestra de que querían entregarse sin combatir. Por la mañana, las avanzadillas de dos brigadas de tanques soviéticos llegaron a la periferia sur de la localidad. Como los puentes habían sido volados, las tropas de infantería no pudieron seguir avanzando con rapidez, como tenían pensado hacer, hacia el oeste en dirección a Rostock. Alrededor del mediodía los tanques y demás vehículos quedaron atascados a la entrada del centro histórico. Por la tarde, al término de dos breves tiroteos, Demmin había sido ocupada totalmente por las tropas soviéticas. Ya antes de que el enemigo invadiera la ciudad veintiuno de sus habitantes se habían quitado la vida.

El 1 de mayo por la noche comenzó una verdadera pesadilla. «Los tanques, los carros de combate, las cureñas de los cañones antiaéreos, los camiones y las enormes cantidades de materiales de guerra habían convertido la ciudad en un campamento militar estridente y bullicioso», dice el historiador y director de documentales Florian Huber en su descripción de los sucesos de Demmin. «Cientos de soldados, que se habían visto estorbados en su marcha triunfal, se dispersaron por la población en busca de relojes, joyas, aguardiente, mujeres, diversión, sexo y violencia. [...] A la sensación de triunfo de la victoria sobre los nazis, que tenían al alcance de la mano, se sumaba el ambiente festivo del primero de mayo. Aquella noche ardieron en Demmin las primeras casas».[120] Los edificios con entramados de madera, apiñados unos junto a otros, fueron fácilmente pasto de las llamas. El fuego causó estragos durante varios días. Al final buena parte de la ciudad antigua quedó destruida.

Sin embargo, todavía fue mayor el terror sembrado durante aquellos días por los soldados del Ejército Rojo que merodeaban por doquier, a menudo

borrachos. Cientos de mujeres y niñas fueron violadas, numerosos habitantes de la localidad, asesinados, y muchas casas, saqueadas. Lo que a continuación se produjo fue una cantidad ingente de suicidios, como no se dieron en ninguna otra ciudad alemana en la fase final de la guerra; no, al menos, en esa medida. Parece que se apoderó de la población una especie de pánico colectivo, una histeria de masas. Familias enteras se quitaron la vida en grupos. Escuchemos una vez más al documentalista Florian Huber: «Entre los muertos había criaturas de pecho, niños pequeños, escolares y adolescentes, hombres y mujeres jóvenes, matrimonios maduros, personas en la flor de la edad, jubilados y ancianos. Los orígenes de todas esas personas, sus profesiones, su estatus social no siguen ningún patrón. Entre ellas había cientos de refugiados de Pomerania, de Prusia oriental y occidental y de otros lugares, pero también cientos de ciudadanos de Demmin y de sus alrededores. Perecieron obreros y empleados, funcionarios y artesanos, médicos y farmacéuticos, amas de casa, simples viudas y viudas de guerra, comerciantes y agentes de policía, directores y contables, jubilados y maestros. [...] Los suicidios de Demmin supusieron una significativa muestra y un fiel reflejo de la sociedad de una pequeña ciudad alemana».[121]

El que pudo ingirió un veneno o se pegó un tiro en la cabeza. Otros se cortaron las venas o se ahorcaron. Pero la mayoría murieron ahogados. Las mujeres llenaron de piedras sus mochilas, ataron con cuerdas las muñecas a sus hijos y así se metieron en el agua, amarrados unos a otros. Todavía al cabo de las semanas había numerosos cadáveres flotando en el Peene y en sus afluentes.

Los datos acerca del número de suicidios son muy variados. En un obituario improvisado, que comenzó la hija del jardinero del cementerio el 6 de mayo, se incluyeron los nombres de seiscientas doce personas, de las cuales más de cuatrocientas habían decidido suicidarse. El informe del ayuntamiento de la circunscripción de Demmin correspondiente a noviembre de 1945 recogía la cifra de setecientos suicidios en total, y los testigos de la época hablan incluso de más de mil. Haciendo un cálculo prudente habría que suponer un número de entre quinientos y mil.[122] En el cementerio de Demmin hay un bloque de piedra que recuerda a esos muertos. La inscripción que figura ha sido extraída del comentario que la maestra hacía en su diario: «Suicidas, perdido el sentido de la vida».

Los suicidios en masa de Demmin fueron algo inaudito, sin parangón en toda Alemania. Sin embargo, el caos del final de la guerra desembocó en muchos otros lugares en una oleada de suicidios, de modo que cabe hablar de una verdadera «epidemia suicida».[123] Y no fue solo el miedo al Ejército Rojo ni el temor a la venganza de los vencedores lo que impulsó a tanta gente a quitarse la vida. Vivir sin Hitler y sin el nacionalsocialismo no solo era casi inimaginable para los burócratas nazis más destacados o para los oficiales de la Wehrmacht llenos de condecoraciones, sino también para muchos alemanes normales y corrientes que habían sido subyugados por el mito del Führer y habían interiorizado las normas del régimen nazi. El suicidio les parecía la única salida a una situación en la que la derrota era inevitable y en la que no veían ningún futuro ni para ellos ni para sus familias. Ya en el informe secreto de situación del Servicio de Seguridad de la SS de marzo de 1945 se señalaba lo siguiente: «Muchos se acostumbran a la idea de acabar de una vez. La demanda de venenos, de pistolas y de otros medios para quitarse la vida es alta en todas partes. Los suicidios por desesperación ante la catástrofe que con toda seguridad cabe esperar que se produzca están a la orden del día».[124] Muchos vivieron el inminente final de la guerra con un espíritu apocalíptico, como si se tratara del hundimiento de un orden que había dado una estructura y un equilibrio a la vida que hasta ese momento habían llevado. La incertidumbre sobre el destino de sus seres queridos, junto con la pérdida colectiva de significado, constituyó a menudo una razón fundamental de semejante actitud. También fue muy alta la tasa de suicidios entre los refugiados procedentes de los territorios del Este, que habían tenido que dejar tras de sí a sus familias. Asimismo, aumentó el número de muertes autoprovocadas en las zonas occidentales del país, aunque ni mucho menos de forma tan espectacular como en las regiones del este, donde la desesperanza y la tristeza por lo que se había perdido se sumaron a un miedo generalizado a los rusos.

«Cuando llegamos a Berlín, apenas podía encontrarse el camino entre las ruinas debido a la humareda». Esa fue la primera impresión que Walter Ulbricht tuvo cuando el 1 de mayo de 1945, tras doce años de ausencia, volvió a la capital del Reich, en la que los combates continuaban.[125]

Ulbricht estaba al frente de una pandilla de diez dirigentes comunistas venidos de Moscú, el llamado «grupo Ulbricht», encargado de echar una mano a las fuerzas de ocupación soviéticas. Berlín no era un terreno extraño para el antiguo carpintero cualificado, que contaba entonces cincuenta y un años. De 1929 a 1932 había sido secretario de la dirección de distrito de la KPD (Partido Comunista de Alemania) Berlín-Brandemburgo, de modo que conocía muy bien las condiciones del movimiento obrero de la zona. El camino hacia la emigración después de 1933 lo había llevado a Moscú, pasando primero por París y Praga. Cuando llegó a la capital soviética a finales de enero de 1938 todavía estaban en pleno apogeo las purgas de Stalin. También los dirigentes comunistas alemanes, que habían huido de la Alemania de Hitler y se habían refugiado en la Unión Soviética, se vieron envueltos en el engranaje de la persecución. De los nueve miembros (o candidatos a serlo) del Politburó de la KPD 1932-1933, cinco fueron asesinados, dos murieron por causas naturales y solo dos sobrevivieron al terror del NKVD: Walter Ulbricht y el presidente del partido: Wilhelm Pieck. [126]

Para sobrevivir a todas las oleadas de purgas, se necesitaban unas capacidades especiales, y Ulbricht estaba bien provisto de ellas. Encarnaba el tipo clásico de apparátchik que, sin mostrar nunca grandes emociones, se sometía sin rechistar a las ansias de poder de Stalin y se adaptaba a todos los cambios de orientación de su política. «Tenía cierta gramática parda, un instinto que le permitía adivinar los giros dados por los soviéticos a la línea política y adaptarse a ellos. Y, llegado el caso, no le temblaba el pulso a la hora de imponer a sus propios camaradas las órdenes de los soviéticos mediante artimañas, con severidad y con la más absoluta falta de escrúpulos». Así lo caracterizó Wolfgang Leonhard, miembro del «grupo Ulbricht».[127] Justo fueron esas cualidades las que propiciaron que Walter Ulbricht desempeñara un prominente papel en la construcción del orden de posguerra en la zona de ocupación soviética y, posteriormente, en la RDA.

Desde que la Wehrmacht se había visto obligada a ponerse a la defensiva tras perder la batalla de Kursk en julio de 1943, y cuando la iniciativa pasó definitivamente al Ejército Rojo, también los comunistas alemanes habían empezado en su exilio moscovita a prepararse para el fin de la guerra. En febrero de 1944, la dirección de la KPD, a instancias de Wilhelm Pieck,

Walter Ulbricht y Anton Ackermann, creó una «comisión de trabajo para el estudio de los problemas políticos», que debía aclarar los fundamentos de la configuración de Alemania durante la posguerra. El resultado de las discusiones se condensó en un «programa de acción de la democracia en lucha», de octubre de 1944. En él se exigía como «proyecto inmediato», entre otras cosas, la «detención y el procesamiento de los asesinos nazis y de los culpables de la guerra por los crímenes cometidos contra su propio pueblo y contra los demás», una «purga a fondo de todo el aparato del Estado y de las administraciones municipales de todos los elementos fascistas existentes», la «disolución de todas las organizaciones fascistas», la «toma de medidas para resarcir a los demás pueblos, y en particular al pueblo soviético, por los daños de guerra ocasionados», así como el «decidido desarrollo de una verdadera democracia, que asegure la libertad ciudadana de todos los integrantes del pueblo sin diferencias de origen, posición social, raza y religión».[128]

Sin embargo, la dirección de la KPD en el exilio no era libre a la hora de tomar decisiones. Tenía que compaginar sus ideas con los intereses de las instancias soviéticas superiores. El papel de intermediario lo asumiría Georgi Dimitrov, antiguo secretario general del comité ejecutivo de la Internacional Comunista, y, desde diciembre de 1943, director del departamento de Información Internacional (Secretaría de Asuntos Exteriores) del Comité Central del PCUS. Las normas dictadas por Stalin estaban bien claras: el dictador soviético partía de la base de que la derrota de la Alemania nazi debía ir seguida de un largo periodo de ocupación. Consideraba que la introducción del socialismo en la zona ocupada por el Ejército Rojo no era ni posible ni deseable. La tarea de las fuerzas antifascistas debía ser más bien ante todo poner en marcha una remodelación de la democracia burguesa, en cierta medida como continuación y conclusión de la revolución de 1848. El dictador del Kremlin todavía no apostaba por una división de Alemania ni por el establecimiento de un Estado distinto bajo la tutela de la Unión Soviética. Quería asegurarse el influjo sobre la evolución de toda Alemania y, por eso, estaba ansioso de momento por no malquistarse con los Aliados occidentales de la coalición contra Hitler poniendo en marcha de manera

abierta la toma del poder por los comunistas en la parte oriental de Alemania.[129]

Paralelamente a los trabajos preparatorios de carácter programático, la cúpula de la KPD impulsó la planificación de su vuelta a Alemania. En julio de 1944, Wilhelm Pieck aprovechó «el hecho incontrovertible de que el Ejército Rojo pronto entrará en territorio alemán» para proponer a Dimitrov que enviara un «número mayor de cuadros al país, encargados de organizar la lucha de los opositores a Hitler».[130] En agosto, Pieck confeccionó, por orden de Dimitrov, una lista de los camaradas que había que tener en cuenta. Con el fin de prepararlos para la misión que debían desempeñar en Alemania, la dirección de la KPD organizó unos cursos de formación, en cada uno de los cuales debían participar entre veinticinco y treinta alumnos, para que se familiarizaran con los rudimentos del marxismo-leninismo y se comprometieran a seguir las futuras líneas generales del partido.[131]

Al término de la Conferencia de Yalta de febrero de 1945, en la que se confirmaron las decisiones en torno a la división de Alemania en zonas de ocupación, las ideas acerca de la utilización de los cuadros comunistas se concretaron. Dichos individuos debían ser trasladados a las zonas ocupadas en varios grupos pequeños y quedar subordinados a la Dirección General Política del Ejército Rojo. Se afirmaba expresamente que solo debían desempeñar funciones auxiliares al servicio de los órganos de ocupación. Solo en una segunda fase se contemplaba «la ampliación de sus tareas», sobre todo la reconstrucción de la KPD.[132] Por consiguiente, en las directrices aprobadas a primeros de abril de 1945 acerca de las actividades de la KPD durante las primeras semanas, se decía: «Los antifascistas activos en el territorio alemán ocupado trabajan en plena conformidad con las fuerzas de ocupación y mediante su trabajo entre la población se encargan de que las órdenes e indicaciones de las autoridades de ocupación sean cumplidas sin falta por ir en interés del pueblo alemán».[133]

A mediados de abril fueron escogidos treinta cuadros que serían repartidos entre los mandos de los tres ejércitos soviéticos, el Primer y el Segundo Frente Bielorruso y el Frente Ucraniano.[134] La avanzadilla, formada por un grupo de diez individuos a las órdenes de Walter Ulbricht, debía desplegarse bajo la protección del Primer Frente Bielorruso, que avanzaba sobre Berlín, al mando del mariscal Zhúkov. Formaba parte de

dicho grupo una serie de burócratas que llegarían a ocupar altos cargos en la RDA y entre los que cabría citar a Karl Maron, redactor del periódico de Moscú *Freies Deutschland* y luego redactor jefe interino del *Neues Deutschland*, el órgano central de la SED y ministro del Interior de la RDA; Otto Winzer, colaborador durante muchos años de la Internacional Comunista y después jefe de la cancillería privada del presidente de la RDA, Wilhelm Pieck, y ministro de Asuntos Exteriores de la RDA; Richard Gyptner, activo también durante mucho tiempo en el aparato de la Komintern en Moscú y luego director general del Ministerio de Asuntos Exteriores de la RDA y embajador en diversos países; Hans Mahle, redactor jefe interino de la emisora de radio Alemania Libre (*Freies Deutschland*), primer director de Radio Berlín ya desde el verano de 1945 y, hasta su caída en 1951, director general de todas las emisoras de radio de la Zona de Ocupación Soviética/RDA; Fritz Erpenbeck, colaborador de la emisora de radio Alemania Libre y después redactor jefe de la revista *Theater der Zeit* y director artístico de la Berliner Volksbühne.(14) El miembro más joven del grupo era Wolfgang (Wladimir) Leonhard, por entonces de veinticuatro años, exalumno de una escuela de la Komintern y locutor de la emisora Alemania Libre. En 1949 rompería con el estalinismo y se refugiaría primero en Yugoslavia y luego en la República Federal de Alemania (RFA). Su libro *Die Revolution entlässt ihre Kinder*, publicado en 1955, constituye uno de los testimonios más importantes acerca de las actividades del «grupo Ulbricht» y sobre la historia de la formación de la RDA.[135]

El 25 de abril tuvo lugar una última reunión del grupo en el despacho de Dimitrov. Una vez más se instó a los comunistas alemanes a que llevaran a cabo su labor de acuerdo con las reglas dictadas por la Dirección General de Política del Ejército Rojo (PUR). Podían hacer propuestas, pero no desarrollar ningún tipo de iniciativa propia. Por el camino se les comunicó la «directriz principal de la propaganda», a saber: «Acabar con la leyenda de que el Ejército Rojo [pretende] aniquilar y esclavizar al pueblo alemán». Hitler ya había sido liquidado y sería aniquilado, el pueblo alemán debía vivir, pero tenía que aprender a integrarse pacíficamente en la comunidad de los pueblos.[136]

Sobre los últimos días pasados en Moscú Wolfgang Leonhard dice lo siguiente: «Ulbricht no parecía en absoluto sentirse impresionando ni

alegre; al menos no dejaba que se notara. Hablaba con nosotros de volver a Alemania después de tantos años, como si se tratara de la cosa más natural del mundo».[137] Cada miembro del grupo recibió mil rublos para proveerse en Moscú de todo lo necesario, y dos mil marcos del Reich para sus primeros gastos en Alemania. El 29 de abril, a última hora de la tarde, se reunieron en la habitación del hotel Lux, donde residía Wilhelm Pieck, para celebrar una pequeña fiesta de despedida: aquel era el alojamiento en el que todos los miembros del movimiento comunista internacional se hospedaban en Moscú y del que en tiempos de la Gran Purga la policía secreta de Stalin se llevaba casi cada noche a algún huésped para internarlo en los calabozos de la Lubianka.

Al día siguiente, a las 06.00, los integrantes del «grupo Ulbricht» se encontraron en una calle lateral del hotel Lux y fueron llevados en un autocar al aeropuerto de Moscú, donde ya estaba esperándolos un avión estadounidense Douglas-DC3. Tras una breve escala en Minsk, el aparato aterrizó a primera hora de la tarde en un aeródromo provisional en las cercanías de Calau (actualmente Calewa), a unos setenta kilómetros al este de Frankfurt del Óder. Allí se encontraba un oficial soviético que se encargó de recoger al grupo y de conducirlo al alojamiento, en el que debía pasar la noche. El 1 de mayo por la mañana la marcha hacia el oeste continuó en varios automóviles, pasando por Küstrin (Kostrzyn) y el campo de batalla de las Colinas de Seelow, donde apenas hacía dos semanas que se habían librado los combates más duros antes de que el ejército de Zhúkov lograra sobrepasar la última línea de defensa alemana antes de Berlín. Finalmente, la fila de coches se detuvo en la pequeña localidad de Brauchmühle, cerca de Strausberg, a unos treinta kilómetros al este de Berlín. Allí tenía su sede la Dirección General de Política del Primer Frente Bielorruso, al mando del teniente general Galádzhev. Al «grupo Ulbricht» se le asignó un edificio de tres plantas, la llamada Casa de las Columnas, en la Buchholzer Strasse 8. Aquel sería su domicilio hasta la rendición incondicional del Reich alemán el día 8 de mayo, cuando fuera trasladado a Berlín-Friedrichsfelde, en la Prinzenallee 80 (actualmente Einbeckerstrasse 41).[138]

El mismo 1 de mayo, Ulbricht regresó de su primer viaje a Berlín a última hora de la tarde. Hizo un breve informe acerca de sus impresiones y luego dio a conocer los planes para los siguientes días: «Nuestra tarea

consistirá en montar los órganos de la administración autónoma alemana en Berlín. Iremos a los distintos distritos de Berlín y en ellos buscaremos entre las fuerzas democráticas antifascistas a los individuos que reúnan las condiciones necesarias para la construcción de la nueva administración alemana».[139]

Muchos habrían pensado que el 1 de mayo se convertiría en una «magnífica fiesta de hermandad entre los comunistas alemanes y rusos», pero esa fraternidad brilló por su ausencia, anotó en su diario Theo Findahl, el corresponsal noruego en Berlín: «Al atardecer los soldados jóvenes deambulan por la Podbielskiallee en un estado de embriaguez provocado en parte por la victoria y en parte por el alcohol y preguntan en voz alta: "¿Dónde están las jóvenes?"».[140]

También ese 1 de mayo de 1945, a última hora de la tarde, un grupo de socialistas procedentes de distintos países, que se habían puesto el nombre de «Pequeña Internacional», se reunían en Estocolmo con el objeto de celebrar junto con sus camaradas suecos la jornada de lucha del movimiento obrero. Entre los varios cientos de participantes se encontraba un joven emigrante alemán, por entonces de treinta y un años, llamado Willy Brandt. Nacido en Lübeck en diciembre de 1913 con el nombre de Herbert Frahm, se había adherido a la socialdemocracia ya a los dieciséis años, en octubre de 1931 había dado la espalda a la SPD, decepcionado por la actitud tolerante adoptada por el partido frente al Gobierno-Brüning, y se había unido a la SAP, el Partido Socialista Obrero de Alemania, una escisión de izquierdas del Partido Socialdemócrata. En abril de 1933 Willy Brandt, que era su nombre de guerra en la clandestinidad, se metió en un pesquero con rumbo a Dinamarca y, desde allí, prosiguió su viaje para refugiarse en la capital de Noruega, Oslo. Había aprendido con una rapidez pasmosa la lengua del país y, además de su trabajo para la organización de la SAP en el exilio, escribió numerosos artículos para los periódicos del movimiento obrero noruego, por medio de los cuales pretendía poner al público al corriente de los acontecimientos que se estaban desarrollando por aquel entonces en la Alemania de Hitler. Tras la invasión de Noruega por la Wehrmacht, en abril de 1940, Brandt se vio obligado una vez más a huir, y

esta vez lo hizo a Estocolmo, la capital de Suecia. Las experiencias del exilio en Escandinavia lo marcarían definitivamente. Allí, en el ambiente libre de la socialdemocracia noruega y sueca, se alejó de las posturas dogmáticas de sus primeros años, y el joven socialista revolucionario se transformó en un socialdemócrata pragmático de izquierdas, mediante un proceso de aprendizaje que supondría un requisito indispensable para su vertiginosa carrera de posguerra, que lo llevaría a la cúspide de la SPD de Berlín y, finalmente, en 1969, al cargo de canciller federal.[141]

Aquella noche, ya casi al término de la celebración, Willy Brandt subió de forma precipitada a la tribuna y leyó la siguiente declaración: «A los refugiados socialistas nos gustaría dar las gracias al movimiento obrero y al pueblo sueco por la amable hospitalidad que hemos encontrado en ellos. Queremos agradecer la ayuda que Suecia ha prestado a las víctimas de la guerra». Mientras estaba hablando, le pasaron un comunicado de agencia que inmediatamente dio a conocer al público allí reunido: «Queridos amigos, ahora ya solo puede ser cuestión de días. Hitler se ha quitado de encima cualquier responsabilidad suicidándose». «Nos embargaba una profunda emoción cuando nos separamos», termina el comentario incluido en sus memorias.[142]

Willy Brandt no volvería a pisar suelo alemán hasta noviembre de 1945. El periódico noruego *Arbeiderbladet* lo envió a Alemania con el encargo de informar sobre los juicios por crímenes de guerra llevados a cabo en Núremberg. Sin embargo, él no se limitó a observar el proceso, sino que emprendió varios viajes a lo largo del país devastado. Tras su regreso a Oslo, reunió sus impresiones en un libro que apareció en el verano de 1946 con el título *Forbrytere og andre tyskere* (*Los criminales y otros alemanes*). Durante las campañas emprendidas contra él en la década de 1960, sus calumniadores del ámbito de la extrema derecha y del nacionalismo conservador convirtieron *Los criminales y otros alemanes* en *Los alemanes y otros criminales*, y transformaron el contenido del libro justo en lo contrario de lo que era: aquel emigrante, le reprochaban, pretendía atribuir a todos los alemanes la responsabilidad de los crímenes del nacionalsocialismo. Y Brandt lo que hacía en concreto era repudiar las tesis del diplomático británico lord Robert Gilbert Vansittart y demostrar que

había habido también «otra Alemania» y que, por tanto, no había que poner a todos los alemanes la etiqueta de criminales.[143]

«Ayer hacía frío y llovía, pero hoy es primavera. Una primavera muy especial, no cualquier primavera, sino la primavera en la que ha llegado la paz. ¡Cielos! ¡Es magnífico!». Aunque cuando Astrid Lindgren anotó esto en su diario el 1 de mayo de 1945 todavía no había llegado la paz, ya podía verse el final de la guerra. Aquella mujer de treinta y siete años que vivía en Estocolmo con su marido y sus dos hijos, estaba empleada por aquel entonces en el departamento de censura postal de los servicios de inteligencia suecos. Todavía no había publicado nada, salvo unos pocos relatos breves, pero ya había inventado para su hija Karin el personaje de Pippi Calzaslargas y había empezado a escribir sus historias. El libro apareció a finales de 1945 y haría famosa a su autora.

El 1 de mayo por la noche, a la misma hora a la que Willy Brandt hablaba ante el grupo de socialistas internacionales, Astrid Lindgren estaba en su casa escuchando la radio y oyó por la emisora de Hamburgo la noticia de la muerte de Hitler. «Se trata de un momento histórico», anotó en su diario. «Hitler ha muerto. Hitler ha muerto. Mussolini también ha muerto. Hitler ha fallecido en su capital, entre las ruinas de su capital y en medio de las ruinas y los escombros de su país. […] *Sic transit gloria mundi!*».[144]

2 DE MAYO DE 1945

El 2 de mayo por la noche, entre las 0.50 y la 01.50 de la mañana, el Grossdeutscher Rundfunk, que emitía desde los estudios de la Masurenallee, terminó su programación con las siguientes palabras: «Nos despedimos de todos los alemanes y damos las gracias a los valientes soldados que combaten por tierra, mar y aire. El Führer ha muerto. ¡Viva el Reich!».[145] Parece que la noticia de la muerte de Hitler no suscitó mucha tristeza en la inmensa mayoría de la población de Alemania, sino más bien desinterés. «La gente reacciona simplemente encogiéndose de hombros ante lo que escucha», anotó en su diario el joven conde Christian von Krockow, de diecisiete años, que vivió el final de la guerra prestando servicio como soldado en Dinamarca.[146] El oficial del Estado Mayor Gerd Schmückle, que a finales de la década de 1960 llegaría a general de la Bundeswehr (Ejército Federal de Alemania) y vicecomandante supremo de la OTAN en Europa, escuchó la noticia por la radio en una posada de un pueblo del Tirol, Hinterriss. «Si en vez de oír aquello se hubiera presentado a la puerta de la sala el posadero y nos hubiera dicho que se le había muerto un animal en la cuadra, el desinterés suscitado por la noticia no habría podido ser mayor», recordaba. «Solo se puso en pie un soldado joven, extendió el brazo derecho y exclamó: "¡Viva el Führer!". Todos los demás siguieron tomándose su sopa, como si nada importante hubiera ocurrido».[147]

El mito del Führer, que había conocido un nuevo renacimiento, aunque breve, a raíz del atentado del 20 de julio de 1944, se sumió en una precipitada decadencia durante los últimos meses de la guerra. Con ello el nacionalsocialismo perdió, además, una parte esencial de su atractivo. La magia se había esfumado, el hechizo se había roto. «Aquí a las personas les da completamente igual si Hitler, otrora el Führer tan idolatrado, tan amado, sigue vivo o ya se ha muerto. Ya ha hecho su papel», anotó Ursula von

Kardorff el 2 de mayo; y más adelante añadió: «Millones de personas mueren por su culpa, así que ahora son millones los que no sienten su muerte. ¡Con cuánta rapidez se ha acabado ese Reich suyo que debía durar mil años!».[148]

De manera parecidísima la periodista Ruth Andreas-Friedrich, que, como miembro de un grupo de la resistencia de Berlín, había ayudado durante la guerra a los perseguidos del régimen, describió la reacción de su círculo de conocidos: «¡Hitler ha muerto! Y nosotros… Nosotros hacemos como si no nos afectara, como si se tratara del hombre más insignificante del mundo. ¿Qué ha cambiado? ¡Nada! Solo que en medio del infierno de los últimos días nos hemos olvidado del señor Hitler. El Tercer Reich se ha esfumado como un fantasma».[149]

En sus *Berliner Aufzeichnungen 1945*, la concertista y escritora Karla Höcker habla de un suceso que vivió durante la madrugada del 2 de mayo en un refugio antiaéreo de Berlín: cuando los presentes en el refugio finalmente se calmaron, apareció el vigilante del vecindario y comunicó con una voz «muy fría»: «Dicen que el Führer ha muerto». «Ah, pues mu' bien», comentó una mujer y a sus palabras replicó una «risa sofocada».[150]

También a una estudiante de dieciocho años de Barmbeck, a las afueras de Hamburgo, que se había criado en el seno de una familia socialdemócrata, le llamó la atención el ambiente que se encontró por las calles el 2 de mayo por la mañana cuando se dirigía a la escuela: «¡Qué raro! Nadie lloraba ni parecía triste, aunque solo fuera un poco, y eso que había fallecido el amado, el idolatrado Führer, en el que muchos idiotas veían casi un dios. [...] ¡Así que eso era la comunidad del pueblo, la que había jurado que estaba dispuesta a darlo todo por él, por el Führer!». En su instituto femenino se vieron, no obstante, diversas reacciones. Muchas compañeras de clase se pusieron a llorar cuando, tras pronunciar el elogio fúnebre, el director del colegio mandó tocar el himno nacional y el *Horst-Wessel-Lied*. «¿Cómo pueden pasar estas cosas? ¡¡Y se supone que son personas inteligentes y de talento!! ¡Qué ridículo!».[151]

Entre los generales prisioneros de guerra encarcelados en Trent Park, el gran tema de conversación el 2 de mayo fue la muerte de Hitler. Y también allí las opiniones fueron variadas. La mayoría estaba de acuerdo en que el Führer había sido un hombre «de mucho mérito» para el pueblo alemán, un

«personaje histórico», al que «la historia» solo podría «hacer justicia plenamente con posterioridad». No obstante, había fracasado trágicamente, porque se había rodeado de «individuos inadecuados y criminales». En cambio, para otros, a todas luces la minoría, se había abierto camino la idea de haber prestado sus servicios a un sistema que había «chocado contra todas las normas de la decencia»: «Nos echamos las manos a la cabeza una y otra vez al darnos cuenta de que hemos seguido la corriente a toda esta locura».[152]

El capitán Ernst Jünger, que a raíz de la invasión de los Aliados a comienzos de junio de 1944 abandonó el Estado Mayor del gobernador militar de París y que, en el mes de septiembre, una vez licenciado, fue enviado a la «reserva del Führer», volviendo a Kirchhorst, en las cercanías de Hannover, anotó en su diario el 1 de mayo de 1945: «Por la noche la radio dio a conocer la muerte de Hitler, que está envuelta en la oscuridad, como mucho de lo que la rodea. Tuve la impresión de que ese hombre, como Mussolini, no era desde hace ya tiempo más que un títere movido por otras manos, por otras fuerzas. La bomba de Stauffenberg, aunque no le quitó la vida, le arrebató el aura que lo rodeaba; podía notársele en la voz».[153]

No fueron pocos los que sintieron alivio al pensar que con la muerte de Hitler el final de la guerra sería inmediato. Así recordaba el diplomático Erwin Wickert, que trabajaba como agregado de radio en la embajada alemana en Tokio, la sensación que experimentó, como si se hubiera liberado de una pesada carga: «Ya no había nadie ahí arriba que quisiera continuar la guerra y contra cuyas órdenes no cabía apelación. No quisiera llamarlo alegría, pero era un alivio extraño, completamente insólito».[154]

Para los partidarios fanáticos de Hitler, que habían creído hasta hacía poco en las promesas de «armas asombrosas» y de «victoria final», la noticia de la muerte de Hitler, por el contrario, supuso una verdadera conmoción. A ellos se dirigía el redactor jefe de la *Hamburger Zeitung*, Hermann Okrass, en su necrológica del 2 de mayo, aparecida con el título de «Despedida de Hitler». «Un gran hombre», escribía, se había «ido de este mundo», un hombre que había «querido lo mejor para su pueblo», y que por eso «también ha sido tan amado» por él. En Adolf Hitler se habían reunido «las virtudes más bellas, los anhelos más cálidos, los deseos más nobles, todas las hermosas aspiraciones de nuestro pueblo». Por eso había

que «dejar confiadamente en manos de la historia universal» todo juicio sobre él.[155]

No pocas veces se mezclaría la tristeza por la pérdida del amado Führer con la autocompasión. Así lo señalaba el 2 de mayo en su diario la joven Lore Walb, de veintiséis años, estudiante de filología germánica: «Ahora ya descansa, para él eso es desde luego lo mejor. Pero ¿nosotros? Hemos sido abandonados y hemos quedado a merced de todos, y en nuestra vida no podremos reconstruir nunca lo que esta guerra ha aniquilado». Al principio Hitler había pretendido hacer realidad unas «ideas positivas», y en materia de política nacional habían ocurrido «muchas cosas buenas», pero en el ámbito de la política exterior y como supremo señor de la guerra había fracasado por completo: «Y el pueblo tiene ahora que pagar las consecuencias. ¡Si papá hubiera conocido esto!».[156] Y una oficinista de Hamburgo de esa misma edad afirmaba el mismo día: «Nuestro Führer, que tantas cosas nos había prometido, ha conseguido lo que ningún gobernante alemán ha sido capaz de hacer. Ha dejado tras de sí una Alemania totalmente destrozada [...], ha hecho morir a millones de personas, en resumen, ha logrado provocar un caos espantoso. Y otra vez somos nosotros, la pobre gente, los que nos lo tenemos que comer todo con patatas».[157]

Esos lamentos reflejaban los sentimientos ambivalentes con los que muchos antiguos secuaces de Hitler recibieron la noticia de su muerte. La confianza crédula que durante años le habían concedido se convirtió en aquellos momentos en decepción y cólera. O también en cinismo, como le sucedería a la joven Erika Assmus, de diecinueve años, en otro tiempo la entusiástica jefa de grupo de la Liga de Muchachas Alemanas de la localidad balnearia de Ahlbeck, en la isla de Usedom, en aguas del Báltico, que el 2 de mayo se encontraba con su familia huyendo hacia Wismar. Al dolor inicial que había sentido por la pérdida de las esperanzas depositadas en Hitler, oponía una gélida contrapartida: «La empresa ha quebrado. Su fundador se ha largado y la ha dejado cubierta de mierda. ¡Ella no se ha comportado así! ¡Esos no eran los fundamentos del negocio! De repente la tristeza se convierte en cinismo, la forma de expresión propia de los estafados y los desesperados».[158] En la República Federal de Alemania Erika Assmus se haría famosa, con el seudónimo de Carola Stern, como una de las periodistas más importantes de la izquierda liberal.

Cuando escuchó la noticia de la muerte de Hitler en el búnker, dada a conocer por la Radiodifusión de la Gran Alemania desde los estudios de la Masurenallee, Lothar Loewe, de dieciséis años, miembro de las Juventudes Hitlerianas, que, junto con muchos otros chicos se su edad, formó parte del último reemplazo del Volkssturm desplegado en Berlín, lo único que experimentó fue una sensación de gran vacío interior y de desconcierto: «"¿Y ahora qué?", pensé. "¿Quién gobierna ahora Alemania? ¿Qué va a ser de nosotros, unas Juventudes Hitlerianas sin Hitler?"».[159] En la República Federal de Alemania Lothar Loewe, se convertiría en uno de los periodistas televisivos más famosos como corresponsal de la ARD en Washington, Moscú y Berlín oriental.

En nombre del pequeño grupo de opositores a Hitler, que habían augurado el desastre con mucha anticipación, había hablado el inspector judicial Friedrich Kellner desde la pequeña ciudad de Laubach, en Oberhessen, cada vez que señalaba a sus compatriotas que no debían echar la culpa de todo a Hitler y a la camarilla de los que lo rodeaban. Cada uno de los millones de miembros del partido tenía su parte de responsabilidad en la catástrofe. Kellner, que había militado en la SPD antes de 1933, había empezado a escribir un diario a comienzos de la Segunda Guerra Mundial. En diez libretas fue anotando día tras día lo que oía por casualidad o los informes que recibía de sus conocidos. Una lectura crítica de la prensa nacionalsocialista le permitió distinguir las mentiras de la propaganda y hacerse una idea acertada de la naturaleza criminal del régimen. De ese modo anotó lo siguiente al tener noticia de la muerte de Hitler: «El más vil de todos los sistemas políticos, el antiguo caudillaje del Führer, ha llegado al final que se merecía. La historia comprobará por toda la eternidad que el pueblo alemán no estaba en condiciones de quitarse de encima por propia iniciativa el yugo nacionalsocialista. La victoria de los estadounidenses, de los ingleses y de los rusos era necesaria para acabar con la locura nacionalsocialista y sus planes de conquistar el mundo».[160]

Muy parecido era el balance de William Shirer el día 2 de mayo: «La guerra, que ha traído tanta destrucción y que estaría ya casi perdida, acaba con una victoria total. El cadáver de Mussolini cuelga de una soga en una plaza de Milán. Hitler ha muerto, sin duda tras suicidarse. [...] Con esos dos hombres, que son quienes lo formaron y lo dirigieron, va a la tumba el

fascismo, que a punto estuvo de adueñarse del mundo, que casi lo arruinó y que ha causado un sufrimiento espantoso a más personas que cualquier otro movimiento en la historia de la humanidad».[161]

El 2 de mayo por la noche la estación radiotelegráfica de la 79.ª División de la Guardia soviética interceptó en Berlín un mensaje enviado por radio en ruso: «¡Atención! ¡Atención! Aquí el LVI Cuerpo Acorazado alemán. ¡Rogamos imponer un alto el fuego! A las 0 horas y 50 minutos, hora de Berlín, enviaremos a Potsdamer Brücke unos mensajeros a parlamentar. Marca de reconocimiento: bandera blanca. Esperamos respuesta». Poco tiempo después llegó la respuesta: «¡Entendido! ¡Entendido! Transmitimos su ruego a nuestro comandante en jefe».[162] El coronel general Vasili Chuikov ordenó detener las operaciones militares en el puesto de paso acordado y mandó a un oficial del Estado Mayor, acompañado de un intérprete, que recibiera a los parlamentarios. Una vez más, dio una instrucción muy estricta: mantener negociaciones únicamente sobre una capitulación incondicional y no ceder ni un milímetro en la exigencia soviética de que los alemanes depusieran las armas de inmediato.

Por su parte, también los alemanes habían llegado a la convicción de que la continuación de los combates en la capital del Reich era absurda y que ya no había alternativa a la rendición. El 1 de mayo por la noche, cerca de las 23.00, el comandante en jefe del LVI Panzerkorps alemán y último mando militar de Berlín, el general Helmuth Weidling, convocó a todos los oficiales de mayor graduación a su puesto de mando en el Bendlerblock. Cuando les comunicó la noticia de la muerte de Hitler y explicó la necesidad de la rendición, se oyó «un profundo suspiro de alivio entre los hombres», nos informa un testigo ocular. Incluso todo aquel que sabía ya o que simplemente barruntaba que el final estaba a la vuelta de la esquina se había visto superado por los hechos a los que había tenido que enfrentarse: «Para todos ellos el mundo se vino abajo».[163]

Al final todos los altos mandos dieron su aprobación a la decisión de Weidling. Theodor von Dufving, que ya había acompañado unos días antes al general Krebs en su misión, recibió el encargo de transmitir la oferta de capitulación. Acompañado de un intérprete y de un soldado que llevaba una bandera blanca, se encaminó al punto de encuentro acordado. A diferencia

de la vez anterior, ahora las negociaciones no se alargaron mucho. El representante soviético, el coronel Zemchenko, declaró que sus superiores le habían dado plenos poderes para aceptar la oferta de capitulación. Se concedieron a los alemanes unas «condiciones honrosas»: los oficiales conservarían las «pequeñas armas secundarias» (espadas o puñales, pero no pistolas) y todos podrían llevarse el equipaje de mano que pudieran transportar. Además, la parte soviética se comprometía a «asumir la protección de la población civil y el cuidado de los heridos». Por lo que respecta al momento exacto de la capitulación de Berlín, Dufving indicó que casi todas las telecomunicaciones habían sido destruidas y que sería preciso enviar enlaces a las unidades que seguían combatiendo, tarea que se prolongaría como mínimo entre tres y cuatro horas. Por consiguiente, se fijó el comienzo de la tregua a las 06.00. Dufving regresó al Bendlerblock a las 03.00 e informó a los que estaban allí reunidos del resultado de las negociaciones.[164]

Entre las 05.30 y las 06.00 Weidling abandonó el Bendlerblock en compañía de su Estado Mayor y se entregó para ser hecho prisionero. Fue conducido al cuartel general de Chuikov en el Schulenburgring 2, en Tempelhof. Aseguró haber dado ya la orden de cesar las operaciones militares; pero añadió que, debido a las malas comunicaciones, no podía garantizar que su orden pudiera llegar a todas las unidades que seguían combatiendo. Por deseo de Chuikov, a las 07.50 Weidling puso por escrito una orden formal de capitulación: «El 30 de abril de 1945 el Führer se quitó la vida y, de ese modo, abandonó a los que le habíamos jurado fidelidad. Obedeciendo las órdenes del Führer, seguís creyendo que tenéis que continuar luchando por Berlín, aunque la falta de armamento pesado y de municiones y la situación general hacen que la lucha parezca absurda. Cada hora que sigáis combatiendo prolonga el espantoso sufrimiento de la población civil de Berlín y de nuestros heridos. Todo el que caiga combatiendo todavía por Berlín hará un sacrificio inútil. De común acuerdo con el Alto Mando de las tropas soviéticas os exijo, por tanto, que ceséis la lucha de inmediato».[165]

Un joven comisario político soviético de origen alemán, por entonces de apenas veinte años, Stefan Doernberg, mecanografió la orden en su máquina de escribir portátil. Doernberg había emigrado a la Unión Soviética en compañía de sus padres judíos en 1935; tras la invasión

alemana de 1941, se había alistado como voluntario en el Ejército Rojo y había prestado servicio como intérprete durante las negociaciones para la capitulación. (Haría carrera en la RDA como historiador).[166] Weidling fue conducido con un ejemplar de su orden de capitulación a unos estudios de Johannisthal, en el distrito Treptow-Köpenick, donde el texto fue grabado en cinta magnetofónica para luego ser divulgado por las calles de Berlín por medio de automóviles provistos de altavoces.[167]

No obstante, en algunos puntos calientes de la ciudad los combates continuaron todavía durante el 2 de mayo. Sobre todo, siguieron ofreciendo una enconada resistencia las unidades de la SS. Hacia las 17.00 entró finalmente en vigor un alto el fuego general. Por todas partes fueron reuniéndose los restos de la Wehrmacht derrotada y dieron comienzo así a su largo camino hacia el cautiverio. «Muchos soldados llevaban todavía el casco de acero, lo que ya no tenía sentido», observó la intérprete soviética Yelena Rshévskaya. «Ahí van ahora, agotados, engañados, con las caras ennegrecidas, deprimidos. Unos llevan la cabeza hundida entre los hombros, otros se muestran aliviados, pero casi todos dan la impresión de sentirse derrotados e indiferentes a un tiempo».[168] El general Weidling fue trasladado en avión a Moscú el 8 de mayo junto con otros doce miembros de la Wehrmacht y de la SS, y permaneció en diversas cárceles hasta que en febrero de 1952 comenzó su proceso. Fue condenado a veinticinco años de prisión. En noviembre de 1955 falleció en el hospital de la Lubianka; como causa de la muerte se alegó fallo cardiaco.[169]

Lentamente, con rostros llenos de temor y desconcierto, los berlineses fueron saliendo de los refugios en los que habían pasado días enteros hacinados, sin luz eléctrica ni gas ni agua. Se presentó ante sus ojos una imagen atroz: del cielo pendían negras nubes de humo, aquí y allá seguían haciendo estragos los incendios y continuaban derrumbándose fachadas. Los escombros de los edificios destruidos se acumulaban formando verdaderas montañas, y entre ellos yacían los cadáveres de muchos soldados, rusos y alemanes. Los tanques destrozados, los cañones volcados, los vagones de los tranvías calcinados daban testimonio de la dureza de los combates que acababan de tener lugar. Por doquier había cadáveres de caballos y los berlineses los aprovecharon de buena gana para enriquecer el menú que tenían a su disposición.

La periodista Margret Boveri, que, a diferencia de su colega Ursula von Kardorff no había podido huir al sur de Alemania, sino que había permanecido en su domicilio de la Wundstrasse, en el barrio de Charlottenburg, oyó el 2 de mayo por la mañana que se repartía carne de caballo. «Salí corriendo [...] y me encontré con medio caballo, todavía caliente, en plena acera y, a su alrededor, hombres y mujeres provistos de cuchillos y hachas que iban cortándose buenos trozos de carne. De modo que yo también saqué mi navaja, logré hacerme sitio y me corté un buen trozo de carne. No fue fácil. Conseguí un cuarto de pulmón y un pedazo de pata, que llevaba pegada todavía la piel del animal, y me marché llena de salpicaduras de sangre».[170]

Un fenómeno de masas de los primeros días de paz en Berlín fueron los saqueos de tiendas y almacenes de productos alimenticios. Particularmente virulento fue lo sucedido en la fábrica de cervezas Schultheiss, en Prenzlauer Berg, donde la Wehrmacht había acaparado grandes cantidades de provisiones. «Del sótano (de la cervecería) salían hombres, mujeres y niños cargados con mantequilla, margarina, conservas, jabón, galletas, pan, chocolate, caramelos, grageas, vino y muchas otras cosas [...]», recordaba un año más tarde un escolar. «El pillaje llegó a tal punto que unos soldados rusos tuvieron que efectuar varios disparos al aire».[171]

De la tan cacareada «comunidad del pueblo», que con el paso del tiempo se había convertido más en un ideal propagandístico que en una realidad, no quedaba literalmente nada. No existía el prójimo, cada uno pensaba en sí mismo y de lo único que se preocupaba era de conseguir las cosas necesarias para sobrevivir él y su familia. «Las personas se lanzan unas contra otras, se pegan, se arrancan las cosas de las manos, acumulan todo lo que pueden conseguir».[172]

El 2 de mayo de 1945, una vez acabados los combates en Berlín: un grupo de berlineses cortan trozos de carne del cadáver de un caballo para llevárselos a casa. BerlinerVerlag/Archiv/dpa/ZB/Picture-Alliance, Frankfurt

Cuando salieron al aire libre, lo primero que llamó la atención a los que llevaban viviendo tanto tiempo en los refugios fue el desacostumbrado silencio, casi inquietante, que reinaba en la ciudad. Los cañonazos y el martilleo de las ametralladoras habían cesado, y tampoco había ya ataques aéreos. «Increíble. Ya no aullarán las sirenas, ya no caerán más bombas, y poco a poco se acostumbrará una a desvestirse para meterse en la cama», anotaba encantada en su diario el 2 de mayo la berlinesa Marta Mierendorff. Y, llena de asombro, se fijaba en que había gente aquí y allá que se dedicaba a retirar los escombros de las aceras. «Se empieza a oír un silencioso suspiro de alivio».[173]

Para los soldados del Ejército Rojo el 2 de mayo fue una jornada de verdadero regocijo. «Una victoria colosal. Se organiza una celebración espontánea al pie de un gran obelisco. Los tanques se sumergen en un mar

de flores y de banderas rojas [...]», afirmaba el escritor Vasili Grossman en un reportaje. «Todos bailan, cantan y ríen. Se lanzan bengalas de colores. Resuenan alegremente los disparos de las metralletas, los fusiles y las pistolas».[174] Hacía tiempo que «no había dormido [igual que hoy]. ¡Como un tronco!», decía el teniente ruso Nikolái Belov en una carta a su esposa, que esperaba un hijo suyo. «No sé si todavía habrá más duros combates, pero lo dudo. En Berlín ya se ha acabado todo». Belov, sin embargo, no conocería el final de la guerra. El 4 de mayo tuvo que desplazarse en misión a Burg, a orillas del Elba, donde cayó al día siguiente.[175]

El 2 de mayo por la mañana —a la misma hora en la que el general Weidling escribía su orden de rendición—, los integrantes del «grupo Ulbricht» se dirigieron a Berlín en varios automóviles, acompañados por comisarios políticos soviéticos. El cuadro que se ofreció a su vista fue estremecedor: «Incendios, escombros, individuos hambrientos yendo de un lado a otro, vestidos de harapos. Soldados alemanes desconcertados, que parecían no entender lo que tenían ante su vista. Soldados del Ejército Rojo cantando, lanzando vítores y, a menudo, borrachos. Grupos de mujeres realizando labores de desescombro bajo la atenta supervisión de los soldados rojos. Largas colas de personas esperando pacientemente ante una bomba de agua para llevarse un simple cubo. Todos tenían un aspecto terrible de cansancio, de hambre, de agotamiento y de desgarro».[176] De las ventanas colgaban banderas blancas, y en los antiguos barrios obreros también se veían algunas rojas. Muchos berlineses llevaban brazaletes blancos o rojos; algunos hasta uno de cada color.

La primera parada fue la comandancia central soviética, que se encontraba en la Strasse Alt-Friedrichsfelde 1-3. El coronel general Nikolái Bersarin, comandante en jefe de la plaza, que había participado en los combates por la conquista de Berlín, recibió cordialmente a los emisarios alemanes provenientes de Moscú y les dio las primeras instrucciones. La máxima prioridad por parte de los soviéticos era el restablecimiento del orden público. Las calles debían ser despejadas de escombros y materiales bélicos. Había que quitar de en medio los cadáveres de personas y animales, asegurar el suministro de agua, luz y gas, así como abrir las tiendas y las

empresas. «Ayuden ustedes a recuperar la vida normal. Ayúdennos, ayuden al Ejército Rojo. De ese modo ayudarán ustedes a sus compatriotas», les explicó Bersarin.[177]

El primer encargo que recibió el «grupo Ulbricht» fue contribuir a la reconstrucción de los veintiún distritos municipales de Berlín y a la creación de una administración pública. Dos miembros del grupo debían visitar los distritos que les fueran asignados y encauzar en ellos la política de selección de personal según las líneas marcadas por las fuerzas de ocupación soviéticas. Wolfgang Leonhard acompañó a Walter Ulbricht a Neukölln, donde, en una casa de pisos medio destruida, un grupo de antiguos comunistas, que habían logrado sobrevivir a la persecución de la dictadura de Hitler, se había reunido. En su libro *Die Revolution entlässt ihre Kinder* Leonhard describe gráficamente la escena de la acogida que les dispensaron: «De repente surgieron unos hombres y gritaron: "¡Ulbricht!". En menos que canta un gallo lo habían rodeado. En los rostros de aquellos camaradas se veían reflejadas la sorpresa y la alegría. Ulbricht, en cambio, permaneció, incluso en aquellos momentos, serio y neutral. Los saludó a todos —el saludo a mí me pareció muy frío—, me presentó como colaborador suyo y, al cabo de uno o dos minutos, continuó la discusión, en cualquier caso dirigida ahora por Ulbricht. [...] Hizo preguntas, aunque no como si fuera un interrogatorio policial, tampoco desde luego en un tono que hubiera esperado yo oír de un emigrante que vuelve a reunirse al cabo de doce años con los camaradas que habían logrado sobrevivir y que habían pasado años bajo el terror de Hitler. Cuando finalmente expuso la "línea" política actual, lo hizo en un tono que no permitía réplica alguna, de un modo que excluía cualquier duda en el sentido de que él, y no los comunistas de Berlín [...], era el que marcaba la política del partido».[178]

El 2 de mayo por la noche, el grupo volvió a reunirse en la Casa de las Columnas de Bruchmühle. Se comunicaron unos a otros las experiencias vividas y, a continuación, Ulbricht dio las instrucciones concernientes a la composición de los distritos municipales: en los barrios obreros debían ponerse alcaldes socialdemócratas, y, en los barrios burgueses —Wilmersdorf, Charlottenburg, Zehlendorf—, «antifascistas burgueses», si era posible que tuvieran el título de doctor. Al frente de los departamentos de alimentación, economía, seguridad social y transporte estaba previsto poner de nuevo a socialdemócratas: «Son los que entienden un poco de

política municipal», o así pensaba Ulbricht. Los comunistas debían seguir estando en minoría, si bien, en cualquier caso, tenían que ocupar puestos decisivos al lado del primer teniente de alcalde y de los responsables de los asuntos relacionados con el personal, la instrucción pública y la policía. «En fin, está muy claro: ha de tener apariencia democrática, pero debemos ser nosotros quienes tengamos todo bien sujeto en nuestras manos», resumió Ulbricht de forma lapidaria su misión.[179] Según este modelo, durante los diez primeros días de mayo daría comienzo decididamente la creación de una administración dominada por los comunistas.

Ulbricht trabajó desde el primer momento en estrecha colaboración con el jefe de la Dirección General de Política del Ejército Rojo (PUR) en Berlín, el general Galádzhev, y con su lugarteniente, el coronel general Serov, y fue el principal interlocutor de los representantes de las fuerzas de ocupación soviéticas. Además, como era considerado el garante de una ejecución leal y efectiva de las directrices de Stalin, por regla general solían prevalecer sus propuestas a la hora de decidir quién debía ocupar los cargos más relevantes. Al cabo de dos semanas pudo ya escribir a Moscú para comunicar al presidente del partido Wilhelm Pieck: «Ahora ya hemos conseguido que, cuando se plantea una cuestión difícil, los comandantes de los diversos distritos se dirijan a nosotros por teléfono y pidan que les mandemos un instructor que contribuya a aclarar las cuestiones y a construir correctamente el aparato administrativo. Como al principio habíamos concentrado todos nuestros esfuerzos en los distritos administrativos, habíamos entablado conocimiento con bastantes cuadros, de modo que pudimos presentar propuestas para el aparato de la administración central, para la gestión de la policía y para cualquier otra cosa necesaria».[180]

Durante los primeros días de la ocupación de Berlín también se produjeron múltiples agresiones por parte de los soldados del Ejército Rojo, sobre todo numerosísimas violaciones de mujeres. Sin embargo, Ulbricht rechazó de forma categórica llevar a cabo una discusión sincera de aquel asunto tan deprimente, tal y como reclamaban los comunistas de Berlín. Eso sí, se pronunció en contra de que las mujeres que quedaran embarazadas como consecuencia de las violaciones pudieran abortar.[181] Ulbricht sentía sobre todo una profunda desconfianza de los comunistas que se habían

quedado en Alemania durante el Tercer Reich y habían llevado a cabo una resistencia ilegal. Le parecía que seguían demasiado aferrados a los símbolos y los lemas de la época de la República de Weimar; y, por si fuera poco, exigían la inmediata implantación del socialismo, lo que directamente chocaba con de la directriz dictada por Stalin. «Debemos tener en cuenta que la mayoría de nuestros camaradas tienen una postura sectaria [...]», decía Ulbricht a mediados de mayo en una carta a Wilhelm Pieck. «Muchos de nuestros camaradas ponen en marcha nuestra política a la ligera, algunos muestran buena voluntad, pero luego salen con el lema del "Frente Rojo", y algunos [...] hablan del poder de los sóviets y de cosas parecidas. Hemos librado una lucha enérgica contra las falsas interpretaciones entre las filas de nuestros camaradas, pero una y otra vez vuelven a surgir nuevos camaradas que empiezan cometiendo los viejos errores».[182]

Ulbricht apostaba totalmente por los cuadros formados en el exilio soviético, a los que había sido imbuido el mandato de la sumisión en cuerpo y alma a los dictados de Stalin. A su juicio, solo ellos ofrecían la garantía de que las ideas de las fuerzas soviéticas de ocupación fueran aplicadas rigurosamente.[183] Con una desconfianza igual de grande los emisarios de Moscú acogieron a los comités antifascistas que se formaron en casi todos los barrios justo después de la entrada del Ejército Rojo en la ciudad. En ellos se habían agrupado espontáneamente antifascistas de diferentes orígenes ideológicos, con el fin de coordinar las primeras labores de desescombro, de distribuir las viviendas y de poner de nuevo en marcha los sistemas de suministro. Esas iniciativas independientes surgidas de la base resultaban muy sospechosas para Ulbricht, que, en estrecha coordinación con la comandancia soviética, hizo todo lo posible por cortarlas de cuajo. Ya el 5 de mayo podía informar a Dimitrov en los siguientes términos: «Hemos cerrado las oficinas y hemos puesto en ellas carteles en los que se explica a los camaradas que ahora deben concentrar todos sus esfuerzos en el trabajo en la administración municipal».[184]

Paralelamente al trabajo en la administración de los distritos, el «grupo Ulbricht» recibió la misión de encontrar candidatos para el Gobierno municipal de Berlín. En este terreno, la cuestión era también ganarse a los socialdemócratas y a los «burgueses», que en cierto modo debían dar credibilidad al «vuelco democrático antifascista» como meras figuras decorativas, mientras que, en realidad, los comunistas seguirían llevando las

riendas de todo. El primero que se encontró dispuesto a entrar en el nuevo ayuntamiento fue el socialdemócrata y antiguo secretario de una organización sindical Josef Orlopp. Ulbricht logró dar un golpe maestro cuando consiguió convencer al antiguo ministro del Reich durante la República de Weimar y famoso político del Partido del Centro (DZP), Andreas Hermes, de que asumiera la dirección del departamento de Alimentación. Hermes había sido condenado a muerte en enero de 1945 por su participación en el atentado del 20 de julio de 1944, pero, por una afortunada coincidencia, se había librado de la ejecución de la sentencia. Con posterioridad sería uno de los fundadores de la Unión Demócrata Cristiana (CDU) en la zona de ocupación soviética y, después de su traslado al oeste del país, desempeñaría un importante papel en la CDU de la Alemania Occidental. Ulbricht explicó abiertamente qué era lo que esperaba de la colaboración con Hermes en una carta dirigida al coronel general Serov: «Los crímenes del régimen de Hitler lo han afectado tanto que abogará por una limpieza a fondo del fascismo en Alemania. [...] Nuestra misión debe consistir en influir sistemática y pacientemente en el Dr. Hermes y en no escatimar medios para consolidar su amistad con la Unión Soviética».[185]

Con el cirujano y director del Charité, Ferdinand Sauerbruch, en calidad de director del departamento de Sanidad, y con el arquitecto Hans Scharoun como director del departamento de Obras Públicas, logró atraer a otros dos destacados «burgueses». El cargo de nuevo alcalde fue asumido por un ingeniero de caminos de sesenta y ocho años, Arthur Werner, que no estaba afiliado a ningún partido y que no reunía demasiadas condiciones para ocupar un puesto tan elevado, lo que encajaba muy bien con los planes de Ulbricht y de la comandancia soviética, pues del trabajo propiamente dicho se encargaría su teniente de alcalde, Karl Maron, en el que confluían todos los hilos de la administración municipal. A través de Arthur Pieck, hijo de Wilhelm Pieck, en calidad de director del departamento de Personal, y de Otto Winzer, encargado de Instrucción Pública, los comunistas ocupaban otros dos puestos claves. El 19 de mayo los miembros del nuevo ayuntamiento tomaron posesión de sus cargos en presencia del comandante en jefe de la plaza: Bersarin.[186]

Pocas semanas después, el 10 de junio, la dirección de la KPD reclamó que se emprendiera la refundación del partido. Con ello acababa la actividad del «grupo Ulbricht». En cuestión de dos meses había logrado echar los cimientos del dominio comunista en la zona de ocupación soviética.

Durante la noche del 1 al 2 de mayo, la zona del Regierungsviertel,(15) en los alrededores de la Wilhelmstrasse, aún fue escenario de enconados combates. Sin embargo, por la mañana también allí finalmente las armas guardaron silencio. Sobre la Cancillería del Reich, que durante los días precedentes había sido objeto del cañoneo constante de la artillería soviética, se cernía un silencio fantasmal. Los pocos ocupantes del búnker que no se habían sumado a los intentos de fuga temblaban ante la llegada de los primeros soldados del Ejército Rojo.

Sobre las 09.00 de la mañana el jefe del servicio electromecánico del piso inferior del búnker del Führer, Johannes Hentschel, que había mantenido en funcionamiento los generadores, oyó voces que hablaban en ruso. No procedían, sin embargo, de hombres, sino de un grupo de mujeres vestidas de uniforme, pertenecientes a un cuerpo de enfermeras del Ejército Rojo. La directora del grupo, que hablaba alemán, preguntó de inmediato a Hentschel: «¿Dónde está Hitler?». El ingeniero respondió con sinceridad que había muerto y describió las circunstancias en las que la incineración del cadáver del dictador se había llevado a cabo en el jardín de la Cancillería del Reich. Pero, a continuación, el interés de las mujeres se volvió enseguida hacia la supuesta amante del Führer y su vestuario: «¿Dónde están sus vestidos?». «Finalmente me di cuenta», recordaría más tarde Hentschel, «de qué era en realidad lo que querían las rusas. El vencedor tiene derecho de saqueo. Después de tan largos y duros combates lo que pretendían aquellas guerreras era pillar algunos vestidos de mujer decentes. [...] Dando un suspiro de alivio al ver que todo había quedado en eso, las conduje al piso de abajo, al vestidor de Eva Braun».[187]

A lo largo de la jornada, tropas del III Ejército de Choque del Primer Frente Bielorruso ocuparon la Cancillería del Reich: unidades de zapadores registraron los sótanos en busca de posibles cargas explosivas. Tras ellas

vino una unidad de la Dirección General de Contraespionaje Militar (SMERSH). Su misión era encontrar el cadáver de Hitler e identificarlo. Aunque en la madrugada del 1 de mayo el general Krebs ya había comunicado el suicidio de Hitler en el curso de sus negociaciones con el coronel general Chuikov, y por más que el general Weidling lo había confirmado expresamente el 2 de mayo por la mañana, la desconfianza por parte de los soviéticos persistía: ¿qué iba a pasar si la noticia era falsa y Hitler había logrado escabullirse? Para los agentes de la SMERSH semejante idea constituía una verdadera pesadilla. Se hallaban bajo una presión considerable de Moscú, y el diario *Pravda* ya había hecho saber que la notificación de la muerte de Hitler no era más que una finta de los fascistas. [188]

A primera hora de la tarde la sección de la SMERSH dirigida por el teniente coronel Iván Klimenko comenzó la búsqueda. Tras una inspección inicial del laberinto subterráneo, los agentes salieron al jardín de la Cancillería del Reich. «Innumerables cañonazos han removido la tierra y mutilado los árboles. Vamos pisando ramas carbonizadas, caminamos sobre la hierba negra de hollín. Por todas partes hay cristales hechos añicos y ladrillos rotos», comentaba en su informe Yelena Rshévskaya, que hacía las veces de intérprete.[189]

Hacia las 17.00 los agentes del servicio de contraespionaje descubrieron junto a la entrada del búnker los cadáveres medio carbonizados de Joseph y Magda Goebbels. Evidentemente, su ayudante de campo Schwägermann no había podido conseguir suficiente gasolina para llevar a cabo una incineración completa. En el informe del jefe de la sección de contraespionaje del Primer Frente Bielorruso, el teniente general Aleksandr Vadis, se decía: «El cadáver del hombre era de pequeña estatura, el pie de la pierna derecha estaba medio torcido (pie zopo) y estaba metido en una prótesis de metal carbonizada. Por encima se veían los restos chamuscados de un uniforme de la NSDAP y una condecoración del partido medio quemada. En el cadáver carbonizado de la mujer se descubrió una pitillera de oro chamuscada; sobre su cuerpo había una condecoración dorada de la NSDAP y un broche de oro también chamuscado».[190] El 3 de mayo se encontraron asimismo en el interior del búnker de la Cancillería del Reich

los cadáveres de los seis hijos de Goebbels, cinco chicas y un chico. Yacían sobre sus camas en camisón, tal como dos días antes habían muerto.

Para la identificación de los cadáveres fueron llevados al lugar el vicealmirante Voss, que mientras tanto había sido hecho prisionero, así como el cocinero de la Cancillería del Reich, Wilhelm Lange, y el vigilante del garaje, Karl Schneider. Los tres confirmaron que el lúgubre hallazgo correspondía a los restos del ministro de Propaganda e Información y su familia. Voss comentó que Hitler había regalado a Magda Goebbels la medalla de oro del partido tres días antes de quitarse la vida.[191]

Pero ¿dónde estaba Hitler? Naturalmente, el vicealmirante Voss fue preguntado por su paradero, y su respuesta fue que, durante el intento de fuga, oyó decir al ayudante de campo de Hitler que el dictador se había quitado la vida y que su cadáver había sido quemado en el jardín de la Cancillería del Reich. El 3 de mayo al anochecer se descubrió en una pila seca de agua destinada a la extinción de incendios un montón de cadáveres, entre los cuales había uno que guardaba cierta similitud con Hitler. Sin embargo, tras una inspección más rigurosa, se comprobó que el individuo llevaba calcetines zurcidos, y, por tanto, su cuerpo no podía ser el del dictador.[192] De modo que se continuó con la búsqueda de los restos mortales del Führer. «Una y otra vez registramos metro a metro el búnker abandonado», informa Yelena Rshévskaya. «Por doquier hay mesas volcadas, máquinas de escribir destrozadas, el vidrio chirría y el papel cruje bajo nuestros pies. Revisamos celdas y habitaciones, así como los largos pasillos. Tanteamos las paredes, ya deterioradas, de hormigón y pisoteamos los charcos de agua que se han formado en los corredores. El ambiente es húmedo y resulta oprimente, los ventiladores ya no funcionan. Cuesta trabajo respirar».[193]

El 4 de mayo los hombres de Klimenko sacaron del cráter producido por una bomba, a pocos metros de distancia de la salida de emergencia del búnker, dos cuerpos pertenecientes a un hombre y a una mujer, totalmente calcinados hasta el punto de resultar irreconocibles. Como no llevaban nada encima que pareciera indicar que se trataba de los cadáveres de Adolf Hitler y de Eva Braun, los restos fueron enterrados de nuevo. Sin embargo, Klimenko tuvo dudas al día siguiente y ordenó a un jefe de patrulla del servicio de contraespionaje, el teniente coronel Alekséi Panasov, que desenterrara de nuevo los dos cadáveres. Los restos mortales de los dos

individuos fueron envueltos en mantas, depositados en cajas de municiones y trasladados a la enfermería de campaña n.º 496, en Berlín-Buch.[194]

Mientras tanto, tras la detención del vicealmirante Voss, los oficiales de información habían hecho prisioneros también al general Weidling y al piloto de Hitler, Hans Baur, y los habían sometido a un exhaustivo interrogatorio acerca del destino de los jerarcas del nacionalsocialismo. El 5 de mayo, el comandante en jefe de la SMERSH del Primer Frente Bielorruso, el comandante general Trusov, entregó un informe resumido al jefe del servicio de inteligencia militar, coronel general Fiódor Kuznetsov, que de inmediato se lo remitió a Stalin. Del informe se desprendía claramente que Hitler se había suicidado y que antes había ordenado que se quemara su cadáver.[195]

Entre el 7 y el 9 de mayo, los forenses, dirigidos por el coronel Faust Iósifovich Shkaravski, llevaron primero a cabo las autopsias de los cadáveres del matrimonio Goebbels y de sus seis hijos. Para todos los casos se dictaminó que la causa de la muerte había sido «envenenamiento por contacto con cianuro». Sin embargo, también en los supuestos cadáveres de Hitler y de Eva Braun, tanto en el de él como en el de ella, se encontraron esquirlas de una ampolla de vidrio rota, que permitían, por tanto, llegar a la conclusión de que su muerte había sido producida asimismo por la ingestión de cianuro.[196] Pero ¿cómo podía ser compatible semejante hallazgo con los datos suministrados por el general Krebs y el general Weidling, según los cuales Hitler se había pegado un tiro? Fue preciso, así pues, realizar investigaciones posteriores, y en ellas tuvo un papel concluyente la confirmación proporcionada por la dentadura.

Por medio del profesor Carl von Eicken, jefe del departamento de otorrinolaringología del Charité, que había operado dos veces a Hitler de las cuerdas vocales, los agentes se enteraron del nombre del dentista que había tratado al dictador: Hugo Blaschke. Sin embargo, su búsqueda resultó inútil, pues Blaschke se había refugiado durante los últimos días de la guerra en el Obersalzberg. Aunque él no pudo ser encontrado, el 9 de mayo sí que se logró localizar a su ayudante, la asistente dental Käthe Heusermann. La mujer describió de memoria —Blaschke se había llevado consigo las radiografías— las características específicas de las prótesis dentales de Hitler. Los datos que suministró coincidieron con las piezas dentales

encontradas. El mecánico dentista Fritz Echtmann, a su vez, identificó sin lugar a dudas el puente de resina sintética que le mostraron con el que había puesto a Eva Braun. De ese modo se aportó una prueba importante de que los restos mortales encontrados eran los de Hitler y su esposa.[197]

Finalmente, el 13 de mayo se descubrió un testigo que pudo informar acerca de lo que el 30 de abril por la tarde había acontecido en el jardín de la Cancillería del Reich: Harry Mengershausen, el SS-Rottenführer(16) del Servicio de Seguridad del Reich (RSD por sus siglas en alemán), había observado desde su puesto de guardia cómo habían sido sacados del búnker los cadáveres de Hitler y de Eva Braun, y cómo, tras verter gasolina sobre ellos, les habían prendido fuego. Cuando le preguntaron por ello, el joven pudo indicar el punto en el que los cadáveres calcinados de la pareja habían sido enterrados.[198] No podía ya caber duda alguna mínimamente fundamentada de que Hitler había muerto y de que su cuerpo había sido quemado.

Hasta finales de mayo de 1945 el jefe del departamento de contraespionaje militar del Primer Frente Bielorruso, el teniente general Aleksandr Vadis, no informó a Lavrenti Beria, director de los servicios secretos, sobre los resultados de la investigación.[199] Sin embargo, Stalin seguía desconfiando. En una conversación con el embajador especial estadounidense, Harry Hopkins, que tuvo lugar el 26 de mayo, expresó su sospecha de que Hitler habría podido escapar de Berlín con Bormann y de que debía de estar escondido en alguna parte. Según él, había que hacer lo que fuera para encontrarlo. Quizá había logrado escabullirse a Japón en un submarino.[200] El 9 de junio, el mariscal Zhúkov declaró en una conferencia de prensa en Berlín que no se podía decir nada seguro acerca de la suerte que Hitler había corrido. Posiblemente había tomado un avión en el último momento y había escapado de Berlín, y se encontraba en España.[201] Todavía durante la Conferencia de Potsdam de julio de 1945 Stalin sostendría con obstinación que Hitler seguía vivo. Todas las pesquisas soviéticas, según dijo, no habían sacado a la luz el menor rastro de sus restos mortales ni prueba segura alguna de su muerte.[202] ¿Realmente creía el dictador soviético en esa versión suya o pretendía engañar a sabiendas a los Aliados occidentales?

Sea como fuere, el caso es que el juego de la confusión de los soviéticos duraría todavía un tiempo. En otoño de 1945 el ayuda de cámara de Hitler (Linge), su ayudante de campo (Günsche), su piloto (Baur) y el operador de teléfonos Misch fueron trasladados a la Lubianka, donde fueron sometidos a un exhaustivo interrogatorio. A comienzos de 1946 la dirección del NKVD decidió emprender una operación especial, con el nombre en clave de Mito, que debía comprobar todos los hechos conocidos hasta la fecha en torno al suicidio de Hitler. En compañía de los prisioneros, los participantes en la operación efectuaron, en mayo de 1946, una nueva visita al lugar de los hechos en Berlín. En el interior del búnker, fueron inspeccionados minuciosamente los restos de sangre que todavía quedaban en el sofá del despacho de Hitler, y en el curso de una segunda excavación en el jardín de la Cancillería del Reich se descubrieron dos fragmentos del cráneo de un hombre, una parte de los cuales mostraba el típico orificio de salida de una bala. De ese modo se pudo comprobar definitivamente lo que los testigos del entorno de Hitler siempre habían dicho: que el dictador se había pegado un tiro. Muy probablemente había roto con los dientes al mismo tiempo una cápsula de cianuro.[203]

Los cadáveres de la familia Goebbels y los restos mortales de Hitler y de Eva Braun habían sido guardados en unas cajas de madera al término de los exámenes forenses y enterrados en la zona de Berlín-Buch. No obstante, fueron exhumados de nuevo y emprendieron una larga peregrinación en compañía de la unidad de la SMERSH que se había apoderado de ellos como de un botín, yendo de parada en parada: primero a Finow, después a Rathenow, luego a Stendal y, por fin, a Magdeburgo, donde en febrero de 1946 fueron enterrados en unos terrenos militares. Allí permanecieron más de dos décadas. Sin embargo, cuando en la primavera de 1970 se decidió que la guarnición de Magdeburgo se retirara y que el solar fuera entregado a la RDA, el director del KGB, Yuri Andrópov, recomendó en una carta al secretario general del partido, Leonid Brézhnev, «desenterrar los restos mortales y acabar con ellos definitivamente por medio de su incineración».[204] El 4 de abril de 1970 unos agentes del KGB abrieron la fosa y confiscaron las cajas de madera o, mejor dicho, lo que quedaba de ellas. El informe final decía: «La destrucción de los restos mortales se llevó a cabo por medio de su incineración en una hoguera. Los restos fueron quemados

por completo, posteriormente triturados, junto con los trozos de carbón, hasta quedar reducidos a cenizas, y finalmente arrojados al río».[205]

El 2 de mayo de 1945 por la noche la BBC dio a conocer una noticia sensacional: el Grupo de Ejércitos C ya había capitulado en el norte de Italia el 29 de abril, pero solo se había sabido ahora. Alrededor de seiscientos mil hombres habían depuesto las armas. Aquella era la primera rendición parcial al término de la Segunda Guerra Mundial y la única que se había acordado aún en vida de Hitler, aunque sin que él tuviera conocimiento de ella. El primer ministro británico Winston Churchill interrumpió una sesión de la Cámara de los Comunes y calificó el acontecimiento de momento histórico. En Washington, el secretario de la Guerra Henry Lewis Stimson anotó en su diario que el espectacular fin de los combates en Italia representaba un «ejemplo abrumador», al que esperaba que siguiera muy pronto la capitulación general.[206]

Previamente se habían mantenido durante meses complejas negociaciones secretas. La iniciativa decisiva había venido de Karl Wolff, antiguo jefe de Estado Mayor de Himmler. En septiembre de 1943 Wolff había sido nombrado «máximo dirigente de la SS y de la policía en Italia»; y en julio de 1944 había sido designado al mismo tiempo «general plenipotenciario de las fuerzas armadas alemanas» en Italia, por lo que, además de las tropas de la policía y de la SS, tenía el control de una parte de las tropas de retaguardia de la Wehrmacht. De ese modo se colocó en una posición clave, al lado del mariscal Albert Kesserling, comandante en jefe del Sudoeste. Como principal responsable de la brutal represión de los partisanos en Italia, a consecuencia de la cual perdieron la vida también miles de civiles que no habían participado en ningún acto, tenía que suponer que, al término de la contienda, iba a ser acusado de crímenes de guerra. El intento que llevó a cabo durante los últimos meses del conflicto de entablar negociaciones con los Aliados en torno a una eventual capitulación parcial del Grupo de Ejércitos C venía dictado, entre otras cosas, por el deseo de escurrir el bulto y librarse de la horca. De hecho, durante los juicios de Núremberg declararía como testigo, pero no llegó a ser acusado.[207]

Con ayuda de intermediarios italianos y suizos, sobre todo del agente de los servicios secretos helvéticos Max Waibel, destinado en Lucerna, logró establecer contacto con el director del OSS (Office of Strategic Services, por sus siglas en inglés, la oficina de los servicios secretos estadounidenses) en Berna: Allen Dulles.[208] Antes de mostrarse dispuesto a recibir a Wolff, Dulles exigió como gesto de buena voluntad la liberación de dos jefes de la resistencia detenidos, Ferruccio Parri y Antonio Usmiani. Una vez que fueron sacados de los calabozos de la SS y trasladados a Suiza, Wolff se reunió por primera vez el 8 de marzo de 1945 con Dulles y su colaborador, Gero von Schultze-Gaevernitz, en Zúrich. Desde el primer momento el general de la SS aseguró que no había venido ni por encargo de Hitler ni de Himmler. Dulles, a su vez, dejó bien claro que la continuación de las conversaciones solo tendría sentido si los alemanes reconocían el principio de rendición incondicional. Wolff se declaró dispuesto a ello y prometió convencer al comandante en jefe Kesselring, que todavía vacilaba.

Es evidente que Dulles quedó impresionado por la personalidad del general alemán: era un caballero y pertenecía al ala moderada de la SS, según comunicó al director del OSS, William Donovan. Había que aprovechar la ocasión, añadía, porque de ese modo se ofrecía la posibilidad de poner fin rápidamente a la guerra en el norte de Italia. Donovan envió a Washington la correspondiente recomendación y Dulles recibió luz verde para continuar los sondeos, que ahora se llevaban a cabo con el nombre en clave de Sunrise (Operación Amanecer).[209]

A continuación, se trasladaron a Suiza el comandante general estadounidense Lyman Lemnitzer, el vicejefe del Estado Mayor del comandante en jefe de los Aliados en Italia (Harold Alexander) y el comandante general británico Terence Airey, director de los servicios secretos del cuartel general de los Aliados. El 19 de marzo, en medio del más absoluto sigilo, tuvo lugar el encuentro de estos con Wolff y Dulles en Ascona, a orillas del lago Maggiore. Era la primera vez en toda la guerra que militares aliados y alemanes se sentaban frente a frente ante una mesa de negociación. Wolff no había hecho el menor intento de «regatear», informó Dulles, sino que había afirmado que o su operación «salía adelante o él caía». Valiéndose de un mapa, expuso ante sus interlocutores cómo se imaginaba los detalles del fin de la guerra en la zona bajo su mando.[210]

Daba, pues, la impresión de que la capitulación en el frente de Italia estaba ya al alcance de la mano, pero luego surgieron una serie de dificultades inesperadas.

El 11 de marzo Hitler retiró a Kesselring de Italia y lo nombró comandante en jefe del territorio del Oeste. Su sucesor, el coronel general Heinrich von Vietinghoff-Scheel, no fue a Italia hasta finales de marzo, y todavía no estaba ni mucho menos claro cuál iba a ser su postura en lo concerniente a los planes de capitulación. A todo esto, habían llegado rumores a oídos de la dirección de la SS en Berlín sobre los viajes de Wolff a Suiza. El 17 de abril Himmler, que por entonces se encontraba en el hospital militar de la SS de Hohenlychen, al norte de Berlín, mandó llamar a Wolff y, en presencia del jefe de la Dirección General de Seguridad del Reich, Ernst Kaltenbrunner, le reprochó las actividades emprendidas en solitario. Es evidente que a Wolff le costó bastante trabajo convencer al Reichsführer de la SS de que sus contactos con Dulles no tenían ni mucho menos como finalidad la rendición del Grupo de Ejércitos C.[211]

El 18 de abril Wolff tuvo también que dar explicaciones a Hitler. El dictador reprochó al general de la SS su comportamiento, rayano en la insubordinación, y rechazó, como siempre, cualquier idea de capitulación. No obstante, permitió a Wolff continuar con sus conversaciones con Dulles, pues veía en ellas un medio de sembrar la discordia en el bando aliado. «Dos meses más», afirmó, «y se producirá la ruptura entre los anglosajones y los rusos, y entonces me uniré al primero que venga a buscarme, me da igual cuál de ellos sea».[212]

El hecho es que las conversaciones secretas en Suiza no condujeron a una ruptura de la unión de los Aliados, pero sí a una grave crisis de confianza entre la Unión Soviética y sus socios occidentales de coalición. Stalin sospechaba de la existencia de un complot angloestadounidense con los alemanes y protestó por ello en un duro telegrama dirigido al presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt el 3 de abril, en el que se oponía a que las potencias occidentales negociaran con el enemigo a sus espaldas: de hecho, decía, los alemanes habían cesado las actividades bélicas en el Frente Occidental, mientras que las habían continuado con todas sus fuerzas contra la Unión Soviética. Roosevelt, que evidentemente se sintió muy molesto por esos reproches, intentó calmarlo: no habían tenido lugar

negociaciones directas, afirmó, sino solo conversaciones no vinculantes, a las que no había que conceder en absoluto un significado político. En cualquier caso, la violenta reacción de Stalin causó tanta inquietud en Washington y Londres que pareció conveniente poner fin a los sondeos iniciados en Suiza. Tras la muerte repentina de Roosevelt el 12 de abril, Churchill acordó con su sucesor, Harry S. Truman, por temor a posibles complicaciones con la Unión Soviética, prohibir a Dulles mantener ulteriores contactos con los negociadores alemanes.[213]

Entretanto, Wolff había logrado convencer al comandante en jefe del Sudoeste, Von Vietinghoff, de la conveniencia del plan de una rendición anticipada del Grupo de Ejércitos C. El 23 de abril se tomó la decisión final; Wolff y el teniente coronel Viktor von Schweinitz (en calidad de apoderado de Von Vietinghoff) se pusieron en camino a Lucerna. Al principio Dulles se negó a reunirse con ellos, pues Washington le había prohibido entablar nuevos contactos. Sin embargo, después de que Waibel, el intermediario suizo, le comunicara que los emisarios alemanes venían provistos de una autorización general para llevar a cabo la capitulación del ejército de Italia, Dulles recurrió al mariscal Alexander y consiguió la derogación de la prohibición de mantener contacto con los alemanes, dictada el 20 de abril. El 27 de ese mismo mes llegó la noticia de que en el cuartel general de los Aliados en Caserta se esperaba la llegada de los negociadores alemanes, Von Schweinitz y el Sturmbannführer de la SS Eugen Wenner (en calidad de delegado plenipotenciario de Wolff). Al día siguiente, los dos militares volaron al sur de Italia y el 29 de abril estamparon su firma, junto a la del general William Morgan, jefe de Estado Mayor de Alexander, en el documento de capitulación. Asistieron también al acto dos oficiales del Estado Mayor General soviético.[214]

«Antes de que diera comienzo la ceremonia, los tinteros y las plumas fueron colocados con minucioso orden sobre la mesa», recordaba Gero von Schultze-Gaevernitz. «Algunos periodistas, que ya habían echado un ojo a las plumas, pues habrían podido convertirse en souvenirs de valor histórico, se sintieron a todas luces decepcionados cuando otro cazador de recuerdos, uno de los jóvenes oficiales encargados de redactar las actas de aquel encuentro, ofreció a los alemanes su propia pluma para que estamparan su firma. [...] Eran las 14.17 cuando el general Morgan puso fin a la

ceremonia. Los alemanes fueron conducidos fuera de la sala, los focos se apagaron. De repente todo quedó oscuro y desierto, como un escenario al término de la representación».[215]

Según el artículo 1 del acta de capitulación, el comandante en jefe del territorio del Sudoeste alemán se declaraba dispuesto a entregar «a todas las fuerzas armadas de tierra, mar y aire subordinadas a su mando o a su control» y a ponerse «a sí mismo y a dichas fuerzas incondicionalmente a disposición del comandante supremo aliado en el escenario bélico del Mediterráneo». El artículo 2 obligaba al comandante en jefe del Sudoeste a cesar «todas las hostilidades por tierra, mar y aire» el 2 de mayo a las 12.00 (hora de Greenwich) y a dar todos los pasos necesarios para ello.[216] Sin embargo, todavía hubo alguna resistencia por parte alemana a la entrada en vigor de la capitulación. El Gauleiter del Tirol, Franz Hofer, no dio su consentimiento e informó por medio de una llamada telefónica a Kesselring acerca de los pasos dados por Wolff y Von Vietinghoff. El mariscal, al que Hitler, en uno de sus últimos actos oficiales, había nombrado comandante en jefe de todas las tropas alemanas del territorio del Sur —y, por tanto, también del Grupo de Ejércitos C—, se mostró indignado, destituyó de sus cargos a Vietinghoff y a su jefe de Estado Mayor, Hans Röttiger, el mismo día 30 de abril y nombró sucesores suyos al general Friedrich Schulz y al teniente general Johann Wetzel. Estos también se vieron obligados a llegar a la conclusión, después de algún que otro tira y afloja, de que cualquier ulterior resistencia por parte del ejército de Italia carecía de sentido. El 1 de mayo por la noche, al oír la noticia de la muerte de Hitler, dejaron de sentirse ligados a su juramento de fidelidad y perdieron todo temor a sufrir represalias. En el curso de una conferencia telefónica de varias horas de duración durante la noche del 1 al 2 de mayo, Wolff consiguió arrancar por fin a Kesselring el beneplácito para la capitulación del Grupo de Ejércitos C.[217]

En un teletipo del 2 de mayo dirigido al gran almirante Dönitz y al OKW, Kesselring asumía la responsabilidad de la rendición en Italia, llevada a cabo a sus espaldas y sin que hubiera dado su consentimiento. Era consciente, decía, de que aquello podía provocar una «gravísima conmoción a todo el frente alemán». Por otra parte, añadía, se abría la posibilidad de conseguir sobre esa misma base las rendiciones parciales de los grupos de

ejércitos existentes en el oeste, «mientras que la lucha contra el bolchevismo no se verá en modo alguno menoscabada, sino que más bien podrá reforzarse».[218] De ese modo Kesselring enlazaba con lo que Dönitz, el 1 de mayo por la noche, había anunciado en su alocución radiofónica y en su orden del día para la Wehrmacht: a ser posible, un cese rápido de las operaciones militares en el oeste y, al mismo tiempo, una continuación de la «lucha contra el bolchevismo». Después de algunas reflexiones iniciales acerca de las posibles repercusiones sobre la disciplina de las tropas de otros frentes, también el gran almirante dio su aprobación a la actuación unilateral de Vietinghoff, pues comprendió que encajaba con la idea que él mismo tenía del fin de la guerra.[219]

El 2 de mayo por la mañana, cerca de las 10.30, Dönitz invitó a Schwerin von Krosigk, al que no hacía nada que había confiado el cargo de ministro de Asuntos Exteriores, y a su jefe de gabinete, que acababa de recibir asimismo su nombramiento, Paul Wegener, Gauleiter de Weser-Ems y comisario superior de Defensa del Reich para Alemania del Norte, a celebrar un debate a fondo en el acuartelamiento de Plön, sede provisional del Gobierno. Se empezó por un panorama general de la situación reinante en los distintos escenarios bélicos. Ya no existían frentes cohesionados. Los territorios defendidos todavía por la Wehrmacht iban reduciéndose sin cesar. En Prusia oriental estaban todavía en manos alemanas la península de Curlandia y una estrecha franja costera en la desembocadura del Vístula. En Curlandia seguía aguantando firme un cuerpo de ejércitos; podía, sin embargo, verse ya el final, pues no era posible abastecer la zona de municiones y de combustible. «La catástrofe final se anuncia como el bramido sordo de un derrumbamiento. Pero el trabajo y el servicio continúan. Se construyen búnkeres, como si no fuera a pasar nada de inmediato», escribió en su diario un soldado destacado en Windau (la actual Puchałowo, en Polonia).[220] En Pomerania Anterior y Mecklemburgo, el Grupo de Ejércitos del Vístula se encontraba en plena desintegración. Los restos de este que aún quedaban al sur, correspondientes al IX Ejército, al mando del general Busse, y del XII Ejército, al mando del general Wenck, intentaban no quedar rodeados y escabullirse hacia el oeste cruzando el Elba. En el noroeste de Alemania todavía no habían sido ocupadas ni Frisia

oriental ni Schleswig-Holstein, pero los británicos ya habían construido una cabeza de puente al otro lado del Elba cerca de Lauemburgo y estaban a punto de avanzar hacia el norte.

En el norte de Italia el Grupo de Ejércitos C había capitulado. Por consiguiente, el Grupo de Ejércitos G, al mando del general Schulz, que enlazaba con dichas fuerzas por el norte, no podía seguir manteniendo su posición. La mayor parte del territorio austriaco, la Marca Oriental, era defendida por el Grupo de Ejércitos Sur, al mando del general Rendulic. Todavía mantenía también su posición en el Protectorado de Bohemia y Moravia el Grupo de Ejércitos Centro, comandado por el mariscal Schörner, mientras que el Grupo de Ejércitos E, destacado en los Balcanes, al mando del coronel general Löhr, se hallaba en franca retirada. Una buena parte de los Países Bajos, así como Dinamarca y Noruega, seguían ocupadas por tropas alemanas, al igual que algunos puestos avanzados como los puertos del golfo de Vizcaya, Dunkerque y las islas del Canal.[221]

«La situación militar es desesperada», puso en acta Walter Lüdde-Neurath, ayudante de campo personal de Dönitz. Pero el gran almirante seguía rechazando la idea de una «capitulación general sin condiciones», pues «de ese modo, millones de soldados y civiles alemanes serían puestos de golpe en manos de los rusos». El objetivo debía ser, por tanto, «una capitulación solo en el oeste». Sin embargo, como debido a los pactos políticos acordados entre los Aliados no estaba al alcance de la mano llegar a esa solución «por la vía oficial por medio de las instancias más altas», habría que intentar conseguirla «por medio de actuaciones parciales, por ejemplo, tomando como base los Grupos de Ejércitos». En el este la lucha debía continuar «por todos los medios», con el fin de «salvar a la mayor cantidad posible de alemanes de la aniquilación a manos del bolchevismo».[222] En consecuencia, se dio al Grupo de Ejércitos del Vístula la orden de seguir adelante con los combates, para que el grueso de sus fuerzas pudiera retirarse al territorio en manos de los ingleses y los estadounidenses. El mariscal Busch, comandante en jefe del Noroeste, por el contrario, recibió la orden de combatir «de forma continuada», con el fin de ganar tiempo para entablar posibles negociaciones con los ingleses.[223]

Ese mismo día, Schwerin von Krosigk se dirigió a la opinión pública alemana en una alocución radiofónica. Justo al principio habló en ella de un «telón de acero», que con el avance del Ejército Rojo estaba cada vez más

cerca y «tras el cual, lejos de la vista del mundo, sigue adelante la aniquilación de las personas que han caído en manos de los bolcheviques».[224] El nuevo ministro de Asuntos Exteriores volvía a utilizar de ese modo una expresión que el ministro de Propaganda e Información Goebbels ya había empleado en un artículo de fondo del semanario *Das Reich* de febrero de 1945 como reacción ante la Conferencia de Yalta: en caso de que se produjera una rendición de Alemania, sobre el territorio ocupado por la Unión Soviética «se abatiría de inmediato un telón de acero, tras el cual daría comienzo la matanza en masa de los pueblos».[225] El 12 de mayo de 1945, unos días después de la rendición incondicional de la Wehrmacht, también Churchill volvería a usar la expresión en un telegrama dirigido al presidente Truman: «An iron curtain is drawn down upon their front. We do not know what is going on behind».[226]

Schwerin von Krosigk no dedicó ni un solo pensamiento a los crímenes que la SS y la Wehrmacht habían cometido tanto en los territorios ocupados de Polonia y la Unión Soviética como en Grecia, en los Balcanes, en Italia y en otros países. Por el contrario, los alemanes eran ampulosamente presentados como las verdaderas víctimas de la guerra: «Los alemanes hemos sido, entre todos los pueblos de la tierra, los que con más fuerza hemos experimentado lo que ha significado la guerra para la aniquilación de toda la cultura. Nuestras ciudades han sido destruidas, nuestros monumentos de Dresde y de Núremberg, de Colonia y de Bayreuth, así como de otras ciudades alemanas famosas por sus creaciones intelectuales, yacen en ruinas, nuestras catedrales han sido bombardeadas. Cientos de miles de mujeres y niños han sido aniquilados por la furia de la guerra, mientras que millones de varones adultos y jóvenes alemanes han caído en los distintos frentes». Como hiciera ya Dönitz en su alocución del 1 de mayo, también Schwerin von Krosigk recurrió al fantasma aterrador de una «Europa bolchevique»: «El mundo solo puede ser pacificado si la ola bolchevique no inunda Europa. Durante cuatro años Alemania ha constituido el baluarte de Europa, y al mismo tiempo del mundo entero, contra la marea roja, al combatir hasta el límite de sus fuerzas en una lucha heroica sin parangón. Habría podido salvar a Europa del bolchevismo, si hubiera tenido las espaldas bien cubiertas».[227] Aquella era una invitación apenas velada a las potencias occidentales para que cambiaran de bando y

se volvieran contra la Unión Soviética para ponerse al lado de la Alemania vencida.

El 2 de mayo por la tarde se supo en Plön que, lanzado al ataque, el XXI Ejército del mariscal Bernard Law Montgomery había rebasado la cabeza de puente de Lauemburgo y había avanzado ya hasta Lübeck. Al mismo tiempo, algunas unidades estadounidenses habían cruzado el Elba un poco más al sur y habían llegado hasta el mar Báltico, a la altura de Wismar, sin encontrar ninguna resistencia digna de mención. «De ese modo se cierra la última puerta que posibilitaba la salida de los soldados alemanes del territorio de Mecklemburgo y Pomerania y su entrada en nuestra propia zona de influencia», decía el acta del informe de situación tras la reunión celebrada a las 16.00.[228] De todo ello Dönitz y sus asesores sacaron dos conclusiones: por un lado, decidieron trasladar su cuartel general a Flensburgo, pues los tanques ingleses podían llegar a Plön desde Lübeck en apenas una hora. Por otro, había que modificar el plan ya discutido esa misma mañana, consistente en entablar negociaciones con Montgomery acerca de una capitulación parcial en el territorio del Noroeste. Como negociador se acordó recurrir al almirante Hans-Georg von Friedeburg, al que Dönitz había nombrado su sucesor como comandante en jefe de la Marina de Guerra.

Hacia las 21.00, Dönitz se reunió de camino hacia el norte con Von Friedeburg en la Levensauer Hochbrücke, el viaducto sobre el canal del Káiser Guillermo, en las inmediaciones de Kiel, y le dio instrucciones para las negociaciones con Montgomery: «Hágase todo lo que fuere necesario por salvar de la bolchevización y la esclavización al mayor número posible de soldados alemanes y de ciudadanos europeos. A partir de ahí, retorno del Grupo de Ejércitos del Vístula al territorio ocupado por los anglosajones. ¡Mucho cuidado! Debe protegerse a los hombres congregados en el territorio Schleswig-Holstein del aniquilamiento y de la muerte por inanición. Suminístrese material sanitario a todo ese territorio. ¡Mucho cuidado! Han de protegerse los grandes centros de la zona de la destrucción que los bombardeos puedan ocasionar. Además, hágase todo lo que fuere necesario por alcanzar un acuerdo para proteger la Europa central y la septentrional de más caos».[229]

Durante la noche del 2 al 3 de mayo Dönitz, Schwerin von Krosigk y Lüdde-Neurath llegaron a Flensburgo en su limusina acorazada de la casa

Mercedes. Encontraron alojamiento en el vapor de pasajeros Patria, reconvertido en vivienda. Al día siguiente establecieron su cuartel general en el edificio de la academia naval de Flensburgo-Mürwik, que el capitán de la armada Wolfgang Lüth había dotado de lo más imprescindible con una pasmosa rapidez.[230] Aquella sería la sede del Gobierno Dönitz hasta la detención de todos sus miembros el 23 de mayo.

Fred Schneikert, originario de Wisconsin, oficial al mando de una unidad de defensa antitanque de la 44.ª División de Infantería estadounidense, que operaba en la zona fronteriza entre Baviera y Austria, quedó muy sorprendido cuando el 2 de mayo por la mañana se le acercó un alemán montado en una bicicleta que se presentó como Magnus Braun y afirmó que más arriba, en Oberjoch, se encontraban los inventores del misil V-2, los cuales deseaban hablar con el general Dwight D. Eisenhower. El hombre fue conducido a Reutte, en el Tirol, sede del cuartel general del Counter Intelligence Corps (CIC), el servicio de contraespionaje del ejército estadounidense. Al término de un breve interrogatorio, el teniente Charles Stewart le extendió los salvoconductos necesarios y ordenó al emisario que volviera por donde había venido y recogiera a los individuos que supuestamente se encontraban alojados en lo alto de la montaña.[231]

En abril de 1945 el equipo de expertos en misiles del Centro de Investigaciones Militares de Peenemünde, a la cabeza del cual estaban Walter Dornberger y Wernher von Braun, fue trasladado a Oberammergau. Los científicos pasaron los últimos días de la guerra cómodamente instalados en el hotel Ingeburg, en Oberjoch, y allí escucharon por la radio el 1 de mayo la noticia de la muerte de Hitler. A continuación, Dornberger y Von Braun decidieron entregarse a los estadounidenses, convencidos de que sus conocimientos resultarían con toda probabilidad de gran interés para el ejército estadounidense. Se encargó la misión a Magnus, el hermano de Wernher von Braun, porque era el que mejor sabía hablar inglés. Cuando el emisario regresó hacia las dos de la tarde, los demás recogieron sus cosas y bajaron en coche al llano por la empinada carretera de montaña. Unos soldados estadounidenses los acompañaron a una villa de recreo en Reutte, donde los recibió el teniente Stewart, que mandó que les sirvieran una

frugal colación. A la mañana siguiente, fueron presentados a la prensa. Agradablemente sorprendido por el amable trato que se les había dispensado, Wernher von Braun no dudó en posar para que le hicieran unas cuantas fotos de recuerdo luciendo una aparatosa escayola (unas semanas antes se había roto el hombro y un brazo en un accidente de automóvil).

No había esperado que los estadounidenses lo «trataran como un criminal de guerra», declaró Von Braun en 1950 en una entrevista concedida en Estados Unidos. «No, era lógico. La V2 era algo que nosotros teníamos y ellos no. Naturalmente, querían saberlo todo sobre ella».[232] Y el constructor de misiles alemán puso gustosamente a su disposición esos conocimientos. Desde el primer momento Von Braun desempeñó a la perfección el papel del científico apolítico, que pretendía no haber tenido nada que ver con el nacionalsocialismo y sus crímenes en masa. Pero, desde luego, ni por asomo tenía las manos tan limpias como quería hacer creer al público y a sí mismo.

El experto en misiles Wernher von Braun (con el brazo escayolado) y el director del Centro de Investigaciones Militares de Peenemünde, Walter Dornberger (en primer plano a la izquierda), se entregan a los estadounidenses el 2 de mayo de 1945. akg-images, Berlín

Wernher von Braun, nacido en 1912 en Wirsitz, en la provincia de Posen (Posnania), se había criado en el seno de una familia noble en un ambiente nacionalista.[233] Su padre, el barón Magnus von Braun, era un hacendado que había sido ministro de Agricultura en el «gabinete de los barones» presidido por el canciller del Reich Franz von Papen, el predecesor de Hitler que contribuyó de manera decisiva a la destrucción de la República de Weimar. Ya en sus años jóvenes Wernher mostró interés por todo lo relacionado con la técnica de los misiles. Antes de empezar a estudiar en la Escuela Técnica Superior de Berlín en 1930, ingresó en el Verein für Raumschifffahrt («Asociación para la Navegación Espacial») y empezó a realizar, junto con otras jóvenes lumbreras, los primeros experimentos con misiles pequeños, propulsados con gasolina y oxígeno líquido. En 1932, ya

a los veinte años, fue nombrado colaborador del programa de misiles del departamento de Armamento del Ejército. Los experimentos se realizaron al principio en los terrenos del Centro de Investigaciones de Kummersdorf, al sur de Berlín, y, a partir de 1936, en Peenemünde, en la isla de Usedom, en el Báltico.

Gracias a sus dotes como técnico y como gestor, Von Braun ascendió rápidamente. En mayo de 1937 fue nombrado director técnico del Heeresversuchsanstalt (HVA, «Centro de Investigaciones Militares», CIM) de Peenemünde. Ese mismo año solicitó el ingreso en la NSDAP. En 1940 entró también en la SS; tres años después Himmler lo ascendió a Sturmbannführer. Entre sus cometidos más importantes estaba el desarrollo de un misil balístico. En octubre de 1942 se probó por primera vez con éxito la A4, después conocida con el nombre de V2, esto es, Vergeltungswaffe («arma de represalia»), que sería usada contra los Aliados. En una visita de Von Braun y de su superior directo, Walter Dornberger, director del HVA, al cuartel general del Führer en la «Guarida del Lobo» en julio de 1943, Hitler se mostró entusiasmado por las posibilidades de la nueva «arma prodigiosa» y a sus treinta y un años concedió al joven el título de Professor, tratamiento que Von Braun todavía estaba encantado de que se le diera en la década de 1950.

Durante la noche del 17 al 18 de agosto de 1943 la Royal Air Force británica bombardeó Peenemünde, lo que provocó importantes destrozos. Como consecuencia, la producción en serie fue trasladada a una galería subterránea en el Harz meridional, en el Kohnstein, cerca de Nordhausen. Fue allí donde los prisioneros del campo de concentración de Mittelbau-Dora fueron obligados a montar los misiles V2 en unas durísimas condiciones. Von Braun visitó varias veces el Mittelwerk,(17) que era el nombre en clave del lugar, y participó también en varias reuniones en las que se trató la cuestión del empleo de mano de obra esclava. Cuando después de 1945 fingió que nunca había sabido nada de la espantosa suerte de los trabajadores forzosos, sus palabras no fueron más que una mera argucia para protegerse.

Se calcula que entre dieciséis mil y dos mil prisioneros —según los cálculos más moderados— perdieron la vida en el complejo de campos de concentración de Mittelbau-Dora. Fueron fabricados en él cerca de seis mil

misiles V2, de los que se lanzaron poco más de la mitad, la mayoría de ellos contra Londres y la ciudad portuaria de Amberes. En Inglaterra los V2 mataron a casi tres mil personas, y el número de víctimas en Bélgica fue, como mínimo, igual de elevado.[234]

Sin embargo, los estadounidenses no mostraron ni el más mínimo interés en saber el precio pagado por el ambicioso programa de misiles de Peenemünde, por alto que este hubiera sido. Lo que a ellos les importaba en primera instancia era aprovechar los conocimientos sobre una futura tecnología muy relevante desde el punto de vista militar. Y los especialistas en el diseño y construcción de misiles no eran los únicos técnicos de los que tenían la intención de apoderarse. Ya en julio de 1944, tras la invasión de Normandía por los Aliados, el Alto Mando estadounidense creó las llamadas Target-Forces, pequeñas unidades que operaban independientemente unas de otras y que tenían la misión de localizar objetos importantes, poner bajo custodia a los científicos y técnicos que habían participado en su fabricación y llevárselos a Estados Unidos. Una vez cruzado el Rin a finales de marzo de 1945 y tras la ocupación de una gran parte de la Alemania del oeste y del centro, la caza pudo comenzar. La empresa recibiría el nombre en clave de Operación Overcast. Numerosos expertos fueron sacados de Sajonia y Turingia, ocupadas ya de forma provisional, esto es, de territorios que serían considerados zona de ocupación soviética, para que los rusos no pudieran apropiarse de sus capacidades ni de sus conocimientos. En total, en el marco de la Operación Overcast y de su ampliación en marzo de 1946, la Operación Paperclip, hasta 1952 fueron «importados» a Estados Unidos seiscientos cuarenta y dos especialistas alemanes y austriacos.[235]

Ya en septiembre de 1945 Wernher von Braun pudo reunirse con su equipo en Fort Bliss, Texas. «Mi país ha perdido dos guerras mundiales. Esta vez me gustaría estar del lado de los vencedores», declaró.[236] Logró llevar a cabo el cambio de chaqueta sin dificultades. Durante la década de 1950 ejerció como director técnico del Centro Espacial y de Cohetes de Huntsville, Alabama. En 1960 ascendió a principal experto de la Administración Nacional de Aeronáutica y el Espacio estadounidense, la NASA. Bajo su responsabilidad se desarrolló el gigantesco cohete Saturno V para el programa lunar Apolo. Con el éxito del alunizaje de los primeros

estadounidenses el 20 de julio de 1969 Von Braun alcanzó la cima de su celebridad. Su fama de constructor genial de cohetes y de padre de la navegación espacial no empezaría a palidecer hasta mucho después de su muerte en 1973, cuando durante la década de 1990 algunos historiadores críticos se pusieran a examinar con lupa cuál había sido exactamente su papel en tiempos del nacionalsocialismo.

«Frío espantoso, nieve en los campos y en los tejados. Y sigue nevando. Esto y la luz, que constantemente se está yendo, hacen que la vida sea más que incómoda. Sin embargo, predomina la sensación de que estamos salvados». Así escribió en su diario Victor Klemperer el 2 de mayo de 1945 por la mañana en una pequeña buhardilla de Unterbernbach, donde había encontrado refugio junto con su mujer.[237] Nacido en 1881, este profesor de filología románica de la Escuela Técnica Superior de Dresde fue desposeído de su cátedra, al igual que todos sus colegas judíos, tras la toma del poder por los nacionalsocialistas, viéndose obligado a sumirse poco a poco en el aislamiento social. En mayo de 1940, su esposa y él habían tenido que abandonar su domicilio de Dresde-Dölzschen y mudarse a una de las «casas de judíos», donde la pareja pasó los años de la guerra junto con sus compañeros de infortunio alternando a diario los sentimientos de esperanza y de angustia con el miedo constante a las redadas y las deportaciones. Klemperer tuvo que agradecer su supervivencia a una circunstancia excepcional: desde 1906 estaba casado con una mujer no judía, la pianista Eva Schlemmer, por lo que pertenecía al grupo de los denominados «matrimonios mixtos», que no eran deportados. Su esposa permaneció a su lado incluso en aquella situación de extrema dificultad y también fue ella la que asumió el riesgo de sacar de su casa a intervalos regulares los diarios de su marido y llevarlos al domicilio de una amiga médica en Pirna, donde permanecieron guardados en una maleta sin que nadie los descubriera. Los diarios no fueron publicados hasta 1995. No hay documento que dé un testimonio más directo de la suerte que corrieron los judíos de Alemania entre 1933 y 1945: desde la privación de todos sus derechos y la marginación social hasta la deportación y el exterminio.[238]

El 13 y el 14 de febrero de 1945 Dresde, que hasta entonces había logrado librarse de la desgracia, quedó gravemente destruida a

consecuencia de los bombardeos de los Aliados. Alrededor de veinticinco mil personas hallaron la muerte en ellos. Para los Klemperer, sin embargo, aquel infierno supuso la salvación. En medio del caos generalizado, decidieron huir. Victor se arrancó la estrella amarilla del abrigo y comenzó una verdadera odisea, que acabó por conducirlos el 12 de abril hasta la aldea de Unterbernbach, en Baviera, cerca de Aichach. Por el camino, la pareja pudo constatar cómo la gente se apartaba del nacionalsocialismo y de su Führer, al que todos habían mostrado crédulamente su adhesión durante tanto tiempo. El «optimismo de la victoria final» había «prácticamente enmudecido» y por doquier podían oírse «hondos suspiros»: «¡Ojalá no tarden en llegar los estadounidenses!», anotó en su diario Victor Klemperer en Múnich a primeros de abril, durante una etapa intermedia de su viaje. En Pfaffenhofen notó que la gente tampoco saludaba ya con el habitual «Heil Hitler!»: «Todos dicen, como también decían en Múnich, "Grüss Gott"(18) y "Auf Wiedersehen"».[239]

A finales de abril de 1945, todavía antes de la llegada de los estadounidenses, Flamensbeck, alcalde y Ortsbauernführer(19) de Unterbernbach, en casa del cual se alojaron al principio los Klemperer, mandó quitar de la fachada del ayuntamiento la esvástica que había lucido hasta ese momento. Lo mismo ocurrió en otros lugares del Tercer Reich en pleno desmoronamiento. Por doquier desaparecieron de los despachos y de los domicilios particulares los retratos de Hitler, todo el mundo retiró de sus estanterías los ejemplares de *Mi lucha*, y quemó uniformes e insignias del partido y banderas con la cruz gamada. «¿Cuántas veces habrá que cambiar de chaqueta según sople el viento? ¿Hasta qué punto se puede confiar?», se preguntaba Victor Klemperer el 1 de mayo. «Aquí todos fueron siempre enemigos del partido. Pero, si de verdad lo hubieran sido siempre…». Y unos días más tarde afirmaba que le resultaba «cada vez más enigmático» cómo Hitler había podido imponerse sobre todo el mundo: «Aquí muchos hacen ahora, por ejemplo, en casa de Flamensbeck, como si el hitlerianismo hubiera sido esencialmente una cosa prusiana, militarista, contraria al catolicismo y a Baviera».[240] Sin embargo, Klemperer se acordaba muy bien de que Múnich había sido el lugar del que el movimiento nacionalsocialista había partido y en el que Hitler había celebrado sus primeros triunfos.

El 2 de mayo, a primera hora de la tarde, Klemperer fue dando un paseo hasta Kühbach, a unos cuatro kilómetros de distancia de Unterbernbach, a hacer unos recados. En la plaza de la iglesia se encontró por primera vez con unos estadounidenses, pertenecientes a una columna del servicio de reparaciones: «Soldados de color, mejor dicho, negros vestidos con pantalones y chaquetas del color de la tierra, de un gris verdoso indefinible, todos con el casco calado, andaban de aquí para allá trabajando. Los niños del pueblo estaban por allí en medio mirando. Luego vi también a algunos soldados rubios vestidos con chaquetas oscuras de cuero. El revólver atado al cinto, el fusil [...] al hombro atado con una correa». Una joven alemana le contó que los soldados habían dejado vacías las tiendas, aunque, por lo demás, se habían comportado «de manera del todo decente». «¿Los negros también?», preguntó Klemperer. «"Esoo son mah amableh que los otros", respondió en bávaro. No había nada que temer». Dos señoras mayores, con las que entabló conversación, le confirmaron esa misma impresión. «Lo que se había dicho de la crueldad de aquel enemigo no eran más que "habladurías", no eran más que "calumnias"». Klemperer comentó: «¡Menuda ilustración del pueblo!».[241]

Muchos otros dan testimonio de experiencias parecidas en su primer encuentro con los estadounidenses.[242] Evidentemente, el escenario de terror pintado por la propaganda de Goebbels, según el cual la «plutocracia judía» de Occidente perseguía también el exterminio del pueblo alemán, no había surtido efecto en muchos alemanes. Y a quienes, de todas formas, lo habían tomado por la pura verdad, la realidad no tardaría en desengañarlos. Ursula von Kardorff, que vivió la entrada de los estadounidenses en Jettingen, una aldea de Suabia, a finales de abril de 1945, anotó en su diario: «Los soldados estadounidenses son amables. De vez en cuando alguno echa una ojeada por encima de la valla para vernos. Nos gusta charlar con ellos. [...] Llevan encima chocolate y hablamos de política —en un inglés terriblemente malo— con tanta objetividad como podemos».[243]

3 DE MAYO DE 1945

El 3 de mayo de 1945 por la mañana en el cuartel general de Dönitz en Flensburgo-Mürwik reinaba un gran nerviosismo. Durante la noche se habían recibido varios comunicados que decían que las tropas inglesas continuaban su avance de forma acelerada por el norte de Alemania. El gran almirante temía que no tardaran en llegar a Flensburgo y que lo detuvieran de inmediato junto con sus colaboradores. Por ello a las 04.00 hizo pública la orden de defender el canal del Káiser Guillermo como última línea de resistencia «todo el tiempo que sea posible utilizando cualquier medio, con el fin de asegurar la libertad de movimientos y de acción del Gobierno». [244] A lo largo de la mañana, sin embargo, se dio el toque del cese de alarma. Era evidente que los Aliados no tenían previsto todavía ocupar el enclave de Flensburgo, mientras el Gobierno Dönitz se mostrara dispuesto a negociar con ellos la capitulación de la Wehrmacht.

Después de enviar al general almirante Von Friedeburg al cuartel general de Montgomery con el encargo de ofrecer la capitulación parcial de toda la zona correspondiente al norte de Alemania, Dönitz ordenó a las autoridades civiles y militares de los territorios ocupados todavía por tropas alemanas que vinieran a verlo. Desde Praga llegaron en avión el ministro sin cartera para Bohemia y Moravia, Karl Hermann Frank, y el teniente general Oldwig von Natzmer, jefe del Estado Mayor del Grupo de Ejércitos Centro. El político Karl Frank, alemán de los Sudetes, nacido en Karlsbad (la actual Karlovy Vary), había sido nombrado en marzo de 1939, tras la ocupación del llamado «Resto de Chequia», secretario de Estado del Protectorado del Reich para Bohemia y Moravia, el barón Konstantin von Neurath. Al mismo tiempo desempeñaba la función de máxima autoridad de la SS y de la policía de Bohemia y Moravia. Entre otras cosas, fue el responsable de las orgías de venganza que la población checa sufrió a finales de mayo de 1942

a manos de la Gestapo y la SS tras el éxito del atentado del que fue objeto Reinhard Heydrich, director de la Jefatura Superior de Seguridad del Reich y presidente en funciones del Protectorado. La localidad de Lídice se convirtió en símbolo del terror: los ciento noventa y seis habitantes varones del pueblo fueron fusilados, las mujeres fueron enviadas al campo de concentración de Ravensbrück y la mayoría de los noventa y ocho niños de la aldea fueron asesinados en Chelmno; la propia Lídice fue totalmente destruida y arrasada.[245]

Desde Noruega acudieron el comisario del Reich Josef Terboven y el comandante en jefe de la Wehrmacht en Noruega, Franz Böhme. Este último, austriaco de nacimiento, fue responsable, en su calidad de general al mando de las fuerzas armadas en Serbia, de perpetrar en 1941 numerosas matanzas entre la población civil, empezando por el asesinato de miles de varones judíos, así como gitanos sinti y romaníes.[246] Terboven, nacionalsocialista de primera hora, que antes de la guerra había sido Gauleiter de Essen y presidente de la provincia del Rin, había sido nombrado en abril de 1940, tras la ocupación de Noruega, comisario del Reich de dicho país. Ejerció en él el verdadero poder, mientras que el presidente del Gobierno, Vidkun Quisling, no era más que un títere en manos de las fuerzas de ocupación alemanas. Terboven gestionó con gran energía la explotación económica del país y procedió con rigurosísima dureza contra cualquier tipo de resistencia por parte de la población noruega.[247]

De Copenhague vinieron Werner Best y el coronel general Georg Lindemann. Best, doctor en jurisprudencia originario de Hesse, había hecho una carrera vertiginosa a partir de 1933 y había ascendido hasta convertirse en el tercer personaje más importante en el aparato de terror y de seguridad de la SS, solo por detrás de Himmler y Heydrich. A raíz de sus desavenencias con Heydrich, en 1940 se trasladó a Francia como jefe de la administración militar, antes de tomar posesión del cargo de plenipotenciario del Reich en Dinamarca en noviembre de 1942. A diferencia de lo que hizo Terboven en Noruega, Best tuvo una actuación moderada. Se esforzó por aplicar lo menos posible las medidas más duras de la política de ocupación y por hacer de Dinamarca una especie de modelo de nuevo ordenamiento de Europa bajo el dominio

nacionalsocialista que se pretendía instaurar. Cuando, a partir de 1943, surgió también un movimiento de resistencia entre la población danesa y aumentó el número de huelgas y de actos de sabotaje, Best no dudó en adoptar unos procedimientos más enérgicos, sin ceder a la exigencia de Hitler de responder con un «contraterror» brutal a cualquier ataque contra un soldado alemán. Durante los últimos meses de la guerra, el plenipotenciario del Reich se ocupó sobre todo de albergar en alojamientos provisionales a las decenas de millares de refugiados de Prusia oriental y de Pomerania que entraban en el país.[248]

De los Países Bajos llegó Arthur Seyss-Inquart, que tuvo que hacer el trayecto en una lancha torpedera porque las comunicaciones por tierra con el norte de Alemania ya habían quedado interrumpidas. Seyss-Inquart, erudito jurista e hijo de un profesor de instituto, ya había desempeñado un papel decisivo en la «Anexión» [*Anschluss*] de Austria en marzo de 1938. En su calidad de Reichsstatthalter («gobernador del Reich») de la «Marca del Este» y lugarteniente del gobernador general Hans Frank en Polonia desde octubre de 1939, había participado en el endurecimiento de la persecución de los judíos, antes de que en mayo de 1940 Hitler lo nombrara comisario del Reich en los territorios ocupados de Holanda. Allí puso de manifiesto sus cualidades como burócrata eficiente y sanguinario, responsable de la represión de todo tipo de resistencia utilizando medidas draconianas, de la deportación despiadada de los judíos neerlandeses a los campos de exterminio y del envío a Alemania de cientos de miles de hombres y mujeres como mano de obra esclava. El hecho de que Hitler pensara en él en su testamento para que ocupara el puesto de ministro de Asuntos Exteriores demuestra hasta qué punto la total carencia de escrúpulos de su forma de gobernar encajaba con las intenciones del dictador.[249]

Las conversaciones mantenidas el 3 de mayo tuvieron lugar por separado y por territorios y, aparte de Dönitz, participaron en ellas Schwerin von Krosigk y Wegener, así como los jefes del OKW, Keitel y Jodl, y en algunos casos también Speer y Himmler. El comienzo lo marcó a las 09.30 la deliberación en torno a la «cuestión bohemia». El ministro sin cartera Frank informó de que el Protectorado del Reich estaba «en vísperas de una revolución». A la larga sería imposible «tanto militar como políticamente

retener [el territorio]». Con el fin de calmar las aguas, Praga debía ser declarada «ciudad abierta». Frank propuso, además, entrar en contacto con los círculos burgueses checos, que, al parecer, estaban interesados en que su patria no fuera liberada por los rusos, sino por los estadounidenses. Junto con ellos había que intentar ofrecer al general Eisenhower la capitulación parcial del Grupo de Ejércitos Centro e instarlo a ocupar el país. Ni Dönitz ni Schwerin von Krosigk creyeron en las posibilidades de éxito de semejante operación, pues suponían que los Aliados habían llegado hacía bastante tiempo a un acuerdo en lo concerniente al futuro de Checoslovaquia. No obstante, encargaron a Frank sondear el terreno y, si fuera posible, enviar un representante alemán y otro checo a entrevistarse con Eisenhower.

Se desató una controversia en torno a la cuestión de si el Gobierno Dönitz debía refugiarse en el Protectorado para evitar su posible detención a manos de los ingleses. Keitel, Jodl y Himmler así lo aconsejaban, sobre todo porque el teniente general Von Natzmer aseguraba que el Grupo de Ejércitos Centro habría podido seguir defendiéndose dos semanas más. Dönitz, sin embargo, rechazó la propuesta porque, según dijo, no podría gobernar desde el extranjero y, además, la situación política en Bohemia era demasiado insegura.[250]

A las 11.00 comenzó la reunión acerca de las condiciones existentes en los países escandinavos. Terboven calificó la situación política en Noruega de todavía «favorable» de momento, pues «el afán de todos» era «salir sanos y salvos del esperado hundimiento de Alemania y del inminente final de la guerra». De la misma opinión se mostró Best en lo referente a Dinamarca. Tampoco allí cabía contar con una insurrección, «a pesar del fuerte movimiento en pro de la liberación». En lo concerniente a la situación militar, los dos altos mandos de la Wehrmacht, Böhme y Lindemann, se mostraron optimistas. La fuerza y la voluntad de combate de las tropas eran inquebrantables. «Así que véngase al norte de Schleswig, señor gran almirante, para que cerremos el cuello de botella y podamos librar allí el último combate de la guerra con dignidad», parece que llegó incluso a exclamar Lindemann. Schwerin von Krosigk no fue el único en manifestarse en contra de la propuesta de buscar un «naufragio heroico» en un último combate, sino que también lo hizo Best. En tal caso, argumentó este último, se provocaría una gran insurrección de los integrantes de la

resistencia danesa, a merced de la cual quedarían casi desprotegidos los numerosos refugiados que había en el país. Dönitz dictó la orden correspondiente a ambos territorios ocupados: «Mantener la calma y el orden, pues de la agitación interna lo único que pueden venir son desventajas para nosotros. Actuar con fuerza y con energía, pero en casos concretos estar dispuestos a hacer concesiones».[251]

Por la tarde, sobre las 15.30, se abordó finalmente otro de los temas del orden del día, la «cuestión holandesa». Ya en el mes de abril, Seyss-Inquart había entablado negociaciones con el jefe del Estado Mayor General de Eisenhower, el general Walter Bedell Smith, con el fin de mejorar el catastrófico abastecimiento de productos alimenticios que sufría la población de los Países Bajos.[252] El comisario del Reich comunicó que las negociaciones se habían «desarrollado satisfactoriamente [...] pues todas las partes tenían interés en una transición ordenada». En lo referente a una posible capitulación parcial, sin embargo, Seyss-Inquart se mostró escéptico, ya que el compromiso mutuo contraído por los Aliados de conseguir una capitulación total se consideraba todavía vinculante. No obstante, los sondeos debían continuar. De paso Dönitz dio a Seyss-Inquart la orden de cumplir la «misión de combate» que le había sido encomendada hasta la conclusión de un armisticio, aunque absteniéndose de llevar a cabo la destrucción y la inundación de toda la región mediante la voladura de los diques. «Una transición honrosa nos permite conservar todavía algo de crédito».[253] Seyss-Inquart ya no pudo cumplir ese encargo, pues su barco no pudo zarpar debido al mal tiempo. El 7 de mayo fue detenido por la policía militar británica en Hamburgo cuando intentaba llegar a los Países Bajos por tierra.[254]

El día 3 de mayo a última hora de la tarde tuvo lugar en la Academia de Marina de Flensburgo-Mürwik un episodio memorable, aunque sin trascendencia. Himmler apareció por sorpresa acompañado del jefe del Servicio de Seguridad en el Extranjero,(20) el SS-Brigadeführer Walter Schellenberg, y presentó a Dönitz la propuesta de ofrecer al Gobierno sueco la capitulación de las tropas de ocupación alemanas en Noruega. En vez de ser encarcelados por los Aliados, los soldados alemanes habrían podido trasladarse a Suecia, para ser internados en ese país. Resultó que Schellenberg ya había entablado contacto con las autoridades suecas.

Dönitz, sin embargo, dudaba de que semejante acción tuviera sentido: «¿Cómo íbamos a poder intentar nosotros, dada nuestra situación de impotencia, "hacer la jugarreta" a los Aliados de no ofrecer la capitulación de Noruega a ellos, sino a un país neutral?». No obstante, por consejo de Schwerin von Krosigk, se manifestó de acuerdo con la idea de que Schellenberg siguiera adelante con sus sondeos en Suecia, pero sin darle autorización plena para concluir ningún acuerdo. La misión de Schellenberg no tuvo resultado alguno, pues no tardó en verse superada por el curso de los acontecimientos.[255]

También el 3 de mayo la emisora nacional de Flensburgo retransmitió un discurso de Speer, una parte esencial del cual ya se había grabado el 21 de abril durante una visita del Gauleiter de Hamburgo, Karl Kaufmann, en cierta medida para guardarse las espaldas en el momento en el que Hitler ya no estuviera. En sus memorias Speer daba como finalidad de esa alocución su afán de sacar de su letargo al pueblo alemán y de animarlo a emprender con toda energía las labores de reconstrucción. Pero, en realidad, sus afirmaciones iban mucho más allá de esas intenciones. Desde el comienzo de su perorata empleó un tono cuyo sesgo, de carácter populista-nacionalista, no tenía básicamente nada que envidiar al de los discursos pronunciados por Dönitz y Schwerin von Krosigk el 1 y el 2 de mayo. «Nunca fue una nación culta tan gravemente herida, nunca la desolación y los daños de guerra fueron tan grandes como los sufridos por nuestro país, y nunca ha soportado un pueblo los rigores de la guerra con una capacidad de aguante, con una tenacidad y con una fe tan grandes». Semejante conducta granjearía a los alemanes «en un futuro lejano la admiración de una historia justa».

Speer tampoco gastó ni una sola palabra en lamentar los estragos causados por los alemanes a los demás pueblos de Europa, daños de los cuales él mismo era en grandísima medida responsable, pues había incrementado la producción de armamento mediante el agotamiento despiadado de todos los recursos, lo que había alargado la duración de la guerra. Antes bien, Speer apelaba a los Aliados para que fueran indulgentes y no pusieran obstáculos a la voluntad de recuperación de los alemanes: «Está exclusivamente en manos del adversario decidir hasta qué punto va a conceder al pueblo alemán el honor y las posibilidades que merece un adversario que, pese a haber resultado vencido, ha combatido heroicamente,

y así poder pasar él mismo a la historia como un contrincante magnánimo y decente». Al final de su intervención, utilizando el estilo de su otrora admirado Führer, Speer apelaba a la «Providencia», con la esperanza de que deparara a los alemanes un destino mejor.[256] A quien escuchara ese discurso en el bando aliado le daría la impresión de que en el Gobierno Dönitz seguía vivo el viejo espíritu maléfico del nacionalsocialismo.

El 3 de mayo acabó la guerra para los habitantes de Hamburgo. Durante todo el día la radio retransmitió la noticia de la inminente entrada pacífica de las tropas inglesas. Se hizo saber a la población mediante grandes carteles que a partir de las 13.00 se impondría un toque de queda generalizado, del que solo quedarían exentos los trabajadores de los servicios de electricidad, gas y suministro de agua.[257] A primera hora de la tarde reinaba en la ciudad hanseática una calma espectral. El tráfico se había detenido por completo, las tiendas y los negocios permanecían cerrados. En los cruces de calles y en los puentes había apostados guardias municipales; fuera de ellos no se veía ni un alma por las calles.

Todavía a mediados de abril de 1945 nada indicaba que fuera a producirse una rendición de la ciudad sin combatir. Antes bien, desde el otoño de 1944 se había comenzado la construcción de un anillo defensivo exterior y otro interior. Se abrieron trincheras y se levantaron barreras antitanques hechas de piedra y de soportes de hierro. El 19 de febrero de 1945, en una reunión de altos cargos del partido, dirigentes económicos y funcionarios destacados de la administración, celebrada en el salón de baile —carente de calefacción— del ayuntamiento, el Gauleiter Karl Kaufmann anunció que Hamburgo había sido declarada «Fortaleza» por orden de Hitler y que debía ser defendida hasta el final.[258]

Kaufmann era el hombre más poderoso de la ciudad hanseática. Nacido en 1900, hijo del propietario de una lavandería de Krefeld, formaba parte de la vanguardia de los «viejos combatientes» de la NSDAP. En mayo de 1929 Hitler había nombrado a aquel joven renano de apenas veintiocho años Gauleiter de la ciudad «roja» de Hamburgo. En 1933, Kaufmann llegó también a Reichsstatthalter y, como tal, fue responsable de la rigurosa ejecución de la política de la NSDAP en la ciudad hanseática. Comparado con

él, el alcalde Carl Vincent Krogmann, impuesto por los nacionalsocialistas, desempeñó solo un papel secundario como mero distintivo burgués. En 1936 Kaufmann fue además colocado oficialmente como presidente del Gobierno regional, y, desde el comienzo de la guerra, desempeñó también la función de comisario(21) de Defensa del Reich.[259] Por un lado, aquel nazi convencido no dejó traslucir en público ni siquiera en los últimos momentos de la guerra la menor duda respecto a su voluntad de cumplir fielmente las órdenes de Hitler. Por otro, era lo bastante realista como para darse cuenta de que la defensa de Hamburgo como «Fortaleza» habría dado lugar necesariamente al derrumbe definitivo de la ciudad. Hasta la primavera de 1945 la metrópoli del Elba había sufrido más de doscientos ataques aéreos, los más desastrosos de los cuales tuvieron lugar del 25 de julio al 3 de agosto de 1943, cuando los bombarderos británicos y estadounidenses dejaron grandes zonas de la ciudad reducidas a escombros y cenizas. Según los cálculos más prudentes, en la «tormenta de fuego» perdieron la vida treinta y cuatro mil personas; decenas de millares habían abandonado la población de forma precipitada.[260] A comienzos de 1945 vivían todavía en Hamburgo alrededor de un millón de personas, muchas de ellas en refugios y en alojamientos de emergencia. Los ánimos de la gente habían tocado fondo, a pesar de todos los llamamientos a seguir resistiendo. Por doquier, y desde luego en todas las capas de la sociedad, podían oírse comentarios del siguiente tenor: «¡A ver si vienen de una vez los *tommies*, para que podamos llevar de nuevo una vida razonable y ordenada!».[261]

Con estos auspicios, Kaufmann empezó a buscar los medios y las vías para librar a los ciudadanos de Hamburgo de la «lucha final», totalmente absurda desde el punto de vista militar. A ello contribuyó también, con toda seguridad, en vista del próximo final del régimen nacionalsocialista, la idea de presentarse como «salvador» de Hamburgo y, de ese modo, hacer que el papel que había desempeñado durante los últimos doce años pareciera menos comprometedor. Por lo pronto se aseguró el apoyo del comandante general Alwin Wolz, que el 2 de abril fue nombrado comandante en jefe de la plaza a petición del propio Kaufmann. Al día siguiente, el Gauleiter se desplazó a Berlín, en compañía del mariscal Ernst Busch, comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Noroeste, para efectuar la última visita a Hitler en la Cancillería del Reich. De la entrevista mantenida, que tuvo lugar en presencia de Bormann, Keitel, Jodl, Dönitz y Himmler, solo existen unas

anotaciones posteriores de Kaufmann. Si hemos de darles crédito, la conversación se desarrolló en un ambiente extraordinariamente gélido. A la pregunta de Busch sobre si el Grupo de Ejércitos Noroeste podría contar con otras fuerzas defensivas, Hitler reaccionó, según Kaufmann, bruscamente con una negativa. Todas las reservas disponibles debían ser puestas a disposición del Ejército Wenck, que había sido creado recientemente y al que correspondería desempeñar un papel clave en la batalla decisiva de Berlín. Parece que Kaufmann comentó finalmente que él no podía estar a favor de una defensa de Hamburgo, en vista de la situación general que presentaba la guerra. Todavía había en la ciudad seiscientas ochenta mil mujeres y niños. Evacuarlos era imposible, pues la provincia Schleswig-Holstein ya había sido utilizada por encima de sus posibilidades para acoger a los refugiados de los territorios del Este. Hitler, concluye el informe, rechazó sus objeciones «de la forma más tajante» e insistió en la ejecución incondicional de su «orden de hacer de la ciudad una Fortaleza». [262] Es dudoso que, en efecto, Kaufmann se enfrentara al dictador de una forma tan abierta, como él afirmaría después. Sin embargo, cabe suponer que su encuentro con el Führer, que a todas luces había perdido el contacto con la realidad, debió de abrirle los ojos y corroborar su decisión de entregar Hamburgo a los británicos sin combatir.

El 20 de abril, día del último cumpleaños de Hitler, la 7.ª División Acorazada de Montgomery, al mando del comandante general Lewis O. Lyne, había avanzado ya hasta la periferia sur de Hamburgo. «Estamos ya ante la catástrofe final [...]», escribió Mathilde Wolff-Mönckeberg, esposa del anglista Emil Wolff, en una carta dirigida a sus hijos. «¡No podéis haceros una idea de lo que han sido estos días! El desastre [está] cada vez más cerca, una tensión y una excitación continuas, corriendo a todas horas a la radio para escuchar las últimas noticias en medio de mil ruidos y zumbidos, avisos de alarma y alarmas efectivas alternándose constantemente desde la mañana hasta bien entrada la noche [...]». [263]

La artillería británica bombardeaba el distrito de Harburg desde sus posiciones avanzadas. Algunas bombas alcanzaron incluso el emplazamiento de los Phoenix-Werke, la fábrica en la que desde finales de 1944 se había instalado un hospital militar de reserva. En consecuencia, el director de la fábrica, Albert Schäfer, y el médico responsable del centro, el profesor Hermann Burchard, decidieron presentarse ante las líneas

británicas y pedir el cese de los bombardeos. El comandante en jefe de la plaza, el general Wolz, autorizó la operación y, para que los acompañara como intérprete, les prestó a un miembro de su Estado Mayor, el teniente Otto von Laun, hijo del famoso experto en derecho internacional Rudolf von Laun. El 29 de abril, a última hora de la tarde, tras tener que dar un rodeo que les llevó horas, los tres emisarios fueron recibidos por el oficial de inteligencia de la 7.ª División Acorazada, el capitán Thomas Martin Lindsay. Este les prometió ocuparse de que el hospital militar de Harburg no se viera afectado por los bombardeos, pero exigió una contrapartida: uno de los tres negociadores debía entregar al comandante en jefe de la plaza una carta del oficial al mando de la división británica, el comandante general Lyne, en la que exigía «en nombre de la humanidad» la rendición de Hamburgo, al tiempo que rogaba el envío de un oficial provisto de los correspondientes plenos poderes.[264]

El 30 de abril a mediodía Wolz recibió el requerimiento de rendición e inmediatamente después se entrevistó con el Gauleiter Kaufmann. Ambos acordaron que no se podía perder más tiempo. En un télex dirigido a Dönitz, Kaufmann le dio a entender su intención de entregar Hamburgo a los británicos sin combatir, pero lo único que consiguió fue ganarse una bronca del gran almirante: era imprescindible «defender la posición Elba contra los occidentales con la más absoluta tenacidad» y la ciudad de Hamburgo podría así «hacer la mejor contribución» en «esta lucha fatídica que libra nuestro pueblo».[265] Sin embargo, Kaufmann y Wolz ya estaban decididos a actuar por su cuenta. El 1 de mayo por la noche dos emisarios del Estado Mayor de Wolz, el comandante Peter Andrae y el capitán Gerhard Link, se trasladaron al cuartel general de la 7.ª División Acorazada británica y entregaron al comandante general Lyne un mensaje del comandante en jefe de la plaza, en el que este se declaraba dispuesto «a discutir el problema de una eventual rendición de la ciudad de Hamburgo y de las consecuencias del máximo alcance que pudieran derivarse de ella».[266] Lyne concedió un plazo de veinticuatro horas, dentro del cual tenía que ser aceptada la capitulación incondicional de la ciudad. Todavía durante la madrugada del 2 de mayo los parlamentarios volvieron a su puesto e informaron a Wolz del resultado de sus negociaciones. A continuación, el

comandante en jefe de la plaza ordenó a las unidades del ejército y de la Waffen-SS que aún quedaban al sur de Hamburgo que se retiraran.

La población de Hamburgo todavía desconocía por completo la suerte que la ciudad iba a correr. Sin embargo, hacia el mediodía del 2 de mayo apareció colgada en el escaparate de la *Hamburger Zeitung*, en el Gänsemarkt, una edición especial del diario con un llamamiento de Kaufmann a la ciudadanía en el que se anunciaba la inminente capitulación: «A quien el honor militar exija seguir combatiendo tiene ahora la ocasión de hacerlo fuera de la ciudad. Pero a mí mi corazón y mi conciencia me exigen, con claro conocimiento de las circunstancias y de mi responsabilidad por nuestra ciudad de Hamburgo, proteger a sus mujeres y a sus niños de una destrucción absurda e irresponsable. Sé lo que esto comporta para mí. El juicio sobre mi decisión lo dejo confiadamente en manos de la historia y de todos vosotros».[267] En realidad, el llamamiento de Kaufmann no aparecería hasta el día siguiente, coincidiendo con la entrada de las tropas británicas. Nunca ha llegado a aclararse quién autorizó la publicación anticipada de la noticia, que se extendió rápidamente por toda la ciudad hanseática. «En el Gänsemarkt [...] se han producido auténticos tumultos de alegría. Todos se abrazan unos a otros, muchos se han echado a llorar», anotó en su diario un ciudadano.[268]

El gran almirante Dönitz manifestó al principio su protesta por la acción unilateral de Kaufmann. Sin embargo, una vez que las tropas de Montgomery irrumpieron en la posición Elba y avanzaron hacia Lübeck, el mismo día 2 de mayo por la tarde se convenció de que la defensa de Hamburgo no tenía sentido y dio su conformidad a la rendición sin lucha. Las correspondientes órdenes del jefe del OKW Keitel y del comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Noroeste Busch fueron enviadas igualmente a lo largo de la tarde.[269]

En cualquier caso, Karl Kaufmann se dirigió por radio a la población por la noche y comunicó que Hamburgo iba a ser declarada «ciudad abierta»: «Cuando el enemigo ocupe mañana Hamburgo será la hora más difícil de mi vida. En esa hora exijo de vosotros dignidad y disciplina». Quedó reservado para el secretario de Estado Georg Ahrens, lugarteniente de Kaufmann al frente del Gobierno de Hamburgo, al que los habitantes de la ciudad llamaban «tío Valeriana» por los efectos calmantes de su voz durante

las noches de bombardeo, acabar la emisión radiofónica con las siguientes palabras: «Han escuchado ustedes la difícil alocución dirigida en la hora del infortunio por nuestro Gauleiter a sus conciudadanos».[270]

Kaufmann habló «con gran emoción, sinceramente afectado, con sencillez y decencia [...] como de hecho se comportaba siempre ante sus conciudadanos», dejó escrito Mathilde Wolff-Mönckeberg.[271] El cálculo que había hecho Kaufmann de presentarse como un político responsable, que siempre había deseado lo mejor para «su» ciudad, parece que funcionó. Durante los años de posguerra la «leyenda del buen Gauleiter», que de secuaz de Hitler pasó a convertirse en rebelde frente a la cólera destructiva de este, corrió sin control y preparó el terreno para la aparición de otra: la que contaba que durante los años de la dictadura Hamburgo había sido una «isla de relativa racionalidad» en medio de la barbarie nazi.[272]

El mismo 2 de mayo, poco después de las 21.00, el comandante de la plaza, Wolz, acompañado del comandante Andrae, del capitán Link y del antiguo alcalde Wilhelm Burchard-Motz, se puso en marcha en dirección al frente. El general de brigada John M. K. Spurling, al mando de la 131.ª Brigada de Infantería británica, acompañó a los emisarios al puesto de mando del comandante general Lyne. Wolz contestó afirmativamente cuando le preguntaron si tenía plenos poderes para ofrecer la rendición incondicional, y se comprometió a imponer un toque de queda el 3 de mayo y a retirar de las calles de Hamburgo y de los puentes sobre el Elba las minas y las cargas explosivas que habían sido colocadas. Sin embargo, la firma del documento de capitulación no tuvo lugar hasta casi el mediodía del 3 de mayo en el cuartel general del II Ejército británico en Häcklingen-Luneburgo. Allí había tenido que acompañar Wolz a la delegación negociadora del OKW, venida de Flensburgo, al mando del almirante general Von Friedeburg. Solo entonces pudo emprender el regreso a Hamburgo, justo a tiempo, antes de que los ingleses ocuparan la ciudad.[273]

La entrada en la metrópoli dio comienzo poco después de las 16.00. Los soldados de la 7.ª División Acorazada británica atravesaron los puentes sobre el Elba en tres columnas y poco antes de las 18.00 se habían congregado ya en la plaza del ayuntamiento, el Rathausmarkt. A las 18.25 Wolz y Burchardt-Motz recibieron al general de brigada Spurling y a los miembros de su Estado Mayor delante de la puerta del ayuntamiento y les

hicieron entrega de la ciudad. Finalmente acompañaron a los oficiales británicos al Salón del Emperador, donde fueron saludados por el Gauleiter Kaufmann y el alcalde Krogmann.[274]

La mayoría de los hamburgueses no se dieron cuenta de la presencia de sus nuevos señores hasta el día siguiente. «De repente aparecen por doquier numerosos soldados ingleses corriendo de un lado a otro por las calles como hormigas», observó Mathilde Wolff-Mönckeberg desde su barrio de mansiones residenciales de Winterhude, que había permanecido en gran medida incólume tras los bombardeos, «y enseguida llegan tras ellos masas de automóviles y tanques y vehículos acorazados y motos, y en menos que canta un gallo se han instalado y han colocado por doquier grandes letreros de madera: *Army post-office*, *Tailor*, *Leave centre*, etc. Hay muchos curiosos, que se pasan todo el día en el balcón y miran todo lo que ocurre en la calle. Nosotros nos ocupamos de volver a sacar del sótano todas las cosas que se habían acumulado en él durante casi seis años».[275]

3 de mayo de 1945, en la puerta del ayuntamiento de Hamburgo: el comandante de la plaza, Alwin Wolz, entrega la ciudad al general de brigada británico John M. K. Spurling (con cinturón blanco). bpk-Bildagentur, Berlín

Ya el 4 de mayo por la tarde, hacia las 19.00, reanudó sus emisiones Radio Hamburgo, situada en la Casa de la Radio de la Rothenbaumchaussee, que no había sido destruida. Fue la primera emisora que lo hizo, con la lectura de un aviso en las dos lenguas: «Here is Radio Hamburg, a Station of the Military Government» («Aquí Radio Hamburgo, emisora del Gobierno militar aliado»).[276]

El mismo día 4 de mayo la familia Giordano salió de su refugio-mazmorra, en el barrio de Alsterdorf, donde había permanecido escondida casi tres meses. Y es que, todavía a primeros de febrero de 1945, la madre, Lilly, una judía que había contraído uno de los llamados «matrimonios mixtos» con un músico de origen italiano, había recibido la orden de presentarse en la antigua escuela de la Torá y el Talmud de Grindelhof, desde de la que se suponía que iba a ser deportada. En sus *Erinnerungen*

eines Davongekommenen, uno de los hijos, Ralph Giordano, nacido en 1923, describe así el momento de la liberación: «Cuando volví a pasar al lado de mi madre, vi lo que en la oscuridad del escondite no había sido capaz de percibir: su cabello se había cubierto de canas, su espléndida melena negra había desaparecido, excepto unos cuantos mechones. Pero, cuando vi a Egon [su hermano] a cielo abierto, me eché a llorar. Una parte de su cabellera castaña se había vuelto plateada».[277]

El día en que los Giordano vieron la luz de la libertad, los británicos hicieron prisionero al Gauleiter Kaufmann. Permanecería en la cárcel hasta octubre de 1948, siendo liberado después por motivos de salud. El hombre de Hitler en Hamburgo, que había perseguido sin piedad a sus adversarios políticos y que era responsable de la deportación de miles de judíos de Hamburgo, no tuvo nunca que responder de sus actos ante un tribunal. A finales de la década de 1950 entró como directivo en una empresa de seguros y llegó a ser socio de una fábrica de productos químicos. Hasta su muerte en diciembre de 1969 vivió como un ciudadano acaudalado y muy respetado de la ciudad hanseática.[278]

A la misma hora que el comandante general Wolz estampaba su firma en Häcklingen-Luneburgo y con ello sellaba la capitulación de Hamburgo, se produjo en la bahía de Lübeck una de las mayores catástrofes marítimas de la Segunda Guerra Mundial, en la que miles de internos de un campo de concentración perdieron la vida literalmente en el último minuto. La tragedia tiene un nombre: Cap Arcona. Buque insignia de la HSDG (Hamburg-Südamerikanische Dampfschifffahrtsgesellschaft, «Sociedad Hamburgo-sudamericana de Navegación a Vapor»), que había salido del astillero hamburgués de Blohm & Voss en 1927, antes de la guerra había prestado servicio como transatlántico de lujo haciendo la ruta Hamburgo-Río de Janeiro y, en 1940, fue transformado en vivienda flotante de la Marina de Guerra y trasladado a Gotenhafen (Gdynia). Durante la primavera de 1945 el buque fue utilizado, al igual que muchas otras embarcaciones, para transportar a Schleswig-Holstein y Dinamarca a refugiados de las provincias orientales de Alemania y a soldados heridos. En su última travesía, el Cap Arcona sufrió una avería de sus motores.

Desde el 14 de abril estaba anclado, incapaz de maniobrar, en la bahía de Lübeck, enfrente de Neustadt.[279]

A mediados de abril de 1945 el Reichsführer de la SS Heinrich Himmler ordenó a los comandantes de los campos de concentración que aún no habían sido liberados que no permitieran que cayera vivo ningún prisionero en manos del enemigo, de modo que los campos debían ser desalojados a toda prisa.[280] En Neuengamme, en las inmediaciones de Hamburgo, donde desde 1940 había sido instalado un gran campo de concentración en los terrenos de un antiguo tejar, con una red de campos anexos, el desalojo del campo principal comenzó el 20 de abril. Los responsables de la operación fueron el Gauleiter Kaufmann y Georg Henning, conde de Bassewitz-Behr, jefe superior de la SS y de la policía del mar del Norte. Ellos también estaban interesados en que las tropas británicas, cuyo avance era imparable, no fueran testigos de los crímenes que se habían desarrollado a las puertas de Hamburgo. Como no había ningún lugar alternativo disponible en el que acoger a los prisioneros de Neuengamme, Kaufmann propuso alojarlos en barcos. En su calidad de comisario del Reich de Navegación por Mar mandó requisar tres barcos que estaban anclados en la bahía de Lübeck, a saber, el Cap Arcona y los cargueros Thielbek y Athen.[281]

Del 21 al 26 de abril fueron trasladados a Lübeck más de nueve mil prisioneros en trenes mercancía, en camiones y algunos también a pie. Bajo la supervisión del SS-Sturmannführer Christoph Gehrig, que había trabajado en el campo de concentración de Neuengamme como director administrativo, todos ellos fueron embarcados en los buques. No está claro cuáles eran los fines que perseguía la SS. ¿Pretendía deshacerse de los prisioneros hundiendo ella misma los barcos o, por el contrario, especulaba con la posibilidad de que fueran los aviones británicos los que los hundieran?[282] ¿O pretendía Himmler utilizarlos como moneda de cambio en unas negociaciones para alcanzar una paz por separado con las potencias occidentales? ¿O puede ser acaso que en aquellos momentos de caos los altos mandos de la SS no hubieran llegado todavía a tomar ninguna decisión sobre lo que debía pasar con los «campos de concentración flotantes»?

El capitán del Cap Arcona, Heinrich Bertram, se negó al principio a dejar subir a bordo a los prisioneros. Pero, cuando el SS-Sturmbannführer Gehrig

lo amenazó con fusilarlo en el acto, el marino acabó por ceder.[283] El 28 de abril se hallaban ya a bordo del Cap Arcona seis mil quinientos prisioneros. Las condiciones que reinaban en el barco eran indescriptibles. «Casi no había nada de comer ni de beber», recordaría uno de los supervivientes, Rudi Goguel. «Por doquier había prisioneros que habían perdido por completo las fuerzas. En la cubierta empezaron a acumularse los cadáveres, pues a diario llegaban a contarse entre treinta y cincuenta muertos. Al final, la curva de mortalidad subió vertiginosamente. La situación de los enfermos era especialmente mala: los habían instalado abajo, en la bodega, de modo que había pocas posibilidades de proporcionarles ayuda de verdad, pues no había ni medicamentos ni material clínico. Ya nadie vaciaba los pesados cubos llenos de excrementos, de modo que en el barco reinaba un hedor espantoso».[284] Como el Cap Arcona estaba cargado de gente hasta los topes, la SS ordenó el traslado de dos mil prisioneros al Athen, mientras que en el Thielbek, que el 2 de mayo había anclado cerca del Cap Arcona después de ser remolcado a la bahía de Lübeck, se hacinaban dos mil ochocientos.

Los vuelos de reconocimiento de los Aliados no habían pasado por alto la concentración de barcos en las bahías de Kiel y de Lübeck. El Alto Mando británico temía que el Gobierno Dönitz, junto con las tropas que le quedaban, se trasladara a Noruega y desde allí continuara la lucha. De modo que decidió destruir los últimos restos de la flota alemana. La información de la Cruz Roja suiza acerca de que en los barcos se encontraban miles de presos de los campos de concentración no fue transmitida a tiempo.[285]

El 3 de mayo, hacia las 14.30, los cazabombarderos ingleses atacaron el Cap Arcona y el Thielbek. Los dos barcos recibieron varios impactos y enseguida fueron pasto de las llamas. Las escenas que se desarrollaron a bordo fueron espantosas. El actor comunista Erwin Geschonneck, que desde 1933 había sido recluido en diversos campos de concentración y que había sido trasladado en Neuengamme —en la RDA acabaría desarrollando una brillante carrera en el Berliner Ensemble de Brecht e interpretando numerosas películas—, vivió personalmente el momento del ataque a bordo del Cap Arcona: «Un impacto e inmediatamente después una lluvia de metralla. Varias bombas han dado al barco. Salgo corriendo, los pasillos del

barco están llenos de humo. Los heridos gritan; aturdidos, los prisioneros corren hacia las escaleras. Pánico. Individuos casi enloquecidos por el miedo se precipitan a la vez hacia las salidas, procedentes de todas direcciones, ansiosos por subir a cubierta. Algunos son tirados al suelo y pisoteados por los que van detrás de ellos. La bodega donde iban los plátanos está llena de rusos. Ya no pueden subir a cubierta. También la enfermería, situada debajo, con sus seiscientos pacientes, queda incomunicada».[286]

El Thielbek se hundió al cabo de pocos minutos; el Cap Arcona se escoró hacia un lado mientras ardía lentamente. Las posibilidades de supervivencia de los prisioneros fueron muy escasas. Los pocos botes salvavidas que no habían sido dañados fueron requisados por los hombres de la SS, los soldados de la Marina de Guerra y los miembros de la tripulación. También los salvavidas fueron reservados para la tripulación. Alrededor de seis mil seiscientos prisioneros murieron abrasados o perdieron la vida al intentar llegar a la orilla a nado. O bien se ahogaron en las aguas todavía gélidas del mar Báltico, o bien fueron alcanzados por los disparos de los soldados. Únicamente lograron salvarse de aquel infierno alrededor de cuatrocientos cincuenta hombres, entre ellos Erwin Geschonneck, que sobrevivió tan solo porque volvió a nado hasta los restos del Cap Arcona que habían quedado a flote y allí permaneció con otros pocos prisioneros hasta que la costa cayó en manos de los ingleses y unas lanchas de motor los trasladaron a Neustadt.[287] Varias semanas después seguirían llegando cadáveres a las playas de la bahía de Lübeck arrastrados por la corriente.

«En cualquier caso, poco a poco empezamos a tomarnos con humor, con humor negro, eso sí, el asunto de las violaciones». El 3 de mayo, cuando una mujer de Berlín de treinta y pocos años confió a su diario esta observación, el «asunto de las violaciones» —la violación masiva de mujeres tras la llegada del Ejército Rojo— había superado ya su primer punto culminante. Y para la autora del diario, que había sido violada varias veces, lo indecible ya se podía expresar en voz alta: «¿Qué significa "violación"? Cuando pronuncié esta palabra por primera vez [...], me recorrió la espalda un frío glacial. Ahora ya puedo pensar en ella, ya puedo

ponerla por escrito con frialdad, pronunciarla para mis adentros con el fin de acostumbrarme a su sonido. Parece que fuera lo último y la cosa más extrema, pero no lo es».[288]

El diario *Una mujer en Berlín* se explica especialmente de la siguiente manera: durante los pequeños respiros que dejaban los bombardeos entre uno y otro ataque aéreo, en medio de las continuas violaciones y la agitada búsqueda de algo que llevarse a la boca, la autora describió las que fueron sus vivencias entre el 20 de abril y el 22 de junio de 1945. En julio de 1945 empezó a pasar a máquina las anotaciones que había escrito a mano en tres cuadernos. Así nacieron las ciento veintiuna páginas de apretados renglones que algún tiempo después la mujer dejó leer a un amigo suyo, el escritor Kurt W. Marek, célebre por un libro de divulgación sobre arqueología, *Dioses, tumbas y sabios*, publicado en 1949 con el seudónimo de C. W. Ceram, que se convertiría en un auténtico superventas.(22) Marek la convenció de que aceptara la publicación de lo que había escrito. No obstante, la autora insistió por razones comprensibles en mantener el anonimato. La primera edición apareció en los Estados Unidos en 1954 en traducción al inglés con el título *A Woman in Berlin*, y luego, ya en 1959, fue publicada la versión alemana por una pequeña editorial de Ginebra.(23) Mientras que el libro se convirtió en un gran éxito en Estados Unidos y en Gran Bretaña, entre el público alemán constituyó un rotundo fracaso. Evidentemente los tiempos no estaban todavía lo bastante maduros para abordar el tema. Durante muchos años el asunto siguió siendo un tabú que nadie quería tocar.[289]

Todo cambió durante la primavera de 2003, cuando la editorial Eichborn publicó una nueva edición en la colección Die Andere Bibliothek dirigida por Hans Magnus Enzensberger. El libro *Eine Frau in Berlin* se convirtió en uno de los grandes éxitos de la temporada y fue elogiado unánimemente por la crítica como el testimonio más impresionante de la violencia de la que fueron víctimas las mujeres alemanas a manos de los rusos tras la conquista del país. El argumento fue llevado a la pantalla en 2008 en una película dirigida por Max Färberböck, con Nina Hoss como protagonista.

El redactor de la *Süddeutsche Zeitung*, Jens Bisky, puso fin a las continuas especulaciones sobre la identidad de la autora en septiembre de 2003, fallecida dos años antes en Suiza. Anónima era Marta Hillers, nacida en 1911 en Krefeld. Tras estudiar en el Realgymnasium de su ciudad natal

de 1925 a 1930, emprendió varios viajes al extranjero, entre otros países a la Unión Soviética, aprendiendo incluso algo de ruso, lo que le resultaría muy útil durante los meses de la ocupación de Berlín. Desde el verano de 1934 trabajó como periodista freelance para el *Berliner Lokalanzeiger* y para otros periódicos y revistas. Desde abril de 1941 y hasta los últimos meses de la guerra, colaboró con *Hilf-mit!*, la revista escolar de la Liga de Docentes Nacionalsocialistas, dirigió, entre otras cosas, «concursos de relatos» y escribió artículos para la revista *Der Deutsche Erzieher*. Es evidente que no era una nacionalsocialista al cien por cien, pero sí una «pequeña propagandista» del régimen nazi, que ayudó a despertar el entusiasmo de los jóvenes alemanes por la guerra.[290] En su diario intenta más bien ocultar ese papel cuando se pregunta: «¿Y yo? ¿Estaba a favor? ¿En contra? En cualquier caso, estuve en medio y respiré el aire que nos rodeaba y que nos transformaba el semblante, aunque no quisiéramos».[291]

Con la revelación de la identidad de Anónima surgieron de repente dudas sobre si el libro era, en efecto, como afirmaba la editorial, un documento auténtico de la época. Cuando copió a máquina las anotaciones originales, ¿había modificado tal vez la autora el texto más de lo que se había admitido hasta el momento? ¿Había retocado ella misma una vez más el texto antes de darlo a la imprenta o quizá lo había hecho Kurt Marek, que incluyó un epílogo de su cosecha en la primera edición del libro? Estas cuestiones suscitaron a su vez una acalorada discusión, pero no pudieron ser aclaradas porque la viuda de Marek, encargada de administrar su legado, se negó a permitir que la documentación se revisara.[292]

Finalmente, la editorial Eichborn encargó al escritor Walter Kempowski la verificación. Como coleccionista y editor escrupuloso de diversos diarios, Kempowski fue considerado idóneo para llevar a cabo esa tarea. Su dictamen pericial de enero de 2004 confirmó que tanto el diario original como la copia en limpio hecha por Marta Hillers en el verano de 1945 eran auténticos. Pero Kempowski no había abordado la cuestión más decisiva: por qué fases de reelaboración había pasado el texto original y hasta qué punto esos retoques habían modificado la verdadera naturaleza del diario.[293]

Lo que Kempowski había obviado ha sido retomado por la historiadora Yuliya von Saal en un artículo publicado en la revista *Virteljahrsheften für*

Zeitgeschichte en 2019. La investigadora pudo basarse en el legado privado de Marta Hillers, que el hijo de los Marek había entregado en 2016 al Institut für Zeitgeschichte de Múnich. He aquí sus conclusiones: Marta Hillers trasladó con muchísima fidelidad sus apuntes manuscritos a la transcripción mecanografiada. Las diferencias son mínimas y, por regla general, tienen que ver únicamente con pequeñas correcciones de carácter estilístico. Muy distinto es lo que puede decirse del paso de la copia mecanografiada a la versión dada a la imprenta en forma de libro, que la autora emprendió a comienzos de la década de 1950 y que tiene casi el doble de páginas. A lo largo de ese proceso el diario original fue reelaborado y completado ampliamente desde el punto de vista literario por Hillers: en consecuencia, la identidad de los personajes fue confiada al anonimato, pensamientos, observaciones y sentimientos fueron reformulados *a posteriori*, las experiencias vividas se reinterpretaron y las escenas se llenaron de elementos dramáticos ficticios. Entre otras cosas, fueron eliminados todos los pasajes a partir de los cuales pudiera sacarse la conclusión de cierta proximidad con el nacionalsocialismo. O sea, no se trata de un auténtico documento de la época, sino de un relato de vivencias novelado en forma de diario.[294] No obstante *Una mujer en Berlín* sigue constituyendo un testimonio importante, pues el meollo de la historia contada en la versión impresa —la narración de las violaciones— se corresponde con las anotaciones manuscritas.[295]

Con la aparición en la ciudad de los soldados del Ejército Rojo el 27 de abril de 1945 comienza para la autora la experiencia de lo que es ser una presa de caza. Relata lo que le sucede de manera notablemente lacónica y con una absoluta falta de sentimentalismo: «Rigidez total. No siento asco, simplemente frío. La espina dorsal congelada, un vértigo glacial se apodera de mi nuca. Siento que voy resbalando y que me caigo, me hundo por debajo del suelo, atravesando los cojines y las tablas del entarimado. Me hundo en el pavimento. O sea, eso es todo».[296] Después de que abusen de ella varias veces, la mujer toma una decisión: «Tiene que aparecer aquí un lobo que mantenga lejos de mí a los demás lobos. Un oficial de alta graduación, un general, un mando, el más alto que pueda encontrar. ¿De qué me sirven, si no, la cabeza que tengo y lo poco que sé de su idioma?».[297] Marta Hillers se busca un comandante que no solo la protege de otros hombres, sino que, además, le proporciona comida. Los límites entre la

violación y la prostitución se desdibujan: «No puede afirmarse de ninguna manera que el comandante me viole. Creo que una sola palabra glacial mía bastaría para que se fuera y no volviera nunca más. Así que me pongo voluntariamente a su servicio».[298]

La mirada con la que la autora ve a las fuerzas de ocupación no está libre de estereotipos. No obstante, evita condenar colectivamente a «los rusos». Entre la masa de soldados violadores y entregados al pillaje destacan algunos individuos que tienen nombres propios y una historia personal: Petka, Anatol, Andréi. «Hablo con ellos de persona a persona, distingo a los más malos de los que son más soportables, clasifico a los miembros de la manada, me formo una idea de ellos».[299]

De los alemanes de sexo masculino no cabe esperar apenas ayuda. La mayoría se comporta con cobardía y se esconden detrás de las mujeres. «Entre las mujeres se extiende una especie de decepción colectiva por debajo de la superficie. El mundo nazi, dominado por los varones, que enaltecía al hombre fuerte, se viene abajo, y con él el mito del "hombre"». [300] En la cola de la fuente pública, una mujer cuenta lo que le gritó un vecino cuando unos soldados rusos se la llevaban a rastras: «"¡Venga, váyase con ellos de una vez! ¡Está usted poniéndonos en peligro a todos!". Pequeña nota a pie de página sobre el ocaso del mundo occidental».[301] Cuando deja leer sus apuntes a su novio, que regresa del frente a finales de junio de 1945, este reacciona con absoluta incomprensión y se aleja de ella en silencio. Semejante comportamiento anticipa un rasgo que caracterizaría el ambiente de la década de 1950: el silencio ante las experiencias de total impotencia y de brutalidad a las que las mujeres se vieron expuestas.

Sus anotaciones le sirvieron a Marta Hillers como medio para reconocerse a sí misma. La ayudaron a enfrentarse a los traumas de su propia identidad. Pero, al mismo tiempo, Marta supo —y eso es lo que caracteriza el particular valor de su diario— representar su sufrimiento individual como un destino colectivo. Durante los últimos días de la guerra y los primeros de la posguerra, decenas de miles de mujeres de Berlín fueron víctimas de agresiones sexuales. En su libro *Die Russen in Berlin 1945*, el periodista Erich Kuby calculaba que el 80 por ciento de todas las violaciones perpetradas en el territorio del Gran Berlín tuvieron lugar entre el 24 de

abril y el 3 de mayo.[302] Aunque Stalin y también el mariscal Zhúkov habían advertido a las tropas de que debían respetar la disciplina y concentrarse en las tareas militares, la toma de Berlín fue acompañada de una explosión de desenfrenada violencia sexual.[303] Incluso cuando aún continuaban los combates, algunos soldados del Ejército Rojo se colaron en los sótanos de las casas y en los domicilios de la gente y violaron a las mujeres, en numerosas ocasiones varias veces seguidas, a menudo ante los ojos de sus maridos, de sus hijos y de sus vecinos, sin que se libraran las ancianas de más de setenta años ni las muchachas de corta edad. «El ejército de los vencedores se lanzó con una voracidad totalmente desenfrenada contra las berlinesas [...]», anotó el 6 de mayo en su diario Ruth Andreas-Friedrich. «"Abusan de nuestras hijas, violan a nuestras mujeres", dicen los hombres. No se habla de otra cosa en toda la ciudad».[304]

Las causas del comportamiento de los soldados soviéticos son múltiples. Por un lado, el número extraordinariamente elevado de bajas que sufrieron en la lucha por la conquista de Berlín había dado un impulso muy poderoso a los deseos de venganza y de represalia. Por otro, el odio y la ira se alimentaban del espectáculo de bienestar del que, a pesar de la guerra, disfrutaban muchos alemanes. «¿Por qué tuvieron que atacarnos esos individuos que tenían una vida tan buena?», se preguntaban muchos soldados soviéticos. Un oficial ruso, que a finales de abril de 1945 se alojó en la vivienda de un ferroviario de Jahnsfelde, cerca de Berlín, comentaba con admiración: «Las despensas están atestadas de jamones ahumados en casa, de frutas en conserva, de mermelada de fresa. Cuanto más nos adentramos en Alemania, más irritación nos causa la abundancia que encontramos por doquier. [...] De buena gana me gustaría descargar un puñetazo en medio de esas filas de botes y frascos de cristal bien ordenados y hacerlos añicos».[305]

Además, no era raro que las violaciones se produjeran bajo los efectos del alcohol. «Los soldados del Ejército Rojo estaban ebrios de victoria, ebrios de la experiencia de la civilización occidental; y también estaban ebrios en sentido literal [...]», señala Erich Kuby. «Entre la borrachera y los actos de violencia había, por regla general, una relación de causa-efecto. En ese estado de desenfreno, los soldados soviéticos hacían todo aquello que estaban ansiosos por hacer después de tantos años sin disponer de tiempo

libre ni de mujeres, pero no lo hacían ni en honor de la Unión Soviética ni para deshonrar a Alemania. Lo hacían de la manera más simple».[306]

El deseo de humillar a los vencidos adueñándose de sus mujeres fue avivado en último término también por la insultante superioridad con la que no pocos alemanes se enfrentaron a las fuerzas de ocupación incluso en el momento de la derrota. La propaganda antisoviética que durante más de una década había pintado la caricatura racista del «asiático infrahumano» seguía surtiendo efecto.

Sin embargo, no todo el colectivo de los soldados soviéticos, ni mucho menos, se lanzó a agredir a las mujeres de Berlín. Junto con las informaciones acerca de los excesos de violencia encontramos también, una y otra vez, ejemplos de generosidad y de buena disposición hacia los vencidos. Después de ser detenido, Lothar Loewe, miembro de las Juventudes Hitlerianas, recibió de manos de un soldado ruso de más edad su plato de campaña lleno de caldo de carne y una cuchara: «Aquel fue mi primer contacto con un ruso. Nunca en mi vida olvidaría aquel encuentro, aquel gesto de humanidad».[307] Los soldados del Ejército Rojo mostraron normalmente su mejor cara con los niños. «Debido a la propaganda [...] nos esperábamos lo peor y quedamos gratamente sorprendidos cuando un comisario ruso se presentó en nuestro patio y nos pidió que fuéramos razonables para que no tuviera que pasar nada», recordaría una mujer del barrio de Prenzlauer Berg unos meses más tarde. «Cogían a los niños en brazos y les daban azúcar y chocolate. [...] Y durante las siguientes semanas nuestros hijos recibieron de los rusos muchas cosas de comer y golosinas».[308]

Por otro lado, sería un error dar por supuesto que las berlinesas se rindieron a su suerte sin rechistar y sin ofrecer resistencia. Antes bien, se inventaron toda una serie de artimañas y estrategias para librarse de las violaciones o para impedir que se repitieran. Se escondían días enteros en las buhardillas, se vestían con ropas mugrientas, se tiznaban la cara con hollín, fingían padecer enfermedades infecciosas o se buscaban, como hiciera Marta Hillers, un protector ruso. Con descaro y con cinismo, las mujeres intentaron superar aquellas terribles experiencias. En las conversaciones durante las visitas hechas a casa de los conocidos o en las colas que había que hacer en las tiendas se hablaba del asunto con una franqueza nunca vista hasta entonces.[309] A menudo se iniciaba una

conversación con la siguiente pregunta: «¿Cuántas veces?». Margret Boveri, que no fue violada nunca, pero que oyó contar a muchas conocidas suyas lo que les habían hecho, anotó en su diario el 6 de mayo: «¡Qué curioso lo que cuenta ahora "la gente"! Incluso la buena de Elsbeth, que a pesar de tener marido y dos hijos mayores en el fondo era una inocentona, ha perdido temporalmente parte de su discreción. Y, por supuesto, hay muchas cosas que son de risa».[310]

Aunque las agresiones sexuales se produjeron a menudo en el territorio del Gran Berlín, no se libraron de ellas muchas otras ciudades y localidades de la zona de ocupación soviética. No se puede saber con seguridad cuántas mujeres fueron víctimas de delitos de violación. Los cálculos hablan de un número de casos cercano a los dos millones.[311] Las violaciones no cesaron ni siquiera cuando las autoridades soviéticas tomaron medidas más rigurosas con el fin de mantener a raya a los soldados y de castigar a los autores de las fechorías. Al final, la administración militar intentó resolver el problema alojando a las tropas en cuarteles a partir de 1947 y manteniéndolas cada vez más a menudo lejos de la población alemana.[312] Para los dirigentes de la KPD y posteriormente de la SED,(24) las violaciones en masa al término de la guerra se convirtieron en una hipoteca. Los días del miedo a los rusos se habían grabado profundamente en la conciencia colectiva de la población y dificultaron todos los esfuerzos de los comunistas por conseguir apoyo para su línea política. «Aún hoy, tres años después, según oigo decir en general», escribía Bertolt Brecht en octubre de 1948 en su *Diario de trabajo*, «los trabajadores tiemblan debido al pánico causado por los saqueos y las violaciones que vinieron tras la conquista de Berlín. En los barrios obreros, los libertadores eran aguardados con una alegría desesperada, todos tenían los brazos abiertos, pero el encuentro con ellos se convirtió en desilusión ante las agresiones que no perdonaron ni a las ancianas de setenta años ni a las niñas de doce, y que fueron perpetradas a la vista de todo el mundo [...]».[313] A ello se sumaba el hecho de que los jerarcas de la KPD-SED no podían abordar públicamente el asunto sin ofender a las fuerzas de ocupación. Durante toda la historia de la RDA la cuestión se convirtió en un tabú que no se podía tocar.[314]

Las violaciones no se limitaron al territorio ocupado por el Ejército Rojo. Durante su avance por Alemania, también los soldados de los ejércitos

aliados fueron culpables de delitos de violencia sexual contra las mujeres, y en un número mucho mayor de lo que durante mucho tiempo se supuso.[315] Destacaron especialmente por su brutalidad las tropas provenientes del Marruecos francés; durante los primeros tiempos de la ocupación violaron a numerosas mujeres, sobre todo en la zona de Stuttgart.[316] Pero tampoco los soldados estadounidenses y británicos se comportaron siempre de una forma tan correcta y disciplinada como se ha hecho creer hasta hace poco en muchos relatos. No obstante, el volumen de la violencia ejercida en los territorios occidentales se diferencia considerablemente del que llegó a producirse en la zona de ocupación soviética. Ello se debe, entre otras razones, al hecho de que ni Estados Unidos ni Gran Bretaña habían tenido que sufrir el terror de la ocupación alemana y también a que los caídos en combate de ambos países habían sido mucho menos numerosos que los de la Unión Soviética. Habría que añadir una última circunstancia: a los soldados estadounidenses y británicos no les hacía falta a menudo recurrir a la violencia. Evidentemente no pocas mujeres alemanas estaban dispuestas a entregarse de forma voluntaria a ellos a cambio de dólares, cigarrillos o chocolate.[317] A pesar de la prohibición de confraternización dictada en un primer momento, no tardaron en iniciarse relaciones sexuales estables entre los soldados estadounidenses y las *Fräuleins*, que luego en muchos casos acabaron en matrimonio.

El 3 de mayo por la mañana, la delegación el Alto Mando de la Wehrmacht —el almirante general Hans-Georg von Friedeburg, el general Eberhard Kinzel, el contraalmirante Gerhard Wagner y el comandante Jochen Friedel — llegó al cuartel general del general Miles C. Dampsey en Häcklingen, cerca de Luneburgo. Desde allí, los alemanes fueron acompañados hasta el Timeloberg, la colina situada en las inmediaciones, donde el mariscal Montgomery había mandado montar un pequeño campamento en medio del cual había instalado su *roulotte*. En sus memorias, el comandante en jefe de las tropas de tierra británicas describiría la escena del recibimiento que les dispensó: «Fueron conducidos hasta mi *roulotte*, de modo que quedaron a los pies de la bandera británica, que ondeaba orgullosamente al viento. De momento los dejé aguardar unos minutos, luego salí de mi *roulotte* y me dirigí a ellos. Al pie de la bandera, todos me saludaron llevándose la mano a

la visera de la gorra. Fue un instante inolvidable. Los alemanes venían a rendirse. La guerra había terminado».[318] Montgomery pasó por alto el hecho de que, antes de que él hiciera su aparición, alguien había marcado en el suelo con un bastón el lugar exacto en el que los negociadores alemanes tenían que colocarse. Un gesto que estos consideraron «humillante».[319]

Como primera providencia, Von Friedeburg leyó en voz alta una carta del jefe del OKW, Keitel, en la que este ofrecía la capitulación de las tropas alemanas presentes en el territorio del Noroeste, incluido el Grupo de Ejércitos del Vístula. Montgomery rechazó la oferta comentando que no podía aceptar la capitulación de unas tropas que seguían combatiendo contra el Ejército Rojo. El Grupo de Ejércitos del Vístula tenía que rendirse al Alto Mando soviético. No obstante, estaba dispuesto —añadió en tono un poco más conciliador— a no rechazar la capitulación de aquellos soldados alemanes del Frente Oriental que se acercaran a las líneas británicas con las manos en alto. Cuando Von Friedeburg objetó que ningún soldado alemán se habría entregado nunca voluntariamente a los rusos como prisionero de guerra por temor a ser enviado a Siberia para realizar trabajos forzados, Montgomery replicó con frialdad que «los alemanes habrían debido pensárselo antes de empezar la guerra y especialmente antes de atacar a los rusos en junio de 1941».[320]

Montgomery se negó asimismo a negociar la suerte que pudieran correr los refugiados presentes en el territorio de Mecklemburgo, pues la zona situada al este del frente, entre Wismar y Dömitz, ya no estaba bajo su jurisdicción y todas las cuestiones al respecto debían ser discutidas con las autoridades soviéticas. Dio la impresión de que las negociaciones habían llegado a un punto muerto, pero entonces Montgomery decidió presentar a los alemanes una contrapropuesta: «¿Están ustedes dispuestos», preguntó, «a facilitarme la rendición de todas las tropas que se hallen situadas en mi flanco occidental y septentrional, incluidas todas las fuerzas desplegadas en Holanda, Frisia con las islas Frisonas y Helgoland, así como en Schleswig-Holstein y Dinamarca?». Y, para dar mayor énfasis a su demanda, ilustró la situación de todo el Frente Occidental valiéndose de un mapa, que ponía claramente ante los ojos de los alemanes lo absurdo que era seguir ofreciendo resistencia. Los emisarios del OKW pidieron un tiempo de reflexión. Montgomery ordenó que les sirvieran algo de comer en una

tienda de campaña. «Durante la comida, las lágrimas rodaron por las mejillas de Von Friedeburg, y ninguno de los que iban con él dijo ni una sola palabra», comentaría un oficial británico.[321]

Una vez concluido el almuerzo, Montgomery les planteó un ultimátum: todas las tropas alemanas desplegadas en los territorios señalados debían deponer las armas y rendirse de forma incondicional. El material bélico de las fuerzas armadas no debía ser destruido, sino, por el contrario, tenía que ser entregado intacto a los ingleses. Si los alemanes se negaban a acatar sus exigencias, los combates continuarían. Von Friedeburg explicó que no le habían concedido unos poderes tan amplios y que tenía que consultar en Flensburgo. Esa misma tarde, a última hora, se puso en marcha en compañía del comandante Friedel: el contraalmirante Wagner y el general Kinzel se quedaron en el cuartel general británico. Montgomery les había dado de plazo hasta el día siguiente a mediodía.[322]

4 DE MAYO DE 1945

El 4 de mayo de 1945 por la mañana, hacia las 09.00, dio comienzo en la Academia de Marina de Flensburgo-Mürwik la reunión decisiva. El almirante general Von Friedeburg, que había regresado de su misión aquella misma noche, ofreció un informe detallado de sus negociaciones con Montgomery. Se hallaban presentes Dönitz, Schwerin von Krosigk, Keitel y Jodl, junto con su ayudante de campo, el teniente coronel Hermann Brudermüller. Los participantes en la conferencia se mostraron sobre todo a favor de la inclusión de los Países Bajos y de Dinamarca en la capitulación. Por lo demás, las tropas alemanas desplegadas en esos países no habrían podido resistir mucho más tiempo y, según registra el acta, «una defensa obstinada» no habría «acarreado más que una nueva pérdida de prestigio, así como una pesada carga política».[323] Solo se opuso el coronel general Jodl: no quería soltar todavía el «as en la manga que era Holanda».[324] Dönitz, por su parte, puso reparos a la entrega de la flota alemana, pues de esa forma habría resultado imposible seguir adelante con el transporte de refugiados y de tropas en el mar Báltico. Pero Von Friedeburg despejó cualquier duda al señalar que Montgomery le había asegurado que las repatriaciones iban a poder continuar.[325]

Se desencadenó un largo debate en torno a la exigencia por parte de los Aliados de que todo el material bélico fuera entregado intacto. Keitel y Jodl consideraban que se trataba de una exigencia incompatible con «el honor de las armas alemanas» y propusieron dar comienzo de inmediato a su destrucción. Schwerin von Krosigk, sin embargo, protestó: tal acto iría en contra del espíritu de los acuerdos de capitulación y daría a Montgomery derecho a anular el acuerdo y a tomar represalias. Dönitz se sumó a esta línea de argumentación y ordenó al OKW que diera instrucciones a los mandos militares para que entregaran al enemigo todas las armas intactas.

Por regla general la orden fue obedecida. La única excepción fue la que supuso una parte de los submarinos anclados en los puertos del mar del Norte y del mar Báltico, que se hundieron por propia iniciativa durante la noche del 4 al 5 de mayo.[326]

Sobre el resultado de la reunión del 4 de mayo el acta dice: «El gran almirante autoriza la firma de las condiciones dando por supuesto que los prisioneros de guerra serán tratados con honor y que la rendición se llevará a cabo de modo digno». Von Friedeburg recibió al mismo tiempo el encargo de trasladarse al cuartel general del general Eisenhower en Reims una vez concluido el acuerdo con Montgomery, «con el fin de firmar otra capitulación parcial para el oeste».[327]

Mientras tanto, Montgomery había preparado ya la ceremonia de la firma del acuerdo. Estaba seguro de que los alemanes aceptarían sus exigencias y había hecho levantar una gran tienda de campaña en lo alto del Timeloberg. «El mobiliario instalado en la tienda era muy sencillo: un tablero de mesa sobre un caballete cubierto con una manta reglamentaria, y encima un tintero y una pluma corriente, de las que se pueden comprar en cualquier cantina militar por dos peniques».[328] A las 17.00 Montgomery celebró una conferencia de prensa e invitó a los periodistas a asistir al acto solemne de la firma.

Hacia las 18.00, mientras todavía estaba celebrándose la conferencia de prensa, llegaron de Flensburgo los dos negociadores alemanes. Montgomery invitó a Von Friedeburg a pasar a su *roulotte* y se aseguró de que el almirante general dispusiera de plenos poderes para aceptar incondicionalmente los términos fijados para el acuerdo. En medio de las miradas curiosas de los soldados, de los corresponsales de guerra y de los fotógrafos, los cuatro oficiales alemanes fueron conducidos a la tienda. Cuando Montgomery entró en ella, todos se pusieron en pie. «Los alemanes estaban, como es comprensible, nerviosos, y uno de ellos sacó un cigarrillo con la intención de tranquilizarse. Pero, al ver la mirada que le dirigí, volvió a guardarlo», recordaría en sus memorias el mariscal inglés.

Sin muchos preámbulos, Montgomery leyó en voz alta los siete puntos de los que constaba el documento de capitulación e instó a los cuatro miembros de la delegación alemana a que lo firmaran. Por último, él mismo estampó su firma en el tratado. A las 18.30 ya había terminado la ceremonia. El 5 de mayo por la mañana, a las 08.00, debían guardar silencio

las armas en Holanda, en el noroeste de Alemania (incluidas las islas Frisonas), en Schleswig-Holstein y en Dinamarca.[329] El informe de la Wehrmacht decía: «Por orden del gran almirante Dönitz se ha acordado firmar una tregua después de casi seis años de lucha honrosa, pues la guerra contra las potencias occidentales ha dejado de tener sentido y ya solo [...] conduciría a la pérdida de más sangre alemana. Sin embargo, la resistencia frente a los soviéticos continuará, con el fin de preservar del terror bolchevique al mayor número posible de alemanes».[330]

El 4 de mayo por la noche la BBC dio a conocer la capitulación de Alemania en la Europa noroccidental. En los Países Bajos y en Dinamarca la noticia provocó manifestaciones de júbilo espontáneas. En Copenhague, salieron públicamente a la calle los integrantes del Ejército de Resistencia, declarado ilegal hasta ese momento, portando brazaletes de color blanco, azul y rojo. El 5 de mayo por la mañana, el plenipotenciario del Reich, Werner Best, solicitó protección al ministro de Asuntos Exteriores danés. De momento, pudo permanecer bajo vigilancia en su domicilio; el 21 de mayo fue detenido y trasladado a la cárcel fortificada de la capital danesa. En septiembre de 1948 el tribunal municipal de Copenhague lo condenó a muerte. Posteriormente, en el proceso de casación fue condenado a una pena de cinco años de prisión, de los cuales ya había cumplido cuatro. Las protestas contra esta sentencia fueron tan fuertes en todo el país que el ministro de Justicia danés se vio obligado a remitir el nuevo proceso de casación al Tribunal Supremo. Este condenó en marzo de 1950 a Best a doce años de prisión. Al cabo de año y medio, en agosto de 1951, el jerarca alemán fue excarcelado y expulsado a la República Federal de Alemania (RFA).[331]

A la capitulación en el «territorio del Norte» se sumaron otras capitulaciones parciales. Tras la rendición de las fuerzas alemanas en Italia el 2 de mayo, la situación del Grupo de Ejércitos G y del Grupo de Ejércitos E (Sudeste), situados en las proximidades, se hizo insostenible. Por consiguiente, el mariscal general Kesselring había solicitado ese mismo día autorización para ofrecer la rendición de estos dos grupos de ejércitos, pero Dönitz solo le concedió poderes para la conclusión de una tregua por parte del Grupo de Ejércitos G, cuyas tropas, desplegadas entre la Selva de Bohemia y el Inn, se enfrentaban al VI Ejército estadounidense, al mando

del general Jacob L. Devers. Kesselring designó como negociador al comandante en jefe del I Ejército, el general de infantería Hermann Foertsch. Las negociaciones con los estadounidenses tuvieron lugar el 4 de mayo en Salzburgo. El 5 de mayo, Foertsch estampó en Haar, en las inmediaciones de Múnich, su firma en el documento de capitulación del Grupo de Ejércitos G; la tregua entró en vigor el 6 de mayo a las 14.00 horas.[332]

No solo grupos de ejércitos enteros, sino también ejércitos y divisiones aisladas, intentaron salvarse pasando tras las líneas estadounidenses y británicas para no ser hechos prisioneros de guerra por los rusos. Así ocurrió, por ejemplo, con el XII Ejército, al mando del general Wenck, y con lo que quedaba del IX Ejército, al mando del general Busse, que estaban bloqueados en la margen derecha del Elba y que, en poquísimo espacio, seguían combatiendo contra las fuerzas rusas que se les venían encima. El 3 de mayo un emisario de Wenck, el general de acorazados Maximilian von Edelsheim, que ostentaba el título de barón imperial, cruzó el río a bordo de un vehículo anfibio para ofrecer su rendición a la 102.ª División de Infantería del IX Ejército estadounidense, instalada en la margen izquierda. Aunque los estadounidenses, atendiendo a las obligaciones contraídas con la Unión Soviética, se negaron a aceptar una rendición formal, en las negociaciones sobre la capitulación mantenidas en el ayuntamiento de Stendal el 4 de mayo por la mañana, dijeron que los soldados aislados del XII y del IX Ejército que se presentaran en la margen izquierda del Elba con las manos en alto o llevando bandera blanca serían admitidos como prisioneros de guerra.

A orillas del Elba, cerca de Tangermünde, se desarrollaron algunas escenas espantosas. «Los tropeles de soldados, amontonados de mala manera, aguardaban allí, llenos todos de un mismo temor casi supersticioso a la llegada de los soviéticos», nos informa el cronista de la 102.ª División de Infantería estadounidense. «Se empujaban unos a otros en dirección al río, suplicaban permiso para cruzarlo y a menudo se precipitaban sobre cualquier objeto que vieran flotando en el agua. [...] Cruzaban el río sobre el primer madero que veían, en balsas improvisadas de cualquier manera, agarrándose a algún neumático, metidos en tinas de lavar, o apoyados en tablas». Un corresponsal de Associated Press que iba con la 102.ª División

de Infantería hizo la siguiente observación: «Unos tanquistas de la SS, otrora la élite de Alemania, van por el río remando montados en balsas improvisadas. Muchos cruzan también a nado dejando atrás sus guerreras llenas de condecoraciones. Los enjambres de soldados que se amontonan en la margen oriental del Elba, decenas de miles de ellos, son peores que un ejército derrotado. Son una horda empujada por el miedo, por el miedo que sienten ante los rusos, un terror que solo puede inspirar la mala conciencia». [333]

El 4 de mayo por la mañana, tras la toma de Bad Reichenhall, las tropas de la 3.ª División de Infantería y de la 1.ª División Aerotransportada estadounidenses avanzaron rápidamente hacia Berchtesgaden, llevando a remolque una división acorazada francesa al mando del general Jacques-Philippe Leclerc. Unos días antes, un jerarca de la NSDAP, el Kreisleiter Bernhard Stredele, había transferido sus competencias al consejero de distrito(25) Karl Theodor Jacob y había puesto pies en polvorosa. Jacob salió al encuentro de los estadounidenses en un automóvil que llevaba una bandera blanca, dispuesto a ofrecer la rendición de Berchtesgaden sin oponer resistencia. Pocas horas después, el alcalde de la localidad, Karl Sandrock, presentó oficialmente la capitulación.[334]

El verdadero objetivo de las tropas estadounidenses, sin embargo, no era la idílica localidad de montaña, sino la residencia de Hitler en el Obersalzberg, a unos cientos de metros más de altura. El 4 de mayo por la tarde una avanzadilla de la 3.ª División de Infantería estadounidense llegó al Berghof. Casi al mismo tiempo lo hicieron unos soldados de la división acorazada francesa, entre ellos el actor Jean Gabin, amante de la estrella de Hollywood Marlene Dietrich, de nacionalidad alemana. Sin embargo, el comandante en jefe de la SS del Obersalzberg, Bernhard Frank, ya había emprendido la huida, no sin antes dar a sus hombres la orden de incendiar lo que había quedado de la residencia de Hitler después del ataque aéreo sufrido diez días antes.[335]

Hitler había comprado la Casa Wachenfeld, que tenía alquilada desde el otoño de 1928, poco después de ser nombrado canciller del Reich y, en 1935-1936, había mandado reformarla y convertirla en su residencia oficial,

el Berghof. Particularmente útiles habían sido los servicios prestados para ello por Martin Bormann, por entonces jefe de personal de Rudolf Hess, «lugarteniente del Führer». Mientras se efectuaban los trabajos de reforma, Bormann ya había empezado a comprar los terrenos situados alrededor de la mansión de Hitler. Quienes no estaban dispuestos a ceder de forma voluntaria sus propiedades eran sometidos a una presión insoportable. En lugar de las antiguas granjas, Bormann hizo construir nuevos edificios: un complejo de cuarteles, en los que era alojada la Compañía de Guardia de la SS, una hacienda convertida en explotación agrícola modélica, un invernadero destinado a suministrar en verano y en invierno fruta y verdura frescas a Hitler, que era vegetariano, un pequeño merendero en lo alto de una colina, el Mooslahnerkopf, y, por último, el proyecto más costoso de todos: un segundo merendero, más grande, en la cima del Kehlstein, a una altura de unos ochocientos metros por encima del Berghof.

Durante los primeros años del Tercer Reich los seguidores de Hitler habían podido peregrinar al Obersalzberg sin que nadie los molestara y contemplar así de cerca a su ídolo. Pero a partir de 1936 el Obersalzberg se convirtió en «coto exclusivo del Führer»; solo era posible acceder a él si se disponía de un permiso especial.[336]

El Berghof había sido siempre para Hitler dos cosas: un refugio, en el que podía desarrollar su vida privada sin que nadie lo molestara, lejos de las miradas de los curiosos, y una segunda sede del Gobierno, junto con la Cancillería del Reich de Berlín. Allí recibía a los huéspedes oficiales extranjeros, fraguaba sus monstruosos planes y tomaba las decisiones más importantes, como la idea de invadir la Unión Soviética, desarrollada en julio de 1940. Y allí reunía en torno a su persona a un grupito de colaboradores y fieles secuaces, una camarilla de individuos indisolublemente unidos a él, que constituían una especie de sucedáneo de familia. Para ser admitido en ese círculo íntimo no solo era fundamental el rango que ocupara el individuo en cuestión, hombre o mujer, en la jerarquía nacionalsocialista, sino la simpatía que Hitler le demostrara. Y eso dependía ni más ni menos de que esa persona supiera ganarse el favor de su amante, Eva Braun, y reconocerla en el papel de «señora de la casa», que aquella mujer desempeñaba en el Berghof. Así se explica en cierto modo la

posición preferente de la que llegaron a gozar Albert Speer, el arquitecto de Hitler y futuro ministro de Armamento, y Margarete, su esposa.

Durante la guerra, la función del Berghof cambió debido a que pasó a ser, además, el cuartel general del Führer cuando, durante periodos más o menos largos, el comandante supremo de la Wehrmacht residía en él. A medida que fue prolongándose la duración de la contienda, Hitler se dio cuenta de que el Obersalzberg podía convertirse también en blanco de los bombardeos de los Aliados. De ese modo dio comienzo la apresurada construcción de las instalaciones de protección antiaérea. Para las Navidades de 1943 ya estaba lista la primera fase de las obras, una galería de ciento treinta metros de longitud por debajo del Berghof, con dormitorios y salas de estar para Hitler y Eva Braun, estancias para el personal, una cocina, despensas bien surtidas y almacenes en los que se guardaban obras de arte, documentos y libros. No obstante, hasta poco antes de que acabara la guerra no cayó ni una sola bomba sobre el Obersalzberg.

El 25 de abril de 1945, sin embargo, la Royal Air Force lanzó un ataque con trescientos cincuenta y nueve bombarderos Lancaster. El hecho de que los británicos no se decidieran a hacerlo hasta ese momento tuvo bastante que ver también con los rumores de que Hitler tenía intención de retirarse a las montañas, acompañado de sus paladines y de algunos contingentes todavía numerosos de la Wehrmacht y de la SS, con la intención de lanzar desde allí un último reto a los Aliados. Aunque los rumores en torno a la existencia de una gigantesca «fortaleza alpina» carecieran de fundamento, impresionaron mucho al cuartel general aliado. Con el ataque masivo contra el Obersalzberg, se creía que iba a ser posible acordonar la zona de refugio de Hitler y desactivar el centro de operaciones desde el que el Führer planeaba dirigir la batalla final en su fortaleza.[337]

Los bombarderos británicos hicieron su trabajo a fondo. «El Berghof fue alcanzado de lleno», recordaría la secretaria de Hitler Christa Schroeder, que pocos días antes había conseguido salir de Berlín en uno de los últimos aviones que despegaron. «Las paredes siguieron en pie, solo fue destrozado uno de los lados, pero por todas partes colgaban trozos del tejado de chapa, que había sido hecho pedazos. Ya no había ni puertas ni ventanas. En el interior de la casa, el pavimento estaba cubierto de una espesa capa de escombros, y buena parte del mobiliario había quedado destruida. Todos los

edificios adyacentes estaban destrozados, los senderos estaban llenos de cascotes y de árboles caídos. No se veía ya ni rastro de zonas verdes, el espectáculo recordaba un paisaje volcánico».[338] Las casas de Göring y Bormann, el acuartelamiento de la SS y el invernadero habían resultado totalmente destruidos. Solo unos pocos edificios, entre ellos el Kehlstein habían quedado intactos tras el ataque.[339]

Un día después, Julius Schaub, durante muchos años ayudante de campo de Hitler, llegó al Berghof. Su cometido era acabar con todos los documentos privados del dictador. Durante la noche del 25 al 26 de abril había volado hasta Múnich desde el aeródromo de Gatow y había vaciado la caja fuerte del domicilio particular del Führer en la Prinzregentenstrasse. Cargado con dos maletas, se trasladó en automóvil al Obersalzberg, donde también vació el armario acorazado del despacho de Hitler, que había quedado intacto, y quemó todos los documentos guardados en él en la terraza del Berghof. «Esa labor de destrucción llevada a cabo por Schaub bajo el cielo cubierto de nubes constituyó un espectáculo desolador», comentaría Christa Schroeder, que en un momento en el que nadie la miraba consiguió salvar de las llamas algunos papeles, entre ellos un legajo de dibujos de arquitectura de Hitler.[340]

Tras el bombardeo del 25 de abril la administración del «coto exclusivo del Führer» se disolvió. Miles de trabajadores forzosos, que habían sido llevados hasta allí con objeto de realizar distintas obras de construcción, fueron expulsados e intentaron abrirse paso entre las líneas y regresar a sus países de origen. Una gran parte del personal de servicio, pero también muchos soldados de la SS, se largaron. La zona, hasta entonces cerrada a cal y canto, estaba ahora al alcance de cualquiera y los saqueadores no desperdiciaron la ocasión. «En el Berg todo estaba patas arriba», señala Joseph Geiss, que había sido reclutado para prestar servicio obligatoriamente en la administración de las empresas de construcción empleadas en el Obersalzberg. «La población acudía en masa, a menudo con carros, con la intención de vaciar los almacenes. Ante los ojos atónitos de la gente aparecían de repente montañas gigantescas de productos alimenticios, depósitos llenos de telas, vestidos, zapatos, vajillas y detergentes, que no tardaban en encontrar nuevos dueños. Las obras de arte eran quemadas o se las llevaba el primero que las pillaba. En el sótano de

Bormann, el que entraba en la despensa hundía los pies hasta los tobillos en un auténtico lago de mantequilla, azúcar, harina y otros productos».[341] Entre los saqueadores hubo también artesanos y proveedores del lugar, conscientes de que las cuentas todavía abiertas no serían saldadas nunca y de que de ese modo podrían resarcirse.

El 1 de mayo, cuando se difundió en el Berghof la noticia de la muerte de Hitler, el orden se vino abajo por completo. A Christa Schroeder le llamó la atención que muchos criados, en otro momento insobornables, mostraban de repente un comportamiento distinto, como si ahora fueran ellos los nuevos señores. Ni uno de ellos, hombres y mujeres, dejó pasar la oportunidad de arramblar con cualquier cosa que resultara útil y de largarse con el botín. Los funcionarios de la policía criminal que se habían quedado rezagados intentaban eliminar cualquier huella que hablara de la existencia de Eva Braun. Las piezas de porcelana con sus iniciales fueron hechas añicos y sus vestidos fueron quemados en la terraza.[342]

Una de las primeras personas que subió al Obersalzberg con las tropas estadounidenses el 4 de mayo por la tarde fue la reportera estadounidense Lee Miller, de treinta y ocho años. Había estudiado con el famoso fotógrafo Man Ray y acompañó a los Aliados desde el desembarco de Normandía en junio de 1944 hasta el fin del Tercer Reich. Sus fotos de la liberación de los campos de concentración de Buchenwald y Dachau dieron la vuelta al mundo. El 1 de mayo, justo cuando se daba a conocer la muerte del dictador, la periodista se encontraba en el domicilio particular de Hitler en Múnich, y allí su colega, el reportero gráfico de *Time Life* David E. Scherman, tomó la famosa fotografía en la que Lee Miller posa desnuda en la bañera de Hitler, con un retrato del Führer a su lado, una macabra escenificación que solo se puede explicar como una manifestación del sentimiento de triunfo que los desbordaba.[343]

En el Obersalzberg Lee Miller fotografió los restos del Berghof y dejó constancia de sus impresiones en un reportaje para la revista *Vogue*: «Aunque la zona había sido objeto de intensos bombardeos, las casas aparecían machacadas como la cáscara de un huevo duro y las laderas del monte estaban sembradas de cráteres, la casa de Hitler seguía en pie, con el tejado ligeramente torcido, mientras que por las ventanas salían las llamas del incendio que los soldados de la SS habían provocado como si fuera su

última salva de honor. Fui arrastrándome entre los montículos levantados por las bombas y las ruinas de la vecina casa de Göring y vi vacía el asta de la bandera, la misma de la que había colgado el último estandarte nazi del reducto. Los soldados de la SS, al marcharse, habían arrancado de la parte central la cruz gamada y habían dejado solo el lienzo rojo».[344]

Al día siguiente, Lee Miller regresó una vez más al Obersalzberg e inspeccionó la galería subterránea, donde mientras tanto también los soldados estadounidenses y franceses se habían lanzado a la caza de objetos de recuerdo. «Cajas llenas de cubiertos de plata y de juegos de cama con el águila y la cruz gamada encima de las iniciales "A. H." cayeron en manos de los buscadores de souvenirs. Los libros eran tirados de cualquier manera si no tenían ningún exlibris, ninguna dedicatoria o ningún elemento que pareciera personal en su encuadernación. Aquello era como una fiesta desenfrenada en la que los corchos de las botellas de champán salían silbando disparados por encima del asta de la bandera, mientras que la casa se desmoronaba sobre nuestras cabezas». Y, anticipándose con extraña clarividencia al negocio todavía vivo actualmente de objetos cuasirreligiosos relacionados con Hitler, añade a continuación: «No ha quedado ni una pieza para que se cree un museo sobre ese gran criminal de guerra, y en el futuro la gente recibirá por todo el mundo ofertas de venta de un servilletero o de un tenedor de aperitivo que supuestamente habrían sido utilizados por Hitler».[345]

La periodista estadounidense Lee Miller posa el 1 de mayo de 1945 en la bañera de Hitler en el domicilio particular de este en Múnich, sito en el Prinzregentenplatz. El encargado de tomar la foto fue su acompañante, el reportero gráfico David E. Sherman. © Lee Miller Archives, Reino Unido, 2019. Todos los derechos reservados, <www.leemiller.co.uk>

El 8 de mayo también Klaus Mann hizo una excursión al Obersalzberg. [346] El hijo mayor de Thomas Mann se había puesto a disposición del ejército estadounidense en diciembre de 1942 y, tras obtener el imprescindible documento de naturalización, llegó a Casablanca junto con un convoy de tropas a primeros de enero de 1944. Fue destinado a una unidad de la Psychological Warfare Branch y colaboró con las fuerzas armadas aliadas durante su avance por Italia redactando, entre otras cosas, octavillas en las que se invitaba a los soldados alemanes a rendirse de forma voluntaria. En febrero de 1945 fue trasladado a la redacción del periódico militar *Stars and Stripes* en Roma. A primeros de mayo escribió para este periódico una nota necrológica sobre Hitler, que puede considerarse uno de los escritos más sagaces que se hayan publicado nunca sobre el responsable

de tantos crímenes contra la humanidad.[347] Informó a su padre de su visita al Obersalzberg en los siguientes términos: «El Berghof fue saqueado sistemáticamente durante dos días por nuestros soldados, tanto GI como *poilus*;(26) debió de ser una orgía de latrocinio y victoria de un carácter grandioso y salvaje a la vez. [...] Encontramos la famosa finca vigilada por la policía militar… Cosa, por lo demás, verdaderamente superflua. Después de los bombardeos, que previamente habían hecho ya una limpieza tremenda, los saqueadores habían llevado a cabo verdaderos estragos, y además a conciencia. Muros reventados y vigas carbonizadas, profundos cráteres llenos de cascotes y cenizas, muebles rotos, ruinas y basura, una auténtica escombrera. Eso es todo lo que ha quedado».[348]

Los alemanes no podrían pisar oficialmente el antiguo «coto exclusivo del Führer» hasta la primavera de 1949. Cuando se levantó la prohibición de acceder a la zona, las ruinas del Obersalzberg se convirtieron en una atracción turística de primer orden. En el verano de 1951 se contaban ya 136.560 visitantes. «Muchos quieren llevarse a casa un pedazo del hogar del Führer», escribía el periodista Jürgen Neven du Mont, citando el comentario de una guía turística acerca de la chimenea del Gran Salón del Berghof, que iba quedándose cada día más pequeña. El informe del periodista apareció en la revista *Münchner Illustrierte* con el siguiente titular: «Obersalzberg: célula propagandística», y causó auténtico furor. El 1 de noviembre de 1951 las fuerzas de ocupación estadounidenses cedieron a los deseos del Gobierno bávaro y autorizaron el uso de los solares existentes en el Obersalzberg, aunque con la condición de que una serie de edificios del lugar, entre ellos las ruinas de las casas de Hitler, Göring y Bormann, fueran arrasados por completo. El 30 de abril de 1952, siete años después del suicidio de Hitler, las ruinas del Berghof fueron voladas con dinamita.[349]

«Cuando terminó la guerra», contó el excanciller federal Konrad Adenauer a su secretaria Anneliese Poppinga mientras estaba trabajando en la redacción de sus memorias, «mi sueño era volver a ser alcalde de Colonia».[350] Ese sueño se hizo realidad el 4 de mayo de 1945: el gobernador militar de la ciudad del Rin, el estadounidense John K. Patterson, puso de

nuevo al político renano, que por entonces tenía ya sesenta y nueve años, en el cargo que había ocupado con grandísimo éxito desde 1917 hasta la toma del poder de Hitler. En marzo de 1933, los nacionalsocialistas destituyeron al popular alcalde y destacado político del Partido del Centro, que para ellos representaba la encarnación de su odiado «sistema de Weimar», e intentaron abrirle expediente disciplinario e incoar contra él un proceso penal. Aunque el resultado del proceso fue favorable para él, a partir de ese momento Adenauer quedó totalmente marginado y sometido a la continua vigilancia de la Gestapo. El alcalde jubilado se retiró a su casa de Rhöndorf y allí intentó sobrevivir durante los años de la guerra, con la esperanza de que ya no lo molestaran. El 23 de agosto de 1944, sin embargo, fue detenido y no porque pudiera probarse su participación en el intento de golpe de Estado del 20 de julio, sino como consecuencia de una maniobra ordenada por Himmler en relación con el atentado perpetrado contra Hitler, la Aktion Gitter, en el curso de la cual fueron arrestados numerosos antiguos políticos integrantes de los partidos de la República de Weimar. Adenauer fue conducido al campo de concentración instalado en los terrenos de la feria de Colonia, aprehendido de nuevo tras una arriesgada fuga y enviado finalmente a la cárcel de la Gestapo en Brauweiler. Ciertas circunstancias afortunadas contribuyeron a su liberación a finales de noviembre de 1944. Los últimos combates en la zona del medio Rin después de que el día 7 de marzo de 1945 los estadounidenses cruzaran el puente de Remagen, que no había sido destruido, Adenauer los pasó en compañía de su esposa, Gussie, y de cinco prisioneros de guerra franceses que habían conseguido fugarse, en el refugio antiaéreo de su mansión de Rhöndorf.[351]

Ya el 16 de marzo de 1945 habían ido a buscarlo allí dos oficiales de las fuerzas de ocupación estadounidenses y, por encargo del gobernador Patterson, le habían pedido que volviera a asumir el cargo de alcalde de Colonia. Konrad Adenauer figuraba en un lugar destacadísimo en la «lista blanca», en la que los estadounidenses habían registrado los nombres de aquellos alemanes que, entre 1933 y 1945, no se habían comprometido con el régimen y que, por tanto, podían optar a desempeñar funciones directivas en la administración. Sin embargo, tras recibir la oferta, Adenauer vaciló: hizo notar que sus tres hijos estaban todavía prestando servicio en la Wehrmacht y que era de temer que sufrieran represalias si su padre volvía a ocupar su antiguo cargo. Además, resultaba inquietante el ejemplo del

alcalde de Aquisgrán, Franz Oppenhof, que pocos días después de recibir su nombramiento había sido asesinado por un comando del movimiento Werwolf, una especie de organización guerrillera de jóvenes nacionalsocialistas fanáticos. Por eso Adenauer propuso permanecer de momento en segundo plano solo en calidad de «asesor», algo que Patterson aceptó.[352]

Vista aérea de la Colonia destruida, con la catedral al fondo. La foto fue tomada justo después de la entrada de los estadounidenses en la ciudad a primeros de marzo de 1945. ullstein bild/dpa Picture-Alliance, Frankfurt

Su primer viaje a Colonia dejó en Adenauer un vivo recuerdo: «Los puentes sobre el Rin habían sido destruidos, los escombros se acumulaban en las calles y llegaban a alcanzar varios metros de altura. Por doquier había gigantescos montones de cascotes de los edificios bombardeados y

desmoronados. Con sus iglesias destrozadas [...], con su catedral profanada, con los restos de sus puentes, otrora tan hermosos, elevándose sobre el Rin y el infinito mar de casas destruidas, Colonia tenía un aspecto fantasmal». [353]

Adenauer dudaba de que la ciudad, que en aquellos momentos contaba apenas con treinta y dos mil habitantes (en vez de los setecientos sesenta mil que tenía antes de la guerra), pudiera ser reconstruida alguna vez. No obstante, cuando el 3 de mayo fue invitado por Patterson a mantener la entrevista decisiva, se declaró dispuesto a asumir sin lugar a dudas el cargo de alcalde de la ciudad, aunque con la condición de que pudiera dejarlo en cualquier momento. Un día después tomó oficialmente posesión de su puesto.

Sin embargo, desde el primer momento se ocupó no solo de la administración de su ciudad natal, sino que también empezó a pensar en la futura configuración de Alemania. Haciendo una valoración realista de la situación, llegó a la conclusión de que la Unión Soviética regularía las condiciones reinantes en su zona de ocupación según sus propios criterios y que, de momento, no había más remedio que aceptar la división del país. «Contemplo la evolución de Alemania con creciente inquietud. Rusia está haciendo caer un telón de acero», escribió a comienzos de julio de 1945. [354] De todo ello Adenauer extraía como consecuencia que las tres zonas de ocupación del oeste debían intentar alcanzar una estrecha interdependencia económica y política con la Europa occidental, y en especial con Francia. En todo ello eran ya visibles los contornos de una concepción de la política exterior que pondría en práctica de forma decidida cuando fuera canciller federal.

Aunque Adenauer se quejó en ocasiones ante alguna persona de su confianza de la incompetencia del Gobierno militar estadounidense, no tardó en producirse una cooperación leal. Todo cambió cuando el 21 de junio de 1945 los estadounidenses se retiraron de Colonia y los británicos tomaron el mando. Desde primeros de agosto gobernaba en Gran Bretaña el Partido Laborista, y los oficiales de ocupación británicos que simpatizaban con esa formación política miraban con desconfianza al político renano de religión católica y antiguo miembro del Partido del Centro, que tenía más bien fama de conservador.[355] A finales de septiembre de 1945 llegaría a desencadenarse un primer conflicto cuando el Gobierno militar británico

exigió a Adenauer que talara los árboles de las zonas verdes que él mismo había creado antes de 1933 en los alrededores de Colonia, para proporcionar leña a la población. El alcalde se negó a hacerlo y en su lugar exigió a los británicos que desbloquearan las reservas de carbón de las que se habían incautado.

El 6 de octubre el gobernador militar de la provincia de Renania septentrional, el general de brigada John Barraclough, mandó llamar a su presencia a Adenauer y le comunicó de forma brusca su destitución: si bien era consciente, según dijo, de las dificultades a las que había tenido que hacer frente, el alcalde no había mostrado la energía necesaria para llevar a cabo la rehabilitación de los edificios y la retirada de los escombros, por lo que «no ha había cumplido con sus obligaciones con la población de Colonia».[356] El rencor de Adenauer por su destitución siguió vivo durante mucho tiempo. Pero aquel escándalo resultó un golpe de suerte para su futura carrera. Pues, cuando levantaron la prohibición de realizar actividades políticas que le habían impuesto, pudo concentrarse en su trabajo en la recién fundada Unión Demócrata Cristiana (CDU, por sus siglas en alemán), cuya actividad era manejada desde Rhöndorf. Los seguidores del partido peregrinaban al «Obersalzberg renano», como señalaba irónicamente uno de ellos.[357] Ya en la primavera de 1946 Adenauer era presidente de la CDU de la zona británica, y ese sería el trampolín para acceder al principal escenario político. A primeros de septiembre de 1948 fue nombrado presidente del Consejo Parlamentario, encargado de elaborar la Constitución del Estado que estaba formándose en la Alemania occidental. Por último, el 15 de septiembre de 1949 alcanzó su meta: a los setenta y tres años fue elegido primer canciller de la República Federal de Alemania (RFA) por una mayoría de un voto, el suyo.

Al cabo de dos días de la capitulación de Berlín todavía podían verse por doquier las huellas de los combates que habían tenido lugar poco antes. «Las calles parecen sembradas de restos de coches, de tanques, de motos, de cañones y cosas por el estilo, todos quemados [...]», comentaba el periodista danés Jacob Kronika el 4 de mayo de 1945. «Hasta ahora nadie ha encontrado tiempo, como es comprensible, para enterrar todos los

cadáveres y restos mortales. Pero todo el mundo está en ello. De los rusos caídos se ocupan los propios rusos. Los alemanes tienen que enterrar a sus propios muertos».[358] Las primeras órdenes del día de las fuerzas de ocupación soviéticas fueron hechas públicas en grandes carteles pegados en las paredes: desde las 22.00 hasta las 08.00 del día siguiente reinaba el toque de queda para toda la población civil. Había que entregar a las autoridades los aparatos de radio, las máquinas fotográficas y las armas. Además, se dio la orden de que los berlineses participaran en las labores de desescombro. El 4 de mayo, a primera hora de la mañana, desfilaron por el distrito del Tiergarten más de mil personas en dirección este-oeste entre la Puerta de Brandemburgo y la Columna de la Victoria, y empezaron las labores de retirada de escombros y de relleno de los cráteres formados por las explosiones de las granadas y las bombas. Allí, donde el 20 de abril de 1939 Hitler había mandado organizar una gran parada militar con motivo de su quincuagésimo cumpleaños, tendría lugar el desfile de la victoria del Ejército Rojo.[359]

La principal preocupación de los habitantes de la gran ciudad era conseguir comida. Por todas partes había gente a la caza de cualquier cosa que fuera comestible. La mayoría de las tiendas seguían cerradas o habían sido saqueadas. Además, todavía casi no había ni luz ni gas ni agua. Ante las pocas bombas de agua existentes se formaban a diario largas colas. «Todos esperan pacientemente, y van avanzando pasito a pasito. El instante en el que llega uno a la manguera y el agua clara se derrama a borbotones en los cubos —siempre sale uno lleno de salpicaduras—, ese instante es siempre maravilloso».[360] El camino de vuelta con los cubos llenos en medio de la gravilla y de los cascotes era para las mujeres, como la periodista Margret Boveri, una labor durísima: «Todo eso te quita muchísimo tiempo, tener que acarrear entre cuatro y seis cubos de agua al día desde lejos, y luego subir todas esas escaleras».[361]

Para poder cocinar las escasas raciones de comida conseguidas había que encontrar combustible. Se hurgaba entre las ruinas en busca de madera; una vez recuperados, los marcos de las ventanas y las puertas reventadas eran partidos laboriosamente en trozos pequeños. «Trabajamos como negros. Encender el fuego, partir leña, retirar cascotes. Y quitar trastos de en medio, quitar trastos de en medio sin parar». Así describía Ruth Andreas-Friedrich toda aquella actividad a la que no estaba acostumbrada.[362]

Una gran cantidad de casas habían sido destruidas o habían quedado seriamente dañadas. Muchos berlineses vivían en alojamientos provisionales, hacinados en sótanos, refugios antiaéreos o colonias de casitas de campo. Pero muchos carecían por completo de techo que los cubriera. «Numerosísimas personas acampan a cielo abierto en el Tiergarten, que aparece sembrado de material bélico estropeado», observaba Jacob Kronika.[363]

Incluso quienes tenían un techo sobre sus cabezas no estaban, ni mucho menos, a salvo de los asaltos. Casi no existía ya ningún espacio privado que ofreciera protección. Nunca había que descartar la irrupción de los soldados del Ejército Rojo. «Una y otra vez se produce una visita de los rusos», se lamentaba el 4 de mayo Ruth Andreas-Friedrich. «Pasan de una habitación a otra, echan un vistazo y se llevan cualquier cosa que les guste. A nosotros ni nos ven, como si no estuviéramos presentes. "Reloje, reloje", dicen una y otra vez. O "aguardiente", "bicicleto"». Las bicicletas eran especialmente deseadas. «Nuestras bicis desaparecen. Detrás del cementerio hay una calle asfaltada. Los vencedores aprenden en ella a montar en bicicleta. Como si fueran niños. Practican continuamente y con aplicación, sin preocuparse por lo que pueda acabar roto».[364]

Sin embargo, los soldados rusos no eran los únicos que se dedicaban a robar y a saquear. En el caos de una sociedad en pleno naufragio, en la que ya no estaban en vigor las leyes del orden y de la justicia, podía suceder también que muchos alemanes dejaran de tener escrúpulos y usurparan la propiedad ajena. «Los conceptos de propiedad han sido destrozados», constataba Marta Hillers. «Todos roban a todos, porque todos son robados y todos pueden necesitar de todo».[365] Tenemos atestiguadas observaciones semejantes en muchas otras grandes ciudades. He aquí lo que contaba el político liberal de Bremen, Theodor Spitta, que volvió a ocupar su cargo de senador(27) después de 1945: «Resulta asombroso que las personas que pretenden reconstruir sus viviendas destrozadas pierdan por completo los escrúpulos y se lleven de otras casas todo aquello que puedan necesitar: tejas, puertas, ventanas, madera, etc.».[366]

Los medios de transporte público todavía no funcionaban. No había tranvías, ni autobuses, ni metro ni trenes. Todos los trayectos tenían que hacerse a pie. De modo que en Berlín y en otras ciudades destruidas la gente estaba siempre en la calle, yendo de un lado a otro, intentando abrirse

camino entre los escombros. «No tenemos otro medio de desplazarnos más que nuestras piernas». Así describía el corresponsal noruego en Berlín Theo Findahl su paseo desde Dahlem hasta el Tiergarten.[367]

El 4 de mayo el actor Gustaf Gründgens, que durante el Tercer Reich había ascendido a director artístico del Preussisches Staatstheater gracias a la protección de Hermann Göring, decidió hacer una visita a la actriz Marianne Hoppe, con la que estaba casado desde 1936. En compañía de su amiga, la escritora y musicóloga Karla Höcker, se puso en camino desde Charlottenburg en dirección a Grunewald. «Un camino curioso, aterrador y hermoso», comentaría su acompañante. «Aterradoras son las huellas yermas de los combates, las ruinas alrededor de los pabellones de la feria y los puentes del ferrocarril…, los muertos. Hermoso es el viento, y el propio hecho de que podamos pasear, la ligereza, la volatilidad de ese movimiento. Por lo demás, Gründgens lleva sombrero hongo, sobretodo y guantes blancos de ante, como un auténtico *bon vivant*. Cuando le pregunto, llena de asombro, si realmente pretende salir así a la calle, responde: "¡Hacerlo de cualquier otra manera sería indigno!"».[368]

Por aquel entonces mucha gente encontraba la escasez de informaciones fiables tan angustiosa como la lucha por el pan de cada día, la inseguridad de la existencia y las limitaciones con respecto a la libertad de movimientos. Todavía no había periódicos, ni teléfono ni correo, y para muchos tampoco había radio. «¡Cuántas veces y por medio de cuántas imágenes distintas uno se había figurado el fin del nacionalsocialismo! Y ahora ahí me tienes, privado de cualquier posibilidad de enterarme de nada de lo que pasa en el mundo, sin radio, sin periódico. ¡Nada! ¡Ojalá pudiera escuchar con mis propios oídos las noticias de hoy!», anotó en su diario el día 2 de mayo Erik Reger. El escritor, que había adquirido cierta fama con su novela sobre los barones de la industria renana *Union der festen Hand*, publicada en 1931, se había trasladado en agosto de 1943 a vivir con su esposa en Mahlow, una localidad de dos mil quinientos habitantes a quince kilómetros al sur de Berlín. Mirando de forma retrospectiva hacia los primeros días del mes de mayo de 1945, el futuro cofundador y redactor jefe del periódico berlinés *Tagesspiegel* afirmaba que quizá no se «recuperaría nunca» de no haber «presenciado de manera directa lo más esencial de la historia mundial».[369] Un sentimiento parecido manifestaba Margret Boveri: «Seguimos sin saber nada. [...] Y por eso nos habíamos

quedado en Berlín, para estar en el centro de todos los acontecimientos y presenciarlos directamente», decía el 6 de mayo expresando su decepción.[370]

Sin embargo, también muchos alemanes estaban demasiado absortos en superar los apremiantes problemas de la vida cotidiana como para poder o querer interesarse mucho por lo que ocurría más allá de su horizonte más inmediato. Fritz Klein, uno de los historiadores más significativos de la RDA, vivió el final de la contienda como prisionero de guerra en Munsterlager,(28) en la Lüneburger Heide («Landa de Luneburgo»). Por lo que recordaba, prestó menos atención a los «grandes acontecimientos» que a «la posibilidad de pillar una buena porción de comida o un sitio donde dormir que lo protegiera a uno de cualquier chaparrón que eventualmente pudiera caer». «De modo que no quedó impreso en mí el momento en el que me enteré del suicidio de Hitler o de la capitulación de Alemania».[371]

Como no se podía saber con certeza nada de lo que estaba pasando o, en todo caso, solo se tenían noticias a trozos, proliferaban los rumores. «El rumor. De eso es de lo que nos alimentamos», comentaba Marta Hillers.[372] Las colas delante de la bomba del agua se convertían en particular en un sitio de intercambio de noticias, en las que se mezclaban de forma muy curiosa verdades, semiverdades y simples mentiras. Después de pasarse varias horas esperando para recoger el agua, un conocido contó a Ruth Andreas-Friedrich lo que había oído decir: «"¡Hay noticias!", exclama radiante mientras vamos y venimos a pie remolcando a casa nuestros ocho cubos de agua. Una vez en casa, me suelta las sensacionales noticias que trae: que, según dicen, Hitler yace muerto en la Cancillería del Reich y que Goebbels se ha envenenado junto con su mujer y sus hijos. Que Himmler todavía sigue combatiendo en Breslavia y que, por lo que parece, [Von] Epp ha dado un golpe de Estado en Múnich».[373]

Habría que esperar hasta el 15 de mayo de 1945 para que apareciera en Berlín el primer periódico, la *Tägliche Rundschau*, en virtud de la licencia concedida por las fuerzas de ocupación soviéticas, con un mensaje de Stalin en primera página. Dos días después, Karla Höcker pudo volver a disfrutar de agua corriente en su vivienda: «¡Es totalmente como un cuento de hadas!». El 8 de junio volvió a haber electricidad: «Somos como niños. Encendemos y apagamos sin parar la luz, y estamos encantados de que se

haga de noche. Ya no vamos por ahí a tientas y podemos mirarnos a la cara». Y poco a poco volvió también a ponerse en marcha el transporte: «Multitudes de peatones agolpados en las pocas paradas que hay. [...] A veces tenemos que esperar horas. Pero en muchos barrios las cosas van mejor que en Charlottenburg».[374]

El mismo día en que Konrad Adenauer volvió a ocupar su puesto de alcalde de Colonia, un joven oficial, que un día también sería llamado a convertirse en canciller federal, se encontraba en un campo de prisioneros de los británicos en Bélgica: se trataba de Helmut Schmidt. Uno de los primeros días de mayo apuntó en su agenda lo siguiente: «Muchos descubren que nunca fueron nazis; unos lo hacen por oportunismo; otros, en cambio, cuando se dan cuenta de ello, se sienten corresponsables de la catástrofe del pueblo alemán».[375] ¿Y qué sentía Helmut Schmidt?

Tras obtener el título de bachillerato en la Lichtwarkschule en 1937, el joven nacido en diciembre de 1918, hijo de un profesor de instituto de Hamburgo, se alistó de forma voluntaria en la Wehrmacht. En noviembre de 1937 empezó a prestar servicio en una batería antiaérea en el distrito de Vegesack, en Bremen: «Gracias a Dios, por fin estamos en la única corporación decente», diría más tarde al recordar los dos años que pasó de recluta.[376] La identificación de Schmidt en sentido positivo con la Wehrmacht, que supuestamente se mantuvo libre de la influencia ideológica del nacionalsocialismo, duraría hasta el final de la guerra e incluso después.

Schmidt aceptó el inicio de la Segunda Guerra Mundial «como un acontecimiento natural». Como reconocería viendo las cosas con mirada retrospectiva, mientras que, por una parte, había rechazado el nacionalsocialismo y esperaba que «la guerra tuviera un mal final», por otra, no había puesto en duda en ningún momento su deber «de responder por Alemania como soldado».[377] Hasta dónde llegó su rechazo del nacionalsocialismo y si, en efecto, ya estaba convencido de la derrota de la Alemania de Hitler en una fecha tan temprana es algo que resulta difícil de confirmar. Aunque durante la guerra sus superiores habían certificado en repetidas ocasiones una cierta arrogancia en su comportamiento, lo cierto es, por lo demás, que habían observado en él una «conducta nacionalsocialista irreprochable».[378]

Tras su ascenso a teniente en la reserva, Schmidt fue trasladado en otoño de 1940 a la Inspección Superior de Instrucción IV de artillería antiaérea en la Knesebeckstrasse de Berlín y, desde allí, fue enviado de forma esporádica como instructor a la Escuela de Artillería Antiaérea II de Stolpmünde. Él, sin embargo, lo que ansiaba era ser destinado al frente: «Pero, a diferencia de la mayoría de los soldados que se veían por las calles de Berlín, me avergonzaba de no poder lucir ninguna medalla al valor en mi uniforme, pues no había participado en ninguna campaña. Fue así como, insatisfecho por la guerra de gabinete sin perspectivas de gloria que me veía obligado a hacer en Berlín, solicité ser trasladado a alguna unidad de combate».[379]

A finales de agosto de 1941 lo consiguió: Schmidt voló hasta el Frente Oriental en un Ju 52 para integrarse en el Grupo de Ejércitos Norte. Como jefe de patrulla, se puso al mando de una división de artillería antiaérea ligera de la Luftwaffe, que combatía en la misma formación que la 1.ª División Acorazada y que contribuía a estrechar el cerco de Leningrado. El deseo de Hitler era que la ciudad del Nevá no fuera ocupada, sino que se la dejara morir de hambre. Hasta enero de 1944, cuando el Ejército Rojo logró por fin romper el bloqueo, cerca de un millón de personas cayeron víctimas de aquel proyecto de exterminio puesto en práctica con el mayor cinismo.[380]

La unidad de Schmidt participó también en la ofensiva contra Moscú, que dio comienzo a primeros de octubre y que dos meses después quedó paralizada a las puertas de la capital soviética. La ofensiva del Ejército Rojo obligó a las tropas alemanas a emprender la retirada. La Operación Barbarroja, la campaña contra la Unión Soviética planeada para que durara pocos meses, había fracasado. Aquel fue el punto de inflexión decisivo de la Segunda Guerra Mundial. Resumiendo sus experiencias en el Frente Oriental cuando estaba ya en el campo de prisioneros, Schmidt anotó en su agenda a propósito de los últimos meses de 1941: «Primera grieta en mi confianza personal en el Führer».[381] Eso solo podía querer decir que durante los años anteriores él también, como la inmensa mayoría de los alemanes, había depositado su confianza en Hitler o que, al menos, lo había salvado de la crítica que había hecho al nacionalsocialismo.

En enero de 1942 la misión de Schmidt en el frente llegó a su fin. El 1 de abril, habiendo sido ascendido a teniente, el joven de veintitrés años regresó a su antiguo puesto en la Knesebeckstrasse de Berlín, donde tuvo que

elaborar de nuevo las instrucciones de manejo y de disparo de las piezas de artillería ligera antiaérea. Desde Bernau, donde había sido trasladado su departamento tras el bombardeo sufrido por Berlín en julio de 1943, Schmidt fue enviado a primeros de septiembre de 1944 al Tribunal del Pueblo para asistir a una vista del proceso contra los conjurados que habían participado en el atentado del 20 de julio. Para el joven oficial aquella repugnante farsa se convirtió en una experiencia clave: solo entonces, dijo en una conversación mantenida en 2010 con el historiador Fritz Stern, comprendió que los nazis eran unos criminales. Y añadió: «Demasiado tarde».[382]

Pocas semanas después, Schmidt fue denunciado por «minar la moral de las fuerzas armadas»: había soltado un comentario despectivo acerca de Hermann Göring. Su superior, el teniente general Heino von Rantzau, que era un hombre comprensivo, se encargó de que fuera trasladado al Frente Occidental y de dar carpetazo a las investigaciones. En enero de 1945, cuando Schmidt llegó a su segundo destino en el frente, en la región del Eifel, y asumió el mando de una batería antiaérea, ya había fracasado la ofensiva de las Ardenas, el último intento de Hitler de revertir la situación, y las tropas alemanas se hallaban en retirada. A finales de marzo de 1945 su batería fue destrozada por completo por los estadounidenses; el resto de los integrantes de su unidad intentaron rodear las líneas estadounidenses en pequeños grupos y colarse entre ellas para regresar a su patria. Schmidt recorrió a pie durante tres semanas enteras quinientos kilómetros en dirección norte junto con dos compañeros, hasta que el 24 de abril fue sorprendido mientras dormía por unos soldados británicos en un bosque cerca de Soltau y, consecuentemente, fue hecho prisionero.[383]

Al principio el prisionero pareció sospechoso de pertenecer al cuerpo de guardianes del campo de concentración de Bergen-Belsen, situado en las inmediaciones y liberado unos días antes por los ingleses. Una vez aclaradas las sospechas, Schmidt fue trasladado al campo de prisioneros de Jabbeke, cerca de Brujas, que solo admitía oficiales alemanes. En sus anotaciones de los primeros días y semanas de cautiverio intentó hacerse una idea clara de su situación. Como muchos individuos de su generación, se dio cuenta de que Hitler y sus compinches habían abusado de lo que él había considerado que era su «deber como soldado».[384] Durante muchas décadas se cerraría en banda a admitir la idea de que había prestado servicio

para una organización como la Wehrmacht, que había perpetrado gravísimos crímenes de guerra y sin cuya participación no habría sido posible el asesinato de los judíos de las zonas de Europa oriental ocupadas por los alemanes. Solo así se explica su reacción de enérgico rechazo, incluso en la década de 1990, a la exposición sobre la Wehrmacht organizada por el Institut für Sozialforschung de Hamburgo.[385]

El tiempo que pasó como prisionero de guerra no fue para Schmidt una época inútil. Ante todo, los oficiales más jóvenes del campo tenían la sensación de que necesitaban recuperar el tiempo perdido y estaban llenos de una enorme sed de cultura. Así que organizaron un «taller de formación en toda regla». Schmidt aprobó, entre otros, un curso de contabilidad y tuvo ocasión, además, de refrescar sus conocimientos de inglés: «Soy uno de los que mejor hablan inglés, aparte de los que han estado mucho tiempo en el país», comentaba no sin cierto orgullo.[386] Sobre todo el encuentro con el teniente coronel Hans Bohnenkamp, de cincuenta y dos años, supuso para Schmidt un punto y aparte en su biografía intelectual y política. Según recordaría muchos años después, era a este antiguo catedrático de pedagogía al que debía «los primeros conceptos básicos positivos de lo que es la democracia, el Estado de derecho y el socialismo». Por consiguiente, «hacer[se] socialdemócrata» fue para él algo «casi inevitable».[387]

Al comienzo de su cautiverio Schmidt no había contado con salir libre en poco tiempo: «En mi fuero interno [...] me figuro que serán cinco años».[388] Pero lo cierto es que fue uno de los primeros que salieron libres el 23 de agosto de 1945. Una semana después regresó a su ciudad natal. A finales de año empezó a estudiar economía política en la Universidad de Hamburgo, que acababa de ser abierta de nuevo, y en marzo de 1946 ingresó en la SPD. Pudo así dar comienzo su vertiginosa carrera de posguerra.

Al igual que sus otros compañeros de cautiverio, Schmidt pasó bastante hambre en el campo de prisioneros británico, de modo que, cuando llegó a casa, había adelgazado muchísimo. En comparación con las condiciones reinantes en los campos de prisioneros estadounidenses, aún salió bien librado. Tras la conquista de Renania y la disolución de la bolsa del Ruhr en

la primavera de 1945, el número de soldados de la Wehrmacht que cayeron en manos de las tropas angloestadounidenses se disparó y llegó a ponerse por las nubes. Después de la capitulación del 8 de mayo se añadieron a ellos cientos de miles más, de modo que la cifra total de prisioneros, contabilizando solo los que estaban bajo la custodia de los estadounidenses, ascendía a mediados de 1945 a 3,4 millones de individuos. El ejército estadounidense no estaba preparado para atender a semejante multitud. Se vio obligado, por tanto, a dejar de trasladar a los prisioneros de guerra, como tenía planeado en un principio, a los campos de internamiento de Europa occidental, sobre todo en el norte de Francia, y a alojarlos, en cambio, de manera provisional *in situ* en los Prisoner of War Temporary Enclosures. A lo largo del Rin, en un tramo de más de trescientos kilómetros, se instalaron entre abril y junio de 1945 veinte campos de concentración, que se harían tristemente famosos con el nombre de Rheinwiesenlager [Campos de Concentración de los Prados del Rin].[389]

Los soldados alemanes que se habían entregado de forma voluntaria a los estadounidenses para que los hicieran prisioneros habían dado por supuesto que serían tratados por la potencia vencedora con arreglo a las normas de la Convención de Ginebra. Pero sus ilusiones se verían defraudadas. Los campos de internamiento del valle del Rin solían ser por regla general simples recintos al aire libre rodeados de alambradas a las afueras de una aldea o de una ciudad pequeña. Granjas y fábricas limítrofes eran utilizadas como oficinas o como cocinas y enfermerías. Cada centro estaba dividido en otros diez o veinte *camps* o *cages*, en cada uno de los cuales se hacinaban entre cinco mil y diez mil prisioneros. Solo unos pocos —mujeres, generales, enfermos de gravedad— disponían de alojamientos permanentes; la inmensa mayoría tenía que contentarse con simples entoldados, con excavar un agujero en el suelo o acampar a cielo abierto. La primavera de 1945 fue en general cálida y soleada; solo a finales de abril y primeros de mayo hubo fuertes lluvias y los campamentos se convirtieron en simples barrizales. «Millares de pies arrastrándose de mala manera por los campos empapados de agua, y chapoteando en el fango más compacto convertido en una especie de papilla».[390]

Durante los primeros días de cautiverio, los prisioneros no dispusieron apenas de nada para comer, e incluso cuando, a lo largo del mes de mayo, las provisiones fueron poco a poco mejorando, las raciones que les daban

casi no eran suficientes para calmar mínimamente su hambre voraz. «El hambre es un medio diabólico de reducir al hombre al nivel de una bestia. Si antes la cosa iba de cruces y de medallas, ahora solo va de cortezas de pan». Así describía la situación un interno del campo de Bad Kreuznach, famoso por sus pésimas condiciones.[391] En aquellas circunstancias se disolvían los antiguos lazos de camaradería y solidaridad; cada uno pensaba en sí mismo, no en el prójimo. Los hurtos estaban a la orden del día y, cuando las mujeres de los alrededores se compadecían y arrojaban por encima de la valla a los desgraciados algo de comer, se producían lamentables escenas de peleas.

La responsabilidad de los Rheinwiesenlager estaba en manos de una sola unidad estadounidense, la 106.ª División de Infantería. Como no se encontraba en condiciones de ejercer una vigilancia efectiva debido a la escasez de recursos humanos, delegó la administración interna de los campos en los propios prisioneros alemanes. El grupo de los que desempeñaban las funciones de policía gozaba de algunos privilegios; sus integrantes estaban sobre todo mejor aprovisionados y, por consiguiente, se atraían el odio de los demás.

Prisioneros de guerra alemanes en uno de los Rheinwiesenlager, el de Sinzig, cerca de Remagen. Abril de 1945. akg-images, Berlín

Desde el primer momento las condiciones higiénicas fueron inenarrables. Apenas había suministro de agua y al principio no hubo letrinas de ningún tipo, o solo muy primitivas. Cuando llegaron, los prisioneros se hallaban ya en su mayoría muy debilitados, tanto física como moralmente. La desnutrición, la falta de higiene y la insuficiente atención médica dejaron paso a una rápida propagación de las enfermedades. Y, por si fuera poco, la permanente vejación y la incertidumbre sobre la duración de su cautiverio contribuyeron a que hasta los prisioneros más estables desde el punto de vista psicológico sufrieran ataques de claustrofobia. «Seis semanas de barro, lluvia, frío; seis semanas de humillaciones y privaciones; seis semanas siendo un átomo anónimo e insignificante, un grumo sin voluntad ni función, que solo conseguirá mantener su coherencia debido a la

estrechez de este cuadrilátero marcado por la alambrada, han surtido el efecto que se esperaba», comentaría uno de los que lo sufrieron, para añadir después: «El desgaste físico y psicológico aumenta a diario».[392]

Dos semanas después de que acabara la guerra los estadounidenses empezaron ya a liberar a los prisioneros no considerados sospechosos políticamente. A finales de junio de 1945 fueron clausurados los primeros campos. De todos modos, poco después se interrumpieron las liberaciones, porque el Gobierno francés había exigido la entrega de un numeroso contingente de prisioneros de guerra alemanes. La finalidad de todo ello era emplearlos en la realización de trabajos forzados para la reconstrucción del país. Aquello proporcionó a los estadounidenses una manera de quitarse de encima la carga de los Rheinwiesenlager. Antes del 10 de julio los campos que aún estaban en funcionamiento fueron entregados a los franceses. Ya con anterioridad los británicos se habían hecho cargo de los campos existentes en su zona. Antes de finales de septiembre los últimos campos en manos de los franceses y los británicos ya habían sido clausurados. Únicamente el de Bad Kreuznach seguiría siendo utilizado hasta 1948 como centro de tránsito para los prisioneros de guerra que volvían a Alemania procedentes de Francia.

Todavía hoy se discute cuántos de los prisioneros de guerra internados en los Rheinwiesenlager —en total, un millón— perdieron la vida. En un libro de carácter sensacionalista publicado en 1989, *Der geplante Tod*,(29) el periodista canadiense James Bacque defendía la tesis de que los estadounidenses habían dejado morir de forma premeditada a cientos de miles de prisioneros.[393] Sin embargo, los historiadores profesionales han refutado esta afirmación por considerarla en gran medida exagerada. No puede hablarse en absoluto de una mortandad masiva, y menos aún de una matanza planificada de manera consciente. Los cálculos más serios oscilan entre los ocho mil y los cuarenta mil muertos entre los alemanes bajo custodia de los estadounidenses.[394] Comparada con las tasas de mortandad de los campos de prisioneros soviéticos, se trata de una cifra bastante baja. Y la suerte que corrieron los prisioneros de guerra alemanes de los Rheinwiesenlager no puede compararse desde luego con la de los prisioneros de guerra soviéticos que estuvieron bajo custodia de los alemanes. Hasta el final de la guerra, de los cinco millones setecientos mil soldados del Ejército Rojo que cayeron en manos de la Wehrmacht

perdieron la vida más de tres millones; y a la mayoría los dejaron morir de hambre adrede. El historiador Ulrich Herbert habla del «crimen de guerra más grande y más terrible perpetrado por los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial junto con el exterminio de los judíos».[395] En las intenciones de las fuerzas de ocupación estadounidenses no aparecía semejante política de genocidio, aunque el trato que dispensaron a los prisioneros de guerra a veces no estuviera en consonancia con el derecho internacional en materia de guerra.

El teniente Walter Stein, integrado en el VII Ejército estadounidense, no pudo dar crédito a sus ojos cuando el 4 de mayo de 1945 por la tarde, en compañía de dos soldados estadounidenses y de un agente de la policía alemana, entró en la Casa Bergfrieden, en Neuhaus am Schliersee, y se encontró en ella al gobernador general Hans Frank en una tertulia tomando cómodamente café. El temido «carnicero de Polonia» se dejó detener sin oponer resistencia. «Mi carrera al lado de Hitler había llegado a su fin después de casi un cuarto de siglo», escribiría en sus memorias, puestas sobre el papel durante el tiempo que permaneció encarcelado en Núremberg.[396]

De hecho, esa carrera había dado comienzo ya en 1919, cuando el estudiante de derecho en la Universidad de Múnich, de solo diecinueve años, ingresó en la Thule-Gesellschaft y participó en la represión de la República Soviética de Baviera como miembro del Freikorps «Epp».(30) Como militante de la Deutsche Arbeitspartei (DAP), de la que saldría la NSDAP, supo por primera vez quién era Hitler en una asamblea celebrada en enero de 1920 y quedó fascinado por la fuerza de su elocuencia: «Nos hablaba desde el fondo de su corazón y eso era lo que queríamos escuchar».[397] Tras participar en el golpe de Estado protagonizado por Hitler y Ludendorff el 9 de noviembre de 1923, Frank pasó a integrar el exclusivo círculo de los «viejos combatientes» y entabló una estrecha relación de confianza con Hitler, al que representó en numerosos procesos en calidad de asesor jurídico personal antes de 1933. A raíz de la «toma del poder» por los nacionalsocialistas, fue nombrado ministro de Justicia de Baviera y comisario del Reich de Unificación de la Justicia de los diversos estados.

Desde 1934 hasta el final de Tercer Reich desempeñó asimismo la función de ministro sin cartera del Reich.

En octubre de 1939 Hitler recompensó al jurista por excelencia del partido con el cargo de gobernador general de los territorios de Polonia occidental no anexionados al Reich. Desde su sillón de mando en el castillo de Wawel de Cracovia, la antigua fortaleza de los reyes de Polonia, Frank construyó un régimen de terror que ensombreció por completo todas las formas de dominación que los alemanes habían desarrollado hasta ese momento en los países ocupados. «Frank se comporta como un pachá megalómano», anotó en su diario Ulrich von Hassell, antiguo embajador alemán en Roma, a finales de diciembre de 1939.[398]

El gobernador general, subordinado únicamente a la autoridad de Hitler, promulgó desde el primer día numerosas órdenes que en conjunto perseguían una sola finalidad: explotar sin la menor consideración los recursos del país, reducir a los polacos al nivel de una población de ilotas y arrebatarles toda posibilidad de oponer resistencia. «Mi relación con los polacos es en ese sentido la misma que la de la hormiga y el pulgón», hizo saber en enero de 1940.[399] Los que más expuestos se vieron a aquel terror desenfrenado fueron los judíos (un millón setecientos mil) que habían quedado bajo la dominación alemana. Cuatro días después de que Hitler diera luz verde al exterminio de los judíos de Europa en una reunión de todos los Reichsleiter y Gauleiter del Reich, celebrada el 12 de diciembre de 1941, Frank hizo la siguiente declaración ante los colaboradores de la administración del Gobierno General: «Con los judíos…, se lo diré claramente…, hay que acabar con ellos. [...] Señores, debo rogarles que se protejan frente a cualquier sentimiento de compasión. Tenemos que exterminar a los judíos, donde sea que los encontremos y de cualquier modo que nos sea posible».[400] Los tres campos de exterminio de la Operación Reinhardt —Belzec, Sobibor y Treblinka— se encontraban en el territorio del Gobierno General. En ellos fueron asesinadas, en 1942, más personas que en Auschwitz-Birkenau, que por lo general se considera símbolo por excelencia del genocidio.[401]

Hans Frank arrambló sin miramiento alguno con obras de arte y propiedades de todo tipo. Por lo que respecta a su gusto por la fastuosidad y su descarado afán de enriquecimiento personal, tanto él como su esposa, Brigitte, podrían compararse por completo con el corrupto mariscal

Hermann Göring.[402] En agosto de 1944, cuando el Ejército Rojo ya había conquistado dos tercios del territorio del Gobierno General, Frank mandó hacer desaparecer el botín del que se había apropiado. Abandonó el castillo de Wawel el 17 de enero de 1945, un día antes de que las tropas soviéticas tomaran Cracovia. En su fuga se dirigió al castillo del conde Manfred von Richthofen, en Seichau, en la Alta Silesia, pasando primero por Breslavia, y, desde allí, el 23 de enero, continuó hacia Alta Baviera. Aunque el territorio sobre el que ejercía su autoridad ya no existía, Frank creó en Neuhaus, arrabal de la localidad de Schliersee, una «sede exterior del Gobierno General de Polonia». Allí, en la Casa Bergfrieden, reunió asimismo muchas de las pinturas que había robado, entre ellas obras de Leonardo da Vinci, Rembrandt y Rubens.[403] Cuando los soldados estadounidenses detectaron su presencia en la localidad el 4 de mayo, se incautaron de todas las obras de arte que había en la casa. Durante su traslado a la cárcel sufrió malos tratos por parte de los integrantes de la División Rainbow estadounidenses. Los soldados tenían todavía ante sus ojos las espeluznantes imágenes del campo de concentración de Dachau, que acababan de liberar. Frank llevó a cabo varios intentos de suicidio y el 20 de mayo fue conducido a Bad Mondorf (Mondorf-les-Bains), en el gran ducado de Luxemburgo, donde fue internado junto con otros destacados exponentes del régimen nazi, hasta que a finales de agosto de 1945 fue trasladado a los calabozos del palacio de Justicia de Núremberg.[404]

«Dos de la tarde —¡Alarma!—. ¡Los estadounidenses!», anotó en su diario el excanciller federal de Austria, Kurt Schuschnigg, el 4 de mayo de 1945. «Una compañía de vanguardia estadounidense toma el hotel y nos pone bajo su tutela. ¡Hemos sido liberados!».[405] Junto con su esposa y su hija pequeña, Schuschnigg formaba parte de un grupo de ciento treinta y siete «detenidos especiales» de diecisiete países distintos, que durante las primeras semanas de abril habían sido trasladados de varios campos de concentración a Dachau por orden de Himmler. No está del todo claro qué pretendía con ello el Reichsführer de la SS. Evidentemente creía poder utilizar a aquellos rehenes tan ilustres como moneda de cambio para ejercer una mayor presión en sus intentos por conseguir un acuerdo por separado

con las potencias occidentales.[406] Entre los prisioneros extranjeros se encontraban algunas personalidades famosas, como el ex primer ministro francés Léon Blum; el capitán Peter Churchill (supuestamente sobrino de Winston Churchill); un miembro del servicio secreto británico, Sigismund Payne Best, que había sido detenido por los hombres de la SS como presunto autor del atentado perpetrado el 8 de noviembre de 1939 en el Bürgerbräukeller; el general italiano Sante Garibaldi y todos los oficiales de su Estado Mayor; el exministro de la Guerra holandés Jannes Johannes Cornelis van Dijk; el mariscal griego Aléxandros Papagos con la cúpula de su Estado Mayor; el ex primer ministro húngaro Miklós Kállay; y el hijo del regente de Hungría, Miklós Horthy Jr.

Entre los prisioneros alemanes ilustres se hallaban, entre otros, el industrial Fritz Thyssen y su esposa, que habían salido de Alemania en 1933 y que, posteriormente, habían sido detenidos a raíz de la ocupación de Francia; el exministro de Economía del Reich y presidente del Banco del Reich Hjalmar Schacht, así como el exjefe del Estado Mayor General del Ejército Franz Halder, detenidos ambos en relación con el atentado del 20 de julio de 1944; el político católico Hermann Pünder, perteneciente al Partido del Centro, exsecretario de Estado con el canciller del Reich Heinrich Brüning (en octubre de 1945 sucedería a Adenauer como alcalde de Colonia); y el pastor Martin Niemöller, «prisionero personal» de Hitler desde 1938, primero en Sachsenhausen y después en Dachau. A ellos habría que sumar los treinta y seis denominados «detenidos por parentesco», la mayoría de los cuales habían sido encarcelados a raíz del atentado del 20 de julio; entre ellos estaban algunos familiares del conde Claus Schenk von Stauffenberg y de Carl Friedrich Goerdeler.[407]

La noche del 26 al 27 los «detenidos especiales» tuvieron que prepararse para su traslado. Los metieron en cinco autocares y, hacia las 02.00, se pusieron en marcha en dirección al sur. Ninguno de ellos conocía la meta de aquel viaje ni sabía qué destino los aguardaba. Además, sobre todos planeaba la duda más terrible: «¿Iban a liberarnos o nos iban a liquidar en el último minuto?». Así describe en sus memorias Hermann Pünder el dilema que atenazaba sus sentimientos.[408] Entre los prisioneros había corrido el rumor de que el 9 de abril el almirante Wilhelm Canaris, el general Hans Oster y el pastor Dietrich Bonhoeffer habían sido ejecutados en Flossenbürg

y de que ese mismo día había corrido también la misma suerte Georg Elser, uno de los autores del atentado contra Hitler, encarcelado en Dachau.

El convoy iba escoltado por un destacamento de la SS integrado por cincuenta hombres al mando del Obersturmführer Edgar Stiller. La primera parada fue en el campo de concentración especial de Innsbruck.[409] Al cabo de dos días empezaron a ascender el Brennero. Cuanto más se alejaba el convoy de su punto de partida, más nerviosos se ponían los soldados de la SS y más seguridad en sí mismos mostraban frente a ellos los prisioneros. «El miedo y el respeto por la SS se había derretido como la nieve al sol [...]», recordaba en sus memorias la artista de cabaret Isa Vermehren, que junto con su familia era una de las «detenidas por parentesco» a raíz de que su hermano, el agente del servicio de contraespionaje en Estambul Erich Vermehren, se pasara a los británicos en 1944. «Era evidente, en cambio, que en aquellas horas los hombres de la SS habían empezado a sentir que no tenían bajo los pies ninguna tierra en que apoyarse. En el momento en el que arrancaron de sus manos el espejo del miedo que les teníamos y, con él, la conciencia del poder que detentaban, se hizo patente que perdían buena parte de su seguridad y del dominio de sí mismos. Permanecían todo el día en segundo plano, ponían cara displicente cuando alguien se cruzaba con ellos y fingían que todo lo que estaba pasando formaba parte de sus planes, cuya ejecución no se veía afectada lo más mínimo por ello, sino más bien favorecida».[410] Evidentemente, los hombres de la SS no sabían qué hacer con aquellos prisioneros ilustres. Parece que no les habían dado ninguna orden clara. «En varias ocasiones los vimos reunidos ahí de pie, hablando en voz baja, comprobando despachos y listas y pasándoselos unos a otros», observó Hermann Pünder.[411]

El 29 de abril el convoy llegó a la localidad surtirolesa de Niederdorf, en la Val Pusteria. Mientras que buena parte de los soldados de la SS se alejaron, al parecer con el fin de buscar dónde alojarse, aunque en realidad lo hicieron para llenar la panza, los prisioneros se quedaron aguardando su regreso en los autocares. Después de varias horas de angustiosa espera, decidieron por su propia cuenta dirigirse al pueblo, sin que los pocos soldados que se habían quedado para vigilarlos se lo impidieran. Indudablemente, daban por perdida la partida.[412] En medio de la confusión generalizada fue el coronel Bogislaw von Bonin el que tomó la

iniciativa. Exjefe de la Sección Operativa del Alto Mando del Ejército (Oberkommando des Heeres; OKH, por sus siglas en alemán), Von Bonin había sido detenido, a instancias del propio Hitler, en enero de 1945 junto con dos colaboradores suyos por incumplimiento de una «orden del Führer» y había sido enviado al campo de concentración de Dachau. Una vez en el pueblo, en un momento en el que nadie lo observaba, Von Bonin logró establecer contacto telefónico con el general Hans Röttiger, jefe del Estado Mayor General del Grupo de Ejércitos C en Bolzano, el cual le prometió enviar de inmediato una compañía de soldados al mando del capitán Wichard von Alvensleben. El 30 de abril por la tarde, cuando estaban en el salón de una fonda, en presencia de Stiller, el jefe del convoy, el coronel Von Bonin comunicó que en adelante los prisioneros se hallaban bajo la protección de la Wehrmacht.[413] El 1 de mayo todo el grupo fue conducido al hotel para esquiadores Pragser Wildsee, situado a mil quinientos metros de altura. Previamente el pelotón de vigilantes de la SS había puesto pies en polvorosa.

El 4 de mayo, el día de su liberación final, se ofreció a los ojos de los «detenidos especiales» un espectáculo totalmente distinto: «Se había congregado en el patio una multitud enorme de vehículos militares, grandes y pequeños, todos pintados de verde y todos luciendo la estrella de las fuerzas armadas de los Aliados. A la entrada del hotel y en el salón, un gran ir y venir de soldados, una avanzadilla del V Ejército estadounidense [...]». Lo primero que llamó la atención a Isa Vermehren fue la actitud desenvuelta de los militares estadounidenses. «Los soldados estaban plantados ahí por todas partes o sentados en cualquier silla, con las piernas abiertas o apoyadas en la mesa, todos con las manos metidas en los bolsillos, y más de uno con un cigarrillo entre los labios; en muchos de ellos, el único movimiento que se percibía era el lento subir y bajar de la mandíbula inferior mientras masticaban chicle».[414]

La alegría de los prisioneros por haber sido salvados de la violencia de la SS no duraría mucho, pues al cabo de dos días un general estadounidense les comunicó que tenía órdenes de conducirlos al sur de Italia. En un convoy formado por cuarenta jeeps, se pusieron en marcha hacia Verona cruzando los puertos alpinos cubiertos de nieve. Allí estaban ya aguardándolos cinco aviones, encargados de trasladarlos a Nápoles. Desde la ciudad del Vesubio

los llevaron a Capri, donde los miembros alemanes de aquella comunidad internacional de prisioneros fueron alojados en el hotel Paradiso y sometidos a un exhaustivo interrogatorio. Habrían de pasar todavía cuatro semanas antes de que Isa Vermehren pudiera volver a pisar su tierra natal en Frankfurt. «Esos quince días en Frankfurt fueron la experiencia más difícil y penosa de nuestro regreso a la patria. Finalmente, el pesado telón que había caído sobre este país durante los últimos doce años había sido levantado, y ahora podían contemplarse sin tapujos todas las atrocidades que se habían cometido detrás de él».[415]

5 DE MAYO DE 1945

El 5 de mayo Dönitz convocó en su despacho a sus colaboradores más estrechos, el ministro de Asuntos Exteriores (Schwerin von Krosigk) y el exministro de Armamento (Speer). El punto más importante del orden del día era el siguiente: «Discusión sobre la formación del Gobierno y los miembros del gabinete».[416] En un principio, el gran almirante se había mostrado inseguro sobre si la formación oficial de un Gobierno habría tenido propiamente alguna utilidad, dadas sus escasas posibilidades de resultar eficaz. Sin embargo, Schwerin von Krosigk había logrado convencerlo de su necesidad. Solo mediante la ocupación de los cargos vacantes podrían acometerse los problemas cotidianos más urgentes y eso significaba ante todo aliviar la miseria de los refugiados, asegurar el suministro de productos alimenticios a la población y volver a poner en marcha los medios de transporte y las actividades económicas. Se decidió, por tanto, instituir un «Gobierno de gestión», cuya presidencia asumiría Schwerin von Krosigk, que rechazó, sin embargo, el título de canciller del Reich, que Dönitz quería concederle, aceptando en su lugar el nombre de «ministro principal». Para subrayar el carácter provisional del nuevo Gobierno, los ministros no fueron designados oficialmente como tales, sino que se les encargó solo la «gestión de los asuntos».[417]

Para la elección de los ministros habría debido ser decisiva únicamente la cualificación técnica. Pero, de hecho, Schwerin von Krosigk se contentó con recurrir a los ministros y secretarios de Estado que, a finales de abril de 1945, se habían replegado al «sector Norte», y entre ellos incluso a algunos personajes muy comprometidos políticamente. Él mismo asumió, además del cargo de ministro de Asuntos Exteriores del Reich, también el puesto de ministro de Finanzas, que había desempeñado ininterrumpidamente desde 1932. Tenía a su lado a dos secretarios de Estado: Friedrich Wilhelm

Kritzinger, que ya había prestado servicios como secretario de Estado a las órdenes de Hans Heinrich Lammers, jefe de la Cancillería del Reich, y Gustav Adolf Steengracht von Moyland, que a finales de marzo de 1943 había sucedido a Ernst von Weizsäcker como secretario de Estado en el departamento de Asuntos Exteriores. Este último debía su carrera a Joachim von Ribbentrop, que en 1936 se lo había llevado consigo cuando fue nombrado embajador en Londres y que, cuando accedió al cargo de ministro de Asuntos Exteriores del Reich en 1938, lo había llamado a su departamento en calidad de secretario de legación.[418]

La gestión del Ministerio del Interior y del Ministerio de Cultura fue encargada a Wilhelm Stuckart. Doctor en jurisprudencia, su participación como secretario de Estado del Ministerio del Interior a las órdenes de Wilhelm Frick había sido determinante para la redacción de las Leyes de Núremberg de 1935 y los decretos promulgados a continuación. Había elaborado el borrador de la Ley de Reunificación de Austria y el Reich alemán y el del decreto de institución del Protectorado de Bohemia y Moravia. El 20 de enero de 1942 fue uno de los participantes en la Conferencia de Wannsee, en la que el jefe de la Dirección General de Seguridad del Reich, Reinhard Heydrich, había conseguido el compromiso de los representantes de las máximas autoridades del Estado con el programa de «solución final del problema judío». Aquel servidor sin escrúpulos de la administración había prestado servicio también como mano derecha de Heinrich Himmler, sucesor de Frick como ministro del Interior del Reich desde agosto de 1943, y había sido recompensado con el cargo de Obergruppenführer de la SS.[419]

Una carrera igualmente carente de escrúpulos tenía tras de sí Herbert Backe, al que Schwerin von Krosigk confió la gestión de los asuntos del Ministerio de Alimentación, Agricultura y Bosques. Licenciado en la Escuela de Agronomía, había sido nombrado en octubre de 1933 secretario de Estado de Alimentación y Agricultura a las órdenes de Walter Darré. En el desempeño de esa función fue uno de los principales responsables del Plan del Hambre ideado en la primavera de 1941, que preveía con absoluta frialdad la muerte de treinta millones de civiles en los territorios ocupados de la Unión Soviética. «Sabes que casi no hay en Alemania otro como yo, que siempre haya actuado según lo dispuesto por el Führer», escribió por

entonces en una carta a su esposa.[420] Tras la excedencia concedida a Darré en mayo de 1942, Backe fue nombrado su sucesor con carácter interino y, en abril de 1944, asumió ya oficialmente la dirección del ministerio. Hitler lo confirmaría en dicho cargo en su testamento.[421]

Al lado de Backe, en el Gobierno Dönitz, estaba, en calidad de secretario de Estado, Hans-Joachim Riecke, diplomado asimismo en la Escuela de Agronomía, que había ingresado muy pronto en la NSDAP. Como jefe del departamento principal de Alimentación y Agricultura, integrado en el Estado Mayor para la Economía del sector Este organizado por Göring, participó también en la sanguinaria planificación de la explotación económica de los territorios soviéticos ocupados. Cuando Backe relevó en su puesto a Darré, Riecke fue nombrado secretario de Estado del Ministerio de Alimentación y Agricultura. El hecho de que Backe se lo llevara consigo a Flensburgo demuestra lo bien que funcionaba el sistema de enchufes.[422]

Julius Heinrich Dorpmüller, que tenía ya setenta y cinco años y que fue confirmado por Schwerin von Krosigk como ministro de Transportes y al que consideró asimismo para que ocupara el puesto de ministro de Correos, tampoco era, ni mucho menos, el tecnócrata apolítico por el que a menudo se le ha tenido después de 1945. En febrero de 1938 Hitler lo incluyó en el gabinete como ministro de Transportes después de que, en un llamamiento a los ferroviarios lanzado en marzo de 1933, se confesara ya seguidor incondicional del «Gobierno nacional» cuando solo era director general de los ferrocarriles. En cualquier caso, no ingresó en la NSDAP hasta tres años después. Durante la guerra se dedicó con extraordinaria energía a satisfacer las exigencias de la Wehrmacht y a facilitarle el uso de los ferrocarriles del Reich. Y fue corresponsable del traslado de los judíos de toda Europa a los campos de exterminio del este. Lo mismo o más cabría decir de su secretario de Estado, Albert Ganzenmüller. En una carta de 13 de agosto de 1942, Karl Wolff, Obergruppenführer de la SS, le daría las gracias por la ayuda prestada en la matanza de los judíos: «Con especial alegría he tenido conocimiento de su intervención para que desde hace ya quince días haya un tren a diario que transporte a Treblinka a cinco mil miembros del pueblo elegido en cada uno, y para que de ese modo estemos en condiciones de llevar a cabo ese traslado de población a un ritmo acelerado».[423]

Tampoco estaba libre de culpa Franz Seldte, que siguió dirigiendo los asuntos del Ministerio de Trabajo del Reich y que también asumió el nuevo puesto de ministro de Asuntos Sociales. Tras prestar servicio como voluntario en la guerra de 1914, durante la cual perdió un brazo en la batalla del Somme, había fundado en diciembre de 1918 la asociación Stahlhelm, Bund der Frontsoldaten, de la que era presidente, y que convirtió en un duro movimiento de oposición a la República de Weimar. En 1929, junto con el presidente del Partido Nacional del Pueblo Alemán (DNVP, por sus siglas en alemán), el magnate de los medios de comunicación Alfred Hugenberg, y el presidente de la NSDAP, Adolf Hitler, participó en la campaña contra el Plan Young y, en octubre de 1931, formó parte asimismo de la coalición de la derecha antidemocrática llamada Frente de Hazburg. En el juego de intrigas que rodeó el nombramiento de Hitler como canciller del Reich en enero de 1933, Seldte desempeñó, junto con Franz von Papen y Hugenburg, un destacado papel. En agradecimiento, entraría a formar parte del «Gobierno de concentración nacional» en calidad de ministro de Trabajo del Reich. Permaneció en el cargo hasta el final de la guerra. Como han demostrado las investigaciones más recientes, su ministerio participó en el régimen nazi y en sus crímenes, entre otras cosas facilitando el reclutamiento de trabajadores forzosos en los países ocupados de Europa, con más intensidad de lo que se había supuesto.[424]

El hecho de que Albert Speer formara parte también del «Gobierno de gestión» era hasta cierto punto muy lógico. El antiguo favorito de Hitler se había unido al cuartel general de Dönitz ya el 30 de abril y, desde ese mismo día, se había mantenido permanentemente cerca del gran almirante con la idea de echar los cimientos de su futura carrera durante la posguerra. Ahora se le encargó la gestión de los asuntos referentes a la economía y a la producción en calidad de ministro del Reich. Lo elevado de su posición queda patente por el hecho de que, al cabo de unos días, abandonara el alojamiento común a bordo del buque de pasajeros Patria para trasladarse al castillo de Glücksburg, situado en medio del agua, a pocos kilómetros de distancia, que puso a su disposición el duque de Mecklemburgo. Allí se instaló cómodamente, junto con sus ayudantes de campo (Manfred von Poser y Karl Cliever) y sus secretarias (Annemarie Kempf y Edith

Maguira). Cada mañana mandaba a su chófer que lo condujera a Flensburgo para participar en la sesión del consejo de ministros.[425]

La dirección propiamente dicha del departamento de Economía fue asumida por Otto Ohlendorf. Lo que no podía ignorar casi ningún miembro del Gobierno Dönitz era que Ohlendorf, Gruppenführer de la SS, había dirigido, desde el comienzo de la Operación Barbarroja, en junio de 1941, hasta junio de 1942, la Einsatzgruppe(31) D, encargada de actuar en el sur de la Unión Soviética y responsable del asesinato de al menos noventa mil personas. Era, por tanto, uno de los criminales de guerra más comprometidos.[426] Ohlendorf, además de actuar como jefe de departamento de la Dirección General de Seguridad del Reich, encargado de las «noticias del Reich», esto es, los informes secretos sobre la opinión pública elaborados por el Servicio de Seguridad (SD), había sido también, desde 1943, director ministerial y vicesecretario de Estado del Ministerio de Economía del Reich, a las órdenes de Walther Funk. Como tal se había ocupado, entre otras cosas, de la planificación de la economía después de la guerra, lo que a todas luces hacía que, según Speer, estuviera totalmente cualificado para su nueva tarea en Flensburgo.

Ohlendorf no se limitó a poner a disposición de Dönitz sus conocimientos como experto en economía, sino que le propuso utilizar a su vez a los componentes de su departamento que habían logrado escabullirse y huir con él al «sector Norte», como base para un nuevo servicio alemán de espionaje. La «oficina de inteligencia», creada unos días después, se encargaría, como decía un decreto, tanto de reunir y valorar todas las informaciones políticas, económicas y militares provenientes del interior del país y del extranjero como de editar y propagar los comunicados y las disposiciones del Gobierno. En contraposición a la escasez de personal de los otros departamentos ministeriales, la «oficina de inteligencia» disponía de una numerosa plantilla: constaba de cincuenta y nueve funcionarios y oficiales, a los que había que sumar ciento setenta suboficiales, soldados rasos y empleados administrativos. Esto es, el personal del «Gobierno de gestión de los asuntos» estaba formado en su mayoría por miembros del SD, pertenecientes a la Dirección General de Seguridad del Reich (RSHA).[427]

En definitiva, no se podía hablar en absoluto de un nuevo comienzo. Resultaba evidente más bien que se trataba de una continuidad casi

ininterrumpida de los jerarcas nacionalsocialistas. Por consiguiente, en esas condiciones, no cabía ni siquiera contar con que los Aliados pudieran aceptar al «Gobierno de gestión de los asuntos» de Flensburgo como un socio con el que entablar negociaciones serias.

El 5 de mayo de 1945 por la mañana el locutor de la radio checa comenzó la programación con una curiosa mezcla de lenguas, hablando mitad en checo y mitad en alemán: «Je sechs hodin» («Son las seis»). A partir de ese momento solo dijo la hora en checo. De ese modo ignoraba de manera consciente el mandato del director alemán de la radio, que decía que en adelante todos los programas de la emisora serían bilingües. Comenzó así la insurrección de Praga, que habría de poner fin a la dominación alemana en el Protectorado de Bohemia y Moravia.[428]

Desde el verano de 1944, cuando empezó a perfilarse la derrota militar de la Alemania de Hitler, había surgido entre la población checa una oleada de resistencia cada vez mayor. Los atentados de los partisanos contra las líneas férreas y otros objetivos importantes menudeaban. El ministro de Estado Karl Hermann Frank, que además era jefe supremo de la SS y ministro de la Policía del Protectorado, reaccionó con un aumento de la represión. Los checos debían ser intimidados por medio de castigos ejemplares y amenazas masivas, con el fin de que no se sumaran a la insurrección. «Cualquier intento de provocar alborotos en el interior [...] será sofocado desde el primer momento», hizo saber Frank en un llamamiento público el 8 de abril de 1945. «En el Protectorado reina la calma y el orden, la autoridad sigue intacta, tiene nervios de acero y la firme voluntad de no dar nada, pero lo que se dice nada, por perdido, y de no renunciar a nada».[429]

No obstante, a finales de abril de 1945, el desorden aumentó en casi toda Bohemia y en Moravia. El cerco por parte del Ejército Rojo al que se vio sometida Berlín y el rápido avance de las tropas de los Aliados por el oeste constituían una inequívoca señal de que el final de la guerra estaba al alcance de la mano. El 30 de abril por la noche el ministro de Estado Frank se dirigió a los «conciudadanos checos» en una transmisión de Radio Praga: las emisoras hostiles y las octavillas lanzadas por el enemigo, dijo, estaban soliviantado al pueblo checo «utilizando todos los medios del arte de la

seducción» con el fin de «atacar por la espalda al Reich inmerso en el combate». Seguir esas consignas no haría más que conducir al caos y a la guerra civil. Frank avisó para que nadie especulara con la debilidad de los ocupantes: «Las armas alemanas están cargadas y no fallarán cuando disparen para exterminar a los que siembran el desorden».[430] En cualquier caso, Frank no se hacía ilusiones con respecto a la explosiva situación que se estaba viviendo. Durante el rodeo que tuvo que dar para llegar a Flensburgo el 3 de mayo, él mismo pidió que se levantara acta de que el Protectorado se hallaba «en vísperas de la revolución» y de que no sería posible «pararla ni militar ni políticamente».[431] Durante la noche del 4 al 5 de mayo el ministro de Estado regresó a Praga. Su predicción se haría realidad más deprisa de lo que él mismo había vaticinado.

El 5 de mayo, electrizados por la emisión matutina de la radio, los ciudadanos de Praga salieron en tromba a las calles. Los textos en alemán escritos en los paneles y en los carteles fueron eliminados y en los edificios públicos fueron izadas banderas checas. En las oficinas estatales los empleados checos tomaron el control y detuvieron a sus superiores alemanes. Al mismo tiempo, grupos de manifestantes empezaron a desarmar a los soldados y a los civiles alemanes. Hacia el mediodía se desataron intensos combates alrededor de los edificios de la radio. A las 12.33 el locutor volvió a ponerse ante los micrófonos y lanzó una llamada de socorro: «¡Todos a la radio checa! ¡Aquí están matando a tiros a ciudadanos checos! ¡Venid lo más deprisa que podáis! ¡Venid a ayudarnos!».[432] Aquella fue la señal para que se desencadenara la insurrección armada. Poco después de las 18.00 Radio Praga estaba en manos de los sublevados, y el Consejo Nacional Checo —organización compuesta por diversos grupos de la Resistencia que habían formado una coalición a finales de febrero de 1945— se dirigió a la población en una alocución pública: según hizo saber, como «representante del movimiento revolucionario del pueblo checo», el Consejo Nacional asumía ese mismo día la dirección de la República de Checoslovaquia; el Protectorado había dejado de existir.[433] A las 23.00, los habitantes de Praga fueron exhortados a levantar barricadas en todos los rincones de la ciudad con el fin de rechazar el esperado contraataque de las tropas alemanas. El llamamiento tuvo un eco extraordinario. Cuando amaneció el 6 de mayo, se

habían levantado alrededor de mil seiscientas barricadas en los barrios de la ciudad controlados por los insurrectos.[434]

Una de las muchas barricadas levantadas en la noche del 5 al 6 de mayo de 1945 durante la insurrección de Praga. IMAGNO/Votava/dpa Picture-Alliance, Frankfurt

Las unidades de la SS y de la Wehrmacht acantonadas en Praga se vieron sorprendidas por el estallido de la insurrección. Al principio se limitaron a mantener sus posiciones. Desde el primer momento, el comandante en jefe de la Waffen-SS en Bohemia y Moravia, el conde Carl Friedrich von Pückler-Burghauss, Gruppenführer de la SS, no permitió que cupiera la menor duda de que estaba dispuesto a reprimir la rebelión con todas sus fuerzas. El 5 de mayo por la noche envió un mensaje por radio al cuartel general del comandante supremo del Grupo de Ejércitos Centro, el mariscal Ferdinand Schörner, en el que reclamaba el bombardeo del centro histórico

de Praga: «Muchas bombas incendiarias. Tiene que arder el nido entero». [435]

El 6 de mayo por la mañana las tropas de combate de la Waffen-SS, entre las cuales estaba el 4.º Regimiento de granaderos acorazados, responsable de la matanza perpetrada en la localidad francesa de Oradour-sur-Glane en junio de 1944, empezaron a ponerse en movimiento hacia los distritos periféricos de Praga. En su avance cometieron numerosas atrocidades, por ejemplo, utilizaron a civiles como escudos humanos. Al mismo tiempo, aviones alemanes se dedicaron a lanzar octavillas en las que ponían a los habitantes de Praga en la tesitura de escoger «entre la lucha, la destrucción y un derramamiento absurdo de sangre, por un lado, y la calma, el orden y el mantenimiento del bienestar hasta la creación de un nuevo ordenamiento, por otro».[436]

La noticia de la insurrección de Praga no llegó a Flensburgo hasta las 10.00 del día 6 de mayo. Dönitz dio inmediatamente al Grupo de Ejércitos Centro la orden de «retirarse lo más al oeste que pudiera y con la mayor celeridad, salvando al mayor número posible de soldados alemanes».[437] El día antes, el mariscal Schörner había conminado a sus soldados a «no perder los nervios en estos días dificilísimos para nuestro Reich y [a] no ser cobardes. [...] Nuestra disciplina y las armas que tenemos en las manos son para nosotros la garantía de que saldremos de esta guerra con decencia y valentía».[438] Ahora, sin embargo, se apresuró a obedecer enseguida la orden de retirada que había recibido. Pero para ello primero había que liberar combatiendo con las armas las rutas y los medios de transporte que conducían más allá de Praga, razón por la cual Schörner instó a las unidades de la SS que avanzaban hacia la capital checa a que se apresuraran. Se desencadenaron duros combates en las calles de acceso al centro de la ciudad. La situación de los insurrectos se volvió crítica. Habían cifrado sus esperanzas en el III Ejército estadounidenses del general Patton, que el día 6 de mayo ya había conquistado la ciudad de Pilsen, en Bohemia occidental, esto es, se encontraba solo a un centenar escaso de kilómetros de distancia de Praga. Lo que no sabían era que los estadounidenses habían acordado con las autoridades soviéticas trazar una línea de demarcación que discurría a unos setenta kilómetros de la capital checa, y el comandante en jefe de las

fuerzas de combate aliadas, el general Eisenhower, estaba decidido a atenerse estrictamente a dicho pacto.[439]

No obstante, los insurrectos recibieron ayuda de quien menos lo esperaban. En noviembre de 1944 los alemanes habían puesto en pie una tropa de voluntarios soviéticos, llamada Ejército de Vlásov, por el nombre de su comandante en jefe, el teniente general Andréi Vlásov, con el cometido de apoyar a la Wehrmacht en su lucha contra la Unión Soviética. A mediados de abril de 1945, la 1.ª División Vlásov, compuesta en total por veinte mil hombres, al mando del general Sergéi Kúzmich Buniachenko, había sido trasladada al Protectorado. El 6 de mayo, sin embargo, estas fuerzas rusas decidieron cambiar de bando y participar en la lucha en favor de los insurrectos. «Los soldados rusos que combatimos por la libertad de nuestra nación rusa contra el aumento de la esclavitud del bolchevismo no podemos permanecer al margen de esta lucha de la nación checa», decía una de sus octavillas.[440] A continuación, el general Buniachenko exponía otra serie de razones totalmente egoístas. Pensaba que apoyando la insurrección mejorarían sus posibilidades y las de sus soldados de librarse de ser hechos prisioneros por el Ejército Rojo. Evidentemente, por lo pronto no estaba al tanto de que los estadounidenses iban a detener su avance en Bohemia occidental para dejar la liberación de Praga en manos de las tropas soviéticas. El 6 de mayo a mediodía, dividida en tres columnas y provista de vehículos blindados y cañones, la división de Buniachenko entró en la ciudad. Consiguió detener el ataque de la Waffen-SS y echarla de nuevo de algunos barrios.

En el Consejo Nacional Checo la intervención de los hombres de Vlásov no dejó de suscitar discrepancias. Los miembros comunistas del consejo veían en ellos a un hatajo de traidores a la Unión Soviética y a Stalin. Finalmente solo a la fuerza acordaron aceptar su ayuda, aunque impusieron la condición de que el 7 de mayo por la mañana Radio Praga hiciera pública una declaración en la que dijera que «las acciones del general Vlásov contra las fuerzas armadas alemanas» debían ser consideradas «un asunto exclusivamente interno de sus unidades» y que el Consejo Nacional Checo no había «concluido ningún acuerdo político con ellas».[441] El general Buniachenko montó en cólera y cuando, por la noche, se tuvo noticia de que los estadounidenses habían detenido su avance hacia Praga, dio a su

división la orden de retirarse hacia el oeste. Solo se quedaron en Praga unos pocos centenares de sus hombres, que continuaron combatiendo al lado de los checos.

El 8 de mayo por la mañana los combates todavía duraban en Praga. Hacia las 11.00, el representante plenipotenciario de la Wehrmacht ante el ministro de Estado de Bohemia y Moravia, el general Rudolf Toussaint, y unos delegados del Consejo Nacional Checo entablaron negociaciones para la conclusión de un armisticio. Después de un tenso tira y afloja, a las 16.00 unos y otros llegaron a un acuerdo que regulaba la retirada de Praga y sus alrededores de todas las fuerzas armadas alemanas, con los miembros de la Waffen-SS y de la policía, sin que se les pusieran obstáculos. Además, se acordó que las mujeres y los niños alemanes fueran puestos bajo la protección de la Cruz Roja Internacional, «siempre y cuando no se retiraran de Praga junto con las unidades del ejército».[442] En la noche del 8 al 9 de mayo el ministro de Estado Frank, junto con su familia, abandonó su residencia oficial, el palacio Černín, y se entregó a los estadounidenses. A primeros de agosto de 1945 sería trasladado de nuevo a la capital checa y, en mayo de 1946, al término de un proceso, sería ahorcado en el patio de la prisión de Pankrác.[443]

El 9 de mayo por la mañana el Ejército Rojo entró en la ciudad ya liberada. «Gran entusiasmo en las calles. Se oyen vivas y vítores. Cientos de manos se levantan y hacen gestos de saludo. [...] Se desatan arranques de júbilo cada vez que llega uno de esos tanques gigantescos», anotó en su diario un ciudadano de Praga para describir aquel momento.[444] Totalmente distinta había sido la reacción de la ciudad cuando el 15 de marzo de 1939 la Wehrmacht había hecho su entrada en la capital checa.

Los integrantes del grueso del Grupo de Ejércitos Centro fueron hechos prisioneros de guerra por los soviéticos tan pronto como, el 8 de mayo a medianoche, entró en vigor la rendición incondicional de todas las fuerzas alemanas. Su último comandante en jefe, el mariscal Schörner, que hasta el último momento había exigido a sus tropas mantener una disciplina férrea, se largó en un Fieseler Storch Fi en dirección a los Alpes austriacos. Unos días después se entregó a los estadounidenses, que lo extraditaron a la Unión Soviética. En febrero de 1952 fue condenado por el Tribunal Militar

Supremo de Moscú a veinticinco años de prisión, pero fue liberado en diciembre de 1954.[445]

Peor suerte corrió el general Buniachenko. También él fue entregado por los estadounidenses a los rusos y conducido a Moscú. Junto con el general Vlásov y siete mandos más del Ejército Ruso de Liberación fue ejecutado en la capital soviética a primeros de agosto de 1946. Los doscientos soldados heridos pertenecientes al Ejército de Vlásov que habían caído en Praga en manos del Ejército Rojo fueron liquidados en el acto.[446]

Comenzó entonces la pesadilla para los alemanes que se habían quedado en Praga. El odio que había venido acumulándose durante los seis años de ocupación alemana se liberó en una explosión de venganza sanguinaria, que afectó en igual medida a culpables e inocentes. Peter Demetz, nacido en 1922 en Praga, donde creció y se educó antes de convertirse en uno de los principales germanistas de Estados Unidos, recordaría así aquellos días de terror: «Una señora mayor fue arrojada por una ventana; un músico, miembro de una orquesta alemana que estaba de gira, fue matado a golpes en plena calle por no saber hablar checo; otros, aunque no todos pertenecían a la Gestapo, fueron ahorcados, rociados de gasolina y luego les prendieron fuego, convirtiéndolos en antorchas humanas: la muchedumbre encolerizada recorría los hospitales ansiosa por encontrar víctimas fáciles. [...] Los alemanes fueron concentrados en decenas de rincones de Praga —cines, escuelas, estadios deportivos, garajes— y trasladados desde allí a campos de concentración provisionales situados en las inmediaciones; hasta el mes de junio fueron expulsadas de la ciudad cerca de treinta mil personas. La "guardia revolucionaria" (GR), llamada también por muchos conciudadanos escépticos "guardia de los bandidos", no establecía ninguna diferencia entre los "alemanes del Reich", llegados junto con las fuerzas de ocupación, y los alemanes de Praga, que llevaban viviendo en la ciudad desde hacía varias generaciones».[447]

Lo que empezó siendo un episodio circunscrito a la capital se propagó, entre los meses de mayo y julio de 1945, por todo el territorio del antiguo Protectorado y por los Sudetes. En todas partes los soldados checos, la guardia revolucionaria, así como numerosos civiles, se entregaron a la caza de los alemanes; la violencia, los asesinatos y los saqueos estuvieron a la

orden del día. Además, el vehemente deseo de venganza fue avivado más todavía por los representantes políticos del país. El presidente Edvard Beneš, que acababa de regresar de su exilio en Gran Bretaña, declaró tres días después de la entrada de las tropas soviéticas en Praga: «Durante esta guerra el pueblo alemán ha dejado de ser humano, ha dejado de ser humanamente tolerable, y ante nosotros ya no es nada más que un único gran monstruo con aspecto humano. [...] Nos hemos dicho que debemos liquidar el problema alemán en nuestra república».[448] Aunque ni mucho menos todos los alemanes de los Sudetes habían sido partidarios de los nacionalsocialistas, en conjunto fueron considerados responsables de los crímenes cometidos por las fuerzas de ocupación. Los decretos promulgados por Beneš durante las semanas siguientes no persiguieron más que un solo fin: deshacerse del contingente más numeroso posible de población alemana. Había que presentar hechos consumados cuando las potencias vencedoras se reunieran en la Conferencia de Potsdam. Comenzó así una etapa de «expulsiones incontroladas», indudablemente mucho menos espontáneas de lo que esta definición pueda dar a entender. En efecto, sus autores actuaron por regla general siguiendo órdenes de los organismos estatales checos o al menos con la connivencia tácita de los mismos.[449]

El triste punto culminante de estas acciones vino marcado por la «marcha de la muerte de Brno», iniciada el 30 de mayo de 1945, víspera de la festividad del Corpus Christi: en medio de los aplausos de muchos checos, atraídos por el espectáculo, y del repique de campanas de las iglesias de la ciudad, cerca de veintiséis mil alemanes, en su mayoría mujeres, niños y ancianos, fueron obligados a abandonar Brno. Durante la marcha a pie hacia la frontera de Austria cientos de individuos murieron de agotamiento.[450] Alrededor de ochocientos mil alemanes de los Sudetes se vieron afectados por la primera oleada de expulsiones de Checoslovaquia entre mayo y julio de 1945. La correspondiente comisión del consejo regional moravo podía afirmar ya el 3 de julio que el sur de Moravia había sido en gran parte «purgado de alemanes». Y el 10 de julio el viceprimer ministro socialdemócrata Zdeněk Fierlinger comunicó en una sesión de su partido en Praga que «ciudades como Leitmeritz [Litoměřice], o Aussig [Ústí nad Labem], por no hablar de Brünn [Brno], Iglau [Jihlava] y Znaim [Znojmo] [...]» eran «de nuevo checas».[451] La expulsión de los alemanes de la

Europa central y oriental se prolongaría durante años, pero nunca volvería a llegar a unos excesos de violencia tan grandes como los que se vieron al término de la ocupación alemana.

El 5 de mayo de 1945 el comandante en jefe de las fuerzas aliadas en Europa, Dwight D. Eisenhower, pronunció un mensaje dirigido a los extranjeros que se encontraban en Alemania, las llamadas *displaced persons*; sus palabras fueron transmitidas por radio y traducidas a varias lenguas: «No abandonen ustedes la zona en la que se encuentren. Esperen ustedes instrucciones. Formen pequeños grupos de su nacionalidad y escojan portavoces que negocien por ustedes con los departamentos aliados responsables».[452]

Displaced persons fue la expresión empleada por el Cuartel General Supremo de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas en Europa (SHAEF = Supreme Headquarters Allied Expeditionary Force) por primera vez en un memorándum de noviembre de 1944 para designar a los «civiles […] que se encuentran fuera de sus estados de origen por razones achacables a la guerra, y que, aunque deseen regresar a su país o buscar un nuevo hogar, no pueden permitírselo si no reciben ayuda».[453] Con esta denominación se encontraban tanto los trabajadores civiles y los prisioneros de guerra originarios de estados soberanos como los prisioneros de origen extranjero que habían sido internados en los campos de concentración recién liberados. Al término de la guerra, su número total se acercaba a los once millones de personas, de las cuales solo seis millones trescientos mil correspondían a las tres zonas de ocupación occidentales.[454]

El grupo más numeroso estaba formado por la llamada «mano de obra foránea», hombres y mujeres jóvenes provenientes sobre todo de Polonia y de la Unión Soviética, que habían sido deportados al Gran Reich alemán (Grossdeutsches Reich) durante la guerra. En septiembre de 1944, el número de estos trabajadores extranjeros había crecido hasta llegar a los siete millones seiscientas mil personas, de las cuales cinco millones setecientas mil eran civiles, y apenas dos millones, prisioneros de guerra. Uno de cada cuatro obreros empleados en la industria y la agricultura alemanas procedía del extranjero. Solo el empleo masivo de trabajadores

forzosos había permitido a las autoridades nacionalsocialistas seguir adelante con la guerra durante más de dos años después de la catástrofe de Stalingrado.[455]

El gigantesco universo del trabajo forzoso se había convertido durante los últimos años de la contienda en un componente habitual de la vida cotidiana de Alemania. Todas las grandes ciudades disponían de una amplia red de campos de concentración y alojamientos, y todos sus habitantes podían ver cómo la «mano de obra foránea» era conducida a sus puestos de trabajo o utilizada para retirar escombros y eliminar los daños producidos por los bombardeos. Los peor tratados eran los polacos y los «trabajadores del Este», como se llamaba a los deportados de la Unión Soviética. Para ellos se promulgaron diversos decretos especiales, que los sometían a una discriminación generalizada y a un tremendo control social. Entre las medidas decretadas figuraban la obligación de llevar distintivos especiales —insignias como la letra P o el letrero Ost—, el internamiento en campos cerrados de barracones, rodeados de alambradas, y la pena de muerte en caso de que mantuvieran relaciones íntimas con mujeres alemanas.[456]

A medida que se acercaba el fin de la guerra, la agitación reinante entre la «mano de obra foránea» era más fuerte y sus integrantes se veían más expuestos al endurecimiento de las medidas represivas. La simple presencia de esos millones de trabajadores esclavos procedentes de los territorios de Europa ocupados anteriormente por Alemania, a los que les sobraban razones para vengarse de los sufrimientos que les habían infligido, alimentaba difusos temores entre la población alemana. La reacción de las autoridades nazis fue un gran número de actos de violencia excesiva. De ese modo, hubo en todas las grandes ciudades de la cuenca del Ruhr cientos de extranjeros, en su mayoría «trabajadores del Este», que cayeron víctimas de los comandos de la muerte de la Gestapo durante los últimos días de la guerra.[457]

Tras la entrada de las tropas aliadas, se produjeron, como no podía ser de otro modo, numerosos actos de venganza. «El deseo de revancha contra sus antiguos amos alemanes es más fuerte entre los deportados de origen soviético», resumían las autoridades estadounidenses.[458] Por regla general, los antiguos trabajadores forzosos no actuaban sin orden ni concierto, sino que iban a buscar a los que habían sido sus superiores —los encargados, los directores de los campos y, en la cuenca del Ruhr, los

capataces de las minas— y los habían tratado particularmente mal. A los abusos cometidos contra los individuos más odiados habría que sumar los actos de saqueo y los robos. «Los trabajadores [extranjeros] que durante los últimos años casi se habían muerto de hambre o a golpes a manos de los alemanes, inmediatamente después de su liberación, se entregaron al pillaje», informaba desde Frankfurt la periodista estadounidense Marguerite Higgins a comienzos de abril de 1945.[459] Muchos de esos desplazados formaron bandas y se dedicaron a vagar por los alrededores de los campos de concentración en busca de alguna compensación por los años de privaciones que habían sufrido. Un informe del IX Ejército estadounidense decía: «Los desplazados se mueven de una granja a otra, en grupos poco numerosos, aunque hay también algunos integrados por unas treinta o cuarenta personas, y exigen que se les entreguen productos, ropas, muchas veces incluso joyas y otras pertenencias personales».[460] Tras la liberación del campo de prisioneros de Sandborstel a finales de abril de 1945, los habitantes de la vecina Bremervörde empezaron a tener unos días de gran inquietud: «¡Qué espectáculo por toda la ciudad!», decía para describir la situación un vecino el día 3 de mayo. «Las calles casi atascadas por los tanques y los soldados. Y entre medias los extranjeros, que van de una casa destruida a otra saqueando y robando todo lo que pillan».[461]

La criminalidad de los desplazados (DP), en particular durante los primeros días de mayo de 1945, desempeñó un importante papel en la percepción de la realidad por parte de la opinión pública alemana: marcó una imagen de los desplazados como «hordas» de individuos asociales y desenfrenados que se enlazaba inmediatamente con la discriminación de los trabajadores forzosos que reinaba bajo el dominio de los nacionalsocialistas. Evidentemente, las informaciones acerca de los abusos de las DP no eran tan mal vistas por muchos alemanes, pues venían a tranquilizar la mala conciencia que pudieran tener por el trato brutal que habían dispensado sobre todo a los «trabajadores del Este» y a los prisioneros de guerra soviéticos. No obstante, en conjunto, los índices de criminalidad de los desplazados no fueron significativamente superiores a los de los alemanes, que subieron de forma vertiginosa al término de la guerra. En cualquier caso, siempre que se perpetraba algún delito, de los primeros de los que se sospechaba era siempre de los desplazados.[462]

A mediados de abril los Aliados se habían marcado el objetivo de ocuparse de los desplazados tras su liberación y de «repatriarlos» a sus países de origen lo más rápidamente posible. Ya antes de que acabara la invasión de Alemania por los Aliados y en medio del caos generalizado del ocaso del Tercer Reich, algunos trabajadores forzosos que habían sido empleados en la zona occidental se habían puesto en camino hacia sus países de origen por propia iniciativa. «Podemos verlos vagabundear, arrastrarse solos por las calles, a veces formando pequeñas bandas de una docena de individuos, con todas sus pertenencias metidas en una carretilla: unos van vestidos con harapos, otros con los uniformes gastados de una decena de ejércitos distintos», informaba a primeros de abril el *London News Chronicle*.[463] El 3 de mayo, en Berlín, el corresponsal noruego Theo Findahl observaba lo siguiente: «Los trabajadores extranjeros abandonan Berlín en largas procesiones, a pie, con los restos de sus bienes terrenales en carretillas, en las que ondean al viento pequeñas banderas danesas, francesas, neerlandesas y belgas. ¡Hacia el oeste! ¡Hacia el oeste!».[464]

El mensaje radiofónico de Eisenhower del 5 de mayo tenía por objeto limitar la migración desordenada de los desplazados a sus países de origen. La inmensa mayoría de ellos recibió alojamiento en los llamados Assembly Centers. A menudo eran antiguos cuarteles, o campos de prisioneros de guerra o de trabajadores forzosos. En algunos casos fueron incautadas también viviendas y casas de ciudadanos alemanes, medida que, cada vez con más frecuencia, provocaba la indignación de sus anteriores propietarios. No obstante, el caso de la pequeña ciudad de Haren, en el distrito de Emsland, cuyos habitantes en conjunto fueron obligados en mayo de 1945 a evacuar sus casas para que entraran a vivir en ellas antiguos trabajadores forzosos y prisioneros de guerra polacos, constituyó una excepción.[465] Como el Gobierno militar de las tres zonas de ocupación occidentales se vio desbordado por la obligación de proporcionar alojamiento y manutención a los desplazados, delegó la gestión de los campos en una organización humanitaria internacional, la UNRRA (United Nations Relief and Rehabilitation Administration, esto es, Administración de las Naciones Unidas para el Auxilio y la Reconstrucción).

El estado en el que los Aliados encontraban a los desplazados era muy variado. Los trabajadores forzosos que habían sido empleados en la agricultura se hallaban por regla general en mejores condiciones que sus compañeros de fatigas que habían sido destinados a las fábricas de armamento, y estos, a su vez, estaban, en comparación, mucho mejor que los que habían sido internados en los campos de concentración. Los Aliados consiguieron en muy poco tiempo garantizar la manutención de los desplazados y mejorar eficazmente su situación sanitaria.[466] Por lo que respecta a su repatriación, las autoridades militares también pudieron anotarse grandes éxitos. Entre los meses de mayo y septiembre, treinta y tres mil personas al día fueron devueltas desde las tres zonas de ocupación occidentales hasta sus países de origen. El número de los desplazados se redujo en unos cinco millones de individuos, de modo que en otoño solo quedaban un millón doscientos mil.[467] Los que planteaban menos problemas eran los desplazados oriundos de la Europa occidental que deseaban volver a casa lo más rápido posible. En cambio, los que más resistencia oponían a regresar a su país eran sobre todo los antiguos trabajadores forzosos procedentes de Polonia, ya fuera porque rechazaban el nuevo régimen comunista o porque sus lugares de origen se encontraban en la Polonia oriental, que había sido anexionada por la Unión Soviética.[468]

También la repatriación de los desplazados originarios de la Unión Soviética planteó serias dificultades. En la Conferencia de Yalta de febrero de 1945 los Aliados occidentales habían acordado con los rusos que todos los ciudadanos soviéticos fueran concentrados en campos aparte y que fueran repatriados a la Unión Soviética, incluso, como decía una disposición muy detallada de abril de 1945, «sin tener en cuenta sus deseos personales».[469] Hasta el 1 de octubre de 1945 habían sido devueltos a su país 4,1 millones de ciudadanos soviéticos; 1,85 millones procedían del área operativa del Ejército Rojo y 2,25 millones fueron entregados a las autoridades soviéticas por sus Aliados occidentales, aunque en bastantes ocasiones en contra de su voluntad y mediante el uso de la fuerza. Y es que una considerable parte de los desplazados soviéticos eran sospechosos de haber colaborado con los nacionalsocialistas. Tal era el caso sobre todo de los antiguos Hilfswillige(32) y de los integrantes del Ejército de Vlásov, que habían combatido contra la Unión Soviética al lado de los alemanes. Pero

también los soldados del Ejército Rojo que habían sido hechos prisioneros resultaban sospechosos de «traición» por, supuestamente, el simple hecho de haberse dejado capturar. Y asimismo suscitaban una gran desconfianza los trabajadores forzosos soviéticos que se habían visto obligados a prestar servicio en las fábricas de armamento de la economía de guerra nacionalsocialista.

Rápidamente corrió el rumor de que una vez de vuelta en su país habrían tenido que hacer frente a graves represalias. Aumentó así la resistencia a las repatriaciones forzadas. En un campo de prisioneros de Mannheim, por ejemplo, a primeros de septiembre de 1945, seiscientos desplazados oriundos de Ucrania se opusieron a ser devueltos a la Unión Soviética. Una vez que los oficiales estadounidenses se avinieron a conceder un aplazamiento de cuatro días a su repatriación, los observadores de la UNRRA anotaron lo siguiente: «Todos los afectados estaban contentísimos de ese breve periodo de gracia y manifestaban su agradecimiento y su alegría de muchas maneras imposibles de pasar por alto, besando las botas de los oficiales estadounidenses y de los miembros del equipo de la UNRRA, rezando y expresando sus sentimientos al máximo».[470]

Trabajadoras forzosas soviéticas saludan a sus libertadores tras la conquista de Berlín a primeros de mayo de 1945. akg-images, Berlín

En enero de 1946, se desarrollaron algunas dramáticas escenas en Dachau, donde dos barracones del antiguo campo de concentración habían sido utilizados para dar alojamiento a los desplazados soviéticos. Los soldados estadounidenses intentaron en vano persuadir a los internos de que subieran al tren que estaba preparado para ellos. Cuando finalmente decidieron asaltar los barracones empleando incluso gases lacrimógenos, todo un grupo de desplazados intentó quitarse la vida. Un soldado estadounidense informó al periódico militar *The Stars and Stripes*: «Cuando entramos en los barracones, no eran hombres lo que encontramos en ellos, sino animales. Nuestros soldados tuvieron que cortar deprisa las cuerdas de las que algunos se habían colgado de las vigas del techo. Los que todavía estaban conscientes nos gritaban en ruso, señalando primero con el dedo los fusiles de los soldados y luego a sí mismos, y nos suplicaban que les pegáramos un tiro».[471]

Para una parte de los soviéticos obligados a volver a su país el calvario no acabó ahí. Por lo pronto, fueron internados en «campos de filtrado» y sometidos a un exhaustivo examen. Quienes eran hallados culpables de colaboracionismo eran enviados a un batallón de trabajo o a un campo de castigo. Aquellos que se libraban de una sanción se veían expuestos una y otra vez a discriminaciones de todo tipo. Su estancia involuntaria en la Alemania nazi constituiría para ellos un estigma eterno y los marcaría como ciudadanos de segunda clase. Solo a comienzos de la década de 1990, con el fin de la Unión Soviética, el trato dispensado a los «trabajadores del Este» se convirtió en un tema de debate público. Un papel esencial en todo ello tuvo la organización moscovita de defensa de los derechos humanos Memorial. Las antiguas trabajadoras y los antiguos trabajadores forzosos tuvieron por primera vez la posibilidad de manifestarse en numerosas entrevistas sobre lo que hasta ese momento había sido considerado en ellos una verdadera lacra.[472] No obstante, aún habrían de pasar años hasta que el Gobierno de coalición entre socialdemócratas y verdes presidido por Gerhard Schröder lograra convencer a la industria alemana, que durante décadas se había mostrado inconmovible, de que participara en una fundación dedicada al resarcimiento individual de las víctimas del trabajo forzoso.[473]

Un reto especial fue el que representó el grupo relativamente pequeño de desplazados judíos. En el territorio de las posteriores zonas de ocupación occidentales solo habían sobrevivido a los campos de concentración entre cincuenta mil y setenta y cinco mil individuos; en el momento de su liberación, muchos se hallaban extenuados por completo y gravemente traumatizados, habían perdido a sus familiares y no tenían un hogar al que poder volver. Dependían más que cualesquiera otros de la ayuda y la asistencia que se les pudiera prestar. Sin embargo, el Gobierno militar aliado no mostró por el momento comprensión alguna por la situación especial de los judíos que habían estado presos en los campos de concentración. No fueron reconocidos como un grupo especial, sino que se vieron obligados a convivir con los desplazados no judíos en campamentos atestados de gente, que suscitaban más de una asociación con los sufrimientos que habían tenido que soportar mientras habían estado en los

campos de nazis. Earl G. Harrison, que en el verano de 1945 llevó a cabo una inspección de los campos de desplazados de la zona de ocupación estadounidense por encargo del Departamento de Estado, emitiría un juicio aplastante en su informe definitivo dirigido al presidente Harry S. Truman con fecha 24 de agosto: «Parece que tratamos a los judíos como los nazis, con la diferencia de que no los exterminamos. Gran número de ellos son alojados en campos de concentración y, en vez de ser vigilados por tropas de la SS, son vigilados por nuestros soldados. Habría que preguntarse si, cuando ven esto, los alemanes no dan por supuesto que continuamos la política de los nacionalsocialistas o que, en cualquier caso, la damos por buena».[474]

Este informe sirvió sobre todo para que se produjera un rápido cambio de mentalidad. Se crearon de inmediato campos exclusivamente para judíos, que fueron puestos bajo la administración autónoma de los propios judíos; la asignación diaria de calorías aumentó considerablemente y los desplazados judíos recibieron a su vez alojamientos privilegiados. «Estará usted de acuerdo conmigo», decía Truman el 31 de agosto de 1945 en una carta dirigida al general Eisenhower, «en que tenemos una responsabilidad especial con estas víctimas de la persecución y la tiranía, que ahora residen en nuestra zona. [...] No tendremos nunca una mejor ocasión de demostrarlo si no es mediante el modo y la forma en que tratemos a los supervivientes que han quedado en Alemania».[475]

La atención particular prestada a los desplazados judíos como grupo de víctimas especiales intensificó entre los alemanes el rechazo hacia ellos, algo que, por lo demás, ya existía. Ruth Klüger, en aquel momento de apenas catorce años, que había sobrevivido a los campos de concentración de Theresienstadt, Auschwitz-Birkenau y Christianstadt, un campo anejo del Gross-Rosen, y que encontró alojamiento en la ciudad bávara de Straubing, recordaba varias décadas después, cuando ya era una famosa filóloga y escritora residente en Estados Unidos: «En la población alemana el odio hacia los judíos era subliminal, pero seguía bullendo, como continúa cociendo un guiso en una cacerola de buena calidad sin llegar a perder el calor una vez que se ha apagado el fuego. ¿Cómo habría podido ser de otra manera? Con su mera presencia, los supervivientes les recordaban el pasado y los crímenes perpetrados».[476]

A lo largo de 1946 la situación de los desplazados judíos cambió de forma radical en la medida en que su número aumentó como consecuencia de la afluencia continua de judíos de la Europa del Este, consecuencia a su vez de los actos de violencia antisemita que dieron comienzo poco después de que la guerra acabara y que llegaron a su punto culminante con el pogromo de la ciudad polaca de Kielce, de julio de 1946. Hasta noviembre de ese año habían buscado refugio en la zona de ocupación estadounidense 111.139 judíos procedentes de Polonia y de otros países de Europa del Este. Se les reconoció el estatuto de desplazados, aunque no entraran en la definición que originalmente se había hecho de este tipo de personas. «Se llegó de ese modo», dicen las historiadoras Angelika Königseder y Juliane Wetzel, «a la situación paradójica de que la causante de la tragedia judía, esto es, la Alemania nacionalsocialista, se convirtió al poco tiempo de acabar la guerra en el refugio más amplio y más seguro para los judíos que llegaban huyendo y que en este país aguardarían en los campos habilitados para los desplazados hasta que pudieran emigrar».[477]

Para la inmensa mayoría de los judíos de la Europa del Este que habían logrado sobrevivir, los campos habilitados en Alemania para los desplazados fueron solo un alojamiento transitorio; lo que pretendían era emigrar a Palestina y, para ello, esperaban contar con el apoyo de Estados Unidos. Pero, para la mayoría de ellos, el sueño de la emigración no se haría realidad tan pronto. En efecto, el Gobierno británico temía que el aumento de la afluencia de judíos no hiciera más que agravar los problemas que ya tenía con la población árabe del territorio para el que había recibido el mandato de la Sociedad de Naciones, y, por consiguiente, decidió seguir una política restrictiva. Tras la declaración de independencia de Israel, en mayo de 1948, que fue recibida con entusiasmo en los campos de desplazados de Alemania, la espera llegó a su fin. En enero de 1949 todavía residían en la zona de ocupación estadounidense más de sesenta y cuatro mil judíos en cuarenta y ocho campos distintos. En noviembre, en cambio, ya solo quedaban quince mil en nueve campos. Poco a poco, los campos de desplazados para judíos fueron cerrados, hasta que el último, el de Föhrenwald, en Alta Baviera, fue desmantelado en febrero de 1957.[478]

El 5 de mayo de 1945, alrededor del mediodía, llegaron al campo de concentración de Mauthausen, en Alta Austria, los primeros carros blindados de reconocimiento estadounidenses, al mando del sargento Albert J. Kosiek. Los hombres de la SS habían abandonado el lugar pocos días antes y habían asignado la vigilancia del campo a los bomberos de Viena y a los miembros del Volkssturm, que se dejaron quitar las armas sin oponer resistencia. Cuando la patrulla estadounidense entró en el patio de armas, los internos prorrumpieron en gritos de júbilo. «Reinaba un entusiasmo indescriptible», contaría el prisionero número 127.371: Simon Wiesenthal. «La gente corría al encuentro de los tanques. Yo también eché a correr. Pero estaba demasiado débil, de modo que no tuve fuerzas para volver a mi sitio. Tuve que hacerlo arrastrándome a cuatro patas».[479]

Mauthausen fue la última estación de un largo viacrucis que llevó a Simon Wiesenthal a distintos campos de concentración. Wiesenthal había nacido en 1908 en la ciudad de Búchach, en la Galitzia oriental, que por entonces aún pertenecía al Imperio de los Habsburgo, pero que en 1919 pasó a pertenecer a Polonia. Su padre, representante de una fábrica de azúcar, había caído durante la Primera Guerra Mundial. Una vez terminado el bachillerato, Wiesenthal estudió arquitectura en Praga; de allí se trasladó a Lemberg (Lviv, Leópolis), donde acabó la carrera y obtuvo el título de ingeniero. Cuando las tropas alemanas entraron en Lemberg a finales de junio de 1941, todavía vivían en la ciudad entre ciento sesenta mil y ciento setenta mil judíos. Al término de la guerra solo habían logrado sobrevivir tres mil cuatrocientos, entre ellos, como un milagro, Simon Wiesenthal. A los pocos días de la invasión alemana fue detenido y enviado como mano de obra esclava a un taller de reparación de la Ostbahn.(33) En septiembre de 1943 logró escapar del campo de trabajos forzosos de Janowska. Pudo permanecer escondido hasta que en junio de 1944 fue detenido de nuevo y deportado al oeste en uno de los últimos trenes que salieron de Lemberg. [480]

Después de pasar por los campos de concentración de Plaszow (Płaszów), Gross-Rosen y Buchenwald, Wiesenthal llegó a Mauthausen a mediados de febrero de 1945. Como sucediera en Dachau, también aquí los barracones estaban a reventar de prisioneros como consecuencia de la evacuación de los campos de concentración del este. El aprovisionamiento

de víveres empeoraba de semana en semana, y la tasa de mortandad era extraordinariamente alta.[481] También la vida de Wiesenthal pendería de un hilo durante los dos meses y medio que tuvo que pasar en la enfermería a causa de la congelación de un pie. «Una mañana tras otra aparecía un vigilante en la puerta del barracón y pedía información a gritos y que le dijeran cuántos prisioneros la habían "espichado" durante la noche», así relata el biógrafo de Wiesenthal, el historiador y periodista israelí Tom Segev, la dramática carrera entre la muerte y la liberación a la que los internos del campo se vieron sometidos. «Por regla general, los vigilantes ya no entraban en los barracones, por miedo a las infecciones y debido al espantoso hedor que reinaba en ellos. Los prisioneros del "campo de los rusos" recibían una vez al día un cuenco del que rebosaba un líquido turbio al que llamaban "sopa"».[482] Incluso unos días después de la liberación miles de internos murieron como consecuencia de su cautiverio.

Simon Wiesenthal se recuperó con una asombrosa rapidez. Su camino de regreso a la vida lo condujo hasta Linz, la ciudad a orillas del Danubio en la que Hitler había pasado su juventud. Al cabo de pocas semanas de su liberación, Wiesenthal dio comienzo a la actividad que habría de convertirse en la labor de su vida, a saber: encontrar y llevar ante los tribunales a aquellos que habían sido responsables de los espantosos crímenes cometidos por el nacionalsocialismo. A finales de mayo de 1945 entregó al U. S. Camp Commander de Mauthausen una lista de ocho páginas que contenía los nombres de casi ciento cincuenta criminales nazis. Después, durante algún tiempo, se dedicó a entrevistar a supervivientes judíos para el Gobierno militar estadounidense. Las informaciones en torno a los autores y a los escenarios de los delitos que obtuvo de ellos pasarían a formar la base del «centro de documentación» fundado por Wiesenthal en Linz en 1947 y que él mismo trasladó luego a Viena. Wiesenthal se enteró por casualidad de que también su esposa, Cyla, con la que se había casado en 1936, había sido deportada a Solingen con un pasaporte falso como mano de obra forzosa y había logrado sobrevivir. Cuando pudieron reunirse a finales de 1945, confeccionaron una lista de parientes que habían sido asesinados durante el Holocausto; llegaron a contar ochenta y nueve nombres.[483]

En su caza de criminales nazis Wiesenthal logró apuntarse algunos espectaculares éxitos. Ya en 1953 comunicó a las autoridades israelíes que Adolf Eichmann, uno de los principales organizadores del exterminio de los

judíos, residía con un nombre falso en Argentina; pasaron siete años antes de que Eichmann fuera detenido en Buenos Aires por unos agentes del servicio secreto israelí, el Mosad, y trasladado a Israel, donde fue llevado ante los tribunales en Jerusalén y ejecutado a primeros de junio de 1962. Su participación en aquel golpe maestro hizo que Wiesenthal se convirtiera en toda una celebridad. Entre los criminales famosos que logró localizar en 1963, habría que citar al austriaco Karl Josef Silberbauer, Oberscharführer de la SS, que en agosto de 1944 capitaneó la detención de Anne Frank y su familia en Ámsterdam. Al término de la guerra había regresado a Viena y durante la década de 1950 fue readmitido en la policía. En 1964 fue sobreseído el proceso que se abrió contra él, una de las muchas decepciones que Wiesenthal habría de sufrir. En 1967 consiguió localizar al comandante del campo de exterminio de Treblinka, Franz Stangl, que se había escapado a São Paulo, en Brasil. Stangl fue entregado a la República Federal de Alemania y, en diciembre de 1970, fue condenado a cadena perpetua en un juicio ante el Tribunal Regional de Düsseldorf. Al cabo de seis meses murió en la cárcel.[484]

Las actividades de Simon Wiesenthal no han dejado de ser objeto de discusión. Aquellos que desde muy pronto ya se mostraron partidarios de hacer borrón y cuenta nueva y de poner punto final al pasado nacionalsocialista lo tacharon de «cazador de nazis». Desde luego los métodos de trabajo que utilizó fueron en ocasiones discutibles y llama la atención su tendencia a dar demasiada importancia a su propia persona. Sin embargo, esto no disminuye en nada su enorme mérito. Sin su coraje y sin su perseverancia habría habido más criminales nazis que, después de 1945, lograran librarse del merecido castigo. «Durante toda su vida mantuvo vivo el recuerdo de las víctimas y luchó contra la negación de su muerte, al igual que él mismo había luchado contra la muerte y había santificado la vida», dice a modo de resumen su biógrafo Tom Segev.[485]

6 DE MAYO DE 1945

El 6 de mayo de 1945 por la mañana, el general Eberhard Kinzel se presentó en Flensburgo-Mürwik, para informar del punto en el que se hallaban las negociaciones con el general Eisenhower. Kinzel formaba parte de la pequeña delegación del almirante general Ferdinand von Friedeburg, que el 4 de mayo, al término de las negociaciones con Montgomery, había recibido el encargo de trasladarse al cuartel general de los Aliados en Reims con el fin de acordar una capitulación parcial con las fuerzas armadas estadounidenses.[486] Eisenhower había tenido conocimiento de la inminente visita de la delegación alemana ese mismo día y desde el primer momento había tenido muy claro que no podía dejarse enredar para entablar negociaciones sobre una nueva capitulación parcial. Las conversaciones secretas en torno a la capitulación del Grupo de Ejércitos C en Italia en los meses de marzo y abril de 1945 habían dado lugar, como ya se ha señalado, a una crisis en el seno de la coalición contra Hitler y habían suscitado la desconfianza de Stalin sobre las intenciones de los Aliados occidentales.[487] «En mi opinión, cualquier indicio de que los Aliados estaban dispuestos a aceptar una rendición solo de las fuerzas desplegadas en el oeste por parte del Gobierno alemán habría creado de inmediato un total malentendido con los rusos», explicaría Eisenhower en sus memorias, «y habría dado lugar a una situación en la que los soviéticos habrían podido acusarnos con toda razón de mala fe».[488]

Por eso Eisenhower se apresuró a enviar un telegrama a las autoridades soviéticas en el que avisaba de la llegada de los emisarios alemanes y prometía que solo aceptaría una capitulación general: no cabía plantear siquiera una rendición parcial de las fuerzas de la Wehrmacht desplegadas en el oeste. Al mismo tiempo pedía que enviaran a su cuartel general a un oficial del Ejército Rojo que representara a la Unión Soviética en las

negociaciones sobre la capitulación. El Alto Mando ruso nombró, por tanto, al general Iván Alekséyevich Suslopárov, jefe de la misión militar soviética en Francia.[489]

Eisenhower confió la gestión de las negociaciones al general Walter Bedell Smith, jefe de su Estado Mayor, y al general británico Kenneth W. D. Strong, director del servicio de inteligencia militar. Por su parte, él prefirió no entrar en contacto, en la medida de lo posible, con los negociadores alemanes. Desde que el 12 de abril visitara por primera vez un campo de concentración liberado, concretamente el de Ohrdruf, cerca de Gotha, un campo unido al de Buchenwald, su aversión por los alemanes se había intensificado: «No he sido nunca capaz de describir mi reacción emocional cuando me encontré por primera vez cara a cara con las pruebas indiscutibles de la brutalidad de los nazis y de su implacable desprecio por la más mínima decencia. [...] Estoy seguro, sin embargo, de que en ningún otro momento he experimentado una conmoción igual».[490]

El 5 de mayo por la tarde, cuando el almirante general Von Friedeburg llegó al cuartel general de Eisenhower, en el edificio de una antigua escuela de Reims (actualmente el Lycée Polyvalent Franklin Roosevelt), enseguida notó que el ambiente había cambiado. Bedell Smith había preparado un mapa en el que venían marcadas las posiciones de las tropas estadounidenses y alemanas. Además, había señalado con grandes flechas rojas dos presuntas operaciones planeadas por los ejércitos estadounidenses con el fin de poner claramente ante los ojos de los alemanes su situación militar, que era del todo desesperada. Sin más circunloquios, planteó a Von Friedeburg la exigencia de rendición incondicional inmediata, y, por supuesto, en todos los escenarios bélicos. Las tropas alemanas debían quedarse en las posiciones que ocuparan en aquellos momentos y deponer las armas. Barcos, aviones y demás material bélico debían ser entregados intactos. El OKW tenía que garantizar que se atendría a las condiciones estipuladas; de lo contrario, se aplicarían las consiguientes sanciones. Von Friedeburg explicó que no disponía de poderes para asumir una capitulación general en todos los frentes. Por consiguiente, debía ponerse en contacto con Dönitz y solicitar nuevas directrices.[491]

El mensaje del almirante general, que fue entregado por el general Kinzel el 6 de mayo a las 09.00, desencadenó en Flensburgo una oleada de

indignación. Las condiciones de Eisenhower eran «inaceptables», afirmaron unánimemente Dönitz, Schwerin von Krosigk, Keitel, Jodl y el Gauleiter Wegener, director del gabinete de asuntos civiles, pues desde luego no se podían «poner en manos de los rusos los ejércitos del este». Además, eran «inviables», según dijeron, «pues ningún soldado del Frente Oriental habría respetado la orden de deponer las armas y quedarse donde estuviera». Por otro lado, el gran almirante y sus asesores eran conscientes de que, como decía el documento que les presentaron, «la situación militar desesperada, el peligro de más pérdidas en el oeste debido a los bombardeos y a las operaciones militares, así como la certeza del carácter inevitable del derrumbe militar en un breve plazo, incluso de los ejércitos todavía intactos», obligaban a encontrar una «solución». Se decidió así intentar de nuevo «explicar a Eisenhower con absoluta claridad por qué es imposible una rendición general, pero, en cambio, sería aceptada de inmediato una capitulación solo del oeste».[492]

La misión fue confiada al coronel general Jodl, que se oponía resueltamente a aceptar una capitulación general. De común acuerdo con Schwerin von Krosigk, Dönitz le dio la siguiente orden: «Intente usted una vez más explicar las razones por las cuales aspiramos a conseguir una capitulación parcial ante las fuerzas estadounidenses. Si fracasa usted en este cometido ante Eisenhower, como le sucedió a Von Friedeburg, solicite que la capitulación general se lleve a cabo según el siguiente procedimiento: tienen que fijarse dos plazos. En una primera fase, cesarán las hostilidades, pero las tropas alemanas podrán seguir moviéndose. En la segunda, acabará también esa libertad de movimientos. Intente usted que el lapso entre una fase y otra sea lo más amplio posible».[493] Mediante esta forma insólita de rendición gradual Dönitz esperaba ganar tiempo para poder salvar el mayor número posible de soldados y de refugiados haciéndolos pasar al oeste, tras las líneas estadounidenses. Jodl recibió plenos poderes para firmar la capitulación total en todos los frentes con arreglo a estas instrucciones, aunque antes debía recabar el beneplácito expreso del gran almirante por vía telegráfica.

El 6 de mayo por la tarde Jodl tomó un avión con destino a Reims, donde llegó a las 17.30. Tampoco él consiguió hacer cambiar de parecer a los estadounidenses. Justo al comienzo de su entrevista, Bedell Smith volvió a dejar claro que era «totalmente imposible» el cese unilateral de las

hostilidades en el oeste y que solo cabía considerar «una rendición común ante todos los Aliados». Jodl propuso entonces que la firma de la capitulación general no solo le fuera presentada a él, sino a todos los comandantes en jefe de las tres secciones de la Wehrmacht: ejército de tierra, ejército del aire y marina. De todos modos, ninguno de ellos habría podido llegar a Reims antes del día 8 de mayo, y además se necesitaba un plazo de cuarenta y ocho horas para informar a todas las tropas, de modo que no podría alcanzarse una tregua general hasta el 10 de mayo.

Los estadounidenses tenían claro que los negociadores alemanes solo pretendían ganar tiempo. Eisenhower rechazó de manera rotunda la propuesta de Jodl y exigió a modo de ultimátum que la firma de la capitulación se llevara a cabo sin más dilación. Se concedió a Jodl media hora de tiempo para pensárselo. Eisenhower amenazó en cualquier caso con reanudar los bombardeos y «cerrar por completo todo el frente aliado para impedir por la fuerza que más refugiados alemanes cruzaran nuestras líneas».[494] Aun así, los estadounidenses estaban dispuestos a conceder a los alemanes un plazo de dos días entre la firma de la capitulación y su entrada en vigor.

El 6 de mayo por la noche, a las 21.45, Jodl envió un radiograma a Keitel: «El general Eisenhower insiste en que firmemos hoy: de lo contrario, los frentes aliados quedarán cerrados para todas aquellas personas que intenten rendirse por su cuenta, y se romperán las negociaciones. No veo más salida que el caos o la firma. Ruego que se me radiotelegrafíe de inmediato la confirmación de si dispongo o no de plenos poderes para firmar la rendición. Solo entonces podrá entrar en vigor la capitulación. Las hostilidades cesarán, pues, el 9 de mayo de 1945 a las 00.00 horas del horario de verano de Alemania».[495] El mensaje radiotelegráfico no llegó a Flensburgo hasta después de la medianoche.

El 6 de mayo por la tarde Dönitz se decidió a dar un paso que venía retrasando desde hacía tiempo: destituyó a Heinrich Himmler de todos sus cargos. Reichsführer de la SS, ministro del Interior y comandante en jefe del ejército de reserva, Himmler había caído en desgracia ante Hitler debido a sus contactos con las potencias occidentales y no había sido tomado en

consideración en el testamento del Führer, pero al principio había abrigado la esperanza de desempeñar el papel de «segundo al mando» en el Gobierno Dönitz. En un primer momento el gran almirante se había dedicado a darle largas. Le había parecido poco oportuno romper del todo con él mientras Himmler siguiera teniendo en sus manos los mecanismos de poder dentro de la policía y de la SS.[496] Cuando Dönitz trasladó su cuartel general a Flensburgo en la noche del 2 al 3 de mayo, Himmler siguió sus pasos y arrastró tras de sí hasta el norte a toda una serie de oficiales de alto rango de la SS y de los campos de concentración, entre ellos al antiguo comandante de Auschwitz: Rudolf Höss. En sus memorias, escritas en 1946-1947 antes de ser ejecutado, mientras estaba en prisión preventiva, Höss señala que, en su último encuentro, celebrado el 3-4 de mayo, el Reichsführer de la SS «estaba radiante y de un humor excelente».[497] Parece, de hecho, que Himmler había dado por supuesto que, también en el futuro, iba a ser, junto con su SS, un «factor de orden» imprescindible en la lucha contra el bolchevismo.[498] En las reuniones del gabinete aparecía una y otra vez de manera inesperada y se mostraba siempre muy seguro de sí mismo. Aunque no contara con él para ningún cargo en su «Gobierno de gestión de los asuntos del Reich», Dönitz accedió el 4 de mayo a utilizar una fórmula que precisaba el estatus, todavía sin aclarar, de Himmler en los siguientes términos: «Con el mantenimiento del mando de la Waffen-SS, el Reichsführer de la SS Heinrich Himmler se ha encargado, en su calidad de jefe superior de la policía, de garantizar el mantenimiento del orden y la paz».[499]

Probablemente Dönitz se diera cuenta enseguida de que con todo eso había hecho demasiadas concesiones a Himmler, pues al día siguiente propuso utilizar una expresión menos comprometida: «El Reichsführer de la SS Heinrich Himmler se ha puesto a disposición del gran almirante». Himmler no estuvo de acuerdo con esta versión, y tampoco la solución de compromiso propuesta por Schwerin von Krosigk —«El Reichsführer de la SS Heinrich Himmler se ha puesto a disposición del gran almirante para colaborar en el mantenimiento de la paz y el orden»— logró arrancar su aprobación.[500]

Sin embargo, la posición de poder de Himmler fue decayendo día tras día y, después de la entrada en vigor de la capitulación parcial en el norte y la

creación del «Gobierno de gestión de los asuntos del Reich», Dönitz creyó que ya no era preciso seguir teniendo más consideraciones hacia él. El 6 de mayo por la tarde, a las 17.00, mandó llamar a Himmler y le hizo saber que prescindía de sus servicios como ministro del Interior, como comandante en jefe del ejército de reserva y jefe superior de la policía y que consideraba «rotos todos los lazos entre su personal y el actual Gobierno».[501]

Por encargo de Dönitz, Keitel se ocupó de pedir al Reichsführer de la SS que se abstuviera de hacer más visitas en el futuro al cuartel general del gran almirante.[502] Antes de desaparecer, Himmler declaró que «se sentía absolutamente seguro de que no iba a ser descubierto y que aguardaría en la sombra el desarrollo de los acontecimientos, que no tardarían en favorecerlo».[503]

El 11 de mayo Himmler abandonó el territorio de Flensburgo, provisto de una cartilla militar falsificada, que lo identificaba como el Feldwebel (sargento mayor) «Heinrich Hitzinger». Iba acompañado de los miembros de su Estado Mayor, entre ellos su ayudante de campo, el Obersturmbannführer de la SS Werner Grothmann, y el Sturmbannführer Heinz Macher. Pocos días después, el grupo cruzó el Elba en un barco pesquero a la altura de Friedrichskoog. Evidentemente Himmler pretendía pasar a la clandestinidad y esconderse en el Harz, para luego dirigirse a los Alpes. El 21 de mayo, sin embargo, Grothmann, Macher y él fueron detenidos en un puesto de control cerca de Bremervörde y conducidos a un centro de interrogatorios de las fuerzas armadas británicas cerca de Luneburgo. Una vez allí, Himmler reveló su identidad ante el oficial de servicio. De momento, los agentes responsables de los interrogatorios no quisieron creer que aquel hombre insignificante vestido de paisano con ropas andrajosas que había caído en su red fuera uno de los criminales más buscados y miembro de la minoría dirigente del Tercer Reich. Desde allí, el detenido fue conducido al cuartel general del II Ejército británico, establecido en Luneburgo. El 23 de mayo, mientras se le efectuaba un examen médico exhaustivo, el doctor encontró en la boca del prisionero un objeto acabado en punta de color azul; pero, antes de que pudieran retirarle aquel cuerpo extraño, Himmler mordió la cápsula de cianuro —que era de lo que se trataba— y se libró así —como Hitler, Goebbels o Bormann— de asumir la responsabilidad de sus crímenes.[504]

El 6 de mayo de 1945 los soldados del 2.º Regimiento de la 5.ª División de Infantería del ejército estadounidense entraron en Wallern (en checo, Volary), ciudad del sur de Bohemia. En el cobertizo de una fábrica localizaron a ciento dieciocho mujeres judías que se encontraban en unas terribles condiciones sanitarias. El oficial médico, comandante Aaron S. Cahan, encargado de trasladar a las mujeres a un hospital de campaña, comunicó cuatro días después: «La primera impresión que me causaron aquellas personas fue de absoluto espanto; no habría podido creer nunca que una persona pudiera ser humillada de tal forma y que, pese a estar tan desnutrida y escuálida, pudiera vivir y seguir existiendo en semejantes circunstancias. [...] Creí que teníamos ante nosotros a un grupo de ancianas y, en ese momento, habría calculado que su edad oscilaba entre los cincuenta y los sesenta años. Quedé sorprendido y espantado a un tiempo cuando pregunté a una de aquellas chicas cuántos años tenía y ella me respondió que diecisiete, mientras que a mí me había parecido que tenía como mínimo cincuenta».[505]

Aquellas mujeres eran supervivientes de una marcha de la muerte que había partido tres semanas antes del campo de concentración de Helmbrechts, un campo unido al de Flossenbürg, situado a unos quince kilómetros al sudoeste de la ciudad de Hof, en Alta Franconia, que había sido creado en el verano de 1944. En febrero de 1945 había internadas en él alrededor de seiscientas mujeres, originarias sobre todo de Polonia y de la Unión Soviética, obligadas a trabajar en turnos de doce horas para la empresa de fabricación de armamento Neumeyer. El 6 de marzo de 1945 entraron en el campo de concentración de Helmbrechts seiscientas veintiuna mujeres judías. Llevaban ya a sus espaldas dos espantosas marchas de evacuación de campos unidos al campo de concentración de Gross-Rosen y, cuando llegaron, estaban extremadamente debilitadas. Muchas de ellas padecían disentería y mostraban síntomas de congelación. Fueron rigurosamente aisladas y hacinadas en dos barracones. Su situación era muchísimo peor que la de las prisioneras no judías. No recibieron ninguna atención médica y su comida consistía por regla general en medio litro de sopa aguada. Ya no eran obligadas a ir a trabajar, y sus guardianas no tenían el menor reparo en arrebatarles cualquier rastro de dignidad humana que

aún pudiera quedarles. Durante las cinco semanas que pasaron en Helmbrechts cuarenta y cuatro de ellas perecieron.[506]

El 13 de abril, cuando la vanguardia de las tropas estadounidenses estaba ya a solo cincuenta kilómetros de distancia, el comandante del campo, el Unterscharführer(34) de la SS Alois Franz Dörr, decidió vaciar Helmbrechts. A primera hora de la tarde, mil ciento setenta y una prisioneras, entre ellas quinientas ochenta judías, fueron obligadas a ponerse en marcha. Previamente, solo las internas no judías recibieron un poco de comida, ropa de abrigo y mantas. Las tres columnas de mujeres iban acompañadas por soldados armados de la SS y guardianas provistas de porras de madera. Muchas de las judías estaban tan débiles que apenas podían tenerse en pie y tenían que ser sostenidas por sus compañeras. Ya durante los primeros días, los hombres de la SS fusilaron a las que no podían seguir el ritmo de la marcha. Y las mujeres encargadas de la vigilancia pegaban sin piedad a las demás para espolearlas.

Evidentemente no estaba claro cuál era el destino de la marcha. Al principio parece que la ruta se dirigió al sudoeste, pasando por Schwarzenbach an der Saale y Neuhausen. El segundo día de la marcha, a primera hora de la tarde, apareció por allí un mensajero del Alto Mando de la SS que transmitió a Dörr la orden de Himmler de que en adelante «no debían llevarse a cabo más fusilamientos, pues se habían entablado negociaciones con los estadounidenses que no debían verse afectadas».[507] Sin embargo, la situación cambió poco. Las guardianas podían comportarse con las prisioneras como mejor les pareciera, sin temor a recibir sanción alguna.

En Neuhausen, Dörr se enteró de que las tropas estadounidenses estaban a solo quince kilómetros de distancia. Ordenó destruir toda la documentación del campo y que las prisioneras continuaran andando incluso de noche. En la confusión de la precipitada reanudación de la marcha, cincuenta mujeres del grupo de las no judías consiguieron escabullirse; también algunas guardianas aprovecharon la ocasión para poner pies en polvorosa. El 17 de abril, la comitiva llegó al campo de concentración de mujeres de Zwodau (Svateva). Allí terminó la marcha para las no judías. Las judías, en cambio, por orden de Dörr, tuvieron que seguir caminando.[508] Se puso entonces rumbo al sur, a través del territorio de

los Sudetes, anexionado en 1938. «Resulta casi imposible imaginar la miseria de aquellas mujeres, cómo tuvieron que arrastrarse, a menudo descalzas, por esas carreteras heladas», dice Daniel Goldhagen en su libro *Los verdugos voluntarios de Hitler*, que en 1996 desencadenó un acalorado debate acerca de la participación de los «alemanes corrientes» en el Holocausto. «Cada paso, por doloroso que resultara, no era más que el anuncio del siguiente, cada día era tan penoso como el anterior. Aquellas mujeres no podían vislumbrar ni la meta ni el fin de la marcha. Cada paso que daban exigía de ellas concentrar en él todas sus fuerzas, pues, en el mejor de los casos, ya ni sentían ni padecían, dado el estado de debilidad y enfermedad en el que se hallaban. Cada mañana se despertaban con un hambre feroz, con los pies hinchados y llagados supurando pus, con los miembros anquilosados y con heridas abiertas, que ya no cicatrizaban. Sabían que tenían por delante todo un día de marcha y que sus torturadores no les darían casi tregua para descansar. Cuando por fin anocheciera, quizá les dieran un poco de comida y luego caerían en un sopor febril, en un doloroso duermevela, simplemente para repetir al día siguiente ese mismo círculo de terror. Ese era el aspecto que presentaba un día "normal"».[509]

Las integrantes de la marcha estuvieron días enteros sin que les dieran de comer y a menudo tuvieron que pernoctar al raso. Por las noches muchas murieron de inanición. Las que estaban demasiado enfermas o demasiado débiles para continuar andando eran cargadas en carros tirados por caballos. La caravana fue arrastrándose así por la región montañosa de la Selva de Bohemia, hasta que el 3 de mayo por la tarde llegó a la localidad de Wallern (Volary). Allí, Dörr decidió abandonar a las mujeres que eran incapaces de seguir caminando y marcharse con las demás a Prachatitz (Prachatice), ciudad situada en la frontera del Protectorado de Bohemia y Moravia, donde finalmente las que habían conseguido sobrevivir serían liberadas. Dörr y sus cómplices desaparecieron y pasaron a la clandestinidad. En marzo de 1969 el responsable del comando fue condenado a cadena perpetua por un jurado en el palacio de Justicia de Hof, pero ya en 1979 consiguió un indulto.[510]

De las seiscientas veinticinco prisioneras judías que abandonaron el campo de concentración de Zwochau el 19 de abril, al menos doscientas setenta y ocho murieron; ciento veintinueve perdieron la vida durante la marcha de la muerte o perecieron de frío y de hambre en alguna de las

paradas nocturnas a cielo abierto. Otras cuarenta y nueve fueron asesinadas por sus guardianas, o porque no podían seguir caminando, o porque intentaron huir. En muchos casos, se desconocen las circunstancias de la muerte.[511]

La marcha de la muerte de Helmbrechts no fue más que una de las muchas que se llevaron a cabo durante el sangriento final del régimen nacionalsocialista, y entre las víctimas de esas expediciones no solo hubo judíos y judías, sino también trabajadores forzosos, prisioneros de guerra y presos políticos de distintas nacionalidades: rusos, polacos, checos, franceses, belgas, húngaros y alemanes.[512] Durante las últimas semanas del Tercer Reich eran un espectáculo cotidiano: miles de prisioneros de los campos de concentración, similares a zombis, caminando de mala manera por las carreteras secundarias y atravesando los pueblos y aldeas del país. De los más de setecientos catorce mil internos existentes en los campos de concentración a comienzos de 1945 se calcula que perdieron la vida en las marchas de la muerte como mínimo doscientos cincuenta mil, esto es, una tercera parte.[513]

Ese espeluznante fenómeno solo puede entenderse situándolo en el contexto de las caóticas condiciones reinantes durante la caída del régimen nazi. Así había quedado ya de manifiesto en enero de 1945 durante la evacuación de los grandes campos de concentración de Europa del Este —Auschwitz, Gross-Rosen, Stutthof— ante el avance del Ejército Rojo: los rasgos característicos de todos estos casos fueron la precipitación y la improvisación. Los prisioneros tuvieron que ponerse en marcha en medio de un frío glacial, sin comida suficiente y sin ropa de abrigo. Muchos murieron ya durante los primeros días. Caravanas de refugiados y unidades de la Wehrmacht en plena retirada atascaban las carreteras, y en medio de aquella confusión general la predisposición a desembarazarse de los prisioneros fue intensificándose entre los guardianes. Durante la noche del 31 de enero al 1 de febrero tuvo lugar una terrible matanza en la playa de la pequeña ciudad de Palmnicken (Iantarny), a orillas del mar Báltico. Alrededor de tres mil prisioneros, en su mayoría mujeres judías del campo de concentración de Stutthof y de sus campos anexos, fueron ametrallados

por los soldados de la SS; varios días después sus cadáveres fueron arrastrados por las olas de nuevo hasta las playas de los alrededores.[514]

Por otra parte, los campos de concentración instalados en el «Altreich»(35) no estaban preparados de ninguna manera para acoger a decenas de miles de prisioneros extenuados, que fueron alojados en unas condiciones más horribles, en la mayoría de los casos, que las existentes en los campos de los que provenían. Por consiguiente, en abril de 1945, cuando dieron comienzo las evacuaciones de Buchenwald, Sachsenhausen, Flossenbürg, Neuengamme, Ravensbrück y otros centros de internamiento, los deportados se encontraban en unas condiciones físicas esencialmente peores que las de los demás reclusos. En consecuencia, sus posibilidades de supervivencia durante las marchas de la muerte fueron menores.

En medio del ajetreo administrativo existente durante los últimos días de la guerra no había ni órdenes claras sobre cómo había que tratar a los prisioneros por el camino, ni tampoco sobre dónde había que llevarlos exactamente. La consecuencia de todo ello fue que muchas columnas de prisioneros se vieran obligadas a ir de un lado para otro, sin rumbo fijo, por el corredor, cada vez más estrecho, del territorio que aún no había sido ocupado, y que en gran parte se dejara al arbitrio de los guardianes encargados de vigilarlos si fusilaban o no a los desgraciados que eran incapaces de seguir caminando. Por consiguiente, la decisión sobre la vida y la muerte de los prisioneros dependería, entre otros asuntos, de la composición del personal encargado de su escolta y, en particular, de la situación existente en los lugares por los que pasaran y en los que quedaran atrapados justo antes de la llegada de las tropas estadounidenses, británicas o rusas.

Las marchas de la muerte se desarrollaron ante los ojos de la población civil. Muchos habitantes de las zonas rurales fueron testigos de los asesinatos en masa perpetrados a las puertas de sus casas, y por fuerza tuvieron que ver cómo aquellas figuras consumidas por la miseria eran apaleadas y fusiladas por sus guardianes. Las reacciones de la gente fueron muy variadas: las personas compasivas, sobre todo las mujeres, se sintieron conmovidas e intentaron facilitar a los prisioneros agua o algo de comer, o incluso se atrevieron a dárselo sin más. Otros, en especial los más valientes, ayudaron a aquellos que consiguieron huir aprovechando cualquier

momento en el que nadie los viera. Sin embargo, más frecuentes que la ayuda y el apoyo fueron la pasividad y el rechazo. Muchos ciudadanos se mostraron indiferentes al ver pasar ante sus ojos a aquellos desgraciados, o bien sintieron miedo: no solo de los soldados de la SS, que se comportaban de manera brutal con todos los que intentaban ayudar, sino también de los propios presos, cuyo estado de degradación parecía ser la prueba viva de que por fuerza tenían que ser individuos «asociales», «parásitos del pueblo» o incluso peligrosos criminales.[515]

En más de una ocasión los alemanes comunes y corrientes tomaron parte en los asesinatos. Un caso tremendamente espantoso tuvo lugar a comienzos de abril de 1945 en Celle. En la estación de esta ciudad, varios cientos de prisioneros de un campo unido al de Neuengamme lograron escapar del tren durante un bombardeo y esconderse en un bosque cercano. Al caer la noche, los guardianes del comando de escolta que los acompañaba, varios hombres de la SA, soldados de un cuartel cercano, policías locales, reclutas del Volkssturm y varios grupos de civiles, entre ellos algunos miembros de las Juventudes Hitlerianas de catorce a dieciséis años, salieron a la caza de los fugitivos. Fueron asesinados al menos ciento setenta prisioneros.[516]

Reclusos del campo de concentración de Dachau pasan por Starnberg el 28 de abril durante su marcha de la muerte hacia Bad Tölz. La fotografía fue tomada en secreto. Benno Gantner/akg-images, Berlín

También en Gardelegen, pequeña ciudad de la Altmark, se produjo casi al final de la guerra un suceso atroz. El 13 de abril llegaron a la localidad mil cien supervivientes de una marcha de la muerte que había partido de dos campos unidos de Mittelbau-Dora. Fueron encerrados en medio del campo

en un pajar solitario, al que después prendieron fuego. Todo el que intentaba huir de las llamas era abatido por las ametralladoras. El principal responsable de la matanza no fue el comando de la SS encargado de su custodia —algunos de sus integrantes ya se habían largado—, sino un nazi fanático, el Kreisleiter de la NSDAP Gerhard Thiele. Temía que los estadounidenses entraran en la ciudad en las próximas horas y que los prisioneros liberados pudieran intentar vengarse. Habían empezado a circular rumores, lanzados deliberadamente, acerca de las atrocidades cometidas por los presos que vagabundeaban por la zona sembrando el pánico. En medio de aquel ambiente a Thiele no le costó ningún trabajo reclutar ayudantes entre la población civil, sobre todo miembros del Volkssturm, que no dudaron en participar con él en aquella empresa sanguinaria. El 15 de abril, cuando los estadounidenses, que ya habían entrado en la ciudad, inspeccionaron la escena del delito, encontraron alrededor de mil cadáveres carbonizados.[517]

Las matanzas de Celle y Gardelegen ponen de manifiesto lo siguiente: el asesinato de los prisioneros de los campos de concentración durante la etapa de las marchas de la muerte no fue ordenado «desde arriba» ni dirigido por una autoridad central, sino que más bien se desarrolló a lo largo de un proceso dinámico descoordinado surgido «desde abajo», en el que los guardianes de la SS, los miembros de la policía, del Volkssturm y de las Juventudes Hitlerianas, pero también simples civiles comunes y corrientes se unieron para formar una comunidad criminal, prueba contundente de hasta qué punto el virus de la violencia desenfrenada había hecho mella en muchos sectores de la sociedad alemana.

«6 de mayo por la mañana. Reina un silencio tranquilizador», anotó en su diario Horst Gleiss, un escolar de Breslavia y miembro del Volkssturm de apenas catorce años. «De la oscuridad de los refugios surgen medio a gatas individuos pálidos que se llenan los pulmones del aire puro de mayo. El pensamiento unánime es: "Ya es hora de poner fin a esta sangrienta guerra". Si hubiéramos seguido combatiendo aquí en Breslavia, ninguno de nosotros habría sobrevivido».[518] En efecto, las armas guardaban silencio en la capital de Silesia desde primera hora de la mañana. Dos oficiales alemanes

acompañados de un intérprete atravesaron la tierra de nadie para presentarse en las posiciones rusas y transmitir la propuesta de rendición. El 6 de mayo por la tarde, hacia las 18.00, el general Hermann Niehoff, el último comandante en jefe de la Fortaleza, firmó el documento de capitulación en Villa Colonia, en la periferia sur de la ciudad. A continuación, el general Vladímir A. Gluzdovski le ofreció una cena. «Las velas iluminaban montañas de platos fríos, guisos de pescado, pasteles de carne, *zakuski* y, naturalmente, botellas de vodka por todas partes. El vencedor quiere celebrar su victoria. Se me pide cortésmente que me una a él», recordaría más adelante Niehoff.[519]

En el otoño de 1944 Hitler había declarado Fortaleza a Breslavia, lo que significaba que la ciudad no estaba autorizada a rendirse, sino que tenía que defenderse por todos los medios.[520] Entonces daba la impresión de que no existía ninguna amenaza inmediata para la capital de Baja Silesia. El Ejército Rojo se encontraba a trescientos kilómetros de distancia, en el centro de Polonia, y gracias a su posición geográfica la ciudad se había librado de los bombardeos británicos y estadounidenses. Sin embargo, el 12 de enero de 1945 comenzó en todo el Frente Oriental la contraofensiva soviética, algo temido desde hacía tiempo. A los pocos días ya estaba claro que el Ejército Rojo había conseguido avanzar mucho. Su inesperada y rápida penetración en el territorio alemán desencadenó un importante movimiento de huida. Cientos de miles de personas intentaron salir de las provincias alemanas del este y dirigirse hacia el oeste o hacia los puertos del Báltico en carretas o a pie, en medio de unas temperaturas glaciales. También llegaban cada día a Breslavia largas columnas de refugiados.

El 19 de enero Karl Hanke, el Gauleiter y comisario de Defensa del Reich de Baja Silesia, dio la orden de evacuación; demasiado tarde para lograr un abandono hasta cierto punto ordenado de la ciudad, habitada por casi un millón de personas. Pues para entonces las carreteras estaban atascadas de refugiados y de tropas en plena retirada, y los trenes de la Reichsbahn no bastaban de ningún modo para dar salida a un número tan grande de gente. «La multitud fue presa del pánico y del aturdimiento», afirmaba en su diario el sacerdote Paul Peikert. «Todos los días las estaciones están tan atestadas de gente que resulta casi imposible abrirse paso entre el gentío. Todo el mundo se abalanza sobre los trenes, que solo pueden dar cabida a un número limitado de refugiados, de modo que la

mayor parte de ellos deben quedarse en tierra e intentarlo en otra ocasión».[521]

El 20 de enero Hanke ordenó por medio de altavoces que las mujeres y los niños abandonaran la ciudad a pie: «Tendrán que llevarse un equipaje de mano poco voluminoso. Las mujeres que tengan niños pequeños deberán disponer de infiernillos de alcohol; la NSV [Nationalsozialistische Volkswohlfahrt, esto es, el servicio de bienestar social nacionalsocialista] instalará cocinas de campaña y centros de distribución de leche».[522] Cientos de miles de personas abandonaron la ciudad con unas temperaturas de hasta veinte grados bajo cero y se sumaron a las caravanas de refugiados. Una de las que se puso en marcha, calzada con un par de botas resistentes, con una mochila a las espaldas, que contenía lo más imprescindible, y con una bolsa llena de productos alimenticios para los próximos días, fue Elisabeth Erbrich: «Como si de una caravana se tratase, los refugiados marchaban a pie, con todas sus pertenencias cargadas en carritos y cochecitos de niño, o en automóviles y carros tirados por caballos [...] en medio de la nieve de una blancura resplandeciente. Eran cientos de miles las personas que se habían puesto en camino, entre ellas también pequeñas expediciones que habían salido de las aldeas de la margen derecha del Óder y que llevaban ya a sus espaldas varios días de marcha. Como consecuencia del gran frío reinante y después de tanto tiempo caminando sin parar, cargaban muchos cadáveres en los carros, que tenían que ser descargados y depositados al borde del camino, porque la tierra helada estaba tan dura que no podía acoger en su seno a los muertos».[523]

Desde el primer momento, el Gauleiter Hanke no dejó la menor duda de que pensaba llevar la defensa de la Fortaleza Breslavia «hasta el extremo», como hizo saber en un llamamiento hecho público el 22 de enero.[524] Acompañó a su amigo, el ministro de Armamento (Albert Speer), que había ido a visitarlo ese mismo día, a dar una vuelta por el palacio del Oberpräsident,(36) construido por el arquitecto Carl Gotthard Langhans en el siglo XVIII y restaurado hacía poco. «¡Los rusos no serán nunca dueños de esto! ¡Antes prefiero quemarlo!», había exclamado Hanke, según cuenta Speer en sus memorias.[525]

El 24 de enero, después de mantener una conferencia telefónica con todos los Gauleiter de los territorios del Este, Goebbels anotó lo siguiente

en su diario: «El que me ha dado la mejor impresión ha sido Hanke. Se expresa con gran firmeza y seguridad. Me describe las medidas improvisadas que ha tomado para defender Breslavia. Me inspira mucha simpatía el hecho de que me explique que ahora le viene muy bien lo que aprendió en la escuela de Berlín y de mí mismo para llevar a cabo el trabajo necesario en la situación crítica en la que se halla. Muestra un extraordinario tesón. [...] En cualquier caso, Hanke está firmemente decidido a defender Breslavia por todos los medios».[526]

Goebbels también se desharía en elogios hacia su antiguo secretario de Estado en el Ministerio del Reich de Educación Popular y Propaganda durante los días siguientes. El 28 de enero, cuando Hanke ordenó a un comando del Volkssturm fusilar al vicealcalde de Breslavia, Wolfgang Spielhagen, por haber hecho, según parece, preparativos de huida, y decidió que se hiciera pública su ejecución por medio de carteles pegados en las calles, la medida adoptada contó con el beneplácito del ministro de Propaganda e Información y Hitler también aprobó el asesinato: «En una fortaleza amenazada», explicó el Führer, «no se puede proceder párrafo a párrafo, sino que hay que hacer lo que se considere apropiado y necesario».[527]

El 15 de febrero se cerró el cerco en torno a la ciudad, en la que todavía quedaban alrededor de doscientos mil civiles, entre ellos decenas de miles de trabajadores forzosos, prisioneros de guerra y presos de los campos de concentración. La guarnición de la Fortaleza, al mando en un principio del general Hans von Ahlfen y, a partir del 5 de marzo, del general Niehoff, estaba compuesta por cuarenta y cinco mil hombres, en su mayoría formaciones de la Waffen-SS reunidas de cualquier manera, reservistas de la Wehrmacht, y tropas del Volkssturm y de las Juventudes Hitlerianas. Frente a ella estaba el VI Ejército del general Gluzdovski, integrado por ciento treinta mil soldados ya veteranos en los campos de batalla.[528] Los rusos atacaron por el sur, conquistaron los barrios periféricos y el 24 de febrero se abrieron paso combatiendo hasta Hindenburgplatz, a solo cuatro kilómetros del centro de la ciudad. Pero en ese momento el avance quedó paralizado. Las tropas alemanas opusieron una durísima resistencia, y se desencadenó una enconada lucha casa por casa que, por su brutalidad, recordaría la batalla de Stalingrado.[529]

Amplios sectores de la ciudad habían quedado destrozados. Más desastrosas que el fuego de la artillería soviética resultaron las medidas tomadas por los propios defensores. Prendieron fuego a muchos edificios y volaron las ruinas en las que se habían convertido para dejar despejado el campo de tiro. Sin el menor miramiento, instalaron en las iglesias y en otros edificios históricos puestos de mando, baterías de artillería y depósitos de municiones que hicieron de ellos el blanco de los bombarderos soviéticos.

Símbolo de todo aquel desastre sería la construcción de una pista de despegue y de aterrizaje en pleno centro de la ciudad, encargada de asegurar el aprovisionamiento de víveres por vía aérea en caso de que el aeropuerto de Gandau cayera en manos de las tropas soviéticas. Los edificios del barrio de la universidad, entre ellos el archivo nacional y dos iglesias, fueron demolidos y el terreno fue allanado en un espacio de un kilómetro y trescientos metros de longitud y trescientos metros de ancho. Se calcula que unas tres mil personas —muchos trabajadores forzosos, pero también parte de la población civil de Breslavia, incluidos mujeres y niños— cayeron víctimas de las bombas de la artillería y de los aviones en vuelo rasante de los soviéticos. «Dormimos como los conejos: con los ojos abiertos. Y esperamos que nos maten», comentó un trabajador el 21 de marzo. «Los aviones bombardean la pista de rodaje. De nuevo un montón de muertos. [...] Cada vez que estalla alguna bomba cerca, las mujeres se ponen a chillar de una manera terrible».[530]

El 3 de marzo Hanke hizo un llamamiento a la población alemana por medio de la Grossdeutscher Rundfunk, la radio nacional de la Gran Alemania. La invitó a seguir el ejemplo de Breslavia y unirse al frente de aquellos «que trabajan y se esfuerzan por conseguir la victoria». Y concluyó con la siguiente promesa: «Pero los de la Fortaleza Breslavia juramos permanecer inasequibles al desaliento y firmes en nuestra fe en el Reich y en el Führer, no vacilar, aunque lleguen días difíciles, y combatir mientras nos quede una pizca de fuerza».[531] En opinión de Goebbels, el discurso fue «de una intensidad emocionante» y ponía de manifiesto «una dignidad y una moral política de una altura digna de admiración». «Si todos nuestros Gauleiter de los territorios del Este fueran así y trabajaran como Hanke, las cosas nos irían mejor de lo que realmente nos van. Hanke es la figura más destacada entre nuestros Gauleiter del este». También Hitler había

escuchado el discurso y tributó a la actuación de Hanke, como anotó Goebbels lleno de satisfacción en su diario, «los máximos elogios».[532]

El 7 de marzo Hanke y Niehoff promulgaron un decreto por el que se obligaba a trabajar a toda la población de Breslavia, tanto hombres como mujeres, incluidos los niños a partir de los diez años. Y las niñas a partir de los doce. Quien no cumpliera la orden y no estuviera en posesión de un permiso de trabajo después del 11 de marzo sería llevado a juicio y sometido a un consejo de guerra. «Al igual que el soldado que abandona su puesto es condenado a muerte como desertor, de la misma manera se castigará a aquel que se sustraiga a la obligación de trabajar en la Fortaleza».[533] Cientos de soldados, de civiles y de trabajadores forzosos fueron sometidos a un consejo de guerra y condenados en un juicio rápido por «escaqueo», «pillaje» o «sabotaje». La lista de los reos ejecutados fue dada a conocer en la única publicación que seguía editándose en la ciudad (*Frontzeitung der Festung Breslau*), para que sirviera de escarmiento.[534]

A finales de marzo, el comandante en jefe de las fuerzas soviéticas amenazó por primera vez con efectuar bombardeos masivos sobre Breslavia si la Fortaleza no se rendía. Sin embargo, el general Niehoff rehusó la capitulación. En cuanto a Hanke, aseguró a su antiguo jefe, Goebbels, en el curso de una conversación telefónica, que Breslavia podría «aguantar todavía por tiempo indefinido».[535] El 1 y el 2 de abril, coincidiendo con el domingo de Resurrección y el lunes de Pascua, la aviación soviética lanzó miles de bombas; todo el centro histórico fue pasto de las llamas. «Desde Kaiserbrücke se ofrecía a nuestra vista una imagen tristísima, casi indescriptible, de la ciudad de Breslavia ardiendo, un espectáculo inolvidable y horroroso [...]», escribiría el padre Peikert. «Las llamas salían por los casquetes de las agujas de la catedral; todo el tejado de la catedral era una sola llamarada; también estaba ardiendo la iglesia de S. Miguel, al igual que Sta. María de la Arena, S. Vicente, S. Adalberto, S. Mauricio, S. Bernardino, S. Cristóbal, y todas las calles situadas entre estas iglesias. [...] ¡Qué imagen más lúgubre, más horripilante, la de Breslavia ardiendo el lunes de Pascua al atardecer, y, por la noche, la del derrumbe de la parte más hermosa de esta hermosa ciudad!».[536]

A mediados de abril el Ejército Rojo ya había tomado el aeropuerto de Gandau y había penetrado hasta el extremo occidental del centro histórico. Y, mientras que en muchos sectores de la población civil se intensificaban

la desesperación y la ira por la continuación de los combates, ni Hanke ni Niehoff pensaban en rendirse. El 20 de abril, con motivo del cumpleaños de Hitler, el comandante en jefe de la Fortaleza evocaba en su orden del día el mito del Führer: «La confianza que tenemos depositada en él se reforzará cuanto más tiempo nos mantengamos firmes. Pues Adolf Hitler está con los valientes, su fuerza será nuestra capacidad para resistir».[537] Albert Speer felicitó a Hanke por los «servicios prestados como defensor de Breslavia» en los siguientes términos: «Tu ejemplo [...] tendrá más adelante para el pueblo un valor altísimo, realmente incalculable, como el de pocos héroes de la historia de Alemania».[538] Goebbels y Hitler opinaban lo mismo. El dictador concedió a Hanke una preciada condecoración, la cruz de oro de la Orden Teutónica, y el 29 de abril lo nombró en su testamento sucesor de Himmler como Reichsführer de la SS y jefe superior de la policía alemana.[539]

Incluso cuando se supo la noticia de la muerte de Hitler y de la capitulación de Berlín, los combates en Breslavia continuaron. Todavía el 4 de mayo la *Frontzeitung der Festung Breslau* informaba: «Cada salva de artillería y cada bomba que Iván(37) lanza contra nosotros deberían ser la prueba más evidente, incluso para el más ingenuo, de que frente a un enemigo tan criminal como el bolchevismo solo vale una única consigna: ¡luchar y permanecer unidos!».[540]

Ese mismo día, a las doce de la mañana, una delegación de representantes de las dos confesiones religiosas acudió a entrevistarse con el general Niehoff para instarle a poner fin a los combates. El pastor Ernst Hornig comunicó que las pérdidas entre la población civil se habían incrementado de forma alarmante. A diario perecían cientos de personas, muchas se habían visto abocadas por desesperación al suicidio al comprobar que la situación no tenía salida. La confianza en el partido y en las autoridades militares era casi nula. «¿Puede usted, en estas circunstancias responder ante Dios por seguir adelante con la defensa de la ciudad?», preguntó al comandante de la Fortaleza. Niehoff despidió a la delegación de las dos iglesias con el siguiente comentario: «Sus preocupaciones son las mías».[541] Pero en secreto ya había decidido entablar negociaciones en torno a la rendición. El 5 de mayo por la tarde, convocó a sus oficiales al puesto de mando que había instalado en los bajos

de la biblioteca de la universidad para «pasar por última vez revista» y declaró ante ellos: «Hitler ha muerto, Berlín ha caído, los Aliados han tendido ya la mano en el propio corazón de Alemania. Por consiguiente, ya no hay razones que justifiquen continuar la lucha en Breslavia. Cada nueva víctima que se produzca es un delito. He decidido poner fin a los combates y ofrecer al enemigo la rendición de la ciudad y de su guarnición en condiciones honrosas. Ya ha sido disparado el último cartucho; hemos cumplido con nuestro deber. Como mandaba la ley».[542]

Al Gauleiter Hanke, que había ordenado fusilar de inmediato a todo el que intentara huir, en aplicación de la ley marcial, ni se le pasó por la imaginación poner fin a su vida con una «muerte heroica». El 6 de mayo por la noche despegó en un Fieseler Storch utilizando la misma pista que había mandado construir pagando un precio espantoso en vidas humanas. Sobre la suerte que corrió después existen varias versiones. Probablemente fuera detenido y ejecutado por unos milicianos checos cuando intentaba huir a través de los Sudetes.[543] El general Niehoff fue condenado a muerte por un tribunal militar soviético acusado de crímenes de guerra, pero luego su pena fue conmutada por veinticinco años de prisión. En 1955 regresó a la República Federal de Alemania. Junto con su antecesor en el puesto de comandante en jefe de la plaza, Hans von Ahlfen, publicó el libro *So kämpfte Breslau*, en el que los dos autores glorificaban la lucha y las muertes sin sentido provocadas en la ciudad del Óder.[544] Perdieron la vida en ella como mínimo seis mil soldados alemanes y ocho mil soviéticos. Considerablemente superior fue la cifra de víctimas civiles; los cálculos oscilan entre los diez mil y los ochenta mil muertos.[545]

Breslavia fue una de las últimas ciudades alemanas en rendirse. No lo hizo hasta el 6 de mayo de 1945. Panorama del centro histórico destruido visto desde el ayuntamiento. akg-images, Berlín

Apenas dos días después de la capitulación de Breslavia llegó una avanzadilla de funcionarios administrativos polacos con la pretensión de documentar sus derechos sobre la capital de Baja Silesia. Según los acuerdos de la Conferencia de Potsdam, que aprobaron el «desplazamiento hacia el oeste» de las fronteras de Polonia en compensación por la pérdida de las provincias orientales del país ocupadas por la Unión Soviética, Breslavia perdió su nombre alemán, Breslau, y pasó a llamarse Wrocław, quedando bajo la administración del Estado polaco. Entre 1945 y 1947 cambió radicalmente la composición étnica de la zona. Los alemanes fueron sistemáticamente deportados y en su lugar llegarían «repatriados» polacos procedentes de las provincias orientales anexionadas por los rusos. Si a finales de diciembre de 1945 estaban censados en la ciudad solo 33.297 polacos, cifra que los alemanes quintuplicaban, esta correlación se había invertido ya nueve meses después: frente a los 152.898 polacos vivían en

ella solo 28.274 alemanes. En marzo de 1947 Wrocław tenía 214.310 habitantes, 196.814 polacos y 17.496 alemanes.[546]

Como sucediera antes en Praga, también allí los alemanes que se habían quedado en la ciudad sufrieron de lleno las repercusiones del odio acumulado y reprimido durante los años de la ocupación alemana de Polonia. A menudo fueron obligados a desalojar sus casas o sus pisos por los polacos recién llegados; serían forzados a llevar un brazalete blanco con la letra N de *niemiec* («alemán», en polaco), se verían expuestos a los ataques de las bandas de delincuentes y su deportación al oeste se llevaría a cabo a bordo de trenes de mercancías, en vagones bloqueados con cerrojo.[547] El escritor Hugo Hartung, que había llegado a Breslavia en 1940 como director artístico de los teatros municipales y que durante el asedio de la ciudad había prestado servicio en el Volkssturm, describió en su diario durante los primeros días de julio de 1945 el cambio radical que había tenido lugar: «Otra fila de personas se cruza con la nuestra, con carretillas y cochecitos de niño, arrastrándose, sin fuerzas, una fila miserable, interminable: polacos del Gobierno General de la zona de Lemberg. No son todavía gente de esta ciudad, al igual que nosotros, que hemos dejado de serlo. Como títeres de un destino incomprensible, las dos filas pasan en silencio una junto a otra».[548]

Mientras que en Praga o en Breslavia se seguía combatiendo, en otros lugares empezaba ya a surgir una nueva vida política. El 6 de mayo de 1945 se reunieron en el salón de sesiones de la Jefatura Superior de Policía de Hannover ciento treinta socialdemócratas con el fin de volver a fundar la agrupación local de la SPD. La iniciativa había partido de Kurt Schumacher, por entonces de cuarenta y nueve años. Nacido el 13 de octubre de 1895 en la ciudad de Culm (conocida por su nombre en polaco como Chełmno), en Prusia occidental, hijo de un comerciante, Schumacher había asistido al instituto de su ciudad natal y, al principio de la Primera Guerra Mundial, se había alistado como voluntario. Tras sufrir graves heridas, como consecuencia de las cuales perdió el brazo derecho, fue licenciado del ejército. En adelante se dedicó a estudiar jurisprudencia y economía política: se doctoró con una tesis sobre «La lucha por la idea de Estado en la

socialdemocracia alemana». En enero de 1918, esto es, tras la disolución del Imperio del káiser, ingresó en la SPD. Su carrera política dio comienzo en 1920, como director del órgano del partido en Stuttgart, la Schwäbische Tagwacht. En 1924 fue elegido diputado para el Landtag de Wurtemberg y, en 1930, sería elegido diputado del Reichstag. Se atrajo el odio del grupo parlamentario de la NSDAP cuando en un discurso pronunciado el 23 de febrero de 1932 que suscitó mucha atención calificó toda la agitación y propaganda nacionalsocialista de «continuo llamamiento a la vileza que habita en el interior del ser humano». «Si algo debemos reconocer al nacionalsocialismo», dijo dirigiéndose a Goebbels, «es el hecho de haber conseguido movilizar por primera vez en la política alemana la totalidad de la estupidez humana».

Los nacionalsocialistas no olvidarían aquellas palabras. En julio de 1933 Schumacher fue detenido; su encarcelamiento fue seguido de casi diez años de penalidades en distintos campos de concentración, hasta que en la primavera de 1943 fue liberado de Dachau víctima de una grave enfermedad. Los dos últimos años de la guerra los pasó en casa de su hermana, en Hannover, bajo la estrecha vigilancia de la Gestapo. Después del 20 de julio de 1944, cuando el régimen emprendió la Operación Gitter contra los antiguos diputados y funcionarios de los partidos democráticos de la República de Weimar, fue encarcelado de nuevo durante un mes: pasó la mayor parte de ese tiempo en el campo de concentración de Neuengamme.[549]

El 10 de abril de 1945 las tropas estadounidenses entraron en la ciudad, en su mayor parte destruida. Apenas nueve días después Schumacher y un grupo de correligionarios tomaron la decisión de refundar el Partido Socialdemócrata. En la asamblea fundacional de la agrupación local, celebrada el 6 de mayo, Schumacher fue elegido presidente. Profundamente marcado por los años de cautiverio en los campos de concentración, pronunció un discurso programático bajo el lema «¡Nosotros no estamos desesperados!», en el que hizo balance de los doce años de régimen nacionalsocialista y esbozó sus ideas en torno a un nuevo comienzo de la democracia. Ese discurso ha sido llamado, con razón, «el primer documento de la socialdemocracia alemana de posguerra».[550] Por eso debemos ocuparnos aquí de la cuestión más a fondo.

Schumacher inició su intervención con la afirmación de que el marxismo no era un dogma rígido, sino «un método mediante el cual debemos examinar los hechos», y en este contexto citaba el lema de Ferdinand Lassalle: «Proclamar la realidad de lo que hay». Por lo pronto analizó la aciaga evolución de la historia de Alemania, que había conducido al nacionalsocialismo. Todavía totalmente prisionero de la concepción marxista de la historia, responsabilizaba de todo ello a la «alianza de la industria pesada y de la industria armamentística, pero sobre todo del capital financiero en general, con las fuerzas del militarismo prusiano-alemán». A partir de ahí, seguía diciendo, había surgido el carácter particularmente agresivo del «imperialismo alemán», que había elevado el «culto a la violencia» a la categoría de principio y, de paso, había provocado la catástrofe de la Primera Guerra Mundial. Al negar la derrota de 1918, afirmaba, las fuerzas reaccionarias habían echado la simiente de una nueva guerra. En esa línea se basaba enteramente la interpretación que Schumacher hacía del nacionalsocialismo como «siervo del gran capital», cuyo predominio por fuerza había llevado consigo una «descomposición moral y un desclasamiento» total de la población. Llegado a ese punto, Schumacher recordaba el discurso que había pronunciado en el Reichstag en febrero de 1932. Sin embargo, aseguraba, aquellos antiguos avisos de las consecuencias de la toma del poder por parte de Hitler no habían sido atendidos.

Schumacher se distanció expresamente del reproche que se hacía a los alemanes de ser culpables colectivamente de todo lo sucedido. «Los socialdemócratas que hemos sido los verdaderos adversarios del nazismo y que, por ello, hemos combatido junto con sus víctimas estamos muy agradecidos de que nos metan en el mismo saco que a ellas». Solo sentía desprecio por todos aquellos, «demasiados», que habían demostrado ser «estúpidos secuaces del hitlerianismo y meros adoradores del poder y del éxito». No podía concederse ningún crédito a sus posteriores afirmaciones en el sentido de que nunca habían «sabido nada» de los crímenes del régimen: «Puede que no lo supieran todo, pero sabían lo suficiente. De los campos de concentración sabían desde luego lo necesario para sentir un terrible miedo, y ese miedo fue uno de los principales pilares del sistema. No tuvieron tampoco inconveniente en quedarse con lo que sus hijos, sus padres y sus maridos se trajeron de los territorios ocupados durante la

guerra. Pero sobre todo vieron con sus propios ojos con qué maldad, con qué brutalidad se torturó, se robó y se persiguió a los judíos. No solo callaron, sino que incluso habrían preferido que una victoria de Alemania en la Segunda Guerra Mundial les hubiera garantizado su tranquilidad y, de paso, también una pequeña ganancia». La «corresponsabilidad de grandes sectores de la población con el régimen sanguinario de los nazis» no podía ignorarse como si no hubiera existido, sino solo reducirse «mediante el sincero reconocimiento de que nunca más podría volver a imponerse en Alemania un régimen incontrolado e incontrolable».

Schumacher abogaba decididamente por obligar a rendir cuentas a los «maquinadores» que habían ayudado a los nazis a alcanzar el poder, y, entre ellos, «al alemán más funesto después de Hitler: el señor Von Papen». Su castigo era más importante que «la persecución de muchos que se habían hecho miembros del partido a menudo por casualidad, y a menudo por coacción». No obstante, en lo referido al trato con los antiguos «PG», «los camaradas del Partido Nacionalsocialista [*Parteigenossen*]», Schumacher adoptaba una postura clara: la SPD no podía «ofrecer refugio a los nazis que se habían convertido en apátridas políticos».

Schumacher dedicó una sección especial de su discurso a la futura relación con los comunistas. Resultaba comprensible el deseo de que, tras los fuertes enfrentamientos que habían tenido antes de 1933, ambos partidos se unieran y colaboraran juntos. Sin embargo, rechazaba la idea de un «partido obrero unificado». «Los comunistas», rezaba su principal argumento, estaban «férreamente ligados a una sola de las grandes potencias vencedoras y, por consiguiente, a Rusia en cuanto Estado y a sus objetivos en materia de política exterior». «Nosotros ni podemos ni queremos ser el instrumento de ningún interés imperialista extranjero que nos maneje de manera autocrática». Pero al mismo tiempo Schumacher era favorable a la idea de atraer de nuevo al seno materno del partido a los grupos que se habían escindido de la SPD con anterioridad a 1933. La socialdemocracia tenía la misión de «actuar como imán que atrajera a todos los miembros desgajados»: «En el sistema de partidos el futuro dispone solo de un sitio para un partido de los socialistas democráticos».

El hecho de que la socialdemocracia hubiera sido «el único partido de Alemania» que se había atenido sin moverse in un ápice a «la línea de la

democracia y de la paz, que había acabado por revelarse la adecuada», era para Schumacher la razón por la cual reclamaba para la SPD un papel determinante durante el periodo de posguerra, y concluía su exposición con gran énfasis: «Para alcanzar lo que constituye nuestro objetivo, para conseguir la indivisible trinidad de paz, libertad y socialismo, aspiramos contar con la colaboración de las fuerzas progresistas de todo el mundo. [...] No nos amedrenta esta tarea y, si podemos ayudar a nuestro pueblo en ese espíritu, seremos útiles a toda la humanidad».[551]

Annemarie Renger, con apenas veinticinco años, leyó en el *Hannoverischer Kurier*, cuando se encontraba en la pequeña localidad de Visselhövede, en el extremo occidental de la Lüneburger Heide, donde se había refugiado junto con su hijito a finales de febrero de 1945 huyendo de los bombardeos de Berlín, algunos extractos del discurso de Schumacher. La joven quedó electrizada. «Eso era lo que estaba esperando: que las personas de nuestro país fueran sacudidas de su letargo y de su desesperación y empezaran a abordar los problemas. [...] Allí, a Hannover, donde ese tal Kurt Schumacher había vuelto a fundar el Partido Socialdemócrata de Alemania, el partido en el seno del cual había crecido yo misma, era donde quería ir a colaborar».[552]

Tras dejarse asesorar por su padre, antiguo funcionario del Movimiento de Deportistas Obreros, Annemarie escribió a Schumacher para preguntarle si no tendría un empleo para ella. No tardó en recibir una invitación a Hannover. «El hombre que se presentó ante mí era alto y delgado». Así describiría Renger en sus memorias su primer encuentro con Schumacher. «Profundas arrugas surcaban su rostro, en el que destacaban unos ojos penetrantes de color gris azulado. No me lo había imaginado así. Le faltaba poco para cumplir los cincuenta, pero parecía mucho más viejo. [...] Sin demasiados circunloquios me preguntó si dominaba la taquigrafía y si sabía escribir a máquina a la perfección; según dijo, era muy exigente. Respondí con absoluta seguridad que era bastante buena; había incluso conseguido un premio de la asociación de taquígrafas a la que pertenecía».[553] El 15 de octubre de 1945, Annemarie Renger pasó a ocupar el puesto de secretaria particular de Schumacher, que se convertiría para ella en el trampolín de una carrera como una de las políticas más destacadas de la SPD, hasta

convertirse en presidenta y vicepresidenta del Parlamento Federal de Alemania desde 1972 hasta 1990.

Con su discurso programático del 6 de mayo Schumacher se había situado en la cúspide de la organización local de Hannover y, al mismo tiempo, había reivindicado para sí mismo un papel dirigente en la zona de ocupación angloestadounidense. Sin esperar a que los gobiernos militares dieran permiso para iniciar la creación de partidos, había aprovechado antes que nadie la ocasión para hacer de Hannover el punto de partida para la refundación de la SPD. Al cabo de pocos meses consiguió hacer del «despacho del Dr. Schumacher», situado en el número 10 de la Jacobstrasse, en el barrio tradicionalmente «rojo» de Linden, una «nueva central del poder y una fábrica de ideas».[554]

A finales de 1945, Schumacher pudo informar a su viejo amigo de partido y exministro del Interior de Prusia, Carl Severing, que se encontraba en Bielefeld: «A pesar de todos los impedimentos, hemos constituido un partido relativamente grande y en ese sentido ya estamos de acuerdo tanto en el plano objetivo como en el personal con los camaradas de Braunschweig, Hamburgo, Wurtemberg, Baden, Hesse y Hesse-Nassau».[555] El 20 de agosto, catorce de las diecinueve organizaciones de distrito que acababan de ser refundadas en la zona de ocupación angloestadounidense dieron su apoyo a Schumacher y le encargaron la preparación de un congreso común.[556]

El 28 de agosto de 1945 Schumacher convocó el primer congreso del partido en Hannover, previsto para comienzos del mes de octubre. Junto con la convocatoria, envió unas «directrices políticas», que debían servir a los dirigentes del partido de orientación y base para la discusión. Ya al principio se postulaba en ellas la indisoluble correlación existente entre democracia y socialismo: «El socialismo es en sí mismo democrático; como lucha por la liberación intelectual, política y económica de las masas de trabajadores, es una lucha por el derecho y la libertad frente a la violencia y la esclavitud». Al mismo tiempo Schumacher subrayaba el derecho de los alemanes a la «autoafirmación nacional [...] en un Estado propio». Por ello, decía, la SPD era «el enemigo más encarnizado y riguroso de cualquier intento separatista». En ese punto se encontraba ya el germen del conflicto con el que después sería su principal antagonista, el futuro canciller federal

Konrad Adenauer, que defendería de forma decidida la vinculación de la República Federal de Alemania con Occidente y, por tanto, asumiría la división de Alemania. Una vez más Schumacher dejaba muy claro que, si bien no deseaba «una dirección anticomunista y menos aún antirrusa de nuestra política», tenía que rechazar tajantemente una fusión en un «partido unificado» con los comunistas, debido a que la KPD estaba «indisolublemente» ligada a Rusia y a sus objetivos en materia de política exterior.[557]

Al congreso celebrado en Wennigsen, cerca de Hannover, el 5 y 6 de octubre, asistieron también tres representantes de la dirección de la SPD en su exilio en Londres (Erich Ollenhauer, Fritz Heine y Erwin Schoettle), que se trasladaron hasta allí en un avión militar británico. La imagen de la destrucción causada que se ofreció ante su vista los estremeció: «Ya durante el vuelo desde la costa hacia Alemania vimos por doquier las huellas de esta espantosa guerra», afirmaría Erwin Schoettle. «Cuando sobrevolamos Osnabrück, se nos reveló el horror que se había abatido sobre el país. Todo un campo de ruinas, los huecos vacíos de las ventanas como ojos abiertos dirigían su mirada inquietante y sombría hacia el sol del atardecer, anunciaban lo que íbamos a ver de cerca en Hannover: la destrucción de una ciudad alemana como algo normal al término de la Segunda Guerra Mundial».[558] Schumacher consiguió llegar deprisa a un acuerdo en todas las cuestiones de importancia con los dirigentes que habían emigrado a Londres. Ollenhauer se sintió cautivado por la personalidad carismática de Schumacher y se sometió con gusto a sus pretensiones de liderazgo. «El partido vuelve a ponerse manos a la obra con una verdadera energía natural», informó cuando regresó a Londres.[559]

Muy distinta fue la situación con los representantes de la zona de ocupación soviética. En ella un grupo de antiguos socialdemócratas berlineses dirigidos por Otto Grotewohl, Max Fechner y Erich Gniffke había fundado en junio de 1945 un «comité central» de la SPD, que abogaba por la unidad organizativa de la clase obrera y fomentaba sobre todo la fusión con la KPD. Semejante postura, sin embargo, estaba en contradicción con las intenciones de Schumacher, buena parte de cuyas actividades durante el congreso respondieron a su afán por rechazar las pretensiones de liderazgo de los berlineses y por cerrar las puertas a la propuesta de unidad

de la KPD y la SPD: «No podemos permitir que las disposiciones del Partido Socialdemócrata y de su militancia dependan de las condiciones y de las premisas particulares de una única zona de ocupación».[560] Se acordó, por tanto, con Grotewohl que, hasta que no se restableciera la «unidad del Reich», el «comité central» de Berlín solo tendría a su cargo la dirección de la SPD en la zona de ocupación soviética, mientras que Schumacher desempeñaría las funciones de «comisionado político» en las tres zonas de ocupación occidentales. «Las cosas han quedado prácticamente de tal modo que los peligros políticos que las pretensiones de los camaradas de Berlín habrían podido ocasionar han sido conjurados». Tal era el resumen que Schumacher hacía del principal resultado del congreso en una carta dirigida a Carl Severing.[561]

De ese modo quedó más o menos dibujada la posterior evolución del partido. Mientras que en la zona de ocupación soviética la KPD intensificaba las presiones sobre Grotewohl y el «comité central» para conseguir la fusión de las dos organizaciones, entre los socialdemócratas de Berlín se incrementaba la resistencia a ella. El 31 de marzo de 1946 más del 82 por ciento de los militantes de los tres sectores occidentales de la ciudad votó en contra de la unificación forzosa que se les venía encima. Quince días después, se reunía en el teatro Admiralpalast, en el sector oriental, el «congreso de unificación del partido», en el que se constituiría la SED (Sozialistische Einheitspartei Deutschland), esto es, el Partido Socialista Unificado de Alemania.

Asimismo, pocas semanas después, el 9 de mayo de 1946, los delegados de las tres zonas de ocupación occidentales acudieron al congreso del partido celebrado en Hannover y casi por unanimidad eligieron a Kurt Schumacher primer presidente de la SPD. Se concluyó así su ascensión a la dirección indiscutida del partido. Al final de las sesiones anunció muy seguro de sí mismo: «El Partido Socialdemócrata será el factor determinante de lo que Alemania sea; de lo contrario, Alemania quedará en nada y Europa se convertirá en un foco de inseguridad y podredumbre».[562]

El 6 de mayo de 1945, unidades de la 1.ª División Acorazada polaca, al mando del coronel Franciszek Skibiński, entraron en la pequeña ciudad de Jever, en Frisia oriental. La división había sido creada en 1942 en Escocia, para formar parte de las fuerzas armadas del Gobierno polaco en el exilio, que se había instalado en Londres. Había participado en la invasión de Normandía al lado de los Aliados y se había abierto camino hasta el territorio Weser-Ems combatiendo en el norte de Francia y en Bélgica conjuntamente con los británicos y los canadienses. Mientras que las fuerzas armadas británicas habían avanzado deprisa en dirección al Elba, las tropas polacas se habían desviado hacia el norte para tomar posesión de Jever y Wilhelmshaven. «En los pueblos y los barrios de las ciudades por los que pasamos, banderas blancas. A lo largo de las calles, multitud de prisioneros de guerra y de trabajadores forzosos liberados que gritan de júbilo. Rostros asustados de la población civil alemana [...]», informaría Skibiński. «En el tejado del hotel de Jever en el que debía instalarse el cuartel general de nuestra brigada, ondeaba ya una enorme bandera polaca». A la entrada del local, el coronel fue recibido por el Landrat, el alcalde y el propietario del hotel. «Si a cualquier habitante de la localidad se le ocurriera lanzar un palo contra un soldado polaco o tirar una piedra contra el alojamiento de algún polaco, vosotros tres seréis ahorcados y la ciudad quedará reducida a cenizas», parece que dijo Skibiński en tono amenazador a los tres notables.[563]

Tres días antes, a última hora de la tarde del 3 de mayo, se había producido en Jever un hecho insólito: más de dos mil personas se habían congregado en la plaza más grande de la localidad, el Alter Markt, para protestar ruidosamente contra la decisión de seguir defendiendo la ciudad, incluso en aquella hora final, frente al avance de las tropas aliadas. El Amtshauptmann(38) Hermann Ott, que intentó calmar a la multitud, fue obligado sin miramientos a bajar del estrado. No salió mejor librado el jefe de la NSDAP del Kreis Frisia, Hans Flügel, que se presentó en la plaza poco después. Sus consignas que incitaban a la resistencia se vieron acalladas por el tumulto. «¡Ahorcadlo! ¡Colgadlo de la farola, al enchufado ese!».(39) Dos hombres agarraron al jefe de distrito y le quitaron la pistola. Algunos ciudadanos valerosos izaron una bandera blanca en la torre del castillo, pero fueron detenidos por una compañía de la infantería de marina, que había

llegado a la ciudad por la noche, y trasladados el 4 de mayo a Wilhelmshaven. El hecho de que salvaran la vida quizá se debiera ante todo a la circunstancia de que poco después se anunció la capitulación parcial del noroeste de Alemania.

Muchos habitantes de Jever sabían la que los alemanes habían armado en Polonia y se temían lo peor. Sin embargo, para su sorpresa, nada de eso ocurrió. «Al principio tuvimos mucho miedo de los polacos, pero han tenido un comportamiento impecable», recordaría un testigo presencial de los acontecimientos.[564] Las tropas polacas abandonaron Jever y Wilhelmshaven el 20 y el 21 de mayo. Detrás de ellas venían las unidades británicas y canadienses.

7 DE MAYO DE 1945

El 7 de mayo de 1945, quince minutos después de la medianoche, llegó a Flensburgo el radiograma enviado por el coronel general Jodl desde el cuartel general de Eisenhower, en el que solicitaba plenos poderes para la firma de la rendición incondicional. El gran almirante Dönitz convocó de inmediato una reunión de sus colaboradores más estrechos para examinar la situación. Todos se mostraron de acuerdo en que la exigencia de Eisenhower constituía «un chantaje en toda regla». La amenaza de «entregar a los rusos a todos los alemanes que todavía se encuentren al este de sus líneas en caso de rechazo» de la oferta encendió los ánimos. Por otra parte, todos los asistentes tenían muy claro que Jodl, que el día antes todavía se había manifestado en contra de una capitulación general, debía de tener otras «razones graves» para no ver otra salida. Aun así, con la fijación de la fecha del 9 de mayo a las 00.01, se había ganado un aplazamiento de cuarenta y ocho horas, que serviría para «la salvación de una gran parte de las tropas del Frente Oriental». De modo que hacia la una de la madrugada Dönitz envió a Jodl un telegrama en el que decía que le concedía plenos poderes para declarar la rendición incondicional.[565]

Mientras tanto, en Reims se habían iniciado los preparativos de la ceremonia de la firma de la capitulación. En la Sala de Mapas, situada en el primer piso del edificio, habían sido instalados micrófonos y cámaras con el fin de grabar aquel momento histórico. A las 02.41, en presencia del almirante general Von Friedeburg y del comandante Wilhelm Oxenius, Jodl estampó su firma en el acta de capitulación. Por parte de las fuerzas expedicionarias aliadas firmó el general Walter Bedell Smith, por el Alto Mando soviético lo hizo el general Iván Suslopárov y como testigo actuó el comandante general del ejército francés François Sevez. Los alemanes mantuvieron una actitud correcta, como buenos militares, mostrando «una

expresión petrificada en el rostro», según observó el jefe del Estado Mayor de Eisenhower. Sin embargo, era incapaz de recordar que hubiera notado el menor signo de euforia por el fin de aquellos largos años de combates en los rasgos faciales de ninguno de los oficiales aliados sentados alrededor de la mesa. Según él, aquel fue más bien un «momento de solemne agradecimiento».[566] En el curso de una breve declaración, Jodl apeló a la magnanimidad de las potencias vencedoras. Con su firma, dijo, la Wehrmacht y el pueblo alemán se habían puesto «absolutamente a su merced»: «Ambos han sacrificado y han sufrido en esta guerra quizá más que cualquier otro pueblo de la tierra. En esta hora solo puedo expresar a los vencedores mi ruego de que se comporten con ellos con indulgencia».[567] A continuación, el coronel general y sus dos acompañantes fueron conducidos ante Eisenhower, que hasta ese momento había evitado encontrarse con los emisarios del Gobierno Dönitz. El comandante supremo de las fuerzas expedicionarias aliadas preguntó a los alemanes si habían entendido todos los puntos del documento y si estaban dispuestos a cumplirlos a conciencia y de buena fe. Los alemanes asintieron, saludaron y salieron de la sala.[568]

El artículo 1 del documento confirmaba la «rendición incondicional de todas las fuerzas combatientes por tierra, mar y aire», tanto ante el comandante supremo de los Aliados como ante el Alto Mando de las tropas soviéticas. En el artículo 2, el Alto Mando alemán se obligaba a impartir de inmediato a las fuerzas de combate que estaban bajo su control la orden de cesar las hostilidades y de permanecer en sus puestos el 8 de mayo a las 23.01 horas, hora de Europa central (esto es, el 9 de mayo a las 00.01 horas, según el horario de verano de Alemania).[569] El Gobierno Dönitz no recibió hasta las 10.55 de la mañana el texto exacto de las condiciones de la capitulación, que fueron transmitidas por radio y por teléfono a las unidades de la Wehrmacht. Además, despegaron varios aviones en los que iban correos con el encargo del gran almirante de transmitir la inevitable decisión de aceptar la capitulación a los comandantes en jefe de los distintos grupos de ejércitos y de instarlos a ejecutar con lealtad lo ya acordado.[570]

En la madrugada del 7 de mayo de 1945 el coronel general Alfred Jodl firma la capitulación incondicional en el cuartel general de los Aliados en Reims. (De izquierda a derecha: comandante Wilhelm Oxenius, Jodl, almirante general Hans-Georg von Friedeburg). akg-images, Berlín

A las 12.45 Schwerin von Krosigk, el ministro al frente del «Gobierno de gestión», comunicó por radio a todas las tropas la noticia de la rendición incondicional. Habló de un «momento trágico» de la historia de Alemania: «Tras casi seis años de heroicos combates de una dureza sin igual, la fuerza de Alemania ha sucumbido ante la fuerza abrumadora de nuestros adversarios. La continuación de la guerra no habría significado más que una carnicería absurda y una inútil destrucción. Ante el derrumbe de todas nuestras fuerzas físicas y materiales, cualquier Gobierno que tenga unos sentimientos de responsabilidad respecto al futuro de nuestro pueblo debería sacar las consecuencias debidas y pedir al enemigo el cese de las hostilidades». Nadie debía engañarse, añadía, pues los tiempos que vendrán serán duros y exigirán grandes sacrificios por parte de todos los alemanes. Nadie, sin embargo, debía desesperarse ni sumirse en la resignación. A este

respecto Schwerin von Krosigk evocaba el «pensamiento de la comunidad del pueblo», que había encontrado su «expresión más hermosa» en «la camaradería en los frentes fuera de la patria, y, dentro de ella, en la disposición a prestarnos ayuda unos a otros».

Con estas palabras Schwerin von Krosigk enlazaba, por un lado, con un ideal propagandístico del nacionalsocialismo, pero, por otro, trazaba por primera vez una clarísima línea de separación con el anterior régimen de violencia: «Debemos hacer del derecho el fundamento de nuestra vida como pueblo. [...] Debemos reconocer y respetar con absoluta convicción el derecho como fundamento de las relaciones entre los pueblos. Para nosotros, el respeto de los acuerdos concluidos debe ser sagrado, lo mismo que el sentimiento de pertenencia de nuestro pueblo a la familia de pueblos de Europa, como miembros de la cual queremos ofrecer todas nuestras fuerzas humanas, morales y materiales, con el fin de curar las terribles heridas que la guerra ha abierto».[571]

A las 16.00 regresó Jodl a Flensburgo e informó sobre las negociaciones mantenidas en Reims. Una vez más lamentó la «actitud intransigente, sumamente expeditiva de Eisenhower». No solo había amenazado con cerrar a cal y canto las líneas estadounidenses ante las unidades de la Wehrmacht que huían y entregarlas así al Ejército Rojo, sino que había hecho saber además que bombardearía las ciudades de Schleswig, región que todavía no había sido ocupada, con el pretexto de que la capitulación parcial pactada tres días antes con Montgomery no tenía validez para las fuerzas aéreas estadounidenses. Tras una exhaustiva discusión, se llegó a la conclusión, en Flensburgo, de que no había habido alternativa a la capitulación general sin condiciones: «No quedó otra».[572]

El 7 de mayo de 1945 por la mañana el teniente coronel británico Arnold Horwell, recientemente nombrado vicecomandante del campo de concentración de Bergen-Belsen, recibió una inesperada visita. Entró en su despacho a una mujer vestida con el uniforme de los soldados estadounidenses, con casco y botas militares, que se presentó como «capitana Dietrich»: dijo que se había enterado de que su hermana, Liesel, se encontraba en Bergen-Belsen y rogaba que le permitieran verla. Después

de la sorpresa inicial, Horwell reconoció a la mujer que tenía ante sí: era la famosa diva de Hollywood Marlene Dietrich.[573]

Tras la liberación del campo de concentración de Bergen-Belsen el 15 de abril de 1945: bajo la vigilancia de los soldados británicos, algunos exguardianes y civiles alemanes son obligados a retirar los cadáveres. akg-images, Berlín

El campo de concentración de Bergen-Belsen acababa de ser liberado hacía tres semanas por las tropas británicas. Durante los últimos meses de la guerra no habían muerto en ningún otro campo tantos prisioneros como en aquel a consecuencia de las enfermedades y de las privaciones. Solo en el mes de marzo de 1945 perdieron la vida 18.168 personas de una media de 45.000 prisioneros, entre ellas las hermanas Anne y Margot Frank, que a finales de octubre de 1944 habían sido trasladadas allí en uno de los transportes que habían salido de Auschwitz. Cuando el comandante de la SS Josef Kramer había entregado el campo el 15 de abril de 1945, un

espectáculo espeluznante apareció ante los británicos: más de trece mil cadáveres yacían diseminados por todas las instalaciones; después de la liberación todavía morirían varios miles de personas.[574]

Marlene Dietrich se hallaba en Múnich en calidad de acompañante de las tropas como parte del séquito del general estadounidense Omar Nelson Bradley. Hasta el día anterior no había sido informada de que una mujer llamada Elisabeth Will se había presentado ante las fuerzas de ocupación británicas en Bergen-Belsen y había afirmado que era su hermana. Hacía más de seis años que Marlene no sabía nada de Liesel y supuso que los nacionalsocialistas la habían encerrado en el campo de concentración en represalia por las actividades de su hermana al servicio del ejército estadounidense. El 7 de mayo por la mañana la actriz voló en el avión de Bradley a la base aérea de Fassberg, en la Lüneburger Heide, y recorrió en jeep los treinta kilómetros que la separaban de Bergen-Belsen. Sin embargo, se sorprendió, cuando, tras ser llamada al despacho de Horwell, se comprobó que Elisabeth Will no era, ni por asomo, una de las víctimas, sino que durante la guerra se había encargado, junto con su marido, Georg Will, de la gestión de un cine reservado para las tropas, al que acudían en busca de diversión y pasatiempo no solo los soldados de la Wehrmacht, sino también los miembros de la SS que prestaban servicio en el campo de concentración.

Aquel descubrimiento supuso para Marlene Dietrich un verdadero *shock*. Temía, no sin razón, que aquel lamentable parentesco arrojara una sombra sobre su intachable compromiso con la lucha en contra de la Alemania de Hitler. De modo que, si bien prometió a su hermana prestarle ayuda material en el futuro, le pidió algo en contrapartida: Elisabeth Will tuvo que prometer que, en la medida de lo posible, no llamaría la atención con su comportamiento, que no concedería entrevistas y, en definitiva, que no diría que era la hermana de Marlene Dietrich.[575]

Marlene (o, mejor dicho, Marie Magdalene) Dietrich, nacida en diciembre de 1901 en Berlín-Schöneberg, se había criado en el seno de una familia burguesa junto con su hermana Elisabeth, dos años mayor que ella. Su padre, Louis Erich Otto Dietrich, era teniente de policía de profesión y su madre, Josephine, era hija de un joyero que tenía una elegante relojería-joyería en el paseo Unter den Linden. Desde el primer momento, las dos

hermanas no habrían podido ser más distintas: Elisabeth era bajita y un poco rellenita, además de tímida y retraída; Marlene, llena de encanto y de ganas de vivir, enseguida se vio rodeada de jóvenes adoradores. A la muerte del padre, la madre se casó en 1908 con un oficial prusiano, Eduard von Losch, que murió en junio de 1916 a consecuencia de una herida de guerra. La joven viuda dio a sus hijas una educación muy estricta: lo más importante era el esfuerzo, la honra y la disciplina, esto es, las supuestas «virtudes prusianas». Mientras que la hermana mayor se sometía —«esa gorda fofa y espantosa, toda virtudes», decía de ella Marlene en su diario—, la pequeña no tardó en intentar rebelarse.

Tras estudiar en la Victoria-Luisen-Schule, en el barrio de Wilmersdorf (que Marlene abandonó en 1918 sin acabar el bachillerato), los caminos de las dos hermanas se separaron: Elisabeth siguió estudiando la carrera de magisterio y Marlene, una vez roto su sueño de estudiar violín y convertirse en concertista, empezó a frecuentar el mundillo cultural de Berlín. Fue acumulando experiencias escénicas como principiante y consiguió algunos papeles secundarios en varias películas mudas. Durante el rodaje de *Tragödie der Liebe* conoció al ayudante de realización Rudolf Sieber, con el que se casó en mayo de 1923. En diciembre de 1924 vino al mundo su única hija, Maria.[576]

En 1929 el cineasta de Hollywood Josef von Sternberg contrató a la actriz, todavía una joven promesa poco conocida, para interpretar el papel de Lola Lola en *El ángel azul*, adaptación cinematográfica de la novela de Heinrich Mann *El profesor Unrat*. El papel de la descarada camarera de descorche parecía irle como anillo al dedo. Su éxito superó al del actor protagonista, el famoso Emil Jannings, y cimentó su ascenso al rango de estrella cinematográfica internacional. Justo después del estreno de la película en el cine Gloria de Berlín, Josef von Sternberg se la llevó a Estados Unidos, donde la actriz obtuvo un contrato de siete años muy bien remunerado en la Paramount. En su primera película en Hollywood, *Marruecos* (1930), actuó al lado de Gary Cooper. En rápida sucesión Sternberg rodó con ella una serie de películas, entre las cuales cabría citar *El expreso de Shanghái* (1932), *La Venus rubia* (1932), *Capricho imperial* (1934) o *El diablo era mujer* (1935). La transformación de la descarada chavalilla de Berlín en una diva de Hollywood se había logrado.[577]

Entretanto, la vida de su hermana Elisabeth transcurría sin el más mínimo glamour. En 1926 se había casado con el gerente de un teatro, Georg Will. Por él dejó su profesión de maestra y, tras el nacimiento de su hijo Hans-Georg en junio de 1928, se dedicó en exclusiva a su familia. A partir de 1933, a su marido le aplicaron la prohibición de ejercer su profesión (pese a que, mientras tanto, había ingresado en la NSDAP) por haber dirigido el teatro Tingel-Tangel junto con el compositor judío Friedrich Hollaender. En agosto de 1936, Georg Will escribió una carta al secretario general de la Cámara de la Cultura del Reich para pedirle que le ayudara a «encontrar pronto un nuevo trabajo, ya sea en la prensa o en el teatro, da igual». En su solicitud hacía hincapié en que siempre se había sentido plenamente unido a la «causa nacional», por ejemplo, cuando en 1919 había participado en la «liberación» de Múnich y de Alta Silesia como miembro del Freikorps Oberland.[578]

Por aquel entonces Goebbels todavía no había perdido la esperanza de recuperar a Marlene Dietrich para Alemania. En abril de 1936 vio *Deseo*, la segunda película de Marlene Dietrich con Gary Cooper, y comentó en su diario que los dos eran «grandísimos actores. [...] Sobre todo la Dietrich, a la que por desgracia ya no tenemos en Alemania».[579] A decir verdad, *El jardín de Alá*, película estadounidense que fue pionera en el uso del technicolor, con Marlene Dietrich y Charles Boyer, que vio en febrero de 1937, la encontró «tonta, una bobada», pero seguía opinando lo mismo: «La Dietrich actúa de maravilla».[580]

En su afán por traer a la estrella de Hollywood de nuevo «a la patria, al Reich», Goebbels recurrió también al cuñado de la artista. Y, aunque todos los reclamos lanzados desde Berlín fueron en vano —en marzo de 1937 Marlene Dietrich solicitó la ciudadanía estadounidense—, Georg Will fue recompensado por los servicios prestados: el Ministerio de Propaganda e Información confió al director de espectáculos de variedades en paro la gestión de tres cines situados en centros de instrucción de tropas: en el de Wildflecken, en las Rhön, en Oerbke, cerca de Fallingbostel, y en Bergen-Belsen. En Wildflecken y en Oerbke Will colocó a los gerentes; pero la dirección del gran cine militar de Bergen-Belsen, con sus casi dos mil butacas, la asumió él en persona. Antes de que diera comienzo la Segunda Guerra Mundial su mujer y su hijo lo siguieron. La familia se instaló en un

piso muy espacioso situado en la planta de arriba del cine. Para el periodo correspondiente a la guerra no ha llegado hasta nosotros ningún documento escrito de Elisabeth. Sin embargo, el horror que estaba teniendo lugar en el campo de concentración, situado a solo dos kilómetros de su domicilio, no pudo pasarle desapercibido.[581]

En junio de 1939 Marlene Dietrich obtuvo la ciudadanía estadounidense. Pocas semanas después dio comienzo el rodaje de *Arizona*, una película del Oeste en la que la artista interpretaba a Frenchy, la cantante de un *saloon*, que enlazaba con el papel que la había lanzado al estrellato a finales de la década de 1920. La canción *The Boys in the Backroom* que interpretaba en ella se hizo casi tan popular como *Ich bin vom Kopf bis Fuss auf Liebe eingestellt*, que cantaba en *El ángel azul*. Por entonces la guerra en Europa parecía que quedaba muy lejos, pero con el ataque lanzado por los japoneses contra Pearl Harbor en diciembre de 1941 Estados Unidos se vio arrastrado al conflicto. Marlene Dietrich recorrió todo el país haciendo publicidad de los bonos de guerra. Cocinó para los soldados en la Hollywood Canteen junto con otras estrellas del cine y visitó a los heridos en los hospitales de campaña. Finalmente se decidió a participar de forma activa en la lucha contra la Alemania de Hitler. «Me sentía corresponsable de la guerra que Hitler había provocado. Quería contribuir a poner fin a esta guerra tan pronto como fuera posible», confesaría en sus memorias, publicadas en 1979.[582]

Presentó a las USO (United Service Organizations) una solicitud para ser empleada en el acompañamiento de las tropas en ultramar. En abril de 1944 ya estaba ejerciendo sus funciones. Voló a Argel vestida de uniforme con el grado de capitán. Allí dio su primer concierto para los soldados estadounidenses. Pronto tendría una canción en su repertorio habitual que se convertiría en una de las preferidas tanto de los soldados alemanes como de los Aliados: *Lili Marleen*. Continuó desde el norte de África hasta Italia, donde siguió el avance de los Aliados junto con su *troupe*. A comienzos de junio de 1944, pocos días antes del desembarco de los Aliados en Normandía, entró con las tropas estadounidenses en Roma. En una entrevista concedida al *New York Herald Tribune* en agosto de 1944 declaró que los romanos no daban crédito a sus ojos cuando la vieron montada en

un jeep: «They must have thought Americans are wonderful. We bring them freedom, bread — even movie stars».(40)[583]

La diva de Hollywood Marlene Dietrich con unos soldados estadounidenses en Alemania; primavera de 1945. picturealliance/Keystone/akg-images, Berlin

Tras una breve estancia en Nueva York, Marlene Dietrich emprendió su segunda gira con las USO en septiembre de 1944. En París se unió al avance de las tropas del general George S. Patton. Durante la ofensiva de las Ardenas de diciembre de 1944 —el último intento por parte de Hitler de dar la vuelta a la tortilla—, se vio rodeada por el enemigo junto con una unidad estadounidense y se libró por los pelos de ser capturada.

Su primer encuentro con los alemanes después de cruzar la frontera germanobelga fue muy distinto de lo que se había temido. «Llegamos a Alemania y, para mayor sorpresa nuestra, no hubo amenazas ni nada que temer», recordaría más tarde. «La gente, por las calles, lo que más quería

era abrazarme, me rogaban que pidiera favores a los estadounidenses; no habrían podido ser más amables».[584] A mediados de abril siguió a las tropas estadounidenses en su camino por el sur de Alemania hacia Bohemia. En Pilsen los soldados estadounidenses y los soviéticos celebraron juntos la victoria, y Marlene Dietrich cantó por primera vez también ante las tropas del Ejército Rojo. Pocos días después, a primeros de mayo, la actriz recibió en Múnich la noticia acerca de la mujer localizada en Bergen-Belsen que afirmaba ser su hermana.[585]

«Gracias por hacer todo ese camino para venir», decía Elisabeth Will a su hermana en una carta escrita dos semanas después de su reencuentro en Bergen-Belsen, y añadía: «También estoy convencida de que encontrarás a mamá».[586] En efecto, Josephine von Losch había logrado sobrevivir en Berlín, y en septiembre de 1945 Marlene Dietrich voló en un avión militar hasta el aeropuerto de Tempelhof, donde fue recibida por su madre. La actriz apenas sabía ya orientarse en la ciudad que había abandonado hacía quince años: «La Iglesia Conmemorativa del Káiser Guillermo está destruida, la estación del Zoo, la Tauentzienstrasse, la Joachimsthaler Strasse… Todo está en ruinas y ha quedado reducido a cenizas [...]», decía en una carta a su marido, Rudolf Sieber, con el que seguía casada, a pesar de sus numerosos amoríos. La casa en la que había vivido su madre había sido destruida por un incendio. «El balcón está colgando, medio caído, y mamá se ha pasado varios días rebuscando entre los escombros y ahí en lo alto [...] ¡había quedado intacta la máscara de bronce con mi cara! Se ha quedado sentada allí delante llorando».[587] Dos veces al día Marlene subía al escenario y actuaba para los soldados estadounidenses. En octubre de 1945 volvió a París. A primeros de noviembre de ese mismo año Josephine von Losch, con apenas sesenta y tres años, murió.

En noviembre de 1945 Marlene Dietrich hizo de nuevo una parada en Belsen-Bergen y, qué duda cabe, se esforzó por mantener en secreto esta segunda visita. Como muchos simpatizantes del régimen, Georg Will había cambiado de chaqueta en cuanto la guerra había acabado y se había puesto al servicio de las fuerzas de ocupación. Recibió autorización para seguir dirigiendo el cine, que ahora ofrecía distracción a los soldados británicos. En cualquier caso, en 1950 expiró el contrato de arrendamiento y Will abrió en Hannover otro cine, los Metropol-Lichtspiele. Dejó a su mujer en Bergen-Belsen. Elisabeth llevaría allí una vida retirada, aunque no tendría

que pasar necesidades, pues Marlene dispuso que ella recibiera una gran parte de los ingresos producidos por la venta de sus discos en Alemania y, una y otra vez, le haría generosos regalos. Elisabeth se atendría, en consecuencia, al pacto: no debía presentarse en público como hermana de la célebre artista.[588]

Después de la guerra, Marlene Dietrich rodó todavía varias películas, entre ellas *Berlín Occidente* (1948), en la que, con dirección de Billy Wilder, interpretaba el papel de la seductora cantante de un club nocturno con un pasado más que dudoso. En 1953 emprendió una segunda carrera como cantante, primero en el Sahara Hotel de Las Vegas y en el Café de París de Londres. No tardaría en salir de gira por todo el mundo. En 1960, durante una *tournée* por Europa, hizo parada también en Alemania, donde no fue acogida en todas partes con excesiva simpatía. A ojos de muchos alemanes la valerosa opositora de los nazis era una «traidora a la patria». En Estados Unidos ya había recibido en 1947 la Medal of Freedom, una de las máximas condecoraciones concedidas a los civiles.[589]

De vez en cuando Marlene invitaba a su hermana a asistir a alguna de sus actuaciones, y luego se reunía con ella en secreto. El 7 de mayo de 1973, veintiocho años después de su primera entrevista con su hermana en Bergen-Belsen, Elisabeth Will murió a consecuencia del incendio que se desencadenó en su domicilio.[590]

Marlene Dietrich sobreviviría a su hermana casi dos décadas. En 1961 había rodado su última gran película, *Vencedores o vencidos*. Al lado de Spencer Tracy en el papel del juez Dan Haywood, interpretaba a la viuda de un general de la Wehrmacht que había sido ahorcado por los estadounidenses como criminal de guerra; al igual que la mayoría de los alemanes después de 1945, la mujer decía que nunca había sabido nada de los asesinatos en masa cometidos por los nacionalsocialistas. Tras la caída sufrida en el escenario en Sídney en septiembre de 1975, a resultas de la cual sufrió una fractura del cuello del fémur, puso fin a sus actuaciones como cantante. Se retiró por completo de la vida pública y vivió hasta su muerte, el 6 de mayo de 1992, en su piso de la Avenue Montaigne de París, no lejos de los Campos Elíseos. Allí la entrevistó en el otoño de 1982 el actor y director Maximilian Schell. Cuando este le preguntó si había tenido hermanos, respondió: «No».[591]

El mismo día en el que fue detenido en Hamburgo el comisario del Reich para los territorios ocupados de los Países Bajos, Arthur Seyss-Inquart, se congregaron mil personas en el Dam, la plaza principal de Ámsterdam, situada en pleno centro. Aquel 7 de mayo reinaba en toda la ciudad un espíritu festivo, pues hacia mediodía estaba previsto que entraran por fin en ella los libertadores, las tropas del I Ejército Canadiense, esperadas desde hacía largo tiempo. La multitud aguardaba con paciencia mientras pasaban las horas. De repente, hacia las 15.00, se oyeron unos disparos en la plaza, como si fueran latigazos. Unos soldados de la marina alemana se habían atrincherado en el primer piso de un edificio y se habían puesto a disparar contra la multitud. La gente fue presa del pánico e intentó huir; hubo otros que se tiraron al suelo. «Fue una tragedia extrema hasta que los ciudadanos de Ámsterdam pudieron por fin sentirse seguros y libres de las odiadas fuerzas de ocupación», dice la historiadora y periodista Barbara Beuys en su gran estudio de la historia de Ámsterdam durante la ocupación alemana. «Veintidós ciudadanos pagaron con su vida aquel día de fiesta en el Dam. Sesenta resultaron heridos. Conmocionada, llena de horror, la gente se retiró del centro de la ciudad y se fue a su casa».[592]

La tragedia había empezado el 10 de mayo de 1940 por la mañana, cuando los soldados de la Wehrmacht cruzaron la frontera neerlandesa. El Gobierno de los Países Bajos había tenido encandilada a la población con la falsa seguridad de que Hitler respetaría la neutralidad del país. Por eso fue tanto mayor el desconcierto de la gente al encontrarse de pronto en guerra, junto con Gran Bretaña, Francia y Bélgica, con su agresivo vecino del este. El 13 de mayo, la reina Guillermina y sus ministros huyeron a Londres; dos días después los Países Bajos capitularon. Ese mismo día las tropas alemanas entraron en Ámsterdam. El 26 de mayo llegó a La Haya el comisario del Reich Seyss-Inquart y asumió el Gobierno del país. Al principio dio la impresión de seguir una «política de mano blanda». El 5 de junio, Hendrik Jan Smeding, profesor de historia en Ámsterdam, anotó en su diario lo siguiente: «Nos despertamos un poco de un mal sueño: todavía no se ha producido ninguna persecución de judíos; no ha habido ninguna redada; ninguna purga en las universidades».[593]

Al comienzo de la guerra vivían en Ámsterdam escasamente ochenta mil judíos de los ciento cuarenta mil en conjunto que residían en los Países

Bajos, de los cuales casi siete mil eran emigrantes alemanes. Entre ellos habría que contar a los cuatro miembros de la familia Frank —Otto Frank, su esposa Edith y sus dos hijas: Margot y Anne—, que en 1933 habían llegado a Ámsterdam procedentes de Frankfurt y se habían instalado en un piso al sur de la ciudad, en el Merwedeplein 37. Como para todos los demás habitantes de Ámsterdam, al principio la vida bajo la ocupación alemana tampoco pareció haber cambiado para ellos. Sin embargo, la represión fue poco a poco apretando cada vez más las tuercas. Dejaron de ser toleradas manifestaciones en favor de la casa de Orange, se introdujo la censura cinematográfica y fueron prohibidos todos los partidos políticos, excepto el Movimiento Nacionalsocialista (NSB por sus siglas en neerlandés), presidido por Anton Adriaan Mussert. En octubre de 1940 los cerca de veinticinco mil funcionarios de Ámsterdam se vieron obligados en su totalidad —desde el portero hasta el catedrático de universidad— a presentar una «declaración de pertenencia a la raza aria». A continuación, se procedió al despido de todos los funcionarios y empleados judíos.

En enero de 1941 Seyss-Inquart promulgó un decreto en virtud del cual todas las personas «que sean de sangre total o parcialmente judía» estaban obligadas a declarar su condición. Se dio así un paso más para llevar a cabo un registro estadístico de la población judía y para aislarla socialmente. No tardaron en aparecer colgados en cafés, restaurantes y hoteles carteles que anunciaban: «No se admiten judíos». Al mismo tiempo empezaron a circular por las calles cuadrillas de matones nacionalsocialistas neerlandeses que sembraban el terror entre los judíos. Si alguno de ellos ofrecía resistencia, el jefe superior de la SS y de la policía, Hanns Albin Rauter, lo tomaba como pretexto para apretarles todavía más las tuercas. El 22 y el 23 de febrero de 1941 se llevó a cabo en Ámsterdam una redada en la que fueron detenidos y deportados al campo de concentración de Buchenwald más de cuatrocientos varones judíos. El 25 de febrero, los habitantes de Ámsterdam paralizaron el transporte público en solidaridad con los perseguidos y decenas de miles de ellos protestaron contra el riguroso proceder de las fuerzas de ocupación. La venganza fue inmediata: cuatro obreros comunistas y quince miembros de un pequeño grupo ilegal fueron fusilados en las dunas de Schveningen. El 12 de marzo de 1941, en el Concertgebouw, la célebre sala de conciertos de Ámsterdam, Seyss-

Inquart anunció: «Golpearemos a los judíos allí donde los encontremos y quien se ponga de su parte tendrá que sufrir las consecuencias».[594]

Poco a poco las medidas en contra de los judíos fueron agravándose. Se les prohibió entrar en cualquier local público, cines, teatros y piscinas, y se les obligó a entregar sus aparatos de radio; los médicos y abogados judíos no podían ya tener pacientes ni clientes «arios», y los niños judíos no estaban autorizados a asistir a las escuelas públicas. Para Anne Frank, de doce años de edad, y para su hermana mayor, Margot, eso supuso que, a partir de octubre de 1941, tuvieran que recorrer a diario un agitado camino hasta el Liceo Judío, inaugurado hacía poco. Desde el 3 de mayo de 1942, ocho meses después de que se introdujera en Alemania la obligación de llevar un distintivo, todos los judíos mayores de dieciséis años de los Países Bajos tendrían que usar una estrella amarilla de seis puntas con la palabra *Jood* escrita encima. El periódico *Het Parool*, que desde el mes de mayo aparecía clandestinamente, condenó aquella ignominia: según decía, era no solo «un insulto para los judíos, sino también una bofetada en la cara para todo el pueblo neerlandés».[595]

El 12 de junio de 1942 Anne Frank celebró en la casa del Merwedeplein 37, su décimo tercer cumpleaños. Su padre le regaló un diario encuadernado en tela de cuadros y provisto de cierre automático. «Espero poder confiártelo todo como aún no he podido hacer con nadie, y espero que seas para mí un gran apoyo», dice la primera anotación.[596] Al cabo de ocho días comentaba a modo de autocrítica que «más tarde ni a mí ni a ninguna otra persona le interesarán las confidencias de una colegiala de trece años. ¡Cuánto se equivocaba! El diario, que Anne escribiría hasta el 1 de agosto de 1944, pocos días antes de su detención, se convertiría en uno de los testimonios más extraordinarios y conmovedores del destino de los judíos durante el periodo de dominación nacionalsocialista de Europa y haría mundialmente famosa a su autora.

A mediados de abril de 1942, durante su estancia en Ámsterdam, Adolf Eichmann había comunicado al director de la Oficina Central para la Emigración Judía (ZjA, por sus siglas en alemán), Ferdinand aus der Fünten, que la deportación de los judíos a los campos de exterminio «del este» debía dar comienzo en verano. La ZjA podía recurrir para los preparativos de la operación a las estadísticas elaboradas por la administración municipal en

enero de 1941. El 5 de julio de 1942 fueron enviados los primeros llamamientos al «empleo de mano de obra» en Alemania. Ese mismo día Margot Frank recibió la orden de presentarse en la Oficina Central para la Emigración. Aquello fue el último empujón que Otto Frank necesitaba para refugiarse con toda su familia en un escondite que hacía ya algún tiempo había preparado en la vivienda trasera unida al edificio en el que estaba su antiguo despacho, en el 263 de la Prinsengracht. También se vieron abocados a ello unos días más tarde el matrimonio formado por Hermann y Auguste van Pels, junto con su hijo Peter, y, poco después, el dentista Fritz Pfeffer. «Han pasado tantas cosas que es como si de repente el mundo estuviera patas arriba», anotó Anne Frank el 8 de julio, una vez efectuada la peligrosa mudanza.[597]

En la noche del 14 al 15 de julio salió de la Estación Central de Ámsterdam el primer tren cargado con deportados. Tras una breve parada intermedia en el campo de tránsito de Westerbork, el convoy continuó su trayecto hacia el campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau. A finales de 1942 ya habían sido obligados a emprender el viaje «al este» cuarenta mil judíos de Ámsterdam. Los ocho insumisos que se habían escondido en la Prinsengracht no se hacían ilusiones acerca de lo que allí los aguardaba. «Hoy no tengo más que noticias desagradables y desconsoladoras [...]», afirmaba Anne Frank el 9 de octubre de 1942. «A nuestros numerosos amigos y conocidos judíos se los están llevando en grupos. La Gestapo no tiene la mínima consideración con ellos, los cargan nada menos que en vagones de ganado y los envían a Westerbork». Sobre las terribles condiciones existentes allí les informó Miep Gies, una antigua empleada del padre de Anne, que asumió el terrible riesgo de proporcionar víveres a los que estaban escondidos en la vivienda trasera. «A la gente no le dan casi de comer y menos de beber. [...] Si ya en Holanda la situación es tan desastrosa, ¿cómo vivirán en las regiones apartadas y bárbaras adonde los envían? Nosotros suponemos que a la mayoría los matan. La radio inglesa dice que los matan en cámaras de gas, quizá sea la forma más rápida de morir».[598]

Durante las redadas, la policía y la SS contaban con el respaldo de la columna Henneicke, formada por cincuenta y cuatro colaboracionistas neerlandeses al mando de Willem Christiaan Henneicke, que habían

asumido la tarea de detectar y localizar a los judíos en sus viviendas o en sus refugios. Solo en los meses de marzo y abril de 1943 sacaron de sus escondites a casi seis mil víctimas, y por cada detenido cobraban una prima de 7,50 florines a cuenta de la ZjA. A primeros de octubre de 1943 las fuerzas de ocupación declararon oficialmente Ámsterdam «libre de judíos». Aunque la caza de los judíos que habían pasado a la clandestinidad siguió adelante, la época de las grandes redadas organizadas había acabado.[599]

En su escondite, los Frank y sus compañeros de fatigas siguieron aguantando, temiendo en todo momento ser descubiertos. El 6 de junio de 1944 concibieron nuevas esperanzas cuando por fin llegó la noticia del desembarco de los Aliados en Normandía. «¡Conmoción en la casa de atrás!», anotó Anne Frank. «¿Habrá llegado por fin la liberación tan ansiada, la liberación de la que tanto se ha hablado, pero que es demasiado hermosa y fantástica como para hacerse realidad algún día? ¿Acaso este año 1944 nos traerá la victoria? Ahora mismo no lo sabemos, que también es vida, nos devuelve el valor y la fuerza».[600]

Apenas ocho semanas después, el 4 de agosto de 1944, un comando de apresamiento,(41) integrado por cuatro individuos al mando del Oberscharführer de la SS (Karl Josef Silberbauer), irrumpió en la vivienda trasera de la Prinsengracht 263, y detuvo a las personas que se habían escondido en ella. Nunca se ha podido aclarar quién delató la existencia del escondite. Miep Gies, que poco después encontró la casa vacía, pudo recoger algunos documentos que yacían esparcidos por el suelo, entre los que estaba el diario de Anne Frank. Los detenidos fueron ingresados en el centro de reclusión de la Weteringschans y cuatro días después trasladados a Westerbork. El 3 de septiembre salió del campo de tránsito el último convoy de deportados. Entre las mil personas escasas que iban en él —498 hombres, 422 mujeres y 79 niños— se encontraban Edith y Otto Frank, sus hijas, el matrimonio Van Pels, con su hijo, y Fritz Pfeffer. El 5 de septiembre el tren llegó a Auschwitz-Birkenau.

Anne y Margot Frank fueron deportadas a Bergen-Belsen en un convoy de evacuados a finales de octubre. Allí no pudieron sobrevivir a las catastróficas condiciones que reinaban en el campo. Su madre, Edith, murió el 6 de enero de 1945 en Auschwitz. Hermann van Pels falleció en una cámara de gas en Auschwitz en octubre de 1944. Su mujer, Auguste, fue

trasladada a Bergen-Belsen y Buchenwald y, finalmente, a Theresienstadt. Se desconoce la fecha exacta de su muerte. Peter van Pels fue obligado a unirse a una de las marchas de la muerte y logró llegar a Mauthausen, donde murió el 5 de mayo de 1945, el mismo día que los estadounidenses liberaron el campo. Fritz Pfeffer perdió la vida el 20 de diciembre de 1944 en Neuengamme. Otto Frank fue el único de los ocho que se escondieron en la vivienda trasera que sobrevivió a Auschwitz. El 3 de junio de 1945 regresó a Ámsterdam. Miep Gies le entregó el diario de Anne con las siguientes palabras: «Este es el legado que su hija Anne le ha dejado».[601]

El 5 de septiembre de 1944 —el día en que el último convoy de deportados procedente de Westerbork llegó a Auschwitz— entraría en los libros de historia neerlandeses como el *dolle Dinsdag*, esto es, el «martes loco». Unos días antes, el comisario del Reich Seyss-Inquart había decretado el estado de excepción en Ámsterdam, pues, en efecto, según las noticias de la BBC, las tropas de los Aliados se hallaban al sur de la ciudad y avanzaban deprisa. «¡Los ejércitos de liberación han cruzado la frontera!», rezaba el titular de una octavilla lanzada por *Het Parool*. «¡Breda, Tilburg, Roosendaal y Maastricht ya han sido liberadas! La gloriosa Wehrmacht ha sido derrotada y se ha dado a la fuga».[602]

El 4 de septiembre al anochecer, miles de integrantes de las fuerzas de ocupación abandonaron la capital y emprendieron la huida; con ellos se marcharon también muchos colaboracionistas neerlandeses, que quizá temieran la venganza de sus compatriotas. El 5 de septiembre los habitantes de Ámsterdam se echaron a la calle. Por todas partes se veían objetos y enseñas de color naranja, y en los escaparates de las tiendas se habían puesto fotografías de la reina Guillermina. Sin embargo, la euforia no tardó en dar paso a una interminable desilusión, pues los libertadores no aparecieron. «Los ingleses no han llegado», dejó escrito de forma lapidaria el 6 de septiembre en su diario el pintor Max Beckmann, que había emigrado a Ámsterdam en 1937 y que había vivido allí durante todo el periodo de ocupación de los alemanes.[603] La Wehrmacht no se daba por vencida, ni mucho menos. El intento llevado a cabo por los paracaidistas británicos de conquistar el puente de Arnheim, importantísimo desde el punto de vista estratégico, acabó en desastre.

Pocos días después del «martes loco» las fuerzas de ocupación volvieron a la ciudad y la policía alemana se puso de nuevo a patrullar las calles. Para los habitantes de Ámsterdam dio comienzo el periodo de sufrimiento más duro de toda la guerra. A cada operación llevada a cabo por la resistencia los alemanes respondían con detenciones arbitrarias y fusilamientos públicos de los rehenes. Cuando a finales de septiembre de 1944 los ferrocarriles neerlandeses emprendieron una huelga general en todo el país con el fin de apoyar la ofensiva de los Aliados, el comisario del Reich Seyss-Inquart decretó un embargo. Apenas llegaron víveres a Ámsterdam. Durante el crudo invierno de 1944-1945, la población de la ciudad vivió una gravísima hambruna. Y, durante la primavera, cuando la derrota de la Alemania de Hitler era ya evidente para todos, el terror de las fuerzas de ocupación se intensificó de nuevo. A primeros de marzo fueron asesinados doscientos sesenta y tres neerlandeses como represalia por el atentado cometido contra el jefe superior de la SS Hanns Albin Rauter.[604]

En abril de 1945 el frente estaba cada vez más cerca. El 12 de abril los soldados canadienses liberaron el campo de Westerbork. El 3 de mayo, la reina Guillermina llegó a La Haya. Dos días después entró en vigor la capitulación parcial de los alemanes en el noroeste de Europa. El día 6, el comandante supremo de la Wehrmacht en los Países Bajos, el general Johannes Blaskowitz, firmó el acta de capitulación en Wageningen. El dominio alemán había llegado a su fin. «Me he tomado medio vasito de vermut. A las doce y media en la cama, a las dos y media todavía no nos hemos dormido. ¡Qué manera de hablar! ¡Y muy fuerte! ¡Es que ya podemos hacerlo! Alegría, felicidad, agradecimiento por haber salido de esta», anotó en su diario una joven judía de dieciocho años, Carry Ulreich, que había logrado sobrevivir en un escondite de Róterdam junto con sus padres y su hermana mayor.[605]

En Ámsterdam, sin embargo, la gente seguía esperando la entrada de los canadienses y, así, un destacamento de soldados de la marina alemanes pudo perpetrar todavía el 7 de mayo en el Dam la matanza ya mencionada. Sin embargo, al día siguiente ya había acabado todo: los soldados del regimiento de los Seaforth Highlanders de Canadá hicieron su entrada en la capital de los Países Bajos y fueron recibidos con entusiasmo por la población. Ese mismo día fue trasladado a Holanda en un avión militar

Seyss-Inquart, que había sido detenido por los británicos en Hamburgo, y, en el aeropuerto de Hengelo, fue entregado a una unidad de la policía militar canadiense.[606] Acabaría ahorcado en Núremberg.

8 DE MAYO DE 1945

Todavía no se había secado del todo la tinta del acta de capitulación de Reims cuando Eisenhower recibió un telegrama de protesta del subjefe del Estado Mayor soviético, Alekséi Antónov: el mando supremo ruso se negaba a reconocer la firma, pues el texto de la capitulación facilitado por el jefe del Estado Mayor Bedell Smith no coincidía con el que había sido preparado previamente por la Comisión Asesora Europea (EAC por sus siglas en inglés) por encargo de los gobiernos de Washington, Londres y Moscú. Eisenhower se apresuró a asegurarle que se había «atenido meticulosamente a su obligación» de no concluir ningún armisticio por separado. Además, en Reims había estado presente un representante soviético, el general Suslopárov, que también había estampado su firma en el documento.[607]

Sin embargo, Stalin insistió en que se repitiera la ceremonia y, además, en que se hiciera en la capital alemana, Berlín, conquistada por el Ejército Rojo. La Unión Soviética había soportado el peso principal de la guerra y por tanto le parecía un acto de justicia que en esta ocasión los máximos representantes de los tres cuerpos de la Wehrmacht fueran obligados a confirmar su rendición en presencia de los principales representantes de los Aliados. Eisenhower anunció en un primer momento su asistencia, pero luego prefirió guardar las distancias, después de que los miembros de su Estado Mayor y Churchill le desaconsejaron asistir al acto: los alemanes ya se habían rendido sin condiciones en Reims, y lo de la nueva ratificación de la capitulación en Berlín era un asunto de los soviéticos y respondía a la necesidad de prestigio personal de Stalin.[608]

Los Aliados occidentales enviaron como representantes al mariscal británico del aire Arthur Tedder, al general estadounidense Carl Spaatz, así como a un representante de las fuerzas armadas francesas, el general Jean

de Lattre de Tassigny. Por parte alemana se presentaron en Berlín el mariscal general Wilhelm Keitel, jefe del Alto Mando de la Wehrmacht, el almirante general Hans-Georg von Friedeburg (por la armada) y el coronel general Hans-Jürgen Stumpff, en representación del comandante supremo de la Luftwaffe, el caballero Robert von Greim, que había resultado herido y al que Hitler había designado sucesor de Hermann Göring el 26 de abril de 1945. El 8 de mayo, cerca del mediodía, aterrizaron en el aeropuerto de Berlín-Tempelhof tres aviones de línea británicos con las delegaciones. Para recibir a los Aliados se presentó una comisión soviética, al frente de la cual estaba el lugarteniente de Zhúkov, el general Sokolovski, acompañado de tres destacamentos de honor. Una banda militar se encargó de tocar los himnos nacionales. Mientras los estadounidenses y los británicos pasaban revista a la formación de honor, los alemanes fueron conducidos justo después de aterrizar a unos coches que estaban esperándolos y que los llevaron a Berlín-Karlshorst, donde había sido instalado el cuartel general del mariscal Zhúkov. «Delante va Keitel, con un abrigo largo y una gran gorra alta de general. [...] Evita conscientemente mirar a derecha o a izquierda, y va dando largas zancadas», observó Konstantín Símonov, corresponsal de guerra soviético.[609]

Zhúkov había mandado arreglar a toda prisa para la ceremonia el comedor de oficiales de la escuela de zapadores de Karlshorst. Los soldados del Ejército Rojo requisaron muebles, alfombras, copas, cubiertos y flores. Las calles de acceso fueron despejadas de escombros y adornadas con banderas.[610] Uno de los que colaboró de forma activa en los preparativos fue Erich Honecker. El que luego sería sucesor de Ulbricht como secretario general de la SED había pasado casi diez años entre rejas durante el Tercer Reich. Abandonó el presidio de Brandemburgo-Görden el 27 de abril de 1945 tras la llegada del Ejército Rojo, e inmediatamente se dirigió a Berlín. El 4 de mayo había llegado al domicilio de la que sería su primera esposa, la agente de la policía Charlotte Schanuel, en el 37 de la Landsberger Strasse. Antes de unirse al «grupo Ulbricht», Honecker recibió el encargo de adornar la Landsberger Strasse con las enseñas nacionales de las potencias vencedoras. Muchos años después, recordaría con orgullo que en poquísimo tiempo había conseguido localizar o hacer coser un número lo

bastante grande de ellas para que las columnas de automóviles recorrieran el trayecto hasta Karlshorst en medio de un mar de banderas.[611]

La delegación alemana fue alojada en una pequeña villa cerca del cuartel de zapadores. El acto de la firma, fijado en un principio para las 14.00, se retrasó, pues los representantes de las potencias vencedoras no solo se pelearon por la disposición de los asientos que iban a ocupar y por el orden en que debían estampar sus firmas, sino que tampoco lograron ponerse de acuerdo después de horas de discusión sobre la redacción de un texto común. Los Aliados occidentales pudieron comprobar por primera vez lo difíciles que iban a resultar las negociaciones que aún tendrían que mantener con sus socios soviéticos. Finalmente se pusieron de acuerdo en redactar un documento que contenía escasas diferencias con respecto al acta de capitulación del 7 de mayo. En vez de «mando supremo de las tropas soviéticas» se hablaba ahora de «mando supremo del Ejército Rojo», y en el artículo 6 se especificaba de forma expresa que solo la versión inglesa y la rusa debían considerarse válidas.[612]

Mientras esperaban, se sirvió a los alemanes un bufé frío. Una y otra vez aparecía algún periodista curioso, que tomaba fotografías. Cuando Keitel manifestó a un oficial ruso que durante el viaje hasta Berlín había quedado impresionado por la envergadura de la destrucción que había visto a su alrededor, tuvo que escuchar la siguiente respuesta: «¿No quedó usted impresionado, señor mariscal, cuando, bajo su responsabilidad, fueron arrasados miles de pueblos y de ciudades de la Unión Soviética, localidades bajo cuyos escombros hallaron la muerte millones de compatriotas nuestros, entre los cuales hubo decenas de miles de niños?».[613]

A las 23.45 Zhúkov convocó a los representantes del mando supremo aliado (Tedder, Spaatz y Lattre de Tassigny) a su despacho, contiguo al comedor de oficiales, para discutir con ellos los últimos detalles. A las 24.00, la hora a la que debía entrar en vigor la capitulación, accedieron juntos al comedor y tomaron asiento ante una mesa alargada, detrás de la cual estaban colgadas las banderas de la Unión Soviética, de Estados Unidos, de Inglaterra y de Francia. Se habían reunido allí una docena de generales soviéticos, toda una serie de oficiales aliados de alta graduación, numerosos asistentes y más de cien periodistas y reporteros gráficos. Zhúkov abrió la sesión con unas breves palabras y mandó que hicieran pasar a la delegación alemana. De repente se hizo un silencio absoluto. Solo

se oía el zumbido de las cámaras fotográficas cuando se abrió una puerta lateral y entró en la sala Keitel, seguido de Von Friedeburg y Stumpff. El jefe del OKW permaneció tieso como un palo y levantó la mano en la que empuñaba el bastón de mariscal en un simple gesto de saludo. A no pocos de los presentes, como, por ejemplo, al oficial adjunto de marina estadounidense Harry C. Butcher, su comportamiento les pareció «arrogante y provocador». Le dio la impresión de que el mariscal era «el prusianismo personificado».[614] Zhúkov, en cambio, tuvo una sensación muy distinta: «No, ya no era el altivo Keitel que había asistido a la capitulación de la Francia derrotada. Ahora parecía vencido, por mucho que se esforzara en mantener la compostura».[615]

Repetición del acto de capitulación por deseo de Stalin: el 9 de mayo de 1945, poco después de la medianoche, el mariscal Wilhelm Keitel firma la rendición incondicional en Berlín-Karlshorst. AKG/ullstein bild, Berlín

Invitaron a los alemanes a tomar asiento ante una mesa pequeña, no lejos de la puerta. Luego, Zhúkov preguntó a Keitel si había leído el acta de capitulación y si tenía plenos poderes para firmarla. El mariscal asintió y dio a entender que deseaba que le trajeran los documentos. Entonces Zhúkov ordenó a la delegación alemana que se acercara a la mesa presidencial. «Keitel se levantó de inmediato, fijó en nosotros una aviesa mirada» y se dirigió hacia la mesa presidencial, recordaría más tarde el mariscal soviético; «luego bajó los ojos y, tomando lentamente de la mesa el bastón de mariscal, se encaminó con paso vacilante hacia nuestra mesa. Se le cayó el monóculo, que quedó colgando del cordón. El rostro se cubrió de manchas rojas».[616] El mariscal se sentó al borde de su silla, depositó la gorra y el bastón de mando a un lado, se quitó un guante, volvió a ponerse el monóculo ante el ojo izquierdo y estampó su firma en las cinco copias del acta de capitulación, en medio de la tempestad de flases de las cámaras fotográficas. El reloj marcaba las 00.16. Cuando Keitel volvió a su sitio, Von Friedeburg y Stumpff añadieron sus rúbricas al pie del documento. Luego firmaron Zhúkov y Tedder en representación de los Aliados, y Spaatz y Lattre de Tassigny lo hicieron como testigos. A las 00.43, la ceremonia ya había terminado y Zhúkov invitó a la delegación alemana a abandonar la sala. Keitel, Von Friedeburg y Stumpff se levantaron, hicieron una inclinación de cabeza y salieron, seguidos de sus oficiales de Estado Mayor.[617]

«Y, de repente, la tensión reprimida que reinaba en la sala se relaja», observó Konstantín Símonov. «Se volatiliza como si todos hubieran contenido el aliento largo rato y de pronto el aire saliera libremente de su pecho. Logra así abrirse camino un suspiro general de alivio y de agotamiento».[618] Zhúkov felicitó por la victoria a los presentes en nombre del mando supremo soviético. Los oficiales soviéticos y aliados se estrecharon la mano. Durante el banquete celebrado a continuación, todos elogiaron la camaradería militar y prometieron reforzar las relaciones amistosas entre los países de la coalición antihitleriana, deseo que no tardaría en revelarse ilusorio ante la realidad de la incipiente Guerra Fría. Sin embargo, durante la noche del 8 al 9 de mayo reinaría una rara concordia. Corrieron el vodka y el champán y, contagiado de la alegría general, Zhúkov no pudo contenerse y bailó para todos una danza popular rusa.[619]

Tampoco fue olvidada la delegación alemana, que pasó la noche en la pequeña villa que se le había asignado. El oficial superior de intendencia de Zhúkov había preparado para ella una opulenta cena, y se disculpó incluso de que resultara tan modesta. «No pude dejar de responderle que no estábamos acostumbrados a tanto lujo ni a una mesa tan ricamente dispuesta [...]», recordaría Keitel cuando estuviera preso en Núremberg. «Para concluir nos pusieron fresas frescas heladas, que era la primera vez que me servían. Evidentemente algún sofisticado restaurante de Berlín había preparado aquella cena en plena noche, pues hasta los vinos tenían denominación alemana».[620] El 9 de mayo por la mañana los alemanes volvieron en un vuelo directo desde Tempelhof a Flensburgo, donde aterrizaron hacia las 10.00.

Mientras tanto, Dönitz había convocado a sus asesores para discutir con ellos la cuestión de si, tras la capitulación general de la Wehrmacht, seguía teniendo sentido continuar al frente del Gobierno o si no habría llegado para él la hora de retirarse junto con todo su gabinete. A favor de la dimisión se manifestó sobre todo Albert Speer: con la capitulación, la misión de poner fin a la guerra que había sido encomendada a Dönitz estaba ya cumplida. La totalidad del territorio del Reich, salvo el enclave de Flensburgo —dijo—, había sido ocupado por las potencias vencedoras, y el Gobierno, de hecho, ya no tenía libertad de acción. Por tanto, resultaba inevitable hacer una «salida honrosa».[621]

Speer, parece claro, creía que los estadounidenses no podrían por menos que recurrir a su colaboración debido a los conocimientos que tenía acerca de la economía y la industria armamentística alemanas. Y, de hecho, unos días después, el 15 de mayo, llegaron los primeros estadounidenses al castillo de Glücksburg con el fin de someterlo a un exhaustivo interrogatorio. Speer estuvo encantado de proporcionarles información, y ya allí interpretó el papel que en el futuro le permitiría causar impresión a sus antiguos enemigos de guerra, y no solo a ellos, esto es, el de tecnócrata apolítico, sometido durante un tiempo a las diabólicas artes de seducción de Hitler, pero que después, al final de la guerra, se había opuesto con valentía a sus órdenes de destrucción.[622]

En cambio, el que con más insistencia se pronunció en su puesto en favor de la permanencia del Gobierno fue Schwerin von Krosigk: el presidente del Reich y «el Gobierno de gestión» eran, según dijo, la «encarnación visible de la soberanía y de la unidad del Reich». La capitulación general sin condiciones afectaba a la Wehrmacht; pero no por ello el Estado alemán había dejado de existir. Aunque su libertad de acción se viera limitada, Dönitz no había dejado de ser el jefe del Estado y el máximo representante del Reich alemán. Además, el Gobierno tenía la obligación de compartir en aquellos tiempos tan difíciles el destino del pueblo y no podía evitar sus responsabilidades. El gran almirante se sumó a este punto de vista. El acta de la reunión del 8 de mayo afirmaba que el resultado de la discusión había sido el siguiente: «La dimisión es una decisión irrevocable y por ello no debe de ninguna manera ser anunciada de forma prematura».[623]

A las 12.30 Dönitz se puso ante los micrófonos de Radio Flensburgo para explicar su decisión: «Con la ocupación de Alemania el poder reside en las potencias ocupantes. En sus manos está decidir si tanto yo como el Gobierno del Reich presidido por mí podemos actuar o no. Si puedo ser útil y ayudar a nuestra patria ejerciendo mi cargo, seguiré desempeñándolo hasta que la voluntad del pueblo alemán pueda hallar su expresión por medio del nombramiento de un jefe de Estado o hasta que las potencias ocupantes hagan que me resulte imposible continuar en el desempeño de mis funciones». Solo «el amor por Alemania y el deber», afirmó Dönitz, lo obligaban a seguir en su puesto, y continuaría en él mientras pudiera «conciliar[lo] con la dignidad» que debía al Reich como su «máximo representante».[624] En efecto, los Aliados concederían al Gobierno Dönitz un aplazamiento temporal de otros quince días.

Para una gran parte de la población el anuncio de la capitulación general sin condiciones resultó, según comunicó el servicio de noticias del Gobierno Dönitz, «una absoluta sorpresa». La gente no podía explicarse, añadía, por qué no se continuaba combatiendo contra el Ejército Rojo. Se habían levantado muchas voces, sobre todo entre los refugiados, que afirmaban que la última esperanza a la que se había aferrado la gente, a saber, la posibilidad de que las potencias occidentales se unieran a las tropas

alemanas contra la Unión Soviética, se había desvanecido. Los territorios del Este, según ellos, se habían «perdido para siempre».[625]

El 8 de mayo a las 20.00 el Alto Mando de la Wehrmacht (OKW) hizo saber por radio: «A partir del 9 de mayo a las 00.00 todas las divisiones de la Wehrmacht, todas las organizaciones armadas y todos los individuos deberán cesar las hostilidades contra los que hasta ahora eran nuestros enemigos en la totalidad de los escenarios bélicos. Cualquier acto de destrucción o deterioro de las armas y de la munición, de los aviones, de los equipos armamentísticos en general, y de cualquier tipo de aparatos, así como el deterioro o el hundimiento de los barcos, van en contra de las condiciones aceptadas y firmadas por el OKW, y deben ser evitados por todos los medios en interés del pueblo alemán».[626] El 9 de mayo cesaron los últimos combates contra el Ejército Rojo en Checoslovaquia, en Austria y en el Báltico. En Curlandia cayeron prisioneros de los soviéticos ciento ochenta mil soldados, y en Prusia oriental ciento cincuenta mil.[627] Previamente, en contra de lo acordado en el tratado de capitulación, habían destruido una gran parte del material bélico del que disponían. «En Michelswalde el espectáculo es magnífico. Se ven aparcados un vehículo tras otro, coches y camiones. Tanques y vehículos todoterreno son volados continuamente. [...] Por doquier se ven tirados por el suelo aparatos de todo tipo. Grandes cantidades de caballos y otros animales pasan corriendo por aquí y por allá. Es una imagen del estilo de la que pudo verse en Dunkerque en 1940», anotó el 9 de mayo en su diario un cabo que pudo librarse de la quema cruzando el mar Báltico en uno de los últimos barcos que lograron zarpar.[628] Un día después capitularon las guarniciones alemanas de las Fortalezas del Muro Atlántico de Lorient, Saint-Nazaire y La Rochelle. El comandante de la Fortaleza Lorient retransmitió por radio: «Me entrego junto con mi guarnición, siempre firme e invicta. Pensamos en nuestra patria, sometida a una prueba tan dura. ¡Viva Alemania!».[629]

El principal objetivo de Dönitz había sido retrasar cuanto se pudiera la capitulación general y ganar tiempo por medio de una serie de capitulaciones parciales, con el fin de hacer pasar el mayor número posible de civiles y soldados al otro lado de las líneas estadounidenses y británicas. Pero, como Eisenhower no había accedido a los deseos de los alemanes y había insistido en obtener una rendición incondicional en todos los frentes

antes de lo esperado, se vieron frustrados los planes del gran almirante, que, aun así, cosechó un éxito parcial: durante la primera semana de mayo se consiguió que 1.850.000 soldados del Frente Oriental se libraran de ser apresados por el Ejército Rojo. Después del 8 de mayo, 1.490.000 soldados se vieron obligados a emprender el camino del cautiverio, tras ser hechos prisioneros por los soviéticos o los yugoslavos. Eso significó que más de la mitad de las tropas desplegadas en el Frente Oriental pudieran pasarse al otro lado de las líneas de los Aliados occidentales.[630]

En su último informe del 9 de mayo, el Alto Mando de la Wehrmacht despedía a las tropas derrotadas con unas palabras de un patetismo falaz difícilmente superable: «Desde la medianoche guardan silencio las armas en todos los frentes. Por orden del gran almirante, la Wehrmacht ha puesto fin a unos combates que ya eran inútiles. De ese modo ha llegado a su término esta honrosa lucha de casi seis años de duración. Una lucha que nos ha reportado grandes victorias, pero también derrotas muy duras. Las fuerzas armadas alemanas han sucumbido con honor ante una enorme superioridad. [...] La valoración definitiva de la singular labor llevada a cabo por los frentes y la patria tendrá que proporcionarla posteriormente el juicio de la historia».[631] En un discurso ante los oficiales reunidos en Flensburgo el 9 de mayo, Dönitz seguía la misma línea: «No tenemos por qué avergonzarnos. La labor de la Wehrmacht en el campo de batalla y lo que ha soportado el pueblo alemán durante estos seis años son algo único en la historia y en el mundo. Se trata de un heroísmo sin igual. Aquí estamos los soldados, sin mancha alguna en nuestro honor».[632] Fue aquel el nacimiento de una leyenda, la de la «Wehrmacht limpia», que se revelaría sorprendentemente resistente, hasta que al final se desmoronó gracias a las dos exposiciones sobre la Wehrmacht organizadas en 1995 y 2001 por el Institut für Sozialforschung de Hamburgo.

El 8 de mayo de 1945 cerca del mediodía el comandante Ralph E. Pearson, al mando de un regimiento de la 80.ª División de Infantería estadounidense, abandonó la pequeña ciudad de Schwanenstadt, en Alta Austria, junto con dos jeeps y un camión, en el que iba un destacamento de soldados de infantería. Su objetivo era la localidad de Altaussee, en el Salzkammergut. El día antes había llegado a sus manos el informe de un oficial austriaco,

cuyo nombre no se citaba, en el que se le comunicaba una extraordinaria noticia: en la mina de sal de ese pueblo habían sido almacenados unos tesoros artísticos de incalculable valor. Al cabo de casi cuatro horas de viaje, hacia las 15.30, Pearson y sus hombres llegaron a Altaussee. El pueblecito era todavía un hervidero de soldados alemanes, pero nadie pensaba ya en oponer resistencia. Como primera providencia, Pearson mandó destituir al antiguo alcalde y poner uno nuevo. A continuación, se trasladó a la mina de sal. Allí lo aguardaba ya el especialista en mineralogía Hermann Michel, que condujo al oficial estadounidense a las entradas clausuradas de las galerías y le explicó que allí detrás se encontraba una gran parte de los tesoros artísticos de toda Europa robados por orden de Hitler. Antes de marcharse, Pearson mandó asegurar las entradas y ordenó a Michel poner a su disposición todos los documentos y expedientes que hubieran podido llegar a sus manos.[633]

Antes de que las colecciones de obras de arte de Hitler llegaran a Altaussee, habían recorrido un largo comino. El 8 de abril de 1938, pocas semanas antes del Anschluss, la anexión de Austria, el dictador había efectuado una visita a Linz y había aprovechado la ocasión para esbozar por primera vez algunas ideas acerca de la reconstrucción de su «ciudad natal». Como núcleo de esa reestructuración se planeó levantar un gran Museo del Führer, en el que no solo debían ser expuestos cuadros de pintores famosos de Alemania, sino también de toda Europa. Durante su visita oficial a Italia en mayo de 1938, Hitler había dedicado mucho tiempo a visitar los museos de Roma y Florencia. Especialmente la visita de la Galleria degli Uffizi dio alas a sus planes de reunir una gran colección de arte en Linz.[634]

El dictador confió la construcción del museo al director de la pinacoteca de Dresde, Hans Posse, especialista en museística de prestigio internacional. Semejante decisión causó asombro entre los funcionarios del Partido Nacionalsocialista de Dresde, pues Posse había sido destituido debido a las sospechas de que defendía el «arte degenerado», pero, tras la visita de Hitler a la pinacoteca de Dresde en junio de 1938, había sido reincorporado en su puesto. Un año después, el dictador mandó llamar a Posse al Berghof y desarrolló ante él sus planes: el museo de Linz debía «contener solo lo mejor de todas las épocas» y superar incluso las colecciones de Viena. En virtud del decreto del Führer de 26 de junio de 1938, Posse fue nombrado director del proyecto Sonderauftrag Linz. Todos

los cargos y departamentos del partido tenían la obligación de «apoyarlo en el cumplimiento de la tarea que le había sido encomendada».[635]

Se pusieron a disposición del comisionado especial de Hitler unos medios económicos casi ilimitados para la compra de pinturas. Sin embargo, Posse no solo se dedicó a comprarlas, sino que no dudó en mandar que se requisaran. La base para semejante medida la proporcionaba la denominada «reserva de derechos del Führer». Esta prerrogativa concedía a Hitler el privilegio de decidir personalmente el uso de todas las obras de arte confiscadas. Ese derecho de prelación fue formulado por primera vez en junio de 1938 en relación con las colecciones de arte confiscadas a los judíos de Austria tras el Anschluss. En octubre de 1940, la «reserva de derechos del Führer» fue extendida a todo el territorio del Reich y un mes más tarde a los territorios ocupados y a los que todavía estaban por ocupar.[636] Se puso así en manos de Posse un instrumento para escoger, entre las obras de arte robadas en toda Europa, aquellas piezas que considerara particularmente apropiadas para la pinacoteca de Linz. En diciembre de 1941 y en abril de 1942 hizo llegar a Hitler varios álbumes de fotos en los que aparecían reproducidos los cuadros adquiridos en el marco de la Sonderauftrag Linz, que eran ya casi un millar. Para almacenar los fondos del futuro Museo del Führer se instaló un depósito central en la abadía de Kremsmünster, monasterio benedictino de Alta Austria.[637]

Posse murió el 7 de diciembre de 1942 de cáncer de lengua. Hitler ordenó que se celebrara un funeral de Estado; el elogio fúnebre lo pronunció el ministro de Propaganda e Información Goebbels. Por primera vez la opinión pública tuvo conocimiento del proyecto de construcción de la pinacoteca de Linz. En febrero de 1943 Hitler nombró como sucesor de Posse a Hermann Voss, director de la pinacoteca del Nassauisches Landesmuseum de Wiesbaden. Junto con el más importante de sus colaboradores, el marchante de arte de Dresde Hildebrand Gurlitt, Voss siguió adquiriendo obras de arte robadas, pero se concentró a su vez en el inventario de los fondos ya existentes.[638]

Ante la frecuencia cada vez mayor de los bombardeos aéreos sobre el Reich, Hitler empezó a preocuparse por la seguridad de sus tesoros artísticos. En particular le pareció que el depósito de la abadía de Kremsmünster, donde los objetos no habían sido almacenados en sótanos, no estaba suficientemente bien protegido. En diciembre de 1943, el

responsable de las labores de almacenamiento de las obras de la Sonderauftrag Linz, Gottfried Reimer, propuso la mina de sal de Altaussee como nuevo lugar para proteger mejor todos aquellos tesoros artísticos. Hitler dio su beneplácito y, una vez preparados los espacios necesarios para el almacenamiento de las obras, llegó a la localidad el primer convoy en mayo de 1944. Poco a poco fue dándose cabida en la mina a las piezas destinadas al museo de Linz, entre ellas obras maestras como, por ejemplo, dos cuadros de Vermeer: *La alegoría de la pintura* y *El astrónomo*. Pero también fueron guardadas en Altaussee otras piezas que no pertenecían a las colecciones de Hitler, como la *Madonna de Brujas*, de Miguel Ángel, o *La adoración del Cordero Místico* («Políptico de Gante»), de Jan van Eyck. [639]

La importancia que para Hitler tenía aquel proyecto, suyo y predilecto, lo demuestra el hecho de que, incluso durante los últimos meses del Tercer Reich, se dedicara a contemplar y a estudiar una y otra vez durante horas la gigantesca maqueta de la ciudad de Linz, construida por el arquitecto Hermann Giesler a comienzos de febrero de 1945, en una habitación del sótano de la nueva Cancillería del Reich.[640] Mientras tanto, en su entorno iba imponiéndose un estado de ánimo apocalíptico. Uno de los miembros del partido más fanáticos de Hitler, el Gauleiter de Oberdonau («Alto Danubio»), August Eigruber, había tomado la firme resolución de desaparecer de escena junto con el dictador. Si la caída era inevitable, tendría que ser escenificada de la manera más efectista posible, con gran estruendo. Y para Eigruber eso significaba que los tesoros artísticos reunidos en la mina no debían caer en manos de los Aliados, sino que tenían que ser destruidos. El 10 de abril de 1945 mandó trasladar a la mina ocho bombas aéreas de media tonelada cada una en unas cajas de madera con el letrero «!Atención! Mármol. No dejar caer al suelo».

El 13 de abril, Helmut von Hummel, secretario personal de Bormann, que había viajado a Altaussee, se enteró de los planes de Eigruber. Informó del asunto al director de la mina, Emmerich Pöchmüller, y a los expertos responsables de los objetos artísticos que se encontraban *in situ*, el director del Institut für Denkmalpflege, el vienés Herbert Seiberl y el restaurador jefe de Berlín Karl Sieber. Juntos pensaron en la forma en que se podría disuadir a Eigruber de llevar a cabo la monstruosa decisión que había tomado. Hummel llamó por teléfono a su jefe, Bormann, y le rogó que

expusiera con urgencia el caso a Hitler y que intentara conseguir una «resolución del Führer». La respuesta de Berlín no tardó en llegar: Hitler prohibía la destrucción de las obras de arte. Solo había que cerrar los accesos a las galerías con explosivos en cuanto el enemigo se acercara. [641]

Pese a toda la locura destructiva que movía al dictador, quería tener la certeza de que su colección de arte se conservara para la posteridad. En su testamento privado de 29 de abril de 1945 declaraba que aquellas pinturas no las había reunido «nunca con fines particulares», sino siempre pensando en la construcción de la pinacoteca de Linz: «Mi deseo más sincero sería que se hiciera realidad ese legado».[642] El 1 de mayo, un día después de la muerte de Hitler, Helmut von Hummel envió al restaurador Sieber una nota, en la que una vez más era ratificada la resolución de Hitler: «El Führer resolvió la semana pasada, al ser preguntado de nuevo, que las obras de arte almacenadas para su custodia en el Alto Danubio no deberían caer en manos del enemigo, pero que de ninguna manera tampoco deberían ser destruidas definitivamente. Por el contrario, habría más bien que tomar medidas para que dichas obras se libren el mayor tiempo posible de su captura a manos del enemigo».[643] Sin embargo, Eigruber no pensó en ningún momento satisfacer ese último deseo del Führer. Mandó disponer a la entrada de la mina un grupo de guardia, con centinelas armados de ametralladoras y granadas de mano. Corrieron rumores de que el 3 o el 4 de mayo iba a presentarse un pelotón de dinamiteros encargados de hacer estallar las bombas.

Y entonces entraron en acción los mineros. A ellos les importaba menos salvar los tesoros artísticos que el mantenimiento de sus puestos de trabajo. Y es que la explosión de las bombas habría destruido también con toda seguridad una gran parte de las galerías. El 3 de mayo, antes de que diera comienzo el primer turno, el secretario de Minas Otto Högler explicó al personal la amenaza que pendía sobre la mina. De inmediato se presentaron numerosos voluntarios que se declararon dispuestos a vigilar las cajas de madera que contenían las bombas y a sacarlas de la mina en caso de necesidad. Además, a uno de los mineros, Alois Rauschdaschl, se le ocurrió la idea de ponerse en contacto con el jefe de la Dirección Superior de Seguridad del Reich, Ernst Kaltenbrunner, que se encontraba en los alrededores de Altaussee, al igual que toda una serie de esbirros nazis, entre

ellos el Obersturmbannführer de la SS Adolf Eichmann. Kaltenbrunner dio luz verde a los mineros para que retiraran las bombas y, en el transcurso de una llamada telefónica a medianoche, echó a Eigruber un rapapolvo de tal calibre que el Gauleiter no tuvo más remedio que bajar las orejas y ceder. El 4 de mayo por la mañana las bombas fueron sacadas de las galerías y depositadas en un bosque. Después, siguiendo las órdenes de Hitler, los accesos a la mina fueron dinamitados.[644]

El 11 de mayo, tres días después de asegurar debidamente la mina de sal, el comandante Pearson solicitó ayuda por medio del representante de los Monuments Men, un departamento especial del ejército estadounidense creado en 1943 para la protección de las obras de arte. Entretanto, también la prensa se había enterado del asunto y la noticia de aquellos fabulosos tesoros artísticos dio la vuelta al mundo. El 13 de mayo hizo su aparición en el Salzkammergut el capitán Robert K. Posey e hizo que Pearson lo informara con detalle de todo. Los accesos a las galerías que habían sido dinamitados no lograron quedar despejados hasta el 27 de mayo, y el capitán Posey y sus ayudantes pudieron al fin inspeccionar su interior y convencerse de que las obras de arte no habían sufrido daños. El 17 de junio los primeros camiones, con sus valiosísimos cargamentos, abandonaron Altaussee. Los estadounidenses habían decidido instalar el Central Collecting Point, el «puesto central de almacenamiento», en Múnich, en concreto en el Verwaltungsbau (sede oficial de la NSDAP) y en el Führerbau, edificios que habían logrado seguir incólumes. Hasta finales de año no concluyeron las labores de recuperación y almacenamiento de las obras. Cuatro integrantes de los Monuments Men y más de cien colaboradores alemanes se dedicaron en exclusiva a fotografiar y catalogar los objetos y a localizar a sus anteriores propietarios. La restitución a sus legítimos dueños se prolongaría durante varias décadas, y todavía en la actualidad no se ha dado por concluida.[645]

El 8 de mayo de 1945, poco antes de la medianoche, el comisario del Reich para los territorios ocupados de Noruega, Josef Terboven, puso fin a su vida. La tarde anterior había sido relevado del mando por el gran almirante Dönitz, que había dado ya por amortizado su cargo.[646]

Todavía el 3 de mayo, durante la reunión celebrada en Flensburgo-Mürwik, Terboven había calificado de estable la situación militar y política de Noruega y se había manifestado en contra de la capitulación de las tropas alemanas destacadas en el territorio bajo su autoridad. Antes bien, de común acuerdo con los comandantes en jefe de la Wehrmacht de Noruega y Dinamarca, Franz Böhme y Georg Lindemann, se había mostrado favorable a encabezar un «último combate con dignidad», pero su propuesta no había logrado convencer ni a Dönitz ni a sus asesores.[647]

El 5 de mayo entró en vigor la capitulación parcial del norte de Alemania, los Países Bajos y Dinamarca. Ese mismo día Terboven había regresado a Oslo. Ante sus colaboradores siguió haciéndose el fuerte: había que retener Noruega el mayor tiempo posible, dijo, para poder usarla como moneda de cambio en las negociaciones con los Aliados occidentales. Ahora todo dependía de seguir trabajando de forma disciplinada y de no dar muestras de debilidad. Sin embargo, el 7 de mayo, con su destitución, el papel que había desempeñado quedó suprimido. Mandó llamar al director general del departamento de Administración, Hans-Reinhard Koch, y le cedió la gestión de los asuntos de la comisaría del Reich con el encargo de ponerlos a disposición del general Böhme, comandante en jefe de la Wehrmacht. En su residencia de Skaugum, el palacio del príncipe heredero, situado a las afueras de Oslo, Terboven se dedicó a destruir documentos y después se retiró a sus habitaciones particulares. Antes había ordenado al jefe del puesto de guardia que reuniera una cantidad suficiente de explosivos en el pequeño búnker del parque, al que se trasladó más tarde de las 23.00. Apenas media hora después se oyó una gran explosión. El comisario del Reich, otrora tan temido, había saltado por los aires.[648]

Un representante de los Monuments Men (con una «N» en el uniforme) y varios expertos alemanes examinan un panel de la *Adoración del Cordero Místico* («Políptico de Gante»), escondido en la mina de sal de Altaussee. Pictures From History/akg-images, Berlín

El 9 de mayo Noruega ya era libre. «Todas las campanas se habían puesto a repicar, ondeaban decenas de miles de banderitas, y las calles estaban atestadas de gente», anotó en su diario el escritor austriaco Heimito von Doderer, que vivió el final de la guerra en Oslo como oficial del ejército. [649] Ese mismo día fue detenido Vidkun Quisling, el presidente del Gobierno títere instalado por los alemanes, cuyo nombre se había convertido en sinónimo de colaboracionismo. Fue condenado a muerte por alta traición y el 24 de octubre de 1945 fue ejecutado en Oslo, en la fortaleza de Akershus.

Uno de los primeros que el 10 de mayo abandonó Suecia y regresó a Oslo fue Willy Brandt. Tenía la misión de informar para la prensa sueca sobre la situación de la Noruega liberada. Por aquel entonces se encontraban todavía en el país alrededor de trescientos cincuenta mil soldados alemanes; su repatriación solo pudo llevarse a cabo de forma

gradual. Lleno de asombro, el emigrante Willy Brandt pudo comprobar que, al cabo de las semanas, muchos de los antiguos miembros de las fuerzas de ocupación seguían firmando sus órdenes con un «Heil Hitler!» y que «por lo demás, continúan comportándose como si no hubiera pasado nada».[650]

La rendición incondicional de Alemania fue «la señal para que se produjera el mayor estallido de alegría de la historia de la humanidad [...]», escribió Winston Churchill en sus memorias. «Cansados de combatir y extenuados, empobrecidos, pero no abatidos, y al final victoriosos, vivimos unos momentos de exaltación sublime».[651] El 8 de mayo, la gente se puso a bailar y a cantar por las calles de Londres y estuvo celebrando el día de la Victoria en Europa hasta altas horas de la noche. Por la tarde, cerca de las 15.00, Churchill había pronunciado un discurso por radio. Anunció el fin de la guerra contra Alemania, pero preparó también a sus compatriotas para nuevos sacrificios: «Podemos concedernos un breve momento de alegría; pero no olvidemos ni por un instante el duro trabajo y los esfuerzos que tenemos por delante. Japón, ese país traicionero y codicioso, aún no ha sido vencido». El discurso acabó con un llamamiento: «¡Adelante, Gran Bretaña! ¡Viva la causa de la libertad! ¡Dios salve al rey!».[652]

Desde Downing Street, Churchill se dirigió a la Cámara de los Comunes: «Entra Winston, con un poco de timidez y sonrojo, pero con una sonrisa juvenil. El Parlamento se pone en pie y prorrumpe en un largo largo aplauso atronador», comentó el diputado y antiguo diplomático Harold Nicolson.[653] Churchill repitió su alocución radiofónica, pero, a continuación, dejó a un lado el manuscrito y, con palabras llenas de emoción, agradeció al Parlamento el apoyo que, como primer ministro, había podido sentir durante los cinco años de guerra: «Todos hemos cometido errores, pero se ha demostrado que la fuerza del Parlamento como institución le ha permitido al mismo tiempo preservar todos los títulos de los que la democracia le hace acreedor, mientras hacíamos la guerra de la forma más cruel y prolongada».[654]

Por la tarde una interminable multitud se congregó ante el palacio de Buckingham para vitorear a la pareja real británica y a sus dos hijas, que se dejaron ver en uno de los balcones. Al mismo tiempo, Winston Churchill pronunciaba un discurso improvisado desde el balcón del Ministerio de

Sanidad, en Whitehall, ante decenas de miles de londinenses. Cuando preguntó: «Were we ever downhearted?»), se oyó responder al unísono: «No!», y, a continuación, una estrepitosa carcajada, auténtica expresión de alivio porque lo peor ya había pasado.[655]

Escenas similares de alegría se desarrollaron también en Nueva York. «Me encontraba en Times Square cuando los letreros luminosos del edificio de *The New York Times* anunciaron la capitulación general de los alemanes ante la numerosa multitud allí congregada», recordaría Elisabeth Weichmann, que, en compañía de su esposo Herbert, posteriormente alcalde de Hamburgo, se había exiliado en Francia en 1933, y que después, tras la invasión de este país por la Wehrmacht, había huido en 1940 a Estados Unidos. «Estalla un sonoro griterío de júbilo. Casi no podía oír nada. Las rodillas me temblaban, así que tuve que sentarme en el café más próximo. La tensión dejó paso a la certeza de que a partir de hoy había comenzado un nuevo capítulo de la vida del mundo y quizá también de la nuestra, un capítulo que llevábamos añorando desde hacía años y que ahora se hacía realidad. [...] Por la tarde, después del trabajo, dimos rienda a nuestra agitación por Broadway, en medio del alboroto de la gente, ebrios todos de júbilo y entusiasmo».[656]

En su mensaje radiofónico del 8 de mayo el presidente estadounidense Harry S. Truman recordó a su predecesor, Franklin D. Roosevelt, fallecido el 12 de abril de 1945, que se había puesto al frente de Estados Unidos a la hora de entrar en la guerra y había conducido al país durante todo el conflicto. Además de su alegría por el final de la contienda en Europa, Truman expresó su dolor por el «terrible precio que hemos tenido que pagar por barrer del mundo a Hitler y a su banda de malvados». El presidente estadounidense recordó asimismo a sus compatriotas que la victoria solo se había conseguido a medias: «Occidente está libre, pero el Extremo Oriente sigue todavía cautivo de la traicionera tiranía de los japoneses. Solo cuando la última división nipona se haya rendido de forma incondicional, habrá concluido nuestra tarea como combatientes».[657] En Santa Mónica, California, el escritor Bertolt Brecht afirmaba en tono lapidario: «La Alemania nazi se rinde sin condiciones. A las seis de la mañana el presidente pronuncia un discurso por la radio. Mientras lo escucho, observo el jardín californiano en flor».[658]

También en París se produjeron estallidos de incontenible alegría, aunque el verdadero día de la liberación ya se había celebrado en agosto de 1944. «Espectáculo inolvidable, en el que toda una muchedumbre de gente coincidía en un mismo impulso de alivio y de liberación», observó el ingeniero Ferdinand Picard. «Todas las generaciones se mezclaban en esa marea humana, que se multiplicaba incesantemente a medida que llegaban las multitudes de gente venidas de los suburbios. [...] Imagen conmovedora de la alegría de todo un pueblo, que por un día se desata».[659]

En Moscú, la radio no anunció la capitulación incondicional de Alemania hasta el 9 de mayo. También allí la gente acudió en masa a celebrar con alegría el final de aquella guerra en la que la Unión Soviética había sufrido más que nadie y a la que había contribuido con el mayor número de víctimas. Stalin lo recordó en su mensaje retransmitido por radio, que concluyó con las siguientes palabras: «La Gran Guerra Patriótica ha terminado con nuestra victoria absoluta. El periodo de la guerra en Europa ha llegado a su fin. El periodo del desarrollo pacífico ha dado comienzo». [660]

El joven Markus Wolf —posteriormente director del departamento de Espionaje del Ministerio de Seguridad del Estado [Stasi] de la RDA— vivió con sus padres la manifestación celebrada por la noche en las inmediaciones del Kremlin: «Mientras se disparaban las salvas por el "día de la Victoria" nos sentimos unidos a aquellos miles de personas alborozadas, cuya patria se había convertido en nuestro segundo hogar durante los once largos años de exilio lejos de Alemania que habíamos pasado en ella».[661] También se reunió un numeroso grupo de gente delante de la embajada estadounidense, en su mayoría jóvenes, que estallaron, según manifestó el diplomático George F. Keenan, «en un auténtico torbellino de entusiasmo», con el que deseaban expresar «sus sentimientos de amistad».[662] ¿Quién entre aquellos manifestantes habría podido imaginarse que, poco después del final de la guerra, lo que definiría las relaciones entre la Unión Soviética y Estados Unidos sería una enconada hostilidad?

«Por la noche, nos libramos por primera vez después de seis años del toque de queda y de la obligación de apagar las luces», anotó el 8 de mayo Ernst Jünger. «Se trata, en cualquier caso, de una mejora muy modesta para nosotros en un día en el que las celebraciones de la victoria resplandecen en

todas las capitales de los Aliados, desde Nueva York hasta Moscú, mientras que los vencidos se quedan en el fondo de sus sótanos, tapándose la cara con las manos».[663]

EPÍLOGO

El 10 de mayo de 1945, dos días después de la capitulación incondicional de la Wehrmacht, Thomas Mann se dirigió a sus radioyentes alemanes desde la lejana California: «Es una hora grande», dijo, «no solo para el mundo vencedor, sino también para Alemania; la hora en la que el dragón ha sido abatido, en la que el vil y morboso monstruo llamado "nacionalsocialismo" está dando las últimas boqueadas y Alemania se ve libre al menos de la maldición de llamarse "el país de Hitler". Si hubiera podido liberarse sola, antes, cuando todavía había tiempo, o aunque hubiera sido tarde, en el último momento; si hubiera podido celebrar por sí misma su liberación, su vuelta a la humanidad en medio del repicar de las campanas y el sonido de la música de Beethoven, en vez de que ahora el fin del régimen hitleriano sea asimismo el hundimiento total de Alemania, habría sido, desde luego, mejor, habría sido lo más deseable».[664]

Sabemos por qué no sucedió "lo más deseable": la liberación tuvo que venir de fuera, porque los alemanes no fueron capaces de reunir la fuerza necesaria para liberarse solos. Pese a las críticas cada vez más frecuentes contra la NSDAP y sus dirigentes, la voluntad de aguante tanto en la Wehrmacht como entre la población en general alcanzó unas cotas sorprendentemente altas, y así sucedió hasta la propia agonía del Tercer Reich. Tampoco el mito del Führer había perdido del todo su capacidad de cohesión. De otra forma no se explicaría por qué el dictador pudo ejercer hasta el final su poder de sugestión sobre su entorno. Cuando hacía tiempo que todo estaba ya perdido, muchos siguieron apostando por las «armas milagrosas» y la «victoria final», o continuaron esperando la desintegración de la coalición antihitleriana.

El 8 de mayo de 1945 no fue recibido por la gran mayoría de los alemanes, incluso por aquellos que tenían una actitud crítica con el régimen,

como una liberación, sino como una catástrofe nacional sin precedentes. «¡Qué "inocua" era comparada con este espantoso derrumbamiento la desgracia de 1918, a consecuencia de la cual tuvimos que soportar una carga tan pesada, y que en su momento consideramos insuperable!», decía en una carta a mediados de mayo Siegfried A. Kaehler, catedrático de historia de la Universidad de Gotinga.[665] El comandante Karl-Günther Hase, que con posterioridad sería portavoz del Gobierno federal durante las cancillerías de Adenauer, Erhard y Kiesinger, recordaba lo que había sentido el 9 de mayo de 1945, que se vio obligado a pasar en una cárcel de Moscú: «Fue sobre todo una profunda tristeza por el derrumbamiento total del Reich alemán, indudablemente [...] la mayor tragedia de nuestra historia nacional. Aquello era el "Finis Germaniae". Por entonces yo no era capaz de ver las cosas de otra manera».[666]

No fue muy distinta la sensación de Ursula von Kardorff en el alojamiento en el que se había refugiado en la aldea de Jettingen, en Suabia: «O sea, esto es la derrota», anotó la periodista en su diario el 7 de mayo, cuando se notificó la capitulación incondicional firmada en Reims. «¿No podían habérnosla presentado de un modo más torpe? O, lo que es lo mismo, ¿no habrían podido no presentárnosla? Todo, todo tenía que ser mejor que Hitler. Pero ¿"liberación"? ¡Qué palabra más extraña!».[667]

Theodor Heuss, que luego llegaría a presidente de la República Federal de Alemania, vivió el final de la guerra en Handschuhsheim, en la periferia de Heidelberg, donde desde el otoño de 1943 había buscado refugio junto con su esposa, Elly Heuss-Knapp, debido a los ataques aéreos que, cada vez más a menudo, sufría Berlín. En una anotación de fecha 9 de mayo calificaba la capitulación como «uno de los días más terribles de la historia de Alemania». No obstante, daba por bueno el hecho de que esta vez, a diferencia de lo ocurrido en 1918, cuando el político del Partido del Centro Matthias Erzberger había evitado el «trabajo sucio» a los generales, hubieran sido los militares, Jodl y Keitel, los que tuvieran que poner sus nombres al pie del documento de rendición, de modo que no pudiera volver a crearse una nueva leyenda de la puñalada por la espalda.[668] Cuatro años después, cuando fuera aprobada la constitución en el Consejo Parlamentario, Heuss, pensando en el 8 de mayo de 1945, hablaría de «la paradoja más trágica y discutible de la historia para cada uno de nosotros», y acuñaría la fórmula: «Fuimos redimidos y aniquilados a un tiempo».[669]

Sin embargo, aún tendrían que pasar cuatro décadas hasta que el presidente federal Richard von Weizsäcker tomara una posición inequívoca en un memorable discurso pronunciado en el salón de plenos del Parlamento Federal de Bonn con motivo del cuadragésimo aniversario del final de la guerra: «El 8 de mayo fue un día de liberación. Nos liberó a todos del sistema inhumano que supuso el régimen de violencia del nacionalsocialismo».[670]

Liberado se sintió en la primavera de 1945 el pequeño grupo de opositores a Hitler, por el hecho de que sus integrantes hubieran logrado sobrevivir al terror desatado a raíz del 20 de julio de 1944. Liberados se sintieron también los millones de prisioneros de guerra y de trabajadores forzosos que habían sido obligados a desplazarse al Tercer Reich. Y liberados se sintieron sobre todo los prisioneros de los campos de concentración, aunque la mayoría de ellos estuvieran demasiado extenuados para poder expresar su alegría.

En las memorias de muchos alemanes nos encontramos con una mezcla de sensaciones y sentimientos contradictorios: tristeza por la pérdida de seres queridos, por la de su patria, por la destrucción de su casa; alivio por el hecho de haberse librado una vez más de lo peor; tranquilidad por el fin de la guerra y de las infinitas noches de bombardeos; felicidad por poder una vez más conciliar el sueño; miedo a la venganza de las potencias vencedoras y a un futuro incierto; sentimiento de vacío después de tanto abuso de idealismo, de tanta credulidad desengañada. «La fe de todos, los sacrificios de todos habían sido en vano», se lamentaba el 8 de mayo Lore Walb, por entonces una simple estudiante. «Seis años después de la toma del poder por Hitler, un ascenso sin igual; y al cabo de otros seis años la caída. Y ellos habla que te habla de "Reich milenario". ¡Qué escándalo!».[671]

En cambio, rara vez nos encontramos con una emoción distinta: la de la vergüenza y el arrepentimiento por los crímenes del nacionalsocialismo. Que esos crímenes habían superado todo lo imaginable hasta ese momento constituía ya una certeza para el escritor Alfred Kantorowicz en su exilio neoyorquino: «Bueno, pues ya ha pasado todo», anotó en su diario la noche del 8 al 9 de mayo. «No obstante han sido doce años. Doce años en los que se han acumulado los crímenes de mil».[672] Durante los primeros días y las primeras semanas después de la capitulación, la radio y los periódicos

informaron con detalle de los horrores que habían tenido lugar en los campos de concentración y de exterminio. Aquellas revelaciones no solo conmocionaron a los vencedores, sino también a los vencidos, pues sacaron a la luz todo lo que durante los años anteriores se había logrado reprimir. «Nos está bien empleado que ahora [...] nos pongan a diario ante los ojos las atrocidades de los campos de concentración», escribía en una carta Mathilde Wolff-Mönckeberg, de Hamburgo. «Todos tenemos que asumir la responsabilidad de esos terribles crímenes, y nadie puede negarse a ello». [673]

Sin embargo, fueron una minoría los alemanes que se mostraron dispuestos a exponerse a contemplar aquellas terribles imágenes y a reconocer su propia culpa. La reacción de la mayoría fue más bien adoptar una aterradora rigidez de sentimientos y apartar la vista, como ya estaban acostumbrados a hacer, como si se tratara de un movimiento reflejo. Eso fue lo que pudo constatar el periodista radiofónico Stephan Hermlin —posteriormente, uno de los escritores más famosos de la RDA— durante la proyección de unos documentales sobre Buchenwald y Dachau en Frankfurt: «En la penumbra creada por el proyector vi cómo en cuanto empezó la película la mayoría apartaba el rostro y permanecía así esperando a que el espectáculo acabara».[674] Esa postura de negación se reflejaba también en la monótona insistencia con la que se afirmaba: «¡No sabíamos nada!». Margaret Bourke-White, corresponsal de la revista estadounidense *Life*, llegó a escuchar estas palabras tantas veces durante la primavera de 1945 que acabarían resonando en sus oídos «como una especie de melodía nacional».[675] Sin embargo, casi todo el mundo sabía algo del asunto, aunque hasta después del 8 de mayo la verdadera envergadura de los crímenes no quedara patente.

El reverso de toda esa obstinación sería la docilidad, la solicitud casi servil de la población ante los representantes de las potencias vencedoras en sus respectivas zonas de ocupación. «La gente circula hoy entre las tres banderas de la ocupación como en 1933 circulaba alrededor de la "enseña" roja con la araña negra sobre campo blanco: sumisa, al modo de los *fellahs*. ¡Y ya ha aprendido a hacer negocios con la nueva situación!», comentaba ya un día después de la capitulación el escritor y crítico de arte Wilhelm Hausenstein en la localidad bávara de Tutzing.[676] No pocos observadores

aliados se percataron de aquella inesperada actitud de sumisión con una extraña mezcla de sentimientos. «En estos momentos la actitud de la población del territorio ocupado es amistosa, incluso desagradablemente amistosa», informaba el escritor británico George Orwell a primeros de mayo de 1945 desde el sur de Alemania.[677]

El 10 de mayo de 1945 Klaus Mann visita la casa paterna, medio destruida, situada en el número 1 de la Poschingerstrasse de Múnich. La instantánea fue tomada por el fotógrafo estadounidense John Tewksbury. Münchner Stadtbibliochek/Monacensia, Signatur: Mann, Klaus, KMF144, Stars and Stripes Photo

El 10 de mayo de 1945 Klaus Mann llegó a Múnich en compañía del fotógrafo John Tewksbury, lleno de ansiedad por ver cómo habría sobrevivido a la guerra la metrópoli del Isar. Las dimensiones de la destrucción superaron todos sus temores: «La que en otro tiempo se consideraba la ciudad más hermosa de Alemania, una de las ciudades más atractivas de Europa, se ha convertido en un gigantesco cementerio. En todo el centro no ha quedado, sin exagerar, ni un solo edificio en pie. Nada más que montones de escombros. [...] Con gran esfuerzo he logrado orientarme por las calles que otrora me eran familiares. Era como un mal sueño».[678] Tampoco se había librado la casa de sus padres, en la Poschingerstrasse 1. Gracias a una taquígrafa que se asomó al balcón del segundo piso —la mujer se había quedado sin casa a consecuencia de los bombardeos— y a algunos vecinos, Klaus Mann se enteró de que, después de 1933, el palacete había sido utilizado de forma temporal por la SS como sede de la sociedad Lebensborn: los miembros de la SS se habían dedicado allí a engendrar hijos «arios» con una serie de mujeres seleccionadas. «Sí, nuestra pobre casa mutilada, ¡profanada!», comunicó Klaus a su padre en una larga carta escrita el 16 de mayo, en la que le desaconsejaba encarecidamente regresar a Alemania: «Se tardarán años o incluso décadas en reconstruir estas ciudades. Esta nación terrible y lamentable seguirá estando mutilada, lisiada física y moralmente durante generaciones».[679]

La capitulación incondicional de la Wehrmacht no supuso, sin embargo, el fin del Gobierno Dönitz. Antes bien, se le permitiría seguir en su puesto otras dos semanas. En cualquier caso, ya no poseía *de facto* ninguna autoridad real. Esta pasó a una Comisión Aliada de Control bajo la dirección del comandante general estadounidense Lowell W. Rooks y del general de brigada británico Edward J. Foord. El 12 de mayo llegaron ambos a Flensburgo-Mürwik en compañía de un Estado Mayor de especialistas e instalaron su cuartel general en el buque-vivienda Patria. Su principal tarea consistía en vigilar la fiel ejecución de las condiciones pactadas en la capitulación. El 17 de mayo se unió a los estadounidenses y a los ingleses una delegación rusa bajo la dirección del comandante general Truskov.[680]

Pues bien, aunque condenados de hecho a la impotencia, Dönitz y sus colaboradores continuaron con sus actividades gubernamentales como si nada hubiera cambiado. Cada mañana, a las 10.00, Schwerin von Krosigk convocaba a los miembros de su gabinete para que se reunieran en el salón de sesiones, que antes había sido el aula de una vieja escuela. A Speer le daba la impresión de que, con todo aquel ajetreo, el «ministro principal» había querido resarcirse de todo lo que no se había hecho durante el Tercer Reich. Pues, desde febrero de 1938, Hitler no había reunido a su gabinete.[681] Los ministros y los secretarios de Estado se dedicaban a elaborar celosamente documentos y memorandos, que los miembros de la Comisión Aliada de Control recogían con aparente interés, pero que, en realidad, no tenían ya efectividad alguna.[682] El ambiente en el que se movía el «Gobierno de gestión» era un mundo de apariencias de carácter casi espectral.

El 13 de mayo el comandante general Rooks convocó a Dönitz en el Patria para mantener una primera entrevista. En nombre del mando supremo aliado le comunicó que el mariscal Keitel había sido relevado de su puesto de jefe del OKW y debía considerarse prisionero de guerra. Provisionalmente debería ser nombrado su sucesor el coronel general Jodl.[683] No habría sido posible exponer con más claridad a Dönitz en manos de quién estaba en efecto el mando. Y, aunque en su mensaje radiofónico del 8 de mayo el gran almirante había asegurado que no tenía intención de permanecer en su cargo ni una hora más de lo que pudiera permitirle su dignidad, al final había decidido no dimitir de manera voluntaria. Había puesto todo su empeño, como señalaría en sus memorias, en mantener el cargo que le había sido encomendado incluso después de la capitulación, «hasta que se llevaran a cabo unas elecciones o hasta que los Aliados [lo] apartaran de él a la fuerza».[684]

Durante los días que siguieron a la capitulación, el Gobierno de Flensburgo no se mostró dispuesto a distanciarse claramente del pasado reciente, ni desde luego tampoco fue capaz de hacerlo. Aunque el 8 de mayo se reintrodujo en la Wehrmacht el antiguo saludo reglamentario en vez del «Heil Hitler!» que había sido de rigor hasta ese momento, la Comisión Aliada de Control tuvo que dar la orden expresa de arriar el pabellón de guerra del Reich de la sede del Gobierno y prohibir que se izara

la bandera con la cruz gamada. El 12 de mayo Dönitz se negó a retirar las «fotografías del Führer» de los despachos oficiales. Solo dos días después decidió que, por precaución, convenía descolgarlas de las salas en las que tuvieran lugar las entrevistas con los miembros de las fuerzas de ocupación.[685] Con particular vehemencia el gran almirante defendió el derecho de los militares a poder seguir llevando sus condecoraciones y sus insignias: el soldado alemán, dijo, debía «estar orgulloso de [las] acciones de la Wehrmacht y del pueblo durante la guerra».[686] Todavía el 18 de mayo se manifestó en contra de acceder a la exigencia planteada por los Aliados de retirar las insignias con la enseña nacional: «La táctica del adversario consiste en apretarnos las tuercas de forma paulatina hasta chocar con nuestra resistencia. Cuanto antes empiece esa resistencia, más perspectivas habrá para los alemanes de mantener una cierta posición, aunque sea residual. Si, pese a nuestras protestas, el enemigo siguiera exigiendo la retirada de las insignias con la enseña nacional, el OKW habría tenido que actuar bajo coacción y habría salvado la cara».[687]

Hasta qué punto el «Gobierno de gestión de los asuntos del Reich» se esforzó por conservar elementos de continuidad con el régimen de Hitler queda patente en el propio hecho de que en un «debate sobre cuestiones de Gobierno» fundamentales llevado a cabo el 9 de mayo se llegó a la siguiente conclusión: «El fundamento de que siga existiendo el pueblo alemán es la comunidad popular [*Volksgemeinschaft*] creada por el nacionalsocialismo». Y en las actas de la sesión del gabinete del 15 de mayo se corroboraba: «La verdadera comunidad popular que [fue] creada por medio del nacionalsocialismo debe ser conservada; la locura de los partidos, como la que existía antes de 1933, no debe ganar terreno».[688] La idea de una democracia parlamentaria según el modelo occidental quedaba fuera por completo del imaginario del Gobierno Dönitz. También en ese sentido el Gobierno del gran almirante no representaba un nuevo comienzo, sino el final de la larga tradición de pensamiento predemocrático y antidemocrático existente en la historia de Alemania, que había encontrado su expresión más extrema en Hitler y en el nacionalsocialismo.[689]

El 11 y el 16 de mayo se sacaron a colación en el gabinete los informes acerca de las atrocidades de los campos de concentración. Incluso dentro de aquel círculo de jerarcas nacionalsocialista del más alto rango, algunos de

los cuales, como ya hemos dicho, habían estado directamente involucrados en el aparato de terror y de exterminio del régimen, se afirmó no haber sabido nada de esos crímenes. Se acordó declarar ante la Comisión Aliada de Control «que ni la Wehrmacht ni el pueblo alemán han tenido conocimiento de esas cosas y que las repudian formalmente».[690] Schwerin von Krosigk tuvo la desfachatez de afirmar en un escrito remitido al general Eisenhower el 16 de mayo: «Los campos de concentración estaban completamente aislados del mundo exterior y todo lo que sucedía en esos campos era mantenido en el más absoluto secreto. Ni siquiera las personalidades más destacadas tenían la posibilidad de informarse acerca de las condiciones que se producían en los campos de concentración».[691]

Por parte de los Aliados parece que, en un primer momento, hubo cierta indecisión sobre cómo proceder con el Gobierno Dönitz. Sobre todo el primer ministro británico Winston Churchill se inclinó al principio por la idea de dejarlo de manera provisional en su puesto bajo el control de los Aliados como instancia administrativa central. «Tiene que haber alguna autoridad que dicte las órdenes a las cuales los alemanes estén dispuestos a obedecer [...]», escribió el 14 de mayo al ministro británico de Asuntos Exteriores Anthony Eden, que le había planteado sus reparos en ese sentido. «¿Quiere usted un bastón con el que poder dirigir a este pueblo vencido, o prefiere usted simplemente meter las manos en un hormiguero alborotado?».[692] Pero tanto los estadounidenses como los rusos se mostraron en contra de la idea de Churchill. Lo que ellos querían era destituir lo antes posible al «Gobierno de gestión de los asuntos del Reich» en cuanto se cumplieran los acuerdos militares alcanzados en el tratado de capitulación. Sobre todo los medios de comunicación soviéticos intensificaron sus ataques contra la «camarilla de Dönitz». El 20 de mayo pudo leerse en *Pravda*: «Los militaristas alemanes derrotados se adaptan a su nuevo entorno e intentan eximirse de sus responsabilidades con ayuda de las potencias extranjeras y conservar al mismo tiempo importantes posiciones claves dentro del país con el fin de seguir adelante con sus intrigas políticas mientras especulan con una escisión en el bando de los Aliados».[693]

El 17 de mayo llegó a Flensburgo Robert Murphy, asesor político de Eisenhower. Su cometido consistía en comprobar la legitimidad de Dönitz como jefe del Estado. En vez de un acta de nombramiento, el gran almirante

solo pudo presentar los tres radiogramas ya conocidos del 30 de abril y del 1 de mayo, y, al hablar del asunto, Murphy no dejó lugar a dudas sobre su escepticismo con respecto al valor de dichos documentos. Su reacción no hizo más que corroborar el parecer de los miembros del «Gobierno de gestión» sobre el hecho de que su destitución solo era cuestión de tiempo.[694]

En efecto, justo después, Murphy aconsejó poner fin a las actividades del Gobierno Dönitz. A este respecto, insistió en que el gran almirante no había puesto de manifiesto su pesar por los crímenes perpetrados por Alemania. El 19 de mayo, tras ponerse en contacto con el mando supremo del Ejército Rojo y obtener su beneplácito, Eisenhower ordenó al XXI Grupo de Ejércitos británico detener a los integrantes del Gobierno Dönitz y del OKW y poner sus archivos a buen recaudo.[695]

El 22 de mayo por la tarde, Dönitz recibió un requerimiento para que, al día siguiente, a las 09.45, se presentara ante la Comisión Aliada de Control junto con Jodl y Von Friedeburg. El gran almirante sabía qué era lo que aquello quería decir. «¡Haga las maletas!», ordenó a su ayudante de campo. Los alemanes se presentaron puntualmente delante del Patria. Esta vez no había ningún oficial esperándolos al pie de la escalerilla del portalón; por el contrario, un gran número de periodistas se habían congregado allí. La delegación tuvo que esperar algunos minutos en el bar del buque, antes de que el comandante general Rooks, seguido del general de brigada Foord y el comandante general Truskov, entrara en la sala. Sin más circunloquios, Rooks explicó que había recibido de Eisenhower la orden de detener al «Gobierno de gestión de los asuntos del Reich» y al Alto Mando de la Wehrmacht. A partir de ese momento, dijo, deberían considerarse prisioneros de guerra. Cuando le preguntaron si tenía algo que replicar, Dönitz respondió que cualquier palabra habría sobrado.[696]

Si el trato a bordo del Patria respetó todas las formalidades, la detención de los demás miembros del «Gobierno de gestión» y del OKW en la Escuela de Marina de Flensburgo-Mürwik se desarrolló de manera menos civilizada. El edificio del Gobierno fue rodeado por tanques británicos, soldados de infantería y miembros de la policía militar. En la sesión del gabinete convocada como cada día a las 10.00 por Schwerin von Krosigk irrumpieron unos soldados que empuñaban ametralladoras y gritaban:

«¡Arriba las manos!». Después de quitarles sus documentos y todos los objetos de valor que llevaban, los detenidos fueron obligados a desfilar en el patio ante los fotógrafos con los brazos en alto y con las manos cruzadas por detrás de la nuca. El almirante general Von Friedeburg, que fue testigo de la escena cuando volvía en coche del Patria, se quitó poco después la vida con un veneno.[697]

El 23 de mayo de 1945 los soldados británicos ponen fin a las actividades del Gobierno Dönitz. (De izquierda a derecha: Albert Speer, Karl Dönitz y Alfred Jodl). Bayerische Staatsbibliothek München/Archiv Heinrich Hoffmann/bpk-Bild-agentur, Berlín

El 23 de mayo por la mañana los ingleses rodearon también el castillo de Glücksburg y detuvieron a Albert Speer. Junto con los demás miembros del Gobierno Dönitz y con la cúpula del OKW, fue conducido a la Jefatura Superior de Policía de Flensburgo, donde todos ellos fueron cacheados y sometidos a un exhaustivo registro. Evidentemente los británicos buscaban cápsulas de veneno con el fin de evitar que otros detenidos se quitaran la

vida.[698] A última hora de la tarde, los prisioneros fueron conducidos en camiones hasta el aeródromo. Allí los esperaban ya dos aviones de carga que los trasladaron a Luxemburgo. Ese mismo día los llevaron al balneario de Mondorf, lugar que los Aliados habían escogido como punto de recogida central de los principales representantes del régimen nazi y de los militares de alto rango.

Sobre la llegada a su destino, Speer, en sus *Memorias*, comenta lo siguiente: «Nos detuvimos delante de un gran edificio, el hotel Palace de Mondorf, y fuimos conducidos a la recepción. Fuera, a través de las puertas de cristales, pudimos ver a Göring junto a otras destacadas personalidades de la antigua jerarquía del Tercer Reich paseando arriba y abajo: ministros, mariscales, jefes nacionales del partido, secretarios de Estado y generales. Constituía una imagen espectral ver de nuevo allí reunidos a todos los que al final se habían diseminado como granza al viento».[699]

Los Aliados, qué duda cabe, consideraban que su principal prisionero era Hermann Göring, al que Hitler había designado su sucesor, aunque después, durante los últimos días de la guerra, lo había repudiado por supuesta «traición». El 8 de mayo el mariscal del Reich se había entregado de forma voluntaria en Alta Baviera a la 36.ª División de Infantería del VII Ejército estadounidense, y tres días después había sido obligado a comparecer en Augsburgo ante la prensa internacional. Klaus Mann fue uno de los que tuvo ocasión de observarlo con atención en aquellas circunstancias. «Este antiguo combatiente y destacado representante del movimiento nazi no es ni mucho menos un payaso medio loco, como algunos corresponsales lo han descrito», informó en un artículo destinado al periódico *The Stars and Stripes*. «Es astuto, porfiado y calculador. Con una notable autodisciplina consigue adaptarse a las nuevas circunstancias. Se esfuerza —y no es torpe, ni mucho menos— por causar buena impresión y por ganarse la simpatía de todos aquellos a merced de los cuales se encuentra ahora. Se hace pasar por un hombre civilizado, conciliador y moderado, que, al mismo tiempo, evita dar la impresión de carecer de dignidad y de ser demasiado servil».[700] El 21 de mayo Göring fue trasladado al balneario de Mondorf.

A diferencia de Göring, otros jerarcas nazis trasladados a Mondorf habían intentado pasar previamente a la clandestinidad con una falsa identidad.

Robert Ley, al que Hitler había confirmado en su testamento del 29 de abril como director del Frente Alemán del Trabajo (DAF por sus siglas en alemán) y como miembro del gabinete del Reich, fue detenido el 15 de mayo en Berchtesgaden por las tropas de la 101.ª División Aerotransportada estadounidense. Allí había permanecido oculto con el nombre de «Dr. Ernst Diestelmeyer». No obstante, pudo ser identificado de manera inequívoca gracias al careo al que fue sometido con el tesorero de la NSDAP, Franz Xaver Schwarz. Tras su detención, el fanático seguidor del Führer declaró lo siguiente: «La vida ya no significa nada para mí. Podéis torturarme, o molerme a palos o empalarme. Pero nunca pondré en duda las acciones de Hitler».[701]

El 22 de mayo fue detenido también por miembros de la 101.ª División Aerotransportada estadounidense Julius Streicher, editor del semanario antisemita *Der Stürmer*. Al conocer la noticia de la muerte de Hitler, el antiguo Gauleiter de Franconia se había retirado a una granja de montaña en la localidad austriaca de Waidring con el nombre falso de Joseph Seiler. Se había dejado crecer la barba, totalmente blanca, y se hacía pasar por pintor aficionado. En el transcurso de un interrogatorio rutinario, el oficial estadounidense encargado de tomarle declaración comentó medio en broma: «Pero se parece usted a Julius Streicher». Al oírlo, el «jefe de Franconia» dejó caer de inmediato la máscara y replicó: «Sí, lo soy».[702] Cuando se enteró de las circunstancias en las que habían sido detenidos Ley y Streicher, Erich Kästner anotó en su diario: «Todo se desarrolla en parte como si fuera una entidad dedicada al alquiler de disfraces. Por debajo incluso de la dignidad de estos indignos bocazas».[703]

Uno de los últimos representantes de mayor rango del nacionalsocialismo que cayó en la red de los Aliados fue Joachim von Ribbentrop, durante muchos años ministro de Asuntos Exteriores de Hitler. Tras intentar en vano seguir desempeñando algún papel en el Gobierno Dönitz, había huido a Hamburgo y se había alojado en una casa de la Schlüterstrasse 17 con el nombre de Johann Riese. Allí restableció viejos contactos de negocios de la época anterior a 1933, cuando era representante de champán y otras bebidas alcohólicas. Sin embargo, el hijo de un tratante de vinos del que era amigo denunció su escondite a los ingleses. Ribbentrop fue detenido el 14 de junio por la policía militar británica. Para confirmar su identidad, a los agentes se

les ocurrió utilizar una treta muy curiosa: organizaron un encuentro con su hermana Ingeborg en el lujoso hotel Vierjahreszeiten. Una vez disipadas todas las dudas, Ribbentrop fue trasladado de inmediato a Mondorf.[704]

El campo de interrogatorios de la ciudad balneario de Mondorf, que llevaba el nombre en clave de «Ashcan» (en inglés de Estados Unidos: «cubo de la basura»), se hallaba estrictamente protegido del público. Los terrenos del hotel Palace fueron rodeados por una valla de alambre de espino de quince metros de altura cubierta con lonas y redes de camuflaje. En las torretas de vigilancia se dispusieron centinelas armados con ametralladoras. Para impedir que se produjeran más intentos de suicidio, los internos tuvieron que entregar hojas de afeitar, corbatas, tirantes y otros objetos personales. Para comer solo podían utilizar cucharas. El mobiliario de las habitaciones era de una sencillez espartana: estaba compuesto por un catre militar con una colchoneta de paja, una mesa pequeña y una silla. Su alimentación se limitaba a la ingestión de mil quinientas cincuenta calorías diarias (aunque habitualmente por entonces la población civil alemana tampoco disponía de más). Los prisioneros estaban autorizados a hablar unos con otros. Podían moverse libremente por el parque y tomar el sol en la terraza del hotel todo el tiempo que quisieran. Una delegación soviética al mando del coronel del NKVD Alekséi Potachev, que en junio de 1945 recibió permiso para interrogar a los detenidos, quedó sorprendida al encontrarse cara a cara con las principales personalidades del nacionalsocialismo: «Todos tienen buen aspecto y están bronceados, como si fueran huéspedes del balneario».[705] Göring, que cuando fue internado sufría una fuerte adicción a la paracodina, un medicamento sucedáneo de la morfina, se desintoxicó poco a poco de su dependencia de las pastillas durante su estancia en Mondorf y recuperó la buena forma física. Era, como recordaría Schwerin von Krosigk en sus *Memorias*, «el imán que atraía a todos [...], siempre dispuesto a dejarse entrevistar, a contar anécdotas y a regalar objetos de recuerdo».[706]

Enseguida se formaron pequeños grupos entre los cincuenta y dos detenidos. Los militares —Keitel, Jodl, Kesselring y otros— solían estar juntos, al igual que los «viejos combatientes» como Frank, Ley o el Gauleiter de Turingia, Fritz Sauckel, «plenipotenciario general para el empleo de mano de obra» de Hitler. Los «burócratas» y los diplomáticos —

Stuckart, Schwerin von Krosigk, Steengracht von Moyland, o Hans Heinrich Lammers, secretario de Estado de la Cancillería del Reich— se mantenían lejos de uno y otro grupo.[707] Al margen de todos estaba Julius Streicher. Nadie quería estar con él a la hora de comer. Cuando entraba en el comedor, los demás juntaban las sillas.[708]

Dönitz y Göring mantenían un absurdo tira y afloja por motivos de jerarquía. El mariscal del Reich seguía considerándose el sucesor designado de Hitler, mientras que Dönitz no renunciaba a sus pretensiones de ser el legítimo jefe del Estado. «En absoluto silencio», cuenta Albert Speer, «se libraba una lucha entre el nuevo jefe del Estado y el sucesor posteriormente destituido para determinar a quién correspondía la primacía en el hotel Palace de Mondorf, previamente desalojado, y quién debía presidir la mesa y, en general, a quién correspondía la preeminencia dentro de nuestro grupo. Como no pudo llegarse a un acuerdo, pronto ambas partes evitarían coincidir en las puertas; en el comedor, cada uno ocupaba la presidencia de una mesa distinta».[709]

Durante los interrogatorios que, en junio de 1945, la delegación rusa, bajo la supervisión de unos oficiales estadounidenses, llevó a cabo, ninguno de los interpelados se mostró dispuesto a admitir su participación en los crímenes del régimen. «Si ha habido alguna brutalidad aislada en el frente y en los países ocupados, les aseguro que ningún miembro de la dirección del Estado, del Estado Mayor General o del Gobierno y el partido las ha aprobado», declaró Göring.[710] Keitel tuvo el descaro de calificar de «guerra preventiva» la invasión de la Unión Soviética, planificada con mucha antelación. Como casi todos los militares intentó eludir cualquier responsabilidad y se presentó como un mero receptor de órdenes: según dijo, no había «tomado decisiones de ningún tipo, ni militares ni políticas», sino que «simplemente» había «ejecutado las órdenes del Führer».[711]

Sesión fotográfica en la escalera del hotel Palace en Mondorf-les-Bains, en el verano de 1945: los detenidos de la élite del nacionalsocialismo posan para la cámara. (En la primera fila, en el centro: Hermann Göring). Bettmann/Getty Images

A primeros de agosto de 1945 los estadounidenses revelaron el secreto que rodeaba la localidad balnearia de Mondorf y la prensa internacional no tardó en congregarse en sus alrededores. Los internos tuvieron que posar para una sesión fotográfica en las escaleras del hotel; la imagen fue publicada en los periódicos estadounidenses con el siguiente titular: «Última promoción 1945».[712] La única mujer autorizada a efectuar una visita a los «Big 52» fue Erika Mann, la hija mayor de Thomas Mann, que, al igual que su hermano Klaus, trabajaba como corresponsal de la prensa estadounidense. «No cabe imaginar una aventura más horripilante», decía en una carta a su madre, Katia. «Göring, Papen, Rosenberg, Streicher, Ley… *Tout le* [*sic*] *horreur du monde* (incluidos Keitel, Dönitz, Jodl,

etcétera) encerrado en un antiguo hotel convertido en prisión, cuyos reclusos han hecho de ella un auténtico manicomio».[713] En su reportaje, publicado en la primera plana del *Evening Standard* de Londres, describía la principal impresión que había tenido: «De hecho, toda la cuadrilla hacía una sola cosa. Escribían y retocaban los papeles que preparaban celosamente para interpretarlos cuando llegara *el día*».[714]

«El día» era la fecha en la que los huéspedes forzosos del balneario tuvieran que comparecer ante el tribunal. A mediados de agosto de 1945 los presos recluidos en Mondorf-les-Bains fueron trasladados al palacio de Justicia de Núremberg, donde tendría lugar el proceso contra los principales criminales de guerra. Unas semanas antes de su ingreso en el hotel Palace, Albert Speer había sido trasladado primero a Versalles y luego al castillo de Kransberg, cerca de Frankfurt, donde los principales técnicos y científicos del régimen nacionalsocialista, entre ellos Wernher von Braun, fueron sobre todo sometidos a interrogatorios.[715]

De los miembros del equipo de Dönitz, Keitel y Jodl fueron condenados a muerte en Núremberg. Por lo que respecta al gran almirante, se le impuso una condena de diez años de cárcel. Speer se libró de la quema y se le impuso una pena bastante leve de veinte años de reclusión. Había sabido presentarse como un hombre que se había regenerado y que, en términos generales, había reconocido sus responsabilidades, negando, sin embargo, cualquier participación personal en los crímenes masivos del régimen.[716] En abril de 1949, Schwerin von Krosigk fue condenado en el «proceso de la Wilhelmstrasse» (o «proceso de los Ministerios») a diez años de cárcel, pero ya en enero de 1951 fue liberado de la prisión para responsables de crímenes de guerra de Landsberg. Wilhelm Stuckart, acusado también en el «proceso de la Wilhelmstrasse», había cumplido ya la pena de tres años, diez meses y veinte días de reclusión que le fue impuesta desde el momento en el que había sido detenido en mayo de 1945 y, de ese modo, desde el mismo día en que se dictó sentencia se convirtió en un hombre libre.

Antes de la detención del Gobierno Dönitz, Julius Dorpmüller fue trasladado en un avión a Le Chesnay, en las inmediaciones de París. Al parecer, recibió el encargo de reconstruir la administración de los ferrocarriles del Reich en la zona de ocupación estadounidense. Tras su regreso a Malente, murió de cáncer el 5 de julio de 1945. Franz Seldte habría debido sentarse en el banquillo de los acusados en Núremberg, pero

murió el 1 de abril de 1947 en Fürth antes de ser procesado. Como experto en cuestiones de alimentación, Herbert Back fue trasladado en avión al cuartel general de los Aliados en Reims el 15 de mayo, donde, sin embargo, fue encarcelado. Se ahorcó el 6 de abril de 1947 en su celda de la prisión de Núremberg. Otto Ohlendorf, que en enero de 1946, durante el proceso principal de Núremberg, se presentó de forma voluntaria como testigo de la acusación, fue condenado el 10 de abril de 1948 a morir en la horca por los crímenes cometidos en la Unión Soviética como responsable de la Einsatzgruppe D.[717]

Cuando los Aliados ocuparon Alemania en la primavera de 1945, hicieron un sorprendente descubrimiento: llegaron a un país en el que, al parecer, nunca había habido ningún nacionalsocialista. «Nadie es nazi. Nadie lo ha sido nunca [...]», comentaba la corresponsal de guerra estadounidense Martha Gellhorn, y se preguntaba llena de asombro cómo había sido capaz el régimen nazi de aguantar aquella guerra de cinco años y medio de duración si supuestamente no había contado con el apoyo de nadie. «Ahí nos quedamos, con una expresión de consternación y de desdén en la cara, escuchando esas historias sin mostrar benevolencia ni, desde luego, tampoco el menor respeto. No constituye un espectáculo muy edificante ver a todo un pueblo que se sacude de encima cualquier responsabilidad».[718]

También quedaron desconcertados los opositores que Hitler había tenido dentro del país, que se vieron obligados a contemplar con cuánta rapidez los seguidores del régimen cambiaban sus convicciones. «Ay, ahora nadie quiere haber tenido "algo que ver"; nadie se toma en serio lo de lucir la insignia del partido en la solapa. ¡Qué manera de florecer los caracteres!… Dan ganas de vomitar», anotó en su diario el escritor Wilhelm Hausenstein el 6 de mayo de 1945.[719]

Justo después de la guerra se produjo una enorme demanda de referencias de exoneración, los llamados «expedientes Persil». «Llegan a docenas para pedir un certificado que acredite su antinazismo», escribía en su diario Ruth Andreas-Friedrich, que había pertenecido a un grupo de la resistencia de Berlín. «Cada uno utiliza un pretexto distinto. Todos tienen un judío al que pretenden haber regalado una vez por lo menos dos kilos de pan o cinco kilos de patatas. Todos han escuchado la radio extranjera. Todos han

ayudado a los perseguidos. “Arriesgando la propia vida”, suele añadir la mayoría de esos benefactores póstumos con una mezcla de orgullo y modestia. El certificado de buena conducta está a la orden del día».[720]

El proceso de distanciamiento del nacionalsocialismo se llevó a cabo con una insospechada celeridad. De la noche a la mañana desaparecieron de la faz de la tierra los símbolos y los emblemas de su régimen. «En estos días se desarrolla en toda Alemania un fenómeno de iconoclastia incomparable», observaba la periodista Marta Hillers una semana después de la capitulación.[721] En agosto de 1945 comentaba el nuevo Landrat de Gunzenhausen, antiguo bastión de la NSDAP, en su primer informe mensual tras la disolución del Tercer Reich: «Aunque hace solo pocos meses que la guerra ha terminado, ya casi no se habla del nacionalsocialismo y, si alguien lo hace, es en sentido desfavorable. Entre la gente que exhibía en sus hogares todo tipo de símbolos del Estado nacionalsocialista, no puede verse ya el menor rastro de ellos».[722]

El mito de Hitler se transformó en su contrario. El Führer, otrora idolatrado, fue declarado persona inexistente, un demonio con figura de hombre, de cuyas diabólicas artes de seducción nadie había podido defenderse. De ese modo, la gente se eximía de tener que rendir cuentas con su propia complicidad con el nacionalsocialismo. Si alguien tenía la culpa de los crímenes era Hitler, y luego Himmler y su pandilla. La gente no había tenido nada que ver con todo aquello y tampoco quería que nadie la importunara con esas cosas. En su libro *El estado de la* SS —la primera descripción del universo de los campos de concentración—, escrito a finales de 1945, Eugen Kogon, antiguo prisionero en Buchenwald, hacía un balance muy deprimente: según decía, en la mayoría de los alemanes no se había despertado la voz de la conciencia; nadie quería saber nada de las atrocidades nazis. «Las informaciones provenientes de los campos de concentración suscitan por regla general a lo sumo asombro o simple incredulidad manifestada con movimientos de cabeza; si son algo que casi ni se entiende, ¿cómo van a suscitar una emoción que remueva la conciencia?».[723]

Cada vez era más frecuente que los vencidos se consideraran a sí mismos las verdaderas víctimas, obligadas a soportar terribles sufrimientos debido a los bombardeos, a la necesidad de salir huyendo y a las expulsiones

forzosas, y, por si fuera poco, ahora se veían expuestas a un trato injustamente duro por parte de los Aliados. «Los alemanes se creen en serio —todos y todas, cada uno por su cuenta y sin haberse conjurado unos con otros— que sus sufrimientos superan cualquier cosa que pueda imaginarse», escribía en la primavera de 1946 Erika Mann en un reportaje acerca de «La situación en Alemania».[724] Ya en mayo de 1945 su hermano Klaus se había mostrado irritadísimo al ver la autocomplacencia, la autocompasión y la ignorancia de muchos de sus antiguos compatriotas: «Da la impresión de que no se lamentan nada más que de la molesta situación en la que se encuentran. No entienden por qué ellos tienen que sufrir así. "¿Qué hemos hecho nosotros para merecer esto?", se preguntan poniendo cara de candorosa ingenuidad y de la más absoluta inocencia. "¿Acaso no hemos sido siempre ciudadanos trabajadores y cumplidores de la ley?"».[725]

En cuanto a los inmensos sufrimientos que ellos habían infligido a los pueblos de los territorios que habían conquistado y ocupado, la mayoría de los alemanes no sentía ningún interés por ellos, y menos aún la menor compasión. Por el contrario, se volcaban con un celo obstinado en las labores de reconstrucción y de retirada de los escombros. Con estupor, el escritor Alfred Döblin señalaba a finales de 1945, en el curso de un viaje por el sur de Alemania, «que la gente corre por aquí de un lado para otro como las hormigas de un hormiguero destrozado, yendo y viniendo todos ellos afanosos y llenos de agitación entre las ruinas».[726]

Una observación similar haría la filósofa Hannah Arendt todavía al cabo de dos años y medio, cuando viajara por primera vez al país que en 1933 se había visto obligada a abandonar. En la «falta generalizada de sentimientos» con la que se encontró, en la «evidente dureza de corazón», a menudo «disimulada únicamente con un sentimentalismo barato», reconoció «el síntoma externo más llamativo de un rechazo profundamente arraigado, obstinado y, en ocasiones, brutal a enfrentarse a lo que en efecto había sucedido y a aceptarlo»: «Si se observa cómo los alemanes, siempre laboriosos, tropiezan en medio de las ruinas de su historia milenaria, y cómo lo único que se les ocurre es encogerse de hombros ante todos esos monumentos destruidos, o cómo se toman a mal que se les recuerden las atrocidades que al resto del mundo no se le pueden ir de la cabeza, se

entiende que la laboriosidad se haya convertido en su principal arma para defenderse de la realidad».[727]

El «milagro económico» de las zonas occidentales y de la posterior República Federal de Alemania favoreció esa huida de la historia. En la República Democrática Alemana (RDA), el otro Estado alemán que iba construyéndose, la profesión de fe oficial en el antifascismo eximió a las personas de la necesidad de reflexionar sobre su propia participación en el nacionalsocialismo. La «incapacidad de guardar luto» es el concepto en el que acabó derivando ese proceso de represión psicológica, según expusieron Alexander y Margarete Mitscherlich en su libro del mismo título —*Die Unfähigkeit zu trauern*— de 1967.[728] Esa incapacidad se puso de manifiesto, aunque con algunas diferencias, en las dos partes en las que Alemania quedó dividida.

A primeros de mayo de 1945 lo que había dado comienzo el 30 de enero de 1933 con la entrega del poder a Hitler llegó a su fin. «Doce años de régimen hitleriano han bastado para sumir en la ruina a una gran potencia; es un fenómeno tan abrumador que resulta increíble». Tal era el balance que Theo Findahl, corresponsal noruego en Berlín, hacía el 9 de mayo.[729] La derrota militar y el hundimiento del país eran tan absolutos, los destrozos materiales eran tan enormes y los crímenes cometidos eran tan extraordinarios que no pocos observadores de la época ponían en duda que el país vencido pudiera tener futuro.

Sin embargo, el 8 de mayo de 1945 no solo vino a marcar un final, sino asimismo un principio. Además de una sensación de agotamiento y de amargura, había también unas ganas cada vez mayores de vivir y un clima de resurgimiento verdaderamente eufórico. La política de la FDP Hildegard Hamm-Brücher recordaría que nunca había «sentido con tanta intensidad lo que significa poder seguir viviendo».[730] La sensación de felicidad por haber sobrevivido al infierno liberó unas energías insospechadas. Y esto no solo sirve para la minoría de alemanes que habían ofrecido resistencia a las promesas del nacionalsocialismo y habían conservado la sensibilidad por la decencia y la dignidad humana. «Ya hemos dejado atrás esos doce años. Empieza algo nuevo [...]», comentaba Ruth Andreas-Friedrich. «Cada paso

supone un nuevo principio. Cada movimiento que se hace tiene el valor y el peso de un acto fundacional. El lema es: "¡Manos a la obra!"».[731]

Para la periodista, así como para sus correligionarios, toda aquella laboriosidad no servía para desplazar el pasado reciente, sino que, por el contrario, venía determinada por el deseo de contribuir a la construcción de un ordenamiento político y social de carácter liberal. Y la evolución de los jóvenes que habían sido destinados al frente como soldados y de los Flakhelfer,(42) los adolescentes que habían prestado servicio como auxiliares en las baterías antiaéreas, crecidos todos ellos con la propaganda del Tercer Reich, no los llevó a convertirse, como temían los Aliados, en fanáticos combatientes clandestinos, los Werwölfe.(43) Tras el *shock* que supuso aquel desengaño radical, la mayoría de ellos no se rindió y se sumió en una obstinada terquedad, sino que supo combinar la disposición para el trabajo, a la que ya estaban acostumbrados antes de 1945, con un sorprendente espíritu abierto ante el modelo de vida occidental.[732]

Pese a la dureza de la vida cotidiana, que exigía a las personas darlo todo, simplemente para garantizar su supervivencia, se desató después de aquellos doce años de uniformidad ideológica —la llamada «Gleichschaltung»— y de yermo intelectual una insaciable sed de cultura. De repente se abrió todo un universo, hasta ese momento cerrado, de libros, revistas, cuadros y discos. Nunca había habido antes, ni tampoco habría nunca después, un público tan interesado y tan ansioso por conocer lo nuevo que inundara los teatros, las salas de conciertos y los cines. Junto a toda esa destrucción, toda esa egolatría y toda esa incapacidad de guardar luto, empezaron a mostrarse los primeros brotes del nuevo comienzo. Sin embargo, pasaría todavía mucho tiempo hasta que la democracia reimplantada bajo los dictados de los estadounidenses, los británicos y los franceses arraigara en la población de las zonas occidentales. Debemos tener presente la envergadura de la devastación, tanto material como moral, para entender cuán improbable debió de parecer todo esto el 8 de mayo de 1945, y qué gran logro supone poder vivir hoy en un país estable, libre y pacífico. Quizá haya llegado el momento de recordarlo.

AGRADECIMIENTOS

Vaya en primer lugar mi agradecimiento al doctor Detlef Felken, director literario de la editorial C. H. Beck. Fue él quien tuvo la idea de este libro y el que acompañó la gestación de su manuscrito con una atención siempre cariñosa y continua. Desearía dar las gracias también a Alexander Goller, que se encargó cuidadosamente de su revisión, y a Janna Rösch, que coordinó todo el proceso de creación de la obra hasta el momento de mandarla a la imprenta.

También es mucho lo que tengo que agradecer a Mirjam Zimmer, a la doctora Kerstin Wilhelms y a sus colegas de documentación de *Die Zeit*, así como a Dorothee Mateika y a Christine Riemer, colaboradoras del Centro de Investigaciones sobre Historia Contemporánea de Hamburgo. Todas ellas me fueron de gran ayuda al proporcionarme amablemente los libros que necesitaba.

Pero a quien deseo expresar mi mayor agradecimiento, una vez más, es a mi esposa, Gudrun, y a nuestro hijo, Sebastian. Sin las estimulantes conversaciones que tuve ocasión de mantener con ellos y sin sus observaciones críticas tampoco habría sido posible escribir el presente libro.

Me gustaría dedicar este volumen a mi madre, fallecida en 2004. Logró sacar adelante a sus cinco hijos con valentía en medio de las dificultades de los últimos años de la guerra y de los primeros de la posguerra. Al multiplicarse los bombardeos sobre Berlín en 1942-1943, se trasladó con sus hijos, todavía niños, a un pueblo de la Lüneburger Heide. No puedo acordarme del final de la guerra —por entonces tenía yo apenas dos años—, pero se me ha quedado grabado en la memoria un episodio de aquella época: un día, no sé cuándo —sería en 1947 o en 1948—, pasó por el pueblo una patrulla del ejército británico, y los soldados tiraron unos

cuantos caramelos en la cuneta para los renacuajos que andábamos por allí. ¡Estaban riquísimos!

Hamburgo, noviembre de 2019

VOLKER ULLRICH

BIBLIOGRAFÍA

1. FUENTES IMPRESAS

ALBRECHT, Willy (ed.), *Kurt Schumacher. Reden-Schriften-Korrespondenzen 1945-1952*, Berlín-Bonn, 1985.

BERGMANN, Klaus, y Gerhard Schneider (eds.), *1945. Ein Lesebuch*, Hannover, 1985.

Berliner Schulaufsätze aus dem Jahr 1946. Edición del Prenzlauer Berg Museum des Kulturamtes Berlin Prenzlauer Berg., Annett Gröschner (ed.), Berlín, 1996.

BESYMENSKI, Lew, *Der Tod des Adolf Hitler. Unbekannte Dokumente aus den Moskauer Archiven*, Hamburgo, 1968. [Hay trad. cast.: *La muerte de Hitler*, Barcelona, Caralt, 1970].

—, *Die letzten Notizen von Martin Bormann. Ein Dokument und sein Verfasser*, Stuttgart, 1974.

BOBERACH, Heinz (ed.), *Meldungen aus dem Reich. Die geheimen Lageberichte des Sicherheitsdienstes der SS*, vol. 17, Herrsching, 1984.

BRANDT, Willy, *Verbrecher und andere Deutsche. Ein Bericht aus Deutschland 1946*, Einhart Lorenz (ed.), Bonn, 2007.

BRELOER, Heinrich, en colaboración con Rainer Zimmer, *Die Akte Speer. Spuren eines Kriegsverbrechers*, Berlín, 2006.

BRONFEN, Elisabeth, y Daniel Kampa (eds.), *Eine Amerikanerin in Hitlers Badewanne. Drei Frauen berichten über den Krieg: Margaret Bourke-White, Lee Miller und Martha Gellhorn*, Hamburgo, 2015.

CHRISTOFOROW, Wassili S., Wladimir G. Makarow y Matthias Uhl (eds.), *Verhört. Die Befragungen deutschen Generale und Offiziere durch die sowjetischen Geheimdienste 1945-1952*, Berlín-Boston, 2015.

CHURCHILL, Winston S., *Reden in Zeiten des Kriegs*, Klaus Körner (ed.), Hamburgo-Viena, 2002.

Dokumentation der Vertreibung der Deutschen aus Ost-Mitteleuropa, edición del Bundesministerium für Vertriebene, Flüchtlinge und Kriegsbeschädigte, 2 vols., IV: *Die Vertreibung der deutschen Bevölkerung aus der Tschechoslowakei*, Berlín, 1957.

ENZENSBERGER, Hans Magnus (ed.), *Europa in Ruinen. Augenzeugenberichte aus den Jahren 1944-1948*. Múnich, 1995. [Hay trad. cast.: *Europa en ruinas. Relatos de testigos oculares de los años 1944-1948*, Madrid, Capitán Swing, 2013].

FÖRSTER, Gerhard, y Richard Lakowski (eds.), *1945. Das Jahr der endgültigen Niederlage der faschistischen Wehrmacht, Dokumente*, Berlín oriental, 1975.

GLEISS, Horst G. W., *Breslauer Apokalypse 1945. Dokumentarchronik vom Todeskampf und Untergang einer deutschen Stadt und Festung am Ende des Zweiten Weltkrieges*, vols. 1, 5, Wedel, 1986-1988.

GOSZTONY, Peter (ed.), *Der Kampf um Berlin 1945 in Augenzeugenberichten*, Düsseldorf, 1970.

GROEHLER, Olaf, *Das Tagebuch Europa 1945. Die Neue Reichskanzlei. Das Ende*, Berlín, 1995.

HIRSCHFELD, Gerhard, e Irina Reinz (eds.), *Besiegt und befreit. Stimmen vom Kriegsende 1945*, Gerlingen, 1995.
KEIDERLING, Gerhard (ed.), *«Gruppe Ulbricht» in Berlin April bis Juni 1945. Von den Vorbereitungen im Sommer 1944 bis zur Wiedergründung der* KPD *im Juni 1945. Eine Dokumentation*, Berlín, 1993.
MANN, Erika, *Blitze überm Ozean. Aufsätze, Reden, Reportagen*, Irmela von der Lühe y Uwe Naumann (eds.), Reinbek, 2000.
MANN, Klaus, *Auf verlorenem Posten. Aufsätze, Reden, Kritiken 1942-1949*, Uwe Naumann y Michael Töteberg (eds.), Reinbek, 1994.
MANN, Thomas, *Reden an die gesittete Welt. Politische Schriften und Reden im Exil*, Frankfurt, 1980.
MENSCHING, Hans Peter (ed.), *Adenauer im Dritten Reich*, Berlín, 1991.
MILLER, Lee, *Krieg. Mit den Alliierten in Europa 1944-1945. Reportagen und Fotos*, Antony Penrose (ed.), Berlín, 2013.
NEITZEL, Sönke, *Abgehört. Deutsche Generäle in britischer Kriegsgefangenschaft 1942-1945*, Berlín 2005.
PADOVER, Saul K., *Lügendetektor. Vernehmungen im besiegten Deutschland 1944/45*, Frankfurt, 1999.
RUHL, Klaus-Jörg (ed.), *Deutschland 1945. Alltag zwischen Krieg und Frieden in Berichten, Dokumenten und Bildern*, Darmstadt y Neuwied, 1984.
SCHÄFER, Hans Dieter, *Berlin im Zweiten Weltkrieg. Der Untergang der Reichshauptstadt in Augenzeugenberichten*, Múnich-Zúrich 1985.
SCHERSTJANOI, Elke (ed.), *Rotarmisten schreiben aus Deutschland. Briefe von der Front (1945) und historische Analysen*, Múnich, 2004.
SCHRAMM, Percy Ernst (ed.), *Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht (Wehrmachtführungsstab)*, vol. IV: *1. Januar 1944-22. Mai 1945*, Herrsching, 1982.
SCHRAMM, Percy Ernst (ed.), *Die Niederlage 1945. Aus dem Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht*, 2.ª ed., Múnich, 1985.
VÖLKLEIN, Ulrich (ed.), *Hitlers Tod. Die letzten Tage im Führerbunker*, Gotinga, 1999.
VON ZUR MÜHLEN, Bengt (ed.), *Der Todeskampf der Reichshauptstadt*, Berlín, 1994.

2. DIARIOS, CARTAS, MEMORIAS

ADENAUER, Konrad, *Erinnerungen 1945-1953*, Stuttgart, 1965. [Hay trad. cast.: *Memorias (1945-1953)*, Madrid, Rialp, 1965].
AHLFEN, Hans, y Hermann Niehoff, *So kämpfte Breslau. Verteidigung und Untergang von Schlesien*, Múnich, 1959.
ANDREAS-FRIEDRICH, Ruth, *Schauplatz Berlin. Ein deutsches Tagebuch*, Múnich, 1962.
ANONYMA [Anónima], *Eine Frau in Berlin. Tagebuchaufzeichnungen vom 20. April bis 22. Juni 1945*, Frankfurt, 2003. [Hay trad. cast.: *Una mujer en Berlín*, Barcelona, Anagrama, 2005].
ARENDT, Hannah, *Besuch in Deutschland*, Berlín, 1993.
BAUR, Hans, *Ich flog Mächtige der Erde*, Kempten (Algovia), 1956.
BECKMANN, Max, *Tagebücher 1940-1945*, Mathilde Q. Beckmann (comp.), Erhard Göpel (ed.), Múnich-Viena, 1979.
BEDELL SMITH, Walter, *Eisenhower's Six Great Decisions*, Nueva York-Londres-Toronto, 1956.

BOURKE-WHITE, Margaret, *Deutschland April 1945. «Dear Fatherland Rest Quietly»*, Múnich, 1979.
BOVERY, Margret, *Tage des Überlebens. Berlin 1945*, Múnich, 1985.
BRANDT, Willy, *Links und frei. Mein Weg 1930-1950*, Hamburgo, 1982.
—, *Erinnerungen*, Berlín, 1989. [Hay trad. cast.: *Memorias*, Barcelona, Club Círculo de Lectores, 1992].
BRECHT, Bertolt, *Arbeitsjournal 1941-1955*, vol. 2, Frankfurt, 1973. [Hay trad. cast.: *Diario de trabajo* (3 vols.), Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1977].
BRELOER, Heinrich (ed.), *Mein Tagebuch. Geschichten vom Überleben 1939-1947*, Colonia, 1984.
BÜTTNER, Ursula, y Angelika Voss-Louis (eds.), *Neuanfang auf Trümmern. Die Tagebücher des Bremer Bürgermeisters Theodor Spitta 1945-1947*, Múnich, 1992.
BUTCHER, Harry C., *Drei Jahre mit Eisenhower*, Berna, 1946. [Hay trad. cast.: *Mis tres años con Eisenhower*, 2 vols., Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1948].
CHALDEJ, Jewgeni, *Der bedeutende Augenblick*, Ernst Volland y Heinz Krimmer (eds.), Leipzig, 2008.
CHURCHILL, Winston, *Der Zweite Weltkrieg*, Frankfurt, 2003. [Hay trad. cast.: *La Segunda Guerra Mundial*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2009].
DEMETZ, Peter, *Mein Prag. Erinnerungen 1939 bis 1945*, Viena, 2007.
DIETRICH, Marlene, *Nehmt nur mein Leben… Reflexionen*, Múnich, 1979.
DOERNBERG, Stefan, *Befreiung 1945. Ein Augenzeugenbericht*, Berlín oriental, 1975.
—, (ed.), *Hitlers Ende ohne Mythos. Jelena Rshewskaja erinnert sich an ihren Einsatz im Mai 1945 in Berlin*, Berlín, 2005.
DÖNITZ, Karl, *Zehn Jahre und zwanzig Tage*, Frankfurt-Bonn, 1963. [Hay trad. cast.: *Diez años y veinte días. Memorias del hombre que sucedió a Hitler como jefe del III Reich*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005].
DULLES, Allen, y Gero von Gaevernitz, *Unternehmen «Sunrise». Die geheime Geschichte des Kriegsendes in Italien*, Düsseldorf-Viena, 1967.
EBERLE, Henrik, y Matthias Uhl (eds.), *Das Buch Hitler. Geheimdossier des* NKWD *Für Josef W. Stalin, zusammengestellt aufgrund der Verhörprotokolle des Persönlichen Adjutanten Hitlers, Otto Günsche, und des Kammerdieners Heinz Linge, Moskau 1948/49*, Bergisch Gladbach, 2005. [Hay trad. cast.: *El informe Hitler. Informe secreto del NKVD para Stalin, extraído de los interrogatorios a Otto Günsche, ayudante personal de Hitler, y Heinz Linge, su ayuda de cámara, Moscú, 1948-1949*, Barcelona, Tusquets, 2008].
EISENHOWER, Dwight D., *Kreuzzug in Europa*, Ámsterdam, 1948. [Hay trad. cast.: *Cruzada en Europa*, Barcelona, Inédita, 2007].
FELSMANN, Barbara, Annett Gröschner y Grischa Meyer (eds.), *Backfisch im Bombenkrieg. Notizen in Steno*, Berlín, 2013.
FEUERSENGER, Marianne, *Im Vorzimmer der Macht. Aufzeichnungen aus dem Wehrmachtführungsstab und Führerhauptquartier 1940-1945*, 4.ª ed., Múnich, 2001.
FINDAHL, Theo, *Letzter Akt – Berlin 1938-1945*, Hamburgo, 1946.
FRANK, Anne, *Tagebuch*, Otto H. Frank y Mirjam Pressler (trads.), Frankfurt, 1991. [Hay trad. cast.: *Diario de Ana Frank*, Barcelona, Debolsillo, 2018].
FRANK, Hans, *Im Angesicht des Galgens. Deutung Hitlers und seiner Zeit aufgrund eigener Erlebnisse und Erkenntnisse*, Múnich, 1953.
GELFAND, Wladimir, *Deutschland-Tagebuch 1945-1946. Aufzeichnungen eines Rotarmisten*, Elke Scherstjanoi (ed.), Berlín, 2005.
GIORDANO, Ralph, *Erinnerungen eines Davongekommenen*, Colonia, 2007.

GOEBBELS, Josef, *Die Tagebücher*, parte II, vol. 15, Elke Fröhlich (ed.), Múnich, 1995. [Hay trad. cast.: *Diario de 1945. Los últimos escritos del jerarca nazi que permaneció junto a Hitler hasta el final*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2008].
GOGUEL, Rudi, *«Cap Arcona». Report über den Untergang der Häftlingsflotte in der Lübecker Bucht am 3. Mai 1945*, Frankfurt, 1972.
GÖRLITZ, Walter (ed.), *Generalfeldmarschall Keitel. Verbrecher oder Offizier? Erinnerungen, Briefe, Dokumente des Chefs* OKW, Gotinga, 1961.
HARTUNG, Hugo, *Schlesien 1944/45. Aufzeichnungen und Tagebücher*, Múnich, 1956.
HAUSENSTEIN, Wilhelm, *Licht unter dem Horizont. Tagebücher von 1942 bis 1946*, Múnich, 1967.
HERMLIN, Stephan, *Bestimmungsorte*, Berlín, 1985.
HEUSS, Theodor, *Erzieher zur Demokratie. Briefe 1945-1949*, Ernst Wolfgang Becker (ed.), Múnich, 2007.
HÖCKER, Karla, *Die letzten und die ersten Tage. Berliner Aufzeichnungen 1945*, Berlín, 1966.
HÖSS [Hoess], Rudolf, *Kommandant in Auschwitz. Autobiographische Aufzeichnungen*, Martin Broszat (ed.), 4.ª ed., Múnich, 1978. [Hay trad. cast.: *Yo, comandante de Auschwitz*, Barcelona, El Aleph, 1979].
JUNGE, Traudl, *Bis zur letzten Stunde. Hitlers Sekretärin erzählt ihr Leben*, con Melissa Müller, Múnich, 2002. [Hay trad. cast.: *Hasta el último momento. La secretaria de Hitler cuenta su vida*, Barcelona, Península, 2003].
KAEHLER, Siegfried A., *Briefe 1900-1963*, Walter Bussmann y Günther Grünthal (eds.), en colaboración con Joachim Stemmler, Boppard, 1993.
KANTOROWICZ, Alfred, *Deutsches Tagebuch*, parte I, Berlín, 1978.
KARDORFF, Ursula von, *Berliner Aufzeichnungen 1942 bis 1945*, Peter Hartl (ed.), Múnich, 1992.
KÄSTNER, Erich, *Notabene 45. Ein Tagebuch*, Múnich, 1993.
—, *Das blaue Buch. Geheimes Kriegstagebuch 1941-1945*, Sven Hanuschek, Ulrich von Bülow y Silke Becker (eds.), Zúrich, 2018.
KELLER, Sven (ed.), *Kriegstagebuch einer jungen Nationalsozialistin. Die Aufzeichnungen Wolfhilde von Königs 1939-1946*, Berlín-Boston, 2015.
KELLNER, Friedrich, *«Vernebelt, verdunkelt sind alle Hirne». Tagebücher 1939-1945*, Sascha Feuchert, Robert Martin Scott Kellner, Erwin Leibfried, Jörg Riecke y Markus Roth (eds.), vol. 2, Gotinga, 2011.
KEMPOWSKI, Walter, *Das Echolot. Abgesang '45. Ein kollektives Tagebuch*, Múnich, 2005.
KESSELRING, Albert, *Soldat bis zum letzten Tag*, Bonn, 1953. [Hay trad. cast.: *Memorias del mariscal de campo Kesselring*, Barcelona, Tempus, 2009].
KIRKPATRICK, Ivone, *Im inneren Kreis. Erinnerungen eines Diplomaten*, Berlín, 1964.
KLEIN, Fritz, *Drinnen und draussen. Ein Historiker in der DDR*, Frankfurt, 2000.
KLEMPERER, Victor, *Ich will Zeugnis ablegen bis zum letzten. Tagebücher 1942-1945*, Walter Nowojski y Hadwig Klemperer (eds.), Berlín, 1995. [Hay trad. cast.: *Quiero dar testimonio hasta el final. Diarios: 1942-1945*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2003].
KLÜGER, Ruth, *Weiter leben. Eine Jugend*, 17.ª ed., Múnich, 2010. [Hay trad. cast.: *Seguir viviendo*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1997].
KOLLER, Karl, *Der letzte Monat. 14. April bis 27. Mai 1945. Tagebuchaufzeichnungen des ehemaligen Chefs des Generalstabs der deutschen Luftwaffe*, Esslingen-Múnich, 1985.
KRAUSS, Christine, y Daniel Küchenmeister (eds.), *Das Jahr 1945. Brüche und Kontinuitäten*, Berlín, 1995.
KRONE, Heinrich, *Tagebücher*, vol. 1: *1945-1961*, Hans-Otto Kleinmann (ed.), Düsseldorf, 1995.
KRONIKA, Jacob, *Der Untergang Berlins*, Flensburgo-Hamburgo, 1946.

KUPFER-KOBERWITZ, Edgar, *Dachauer Tagebücher. Die Aufzeichnungen des Häftlings 24814*, Múnich, 1997.
LAHME, Tilmann, Holger Pils y Kerstin Klein (eds.), *Die Briefe der Manns. Ein Familienporträt*, Frankfurt, 2016.
LASKY, Melvin J., *Und alles war still. Deutsches Tagebuch 1945*, Berlín, 2014.
LEONHARD, Wolfgang, *Die Revolution entlässt ihre Kinder*, Colonia, 1987.
LINDGREN, Astrid, *Die Menschheit hat den Verstand verloren. Tagebücher 1939-1945*, Berlín, 2015.
LINGE, Heinz, *Bis zum Untergang. Als Chef des Persönlichen Dienstes bei Hitler*, Werner Maser (ed.), Múnich, 1982.
MAIER, Reinhold, *Ende und Wende. Briefe und Tagebuchaufzeichnungen 1944-1946*, Wuppertal, 2004.
MANN, Klaus, *Der Wendepunkt. Ein Lebensbericht*, Frankfurt, 1963. [Hay trad. cast.: *Cambio de rumbo. Crónica de una vida*, Barcelona, Alba, 2007].
—, *Tagebücher 1944-1949*, Joachim Heimannnsberg, Peter Laemmle y Wilfried F. Schoeller (eds.), Múnich, 1991.
MANN, Thomas, *Tagebücher 1944-1.4.1946*, Inge Jens (ed.), Frankfurt, 1986.
MARTIN, Angela, y Claudia Schoppmann, *«Ich fürchte die Menschen mehr als die Bomben». Aus den Tagebüchern dreier Berliner Frauen 1938-1946*, Berlín, 1996.
Mellendorfer Kriegstagebuch 1942-1949. Aufgezeichnet von Ewald Niedermeyer, Hannover, 1996.
MEMORIAL (Moscú) y Fundación Heinrich Böll (eds.), *Für immer gezeichnet. Die Geschichte der Ostarbeiter in Briefen, Erinnerungen und Interviews*, Berlín, 2019.
MISCH, Rochus, *Der letzte Zeuge. «Ich war Hitlers Telefonist, Kurier und Leibwächter» (unter Mitarbeit von Sandra Zarrinbal und Burkhard Nachtigall)*, Zúrich-Múnich, 2008. [Hay trad. cast.: *Yo fui guardaespaldas de Hitler, 1940-1945,* Barcelona, Taurus, 2007].
MONTGOMERY, Marschall, *Memoiren*, Múnich, 1958. [Hay trad. cast.: *Mariscal Bernard Montgomery. Memorias de Guerra*, Barcelona, Tempus, 2010].
PEIKERT, Paul, *«Festung Breslau» in den Berichten eines Pfarrers, 22. Januar bis 6. Mai 1945*, Karol Jonca y Alfred Konieczny (eds.), Berlín, 1970.
POPPINGA, Anneliese, *Meine Erinnerungen an Konrad Adenauer*, Stuttgart, 1970.
PÜNDER, Hermann, *Von Preussen nach Europa. Lebenserinnerungen*, Stuttgart, 1968.
REGER, Erik, *Zeit des Überlebens. Tagebuch April bis Juni 1945*, Andreas Petersen (ed.), Berlín, 2014.
RENGER, Annemarie, *Ein politisches Leben. Erinnerungen*, Stuttgart, 1993.
RUF, Johanna, *Eine Backpfeife für den kleinen Goebbels. Berlin 1945 im Tagebuch einer 15-Jährigen. Die letzten und die ersten Tage*, Wieland Giebel (ed.), Berlín, 2017.
SARKOWICZ, Hans (ed.), *«Als der Krieg zu Ende war». Erinnerungen an den 8. Mai 1945*, Frankfurt-Leipzig, 1995.
SCHMIDT, Helmut, *et al.*: *Kindheit und Jugend unter Hitler*, Berlín, 1992.
SCHROEDER, Christa, *Er war mein Chef. Aus dem Nachlass der Sekretärin von Adolf Hitler*, Anton Joachimsthaler (ed.), 3.ª ed., Múnich-Viena, 1985. [Hay trad. cast.: *Doce años junto a Hitler. Testimonio inédito de la secretaria privada del Führer (1933-1945)*, Lleida, Milenio, 2005].
SCHUKOW [Zhúkov], Georgi K., *Erinnerungen und Gedanken*, Stuttgart, 1969. [Hay trad. cast.: *Memorias y reflexiones*. 2 vols.; online en <https://www.ladoctrina.org/libros/15-rusia/memorias-y-reflexiones>].
SCHUSCHNIGG, Kurt von, *Ein Requiem in Rot-Weiss-Rot. Aufzeichnungen des Häftlings Dr. Auster*, Zúrich, 1946. [Hay trad. cast.: *Réquiem por Austria*, Barcelona, Los Libros de Nuestro Tiempo, 1947].

SCHWERIN VON KROSIGK, Lutz Graf, *Es geschah in Deutschland. Menschenbilder unseres Jahrhunderts*, Tubinga-Stuttgart, 1952.
—, *Memoiren*, Stuttgart, 1977.
SHIRER, William L., *Berliner Tagebuch. Das Ende. 1944-45*, Jürgen Schebera (ed.), Leipzig, 1994. [Hay trad. cast.: *Diario de Berlín*, Barcelona, Debate, 2008].
SPEER, Albert, *Erinnerungen. Mit einem Essay von Jochen Thies*, Frankfurt-Berlín, 1993. [Hay trad. cast.: *Memorias*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2002].
—, *Spandauer Tagebücher. Mit einem Vorwort von Joachim Fest*, Berlín-Múnich, 2002. [Hay trad. cast.: *Diario de Spandau,* Barcelona, Plaza & Janés, 1976].
SPENDER, Stephen, *Deutschland in Ruinen. Ein Bericht*, Heidelberg, 1995.
STERN, Carola, *In den Netzen der Erinnerung. Lebensgeschichten zweier Menschen*, Reinbek, 1986.
TRAMPE, Gustav (ed.), *Die Stunde Null. Erinnerungen an Kriegsende und Neuanfang*, Stuttgart, 1995.
TSCHUIKOW, Marschall Wassilij, *Das Ende des Dritten Reiches*, Múnich, 1966.
ULREICH, Carry, *Nachts träum ich vom Frieden. Tagebuch 1941 bis 1945*, Berlín, 2018. [Hay trad. cast.: *De noche sueño con la paz. Los diarios de una niña judía que sobrevivió al horror nazi, 1943-1945*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2017].
VERMEHREN, Isa, *Reise durch den letzten Akt. Ein Bericht (10.2.44 bis 29.6.45)*, Hamburgo, 1948.
WAIBEL, Max, *1945. Kapitulation in Norditalien. Originalbericht des Vermittlers*, Basilea, 1981.
WALB, Lore, *Ich, die Alte –Ich, die Junge. Konfrontation mit meinen Tagebüchern 1933-1945*, Berlín, 1997.
WOLFF-MÖNCKEBERG, Mathilde, *Briefe, die sie nicht erreichten. Briefe einer Mutter an ihre fernen Kinder in den Jahren 1940-1946*, Hamburgo, 1980.

3. BIBLIOGRAFÍA GENERAL

AFFLERBACH, Holger, *Die Kunst der Niederlage. Eine Geschichte der Kapitulation*, Múnich, 2013.
ALY, Götz, y Susanne Heim, *Vordenker der Vernichtung. Auschwitz und die deutschen Pläne für eine neue europäische Ordnung*, Hamburgo, 1991.
ANGRICK, Andrej, *Besatzungspolitik und Massenmord. Die Einsatzgruppe D in der südlichen Sowjetunion 1941-1943*, Hamburgo, 2003.
ASENDORF, Manfred, *1945. Hamburg besiegt und befreit*, Landeszentrale für Politische Bildung, Hamburgo, 1995.
BACQUE, James, *Der geplante Tod. Deutsche Kriegsgefangene in amerikanischen und französischen Lagern* (ed. corr. y aum.), Frankfurt-Berlín, 1994.
BAHNSEN, Uwe, y Kerstin von Stürmer, *Die Stadt, die leben wollte. Hamburg und die Stunde Null*, Hamburgo, 2004.
BAJOHR, Frank, «Hamburgs "Führer". Zur Person und Tätigkeit des Hamburger NSDAP-Gauleiters Karl Kaufmann (1900-1969)», en Frank Bajohr y Joachim Szodrzynski (eds.), *Hamburg in der* NS-*Zeit. Ergebnisse neuerer Forschungen*, Hamburgo, 1995 (pp. 59-91).
BAUR, Eva Gesine, *Einsame Klasse. Das Leben der Marlene Dietrich*, Múnich, 2017.
BECKER, Winfried, «Die Brücke und die Gefangenenlager von Remagen. Über die Interdependenz eines Massenschicksals im Jahre 1945», en Winfried Becker (ed.), *Die Kapitulation von 1945 und*

der Neubeginn in Deutschland, Colonia-Viena, 1987 (pp. 44-71).
BEER, Mathias, *Flucht und Vertreibung der Deutschen. Voraussetzungen, Verlauf, Folgen*, Múnich, 2011.
BEEVOR, Antony, *Berlin 1945. Das Ende*, Múnich, 2002. [Hay trad. cast.: *Berlín, 1945: La caída*, Barcelona, Crítica, 2002]. *Ein Schriftsteller im Krieg. Wassili Grossman und die Rote Armee 1941-1945*, Múnich, 2005. [Hay trad. cast.: *Un escritor en guerra. Vasili Grossman en el Ejército Rojo, 1941-1945*, Barcelona, Crítica, 2006].
BEIERL, Florian M., *Hitlers Berg. Licht ins Dunkel der Geschichte des Obersalzbergs und seiner geheimen Bunkeranlagen*, 4.ª ed., Berchtesgaden, 2015.
BENZ, Wigbert, *Hans-Joachim Riecke. NS-Staatssekretär. Vom «Hungerplaner» vor zum «Welternährer» nach 1945*, Berlín, 2014.
BENZ, Wolfgang, y Barbara Distel (eds.), *Der Ort des Terrors. Geschichte der nationalsozialistischen Konzentrationslager*, vols. 2, 4 y 6, Múnich, 2005, 2006, 2007.
BESSEL, Richard, *Germany 1945. From War to Peace*, Londres, 2009. [Hay trad. cast.: *Alemania 1945. De la guerra a la paz*, Barcelona, Ediciones B, 2009].
BEUYS, Barbara, *Leben mit dem Feind. Amsterdam unter deutscher Besatzung 1940-1945*, Múnich, 2012.
BISKY, Jens, *Berlin. Biographie einer grossen Stadt*, Berlín, 2019.
BLACK, Peter, *Ernst Kaltenbrunner. Vasall Himmlers: Eine SS-Karriere*, Paderborn, 1991.
BLATMAN, Daniel, *Die Todesmärsche 1944/45. Das letzte Kapitel des nationalsozialistischen Massenmords*, Reinbek, 2011.
BOHN, Robert, *Reichskommissariat Norwegen. «Nationalsozialistische Neuordnung» und Kriegswirtschaft*, Múnich, 2000.
BONWETSCH, Bernd, «Sowjetische Zwangsarbeiter vor und nach 1945. Ein doppelter Leidensweg», *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*, 41 (1993), pp. 533-546.
BORGSEN, Werner, y Klaus Volland, *Stalag XB Sandborstel. Zur Geschichte eines Kriegsgefangenen- und* KZ*-Auffanglagers in Norddeutschland 1939-1945*, Bremen, 1991.
BOWER, Tom, *Verschwörung Paperclip. NS-Wissenschaftler im Dienst der Siegermächte*, Múnich, 1987.
BRECHTKEN, Magnus, *Albert Speer. Eine deutsche Karriere*, Múnich, 2017.
CHAUSSY, Ulrich, y Christoph Püschner, *Nachbar Hitler. Führerkult und Heimatzerstörung am Obersalzberg*, Berlín, 1995.
CONZE, Eckart, Norbert Frei, Peter Hayes y Moshe Zimmermann, *Das Amt und die Vergangenheit. Deutsche Diplomaten im Dritten Reich und in der Bundesrepublik*, Múnich, 2010.
DAHM, Volker, Albert A. Feiber, Hartmut Mehringer y Horst Möller (eds.), *Die tödliche Utopie. Bilder, Texte, Dokumente. Daten zum Dritten Reich*, 6.ª ed., Múnich-Berlín, 2011.
DAVIES, Norman, y Roger Moorhouse, *Die Blume Europas. Breslau – Wrocław – Vratislava. Die Geschichte einer mitteleuropäischen Stadt*, Múnich, 2002.
DEPKAT, Volker, *Lebenswelten und Zeitenwenden. Deutsche Politiker und die Erfahrungen des 20. Jahrhunderts*, Múnich, 2007.
DIEM, Veronika, *Die Freiheitsaktion Bayern. Ein Aufstand in der Endphase des NS-Regimes*, Kallmünz, 2013.
DONNELL, James P. O., y Uwe Bahnsen, *Die Katakombe. Das Ende der Reichskanzlei*, Stuttgart 1975. [Hay trad. cast.: *El búnker*, Barcelona, Bruguera, 1975].
DOUGLAS, R. M., *«Ordnungsgemässe Überführung». Die Vertreibung der Deutschen nach dem Zweiten Weltkrieg*, Múnich, 2012.
EGLAU, Hans Otto, *Fritz Thyssen. Hitlers Gönner und Geisel*, Berlín, 2003.

EISFELD, Rainer, *Mondsüchtig. Wernher von Braun und die Geburt der Raumfahrt aus dem Geist der Barbarei*, Reinbek, 1996.
ENGEL, Friedrich Karl, «1. Mai 1945: Hitlers Tod in Rundfunksendungen», *Funkgeschichte*, 41 (2018); archivo PDF, 5/3/2019.
ENGELBRECHT, Peter, *Der Krieg ist aus. Frühjahr 1945 in Oberfranken*, Weissenstadt, 2015.
EVANS, Richard J., *Das Dritte Reich*, vol. III: *Krieg*, Múnich, 2009. [Hay trad. cast.: *El Tercer Reich en guerra (1939-1945)*, Barcelona, Península, 2011].
FEST, Joachim, *Der Untergang. Hitler und das Ende des Dritten Reiches*, Berlín, 2002. [Hay trad. cast.: *El hundimiento. Hitler y el final del Tercer Reich*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2003].
FISCH, Bernhard, *Nemmersdorf, Oktober 1944. Was in Ostpreussen tatsächlich geschah*, Berlín, 1997.
Forschungsstelle für Zeitgeschichte in Hamburg (ed.), *Hamburg im «Dritten Reich»*, Gotinga, 2005.
FRANK, Mario, *Walter Ulbricht. Eine deutsche Biographie*, Berlín, 2001.
FREI, Norbert, y Johannes Schmitz, *Journalismus im Dritten Reich*, Múnich, 1989.
—, *Vergangenheitspolitik. Die Anfänge der Bundesrepublik und die NS-Vergangenheit*, Múnich, 1996.
—, *1945 und wir. Das Dritte Reich im Bewusstsein der Deutschen*, Múnich, 2005.
GANZENMÜLLER, Jörg, *Das belagerte Leningrad 1941-1944*, 2.ª ed., Paderborn, 2007.
GARBE, Detlef, «Eine Stadt und ihr KZ. Die Hansestadt Hamburg und das Konzentrationslager Neuengamme», *Zeitgeschichte in Hamburg* 2018 Hamburgo, 2019, pp. 12-31.
—, y Carmen Lange (eds.), *Häftlinge zwischen Vernichtung und Befreiung. Die Auflösung des* KZ *Neuengamme und seiner Aussenlager durch die SS im Frühjahr 1945*, Bremen, 2005.
GEBHARDT, Miriam, *Als die Soldaten kamen. Die Vergewaltigung deutscher Frauen am Ende des Zweiten Weltkriegs*, Múnich, 2015.
GEISS, Josef, *Obersalzberg. Die Geschichte eines Berges von Judith Platter bis heute*, 20.ª ed., Berchtesgaden, 2016.
GLASER, Hermann, *1945. Ein Lesebuch*, Frankfurt, 1995.
GOESCHEL, Christian, *Selbstmord im Dritten Reich*, Berlín, 2011.
GOLDHAGEN, Daniel Jonah, *Hitlers willige Vollstrecker. Ganz gewöhnliche Deutsche und der Holocaust*, Berlín, 1996. [Hay trad. cast.: *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto*, Madrid, Taurus,1998].
GÖRTEMAKER, Heike B., *Ein deutsches Leben. Die Geschichte der Margret Boveri*, Múnich, 2005.
—, *Hitlers Hofstaat. Der innere Kreis im Dritten Reich und danach*, Múnich, 2019.
GOTTWALDT, Alfred, *Dorpmüllers Reichsbahn. Die Ära des Reichsverkehrsministers Julius Dorpmüller 1920-1945*, Friburgo, 2009.
GREISER, Katrin, *Die Todesmärsche von Buchenwald. Räumung, Befreiung und Spuren der Erinnerung*, Gotinga, 2008.
HAMMERSTEIN, Gabriele, «Das Kriegsende in Dachau», en Bernd-A. Rusinek (ed.), *Kriegsende 1945*, Gotinga, 2004 (pp. 27-53).
HANSEN, Reimer, *Das Ende des Dritten Reiches. Die deutsche Kapitulation 1945*, Stuttgart, 1966.
HARBOU, Knud, *Als Deutschland seine Seele retten wollte. Die Süddeutsche Zeitung in den Gründerjahren nach 1945*, Múnich, 2015.
HEER, Hannes, y Klaus Naumann (eds.), *Vernichtungskrieg. Verbrechen der Wehrmacht 1941-1944*, Hamburgo, 1995.
HENKE, Klaus-Dietmar, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands*, Múnich, 1995.
HERBERT, Ulrich, *Fremdarbeiter. Politik und Praxis des «Ausländer-Einsatzes» in der Kriegswirtschaft des Dritten Reiches*, Berlín, Bonn, 1985.

—, *Best. Biographische Studien über Radikalismus, Weltanschauung und Vernunft 1903-1989*, Bonn, 1996.
—, *Geschichte der Ausländerpolitik in Deutschland. Saisonarbeiter, Zwangsarbeiter, Gastarbeiter, Flüchtlinge*, Múnich, 2001.
—, *Geschichte Deutschlands im 20. Jahrhundert*, Múnich, 2014.
—, y Axel Schildt (eds.), *Kriegsende in Europa. Vom Beginn des deutschen Machtverfalls bis zur Stabilisierung der Nachkriegsordnung 1944-1948*, Essen, 1998.
HEUSLER, Andreas, «Die Eskalation des Terrors. Gewalt gegen ausländische Zwangsarbeiter in der Endphase des Zweiten Weltkrieges», en Cord Arendes, Edgar Wolfrum y Jörg Zedler (eds.), *Terror nach innen. Verbrechen am Ende des Zweiten Weltkrieges*, Gotinga, 2006, pp. 172-182.
HEYL, Matthias, *Anne Frank*, Reinbek, 2002.
HOFFMANN, Stefan-Ludwig, «Besiegte, Besatzer, Beobachter. Das Kriegsende im Tagebuch», en Daniel Fulda, Dagmar Herzog, Stefan-Ludwig Hoffmann y Till van Rhaden (eds.), *Demokratie im Schatten der Gewalt. Geschichten des Privaten im deutschen Nachkrieg*, Gotinga, 2010, pp. 25-55.
HOFMANN, Gunter, *Richard von Weizsäcker. Ein deutsches Leben*, Múnich, 2010.
HRABOVEC, Emilia, *Vertreibung und Abschub. Deutsche in Mähren 1945-1947*, Frankfurt, 1995.
HUBER, Florian, *Kind, versprich mir, dass du dich erschiesst. Der Untergang der kleinen Leute*, 4.ª ed., Berlín, 2015.
JACOBMEYER, Wolfgang, *Vom Zwangsarbeiter zum heimatlosen Ausländer. Die Displaced Persons in Westdeutschland 1945-1951*, Gotinga, 1985.
—, «Ortlos am Ende des Grauens: "Displaced Persons" in der Nachkriegszeit», en Klaus J. Bade (ed.), *Deutsche im Ausland – Fremde in Deutschland. Migration in Geschichte und Gegenwart*, Múnich, 1992, pp. 367-373.
JÄHNER, Harald, *Wolfszeit. Deutschland und die Deutschen 1945-1955*, Berlín, 2019.
JANSSEN, Karl-Heinz, «Der 8. Mai 1945 – Die deutsche Kapitulation in Karlshorst», en Karl-Heinz Janssen, *Und morgen die ganze Welt… Deutsche Geschichte 1871-1945*, Bremen, 2003, pp. 485-492.
JASCH, Hans-Christian, *Staatssekretär Wilhelm Stuckart und die Judenpolitik. Der Mythos von der sauberen Verwaltung*, Múnich, 2012.
JOACHIMSTHALER, Anton, *Hitlers Ende. Legenden und Dokumente*, Múnich-Berlín, 1995.
KADEN, Albrecht, *Einheit oder Freiheit. Die Wiedergründung der SPD 1945/46*, Hannover, 1964.
KAIENBURG, Hermann, *Das Konzentrationslager Neuengamme 1938-1945*, Bonn, 1997.
KALTENEGGER, Roland, *Schörner. Feldmarschall der letzten Stunde. Biographie*, Múnich-Berlín, 1994.
KERSHAW, Alex, *Der Befreier. Die Geschichte eines amerikanischen Soldaten im Zweiten Weltkrieg*, Múnich, 2012.
KERSHAW, Ian, *Der Hitler-Mythos. Führerkult und Volksmeinung*, 2.ª ed., Stuttgart, 1999. [Hay trad. cast.: *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Barcelona, Paidós, 2003].
—, *Das Ende. Kampf bis in den Untergang. NS-Deutschland 1944/55*, Múnich, 2011. [Hay trad. cast.: *El final. Alemania, 1944-1945*, Barcelona, Península, 2013].
KLOTZBACH, Kurt, *Der Weg zur Staatspartei. Programmatik, praktische Politik und Organisation der deutschen Sozialdemokratie 1945 bis 1965*, Berlín-Bonn, 1982. Königseder, Angelika, y Juliane Wetzel, *Lebensmut im Wartesaal. Die jüdischen DPs (Displaced Persons) im Nachkriegsdeutschland*, Frankfurt, 1994.
KOGON, Eugen, *Der SS-Staat. Das System der deutschen Konzentrationslager*, Múnich, 1974. [Hay trad. cast.: *El estado de la SS. El sistema de los campos de concentración alemanes*, Barcelona, Alba, 2005].
KOKO KA, Stanislav, *Prag im Mai 1945. Die Geschichte eines Aufstandes*, Gotinga, 2009.

KOLL, Johannes, *Arthur Seyss-Inquart und die deutsche Besatzungspolitik in den Niederlanden (1940-1945)*, Viena-Colonia-Weimar, 2015.
KONRAD, Joachim, «Das Ende von Breslau», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 4 (1956), pp. 387-390.
KOOP, Volker, *Martin Bormann. Hitlers Vollstrecker*, Viena-Colonia-Weimar, 2012.
KOPPER, Christopher, *Hjalmar Schacht. Aufstieg und Fall von Hitlers mächtigstem Bankier*, Múnich-Viena, 2006.
KOSSERT, Andreas, *Kalte Heimat. Die Geschichte der deutschen Vertriebenen nach 1945*, Múnich, 2008.
KRAMAR, Konrad, *Mission Michelangelo. Wie die Bergleute von Altaussee Hitlers Raubkunst vor der Vernichtung bewahrten*, Sankt, Pölten-Salzburgo-Viena, 2013.
KUBIN, Ernst, *Sonderauftrag Linz. Die Kunstsammlung Adolf Hitler. Aufbau, Vernichtungsplan, Rettung. Ein Thriller der Kulturgeschichte*, Viena, 1989.
KUBY, Erich, *Die Russen in Berlin 1945*, Rastatt, 1965. [Hay trad. cast.: *Los rusos en Berlín*, Barcelona, Caralt, 1966].
KÜPPER, René, *Karl Hermann Frank (1898-1946). Politische Biographie eines sudetendeutschen Nationalsozialisten*, Múnich, 2010.
LANG, Jochen von, y Claus Sibyll. *Der Sekretär. Martin Bormann. Der Mann, der Hitler beherrschte*, Stuttgart, 1977.
—, y Claus Sybill, *Der Adjutant. Karl Wolff: Der Mann zwischen Hitler und Himmler*, Múnich-Berlín, 1985.
LARGE, David Clay, *Hitlers München. Aufstieg und Fall der Hauptstadt der Bewegung*, Múnich, 1998.
LEHNSTAEDT, Stephan, *Der Kern des Holocaust. Belżec, Sobibór, Treblinka und die Aktion Reinhardt*, Múnich, 2017.
LICHTENSTEIN, Heiner, *Mit der Reichsbahn in den Tod. Massentransporte in den Holocaust 1941 bis 1945*, Colonia, 1985.
LINCK, Stephan, «"Festung Nord" und "Alpenfestung". Das Ende des NS-Sicherheitsapparates», en Gerhard Paul y Michael Mallmann (eds.), *Die Gestapo im Zweiten Weltkrieg. «Heimatfront» und besetztes Europa*, Darmstadt, 2000, pp. 569-595.
LINGEN, Kerstin von, *SS und Secret Service. «Verschwörung des Schweigens»: Die Akte Karl Wolff*, Paderborn, 2010.
LONGERICH, Peter, *Heinrich Himmler. Biographie*, Múnich, 2008. [Hay trad. cast.: *Heinrich Himmler. Biografía*, Barcelona, RBA Libros, 2009].
LOTH, Wilfried, *Stalins ungeliebtes Kind. Warum Moskau die* DDR *nicht wollte*, Berlín, 1994.
—, «8. Mai 1945: Der Zusammenbruch des Dritten Reiches», en Dirk Blasius y Wilfried Loth (eds.), *Tage deutscher Geschichte im 20. Jahrhundert*, Gotinga, 2006, pp. 75-91.
LOWE, Keith, *Der wilde Kontinent. Europa in den Jahren der Anarchie 1943-1950*, Stuttgart, 2014. [Hay trad. cast.: *Continente salvaje. Europa después de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2012].
LÜDDE-NEURATH, Walter, *Regierung Dönitz. Die letzten Tage des Dritten Reiches*, 3.ª ed., Gotinga, 1964.
LÜDICKE, Lars, *Constantin von Neurath. Eine politische Biographie*, Paderborn, 2014.
MANOSCHEK, Walter, *«Serbien ist judenfrei». Militärische Besatzungspolitik und Judenvernichtung in Serbien 1941/42*, Múnich, 1993.
MAZOWER, Mark, *Hitlers Imperium. Europa unter der Herrschaft des Nationalsozialismus*, Múnich, 2009. [Hay trad. cast.: *El imperio de Hitler*, Editorial Crítica, Barcelona, 2008].

MERRIDALE, Catherine, *Iwans Krieg. Die Rote Armee 1939-1945*. Frankfurt, 2006. [Hay trad. cast.: *La guerra de los* ivanes*. Ejército Rojo (1939-1945)*, Barcelona, Debate, 2007].
MERSEBURGER, Peter, *Der schwierige Deutsche. Kurt Schumacher. Eine Biographie*, Stuttgart, 1995.
—, *Willy Brandt 1913-1992. Visionär und Realist*, Stuttgart-Múnich, 2002.
—, *Theodor Heuss. Der Bürger als Präsident. Biographie*, Múnich, 2012.
MEYER, Kristina, *Die SPD und die NS-Vergangenheit 1945-1990*, Gotinga, 2015.
Militärgeschichtliches Forschungsamt (ed.), *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 10: *Der Zusammenbruch des Deutschen Reiches 1945*; primera mitad del volumen: *Die militärische Niederwerfung der Wehrmacht*; segunda mitad del volumen: *Die Folgen des Zweiten Weltkrieges*, Múnich, 2008.
MITSCHERLICH, Alexander, y Margarete, *Die Unfähigkeit zu trauern. Grundlagen kollektiven Verhaltens*, Múnich, 1967. [Hay trad. cast.: *Fundamentos del comportamiento colectivo*, Madrid, Alianza,1973].
MÜLLER, Melissa, *Das Mädchen Anne Frank. Die Biographie*, Frankfurt, 2012. [Hay trad. cast.: *La joven Ana Frank. La biografía*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2001].
MÜLLER, Ulrich, *Fremde in der Nachkriegszeit. Displaced Persons – zwangsverschleppte Personen – in Stuttgart und Württemberg-Baden 1945-1951*, Stuttgart, 1990.
MÜNKLER, Herfried, *Machtzerfall. Die letzten Tage des Dritten Reiches dargestellt am Beispiel der hessischen Kreisstadt Friedberg*, Berlín 1985.
NAIMARK, Norman N., *Die Russen in Deutschland. Die sowjetische Besatzungszone 1945 bis 1949*, Berlín, 1997.
NAUMANN, Uwe (ed.), *«Ruhe gibt es nicht bis zum Schluss». Klaus Mann (1906-1949). Bilder und Dokumente*, Reinbek, 1999.
—, *Die Kinder der Manns. Ein Familienalbum*, Reinbek, 2005.
NERDINGER, Winfried (ed.), *München und der Nationalsozialismus. Katalog des NS-Dokumentationszentrums in München*, Múnich, 2015.
NEUFELD, Michael J., *Wernher von Braun. Visionär des Weltraums, Ingenieur des Krieges*, Múnich, 2009.
NIEDEN, Susanne zur, *Alltag im Ausnahmezustand. Frauentagebücher im zerstörten Deutschland 1943 bis 1945*, Berlín, 1993.
NÜTZENADEL, Alexander (ed.), *Das Reichsarbeitsministerium im Nationalsozialismus. Verwaltung-Politik-Verbrechen*, Gotinga, 2017.
OVERMANS, Rüdiger: «"Ein ungeordneter Eintrag im Leidensbuch der deutschen Geschichte?". Die Rheinwiesenlager 1945», en Hans-Erich Volkmann (ed.), *Ende des Dritten Reiches – Ende des Zweiten Weltkriegs. Eine perspektivische Rückschau*, Múnich-Zúrich, 1995, pp. 259-291.
OVERY, Richard, *Verhöre. Die NS-Elite in den Händen der Alliierten*, Múnich-Berlín, 2001. [Hay trad. cast.: *Interrogatorios. El Tercer Reich en el banquillo*, Barcelona, Tusquets, 2003].
PAMPERRIEN, Sabine, *Helmut Schmidt und der Scheisskrieg. Die Biografie 1918 bis 1945*, Múnich-Zúrich, 2014.
PEGEL, Michael, *Fremdarbeiter, Displaced Persons, Heimatlose Ausländer. Konstanten eines Randgruppenschicksals nach 1945*, Münster, 1997.
PELC, Ortwin y Christiane Zwick (eds.), *Kriegsende in Hamburg. Eine Stadt erinnert sich*, Hamburgo, 2005.
PETERSEN, Andreas, *Die Moskauer. Wie das Stalintrauma die* DDR *prägte*, Frankfurt, 2019.
ROOS, Daniel, *Julius Streicher und «Der Stürmer» 1923-1945*, Paderborn, 2014.
RUSINEK, Bernd-A., *Kriegsende 1945. Verbrechen, Katastrophen, Befreiungen in nationaler und internationaler Perspektive*, Gotinga, 2004.

SAAL, Yuliya von, «Anonyma: “Eine Frau in Berlin”. Geschichte eines Bestsellers», *Vierteljahrhefte für Zeitgeschichte,* 67 (2019), pp. 343-376.
SABROW, Martin, *Erich Honecker. Das Leben davor 1912-1945*, Múnich, 2016.
SANDER, Helke, y Barbara John (eds.), *BeFreier und Befreite. Krieg, Vergewaltigungen. Kinder*, Múnich, 1992.
SCHENCK, Ernst Günther, *Patient Hitler. Eine medizinische Biographie*, Düsseldorf, 1989.
SCHENK, Dieter, *Hans Frank. Hitlers Kronjurist und Generalgouverneur*, Frankfurt, 2006.
SCHMIDT, Ulf, *Hitlers Arzt Karl Brandt. Medizin und Macht im Dritten Reich*, Berlín, 2009.
SCHOLTYSECK, Joachim, *Der Aufstieg der Quandts. Eine deutsche Unternehmerdynastie*, Múnich, 2011.
SCHÖNER, Hellmut (ed.), *Die verhinderte Alpenfestung. Das Ende des Zweiten Weltkriegs im Raum Berchtesgaden-Bad Reichenhall-Salzburg*, Berchtesgaden, 1996.
SCHWARBERG, Günther, *Angriffsziel «Cap Arcona»*, Gotinga, 1998.
SCHWARZ, Birgit, *Geniewahn: Hitler und die Kunst*, Viena-Colonia-Weimar, 2009.
—, *Auf Befehl des Führers. Hitler und der Kunstraub*, Darmstadt, 2014.
SCHWARZ, Hans-Peter, *Adenauer*, vol. 1: *Der Aufstieg 1876-1952*, Múnich, 1994.
SCHWENDEMANN, Heinrich, «“Deutsche Menschen vor der Vernichtung durch den Bolschewismus zu retten”. Das Programm der Regierung Dönitz und der Beginn einer Legendenbildung», en Jörg Hillmann y John Zimmermann (eds.), *Kriegsende 1945 in Deutschland*, Múnich, 2002, pp. 9-33.
SEEBACHER-BRANDT, Brigitte, *Ollenhauer. Biedermann und Patriot*, Berlín, 1984.
SEGEV, Tom, *Simon Wiesenthal. Die Biographie*, Múnich, 2010.
SERENY, Gitta, *Albert Speer. Das Ringen mit der Wahrheit und das deutsche Trauma*, Múnich, 1995. [Hay trad. cast.: *Albert Speer, su batalla con la verdad*, Barcelona, Ediciones B, 2006].
SMELSER, Ronald, *Robert Ley. Hitlers Mann an der «Arbeitsfront». Eine Biographie*, Paderborn, 1989.
—, Enrico Syring y Rainer Zitelmann (eds.), *Die braune Elite II. 21 weitere biographische Skizzen*, Darmstadt, 1993.
SMITH, Arthur L., *Die «vermisste Million». Zum Schicksal deutscher Kriegsgefangener nach dem Zweiten Weltkrieg*, Múnich, 1992.
SMITH, Bradley F., y Elena Aga Rossi, *«Unternehmen Sonnenaufgang»*, Colonia, 1981.
SOELL, Hartmut, *Helmut Schmidt 1918-1969. Vernunft und Leidenschaft*, Múnich, 2003.
SOMMER, Theo, *1945. Die Biographie eines Jahres*, Reinbek, 2005.
SONTHEIMER, Kurt, *Die Adenauer-Ära. Grundlegung der Bundesrepublik*, Múnich, 1991.
STARGARDT, Nicholas, *Der Deutsche Krieg 1939-1945*, Frankfurt, 2015. [Hay trad. cast.: *La guerra alemana. Una nación en armas, 1939-1945*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2016].
STEINERT, Marlis G., *Die 23 Tage der Regierung Dönitz*, Düsseldorf-Viena, 1967. [Hay trad. cast.: *Los veintitrés días del gobierno de Doenitz*, Barcelona, Caralt, 1973].
—, «Die alliierte Entscheidung zur Verhaftung der Regierung Dönitz», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 2 (1986), pp. 85-99.
STRÄSSNER, Matthias, *«Erzähl mir vom Krieg!»*, *Wie 4 Journalistinnen 1945 ihre Berliner Tagebücher schreiben. Ruth Andreas-Friedrich, Ursula von Kardorff, Margret Boveri und Anonyma*, Wurzburgo, 2014.
STREBEL, Bernhard, *Celle April 1945 revisited*, Bielefeld, 2008.
STRÖBINGER, Rudolf, *Poker um Prag. Die frühen Folgen von Jalta*, Zúrich-Osnabrück, 1985.
TAYLOR, Frederick, *Zwischen Krieg und Frieden. Die Besetzung und Entnazifzierung Deutschlands 1944-1946*, Berlín, 2011.

THIES HEINRICH, *Fesche Lola, brave Liesel. Marlene Dietrich und ihre verleugnete Schwester*, Hamburgo, 2017.
THUM, Gregor, *Die fremde Stadt. Breslau 1945*, Berlín, 2003.
TREVOR-ROPER, Hugh R., *Hitlers letzte Tage*, Frankfurt-Berlín, 1995. [Hay trad. cast.: *Los últimos días de Hitler*, Barcelona, Alba, 2000].
UEBERSCHÄR, Gerd R. (ed.), *Hitlers militärische Elite*. Vol. 2: *Vom Kriegsbeginn bis zum Weltkriegsende*, Darmstadt, 1998.
—, y Rolf-Dieter Müller, *1945. Das Ende des Krieges*, Darmstadt, 2005.
ULLRICH, Sebastian, *Der Weimar-Komplex. Das Scheitern der ersten deutschen Demokratie und die politische Kultur der frühen Bundesrepublik*, Gotinga, 2009.
ULLRICH, Volker, *Adolf Hitler*, vol. 1: *Die Jahre des Aufstiegs 1889-1939*; vol. 2: *Die Jahre des Untergangs 1939-1945*, Frankfurt, 2013-2018.
—, «Victor Klemperer: Ich will Zeugnis ablegen bis zum letzten», en Markus Roth y Sascha Feuchert (eds.), *HolocaustZeugnisLiteratur. 20 Werke wieder gelesen*, Gotinga, 2018, pp. 211-222.
VOLKMANN, Hans-Erich (ed.), *Ende des Dritten Reiches – Ende des Zweiten Weltkriegs. Eine perspektivische Rückschau*, Múnich-Zúrich, 1995.
WACHSMANN, Nikolaus, KL. *Die Geschichte der nationalsozialistischen Konzentrationslager*, Múnich, 2015. [Hay trad. cast.: *KL. Historia de los campos de concentración nazis*, Barcelona, Crítica, 2015].
WAGNER, Patrick, *Displaced Persons in Hamburg. Stationen einer halbherzigen Integration 1945 bis 1948*, Hamburgo, 1997.
WIELAND, Karin, *Dietrich & Riefenstahl. Der Traum von der neuen Frau*, Múnich, 2011.
WILDT, Michael, *Generation des Unbedingten. Das Führungskorps des Reichsicherheitshauptamtes*, Hamburgo, 2002.
WINKLER, Heinrich August, *Der lange Weg nach Westen*, 2 vols., Múnich, 2000.
WINTER, Martin C., *Gewalt und Erinnerung im ländlichen Raum. Die deutsche Bevölkerung und die Todesmärsche*, Berlín, 2018.
WOLFRUM, Edgar, *Rot-Grün an der Macht. Deutschland 1998-2005*, Múnich, 2013.
ZEIDLER, Werner, *Kriegsende im Osten. Die Rolle der Roten Armee und die Bevölkerung Deutschlands östlich der Oder und Neisse 1944/45*, Múnich, 1996.

NOTAS

Los nombres rusos citados en las notas y en la bibliografía aparecen reproducidos con la transliteración usada en alemán. En el texto usamos, naturalmente, la transcripción utilizada en español (y, si la obra citada existe en español, repetimos el nombre del autor en su forma españolizada; por ejemplo, las *Memorias* del mariscal G. Zhúkov aparecen como Schukow, Georgi K., *Erinnerungen und Gedanken*, y a continuación damos la referencia de la obra traducida en español: G. Zhúkov, *Memorias y reflexiones*). *(Nota de los T.)*.

INTRODUCCIÓN

[1]Erich Kästner, *Notabene 45. Ein Tagebuch*, Múnich, 1989, p. 130 (*vid.* 7/5/1945). El libro, publicado por primera vez en 1961, es una versión revisada de las anotaciones originales del diario. Cfr. la introducción de Sven Hanuschek en Erich Kästner, *Das Blaue Buch. Geheimes Kriegstagebuch 1941-1945*, Sven Hanuschek, Ulrich von Bülow y Silke Becker (eds.), Zúrich, 2018, pp. 25-31.

[2]Para la «conciencia de estar en punto cero» vista a través del prisma de las autobiografías de los políticos, cfr. Volker Depkat, *Lebenswelten und Zeitenwenden. Deutsche Politiker und die Erfahrungen des 20. Jahrhunderts*, Múnich, 2007, pp. 189-196.

[3]Anonyma [Anónima], *Eine Frau in Berlin. Tagebuchaufzeichnungen vom 20. April bis 22. Juni 1945*, Frankfurt, 2003, p. 154 (anotación correspondiente al 7/5/1945).

[4]Para el concepto de «tiempo de nadie», cfr. Harald Jähner, *Wolfszeit. Deutschland und die Deutschen 1945-1955*, Berlín, 2019, p. 20.

[5]Friedrich Kellner, «Todos los cerebros están ofuscados, oscurecidos». Cfr. *Tagebücher 1939-1945*. Sascha Feuchert, Robert Martin Scott Kellner, Erwin Leibfried, Jörg Riecke y Markus Roth (eds.), vol. 2, Gotinga, 2011, p. 930 (anotación correspondiente al 5/5/1945).

[6]Reinhold Maier, *Ende und Wende. Briefe und Tagebuchaufzeichnungen 1944-1946*, Wuppertal, 2004, p. 232 (anotación correspondiente al 7/5/1945).

[7]Cfr. Richard Bessel, *Germany 1945. From War to Peace*, Londres, 2009, pp. 134-ss.

[8]Ivone Kirkpatrick, *Im inneren Kreipp. Erinnerungen eines Diplomaten*, Berlín, 1964, p. 167. Cfr. H. Jähner, *Wolfszeit...*, pp. 61-ss.

[9]Cfr. Stefan-Ludwig Hoffmann, «Besiegte, Besatzer, Beobachter. Das Kriegsende im Tagebuch», en Daniel Fulda, Dagmar Herzog, Stefan-Ludwig Hoffmann y Till van Rahden (eds.), *Demokratie im Schatten der Gewalt. Geschichten des Privaten im deutschen Nachkrieg*, Gotinga, 2010, pp. 25-55; Susanne zur Nieden, *Alltag im Ausnahmezustand. Frauentagebücher im zerstörten Deutschland*, Berlín, 1993.

[10]Para lo que sigue, véase también Volker Ullrich, *Adolf Hitler*, vol. 2, *Die Jahre des Untergangs 1939-1945*, Frankfurt, 2018, pp. 656-ss.; Joachim Fest, *Der Untergang. Hitler und das Ende des Dritten Reiches*, Berlín, 2002, pp. 128-ss.; Anton Joachimsthaler, *Hitlers Ende. Legenden und Dokumente*, Múnich-Berlín, 1995, pp. 201-ss.
[11]Ernst Günther Schenck, *Patient Hitler. Eine medizinische Biographie*, Düsseldorf, 1989, p. 400.
[12]Cfr. A. Joachimsthaler, *Hitlers Ende...*, pp. 205-209.
[13]Cfr. ibíd., pp. 210-213; Henrik Eberle y Matthias Uhl (eds.), *Das Buch Hitler. Geheimdossier des* NKWD *für Josef W. Stalin, zusammengestellt aufgrund der Verhörprotokolle des Persönlichen Adjutanten Hitlers, Otto Günsche, und des Kammerdieners Heinz Linge*, Moscú, 1948-1949, Bergisch Gladbach, 2005, pp. 444-ss.
[14]Traudl Junge, *Bis zur letzten Stunde. Hitlers Sekretärin erzählt ihr Leben*, Múnich, 2002, p. 205.
[15]Facsímil en A. Joachimsthaler, *Hitlers Ende...*, p. 192.
[16]Hans Baur, *Ich flog Mächtige der Erde*, Kempten (Algovia), 1956, pp. 275-ss.
[17]Heinz Linge, *Bis zum Untergang. Als Chef des Persönlichen Dienstes bei Hitler*, Werner Maser (ed.), Múnich, 1982, pp. 286-ss.; cfr. H. Eberle y M. Uhl (eds.), *Das Buch Hitler...*, pp. 446-ss.
[18]T. Junge, *Bis zur letzten Stunde...*, p. 206.
[19]Texto reproducido, entre otras obras, en Joseph Goebbels, *Tagebücher 1945. Die letzten Aufzeichnungen*, Hamburgo, 1977, pp. 549-ss. [Hay trad. cast.: *Diario de 1945. Los últimos escritos del jerarca nazi que permaneció junto a Hitler hasta el final*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2008]. La carta salió de Berlín el 28 de abril en un avión pilotado por Hanna Reitsch, aviadora y admiradora incondicional de Hitler, y llegó a manos de Harald Quandt, que se hallaba preso de los británicos en el norte de África, no sin antes tener que dar algunos rodeos. Cfr. Joachim Scholtyseck, *Der Aufstieg der Quandts. Eine deutsche Unternehmerdynastie*, Múnich, 2011, p. 252.
[20]Cfr. A. Joachimsthaler, *Hitlers Ende...*, pp. 221-s.
[21]Cf. ibíd., pp. 230-270 (con una comparación de las declaraciones de todos los testigos); H. Eberle y M. Uhl (eds.), *Das Buch Hitler...*, pp. 447-ss.
[22]Cfr. A. Joachimsthaler, *Hitlers Ende...*, pp. 288-332; H. Eberle y M. Uhl (eds.), *Das Buch Hitler...*, pp. 448-ss.
[23]Para lo que sigue, cfr. Antony Beevor, *Berlin 1945. Das Ende*, Múnich, 2002, pp. 387-389, 398-ss.; y Tony Le Tissier, «Chronik der Schlacht um Berlin», en Bengt von zur Mühlen (ed.), *Der Todeskampf der Reichshauptstadt*, Berlín-Kleinmachnow, 1994, pp. 79-86.
[24]Cfr. Jörg Müllner, «Wie Russlands Fahne 1945 auf den Reichstag kam», en *Die Welt*, 18 de enero de 2008.
[25]Cfr. Jewgeni Chaldej [Yevgeni Jaldéi], *Der bedeutende Augenblick*, Ernst Volland y Heinz Krimmer (eds.), Leipzig, 2008.
[26]Así lo cuenta el corresponsal de guerra Konstantín Símonov; cfr. Konstantin Simonow, *Kriegstagebuch 1941-1945*, Berlín oriental, sin especificar el año; citado en Peter Gosztony (ed.), *Der Kampf um Berlin 1945 in Augenzeugenberichten*, Düsseldorf, 1970, p. 389.
[27]Véanse las noticias de un comandante del ejército ruso a su hermana, enviadas el 9/5/1945: «En las paredes hay un gran número de letreros escritos con tiza, con carbón y a lápiz por nuestros gloriosos soldados y oficiales rusos. He aquí algunas de esas inscripciones: “Aquí estuvieron unos de Stalingrado [y las firmas]”, “Aquí estuvo un soldado ruso de Smolensk [y la firma]”, “Ya estamos en

el Reichstag. Todo bien. Iván Petrov 9/5/45"». Elke Scherstjanoi (ed.), *Rotarmisten schreiben aus Deutschland. Briefe von der Front (1945) und historische Analysen*, Múnich, 2004, p. 172.

[28]Marianne Feuersenger, *Im Vorzimmer der Macht. Aufzeichnungen aus dem Wehrmachtführungsstab und Führerhauptquartier 1940-1945*, Múnich, 1999, p. 271.

[29]Fotografía reproducida, entre otras obras, en Winfried Nerdinger (ed.), *München und der Nationalsozialismus. Katalog des NS-Dokumentationszentrums München*, Múnich, 2015, p. 298.

[30]Facsímil en ibíd., p. 301. Para lo que sigue, véase David Clay Large, *Hitlers München. Aufstieg und Fall der Hauptstadt der Bewegung*, Múnich, 1998, pp. 431-ss.; Wolfgang Görl, «Als die Amerikaner München befreiten», en *Süddeutsche Zeitung*, 24 de abril de 2015.

[31]Facsímil del programa en cuestión en W. Nerdinger (ed.), *München und der Nationalsozialismus...*, p. 297. Para la FAB, cfr. Veronika Diem, *Die Freiheitsaktion Bayern. Ein Aufstand in der Endphase des NS-Regimes*, Kallmünz, 2013. Klaus-Dietmar Henke, *Die amerikanische Besatzung Deutschlands*, Múnich, 1995, pp. 854-857, lanza duras críticas contra el «intento de insurrección insuficientemente preparado y ejecutado con la torpeza de unos diletantes» (la cita corresponde a la p. 854).

[32]Facsímil del llamamiento de Giesler en W. Nerdinger (ed.), *München und der Nationalsozialismus...*, p. 296.

[33]Cfr. K.-D. Henke, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands...*, pp. 859-ss.; Frederick Taylor, *Zwischen Krieg und Frieden. Die Besetzung und Entnazifizierung Deutschlands 1944-1946*, Berlín, 2011, pp. 137-141.

[34]Citado en K.-D. Henke, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands...*, p. 934.

[35]Sven Keller (ed.), *Kriegstagebuch einer jungen Nationalsozialistin. Die Aufzeichnungen Wolfhilde von Königs 1939-1946*, Berlín-Boston, 2015, p. 213 (anotación correspondiente al 30/4/1945).

[36]Citado en Wolfgang Görl, «Als die Amerikaner München befreiten», en *Süddeutsche Zeitung*, 24 de abril de 2005. Al término de la guerra Langendorf intervino como oficial de prensa en la concesión de las primeras licencias de rotativas y tuvo un papel determinante en la fundación de la *Süddeutsche Zeitung*. Cf. Knud von Harbou, *Als Deutschland seine Seele retten wollte. Die* Süddeutsche Zeitung *in den Gründerjahren nach 1945*. Múnich, 2015, pp. 24-ss.

[37]Edgar Kupfer-Koberwitz, *Dachauer Tagebücher. Die Aufzeichnungen des Häftlings 24814*, Múnich, 1997, pp. 451-452-s.

[38]Ludwig Eiber, «Gewalt im KZ Dachau. Vom Anfang eines Terrorsystems», en Andreas Wirsching (ed.), *Das Jahr 1933. Die nationalsozialistische Machteroberung und die deutsche Gesellschaft*, Gotinga, 2009, pp. 169-181 (para este dato en concreto, véase p. 178).

[39]Para lo que sigue, cfr. Gabriele Hammerstein, «Das Kriegsende in Dachau», en Bernd-A. Rusinek (ed.), *Kriegsende 1945. Verbrechen, Katastrophen, Befreiungen in nationaler und internationaler Perspektive*, Gotinga, 2004, pp. 27-45 (cita en la p. 28); Wolfgang Benz y Barbara Distel (eds.), *Der Ort des Terrors. Geschichte der nationalsozialistischen Konzentrationslager*, vol. 2, Múnich, 2005, pp. 268-271; Nikolaus Wachsmann, KL. *Die Geschichte der nationalsozialistischen Konzentrationslager*, Múnich, 2015, pp. 682-684; K.-D. Henke, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands...*, pp. 862-931.

[40]Cfr. K.-D. Henke, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands...*, pp. 905-913; W. Benz y B. Distel (eds.), *Der Ort des Terrors...*, vol. 2, pp. 269-ss.; Daniel Blatman, *Die Todesmärsche 1944/45. Das letzte Kapitel des nationalsozialistischen Massenmords*, Reinbek, 2011, pp. 334-337.

[41]E. Kupfer-Koberwitz, *Dachauer Tagebücher...*, p. 444.

[42]Cita en K.-D. Henke, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands...*, pp. 917-s.

[43]Cfr. G. Hammerstein, «Das Kriegsende in Dachau», pp. 41-ss.; K.-D. Henke, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands...*, pp. 919-922; Keith Lowe, *Der wilde Kontinent. Europa in den Jahren der*

Anarchie 1943-1950, Stuttgart, 2014, pp. 113-ss. Puede leerse una descripción detallada de los acontecimientos en la biografía de Felix Sparks, escrita por Alex Kershaw, *Der Befreier. Die Geschichte eines amerikanischen Soldaten im Zweiten Weltkrieg*, Múnich, 2014, pp. 309-345.
[44]E. Kupfer-Koberwitz, *Dachauer Tagebücher...*, p. 459.
[45]Texto del telegrama reproducido, entre otras obras, en Percy Ernst Schramm (ed.), *Die Niederlage 1945. Aus dem Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht*, Múnich, 1982, p. 419; Walter Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz. Die letzten Tage des Dritten Reiches*, 3.ª ed. muy ampliada, Gotinga, 1964, p. 130.
[46]Cfr. V. Ullrich, *Adolf Hitler...*, vol. 2, pp. 652, 657.
[47]Karl Dönitz, *Zehn Jahre und zwanzig Tage*, Frankfurt-Bonn, 1963, p. 434. El 30 de septiembre de 1956, último día de la estancia de Dönitz en la cárcel de Spandau, su compañero de reclusión, Albert Speer, negó que, durante la última visita que Dönitz efectuara al búnker del Führer el 27 de abril, Hitler lo propusiera como sucesor; según él, cuando le preguntaron al respecto, el dictador solo se manifestó en términos positivos acerca de la actuación de Dönitz en el «territorio del Norte». Albert Speer, *Spandauer Tagebücher*, Berlín-Múnich, 2002, p. 445 (anotación correspondiente al día 30 de septiembre de 1956). No obstante, en sus memorias (cfr. p. 434), Dönitz afirmaba que la iniciativa de su nombramiento salió de Speer.
[48]Cfr. V. Ullrich, *Adolf Hitler...*, vol. 2, pp. 640-ss.
[49]Cfr. ibíd., pp. 648-s., 652-s.
[50]Cfr. W. Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz...*, pp. 42-ss.; K. Dönitz, *Zehn Jahre und zwanzig Tage...*, p. 433.
[51]Citado en Reimer Hansen, *Das Ende des Dritten Reiches. Die deutsche Kapitulation 1945*, Stuttgart, 1966, p. 103. Dönitz explicó también en su interrogatorio en Mondorf el 17 de junio de 1945: «Hitler fue un personaje extraordinario». Wassili S. Christoforow *et al.* (eds.), *Verhört. Die Befragungen deutscher Generale und Offiziere durch die sowjetischen Geheimdienste 1945-1952*, Berlín-Boston, 2015, p. 66.
[52]Heinrich Schwendemann, «"Deutsche Menschen vor der Vernichtung durch den Bolschewismus zu retten". Das Programm der Regierung Dönitz und der Beginn einer Legendenbildung», en Jörg Hillmann y John Zimmermann (eds.), *Kriegsende 1945 in Deutschland*, Múnich, 2002, pp. 9-33 (la cita corresponde a la p. 9).
[53]Cfr. W. Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz...*, pp. 29-s.
[54]Hans Sarkowicz (ed.), *«Als der Krieg zu Ende war». Erinnerungen an den 8. Mai 1945*, Frankfurt-Leipzig, 1995, pp. 112-ss.
[55]K. Dönitz, *Zehn Jahre und zwanzig Tage...*, p. 436. Cfr. W. Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz...*, pp. 89-ss.; Marlis G. Steinert, *Die 23 Tage der Regierung Dönitz*, Düsseldorf-Viena, 1967, pp. 88-ss.
[56]Cfr. *Kriegstagebuch des Führungsstabes Nord (A)*, anotación correspondiente al 30/4/1945; Percy Ernst Schramm (ed.), *Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht*, vol. IV, 2, Herrsching, 1982, p. 1468 (citado en adelante KTB-OKW).

1 DE MAYO DE 1945

[57]Hans Refior, «Mein Berliner Tagebuch 1945», en B. von zur Mühlen (ed.), *Der Todeskampf der Reichshauptstadt...*, p. 132.
[58]Marschall Wassilij Tschuikow [Vasili Chuikov], *Das Ende des Dritten Reiches*, Múnich, 1966, pp. 184-ss.; cfr. Ulrich Völklein (ed.), *Hitlers Tod. Die letzten Tage im Führerbunker*, Gotinga, 1998,

pp. 48-ss. (la obra fija la hora de la muerte de Hitler a las 15.50).
[59]Cfr. V. Ullrich, *Adolf Hitler...*, vol. 2, pp. 445, 550-ss.
[60]Cfr. H. Refior, «Mein Berliner Tagebuch 1945»..., p. 132; Rochus Misch, *Der letzte Zeuge. «Ich war Hitlers Telefonist, Kurier und Leibwächter»*, Zúrich y Múnich, 2008, pp. 225-s.
[61]Arthur Axmann, «Das Ende im Führerbunker», en *Stern*, 2 de mayo de 1965; citado en P. Gosztony (ed.), *Der Kampf um Berlin 1945 in Augenzeugenberichten...*, p. 350.
[62]T. Junge, *Bis zur letzten Stunde...*, p. 208.
[63]Véase el relato de lo sucedido proporcionado por Theodor von Dufving, «Die Kapitulationsverhandlungen vom 30. April bis zum 2. Mai 1945», en B. von zur Mühlen (ed.), *Der Todeskampf der Reichshauptstadt...*, pp. 168-ss.
[64]M. W. Tschuikow [M. V. Chuikov], *Das Ende des Dritten Reiches...*, p. 183.
[65]Véase la exposición detallada de las negociaciones en ibíd., pp. 185-214.
[66]Reproducido en H. Eberle y M. Uhl (eds.), *Das Buch Hitler...*, pp. 463. Cfr. U. Völklein (ed.), *Hitlers Tod...*, pp. 46-s.
[67]Georgi K. Schukow [Zhúkov], *Erinnerungen und Gedanken*, Stuttgart, 1969, pp. 604-ss.
[68]T. von Dufving, «Die Kapitulationsverhandlungen...», en B. von zur Mühlen (ed.), *Der Todeskampf der Reichshauptstadt...*, pp. 173-175.
[69]A. Axmann, «Das Ende im Führerbunker», en *Stern*, 2 de mayo de 1965; citado en P. Gosztony, *Der Kampf um Berlin 1945...*, pp. 363.
[70]Reproducido en KTB-OKW, vol. IV/2, p. 1469; P. E. Schramm (ed.), *Die Niederlage 1945...*, p. 419. El telegrama fue enviado a las 03.27 de la madrugada.
[71]Facsímil del borrador de Speer en Heinrich Breloer, en colaboración con Rainer Zimmer, *Die Akte Speer. Spuren eines Kriegsverbrechers*, Berlín, 2006, p. 319.
[72]Para el papel poco claro de Speer, véase Magnus Brechtken, *Albert Speer. Eine deutsche Karriere*, Múnich, 2017, pp. 276-280; V. Ullrich, *Adolf Hitler...*, vol. 2, pp. 615-619.
[73]Reproducido en P. E. Schramm (ed.), *Die Niederlage 1945...*, p. 420; W. Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz...*, p. 130. El telegrama fue puesto en Berlín a las 07.40.
[74]Cfr. R. Hansen, *Das Ende des Dritten Reiches...*, p. 95; Jochen von Lang, *Der Sekretär. Martin Bormann, Der Mann, der Hitler beherrschte*, Stuttgart, 1977, p. 336.
[75]Reproducido en P. E. Schramm (ed.), *Die Niederlage 1945...*, p. 420; W. Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz...*, p. 130.
[76]Cfr. K. Dönitz, *Zehn Jahre und zwanzig Tage...*, p. 444; Albert Speer, *Erinnerungen*, Frankfurt-Berlín, 1993, p. 490.
[77]Lars Lüdicke, *Constantin von Neurath. Eine politische Biographie*, Paderborn, 2014, p. 558.
[78]M. G. Steinert, *Die 23 Tage der Regierung Dönitz...*, p. 107; cfr. W. Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz...*, p. 82.
[79]Lutz Graf Schwerin von Krosigk, *Es geschah in Deutschland. Menschenbilder unseres Jahrhunderts*, Tubinga y Stuttgart, 3.ª ed., 1952, p. 366; véase asimismo Lutz Graf Schwerin von Krosigk, *Memoiren*, Stuttgart, 1977, pp. 242-s.
[80]Cfr. M. G. Steinert, *Die 23 Tage der Regierung Dönitz...*, p. 8; L. G. Schwerin von Krosigk, *Es geschah in Deutschland...*, p. 374.
[81]Cfr. W. Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz...*, pp. 53-60; M. G. Steinert, *Die 23 Tage der Regierung Dönitz...*, pp. 172-ss.; Herbert Kraus, «Karl Dönitz und das Ende des "Dritten Reiches"», en Hans-Erich Volkmann (ed.), *Ende des Dritten Reiches – Ende des Zweiten Weltkrieges. Eine perspektivische Rückschau*, Múnich-Zúrich, 1995, pp. 1-23 (para este punto en concreto, véase p. 11).
[82]Friedrich Karl Engel, «1. Mai 1945, Hitlers Tod in Rundfunksendungen», en *Funkgeschichte*, 41 (2018); archivo PDF, pp. 1-s.

[83]Reproducido en W. Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz...*, p. 132 (también para las siguientes citas).
[84]F. K. Engel, «1. Mai 1945. Hitlers Tod in Rundfunksendungen»..., archivo PDF, p. 1.
[85]Texto reproducido en W. Lüdde-Neurath, *Die Regierung Dönitz...*, p. 133. Como consideraba que en las condiciones actuales tomar de nuevo juramento a la Wehrmacht era inviable, Keitel había aconsejado emplear esa fórmula. Cfr. Walter Görlitz (ed.), *Generalfeldmarschall Keitel. Verbrecher oder Offizier? Erinnerungen, Briefe, Dokumente des Chefs* OKW, Gotinga-Berlín-Frankfurt, 1961, p. 372.
[86]E. Kästner, *Notabene 45...*, p. 105 (2/5/1945). Véase la versión abreviada de esta misma afirmación en E. Kästner, *Das Blaue Buch...*, p. 192 (2/5/1945).
[87]Söhnke Neitzel, *Abgehört. Deutsche Generäle in britischer Kriegsgefangenschaft 1942-1945*, Berlín, 2005, doc. 78, pp. 105-210 (informe de 1/2 de mayo de 1945).
[88]Ursula von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen 1942 bis 1945*, Peter Hartl (ed.), Múnich, 1992, p. 319 (anotación correspondiente al 1/5/1945). En la agenda de Kardorff aparece solo una reseña lapidaria: «Hitler ha muerto. ¡Qué emoción! Lloro». Ibíd., p. 320, nota 3.
[89]A. Speer, *Erinnerungen...*, p. 491; véase asimismo Gitta Sereny, *Albert Speer. Das Ringen mit der Wahrheit und das deutsche Trauma*, Múnich, 1995, p. 627.
[90]Cfr. M. Brechtken, *Albert Speer...*, pp. 295-ss.; Volker Ullrich, «Zum Dank ein Bild vom Führer», en *Die Zeit*, 16 de mayo de 2016.
[91]William L. Shirer, *Berliner Tagebuch. Das Ende 1944-45*, Jürgen Schebera (ed.), Leipzig, 1994, p. 67 (anotación correspondiente al 1/5/1945).
[92]Thomas Mann, *Tagebücher 1944-1. 4. 1946*, Inge Jens (ed.), Frankfurt, 1986, p. 197 (anotaciones correspondientes al 1 y al 2 de mayo de 1945).
[93]Sebastian Haffner, *Germany, Jekyll & Hyde. 1939 – Deutschland von innen betrachtet*, Berlín, 1996, p. 21. [Hay trad. cast.: *Alemania, Jekyll y Hyde. 1939, el nazismo visto desde dentro*, Barcelona, Destino, 2005]. Cfr. Thomas Mann, *Tagebücher 1940-1943*, Peter de Mendelssohn (ed.), Frankfurt, 1982, p. 76 (anotación correspondiente al 15/5/1940): «Leído atentamente un libro ing(lés), *Germany, Jekyll and Hyde*, de S. Haffner (¿seudónimo?). Excelente».
[94]Joseph Goebbels, *Die Tagebücher*, parte II, vol. 15, Elke Fröhlich (ed.), Múnich, 1995, p. 383 (anotación correspondiente al 28/2/1945). Cfr. V. Ullrich, *Adolf Hitler...*, vol. 2, pp. 608-610; V. Ullrich, «Seine letzte Rolle», en *De Zeit*, 4 de octubre de 2018.
[95]Facsímil en B. von zur Mühlen (ed.), *Der Todeskampf der Reichshauptstadt...*, p. 150.
[96]Hugh R. Trevor-Roper, *Hitlers letzte Tage*, Frankfurt-Berlín, 1995, pp. 181-ss. (publicado por primera vez en Inglaterra en 1947). Cfr. T. Junge, *Bis zur letzten Stunde...*, p. 204.
[97]Cfr. J. Fest, *Der Untergang...*, p. 168.
[98]A. Axmann, «Das Ende im Führerbunker», en *Stern*, 2 de mayo de 1965; citado en P. Gosztony (ed.), *Der Kampf um Berlin 1945...*, pp. 350-ss.
[99]Cfr. R. Misch, *Der letzte Zeuge...*, p. 227.
[100]Para lo que sigue, véase asimismo el acta del interrogatorio llevado a cabo por la Sección IV del Departamento de Investigación SMERSH del Primer Frente Bielorruso con fecha 7/5/1945; reproducida en Lew A. Besymenski, «Das Ende der Familie Goebbels», en *Die Zeit*, 16 de agosto de 1968; y, en forma resumida, también en U. Völklein (ed.), *Hitlers Tod...*, pp. 76-79.
[101]Acta del interrogatorio del 19/5/1945; L. A. Besymenski, «Das Ende der Familie Goebbels», en *Die Zeit*, 16 de agosto de 1968; U. Völklein (ed.), *Hitlers Tod...*, pp. 79-s.
[102]T. Junge, *Bis zur letzten Stunde...*, p. 212; H. Baur, *Ich flog Mächtige der Erde...*, p. 282.
[103]R. Misch, *Der letzte Zeuge...*, p. 232.
[104]Cfr. H. R. Trevor-Roper, *Hitlers letzte Tage...*, p. 203.

[105]Cfr. H. Eberle y M. Uhl (eds.), *Das Buch Hitler...*, p. 455. Y así lo recordaba también el jefe del servicio electromecánico de la antigua Cancillería del Reich, Johannes Hentschel; R. Misch, *Der letzte Zeuge*..., p. 233.
[106]Actas del departamento de investigación de medicina legal de 7-9/5/1945; reproducidas en U. Völklein (ed.), *Hitlers Tod...*, pp. 106-131 (para este punto en concreto, véanse pp. 116, 121).
[107]Cfr. ibíd., p. 141.
[108]Cfr. J. Scholtyseck, *Der Aufstieg der Quandts...*, pp. 252-ss., 770. Para el «círculo de Naumann», véase Norbert Frei, *Vergangenheitspolitik. Die Anfänge der Bundesrepublik und die NS-Vergangenheit*, Múnich, 1996, pp. 361-ss.
[109]Lew Besymenski, *Die letzten Notizen von Martin Bormann. Ein Dokument und sein Verfasser*, Stuttgart, 1974, p. 272.
[110]Cfr. T. Junge, *Bis zur letzten Stunde...*, pp. 210-s., 212.
[111]Cfr. H. R. Trevor-Roper, *Hitlers letzte Tage...*, pp. 203-ss.; H. Eberle y M. Uhl (eds.), *Das Buch Hitler...*, p. 454.
[112]Para la composición de los grupos, con datos en parte distintos, cfr. H. R. Trevor-Roper, *Hitlers letzte Tage...*, p. 204; T. Junge, *Bis zur letzten Stunde...*, p. 213; H. Eberle y M. Uhl (eds.), *Das Buch Hitler...*, p. 854; J. von Lang, *Der Sekretär...*, p. 339.
[113]T. Junge, *Bis zur letzten Stunde...*, p. 213.
[114]Cfr. J. von Lang, *Der Sekretär...*, pp. 402-s.; Volker Koop, *Martin Bormann. Hitlers Vollstrecker*, Viena-Colonia-Weimar, 2012, pp. 314-316.
[115]Florian Huber, *Kind, versprich mir, dass du dich erschiesst. Der Untergang der kleinen Leute 1945*, Berlín, 4.ª ed., 2015, p. 139. Para lo que sigue, véanse asimismo pp. 9-77.
[116]Véanse, entre otros, Hannes Heer y Klaus Naumann (eds.), *Vernichtungskrieg. Verbrechen der Wehrmacht 1941-1944*, Hamburgo, 1995.
[117]Cfr. Bernhard Fisch, *Nemmersdorf, Oktober 1944. Was in Ostpreussen tatsächlich geschah*, Berlín, 1997.
[118]J. Goebbels, *Tagebücher...*, parte II, vol. 14, p. 110 (26/10/1944).
[119]Citado en Werner Zeidler, *Kriegsende im Osten. Die Rolle der Roten Armee und die Bevölkerung Deutschlands östlich der Oder und Neisse 1944/45*, Múnich, 1996, p. 138. Para el comportamiento del Ejército Rojo durante su entrada en Alemania, véanse asimismo Catherine Merridale, *Iwans Krieg. Die Rote Armee 1939-1945*, Frankfurt, 2006, pp. 329-351, y Normann N. Naimark, *Die Russen in Deutschland. Die sowjetische Besatzungszone 1945 bis 1949*, Berlín, 1997, pp. 94-98.
[120]F. Huber, *Kind, versprich mir, dass du dich erschiesst...*, p. 51.
[121]Ibíd., pp. 59-s.
[122]Cfr. ibíd., pp. 136-138.
[123]Para lo que sigue, véanse asimismo Christian Goeschel, *Selbstmord im Dritten Reich*. Berlín, 2011, pp. 241-255, y Richard J. Evans, *Das Dritte Reich*, vol. III: *Krieg*, Múnich, 2008, pp. 907-915.
[124]Heinz Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich. Die geheimen Lageberichte des Sicherheitsdienstes der SS*, Herrsching, 1984, vol. 17, p. 6737.
[125]Walter Ulbricht a Wilhelm Pieck, 17/5/1945; Gerhard Keiderling (ed.), *«Gruppe Ulbricht» in Berlin April bis Juni 1945. Von den Vorbereitungen im Sommer 1944 bis zur Wiedergründung der* KPD *im Juni 1945. Eine Dokumentation*, Berlín, 1993, doc. 64, p. 348.
[126]Para lo que sigue, véase asimismo Mario Frank, *Walter Ulbricht. Eine deutsche Biografie*, Berlín, 2001, pp. 137-ss.
[127]Wolfgang Leonhard, «Mai 1945, Erinnerungen eines Mitglieds der “Gruppe Ulbricht”», en Christine Krauss y Daniel Küchenmeister (eds.), *Das Jahr 1945. Brüche und Kontinuitäten*, Berlín, 1995, p. 50.

[128]G. Keiderling (ed.), *«Gruppe Ulbricht» in Berlin...*, doc. 6, pp. 130-134 (para este punto en concreto, véanse pp. 131-ss.). Cf. ibíd., pp. 26-28; M. Frank, *Walter Ulbricht...*, pp. 174-s.
[129]Cfr. M. Frank, *Walter Ulbricht...*, p. 177; Wilfried Loth, *Stalins ungeliebtes Kind. Warum Moskau die DDR nicht wollte*, Berlín, 1994, pp. 20-s.
[130]G. Keiderling (ed.), *«Gruppe Ulbricht» in Berlin...*, doc. 1, p. 121.
[131]Cfr. ibíd., p. 29; M. Frank, *Walter Ulbricht...*, p. 176.
[132]G. Keiderling (ed.), *«Gruppe Ulbricht» in Berlin...*, doc. 14, p. 182; cfr. ibíd., pp. 30-ss., 42; M. Frank, *Walter Ulbricht...*, p. 178.
[133]G. Keiderling (ed.), *«Gruppe Ulbricht» in Berlin...*, doc. 31, pp. 260-265 (para este punto en concreto, véase p. 260).
[134]Cfr. ibíd., doc. 34, pp. 273-ss.
[135]Cfr. Wolfgang Leonhard, *Die Revolution entlässt ihre Kinder*, Colonia, 1987, pp. 297-301; G. Keiderling (ed.), *«Gruppe Ulbricht» in Berlin...*, pp. 727-732.
[136]G. Keiderling (ed.), *«Gruppe Ulbricht» in Berlin...*, doc. 36, pp. 277-s.
[137]W. Leonhard, *Die Revolution entlässt ihre Kinder...*, p. 292.
[138]Cfr. W. Leonhard, *Die Revolution entlässt ihre Kinder...*, pp. 301-305; Wolfgang Leonhard, «Im Dienste Walter Ulbrichts», en Gustav Trampe (ed.), *Die Stunde Null. Erinnerungen an Kriegsende und Neuanfang*, Stuttgart, 1995, pp. 272-s.; G. Keiderling (ed.), *«Gruppe Ulbricht» in Berlin...*, pp. 39-ss.; Richard Gyptner, «Am 1. Mai 1945 nach Bruchmühle», en ibíd., pp. 699-s.
[139]W. Leonhard, *Die Revolution entlässt ihre Kinder...*, p. 308.
[140]Theo Findahl, *Letzter Akt – Berlin 1933-1945*, Hamburgo, 1946, pp. 180, 182.
[141]Cfr. Peter Merseburger, *Willy Brandt 1913-1992. Visionär und Realist*, Stuttgart-Múnich, 2002, pp. 57-221.
[142]Willy Brandt, *Erinnerungen*, Berlín-Frankfurt, 1989, pp. 139-s.; ligera modificación en Willy Brandt, *Links und frei. Mein Weg 1930-1950*, Hamburgo, 1982, p. 375.
[143]Willy Brandt, *Verbrecher und andere Deutsche. Ein Bericht aus Deutschland 1946*, Einhart Lorenz (ed.), Bonn, 2007 (véase particularmente, en este caso, la introducción del editor, pp. 7-33).
[144]Astrid Lindgren, *Die Menschheit hat den Verstand verloren. Tagebücher 1939-1945*, Berlín, 2015, pp. 444-s. (1/5/1945). Cfr. el prólogo de Antje Rávic Strubel, ibíd., pp. 5-16.

2 DE MAYO DE 1945

[145]F. K. Engel, «1. Mai 1945, Hitlers Tod in Rundfunksendungen»..., archivo PDF, p. 1.
[146]Christian Graf von Krockow, «Der deutschen Grenze entgegen», en G. Trampe (ed.), *Die Stunde Null...*, p. 250.
[147]Gerd Schmückle, «Mitgegangen, mitgefangen…», en ibíd., p. 57.
[148]U. von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen 1942 bis 1945...*, p. 320 (anotación correspondiente al 2/5/1945).
[149]Ruth Andreas-Friedrich, *Schauplatz Berlin. Ein deutsches Tagebuch*, Múnich, 1962, pp. 188-ss. (anotación correspondiente al 2/5/1945).
[150]Karla Höcker, *Die letzten und die ersten Tage. Berliner Aufzeichnungen 1945*, Berlín, 1966, p. 23 (anotación correspondiente al 1/5/1945).
[151]Heinrich Breloer (ed.), *Mein Tagebuch. Geschichten vom Überleben 1939-1947*, Colonia, 1984, p. 182.

[152]S. Neitzel (ed.), *Abgehört...*, doc. 79, pp. 210-212 (2 de mayo de 1945), doc. 72, p. 195 (10-13 de abril de 1945), doc. 73, p. 197 (16-18 de abril de 1945).
[153]Ernst Jünger, *Die Hütte im Weinberg, Sämtliche Werke*, vol. 3, Stuttgart, 1979, p. 421 (anotación correspondiente al 1/5/1945). [Hay trad. cast.: *Radiaciones II. Diarios de la Segunda Guerra Mundial (1943-1948)*, Barcelona, Tusquets, 2005].
[154]H. Sarkowicz (ed.), *«Als der Krieg zu Ende war»...*, p. 79.
[155]*Hamburger Zeitung*, 2 de mayo de 1945; reproducido de nuevo en *Die Zeit*, 23 de abril de 2015.
[156]Lore Walb, *Ich, die Alte – ich, die Junge. Konfrontation mit meinen Tagebüchern 1933-1945*, Berlín, 1997, p. 338.
[157]H. Breloer (ed.), *Mein Tagebuch...*, p. 213 (anotación correspondiente al 2/5/945).
[158]Carola Stern, *In den Netzen der Erinnerung. Lebensgeschichten zweier Menschen*. Reinbek, 1986, p. 237. Véase también Carola Stern, «Dem Führer die Treue halten?», en G. Trampe (ed.), *Die Stunde Null*, p. 261.
[159]Lothar Loewe, «Der Kampf um Berlin», en G. Trampe (ed.), *Die Stunde Null...*, p. 47. La joven Johanna Ruf, de quince años de edad, que el 27 de abril de 1945 estaba de servicio, junto con otras integrantes de la Liga de Muchachas Alemanas (BDM por sus siglas en alemán), como auxiliar sanitaria en la enfermería instalada debajo de la nueva Cancillería del Reich, anotó el 2 de mayo en su diario: «La emoción que sentimos todos en estos momentos cuando volvemos a hablar del Führer no se puede describir». Johanna Ruf, *Eine Backpfeife für den kleinen Goebbels. Berlin im Tagebuch einer 15-Jährigen. Die letzten und die ersten Tage*, Wieland Giebel (ed.), Berlín, 2017, p. 29.
[160]F. Kellner, *Tagebücher 1939-1945*, vol. 2, p. 930 (anotación correspondiente al 1/5/1945).
[161]W. L. Shirer, *Berliner Tagebuch. Das Ende 1944-45*, p. 71 (anotación correspondiente al 2/5/1945).
[162]M. W. Tschuikow [M. V. Chuikov], *Das Ende des Dritten Reiches...*, p. 219.
[163]H. Refior, «Mein Berliner Tagebuch 1945», en B. von zur Mühlen (ed.), *Der Todeskampf der Reichshauptstadt...*, p. 135.
[164]T. von Dufving, «Die Kapitulationsverhandlungen vom 30. April bis 2. Mai 1945», en ibíd., pp. 177-181.
[165]Facsímil de la orden de 2 de mayo de 1945 en Olaf Groehler, *1945. Die Neue Reichskanzlei. Das Ende*, Berlín, 1995, p. 72. Cfr. M. W. Tschuikow [M. V. Chuikov], *Das Ende des Dritten Reiches...*, pp. 226-s.
[166]Cfr. Stefan Doernberg, *Befreiung 1945. Ein Augenzeugenbericht*, Berlín oriental, 1975, pp. 62-64.
[167]Cfr. B. von zur Mühlen (ed.), *Der Todeskampf der Reichshauptstadt...*, p. 254.
[168]Stefan Doernberg (ed.), *Hitlers Ende ohne Mythos. Jelena Rshewskaja erinnert sich an ihren Einsatz im Mai 1945 in Berlin*, Berlín, 2005, p. 51.
[169]Cfr. B. von zur Mühlen (ed.), *Der Todeskampf der Reichshauptstadt...*, pp. 250-ss., 255-277.
[170]Margret Boveri, *Tage des Überlebens. Berlin 1945*, Múnich-Zúrich, 1985, pp. 97-ss. (anotaciones correspondientes a los días 1-3/5/1945).
[171]*Berliner Schulaufsätze aus dem Jahr 1946. Ausgewählt und eingeleitet von Annett Gröschner*, Berlín, 1996, p. 244.
[172]Ibíd., p. 164. Cfr. las anotaciones del diario de Brigitte Eicke, oficinista berlinesa de dieciocho años: «Toda la gente estaba como loca y a la hora del saqueo todos se comportaban como hienas. Nadie tiene respeto por nada, todo el mundo se pega, como si ya no fueran humanos». Barbara Felsmann, Annett Gröschner y Grischa Meyer (eds.), *Backfisch im Bombenkrieg. Notizen in Steno*, Berlín, 2013, p. 269 (anotación correspondiente al 2/5/1945); K. Höcker, *Die letzten und die ersten Tage...*, p. 24 (anotación correspondiente al 2/5/1945): «La gente está aturdida, como si se hubiera adueñado de ella la codicia; el pequeñoburgués va como si estuviera desenfrenado».

[173]Angela Martin y Claudia Schoppmann, *«Ich fürchte die Menschen mehr als die Bomben». Aus den Tagebüchern dreier Berliner Frauen 1938-1946*, Berlín, 1996; citado en <https://www.berliner-geschichtswerkstatt.de/news-reader/items/tagebuchaufzeichnungen-vom-1-april-bis-zum-9-mai-1945.html>.
[174]Citado en Antony Beevor, *Ein Schriftsteller im Krieg. Wassili Grossman und die Rote Armee 1941-1945*, Múnich, 2007, p. 417.
[175]C. Merridale, *Iwans Krieg...*, pp. 363-ss.
[176]W. Leonhard, *Die Revolution entlässt ihre Kinder...*, p. 309.
[177]Fritz Erpenbeck, «Am Anfang war das Chaos», en G. Keiderling (ed.), *«Gruppe Ulbricht» in Berlin...*, p. 640.
[178]W. Leonhard, *Die Revolution entlässt ihre Kinder...*, pp. 310, 311-s.
[179]Cfr. ibíd., pp. 315-317; W. Leonhard, «Im Dienste Walter Ulbrichts»..., en G. Trampe (ed.), *Die Stunde Null...*, p. 276.
[180]Walter Ulbricht a Wilhelm Pieck, 17/5/1945; G. Keiderling (ed.), *«Gruppe Ulbricht» in Berlin...*, doc. 64, pp. 348-351 (para este punto en concreto, véase p. 349). Cfr. M. Frank, *Walter Ulbricht...*, pp. 186-ss.
[181]Cfr. Protokoll der 2. Berliner KPD-Funktionärsversammlung [«Actas de la 2.ª Asamblea de Altos Cargos de la KPD de Berlín»], 20 de mayo de 1945; G. Keiderling (ed.), *«Gruppe Ulbricht» in Berlin...*, doc. 69, p. 362; cfr. ibíd., pp. 56-ss.; W. Leonhard, *Die Revolution entlässt ihre Kinder...*, pp. 331-ss.; N. N. Naimark, *Die Russen in Deutschland...*, pp. 152-ss., 157.
[182]Walter Ulbricht a Wilhelm Pieck, 17/5/1945; G. Keiderling (ed.), *«Gruppe Ulbricht» in Berlin...*, doc. 64, p. 349. Cfr. M. Frank, *Walter Ulbricht...*, p. 195.
[183]Cfr. Andreas Petersen, *Die Moskauer. Wie das Stalintrauma die* DDR *prägte*, Frankfurt, 2019, pp. 29-s.; M. Frank, *Walter Ulbricht...*, pp. 195-s.
[184]Walter Ulbricht a Georgi Dimitroff, 9 de mayo de 1945; G. Keiderling (ed.), *«Gruppe Ulbricht» in Berlin...*, doc. 51, pp. 319-321 (para este punto en concreto, véase p. 320).
[185]Walter Ulbricht al coronel general Serov, 6 de mayo de 1945; G. Keiderling (ed.), *«Gruppe Ulbricht» in Berlin...*, doc. 47, pp. 298-301 (para este punto en concreto, véase p. 300).
[186]Cfr. W. Leonhard, *Die Revolution entlässt ihre Kinder...*, pp. 335-337; G. Keiderling (ed.), *«Gruppe Ulbricht» in Berlin...*, pp. 57-68; M. Frank, *Walter Ulbricht...*, pp. 189-191.
[187]James P. O'Donnell y Uwe Bahnsen, *Die Katakombe. Das Ende in der Reichskanzlei*, Stuttgart, 1975, pp. 376-ss.
[188]Cfr. A. Beevor, *Berlin 1945...*, p. 424.
[189]Yelena Rshévskaya, en S. Doernberg (ed.), *Hitlers Ende ohne Mythos...*, pp. 47-s.
[190]U. Völklein (ed.), *Hitlers Tod...*, p. 94.
[191]Cfr. ibíd., pp. 95-98.
[192]Cfr. ibíd., pp. 98-s.
[193]Yelena Rshévskaya, en S. Doernberg (ed.), *Hitlers Ende ohne Mythos...*, pp. 66 s.
[194]Cfr. el informe del oficial al mando de la patrulla, teniente Alekséi Panasov, de 5 de mayo de 1945; Lew Besymenski, *Der Tod des Adolf Hitlers. Unbekannte Dokumente aus Moskauer Archiven*, Hamburgo, 1968, pp. 17-ss.; U. Völklein (ed.), *Hitlers Tod...*, pp. 100-ss.; H. Eberle y M. Uhl (eds.), *Das Buch Hitler...*, p. 464.
[195]Cfr. U. Völklein (ed.), *Der Tod Hitlers...*, pp. 54-56; H. Eberle y M. Uhl (eds.), *Das Buch Hitler...*, p. 463.
[196]El acta del estudio forense aparece reproducida en L. Besymenski, *Der Tod des Adolf Hitler...*, pp. 321-351; algunos extractos aparecen también en U. Völklein (ed.), *Hitlers Tod...*, pp. 106-131; cfr. ibíd., pp. 131-140, carta de Faust Schkarawski a Lew Besymenski de octubre de 1965.

[197]Véanse las declaraciones posteriores de Käthe Heusermann, de 27 de abril de 1956, y de Fritz Echtmann, de 10 de julio de 1954, en A. Joachimsthaler, *Hitlers Ende...*, pp. 373-378; y también U. Völklein (ed.), *Hitlers Tod...*, pp. 125, 139, 154; Yelena Rshévskaya, en S. Doernberg (ed.), *Hitlers Ende ohne Mythos...*, pp. 116-123, con la información falsa de que las radiografías de la dentadura de Hitler fueron encontradas en la Cancillería del Reich (p. 123).
[198]Cfr. U. Völklein (ed.), *Hitlers Tod...*, pp. 101-103; Yelena Rshévskaya, en S. Doernberg (ed.), *Hitlers Ende ohne Mythos...*, pp. 105-107.
[199]Cfr. U. Völklein (ed.), *Hitlers Tod...*, pp. 140-144; H. Eberle y M. Uhl (eds.), *Das Buch Hitler...*, pp. 466-ss.
[200]Apuntes del intérprete de Stalin, Pavlov, 26/5/1945; U. Völklein (ed.), *Hitlers Tod...*, p. 60.
[201]A. Joachimsthaler, *Hitlers Ende...*, p. 394; cfr. G. K. Schukow [Zhúkov], *Erinnerungen und Gedanken...*, p. 608.
[202]A. Joachimsthaler, *Hitlers Ende...*, pp. 395-s.; cfr. U. Völklein (ed.), *Hitlers Tod...*, pp. 61-s.
[203]Cfr. H. Eberle y M. Uhl (eds.), *Das Buch Hitler...*, pp. 468-477; U. Völklein (ed.), *Hitlers Tod...*, pp. 162-175.
[204]Yuri Andrópov a Leonid Brézhnev, 13 de marzo de 1970; U. Völklein (ed.), *Hitlers Tod...*, pp. 192-ss.
[205]Ibíd., pp. 194-ss.; cfr. Sven Felix Kellerhoff, «Warum Hitler und Eva Braun zehn Mal begraben wurden», en *Die Welt*, 29 de abril de 2016.
[206]Bradley F. Smith y Elena Agarossi, *Unternehmen «Sonnenaufgang»*, Colonia, 1981, pp. 255-ss.
[207]Cfr. Kerstin von Lingen, *SS und Secret Service. «Verschwörung des Schweigens»: Die Akte Karl Wolff*, Paderborn, 2010, pp. 10, 24-39. Para la biografía de Karl Wolff, véase Jochen von Lang, *Der Adjutant. Karl Wolff: Der Mann zwischen Hitler und Himmler*, Múnich-Berlín, 1985.
[208]Cfr. Max Waibel, *1945. Kapitulation in Norditalien. Originalbericht des Vermittlers*, Basilea, 1981, pp. 27-45.
[209]Cfr. K. von Lingen, *SS und Secret Service...*, pp. 64-66; B. F. Smith y E. Agarossi, *Unternehmen «Sonnenaufgang»*, pp. 127-131; Allen Dulles y Gero von Gaevernitz, *Unternehmen «Sunrise». Die geheime Geschichte des Kriegsendes in Italien*, Düsseldorf-Viena, 1967, pp. 113-126.
[210]B. F. Smith y E. Agarossi, *Unternehmen «Sonnenaufgang»...*, pp. 148-ss.; cfr. K. von Lingen, *SS und Secret Service...*, pp. 67-ss.
[211]Cfr. J. von Lang, *Der Adjutant...*, pp. 279-s.; K. von Lingen, *SS und Secret Service...*, pp. 68-ss.
[212]B. F. Smith y E. Agarossi, *Unternehmen «Sonnenaufgang»...*, pp. 201; cfr. J. von Lang, *Der Adjutant...*, pp. 280-282; A. Dulles y G. von Gaevernitz, *Unternehmen «Sunrise»...*, pp. 208-211.
[213]Cfr. R. Hansen, *Das Ende des Dritten Reiches...*, pp. 75-ss.; K. von Lingen, *SS und Secret Service...*, pp. 71-ss.; K.-D. Henke, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands...*, p. 676; B. F. Smith y E. Agarossi, *Unternehmen «Sonnenaufgang»...*, pp. 160-171, 183-190; Winston S. Churchill, *Der Zweite Weltkrieg*, Frankfurt, 2003, pp. 1049-1052.
[214]Cfr. R. Hansen, *Das Ende des Dritten Reiches...*, pp. 77-ss.; Holger Afflerbach, *Die Kunst der Niederlage. Eine Geschichte der Kapitulation*, Múnich, 2013, pp. 238-ss.; B. F. Smith y E. Agarossi, *Unternehmen «Sonnenaufgang»...*, pp. 226-238.
[215]A. Dulles y G. von Gaevernitz, *Unternehmen «Sunrise»*, p. 251.
[216]Texto del documento de la capitulación en KTB-OKW, vol. IV/2, pp. 1663-ss.
[217]Cfr. R. Hansen, *Das Ende des Dritten Reiches...*, pp. 78 ss.; K. von Lingen, *SS und Secret Service...*, pp. 75-77; B. F. Smith y E. Agarossi, *Unternehmen «Sonnenaufgang»...*, pp. 245-255; Albert Kesselring, *Soldat bis zum letzten Tag*, Bonn, 1953, pp. 418-420.
[218]Gerhard Förster y Richard Lakowski (eds.), *1945. Das Jahr der endgültigen Niederlage der faschistischen Wehrmacht*, Berlín oriental, 1975, doc. 188, pp. 364-s.

[219]Cfr. W. Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz...*, p. 61; M. G. Steinert, *Die 23 Tage der Regierung Dönitz...*, p. 188.
[220]Diario de Wilhelm Neumann, 1/5/1945; <https://www.moz.de/landkreise/oder-spree/frankfurt-oder/artikel9/dg/0/1/1109539/>.
[221]Cfr. K. Dönitz, *Zehn Jahre und zwanzig Tage...*, pp. 440-ss.; R. Hansen, *Das Ende des Dritten Reiches...*, pp. 114-ss.; M. G. Steinert, *Die 23 Tage der Regierung Dönitz...*, pp. 170-s.
[222]Acta del informe de situación correspondiente al 2/5/1945; P. E. Schramm (ed.), *Die Niederlage 1945...*, p. 421.
[223]KTB-OKW, vol. IV/2, p. 1470 (entrada correspondiente al 2/5/1945).
[224]Reproducido en W. Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz...*, pp. 135-ss. (para este punto en concreto, véase p. 135).
[225]Joseph Goebbels, «Das Jahr 2000», en *Das Reich*, 25 de febrero de 1945.
[226]Cfr. Volker Ullrich, «Eiserner Vorhang. Wie die NS-Propaganda Churchills Schlagwort prägte», en ZEIT-*Geschichte*, 5 (2019), p. 33; Rainer Blasius, «Politisches Schlagwort. Nicht Churchill prägte den Begriff "Eiserner Vorhang"», en *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 19 de febrero de 2015; véase asimismo W. S. Churchill, *Der Zweite Weltkrieg...*, p. 1079.
[227]W. Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz...*, p. 136.
[228]Acta del informe de situación correspondiente al 2/5/1945; P. E. Schramm (ed.), *Die Niederlage 1945...*, p. 423.
[229]KTB-OKW, vol. IV/2, p. 1471 (entrada correspondiente al 2/5/1945). Cfr. K. Dönitz, *Zehn Jahre und zwanzig Tage...*, pp. 445-s.; W. Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz...*, pp. 61-s.; M. G. Steinert, *Die 23 Tage der Regierung Dönitz...*, pp. 173-s.
[230]Cfr. W. Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz...*, pp. 63-s.
[231]Cfr. Michael J. Neufeld, *Wernher von Braun. Visionär des Weltraums, Ingenieur des Krieges*, Múnich, 2009, pp. 241-s.
[232]Ibíd., p. 242.
[233]Para lo siguiente, véase, aparte de M. J. Neufeld, *Wernher von Braun...*, la biografía, escrita por Rainer Eisfeld, *Mondsüchtig. Wernher von Braun und die Geburt der Raumfahrt aus dem Geist der Barbarei*, Reinbek, 1996. Y, en forma resumida, cfr. Jens-Christian Wagner, «Ingenieur und Blender», en *ZEIT-Geschichte*, 3 (2019), pp. 78-ss.
[234]Cfr. R. Eisfeld, *Mondsüchtig...*, p. 153.
[235]Cfr. K.-D. Henke, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands...*, pp. 742-776; Tom Bower, *Verschwörung Paperclip. NS-Wissenschaftler im Dienst der Siegermächte*, Múnich, 1987, pp. 87-ss.
[236]R. Eisfeld, *Mondsüchtig...*, p. 157.
[237]Victor Klemperer, *Ich will Zeugnis ablegen bis zum letzten. Tagebücher 1942-1945*. Walter Nowojski y Hadwig Klemperer (eds.), Berlín, 1995, p. 761 (anotación correspondiente al 2/5/1945).
[238]Cfr. Volker Ullrich, «Victor Klemperer, Ich will Zeugnis ablegen bis zum letzten. Tagebücher 1933-1945», en Markus Roth y Sascha Feuchert (eds.), *Holocaust Zeugnis Literatur. 20 Werke wieder gelesen*, Gotinga 2018, pp. 211-222.
[239]V. Klemperer, *Tagebücher 1942-1945...*, pp. 724, 727 (sección correspondiente a abril de 1945).
[240]Ibíd., pp. 758 (28/4/1945), 761 (anotación correspondiente al 1/5/1945), 768 (anotación correspondiente al 5/5/1945).
[241]Ibíd., p. 762 (anotación correspondiente al 2/5/1945).
[242]Véanse más ejemplos en Hermann Glaser, *1945. Ein Lesebuch*, Frankfurt, 1995, pp. 62-ss.
[243]U. von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen 1942-1945*, p. 317 (anotación correspondiente al 28/4/1945).

[244]Acta del informe de situación correspondiente al 3/5/1945; P. E. Schramm (ed.), *Die Niederlage 1945...*, p. 423. Cfr. W. Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz...*, p. 64; KTB-OKW, vol. IV/2, p. 1471: la orden impartida a los mandos en combate destacados en Schleswig de que trasladaran inmediatamente a todas las fuerzas disponibles al canal del Káiser Guillermo se envió a las 11.20. No obstante, tras hacer las debidas averiguaciones, se constató que no estaba disponible «armamento pesado en cantidad suficiente, ni en parte tampoco pistolas reglamentarias ni armamento acorazado».
[245]Cfr. René Küpper, *Karl Hermann Frank (1896-1946). Politische Biographie eines sudetendeutschen Nationalsozialisten*, Múnich, 2010, pp. 129-ss., 268-ss.
[246]Cfr. Walter Manoschek, *«Serbien ist judenfrei». Militärische Besatzungspolitik und Judenvernichtung in Serbien 1941/42*, Múnich, 1993, pp. 12, 55-ss.
[247]Cfr. Robert Bohn, *Reichskommissariat Norwegen. «Nationalsozialistische Neuordnung» und Kriegswirtschaft*, Múnich, 2000, pp. 79-ss., 423-ss.
[248]Cfr. Ulrich Herbert, *Best. Biographische Studien über Radikalismus, Weltanschauung und Vernunft 1903-1989*, Bonn, 1996, pp. 323-398.
[249]Cfr. Johannes Koll, *Arthur Seyss-Inquart und die deutsche Besatzungspolitik in den Niederlanden (1940-1945)*, Viena-Colonia-Weimar, 2015, pp. 37-ss., 69-ss., 321-ss., 383-ss., 411-ss.
[250]Acta del informe de situación correspondiente al 3/5/1945; P. E. Schramm (ed.), *Die Niederlage 1945...*, pp. 423-ss.; cfr. K. Dönitz, *Zehn Jahre und zwanzig Tage...*, p. 447; W. Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz...*, pp. 76-ss.; M. G. Steinert, *Die 23 Tage der Regierung Dönitz...*, pp. 190-ss.
[251]Acta del informe de situación correspondiente al 3/5/1945; P. E. Schramm (ed.), *Die Niederlage 1945...*, p. 424; cfr. W. Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz...*, pp. 78-ss.; M. G. Steinert, *Die 23 Tage der Regierung Dönitz...*, p. 179; U. Herbert, *Best...*, p. 400.
[252]Cfr. J. Koll, *Seyss-Inquart und die deutsche Besatzungspolitik in den Niederlanden (1940-1945)...*, pp. 556-565.
[253]Acta del informe de situación correspondiente al 3/5/1945; P. E. Schramm (ed.), *Die Niederlage 1945...*, pp. 424-ss.; cfr. W. Lüdde-Neurath, *Die Regierung Dönitz...*, p. 78; M. G. Steinert, *Die 23 Tage der Regierung Dönitz...*, p. 176.
[254]Cfr. J. Koll, *Arthur Seyss-Inquart und die deutsche Besatzungspolitik in den Niederlanden (1940-1945)...*, pp. 572-ss.
[255]K. Dönitz, *Zehn Jahre und zwanzig Tage...*, pp. 448-ss.; cfr. el acta del informe de situación correspondiente al 3/5/1945; P. E. Schramm (ed.), *Die Niederlage 1945...*, pp. 425-ss.; W. Lüdde-Neurath, *Die Regierung Dönitz...*, pp. 79-ss.
[256]Texto del discurso de Speer de 3/5/1945; reproducido en H. Breloer, en colaboración con R. Zimmer, *Die Akte Speer...*, pp. 322-325; cfr. A. Speer, *Erinnerungen...*, pp. 478, 497; M. Brechtken, *Albert Speer...*, p. 290.
[257]Facsímil de la notificación de 3/5/1945; Ortwin Pelc y Christiane Zwick (eds.), *Kriegsende in Hamburg. Eine Stadt erinnert sich*, Hamburgo, 2005, p. 164.
[258]Cfr. ibíd., pp. 18-20; Uwe Bahnsen y Kerstin von Stürmer, *Die Stadt, die leben wollte. Hamburg und die Stunde Null*, Hamburgo, 2004, pp. 16-20.
[259]Cfr. Frank Bajohr, «Hamburgs "Führer". Zur Person und Tätigkeit des Hamburger NSDAP-Gauleiters Karl Kaufmann (1900-1969)», en Frank Bajohr y Joachim Szodrzynski (eds.), *Hamburg in der NS-Zeit. Ergebnisse neuerer Forschungen*, Hamburgo, 1995, pp. 59-91.
[260]Cfr. Ursula Büttner, «"Gomorrha" und die Folgen. Der Bombenkrieg», en Forschungsstelle für Zeitgeschichte in Hamburg (ed.), *Hamburg im «Dritten Reich»*, Gotinga, 2005, pp. 613-632.

[261]Joachim Szodrzynski, «Die “Heimatfront” zwischen Stalingrad und Kriegsende», en ibíd., pp. 633-682 (para este punto en concreto, véase p. 673).
[262]Notas del diario de Karl Kaufmann, *Die Kapitulation von Hamburg, Juni 1946*; reproducido en Manfred Asendorf, *1945. Besiegt und befreit*, Hamburgo, 1995, p. 19; cfr. U. Bahnsen y K. von Stürmer, *Die Stadt, die leben wollte...*, pp. 31-ss.
[263]Mathilde Wolff-Mönckeberg, *Briefe, die sie nicht erreichten. Briefe einer Mutter an ihre fernen Kinder in den Jahren 1940-1946*, Hamburgo, 1980, p. 151 (carta de 20 de abril de 1945).
[264]Facsímil del mensaje de 29 de abril de 1945 en O. Pelc y C. Zwick (eds.), *Kriegsende in Hamburg*, p. 94. Para la primera toma de contacto con los británicos, véase ibíd., pp. 34-36; U. Bahnsen y K. von Stürmer, *Die Stadt, die leben wollte...*, pp. 73-84.
[265]W. Lüdde-Neurath, *Die Regierung Dönitz...*, pp. 36-ss., 129.
[266]U. Bahnsen y K. von Stürmer, *Die Stadt, die leben wollte...*, p. 92.
[267]Facsímil del llamamiento de 2/5/1945 en O. Pelc y C. Zwick (eds.), *Kriegsende in Hamburg...*, p. 46.
[268]Citado en J. Szodrzynski, «Die “Heimatfront” zwischen Stalingrad und Kriegsende»..., p. 677.
[269]Cfr. O. Pelc y C. Zwick (eds.), *Kriegsende in Hamburg...*, p. 41; U. Bahnsen y K. von Stürmer, *Die Stadt, die leben wollte...*, pp. 102-ss.
[270]«El Gauleiter Karl Kaufmann se dirige a los ciudadanos de Hamburgo», Reichssender Hamburg (emisora nacional de Hamburgo), 3/5/1945 (3.59 minutos); NDR-Mediathek.
[271]M. Wolff-Mönckeberg, *Briefe, die sie nicht erreichten...*, p. 160 (carta de 6/5/1945).
[272]Cfr. F. Bajohr, «Hamburgs “Führer”»..., pp. 59-61.
[273]Cfr. O. Pelc y C. Zwick (eds.), *Kriegsende in Hamburg...*, pp. 41-ss.; U. Bahnsen y K. von Stürmer, *Die Stadt, die leben wollte...*, pp. 104-109.
[274]Cfr. O. Pelc y C. Zwick (eds.), *Kriegsende in Hamburg...*, pp. 46-ss.; U. Bahnsen y K. von Stürmer, *Die Stadt, die leben wollte...*, pp. 110-ss.
[275]M. Wolff-Mönckeberg, *Briefe, die sie nicht erreichten...*, p. 161 (carta de 6/5/1945).
[276]Hans-Ulrich Wagner, *Radio Hamburg, Der erste Sender nach dem Zweiten Weltkrieg*; NDR-Mediathek, 21/1/2014.
[277]Ralph Giordano, *Erinnerungen eines Davongekommenen. Die Autobiographie*, Colonia, 2007, p. 244.
[278]Cfr. F. Bajohr, «Hamburgs “Führer”»..., p. 84.
[279]Cfr. Günther Schwarberg, *Angriffsziel Cap Arcona*, Gotinga, 1998, pp. 42-47; U. Bahnsen y K. von Stürmer, *Die Stadt, die leben wollte...*, p. 118.
[280]Cfr. N. Wachsmann, KL..., p. 667.
[281]Cfr. Detlef Garbe, «Eine Stadt und ihr KZ. Die Hansestadt Hamburg und ihr Konzentrationslager Neuengamme», en *Jahrbuch Zeitgeschichte in Hamburg 2018*, Hamburgo, 2019, pp. 12-31 (para este punto en concreto, véanse pp. 26-28). Para Neuengamme, cfr. Hermann Kaienburg, *Das Konzentrationslager Neuengamme 1938-1945*, Bonn, 1997.
[282]Esta es la tesis que representa Wilhelm Lange, *Cap Arcona. Das tragische Ende einiger Konzentrationslager-Evakuierungen im Raum der Stadt Neustadt in Holstein*, Eutin-Neustadt, 2005; cfr. igualmente Wilhelm Lange, «Neueste Erkenntnisse zur Bombardierung der KZ-Schiffe in der Neustädter Bucht am 3. Mai 1945. Vorgeschichte, Verlauf, Verantwortlichkeiten», en Detlef Garbe y Carmen Lange (eds.), *Häftlinge zwischen Befreiung und Vernichtung. Die Auflösung des* KZ *Neuengamme und seiner Aussenlager durch die SS im Frühjahr 1945*, Bremen, 2005, pp. 217-229 (para este punto en concreto, véase p. 226).
[283]Cfr. G. Schwarberg, *Angriffsziel Cap Arcona...*, pp. 56-ss.; Rudi Goguel, *«Cap Arcona». Report über den Untergang der Häftlingsflotte in der Lübecker Bucht am 3. Mai 1945*, Frankfurt, 1972, pp. 26-s.

[284]R. Goguel, *«Cap Arcona»...*, pp. 29-s.
[285]Cfr. W. Lange, «Neueste Erkenntnisse zur Bombardierung der KZ-Schiffe in der Neustädter Bucht am 3. Mai 1945. Vorgeschichte, Verlauf, Verantwortlichkeiten»..., p. 225.
[286]Erwin Geschonneck, «Der Untergang der "Cap Arcona"», en G. Trampe (ed.), *Die Stunde Null...*, pp. 128-133 (para este punto en concreto, véanse pp. 130-ss.). Cfr. G. Schwarberg, *Angriffsziel Cap Arcona...*, pp. 86-s.
[287]E. Geschonneck, «Der Untergang der "Cap Arcona"», en G. Trampe (ed.), *Die Stunde Null...*, pp. 131-133. Cfr. D. Garbe, «Eine Stadt und ihr KZ. Die Hansestadt Hamburg und ihr Konzentrationslager Neuengamme»..., p. 29; G. Schwarberg, *Angriffsziel Cap Arcona...*, pp. 89-s.
[288]Anonyma [Anónima], *Eine Frau in Berlin...*, p. 137 (anotación correspondiente al 3/5/1945), p. 73 (1/5/945).
[289]Para una historia detallada del texto, véase Yuliya von Saal, «Anonyma. "Eine Frau in Berlin". Geschichte eines Bestsellers», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 67 (2019), pp. 343-376 (para este punto en particular, véanse pp. 344, 351-359).
[290]Cfr. Jens Bisky, «Wenn Jungen Weltgeschichte spielen, haben Mädchen stumme Rollen. Wer war die Anonyma in Berlin? Fragen, Fakten und Fiktionen – Anmerkungen zu einem grossen Bucherfolg dieses Sommers», en *Süddeutsche Zeitung*, 24 de septiembre de 2003; Matthias Strässner, *«Erzähl mir vom Krieg!» Ruth Andreas-Friedrich, Ursula von Kardorff, Margret Boveri und Anonyma: Wie vier Journalistinnen ihre Berliner Tagebücher schrieben*, Wurzburgo, 2014, pp. 153-188 (para este punto en concreto, véase p. 173).
[291]Anonyma [Anónima], *Eine Frau in Berlin...*, p. 187 (anotación correspondiente al 11/5/1945).
[292]Cfr. Volker Ullrich, «Authentisch? Vielleicht, vielleicht auch nicht. Wie der Versuch scheiterte, Einblick in das Original-Tagebuch der "Anonyma" aus dem Jahr 1945 zu nehmen», en *Die Zeit*, 9 de octubre de 2003; Götz Aly, «Ein Fall für Historiker. Offene Fragen um das Buch *Eine Frau in Berlin*», en *Süddeutsche Zeitung*, 18-19 de octubre de 2003.
[293]Cfr. Volker Ullrich, «Die Zweifel bleiben. Walter Kempowskis Gutachten zum Buch der Anonyma», en *Die Zeit*, 22 de enero de 2004; Gustav Seibt, «Kieselsteine zählen. Walter Kempowskis Gutachten zum Tagebuch der Anonyma», en *Süddeutsche Zeitung*, 21 de enero de 2004.
[294]Y. von Saal, «Anonyma: "Eine Frau in Berlin"»..., pp. 368-376; cfr. Volker Ullrich, «Was von der Anonyma bleibt. Zweifel an den Tagebüchern der Marta Hillers gab es immer. In Teilen haben sie sich nun bestätigt», en *Die Zeit*, 4 de julio de 2019. Por lo demás, algo parecido puede decirse también de las *Berliner Aufzeichnungen* de Ursula von Kardorff y Karla Höckers; cfr. Volker Ullrich, «Geschönt und darum nicht mehr authentisch», en *Die Zeit*, 3 de julio de 1992; S.-L. Hoffmann, «Besiegte, Besatzer, Beobachter. Das Kriegsende im Tagebuch»..., en D. Fulda *et al.* (eds.), *Demokratie im Schatten der Gewalt...*, pp. 31-33.
[295]Cfr. Y. von Saal, «Anonyma: "Eine Frau in Berlin"»..., p. 376.
[296]Anonyma [Anónima], *Eine Frau in Berlin...*, p. 74 (anotación correspondiente al 1/5/1945).
[297]Ibíd., p. 75 (anotación correspondiente al 1/5/1945).
[298]Ibíd., pp. 130-ss. (anotación correspondiente al 3/5/1945).
[299]Ibíd., p. 89 (anotación correspondiente al 29/4/1945, en retrospectiva).
[300]Ibíd., p. 51 (anotación correspondiente al 26/4/1945).
[301]Ibíd., p. 87 (anotación correspondiente al 29/4/1945, hablando en retrospectiva).
[302]Erich Kuby, *Die Russen in Berlin 1945*, Rastatt, 1965, p. 313. Cfr. el informe del fiscal militar del Primer Frente Bielorruso para el Consejo Militar del Frente, de fecha 2/5/1945: «Los casos de fusilamientos sin finalidad alguna (e injustificados) de alemanes, así como los de pillaje y de violación de mujeres alemanas, han disminuido notablemente, aunque, según los datos de la dirección del cuartel general del Alto Mando y del Consejo Militar del Frente han sido confirmados

toda una serie de casos de ese estilo». E. Scherstjanoi (ed.), *Rotarmisten schreiben aus Deutschland...*, p. 166.
[303]Cfr. N. N. Naimark, *Die Russen in Deutschland...*, pp. 100-s.
[304]R. Andreas-Friedrich, *Schauplatz Berlin...*, pp. 189-ss. (anotación correspondiente al 6/5/1945). Para las violaciones como tema de conversación en Berlín, véase Jens Bisky, *Berlin. Biographie einer grossen Stadt*, Berlín, 2019, pp. 636-s.
[305]Ambas citas en N. N. Naimark, *Die Russen in Deutschland...*, p. 102.
[306]E. Kuby, *Die Russen in Berlin 1945...*, p. 317.
[307]L. Loewe, «Der Kampf um Berlin», en G. Trampe (ed.), *Die Stunde Null...*, p. 51.
[308]*Berliner Schulaufsätze aus dem Jahr 1946...*, p. 90.
[309]Cfr. Ingrid Schmidt-Harzbach, «Eine Woche im April. Berlin 1945. Vergewaltigung als Massenschicksal», en Helke Sander y Barbara John (eds.), *BeFreier und Befreite. Krieg, Vergewaltigungen, Kinder*, Múnich, 1992, pp. 25-27, 40-ss.
[310]M. Boveri, *Tage des Überlebens...*, p. 119 (anotación correspondiente al 6/5/1945).
[311]Cfr. N. N. Naimark, *Die Russen in Deutschland...*, pp. 169-ss.
[312]Cfr. ibíd., pp. 108-125.
[313]Bertolt Brecht, *Arbeitsjournal 1941-1955*, vol. 2, Frankfurt, 1973, p. 850.
[314]Cfr. N. N. Naimark, *Die Russen in Deutschland...*, pp. 170-ss.
[315]Cfr. Miriam Gebhardt, *Als die Soldaten kamen. Die Vergewaltigung deutscher Frauen am Ende des Zweiten Weltkriegs*, Múnich, 2015. A partir de sus propios cálculos (pp. 32-38), la autora llega a la conclusión de que, entre 1944 y 1955, debe darse por sentado que el número de mujeres que fueron víctimas de una violación ascendió a cerca de 860.000, de las cuales 190.000 irían a engrosar la cuenta de los estadounidenses, 50.000 a la de los franceses y 45.000 a la de los británicos. El número de víctimas de violación atribuido a los soviéticos se reduciría, por tanto, de manera espectacular, mientras que el atribuido a los Aliados occidentales aumentaría considerablemente. Para la problemática relacionada con los cálculos, véase Klaus-Dieter Henke, «Rechenfehler und Ungereimtheiten», en *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 18 de mayo de 2015.
[316]Cfr. F. Taylor, *Zwischen Krieg und Frieden...*, pp. 200-203; Thomas Faltin, «Drei furchtbare Tage», en *Stuttgarter Zeitung*, 18 de abril de 2015.
[317]Cfr. la monografía de Herfried Münkler, *Machtzerfall. Die letzten Tage des Dritten Reiches, dargestellt am Beispiel der hessischen Kreisstadt Friedberg*, Berlín, 1985, pp. 238-ss. Durante el trayecto hasta Augsburgo, a primeros de mayo de 1945, el teniente estadounidense Melvin L. Lasky, director posteriormente de la revista *Der Monat*, observó lo siguiente: «En la carretera, chicas alemanas fumando cigarrillos de origen evidentemente estadounidense. El conductor, con una risita propia del que se las sabe todas, dice: "Un paquete, un polvo…"». Melvin L. Lasky, *Und alles war still. Deutsches Tagebuch 1945*, Berlín, 2014, p. 208 (anotación correspondiente al 4/5/1945). El 7 de mayo de 1945, el cardenal de Múnich, monseñor Michael Faulhaber, comentaba indignado: «La conducta de muchas mujeres y de muchas muchachas es escandalosa. Hacen que les regalen chocolatinas»; <https://www.faulhaber-edition.de/dokument.html?idno=092651945-05-07T01&-collid=1945#1945-05-07>.
[318]Mariscal Bernard L. Montgomery, *Memoiren*, Múnich, 1958, p. 376.
[319]Cfr. W. Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz...*, p. 65.
[320]B. L. Montgomery, *Memoiren...*, p. 376.
[321]Ibíd., pp. 377-ss.
[322]Cfr. ibíd., pp. 378-ss.; W. Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz...*, p. 138.

[323]Acta del informe de situación correspondiente al 4/5/1945; P. E. Schramm (ed.), *Die Niederlage 1945...*, p. 426.
[324]KTB-OKW, vol. IV/2, p. 1472 (entrada correspondiente al 4/5/1945).
[325]Cfr. K. Dönitz, *Zehn Jahre und zwanzig Tage...*, pp. 449-ss.; W. Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz...*, p. 65.
[326]Cfr. K. Dönitz, *Zehn Jahre und zwanzig Tage...*, pp. 450-ss.; W. Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz...*, pp. 66-ss.; M. G. Steinert, *Die 23 Tage der Regierung Dönitz...*, pp. 184-ss.
[327]Acta del informe de situación correspondiente al 4/5/1945; P. E. Schramm (ed.), *Die Niederlage 1945...*, pp. 426-ss.
[328]B. L. Montgomery, *Memoiren...*, p. 380.
[329]Ibíd., pp. 380-ss. Facsímil del documento de capitulación en inglés en W. Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz...*, p. 139. Trad. al alemán en ibíd., p. 138, y también en *KTBOKW*, vol. IV/2, pp. 1670-ss.
[330]KTB-OKW, vol. IV/2, p. 1278 (entrada correspondiente al 5/5/1945).
[331]Cfr. U. Herbert, *Best...*, pp. 408, 429-434.
[332]Cfr. KTB-OKW, vol. IV/2, pp. 1674-ss.; A. Kesselring, *Soldat bis zum letzten Tag...*, pp. 420-ss.; R. Hansen, *Das Ende des Dritten Reiches...*, pp. 134-ss.; K.-D. Henke, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands...*, pp. 936-ss.
[333]K.-D. Henke, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands...*, pp. 679-683 (citas en pp. 682-ss.). Una habitante de la aldea de Klietznick, no lejos del Elba, anotó en su diario el 4 de mayo de 1945: «Los soldados pasan de largo por aquí. En cualquier caso, se llevan lo que les parece que pueda resultarles útil como medio de locomoción en su huida al otro lado del Elba en su afán por llegar donde los estadounidenses. Construyen balsas con las paredes y las puertas de los pajares que encuentran. Sálvese quien pueda, sin que nada importe». Diario de Ruth Bodensieck, anotación correspondiente al 4/5/1945; <https://www.volksstimme.de/nachrichten/lokal/genthin/1472844Aufdem-Weinberg-wird-die-weisse-Fahne-gehisst.html>.
[334]Cfr. Albert A. Feiber, «Der lange Schatten Adolf Hitlers. Der Obersalzberg 1945-2005», en Volker Dahm, Albert A. Feiber, Hartmut Mehringer y Horst Möller (eds.), *Die tödliche Utopie. Bilder, Texte, Dokumente. Daten zum Dritten Reich*, 6.ª ed., Berlín, 2011, p. 672; Florian M. Beierl, *Hitlers Berg. Licht ins Dunkel der Geschichte. Geschichte des Obersalzbergs und seiner geheimen Bunkeranlagen*, 4.ª ed., Berchtesgaden, 2015, p. 142.
[335]Cfr. Ulrich Chaussy, *Nachbar Hitler. Führerkult und Heimatzerstörung am Obersalzberg*, Berlín, 1995, p. 163; F. M. Beierl, *Hitlers Berg...*, p. 142; A. A. Feiber, «Der lange Schatten Adolf Hitlers»..., p. 672. Para Jean Gabin, véase Karin Wieland, *Dietrich & Riefenstahl. Der Traum von der neuen Frau*, Múnich, 2011, p. 411.
[336]Para lo que sigue, véase Volker Ullrich, *Adolf Hitler. Biographie*, vol. 1. *Die Jahre des Aufstiegs 1889-1939*, Frankfurt, 2013, pp. 673-704; V. Ullrich, *Adolf Hitler...*, vol. 2, pp. 484-499; Heike Görtemaker, *Hitlers Hofstaat. Der innere Kreis im Dritten Reich und danach*, Múnich, 2019, pp. 156-ss.
[337]Cfr. K.-D. Henke, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands...*, pp. 937-943; Hellmut Schöner (ed.), *Die verhinderte Alpenfestung. Das Ende des Zweiten Weltkriegs im Raum Berchtesgaden-Bad Reichenhall-Salzburg*, Berchtesgaden, 1996, pp. 5-75; Dwight D. Eisenhower, *Kreuzzug in Europa*, Ámsterdam, 1948, pp. 457-ss.

[338]Christa Schroeder, *Er war mein Chef. Aus dem Nachlass der Sekretärin von Adolf Hitler*. 3.ª ed., Múnich, 1985, p. 212.
[339]Cfr. F. M. Beierl, *Hitlers Berg...*, pp. 123-129; A. A. Feiber, «Der lange Schatten Adolf Hitlers», p. 663. Cf. Karl Koller, *Der letzte Monat. 14. April bis 27. Mai 1945. Tagebuchaufzeichnungen des ehemaligen Chefs des Generalstabs der deutschen Luftwaffe*, Esslingen-Múnich, 1985, p. 85 (anotación correspondiente al 25 de abril de 1945): «Según las indicaciones de Frank [Obersturmbannführer de la SS, comandante de la guarnición del Obersalzberg], el Obersalzberg tiene el aspecto de un paisaje lunar. La casa de Göring casi ha desaparecido por completo. Del edificio del Führer solo se ve la mitad. Destruida también la casa de Bormann».
[340]C. Schroeder, *Er war mein Chef...*, p. 213.
[341]Josef Geiss, *Obersalzberg. Die Geschichte eines Berges von Judith Platter bis heute*, 20.ª ed., Berchtesgaden, 2016, p. 158. Cfr. A. A. Feiber, «Der lange Schatten Adolf Hitlers»..., pp. 676-ss.; U. Chaussy, *Nachbar Hitler...*, p. 162.
[342]Cfr. C. Schroeder, *Er war mein Chef...*, pp. 214-216.
[343]Cfr. Lee Miller, *Krieg. Mit den Alliierten in Europa 1944-1945. Reportagen und Fotos*, Antony Penrose (ed.), Berlín, 2013, pp. 229-233 (para la foto citada, p. 232). Cfr. Elisabeth Bronfen y Daniel Kampa (eds.), *Eine Amerikanerin in Hitlers Badewanne. Drei Frauen berichten über den Krieg, Margaret Bourke-White, Lee Miller und Martha Gellhorn*, Hamburgo, 2015, pp. 132, 297-ss.
[344]L. Miller, *Krieg...*, p. 246.
[345]Ibíd., pp. 247-ss.
[346]Cfr. Klaus Mann, *Tagebücher 1944-1949*, Joachim Heimannsberg, Peter Laemmle y Wilfried F. Schoeller (eds.), Múnich, 1991, p. 82 (anotación correspondiente al 8/5/1945).
[347]Klaus Mann, «Hitler ist tot», en Klaus Mann, *Auf verlorenem Posten. Aufsätze, Reden, Kritiken 1942-1949*, Uwe Naumann y Michael Töteberg (eds.), Reinbek, 1994, pp. 211-215. Para lo que decíamos anteriormente, véase Uwe Naumann (ed.), *«Ruhe gibt es nicht bis zum Schluss». Klaus Mann (1906-1949). Bilder und Dokumente*, Reinbek, 1999, pp. 272-294.
[348]Klaus Mann a Thomas Mann, carta de 16/5/1945, en Klaus Mann, *Der Wendepunkt. Ein Lebensbericht*, Frankfurt, 1963, p. 429.
[349]Cfr. A. A. Feiber, «Der lange Schatten Adolf Hitlers»..., pp. 679-ss., 699-ss. (cita de la p. 680); U. Chaussy, *Nachbar Hitler...*, pp. 167, 171-174.
[350]Anneliese Poppinga, *Meine Erinnerungen an Konrad Adenauer*, Stuttgart, 1970, p. 253.
[351]Cfr. Hans-Peter Schwarz, *Adenauer*, vol. 1: *Der Aufstieg 1876-1952*, Múnich, 1994, pp. 343-424, así como la exhaustiva colección de documentos reunida en Hans Peter Mensing (ed.), *Adenauer im Dritten Reich*, Berlín, 1991.
[352]Cfr. H.-P. Schwarz, *Adenauer...*, vol. 1, pp. 428-434. Para el asesinato de Oppenhoff, véase, F. Taylor, *Zwischen Krieg und Frieden...*, pp. 73-75, 79-87.
[353]Konrad Adenauer, *Erinnerungen 1945-1953*, Stuttgart, 1965, p. 21. Véase asimismo el impresionante informe acerca de la destrucción de Colonia de Stephen Spender: *Deutschland in Ruinen. Ein Bericht*, Heidelberg, 1995, pp. 36-39. En esta misma obra, véase el retrato de Adenauer que aparece en las pp. 71-73: «Resulta sorprendentemente joven y causa una sensación de calma y autoconvicción propia de un hombre de éxito y sumamente cortés» (p. 71).
[354]Konrad Adenauer a Hans Rörig, 5 de julio de 1945; citado en H.-P. Schwarz, *Adenauer...*, vol. 1, p. 447.
[355]Cfr. ibíd., pp. 430, 442-444, 472.
[356]K. Adenauer, *Erinnerungen 1945-1953...*, pp. 34-37; cfr. H.-P. Schwarz, *Adenauer...*, vol. 1, pp. 469-471.
[357]H.-P. Schwarz, *Adenauer...*, vol. 1, p. 477.

[358]Jacob Kronika, *Der Untergang Berlins*, Flensburgo-Hamburgo, 1946, p. 188 (anotación correspondiente al 4/5/1945). Cfr. T. Findahl, *Letzter Akt – Berlin...*, p. 184 (anotación correspondiente al 3/5/1945): «Los rusos se niegan en todo momento a tocar los cadáveres de los alemanes, pero cuidan con la mayor atención de sus propios muertos, a los que entierran en tumbas como es debido, con estrellas rojas y otras distinciones, flores y grandes placas con sus nombres».
[359]Véanse las memorias de Hans Mahle en C. Krauss y D. Küchenmeister (eds.), *Das Jahr 1945...*, pp. 65-77 (para este punto en concreto, véase p. 70); J. Kronika, *Der Untergang Berlins...*, p. 200 (anotación correspondiente al 10/5/1945).
[360]K. Höcker, *Die letzten und die ersten Tage...*, p. 31 (anotación correspondiente al 7/5/1945).
[361]M. Boveri, *Tage des Überlebens...*, p. 107 (anotación correspondiente 4/5/1945). Cfr. B. Felsmann *et al.* (eds.), *Backfisch im Bombenkrieg...*, p. 272 (anotación correspondiente al 6/5/1945): «Desde luego es un trabajo horroroso lo de ir a buscar agua».
[362]R. Andreas-Friedrich, *Schauplatz Berlin...*, p. 189 (anotación correspondiente al 4/5/1945).
[363]J. Kronika, *Der Untergang Berlins...*, p. 189 (anotación correspondiente al 4/5/1945).
[364]R. Andreas-Friedrich, *Schauplatz Berlin...*, p. 189 (anotación correspondiente al 4/5/1945). Cfr. M. Boveri, *Tage des Überlebens...*, p. 118 (anotación correspondiente al 6/5/1945): «Los rusos todavía no saben en su mayoría montar en bicicleta, así que se ven por la calle curiosos ejercicios de conducción, durante los cuales gran parte de las bicis se estropean del todo o a medias».
[365]Anonyma [Anónima], *Eine Frau in Berlin...*, p. 197 (anotación correspondiente al 14/5/1945). Cfr. T. Findahl, *Letzter Akt – Berlin...*, p. 194 (anotación correspondiente al 11/5/1945): «En cuanto los rusos se largan de una casa, ya están ahí los alemanes dispuestos a apoderarse de todo lo que puedan pillar».
[366]Ursula Büttner y Angelika Voss-Louis (eds.), *Neuanfang auf Trümmern. Die Tagebücher des Bremer Bürgermeisters Theodor Spitta 1945-1947*, Múnich, 1992, p. 100 (anotación del 2 de mayo de 1945). Cf. ibíd., p. 140 (anotación correspondiente al 27/5/1945): «Desaparecido por completo el concepto de lo que es mío y lo que es tuyo».
[367]T. Findahl, *Letzter Akt – Berlin...*, p. 187 (anotación correspondiente al 6/5/1945).
[368]K. Höcker, *Die letzten und die ersten Tage...*, p. 29 (anotación correspondiente al 4/5/1945).
[369]Erik Reger, *Zeit des Übelebens. Tagebuch April bis Juni 1945*, Berlín, 2014, pp. 76 (anotación correspondiente al 2/5/1945), 102 (20/5/1945).
[370]M. Boveri, *Tage des Überlebens...*, p. 117 (anotación correspondiente al 6/5/1945). Cfr. K. Höcker, *Die letzten und die ersten Tage...*, p. 26 (3/5/1945): «Viendo las cosas objetivamente, seguimos sin saber lo que está pasando. ¿Dónde ha ido a parar Goebbels? ¿Y Göring? ¿Desde dónde "da órdenes" Dönitz? ¿Quién se ha rendido realmente en Berlín? No nos cuentan nada».
[371]Fritz Klein, *Drinnen und draussen. Ein Historiker in der* DDR. *Erinnerungen*, Frankfurt, 2000, p. 97.
[372]Anonyma [Anónima], *Eine Frau in Berlin...*, p. 125 (anotación correspondiente al 2/5/1945).
[373]R. Andreas-Friedrich, *Schauplatz Berlin...*, p. 188 (anotación correspondiente al 2/5/1945).
[374]K. Höcker, *Die letzten und die ersten Tage...*, pp. 32-s. (anotación correspondiente al 15/5/1945), 36-s. (17/5/1945), 40 (8/6/1945), 41 (28/6/1945). Cfr. M. Boveri, *Tage des Überlebens...*, p. 135 (anotación correspondiente al 12/5/1945): «Es sorprendente lo rápido que pasan las cosas. […] En Friedenau vuelve a haber agua y luz en muchas calles; cuatro tranvías volverán a hacer trayectos parciales […]».
[375]Agenda de Helmut Schmidt, 3/5/1945; citado en Hartmut Soell, *Helmut Schmidt 1918-1969. Vernunft und Leidenschaft*, Múnich, 2003, p. 166.
[376]Helmut Schmidt *et al.*, *Kindheit und Jugend unter Hitler*, Berlín, 1992, p. 214.
[377]Ibíd., p. 219.

[378]Sabine Pamperrien, *Helmut Schmidt und der Scheisskrieg. Die Biographie 1918-1945*, Múnich-Zúrich, 2014, pp. 247-s.; cfr. ibíd., pp. 161, 221, 261.
[379]H. Schmidt *et al.*, *Kindheit und Jugend unter Hitler...*, p. 221.
[380]Cfr. Jörg Ganzenmüller, *Das belagerte Leningrad 1941-1944*, 2.ª ed., Paderborn, 2007, pp. 32-s., pp. 64-s.
[381]H. Soell, *Helmut Schmidt 1918-1969...*, p. 105; cfr. S. Pamperrien, *Helmut Schmidt und der Scheisskrieg...*, p. 219.
[382]Helmut Schmidt y Fritz Stern, *Unser Jahrhundert. Ein Gespräch*, Múnich, 2010, p. 79.
[383]Cfr. H. Soell, *Helmut Schmidt 1918-1969...*, pp. 152-159; S. Pamperrien, *Helmut Schmidt und der Scheisskrieg...*, pp. 259-267.
[384]Cfr. H. Soell, *Helmut Schmidt 1918-1969...*, pp. 159-s., p. 166.
[385]Cfr. las actas de la mesa redonda, en la que participó, entre otros, el comisario de exposiciones Hannes Heer, «Wir hatten geglaubt, wir könnten anständig bleiben», en *Die Zeit*, 3 de marzo de 1995.
[386]Anotaciones de la agenda de Helmut Schmidt correspondientes al 1/7/1945; H. Soell, *Helmut Schmidt 1918-1969...*, p. 163.
[387]H. Schmidt *et al.*, *Kindheit und Jugend unter Hitler...*, p. 234.
[388]Agenda de Helmut Schmidt, anotaciones del 12/5/1945; H. Soell, *Helmut Schmidt 1918-1969...*, p. 161.
[389]Para lo que sigue, véase asimismo Rüdiger Overmans, «"Ein untergeordneter Eintrag im Leidensbuch der jüngeren Geschichte?". Die Rheinwiesenlager 1945», en H.-E. Volkmann (ed.), *Ende des Dritten Reiches, Ende des Zweiten Weltkriegs...*, pp. 259-291; R. Overmans, «Das Schicksal der deutschen Kriegsgefangenen des Zweiten Weltkriegs», en Militärgeschichtliches Forschungsamt (ed.), *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 10/2, Múnich, 2008, pp. 417-421; K. Lowe, *Der wilde Kontinent...*, pp. 149-152. Para el campo de concentración de Remagen, véase Winfried Becker, «Die Brücke und die Gefangenenlager von Remagen. Über die Interdependenz eines Massenschicksals im Jahre 1945», en Winfried Becker (ed.), *Die Kapitulation von 1945 und der Neubeginn in Deutschland*, Colonia-Viena, 1987, pp. 44-71.
[390]Hansheinrich Thomas y Hans Hofmeister, *Das war Wickrathberg. Erinnerungen aus den Kriegsgefangenenlagern des Rheinlands*, Minden, 1950, p. 15; citado en R. Overmans, «Die Rheinwiesenlager 1945»..., p. 264.
[391]Marzell Oberneder, *Wir waren in Kreuznach. Eindrücke und Bilder aus den Kriegsgefangenenlagern Kreuznach und St. Avold*, Straubing, 1954, p. 102; citado en R. Overmans, «Das Schicksal der deutschen Kriegsgefangenen des Zweiten Weltkriegs»..., p. 420.
[392]Fritz von Hellweg, *Rheinwiesen 1945*, Wuppertal, 1951, p. 81; citado en R. Overmans, «Die Rheinwiesenlager 1945»..., p. 272.
[393]Cfr. James Bacque, *Der geplante Tod. Deutsche Kriegsgefangene in amerikanischen und französischen Lagern 1945-1946*, ed. corr. y aum., Frankfurt-Berlín, 1994.
[394]Cfr. Arthur L. Smith, *Die «vermisste Million». Zum Schicksal deutscher Kriegsgefangener nach dem Zweiten Weltkrieg*, Múnich, 1992, p. 86. Para el campo de concentración de Remagen, en el que hasta finales de abril de 1945 fueron internados 169.036 prisioneros, se calcula que el número de muertos fue de alrededor de mil doscientos individuos. Cfr. W. Becker, «Die Brücke und die Gefangenenlager von Remagen»..., pp. 56, 70.
[395]Ulrich Herbert, *Geschichte Deutschlands im 20. Jahrhundert*, Múnich, 2014, p. 445.
[396]Hans Frank, *Im Angesicht des Galgens. Deutung Hitlers und seiner Zeit aufgrund eigener Erlebnisse und Erkenntnisse*, Múnich, 1953, p. 428. Para lo que sigue, véase asimismo Dieter Schenk, *Hans Frank. Hitlers Kronjurist und Generalgouverneur*, Frankfurt, 2006 (para este punto en concreto, véanse pp. 370 ss.)

[397]H. Frank, *Im Angesicht des Galgens...*, pp. 39-ss.; cfr. D. Schenk, *Hans Frank...*, p. 48.
[398]Ulrich von Hassell, *Vom andern Deutschland. Aus den nachgelassenen Tagebüchern 1938-1944*, Frankfurt, 1964, p. 99 (25/12/1939).
[399]Citado en D. Schenk, *Hans Frank...*, p. 158.
[400]Citado en ibíd., pp. 232-s.
[401]Cfr. Stephan Lehnstaedt, *Der Kern des Holocaust. Bełżec, Sobibór, Treblinka und die Aktion Reinhardt*, Múnich, 2017.
[402]Cfr. D. Schenk, *Hans Frank...*, pp. 243-253.
[403]Cfr. ibíd., pp. 360-369.
[404]Cfr. ibíd., pp. 372-s.
[405]Kurt von Schuschnigg, *Ein Requiem in Rot-Weiss-Rot*, Zúrich, 1946, p. 503
[406]Cfr. K.-D. Henke, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands...*, p. 875.
[407]Cfr. ibíd., p. 875; W. Benz y B. Distel (eds.), *Der Ort des Terrors...*, vol. 2, pp. 268-s., 353 s.; Hans Otto Eglau, *Fritz Thyssen. Hitlers Gönner und Geisel*, Berlín, 2003, pp. 259-s.; Christopher Kopper, *Hjalmar Schacht. Aufstieg und Fall von Hitlers mächtigstem Bankier*, Múnich-Viena, 2006, p. 353.
[408]Hermann Pünder, *Von Preussen nach Europa. Lebenserinnerungen*, Stuttgart. 1968, p. 175.
[409]Cfr. W. Benz y B. Distel (eds.), *Der Ort des Terrors*, vol. 2, pp. 353-ss.
[410]Isa Vermehren, *Reise durch den letzten Akt. Ein Bericht* (10/2/1944-29/6/1945), Hamburgo, 1948, pp. 181-s.
[411]H. Pünder, *Von Preussen nach Europa...*, p. 176.
[412]Cfr. I. Vermehren, *Reise durch den letzten Akt...*, p. 187.
[413]Cfr. ibíd., pp. 187-189; H. O. Eglau, *Fritz Thyssen...*, pp. 261-s.
[414]I. Vermehren, *Reise durch den letzten Akt...*, p. 205.
[415]Ibíd., p. 230.

5 DE MAYO DE 1945

[416]Acta del informe de situación correspondiente al 5/5/1945; P. E. Schramm (ed.), *Die Niederlage 1945...*, p. 429.
[417]Cfr. W. Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz...*, pp. 83-ss.; R. Hansen, *Das Ende des Dritten Reiches...*, pp. 167-s. Para la formación del «Gobierno de gestión de los asuntos del Reich», véase asimismo M. G. Steinert, *Die 23 Tage der Regierung Dönitz...*, pp. 142-159.
[418]Cfr. Eckart Conze, Norbert Frei, Peter Hayes y Moshe Zimmermann, *Das Amt und die Vergangenheit. Deutsche Diplomaten im Dritten Reich und in der Bundesrepublik*, Múnich, 2010, pp. 153-ss.
[419]Cfr. Hans-Christian Jasch, *Staatssekretär Wilhelm Stuckart und die Judenpolitik. Der Mythos von der sauberen Verwaltung*, Múnich, 2012.
[420]Citado en V. Ullrich, *Adolf Hitler...*, vol. 2, p. 672.
[421]Cfr. Götz Aly y Susanne Heim, *Vordenker der Vernichtung. Auschwitz und die deutschen Pläne für eine neue europäische Ordnung*, Hamburgo, 1991, pp. 366-374; Joachim Lehmann, «Herbert Backe – Technokrat und Agrarideologe», en Ronald Smelser, Enrico Syring y Rainer Zitelmann (eds.), *Die braune Elite II. 21 weitere biographische Skizzen*, Darmstadt, 1993, pp. 1-12.
[422]Cfr. Wigbert Benz, *Hans-Joachim Riecke. NS-Staatssekretär. Vom Hunger planer vor, zum «Welternährer» nach 1945*, Berlín, 2014.

[423]Heiner Lichtenstein, *Mit der Reichsbahn in den Tod. Massentransporte in den Holocaust 1941 bis 1945*. Colonia, 1985, p. 48 (facsímil de la carta en la p. 32). Cfr. Alfred Gottwaldt, *Dorpmüllers Reichsbahn. Die Ära des Reichsverkehrsministers Julius Dorpmüller 1920-1945*, Friburgo, 2009.
[424]Cfr. Alexander Nützenadel (ed.), *Das Reichsarbeitsministerium im Nationalsozialismus. Verwaltung-Politik-Verbrechen*, Gotinga, 2017.
[425]Cfr. G. Sereny, *Albert Speer...*, p. 632; M. Brechtken, *Albert Speer...*, p. 289.
[426]Cfr. Andrej [Andréi] Angrick, *Besatzungspolitik und Massenmord. Die Einsatzgruppe D in der südlichen Sowjetunion 1941-1943*, Hamburgo, 2003.
[427]Cfr. Stephan Linck, «"Festung Nord" und "Alpenfestung". Das Ende des NS-Sicherheitsapparates», en Gerhard Paul y Klaus-Michael Mallmann (eds.), *Die Gestapo im Zweiten Weltkrieg. «Heimatfront» und besetztes Europa*, Darmstadt, 2000, pp. 569-597 (para este punto en concreto, véase p. 588).
[428]Cfr. Stanislav Kokoška, *Prag im Mai 1945. Die Geschichte eines Aufstands*, Gotinga, 2009, p. 153; Rudolf Ströbinger, *Poker um Prag. Die frühen Folgen von Jalta*, Zúrich-Osnabrück, 1985, p. 62.
[429]R. Küpper, *Karl Hermann Frank...*, pp. 376-380 (la cita corresponde a la p. 380). Cfr. S. Kokoška, *Prag im Mai 1945...*, pp. 95-97.
[430]R. Küpper, *Karl Hermann Frank...*, p. 381; cfr. S. Kokoška, *Prag im Mai 1945...*, p. 144.
[431]Acta del informe de situación correspondiente al 3/5/1945; P. E. Schramm (ed.), *Die Niederlage 1945...*, p. 423; *vid. supra*.
[432]S. Kokoška, *Prag im Mai 1945...*, pp. 153-159 (la cita corresponde a la p. 153); cfr. R. Ströbinger, *Poker um Prag*, pp. 62-s.
[433]S. Kokoška, *Prag im Mai 1945...*, p. 169.
[434]Cfr. ibíd., pp. 188-192.
[435]R. Ströbinger, *Poker um Prag...*, p. 67.
[436]Ibíd., p. 68; cfr. S. Kokoška, *Prag im Mai 1945...*, pp. 195-200.
[437] Acta del informe de situación correspondiente al 6/5/1945; P. E. Schramm (ed.), *Die Niederlage 1945...*, p. 431.
[438]Roland Kaltenegger, *Schörner. Feldmarschall der letzten Stunde. Biographie*, Múnich-Berlín, 1994, p. 297.
[439]Cfr. R. Ströbinger, *Poker um Prag...*, p. 79.
[440]S. Kokoška, *Prag im Mai 1945...*, p. 215.
[441]Ibíd., p. 232; cfr. R. Ströbinger, *Poker um Prag...*, pp. 75-s.
[442]Cfr. R. Ströbinger, *Poker um Prag...*, pp. 81-83; S. Kokoška, *Prag im Mai 1945...*, pp. 287-293.
[443]Cfr. R. Küpper, *Karl Hermann Frank...*, pp. 396-402.
[444]Citado en S. Kokoška, *Prag im Mai 1945...*, pp. 297-s.
[445]Cfr. Peter Steinkamp, «Generalfeldmarschall Ferdinand Schörner», en Gerd R. Ueberschär (ed.), *Hitlers militärische Elite*, vol. 2, *Vom Kriegsbeginn bis zum Weltkriegsende*, Darmstadt, 1998, pp. 236-255 (para este punto, p. 238).
[446]Cfr. R. Ströbinger, *Poker um Prag...*, pp. 94-s.
[447]Peter Demetz, *Mein Prag. Erinnerungen 1939 bis 1945*, Viena, 2007, pp. 373-s. Para la suerte que corrió la población alemana de Praga durante los días de la insurrección y con posterioridad, véase *Dokumentation der Vertreibung der Deutschen aus Ost-Mitteleuropa*, Bundesministerium für Vertriebene, Flüchtlinge und Kriegsbeschädigte (ed.), vol. IV: *Die Vertreibung der deutschen Bevölkerung aus der Tschechoslowakei*, parte I, Berlín, 1957, pp. 60-64, así como los informes de las experiencias vividas, en la parte II, pp. 107-206; véase asimismo K. Lowe, *Der wilde Kontinent...*, pp. 165-169.

[448]Citado en Mathias Beer, *Flucht und Vertreibung der Deutschen. Voraussetzungen, Verlauf, Folgen*, Múnich, 2011, p. 80.
[449]Cfr. R. M. Douglas, *«Ordnungsgemässe Überführung». Die Vertreibung der Deutschen nach dem Zweiten Weltkrieg*, Múnich, 2012, pp. 124-s.
[450]Cfr. Emilia Hrabovec, *Vertreibung und Abschub. Deutsche in Mähren 1945-1947*, Frankfurt, 1995, pp. 96-101; R. M. Douglas, *«Ordnungsgemässe Überführung»...*, pp. 129-131.
[451]E. Hrabovec, *Vertreibung und Abschub...*, pp. 115-ss. (la cita corresponde a la p. 116).
[452]Cita en Ulrich Herbert, *Fremdarbeiter. Politik und Praxis des «Ausländer-Einsatzes» in der Kriegswirtschaft des Dritten Reiches*, Berlín-Bonn, 1985, p. 341.
[453]Cita en Wolfgang Jacobmeyer, *Vom Zwangsarbeiter zum heimatlosen Ausländer. Die Displaced Persons in Westdeutschland 1945-1951*, Gotinga, 1985, p. 16.
[454]Cfr. ibíd., p. 42.
[455]Cfr. Ulrich Herbert, *Geschichte der Ausländerpolitik in Deutschland. Saisonarbeiter, Zwangsarbeiter, Gastarbeiter, Flüchtlinge*, Múnich, 2001, pp. 146-s.
[456]Cfr. U. Herbert, *Fremdarbeiter...*, pp. 154-157.
[457]Cfr. ibíd., pp. 336-340; Andreas Heusler, «Die Eskalation des Terrors. Gewalt gegen ausländische Zwangsarbeiter in der Endphase des Zweiten Weltkrieges», en Cord Arendes, Edgar Wolfrum y Jörg Zedler (eds.), *Terror nach innen. Verbrechen am Ende des Zweiten Weltkrieges*, Gotinga, 2006, pp. 172-182.
[458]Citado en U. Herbert, *Fremdarbeiter...*, p. 342. Para los actos de venganza de los trabajadores forzosos, véase K. Lowe, *Der wilde Kontinent...*, pp. 129-134.
[459]Citado en W. Jacobmeyer, *Vom Zwangsarbeiter zum heimatlosen Ausländer...*, p. 39.
[460]Citado ibíd., p. 47. Véanse asimismo las notas del diario de un director de instituto: «Los presos procedentes de todas las naciones de Europa que fueron traídos al país en un número tan grande se han convertido ahora en un peligro espantoso. Aterrorizan a Alemania y a los alemanes y se sienten los amos. […] Se pasan el tiempo robando y saqueando y, como disponen de armas, nosotros no podemos defendernos y tenemos que contemplar mortificados cómo siguen adelante con sus vergonzosas actividades día tras día». *Mellendorfer Kriegstagebuch. Aufgezeichnet von Ewald Niedermeyer*, Hannover, 1996, p. 59 (anotación correspondiente al 3/5/1945).
[461]Werner Borgsen y Klaus Volland, *Stalag X B Sandborstel. Zur Geschichte eines Kriegsgefangenen- und* KZ*-Auffanglagers in Norddeutschland 1939-1945*, Bremen, 1991, pp. 218. Para Bremen, véanse los diarios de Theodor Spitta en U. Büttner y A. Voss-Louis (eds.), *Neuanfang auf Trümmern...*, p. 98 (anotación correspondiente al 30/4/1945): «Los saqueos de los trabajadores extranjeros aumentan, calle a calle y de manera sistemática».
[462]Cfr. W. Jacobmeyer, *Vom Zwangsarbeiter zum heimatlosen Ausländer...*, pp. 48-50; U. Herbert, *Fremdarbeiter...*, pp. 342-344; Michael Pegel, *Fremdarbeiter, Displaced Persons, Heimatlose Ausländer. Konstanten eines Randgruppenschicksals nach 1945*, Münster, 1997, pp. 76-ss.
[463]Citado en W. Jacobmeyer, *Vom Zwangsarbeiter zum heimatlosen Ausländer...*, pp. 37-s.
[464]T. Findahl, *Letzter Akt – Berlin...*, p. 185 (3/5/1945). Véase asimismo J. Kronika, *Der Untergang Berlins...*, p. 192 (anotación correspondiente al 6/5/1945): «Largas filas de trabajadores forzosos extranjeros desfilan por la Tiergartenstrasse. ¡Quieren volver a casa! La larga caminata que los aguarda no los atemoriza».
[465]Cfr. Bettina Greiner, «Warten auf das wirkliche Leben», en ZEIT-*Geschichte*, 1 (2015), pp. 42-47. Para las incautaciones, véase Ulrich Müller, *Fremde in der Nachkriegszeit. Displaced Persons – zwangsverschleppte Personen – in Stuttgart und Württemberg-Baden 1945-1951*, Stuttgart, 1990, pp. 19-39.
[466]Cfr. W. Jacobmeyer, *Vom Zwangsarbeiter zum heimatlosen Ausländer...*, pp. 42-46; U. Herbert, *Fremdarbeiter...*, p. 342.

[467]Cfr. W. Jacobmeyer, *Vom Zwangsarbeiter zum heimatlosen Ausländer...*, pp. 82-84.
[468]Cfr. Patrick Wagner, *Displaced Persons in Hamburg. Stationen einer halbherzigen Integration 1945 bis 1958*, Hamburgo, 1997, p. 21.
[469]W. Jacobmeyer, *Vom Zwangsarbeiter zum heimatlosen Ausländer...*, pp. 126-ss.
[470]Citado en ibíd., p. 132. Cfr. Bernd Bonwetsch, «Sowjetische Zwangsarbeiter vor und nach 1945. Ein doppelter Leidensweg», en *Jahrbücher für die Geschichte Osteuropas*, 41 (1993), pp. 533-546 (para este punto, pp. 538-ss.); U. Herbert, *Fremdarbeiter...*, pp. 344-ss.; U. Herbert, *Geschichte der Ausländerpolitik in Deutschland...*, pp. 182-ss.
[471]Citado en W. Jacobmeyer, *Vom Zwangsarbeiter zum heimatlosen Ausländer...*, p. 134.
[472]Cfr. B. Bonwetsch, *Sowjetische Zwangsarbeiter vor und nach 1945...*, pp. 540-543; Memorial (Moscú) y Fundación Heinrich Böll (eds.), *Für immer gezeichnet. Die Geschichte der Ostarbeiter in Briefen, Erinnerungen und Interviews*, Berlín, 2019.
[473]Cfr. Edgar Wolfrum, *Rot-Grün an der Macht. Deutschland 1998-2005*, Múnich, 2013, pp. 603-607.
[474]Citado en Angelika Königseder y Juliane Wetzel, *Lebensmut im Wartesaal. Die jüdischen DPs (Displaced Persons) im Nachkriegsdeutschland*, Frankfurt, 1994, pp. 18-31, 35-37 (la cita corresponde a la p. 37).
[475]Citado en ibíd., p. 41.
[476]Ruth Klüger, *Weiter leben. Eine Jugend*, Múnich, 2010, p. 196.
[477]A. Königseder y J. Wetzel, *Lebensmut im Wartesaal...*, p. 47. Para lo anterior, véase ibíd., pp. 47-53.
[478]Cfr. ibíd., pp. 56-ss., 148-154, 169-172.
[479]Tom Segev, *Simon Wiesenthal. Die Biographie*, Múnich, 2010, p. 83. Cfr. Wolfgang Benz y Barbara Distel (eds.), *Der Ort des Terrors. Geschichte der nationalsozialistischen Konzentrationslager*, vol. 4, Múnich, 2006, pp. 322-ss.
[480]Cfr. T. Segev, *Simon Wiesenthal...*, pp. 43-80.
[481]Cfr. W. Benz y B. Distel (eds.), *Der Ort des Terrors...*, vol. 4, pp. 314-ss., p. 324.
[482]T. Segev, *Simon Wiesenthal...*, p. 83.
[483]Cfr. ibíd., pp. 85-95.
[484]Cfr. ibíd., pp. 123-129, 213-219, 248-262.
[485]Ibíd., p. 21.

6 DE MAYO DE 1945

[486]Cfr. Acta del informe de situación correspondiente al 4/5/1945; P. E. Schramm (ed.), *Die Niederlage 1945...*, pp. 427.
[487]*Vid. supra*.
[488]Dwight D. Eisenhower, *Kreuzzug in Europa*, Ámsterdam, 1948, p. 485.
[489]Cfr. K.-D. Henke, *Die amerikanische Besetzung Deutschlands...*, p. 966.
[490]D. D. Eisenhower, *Kreuzzug in Europa...*, p. 469.
[491]Cfr. Walter Bedell Smith, *Eisenhower's Six Great Decisions*, Nueva York-Londres-Toronto, 1956, pp. 204-ss.; M. G. Steinert, *Die 23 Tage der Regierung Dönitz...*, pp. 195-ss.
[492]Acta del informe de situación correspondiente al 6/5/1945; P. E. Schramm (ed.), *Die Niederlage 1945...*, pp. 430-ss.
[493]K. Dönitz, *Zehn Jahre und zwanzig Tage...*, p. 454.

[494]Anotaciones de Alfred Jodl acerca de la entrevista con Walter Bedell Smith de 6/5/1945; KTB-OKW, vol. IV/2, pp. 1479-1481. Cfr. W. Bedell Smith, *Eisenhower's Six Great Decisions...*, pp. 205-ss.; D. D. Eisenhower, *Kreuzzug in Europa...*, pp. 487-ss.
[495]KTB-OKW, vol. IV/2, pp. 1481-ss.; P. E. Schramm (ed.), *Die Niederlage 1945...*, p. 432 (anotación correspondiente al 6/5/1945).
[496]Cfr. R. Hansen, *Das Ende des Dritten Reiches...*, p. 165. *Vid. supra*.
[497]*Rudolf Höss, Kommandant in Auschwitz. Autobiographische Aufzeichnungen*, Martin Broszat (ed.), 4.ª ed., Múnich, 1978, p. 148. Cfr. N. Wachsmann, KL..., pp. 672-ss.
[498]Cfr. W. Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz...*, p. 90.
[499]Citado en R. Hansen, *Das Ende des Dritten Reiches...*, p. 165; cfr. M. G. Steinert, *Die 23 Tage der Regierung Dönitz...*, p. 143.
[500]Cfr. R. Hansen, *Das Ende des Dritten Reiches...*, p. 165; M. G. Steinert, *Die 23 Tage der Regierung Dönitz...*, p. 144; Michael Wildt, *Generation des Unbedingten. Das Führungskorps des Reichssicherheitshauptamtes*, Hamburgo, 2002, pp. 733-ss.
[501]Acta del informe de situación correspondiente al 6/5/1945; P. E. Schramm (ed.), *Die Niederlage 1945...*, pp. 431-ss.
[502]Cfr. W. Görlitz (ed.), *Generalfeldmarschall Keitel...*, p. 375. El 7/5/1945 Keitel comunicó escuetamente: «Todas las funciones del Reichsführer de la SS han dejado de existir». Citado en John Zimmermann, «Die Eroberung und Besetzung des Deutschen Reiches», en Militärgeschichtliches Forschungsamt (ed.), *Das Deutsche Reich im Zweiten Weltkrieg*, vol. 10/1, Múnich, 2008, p. 481.
[503]W. Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz...*, p. 91.
[504]Cfr. Peter Longerich, *Heinrich Himmler. Biographie*, Múnich, 2008, pp. 7-9, 756-ss.
[505]Citado en D. Blatman, *Die Todesmärsche 1944/45...*, p. 312. Para lo que sigue, véase ibíd., pp. 291-ss.; Daniel Jonah Goldhagen, *Hitlers willige Vollstrecker. Ganz gewöhnliche Deutsche und der Holocaust*, Berlín, 1996, pp. 388-ss.
[506]Cfr. D. J. Goldhagen, *Hitlers willige Vollstrecker...*, pp. 401-404; D. Blatman, *Die Todesmärsche 1944/45...*, pp. 292-ss.
[507]D. Blatman, *Die Todesmärsche 1944/45...*, p. 302. Para lo anterior, véase ibíd., pp. 296-301; D. J. Goldhagen, *Hitlers willige Vollstrecker...*, pp. 404-409 (en la p. 408 puede verse un mapa de la marcha de la muerte de Helmbrechts).
[508]Cfr. D. Blatman, *Die Todesmärsche 1944/45...*, pp. 303-s.
[509]D. J. Goldhagen, *Hitlers willige Vollstrecker...*, p. 411. Para el debate Goldhagen, véase Volker Ullrich, «Eine produktive Provokation, Die Rolle der Medien in der Goldhagen-Kontroverse», en Martin Sabrow, Ralph Jessen y Klaus Grosse Kracht (eds.), *Zeitgeschichte als Streitgeschichte. Grosse Kontroversen nach 1945*, Múnich, 2003, pp. 152-170.
[510]Cfr. Peter Engelbrecht, *Der Krieg ist aus. Frühjahr 1945 in Oberfranken*, Weissenstadt, 2015, p. 84.
[511]Cfr. D. Blatman, *Die Todesmärsche 1944/45...*, pp. 305-313 (las cifras aparecen en las pp. 312-s.).
[512]Esta es la principal objeción que plantea el historiador israelí Daniel Blatman a Daniel Goldhagen, que interpreta las marchas de la muerte como el último eslabón del exterminio de los judíos de Europa; el escritor y exprofesor estadounidense considera asimismo que se habrían producido por un antisemitismo «eliminatorio» fanático. Cfr. D. J. Goldhagen, *Hitlers willige Vollstrecker...*, pp. 417-436; D. Blatman, *Die Todesmärsche 1944/45...*, pp. 313-319.
[513]Cfr. D. Blatman, *Die Todesmärsche 1944/45...*, pp. 11-ss.
[514]Cfr. ibíd., pp. 196-202; Benedikt Erenz, «Apokalypse in Ostpreussen», en *Die Zeit*, 1 de marzo de 2007.

[515]Para la reacción de los «alemanes corrientes», véase N. Wachsmann, KL..., pp. 676-ss.; Katrin Greiser, *Die Todesmärsche von Buchenwald. Räumung, Befreiung und Spuren der Erinnerung*, Gotinga, 2008; pp. 257-277; Martin C. Winter, *Gewalt und Erinnerung im ländlichen Raum. Die deutsche Bevölkerung und die Todesmärsche*, Berlín, 2018, en particular pp. 154-199.
[516]Cfr. Bernhard Strebel, *Celle April 1945 revisited*, Bielefeld, 2008, pp. 52-123; Bernhard Strebel, «Celle, 5. April 1945», en *Die Zeit*, 23 de abril de 2009; D. Blatman, *Die Todesmärsche 1944/45...*, pp. 435-443.
[517]Cfr. D. Blatman, *Die Todesmärsche 1944/45...*, pp. 499-568.
[518]Horst G. W. Gleiss, *Breslauer Apokalypse 1945. Dokumentarchronik vom Todeskampf und Untergang einer deutschen Stadt und Festung am Ende des Zweiten Weltkrieges*, Wedel, vol. 5, 1988, p. 326.
[519]Ibíd., p. 433.
[520]Para lo que viene a continuación, véase también Gregor Thum, *Die fremde Stadt. Breslau 1945*, Berlín, 2003, pp. 18-30 (para este punto, p. 19); Norman Davies y Roger Moorhouse, *Die Blume Europas. Breslau-Wrocław-Vratislava. Die Geschichte einer mitteleuropäischen Stadt*, Múnich, 2002, pp. 29-60.
[521]Paul Peikert, *«Festung Breslau» in den Berichten eines Pfarrers, 22. Januar bis 6. Mai 1945*, Karol Jonca y Alfred Konieczny (eds.), Berlín, 1970, p. 26.
[522]H. G. W. Gleiss, *Breslauer Apokalypse 1945...*, vol. 1, p. 204.
[523]Citada en N. Davies y R. Moorhouse, *Die Blume Europas...*, p. 32.
[524]Cit. ibíd., p. 33.
[525] A. Speer, *Erinnerungen...*, p. 430.
[526]J. Goebbels, *Tagebücher...*, parte II, vol. 15, p. 209 (anotación correspondiente al 24/1/1945).
[527]Ibíd., p. 274 (anotación correspondiente al 30/1/1945); cfr. ibíd., pp. 267-ss. (30/1/1945).
[528]Cfr. G. Thum, *Die fremde Stadt...*, p. 21; N. Davies y R. Moorhouse, *Die Blume Europas...*, p. 37.
[529]Cfr. Gregor Thum, «Stalingrad an der Oder», en *Die Zeit*, 3 de marzo de 2005; N. Davies y R. Moorhouse, *Die Blume Europas...*, p. 46.
[530]H. G. W. Gleiss, *Breslauer Apokalypse 1945...*, vol. 3, p. 651; cfr. G. Thum, *Die fremde Stadt...*, p. 24; N. Davies y R. Moorhouse, *Die Blume Europas...*, p. 49.
[531]*Völkischer Beobachter*, 4 de marzo de 1945; H. G. W. Gleiss, *Breslauer Apokalypse 1945*, vol. 3, pp. 128-ss.
[532]J. Goebbels, *Tagebücher...*, parte II, vol. 15, pp. 416 (anotación correspondiente al 4/3/1945) y 421 (5/3/1945).
[533]*Schlesische Tageszeitung. Frontzeitung der Festung Breslau*, 7 de marzo de 1945; H. G. W. Gleiss, *Breslauer Apokalypse 1945*, vol. 3, p. 230.
[534]Cfr. N. Davies y R. Moorhouse, *Die Blume Europas...*, p. 48; G. Thum, *Die fremde Stadt...*, p. 25.
[535]J. Goebbels, *Tagebücher...*, parte II, vol. 15, p. 640 (anotación correspondiente al 30/3/1945).
[536]P. Peikert, *«Festung Breslau» in den Berichten eines Pfarrers...*, p. 284.
[537]*Schlesische Tageszeitung. Frontzeitung der Festung Breslau*, 20 de abril de 1945; H. G. W. Gleiss, *Breslauer Apokalypse 1945...*, vol. 4, p. 864.
[538]Carta de Albert Speer al Gauleiter Karl Hanke, 14/4/1945; reproducida en H. Breloer, en colaboración con R. Zimmer, *Die Akte Speer...*, p. 315.
[539]Véase el testamento político de Hitler, de 29 de abril de 1945; A. Joachimsthaler, *Hitlers Ende...*, p. 191. Para la concesión de la citada condecoración a Hanke, véase J. Goebbels, *Tagebücher...*, parte II, vol. 15, pp. 692-ss. (anotación correspondiente al 9/4/1945).

[540]*Schlesische Tageszeitung. Frontzeitung der Festung Breslau*, 4 de mayo de 1945; H. G. W. Gleiss, *Breslauer Apokalypse 1945...*, vol. 5, p. 156.
[541]Ibíd., pp. 181-ss.; véase asimismo el informe del último deán protestante de Breslavia, Joachim Konrad, «Das Ende von Breslau», en *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 4 (1956), pp. 387-390.
[542]H. G. W. Gleiss, *Breslauer Apokalypse 1945...*, vol. 5, p. 233.
[543]Cfr. G. Thum, *Die fremde Stadt...*, pp. 30, 533 (n. 31).
[544]Hans von Ahlfen y Hermann Niehoff, *So kämpfte Breslau. Verteidigung und Untergang von Schlesien*, Múnich, 1959.
[545]Cfr. N. Davies y R. Moorhouse, *Die Blume Europas...*, p. 59.
[546]Cfr. ibíd., p. 519.
[547]Cfr. ibíd., pp. 519-527.
[548]Hugo Hartung, *Schlesien 1944/45. Aufzeichnungen und Tagebücher*, Múnich, 1956, p. 131.
[549]Cfr. Peter Merseburger, *Der schwierige Deutsche. Kurt Schumacher. Eine Biographie*, Stuttgart, 1995, pp. 11-193 (la cita corresponde a las pp. 119-s.).
[550]Albrecht Kaden, *Einheit oder Freiheit. Die Wiedergründung der* SPD *1945/46*, Hannover, 1964, p. 17.
[551]Discurso de Kurt Schumacher del 6 de mayo de 1945, reproducido en Willy Albrecht (ed.), *Kurt Schumacher. Reden – Schriften – Korrespondenzen 1945-1952*, Berlín-Bonn, 1985, pp. 203-236. Resúmenes en A. Kaden, *Einheit und Freiheit...*, pp. 17-21; y en Kristina Meyer, *Die SPD und die NS-Vergangenheit 1945-1990*, Gotinga, 2015, pp. 32-34.
[552]Annemarie Renger, «Die Trümmer in den Köpfen der Menschen», en G. Trampe (ed.), *Die Stunde Null...*, pp. 225-233 (la cita corresponde a la p. 233). Véase asimismo Annemarie Renger, *Ein politisches Leben. Erinnerungen*, Stuttgart, 1993, pp. 65-69.
[553]A. Renger, *Ein politisches Leben...*, pp. 70-ss.
[554]K. Meyer, *Die* SPD *und die NS-Vergangenheit 1945-1990...*, p. 35.
[555]Carta de Kurt Schumacher a Carl Severing, 25/7/1945; W. Albrecht (ed.), *Kurt Schumacher...*, p. 241.
[556]Cfr. A. Kaden, *Einheit oder Freiheit*, p. 69; Kurt Klotzbach, *Der Weg zur Staatspartei, Programmatik, praktische Politik und Organisation der deutschen Sozialdemokratie 1945 bis 1965*, Berlín-Bonn, 1982, p. 43.
[557]*Politische Richtlinien der* SPD *in ihrem Verhältnis zu anderen politischen Faktoren*, reproducidas en W. Albrecht (ed.), *Kurt Schumacher...*, pp. 256-286. Resumen en A. Kaden, *Einheit oder Freiheit...*, pp. 70-74.
[558]Citado en Brigitte Seebacher-Brandt, *Ollenhauer. Biedermann und Patriot*, Berlín, 1984, p. 287.
[559]Citado en ibíd., p. 291.
[560]«Aclaraciones programáticas» de Kurt Schumacher en las conferencias de Wennigsen y Hannover, 5-6 de octubre de 1945; W. Albrecht (ed.), *Kurt Schumacher...*, pp. 301-319 (para este punto p. 318).
[561]Carta de Kurt Schumacher a Carl Severing, 12/10/1945; ibíd., p. 320.
[562]Ponencia de Kurt Schumacher, «Aufgaben und Ziele der deutschen Sozialdemokratie», ibíd., pp. 387-418 (para este punto en concreto, véase p. 418). Para la evolución de la SPD entre octubre de 1945 y abril de 1946, véase asimismo A. Kaden, *Einheit oder Freiheit...*, pp. 233-280; K. Klotzbach, *Der Weg zur Staatspartei...*, pp. 73-81.
[563]Para lo que sigue, véase asimismo: Hartmut Peters, *Das Kriegsende in Jever 1945 und der Massenprotest gegen die Verteidigung der Stadt*; <https://www.groeschlerhaus.eu/das-kriegsende-in-jever-1945-und-der-massenprotest-gegen-die-verteidigung-der-stadt/>.
[564]Ibíd.

[565]Acta del informe de situación de 7/5/1945; P. E. Schramm (ed.), *Die Niederlage 1945*..., p. 432. Cfr. K. Dönitz, *Zehn Jahre und zwanzig Tage*..., p. 455.
[566]W. Bedell Smith, *Eisenhower's Six Great Decisions*..., p. 210.
[567]Citado en M. G. Steinert, *Die 23 Tage der Regierung Dönitz*..., p. 200.
[568]Cfr. Harry C. Butcher, *Drei Jahre mit Eisenhower*, Berna, 1946, p. 829; D. D. Eisenhower, *Kreuzzug in Europa*..., p. 488.
[569]Texto del acta de capitulación de 7/5/1945, en W. Lüdde-Neurath, *Die Regierung Dönitz*..., pp. 144-s.; KTB-OKW, vol. IV/2, pp. 1676-s.
[570]Cfr. W. Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz*..., p. 70.
[571]Discurso de Schwerin von Krosigk de 7/5/1945; reproducido en W. Lüdde-Neurath, *Die Regierung Dönitz*..., pp. 152-s.; y también en L. G. Schwerin von Krosigk, *Memoiren*..., pp. 247-s.
[572]Acta del informe de situación de 7/5/1945; P. E. Schramm (ed.), *Die Niederlage 1945*..., p. 433.
[573]Para lo que sigue, véase asimismo Heinrich Thies, *Fesche Lola, brave Liesel. Marlene Dietrich und ihre verleugnete Schwester*, Hamburgo, 2017, pp. 9-ss.; Heinrich Thies, «Im Schatten des Blauen Engels», en *Die Zeit*, 27 de septiembre de 2017.
[574]Cfr. N. Wachsmann, KL…, pp. 651-653, 668.
[575]Cfr. H. Thies, *Fesche Lola, brave Liesel*..., pp. 9, 14-18, 214-ss.
[576]Cfr. Karin Wieland, *Dietrich & Riefenstahl. Der Traum von der neuen Frau*, Múnich, 2011, pp. 9-13, 38-85 (la cita corresponde a la p. 52); H. Thies, *Fesche Lola, brave Liesel*..., pp. 19-42, 49-56; Eva Gesine Baur, *Einsame Klasse. Das Leben der Marlene Dietrich*, Múnich, 2017, pp. 7-67.
[577]Cfr. K. Wieland, *Dietrich & Riefenstahl*..., pp. 183-ss.; E. G. Baur, *Einsame Klasse*..., pp. 110-ss.
[578]Cfr. H. Thies, *Fesche Lola, brave Liesel*..., pp. 57-64, pp. 110-118 (las citas corresponden a la p. 116).
[579]J. Goebbels, *Tagebücher*..., parte I, vol. 3/II, Múnich, 2001, p. 55 (anotación correspondiente al 2/4/1936). Cfr. ibíd., vol. 2/III, p. 341 (anotación correspondiente al 21/12/1933): «Luego con Hitler, *El expreso de Shanghái*. Marlene Dietrich sí que vale».
[580]Ibíd., vol. 3/II, p. 393 (anotación correspondiente al 25/2/1937).
[581]Cfr. H. Thies, *Fesche Lola, brave Liesel*..., pp. 132, 135-139, 153-159.
[582]Marlene Dietrich, *Nehmt nur mein Leben… Reflexionen*, Múnich, 1979, p. 143.
[583]Entrevista a Marlene Dietrich en el *New York Herald Tribune* de 13 de agosto de 1944; citada en K. Wieland, *Dietrich & Riefenstahl*..., p. 400. Para lo anterior y para lo que sigue, véase asimismo ibíd., pp. 380-409; E. G. Baur, *Einsame Klasse*..., pp. 254-296.
[584]M. Dietrich, *Nehmt nur mein Leben*…, p. 171.
[585]Cfr. H. Thies, *Fesche Lola, brave Liesel*..., p. 201; E. G. Baur, *Einsame Klasse*..., pp. 304-ss.
[586]H. Thies, *Fesche Lola, brave Liesel*..., p. 216.
[587]Carta de Marlene Dietrich a Rudolf Sieber, 27/9/1945; K. Wieland, *Dietrich & Riefenstahl*, p. 412; cfr. H. Thies, *Fesche Lola, brave Liesel*..., p. 226; E. G. Baur, *Einsame Klasse*..., pp. 309-ss.
[588]Cfr. H. Thies, *Fesche Lola, brave Liesel*..., pp. 245-256.
[589]Cfr. K. Wieland, *Dietrich & Riefenstahl*..., pp. 424-429, 482-488, 496-500; E. G. Baur, *Einsame Klasse*..., pp. 360-ss., 389-ss.
[590]Cf. Thies, *Fesche Lola, brave Liesel*, pp. 285-292, 357-361.

[591]Cfr. H. Thies, *Fesche Lola, brave Liesel...*, p. 369. Para lo anterior, véase asimismo K. Wieland, *Dietrich & Riefenstahl...*, pp. 503-ss., 529-543; E. G. Baur, *Einsame Klasse...*, pp. 404-ss., 472-474.
[592]Para lo que sigue, véase asimismo Barbara Beuys, *Leben mit dem Feind. Amsterdam unter deutscher Besatzung 1940-1945*, Múnich, 2012; para este punto en concreto, véase p. 350.
[593]Citado en ibíd., p. 103.
[594]Cfr. ibíd., pp. 109-150 (la cita corresponde a la p. 149).
[595]Cfr. ibíd., pp. 152-191 (la cita corresponde a la p. 191).
[596]Anne Frank, *Tagebuch*, versión de Otto H. Frank y Mirjam Pressler, Frankfurt, 1991, p. 11 (anotación correspondiente al 12/6/1942). Véase asimismo Melissa Müller, *Das Mädchen Anne Frank. Die Biographie*, Frankfurt, 2013, pp. 213-ss.; Matthias Heyl, *Anne Frank*, Reinbek, 2002, p. 52.
[597]Ibíd., p. 32 (anotación correspondiente al 8/7/1942). Cfr. B. Beuys, *Leben mit dem Feind...*, pp. 192-198; M. Heyl, *Anne Frank...*, pp. 60-66; M. Müller, *Das Mädchen Anne Frank...*, pp. 244-248.
[598]A. Frank, *Tagebuch...*, p. 64 (anotación correspondiente al 9/10/1942). Cfr. B. Beuys, *Leben mit dem Feind...*, pp. 204-207, 227-236.
[599]Cfr. B. Beuys, *Leben mit dem Feind...*, pp. 255, 285-ss.
[600]A. Frank, *Tagebuch...*, pp. 291-s. (anotación correspondiente al 6/6/1944).
[601]Cfr. B. Beuys, *Leben mit dem Feind...*, pp. 302-s., 313-s.; M. Heyl, *Anne Frank...*, pp. 111-115, 118-123, 126-131 (la cita corresponde a la p. 131); M. Müller, *Das Mädchen Anne Frank*, pp. 345-348, 358-361, 364-378, 380-383.
[602]B. Beuys, *Leben mit dem Feind...*, pp. 304-s.; cfr. M. Heyl, *Anne Frank...*, pp. 124-s.
[603]Max Beckmann, *Tagebücher 1940-1950*, Mathilde Q. Beckmann (comp.), Erhard Göpel (ed.), Múnich-Viena, 1979, p. 97 (anotación correspondiente al 6/9/1944).
[604]Cfr. B. Beuys, *Leben mit dem Feind...*, pp. 305-312, 316-342.
[605]Carry Ulreich, *Nachts träum ich vom Frieden. Tagebuch 1941 bis 1945*, Berlín, 2018, p. 286 (anotación correspondiente al 6/5/1945).
[606]Cfr. J. Koll, *Arthur Seyss-Inquart und die deutsche Besatzungspolitik in den Niederlanden (1940-1945)...*, p. 574. Para todo lo anterior, cfr. B. Beuys, *Leben mit dem Feind...*, pp. 344-352.

8 DE MAYO DE 1945

[607]Cfr. M. G. Steinert, *Die 23 Tage der Regierung Dönitz...*, pp. 203-s.; Karl-Heinz Janssen, «Der 8. Mai 1945. Die deutsche Kapitulation in Karlshorst», en Karl-Heinz Janssen, *Und morgen die ganze Welt… Deutsche Geschichte 1871-1945*, Bremen, 2003 (pp. 485-492; para este punto en concreto, véase p. 487).
[608]Cfr. D. D. Eisenhower, *Kreuzzug in Europa*, p. 489; M. G. Steinert, *Die 23 Tage der Regierung Dönitz...*, pp. 206-s.
[609]Konstantin Simonow [Konstantín Símonov], *Kriegstagebücher*, vol. 2, *1942-1945*, Berlín oriental, 1979; citado en Walter Kempowski, *Das Echolot. Abgesang '45. Ein kollektives Tagebuch*, Múnich, 2005, pp. 439. Cfr. W. Görlitz (ed.), *Generalfeldmarschall Keitel...*, pp. 376.
[610]Cfr. K.-H. Janssen, «Der 8. Mai 1945»..., p. 488.
[611]Martin Sabrow, *Erich Honecker. Das Leben davor 1912-1945*, Múnich, 2016, p. 441. Para lo anterior, cfr. ibíd., pp. 425-432.
[612]Cfr. M. G. Steinert, *Die 23 Tage der Regierung Dönitz...*, pp. 207-s. Texto del acta de capitulación de 8/5/1945, en W. Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz...*, pp. 207-s.; KTB-OKW, vol.

IV/2, pp. 1679-s.
[613]G. K. Schukow [Zhúkov], *Erinnerungen und Gedanken...*, p. 611.
[614]Citado en W. Kempowski, *Das Echolot. Abgesang '45...*, pp. 446-s. Véase asimismo el informe de un oficial estadounidense, el comandante Oppenheimer: «Cuando hicieron pasar a los plenipotenciarios alemanes, vimos a Keitel de pie, tenso, con una expresión rígida de furia congelada en el rostro, tieso como un palo, y presentó su bastón de mariscal con la mano derecha enguantada. Ni un solo músculo de su rostro ni de su cuerpo tuvo la osadía de moverse». Citado en Klaus Bergmann y Gerhard Schneider (eds.), *1945. Ein Lesebuch*, Hannover, 1985, p. 93.
[615]G. K. Schukow [Zhúkov], *Erinnerungen und Gedanken...*, p. 612.
[616]Ibíd., p. 613.
[617]Cfr. ibíd., p. 163; K.-H. Jassen, «Der 8. Mai 1945»..., p. 486.
[618]Citado en W. Kempowski, *Echolot. Abgesang '45...*, p. 442.
[619]Cfr. G. K. Schukow [Zhúkov], *Erinnerungen und Gedanken...*, pp. 613-s.
[620]W. Görlitz (ed.), *Generalfeldmarschall Keitel...*, p. 378.
[621]R. Hansen, *Das Ende des Dritten Reiches...*, pp. 177-s.; cfr. A. Speer, *Erinnerungen...*, p. 499.
[622]Cfr. H. Breloer, en colaboración con R. Zimmer, *Die Akte Speer...*, pp. 329-336; M. Brechtken, *Albert Speer*, pp. 295-s.
[623]Acta del informe de situación de 8/5/1945; P. E. Schramm (ed.), *Die Niederlage 1945...*, p. 435. Para lo anterior, véase K. Dönitz, *Zehn Jahre und zwanzig Tage...*, p. 463; R. Hansen, *Das Ende des Dritten Reiches...*, p. 178.
[624]Alocución radiofónica de Dönitz de 8/5/1945; reproducida en W. Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz...*, pp. 157-s.
[625]M. G. Steinert, *Die 23 Tage der Regierung Dönitz...*, p. 213.
[626]KTB-OKW, vol. IV/2, pp. 1484-s.
[627]Cfr. ibíd., p. 1495; Gerd R. Ueberschär y Rolf-Dieter Müller, *1945. Das Ende des Krieges*, Darmstadt, 2005, p. 112.
[628]Diario de Wilhelm Wintgens, anotación correspondiente al 9/5/1945; <https://aulemettmanner.de/index.php/erzaehlungen-von-frueher/110-tagebuch-eines-mettmanner-soldaten>.
[629]M. G. Steinert, *Die 23 Tage der Regierung Dönitz...*, pp. 230-s.
[630]Cfr. R. Hansen, *Das Ende des Dritten Reiches...*, pp. 161-s.
[631]KTB-OKW, vol. IV/2, pp. 1281-s.; G. R. Ueberschär y R.-D. Müller (eds.), *1945. Das Ende des Krieges...*, pp. 112-ss. Dönitz comentaba en sus memorias: «Todavía hoy considero estas palabras esencialmente acertadas en su contenido». Cfr. K. Dönitz, *Zehn Jahre und zwanzig Tage...*, p. 458.
[632]Discurso pronunciado por el gran almirante Dönitz en Flensburg el 9 de mayo de 1945 ante un grupo de oficiales; reproducido en G. Förster y R. Lakowski (eds.), *1945...*, doc. 208, pp. 382-388 (para este detalle en concreto, véase p. 387).
[633]Cfr. Ernst Kubin, *Sonderauftrag Linz. Die Kunstsammlung Adolf Hitler. Aufbau, Vernichtungsplan, Rettung. Ein Thriller der Kulturgeschichte*, Viena, 1989, pp. 141-143.
[634]Cfr. Birgit Schwarz, *Auf Befehl des Führers. Hitler und der NS-Kunstraub*, Darmstadt, 2014, pp. 39-45; Birgit Schwarz, *Geniewahn, Hitler und die Kunst*, Viena-Colonia-Weimar, 2009, pp. 221-228.
[635]Cfr. B. Schwarz, *Auf Befehl des Führers...*, pp. 49-55, 81-83 (las citas corresponden a pp. 82-83); B. Schwarz, *Geniewahn...*, pp. 228-235; E. Kubin, *Sonderauftrag Linz...*, pp. 14-18.
[636]Cfr. B. Schwarz, *Auf Befehl des Führers...*, pp. 16-18; B. Schwarz, *Geniewahn...*, pp. 238-s.; E. Kubin, *Sonderauftrag Linz...*, pp. 19-s.
[637]Cfr. B. Schwarz, *Auf Befehl des Führers...*, pp. 218-221, 230-232.

[638]Cfr. J. Goebbels, *Tagebücher*, parte II, vol. 6, pp. 430-s. (anotación correspondiente al 12/12/1941); B. Schwarz, *Auf Befehl des Führers...*, pp. 235-s., 239-s.; E. Kubin, *Sonderauftrag Linz...*, pp. 61-64; Meike Hoffmann y Nicola Kuhn, *Hitlers Kunsthändler. Hildebrand Gurlitt 1895-1956. Die Biographie*, Múnich, 2016, pp. 213-s.
[639]Cfr. B. Schwarz, *Auf Befehl des Führers...*, pp. 237, 248-253; E. Kubin, *Sonderauftrag Linz...*, pp. 79-89.
[640]Cfr. V. Ullrich, *Adolf Hitler...*, vol. 2, pp. 604-606.
[641]Cfr. E. Kubin, *Sonderauftrag Linz...*, pp. 99-102; B. Schwarz, *Auf Befehl des Führers...*, p. 256; Konrad Kramar, *Mission Michelangelo. Wie die Bergleute in Altaussee Hitlers Raubkunst vor der Vernichtung retteten*, St. Pölten-Salzburgo-Viena, 2013, pp. 99-117.
[642]A. Joachimsthaler, *Hitlers Ende...*, p. 192.
[643]Facsímil de la nota en E. Kubin, *Sonderauftrag Linz...*, p. 115.
[644]Cfr. E. Kubin, *Sonderauftrag Linz...*, pp. 114-130; K. Kramar, *Mission Michelangelo...*, pp. 120-147; B. Schwarz, *Auf Befehl des Führers...*, p. 257; Peter Black, *Ernst Kaltenbrunner, Vasall Himmlers. Eine SS-Karriere*, Paderborn, 1991, pp. 276-s.
[645]Cfr. E. Kubin, *Sonderauftrag Linz...*, pp. 146-160; B. Schwarz, *Auf Befehl des Führers...*, pp. 272-279.
[646]Para lo que sigue, véase asimismo R. Bohn, *Reichskommissariat Norwegen...*, pp. 1-3.
[647]*Vid. supra*.
[648]Cfr. R. Bohn, *Reichskommissariat Norwegen...*, p. 3.
[649]Heimito von Doderer, *Tangenten. Tagebuch eines Schriftstellers 1940-1950*, Múnich, 1964; citado en W. Kempowski, *Echolot. Abgesang '45...*, p. 353.
[650]W. Brandt, *Erinnerungen*, p. 141; cfr. W. Brandt, *Links und frei...*, pp. 381-s.
[651]W. S. Churchill, *Der Zweite Weltkrieg...*, p. 1074.
[652]Winston S. Churchill, *Reden in Zeiten des Kriegs*, Klaus Körner (ed.), Hamburgo-Viena, 2002, pp. 281-283 (para este punto en concreto, véase p. 283). Véase asimismo A. Lindgren, *Die Menschheit hat den Verstand verloren. Tagebücher 1939-1945...*, p. 448 (8/5/1945): «¡Qué sensación debió de suponer para aquel hombre tan vital de más de setenta años anunciar al Imperio británico una cosa así! Habló como un hombre con pleno poder, con claridad y lucidez, y me gustó más que nunca».
[653]Harold Nicolson, *Diaries and Letters 1930-1964*, Londres, 1968; citado en W. Kempowski, *Echolot. Abgesang '45...*, p. 325.
[654]W. S. Churchill, *Reden in Zeiten des Krieges...*, p. 283.
[655]Véase la descripción de Joan Widham, miembro de las Women's Auxiliary Air Forces (WAAF); citada en W. Kempowski, *Echolot. Abgesang '45...*, pp. 322-324 (para este punto en concreto, p. 324); y también en K.-H. Janssen, «Der 8. Mai 1945»..., p. 491.
[656]Elsbeth Weichmann, *Zuflucht. Jahre des Exils*, Múnich, 1983; citada en W. Kempowski, *Echolot. Abgesang '45...*, pp. 313-s.
[657]Mensaje radiofónico de Harry S. Truman de 8/5/1945; reproducido, entre otras obras, en W. L. Shirer, *Berliner Tagebuch. Das Ende 1944-45...*, pp. 80-s.
[658]Citado en Werner Hecht, *Brecht Chronik 1898-1956*, Frankfurt, 1997, p. 754. Thomas Mann anotó en su diario: «Por la noche champán fran(cés) para festejar el *VE-Day*. Hemos escuchado los discursos de Truman y Churchill». T. Mann, *Tagebücher 1944-1.4.1946...*, p. 202 (anotación correspondiente al 8/5/1945).
[659]Citado en W. Kempowski, *Echolot. Abgesang '45...*, pp. 315-s.
[660]Mensaje de Stalin a los pueblos de la Unión Soviética, 9 de mayo de 1945; reproducido en Herbert Michaelis y Ernst Schraepler (eds.), *Ursachen und Folgen. Vom deutschen Zusammenbruch*

1918 bis zur staatlichen Neuordnung Deutschlands in der Gegenwart, vol. XXIII. Berlín (s. f.), pp. 258-s.
[661]Markus Wolf, «Sozialismus stand nicht auf der Tagesordnung», en G. Trampe (ed.), *Die Stunde Null...*, pp. 281-290 (para este punto en concreto, p. 281).
[662]George F. Kennan, *Memoiren eines Diplomaten*, Stuttgart, 1968; citado en W. Kempowski, *Echolot. Abgesang '45...*, p. 334.
[663]E. Jünger, *Die Hütte im Weinberg*, *Sämtliche Werke...*, vol. 3, p. 434 (anotación correspondiente al 8/5/1945).

EPÍLOGO

[664]Thomas Mann, *An die gesittete Welt. Politische Schriften und Reden im Exil*, Frankfurt, 1980, p. 616.
[665]Carta de Siegfried A. Kaehler a Martin Kaehler, 19/5/1945; Siegfried A. Kaehler, *Briefe 1900-1963*, Walter Bussmann y Günther Grünthal (eds.), en colaboración con Joachim Stemmler, Boppard, 1993, p. 299.
[666]Karl-Günther von Hase, «Düstere Gedanken im Moskauer Gefängnis», en G. Trampe (ed.), *Die Stunde Null...*, pp. 147-151 (para este punto en concreto, véase p. 148).
[667]U. von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen 1942-1945...*, p. 324 (anotación correspondiente al 7/5/1945).
[668]Theodor Heuss, *Das Ende*, en Theodor Heuss, *Aufzeichnungen 1945-1947*, Tubinga, 1966; citado en Peter Merseburger, *Theodor Heuss. Der Bürger als Präsident*, Múnich, 2012, p. 364. Cfr. Heinrich Krone, *Tagebücher*, vol. 1: *1945-1961*, Hans-Otto Kleinmann (ed.), Düsseldorf, 1995, p. 8 (anotación correspondiente al 9/5/1945): «Al pie del acta del armisticio aparecen nombres de militares. No de civiles, como en 1918. Quien ha organizado el lío que apechugue con las consecuencias, para que no vuelva a surgir una leyenda como la de la puñalada por la espalda».
[669]Citado en P. Merseburger, *Theodor Heuss...*, pp. 367-s.
[670]Citado en Gunter Hofmann, *Richard von Weizsäcker. Ein deutsches Leben*, Múnich, 2010, p. 188. Para las disputas en torno al 8 de mayo de 1945 en la República Federal de Alemania, véase Sebastian Ullrich, «Wir sind, was wir erinnern. Es hat lange gedauert, bis sich ein selbstkritischer Umgang mit der Vergangenheit durchsetzen konnte», en *Zeit-Geschichte*, 1 (2005), pp. 27-34.
[671]L. Walb, *Ich, die Alte – ich, die Junge...*, p. 345 (anotación correspondiente al 8/5/1945). Cfr. S. Keller (ed.), *Kriegstagebuch einer jungen Nationalsozialistin...*, p. 211 (anotación correspondiente al 29/4/1945): «¿Resulta entonces que se ha acabado todo, todo en lo que hemos creído, todo por lo que hemos vivido? ¿Resulta entonces que todos los sacrificios han sido en vano? No me lo puedo creer».
[672]Alfred Kantorowicz, *Deutsches Tagebuch*, parte I, Berlín, 1978, p. 80 (anotación correspondiente al 8-9/5/1945).
[673]M. Wolff-Mönckeberg, *Briefe, die sie nicht erreichten*, p. 171 (carta de 1/6/1945).
[674]Stephan Hermlin, *Bestimmungsorte*, Berlín, 1985, p. 46.
[675]Margaret Bourke-White, *Deutschland – April 1945. «Dear Fatherland Rest Quietly»*, Múnich, 1979, p. 90.
[676]Wilhelm Hausenstein, *Licht unter dem Horizont. Tagebücher von 1942 bis 1946*, Múnich, 1967, p. 348 (anotación correspondiente al 9/5/1945).
[677]George Orwell, «Now Germany Faces Hunger», en *Manchester Evening News*, 4 de mayo de 1945; citado en S.-L. Hoffmann, «Besiegte, Besatzer, Beobachter. Das Kriegsende im Tagebuch», en

D. Fulda *et al.* (eds.), *Demokratie im Schatten der Gewalt...*, p. 46.
[678]Klaus Mann, «Es gibt keine Heimkehr», en K. Mann, *Auf verlorenem Posten...*, pp. 224-230 (para este punto en concreto, véase p. 227). Véase Wilhelm Hoegner, *Der schwierige Aussenseiter. Erinnerungen eines Abgeordneten, Emigranten und Ministerpräsidenten*, Múnich, 1959, pp. 190-s.: «La Pompeya excavada me pareció que estaba bien conservada comparada con Múnich».
[679]Tilman Lahme, Holger Pils y Kerstin Klein (eds.), *Die Briefe der Manns. Ein Familienporträt*, Frankfurt, 2016, pp. 308-314 (las citas corresponden a las pp. 309, 314). Cfr. U. Naumann (ed.), *«Ruhe gibt es nicht bis zum Schluss». Klaus Mann (1906-1949). Bilder und Dokumente...*, pp. 300-ss. (con las fotos de la casa de la Poschingerstrasse tomadas por John Tewksbury).
[680]Cfr. W. Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz*, p. 106; R. Hansen, *Das Ende des Dritten Reiches...*, p. 187; M. G. Steinert, *Die 23 Tage der Regierung Dönitz...*, p. 239.
[681]Cfr. A. Speer, *Erinnerungen...*, p. 500.
[682]Cfr. R. Hansen, *Das Ende des Dritten Reiches...*, pp. 189-s.; A. Speer, *Erinnerungen...*, p. 500: «Redactábamos memorandos en el vacío, intentábamos contrarrestar nuestra insignificancia mediante una apariencia de actividad».
[683]Apuntes sobre la entrevista Rooks-Dönitz, 13/5/1945; G. Förster y R. Lakowski (eds.), *1945...*, doc. 217, pp. 400-402 (para este punto en concreto, véase p. 400). Cfr. acta del informe de situación correspondiente al 13/5/1945; P. E. Schramm (ed.), *Die Niederlage 1945...*, pp. 443-s.; W. Görlitz (ed.), *Generalfeldmarschall Keitel...*, pp. 379-s.
[684]K. Dönitz, *Zehn Jahre und zwanzig Tage...*, p. 463.
[685]Cfr. KTB-OKW, vol. IV/2, p. 1484; acta del informe de situación correspondiente a los días 10, 12 y 14/5/1945; P. E. Schramm (ed.), *Die Niederlage 1945...*, pp. 437-s., 440-s., 445.
[686]Acta del informe de situación correspondiente al 15/5/1945; P. E. Schramm (ed.), *Die Niederlage 1945...*, p. 446.
[687]Anotación del gran almirante Dönitz, 18/5/1945; G. Förster y R. Lakowski (eds.), *1945*, doc. 224, pp. 411-413 (para este punto en concreto, véase p. 412).
[688]Acta del informe de situación correspondiente a los días 9 y 15/5/1945; P. E. Schramm (ed.), *Die Niederlage 1945...*, pp. 436, 446.
[689]Fundamental en este sentido es Heinrich August Winkler, *Der lange Weg nach Westen*, 2 vols., Múnich, 2000.
[690]Acta del informe de situación correspondiente a los días 11 y 16/5/1945; P. E. Schramm (ed.), *Die Niederlage 1945...*, pp. 439, 447. Cfr. K. Dönitz, *Zehn Jahre und zwanzig Tage...*, p. 458: «Nos preguntábamos cómo podían habérsenos pasado cosas como aquellas, que habían sucedido en plena Alemania».
[691]Carta de Schwerin von Krosigk a Eisenhower, 16/5/1945; G. Förster y R. Lakowski (eds.), *1945*, doc. 222, pp. 408-ss. (para este punto en concreto, véase p. 409).
[692]Citado en R. Hansen, *Das Ende des Dritten Reiches...*, p. 193. Cfr. Marlis G. Steinert, «Die alliierte Entscheidung zur Verhaftung der Regierung Dönitz», en *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 2 (1986), pp. 85-99 (para este punto en concreto, véase p. 89).
[693]Citado en R. Hansen, *Das Ende des Dritten Reiches...*, p. 195.
[694]Cfr. W. Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz...*, pp. 107, 112; L. G. Schwerin von Krosigk, *Memoiren...*, p. 251.
[695]Cfr. R. Hansen, *Das Ende des Dritten Reiches...*, p. 200; M. Steinert, «Die alliierte Entscheidung zur Verhaftung der Regierung Dönitz»..., pp. 92-s.
[696]Cfr. W. Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz...*, p. 113 (cfr. también en esta obra el texto literal de la declaración de Rooks, p. 161); K. Dönitz, *Zehn Jahre und zwanzig Tage...*, p. 465.
[697]Cfr. W. Lüdde-Neurath, *Regierung Dönitz...*, pp. 114, 115-s.; L. G. Schwerin von Krosigk, *Es geschah in Deutschland...*, p. 379.

[698]Cfr. A. Speer, *Erinnerungen...*, p. 502; G. Sereny, *Albert Speer*, pp. 640-s. Junto con Speer fue detenido y enviado a la Jefatura Superior de Policía de Flensburgo el médico de Hitler, Karl Brandt, uno de los principales organizadores del programa de eutanasia. Cfr. Ulf Schmidt, *Hitlers Arzt Karl Brandt. Medizin und Macht im Dritten Reich*, Berlín, 2009, p. 514.
[699]A. Speer, *Erinnerungen...*, p. 503.
[700]Klaus Mann, «Göring wirbt um Mitgefühl», en K. Mann, *Auf verlorenem Posten...*, pp. 221-224 (para este punto en concreto, p. 222). Cfr. K. Mann, *Der Wendepunkt...*, p. 438; y K. Mann, *Tagebücher 1944-1949...*, p. 83 (anotación correspondiente al 11/5/1945).
[701]Ronald Smelser, *Robert Ley. Hitlers Mann an der «Arbeitsfront». Eine Biographie*, Paderborn, 1989, p. 286.
[702]Daniel Roos, *Julius Streicher und «Der Stürmer» 1923-1945*, Paderborn, 2014, p. 467. Cfr. Richard Overy, *Verhöre. Die NS-Elite in den Händen der Alliierten*, Múnich-Berlín, 2001, p. 41.
[703]E. Kästner, *Notabene 45...*, p. 148 (anotación correspondiente al 24/5/1945). Cfr. E. Kästner, *Das Blaue Buch...*, p. 213 (anotación correspondiente al 24/5/1945): «Todo se desarrolla en parte como si fuera una entidad dedicada al alquiler de disfraces. Por debajo incluso de la dignidad de estos indignos bocazas».
[704]Cfr. la emisión del *Hamburg Journal* correspondiente al 14 de junio de 2015; E. Conze *et al.*, *Das Amt...*, p. 332; Theo Sommer, *1945. Die Biographie eines Jahres*, Reinbek, 2005, p. 83.
[705]Informe del plenipotenciario del NKVD, 25/6/1945; W. S. Christoforow *et al.* (eds.), *Verhört...*, pp. 48-57 (para este punto en concreto, véase p. 51). Para las condiciones de vida en Mondorf, véase R. Overy, *Verhöre...*, pp. 65-67; E. Conze *et al.*, *Das Amt...*, pp. 332-s.; I. Kirkpatrick, *Im inneren Kreis...*, pp. 171-s.; Philipp Schnee, «Hotel der Kriegsverbrecher», en *Der Spiegel* de 28 de octubre de 2009.
[706]L. G. Schwerin von Krosigk, *Memoiren...*, p. 257.
[707]Cfr. E. Conze *et al.*, *Das Amt...*, p. 333; Mark Mazower, *Hitlers Imperium. Europa unter der Herrschaft des Nationalsozialismus*, Múnich, 2009, p. 486.
[708]Cfr. D. Roos, *Julius Streicher und «Der Stürmer»...*, p. 471.
[709]A. Speer, *Erinnerungen...*, p. 504.
[710]Interrogatorio de Göring, 17/6/1945; W. S. Christoforow *et al.* (eds.), *Verhört...*, pp. 78-95 (para este punto en concreto, véase p. 91). Tampoco en su conversación con el diplomático británico Ivone Kirkpatrick de junio de 1945 Göring mostró «ningún arrepentimiento por los crímenes nazis ni por su participación en ellos». Cfr. I. Kirkpatrick, *Im inneren Kreis*, p. 174.
[711]Interrogatorio de Keitel, 17/5/1945; W. S. Christoforow *et al.* (eds.), *Verhört...*, pp. 95-121 (para este punto en concreto, véanse pp. 97, 103).
[712]Cfr. M. Mazower, *Hitlers Imperium...*, p. 487.
[713]Carta de Erika Mann a Katia Mann, 22/8/1945; T. Lahme *et al.* (eds.), *Die Briefe der Manns*, pp. 322-324 (para este punto en concreto, véase p. 323). Cfr. Uwe Naumann (ed.), *Die Kinder der Manns. Ein Familienalbum*, Reinbek, 2005, pp. 200-s.
[714]Erika Mann, «Wer das Schwert nimmt…», en Erika Mann, *Blitze überm Ozean. Aufsätze, Reden, Reportagen*, Irmela von der Lühe y Uwe Naumann (eds.), Reinbek, 2000, pp. 343-355 (para este punto en concreto, véase p. 346).
[715]Cfr. A. Speer, *Erinnerungen...*, pp. 504-507.
[716]Cfr. Volker Ullrich, «Speers Erfindung», en *Die Zeit* de 4 de mayo de 2005; M. Brechtken, *Albert Speer*, pp. 299-310.
[717]Cfr. R. Hansen, *Das Ende des Dritten Reiches...*, pp. 200-s.; A. Angrick, *Besatzungspolitik und Massenmord...*, pp. 716-719.
[718]Citada en Hans Magnus Enzensberger (ed.), *Europa in Ruinen. Augenzeugenberichte aus den Jahren 1944-1948*, Múnich, 1995, pp. 87-s. Similar impresión tuvo Saul K. Padover, que, como

miembro del departamento de Guerra Psicológica de las fuerzas armadas estadounidenses llevó a cabo diversas entrevistas en los territorios conquistados del Tercer Reich: «Desde hace dos meses nos dedicamos a eso […], y no hemos encontrado ni un solo nazi. Todos son adversarios de los nazis. Todo el mundo está en contra de Hitler. Siempre han estado en contra de Hitler». Saul K. Padover, *Lügendetektor. Vernehmungen im besiegten Deutschland 1944 /45*, Frankfurt, 1999, p. 46.

[719]W. Hausenstein, *Licht unter dem Horizont...*, p. 347 (anotación correspondiente al 6/5/1945). Cfr. F. Kellner, *Tagebücher 1939-1945*, vol. 2, pp. 932 (anotación correspondiente al 6/5/1945): «Nadie quiere ser hoy un verdadero nazi. Todo el mundo se sacude cualquier responsabilidad».

[720]R. Andreas-Friedrich, *Schauplatz Berlin...*, p. 194 (anotación correspondiente al 17/5/1945).

[721]Anonyma [Anónima]: *Eine Frau in Berlin...*, p. 199 (anotación correspondiente al 15/5/1945).

[722]Citado en Ian Kershaw, *Der Hitler-Mythos. Führerkult und Volksmeinung*. Stuttgart, 1999, p. 274. Cfr. V. Klemperer, *Tagebücher 1942-1945...*, p. 773 (anotación correspondiente al 11/5/1945): «El Tercer Reich está ya completamente olvidado»; U. von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen...*, p. 326 (anotación correspondiente al 16/5/1945, nota 2): «La guerra ha terminado; los nazis, como en el salmo 73, ya están "puestos en el resbaladero", han sido "precipitados a la ruina", tan "consumidos" que casi no interesan».

[723]Eugen Kogon, *Der SS-Staat. Das System der deutschen Konzentrationslager*, Múnich, 1974, p. 393. Cfr. S. K. Padover, *Lügendetektor...*, p. 86: «Toda la culpa se la echarán al Führer, para que nadie tenga que responder de nada».

[724]Erika Mann, «Deutsche Zustände», en E. Mann, *Blitze überm Ozean...*, pp. 377-382 (para este punto en concreto, véase p. 378).

[725]Klaus Mann, «Unsere Aufgabe in Deutschland», en K. Mann, *Auf verlorenem Posten...*, pp. 216-221 (para este punto en concreto, véase p. 217). Véanse asimismo, como testimonio revelador de esa mentalidad, los apuntes del director de la escuela de Mellendorf Ewald Niedermeyer: *Mellendorfer Kriegstagebuch...*, p. 59 (anotación correspondiente al 3/5/1945): «Sin esperanzas tendremos que emprender nuestro propio viacrucis»; cfr. p. 63 (anotación correspondiente al 20/5/1945): «Estamos ya totalmente a merced de nuestros enemigos, como no lo ha estado ningún pueblo de la tierra en los últimos siglos».

[726]Citado en H. M. Enzensberger (ed.), *Europa in Ruinen...*, p. 188.

[727]Hannah Arendt, *Besuch in Deutschland*, Berlín, 1993, pp. 25, 35.

[728]Alexander y Margarete Mitscherlich, *Die Unfähigkeit zu trauern. Grundlagen kollektiven Verhaltens*, Múnich, 1967.

[729]T. Findahl, *Letzter Akt – Berlin 1939-1945...*, p. 190 (anotación correspondiente al 9/5/1945).

[730]H. Sarkowicz (ed.), *«Als der Krieg zu Ende war»...*, p. 173.

[731]R. Andreas-Friedrich, *Schauplatz Berlin...*, pp. 196 (anotación correspondiente al 2/6/1945), 203 (22/6/1945).

[732]Cfr. Norbert Frei, «Grosse Gefühle. Das Kriegsende war eine Zeit voll widerstreitender Emotionen», en *Zeit-Geschichte*, 1 (2015), pp. 16-23 (para este punto en concreto, véase p. 23).

NOTAS DE LOS TRADUCTORES

(1) En la «organización político-policial y militar» que era la SS, este grado corresponde al de Generalmajor («comandante general» de los ejércitos de tierra y aire) o de Konteradmiral («contraalmirante» de la marina) dentro de la Wehrmacht (las fuerzas armadas del Tercer Reich). Sería el equivalente a nuestro general de brigada.
(2) El Sturmbannführer era un grado paramilitar de la Waffen-SS (o SS armada), utilizado también en otras organizaciones de la NSDAP (Partido Nacionalsocialista Obrero de Alemania), como la SA, el NSKK o el NSFK, equivalente en la Wehrmacht al de comandante. Podría traducirse por «comandante de unidad de asalto de la SS».
(3) El Reichssicherheitsdienst (RSD) o Führerschutzkommando (Comando de Protección del Führer) estaba encargado de la seguridad personal de Hitler.
(4) El de Gruppenführer era, en el Tercer Reich, un rango militar de los ejércitos de tierra y aire, de la SS y de la Waffen-SS (sección armada de la SS). El grado de SS-Gruppenführer (literalmente, «jefe de grupo de la SS)» era el tercero de mayor rango de la Schutzstaffel (SS o «escuadrilla de seguridad»), equivalente a lo que hoy sería un comandante general.
(5) El Gauleiter («jefe de Gau») era a la vez responsable político de la NSDAP (el partido nazi) y responsable administrativo de un Gau, subdivisión territorial («distrito») de la Alemania nazi.
(6) Durante la Segunda Guerra Mundial, Alemania y el Gran Reich alemán fueron divididos en diecinueve distritos militares o Wehrkreise. El Wehrkreis o Distrito VII correspondía al sur de Baviera, con capital en Múnich.
(7) El Volkssturm (literalmente, «asalto» o «tempestad del pueblo») fue una milicia popular nacionalsocialista creada durante los últimos meses del Tercer Reich en virtud del decreto de 18 de octubre de 1944 promulgado por Hitler, por el que eran llamados a las armas todos los hombres útiles entre dieciséis y sesenta años. Su misión era apoyar a la Wehrmacht en la defensa del territorio del Reich ante el imparable avance del Ejército Rojo por el este y de las fuerzas angloestadounidenses por el sur y por el oeste.
(8) Conjunto de edificios en el centro de Berlín, en la sección Tiergarten del distrito Mitte, que en la actualidad es la sede secundaria del Ministerio Federal de Defensa. Durante el Tercer Reich albergaba el Alto Manto de la Armada (OKM), de la Defensa (OKW Abwehr) y del Ejército (OKH). Durante la batalla de Berlín fue utilizado como cuartel general por el comandante del Área de Defensa de Berlín, el general Helmuth Weidling.
(9) El de Reichsleiter era el cargo más elevado en la jerarquía del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP). Había dieciocho Reichsleiter, nombrados directamente por Hitler y responsables solo ante él, que en conjunto formaban la dirección general del partido o Reichsleitung. Los Reichsleiter ostentaban además el rango militar más alto asignado a los miembros del Consejo Nacional del Partido, por encima de los jefes o gobernadores regionales, los Gauleiter.
(10) En la Alemania nazi, Hitler concedió el título de Reichskommissar («comisario del Reich») a los gobernadores de varios países ocupados.

(11) Juego de palabras entre el nombre del mariscal Keitel (pronunciado en alemán [Kaitel]) y el sustantivo *Lakai*, «lacayo».
(12) La Estación del Norte (Berlin Nordbahnhof) se llamó hasta 1950 estación de Stettin (Stettiner Bahnhof). La actual Estación del Norte solo presta servicio como estación subterránea de la S-Bahn o ferrocarril urbano (distinto del metro o U-Bahn) de la capital.
(13) La estación de Lehrte (Lehrter Bahnhof) es una antigua estación de ferrocarril de Berlín. Estaba formada por dos estaciones distintas: la principal (Lehrter Bahnhof) y Lehrter Stadtbahnhof, que prestaba servicio a la Stadtbahn o ferrocarril municipal de Berlín. La primera quedó destruida durante la Segunda Guerra Mundial; la segunda fue demolida a comienzos del siglo XXI para dejar sitio a la actual Estación Central: Berlin Hauptbahnhof.
(14) La Volksbühne o «Teatro del Pueblo» (actualmente Volksbühne am Rosa-Luxemburg-Platz) es un teatro de Berlín creado en 1890. El edificio actual, sito en el Rosa-Luxemburg-Platz, fue construido en 1914. Tras la partición de Berlín, quedaría en la zona oriental y sería controlado por el FDGB (Federación Alemana de Sindicatos Libres), la central sindical única de la RDA.
(15) Regierungsviertel o Barrio Gubernamental es el nombre que en la actualidad recibe la zona del centro de Berlín en la que se concentran las principales instituciones de la República Federal de Alemania (el Bundestag, la Cancillería Federal, el Bundesrat, los diversos ministerios federales, el palacio del presidente de la República, etcétera).
(16) El Rottenführer (que podría traducirse como jefe de sección o de cuadrilla) era un grado de la Schutzstaffel (SS, literalmente: «escuadra de protección»), la organización paramilitar del partido nazi. Creado en 1932, el Rottenführer de la SS, pese a estar al mando de un pequeño pelotón, no se consideraba que tuviera el rango de suboficial.
(17) Juego de palabras entre el nombre real del campo de concentración, Mittelbau (más o menos «Obras del Centro»), y el nombre clave Mittelwerk («Fábrica del Centro»).
(18) «Grüss Gott» es el saludo que utiliza habitualmente la gente en Baviera y Austria cuando se encuentra y equivaldría a nuestro «¡Hola!», mientras que para despedirse todos dicen, como en el resto de Alemania, «Auf Wiedersehen», «¡Hasta la vista!».
(19) El Ortsbauernführer («presidente de los labradores locales») era el dirigente de la unidad más pequeña del Reichsnährstand («estamento encargado de la alimentación del Reich»), la organización estamental que supervisaba la agricultura y de la política agraria durante el Tercer Reich.
(20) El Sicherheitsdienst des Reichsführers-SS (SD por sus siglas en alemán, «Servicio de Seguridad del Comandante en Jefe de la SS del Reich») era el servicio de inteligencia de la SS, creado en 1932 y puesto bajo la dirección de Reinhard Heydrich. Se integró en 1939 en la Oficina Central de la Seguridad del Reich (RSHA), también bajo el control de Heydrich hasta su asesinato en 1942. El SD era la agencia encargada de conseguir la información, mientras que la Gestapo y la Kriminalpolizei, o Kripo, eran las agencias ejecutivas del sistema de policía política, todas ellas bajo el control efectivo de Heinrich Himmler como jefe de la policía alemana. El de Brigadeführer era un alto rango militar de la SS.
(21) El puesto de Reichsverteidungskommissar fue creado al comienzo de la Segunda Guerra Mundial por orden de Hitler. El cargo fue asignado exclusivamente a los Gauleiter. Los comisarios eran responsables de la defensa civil de los correspondientes distritos militares. Entre sus funciones estaban la preparación y la instalación de los refugios antiaéreos o la evacuación de los territorios en peligro.
(22) Cfr. la trad. cast.: *Dioses, tumbas y sabios*, Barcelona, Orbis, 1985.
(23) En castellano la primera traducción apareció en Buenos Aires con el título *¡Llegaron los rusos! Diario anónimo de una mujer. Berlín, 1945* (Editorial Americana, 1956). Recientemente ha sido publicada en España una traducción distinta: *Una mujer en Berlín* (Barcelona, Anagrama, 2005).

(24) El Partido Comunista de Alemania (Kommunistische Partei Deutschlands, KPD), creado a finales de la Primera Guerra Mundial, fue reconstituido tras la ocupación de Alemania al final de la guerra, aunque en 1946 sus secciones en la zona de ocupación soviética se unieron a los socialdemócratas para formar el Partido Socialista Unificado de Alemania, esto es, la Sozialistische Einheitspartei Deutschlands, en forma abreviada SED.
(25) Un Kreisleiter era un alto cargo de la NSDAP, encargado de la vigilancia política de un Kreis, subdivisión territorial de la Alemania nazi equivalente más o menos a una comarca. En la jerarquía del partido, el Kreisleiter era el cuarto nivel, por debajo del Führer, Adolf Hitler, de los diecisiete Reichsleiter y de los cuarenta y dos Gauleiter. Un cargo inferior era el de Landrat o consejero jefe de distrito.
(26) «GI» es el término utilizado en inglés para designar a los soldados del ejército estadounidense. Muchos materiales del ejército estadounidense, particularmente aquellos hechos de metal, llevaban las iniciales G. I. (*galvanized iron*, «hierro galvanizado») desde comienzos del siglo XX. No tardó en propagarse una interpretación distinta de estas iniciales, entendidas como Government Issue («material del Gobierno») o General Infantry. «Poilus» («peludos») era el apodo dado a los soldados franceses durante la Primera Guerra Mundial y, más raramente, también en la Segunda Guerra Mundial.
(27) Los gobiernos de las ciudades Estado de Hamburgo, Bremen y Berlín reciben en alemán el nombre de Senado y sus miembros se llaman «senadores».
(28) Antiguo nombre de la pequeña localidad de Baja Sajonia que hoy se llama simplemente Munster.
(29) James Bacque, *Der geplante Tod. Deutsche Kriegsgefangene in amerikanischen und französischen Lagern 1945-1946* [La muerte planeada. Los prisioneros de guerra alemanes en los campos de concentración estadounidenses y franceses 1945-1946]. Traducción al alemán (Ullstein, Berlín, 1989) de *Other Losses. An Investigation into the Mass Deaths of German Prisoners at the Hands of the French and Americans after World War II* (Stoddart, Toronto, 1989).
(30) La Thule-Gesellschaft («Sociedad Thule»), llamada originalmente Studiengruppe für germanisches Altertum («Grupo de Estudio de la Antigüedad Alemana»), fue un grupo ocultista, racista y *völkisch* («popular y populista»), creado por Rudolf von Sebottendorff, notable sobre todo por ser la organización que patrocinó el Partido Obrero Alemán (DAP), que Adolf Hitler convertiría más adelante en el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP). Los Freikorps eran las organizaciones paramilitares protofascistas y ultranacionalistas que se formaron por toda Alemania después de la revolución de noviembre de 1918.
(31) Las Einsatzgruppen («grupos operativos» o «grupos de intervención») eran unidades militarizadas de la policía política del Tercer Reich, creadas a partir del Anschluss, auténticos escuadrones de la muerte itinerantes encargados del asesinato sistemático de los adversarios reales o supuestos del régimen nazi (en particular de los judíos).
(32) Durante la Segunda Guerra Mundial, los Hilfswillige («tropas auxiliares voluntarias»), llamados habitualmente en forma abreviada Hiwi, fueron los voluntarios reclutados entre la población de los territorios ocupados de la Europa del Este que prestaban servicios auxiliares en la Wehrmacht. En muchos casos los Hiwi habían sido reclutados directamente de los campos de prisioneros soviéticos.
(33) La Ostbahn (literalmente, «ferrocarril del este») era una línea férrea que unía Berlín con la región de Prusia oriental y, en particular, con las ciudades de Danzig y Königsberg (Kaliningrado).
(34) El Unterscharführer («subjefe de escuadra») era un grado de suboficial de la SS. Habitualmente estaba al mando de un grupo («escuadra») de siete a quince hombres. En los campos de concentración, los Unterscharführer eran destinados a menudo a ocupar el puesto de Blockführer, encargado de supervisar el mantenimiento del orden en los barracones. Por lo demás, el puesto de Blockführer se encuentra estrechamente unido a la Shoah, pues en los campos de exterminio eran

ellos los que habitualmente estaban al mando de los Sonderkommandos encargados de gasear a los judíos y a los individuos «indeseables» del Tercer Reich.
(35) Se denominaba Altreich («Antiguo Imperio») a los territorios anexionados antes del estallido de la guerra, concretamente Austria, los Sudetes y Eslovaquia.
(36) El Oberpräsident era el título que llevaba el máximo representante del Estado en las provincias del reino (y, posteriormente, del Estado Libre) de Prusia. Sería más o menos equivalente a nuestro gobernador civil. La sede del Gobierno provincial era el Oberpräsidium. C. H. Langhans fue también el arquitecto, entre otros monumentos, de la Puerta de Brandemburgo de Berlín.
(37) «El Iván» (en singular y con artículo) es la manera, entre burlona y despectiva, que el alemán tiene de llamar a los rusos.
(38) El Amtshauptmann [«capitán de la comarca»] era un cargo de vieja raigambre de la administración local de algunos territorios del Imperio alemán, en particular de los principados de Brandemburgo y Sajonia. Con los cambios introducidos en 1939 en la denominación de los territorios locales del Reich, que pasaron todos a denominarse Landkreise («distritos, comarcas»), el Amtshauptmann pasó a llamarse Landrat.
(39) Literalmente, «faisán dorado» (*Goldfasan*), que así se llamaba a los jerarcas del partido nazi.
(40) En inglés en el original. «Debieron de pensar que los estadounidenses somos maravillosos. Les llevamos la libertad, pan e incluso artistas de cine».
(41) Un Greifkommando («comando de apresamiento») era una unidad del ejército alemán, integrado habitualmente por hombres de la SS, cuya tarea era capturar y ejecutar a los soldados desertores y a los civiles que se ausentaban sin permiso.
(42) Los Luftwaffenhelfer («auxiliares de la fuerza aérea») fueron creados en enero de 1943 en virtud de un decreto que preveía la formación de un cuerpo militar integrado por jóvenes nacidos entre 1926 y 1927 (luego incluiría también a los nacidos en 1928 y 1929) bajo la supervisión de las Juventudes Hitlerianas. Aunque su designación oficial era Luftwaffenhelfer (HJ), el término utilizado habitualmente era Flakhelfer («auxiliares de las baterías antiaéreas»). En la cultura alemana la expresión «Flakhelfer-Generation» se asocia con la experiencia colectiva y particularmente dura del individuo arrancado de la clásica vida de adolescente a causa de la guerra.
(43) Los Werwölfe (también llamados Wehrwölfe [«lobos de defensa»]) fue una organización creada y dirigida por la SS durante los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial con el fin de llevar a cabo actos de sabotaje y de guerrilla contra los Aliados.

El relato trepidante de los ocho días que cambiaron el rumbo del mundo.

Uno de los mejores libros que se han escrito sobre la locura nazi.

30 de abril de 1945. En un búnker en las profundidades de la cancillería del Tercer Reich, Adolf Hitler y Eva Braun se suicidan. Pero la Alemania nazi sobrevive, la guerra no ha terminado. Todo parece detenerse y, sin embargo, todo se mueve a un ritmo frenético. Volker Ullrich relata jornada a jornada este tiempo fuera del tiempo y adentra al lector en un mundo que se derrumba, lleno de drama, violencia, esperanza y miedo.

Los siguientes ocho días, entre los más turbulentos de la historia, fueron testigo de las batallas finales de la Segunda Guerra Mundial y el colapso de la Wehrmacht, pero también de las últimas marchas de la muerte, de una epidemia de suicidios y violaciones masivas, de los intentos fanáticos de una última resistencia, de la desesperada huida de los peces gordos nazis, de la liberación de los campos de concentración...

En esta narración vibrante y conmovedora, el prestigioso historiador y periodista Volker Ullrich nos lleva al régimen fantasmagórico del almirante Karl Dönitz, sucesor de Hitler, que huye hacia Flensburgo mientras las fuerzas aliadas avanzan inexorablemente. Berlín capitula, el científico y diseñador de cohetes Wernher von Braun es detenido, Marlene Dietrich busca a su hermana en Bergen-Belsen. El relato de estos ocho días de mayo, basado en una asombrosa variedad de nuevas fuentes primarias y elaborado a partir de miniaturas históricas que forman un amplio mosaico, resulta más cautivador que muchas novelas de suspense.

La crítica ha dicho:

«Ullrich demuestra que los historiadores alemanes también saben escribir de forma elegante y cautivadora. Más emocionante que muchas novelas de suspense».
Der Spiegel

«Apasionante, impecablemente investigado».
The Wall Street Journal

«Excelente. Una síntesis admirable».
The Times

«Volker Ullrich ordena los hechos de tal manera que la lectura se convierte en un paseo histórico que ni resulta complaciente ni sermonea».
Frankfurter Allgemeine Zeitung

«Cautivador. Muestra adónde conducen la locura política y la decadencia moral, la violencia y la guerra».
Frankfurter Rundschau

«Un cambio de perspectiva revelador. Pocos serán los lectores que, aún creyendo conocer bien estos meses tan explorados, no se encuentren una y otra vez con detalles o episodios nuevos para ellos».
Die Welt

«Un libro vivo, de ritmo rápido y magníficamente investigado».
The Spectator

«Un relato vibrante de ocho días en los que toda Europa quedó suspendida en la confusión y el caos».
Kirkus Reviews

«La crónica brillante, cautivadora y a menudo inquietante de un momento surrealista de la historia».
Publishers Weekly

«Escrito con maestría».
Library Journal

«Un apasionante rompecabezas escénico».
Der Spiegel

«Inteligente y agudo. Un retrato vivaz basado en la observación precisa, el dominio de las fuentes y una mirada amplia».
Süddeutsche Zeitung

«Con un gran sentido de la narración, Ullrich funde los testimonios privados y la bibliografía histórica, las memorias y los archivos en una panorámica completa y muy lograda de un periodo tumultuoso».
Die Tageszeitung

«Ofrece fabulosas lecciones de historia para los tiempos actuales».
Tagesspiegel

«Un libro emocionante que nos deja casi sin aliento, y literalmente nos obliga a seguir leyendo».
Stuttgarter Zeitung

VOLKER ULLRICH (1943) se graduó en filosofía, literatura e historia. Ha sido galardonado con el premio Alfred Kerr y es Doctor honoris causa por la Universidad de Jena. Colabora habitualmente con *Die Zeit*.

Título original: *Acht Tage Im Mai*

Primera edición: mayo de 2023

© 2020, Volker Ullrich, Verlag C. H. Beck oHG
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Teófilo de Lozoya y Juan Rabasseda Gascón, por la traducción
© 2023, Peter Palm, por los mapas del interior

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial a partir del diseño original de Rothfos & Gabler, Hamburg
Imagen de portada: © Bettmann/Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, https://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-306-2413-3

Compuesto en Arca Edinet S. L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: tauruseditorial
Twitter: @tauruseditorial
Instagram: @ penguinlibros
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

ÍNDICE

Ocho días de mayo

Introducción
Prólogo. 30 de abril de 1945
1 de mayo de 1945
2 de mayo de 1945
3 de mayo de 1945
4 de mayo de 1945
5 de mayo de 1945
6 de mayo de 1945
7 de mayo de 1945
8 de mayo de 1945
Epílogo
Agradecimientos
Bibliografía

Notas
Notas de los traductores
Sobre este libro
Sobre Volker Ullrich
Créditos